



**TE  
QUIERO  
EN MI  
VIDA**

**(BILOGÍA COMPLETA)**

SABINA ROGAÑO

TE QUIERO EN MI VIDA

*Bilología completa*

*Sabina Rogado*

*A Luz Mary, a Mary Carmen y a Loly... por hacerme creer que este libro era posible. Gracias chicas.*

*Y por supuesto a mi marido.*

©Autora: Sabina Rogado

©Octubre 2019

Foto portada: Pixabay

Correo electrónico: [sabinarogado@gmail.com](mailto:sabinarogado@gmail.com)

La biología TE QUIERO EN MI VIDA es una historia inventada. Cualquier parecido con los personajes o el contenido es fruto de la casualidad.

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier tipo de procedimiento.

# CONTENIDOS

CONTENIDOS

[PRÓLOGO](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)

[CAPÍTULO 14](#)

[CAPÍTULO 15](#)

[CAPÍTULO 16](#)

[CAPÍTULO 17](#)

[CAPÍTULO 18](#)

[CAPÍTULO 19](#)

[CAPÍTULO 20](#)

[CAPÍTULO 21](#)

[CAPÍTULO 22](#)

[CAPÍTULO 23](#)

[CAPÍTULO 24](#)

[CAPÍTULO 25](#)

[CAPÍTULO 26](#)

[CAPÍTULO 27](#)

[CAPÍTULO 28](#)

[CAPÍTULO 29](#)

[CAPÍTULO 30](#)

[CAPÍTULO 31](#)

[CAPÍTULO 32](#)

[CAPÍTULO 33](#)

[CAPÍTULO 34](#)

[CAPÍTULO 35](#)

[CAPÍTULO 36](#)

[CAPÍTULO 37](#)

[CAPÍTULO 38](#)

[CAPÍTULO 39](#)

[CAPÍTULO 40](#)

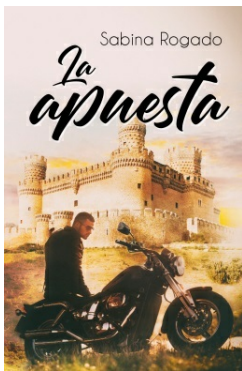
[CAPÍTULO 41](#)

[CAPÍTULO 42](#)

[CAPÍTULO 43](#)

[EPÍLOGO](#)

[OTROS TÍTULOS](#)



[NOTA DE LA AUTORA](#)

—¿Bailas?

El tiempo se detuvo en el instante en el que sintió a alguien, detrás de ella, tomándose la libertad de hacerle esa pregunta susurrando cerca de su oído. Demasiado cerca. Un susurro que despertaron sus sentidos al comprender de quién se trataba.

Y debido a lo que aquel hombre en concreto, incomprensiblemente, la hacía sentir, se quedó bloqueada incapaz de actuar con el fin de pararle los pies. Lo que él aprovechó, sin contemplaciones, volviendo a la carga después de que se hubiese atrevido a dejarle plantado.

—Se me da bien bailar, ¿sabes? —continuó avanzando, susurrándole de forma provocativa incluso más cerca.

Tanto que ella se quedó paralizada, degustando la maravillosa sensación que le producía el cálido aliento, sobre su oído, sintiendo cómo su cuerpo parecía descontrolarse sin poder hacer otra cosa que no fuera dejarse llevar por aquella voz que la estaba volviendo loca.

Loca del todo.

—Aceptaré tu silencio como un sí, —dijo sonriendo a modo de canalla, permitiéndose el lujo de tocar su oreja a través de los labios.

El simple contacto se convirtió en una caricia demasiado íntima, lo que Robert aprovechó para estrechar el cerco entre ambos.

«Lo sabía. Es igual que las demás. ¡Ya me extrañaba que se me fuese a resistir alguna!», pensó para sí a medida que mostraba un gesto de decepción.

Entonces Robert, acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, y olvidando la sensación de pesar al comprobar que no se había equivocado, la abrazó fuertemente desde atrás, (ella seguía de espaldas) y la terminó estrechando contra su cuerpo en una clara intención de provocarla, dejando bien claro quién era el que mandaba...

La reacción de Alexia, después de aquel obligado acercamiento, no se hizo esperar durante un segundo más y logró despertar de aquel letargo impuesto.

—¡Quita tus manos de encima! —gritó para hacerse oír, mostrándose con un enfado de mil demonios por haber sido capaz de tomarse la libertad de invadir su intimidad sin permiso.

¿Quién se creía que era?

Si justo entonces hubiese tenido la oportunidad de mirar, a Robert, se habría dado cuenta de la sonrisa de placer que acababa de salir de su boca al comprobar lo equivocado que estuvo. Lo que hizo que con mayor entusiasmo volviera a tener el interés de hacía unos minutos.

—¿No me has oído? —Forcejeó apartando aquellos brazos que seguían alrededor de su cintura y que la aprisionaban provocándole sensaciones que nunca había sentido antes.

¡Ni siquiera con Jack...!

### *Unas semanas antes:*

Alexia miraba a través de la ventana, sin ver nada en concreto, mientras que su mirada vagaba hacia ninguna parte perdida entre la gente que corría a toda prisa por la avenida. Gente normal que iba y venía en un incesante goteo que no paraba nunca. Gente que corría para no perder el metro o el autobús. Gente que paseaba con sus perros como un día más. Gente que corrían agarrados a sus hijos para no llegar tarde al colegio.

En cambio ella...

¿Qué hacía una licenciada en económicas, con un futuro prometedor en una exclusiva y prestigiosa empresa, un lunes por la mañana asomada a la ventana y en pijama?

La respuesta era muy sencilla. Nada, absolutamente nada.

Suspiró igual que tantas veces había hecho en el transcurso de los dos últimos días, sin apenas darse cuenta, en un intento de mitigar el dolor que le producía todo lo sucedido, aunque de sobra sabía que era imposible, viendo, horrorizada, cómo su vida parecía destinada a un estrepitoso y absoluto fracaso tras la traición sufrida por la persona en la que confiaba ciegamente.

Su novio.

Volvió sobre sus pasos, arrastrando las zapatillas en forma de oso que tanto le gustaban, y que tantas críticas habían levantado entre su amiga, y ella, y entonces, al acordarse, un amago de sonrisa salió de su cara al recordar la mirada de espanto de Sofía cuando comprobó que lo de llevárselas lo decía en serio. Ahora, en cambio, hasta sus zapatillas favoritas le resultaban ridículas en aquellas horas amargas en las que estaba envuelta...

Todo a su alrededor le parecía ridículo.

¿Cómo era posible que no se hubiese dado cuenta? Una cosa así no podía pasar desapercibida, pero entonces, ¿por qué a ella sí? Aunque claro, quizás la ridícula fuese ella. Sí, eso debía ser. Ridícula por no llegar a comprender la situación a la que había llegado sin tener siquiera una mínima duda.

«¿Cómo pude ser tan estúpida? Desde luego que lo de que el amor es ciego me viene al pelo», seguía pensando a la vez que arrastraba los pies, consiguiendo llegar hasta el frigorífico, de manera mecánica, puesto que su cuerpo iba y venía sin ninguna orden clara proveniente de su cerebro, saturado por las circunstancias.

Abrió la puerta del electrodoméstico, desanimada, y miró el contenido de una forma un tanto despreocupada, escuchando sus tripas rugir debido a la escasez de alimentos. Debería comer cualquier cosa, solo que al ver las bandejas casi vacías volvió a cerrarla y fue hasta el bote de café. Lo único que había conseguido beber con un poco de agrado.

Llenó el depósito del agua y a continuación hizo lo mismo con el filtro, echando cucharadas de café. Una, otra, otra...

—Mierda.

Cuando quiso darse cuenta, el filtro estaba lleno y el café sobrante caía sobre la encimera, manchándolo todo.

Cogió una bayeta y procuró limpiar aquel desastre. Antes de que hubiese terminado sonó el teléfono, lo que hizo que un sudor frío empezara a recorrerla de arriba abajo, haciendo que sus pulsaciones subieran, frenéticamente, igual que el ritmo del corazón, el cual quería salirse por la



boca a medida que escuchaba el tono insistente. ¿Quién sería? ¿Otra vez él?

No tuvo que tardar para averiguarlo, en ese mismo instante saltaba el contestador automático.

“Hola —decía Alexia con una voz divertida y risueña— no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiiiiiiiiiiiiii”

—Alex —dijo alguien preocupado al otro lado de la línea—. Alex, ¿estás ahí?

Fue escuchar su voz y encontrarse, irremediadamente, ante el deseo de correr hacia el teléfono y hablar con él. Lo deseaba, lo deseaba con todas sus fuerzas, e incluso de una manera casi sobrehumana dando lugar a que, por un segundo, diera un paso decidida acercándose para agarrarse a un clavo ardiendo. Necesitaba hablar con él para rogarle, o incluso suplicarle, que le dijera lo que necesitaba escuchar de sus labios y le negara lo obvio. Ella tan solo deseaba escucharle decir que todo había sido una pesadilla y que él estaría a su lado igual que siempre. ¡Oh, sí! Lo que daría por escuchar dichas palabras.

—Alex, por favor, sé que estás ahí. He llamado a la oficina y me han dicho que estás enferma. Por lo que más quieras, habla conmigo, creo que te hará bien, nos hará bien...

Al oír las últimas palabras cambió de actitud y se paró en seco. Antes de descolgar debía dar sentido a lo que no tenía.

¿Que nos haría bien? ¿Qué coño quería decir con que nos haría bien? Y en un segundo pasó de querer hablarle, con la intención de que la consolara, aunque para ello le negara lo obvio y la engañara, a de repente querer tenerlo allí mismo, frente a ella, y agarrarle del cuello para decirle un par de cosas. La indignación que la empezaba a consumir creció hasta el punto de que la expresión en su cara cambió de forma inmediata, mostrando un rostro enrojecido debido a la furia que la corroía por dentro.

Cogió el aparato de una forma bastante brusca.

—Hablar, ¿ahora quieres hablar? —escupió llena de auténtico odio en cada una de las palabras que le decía—. ¿No crees que sea demasiado tarde?

—Alex, por favor, sé que he hecho mal pero te pido...

—Vete a la mierda. ¡Cabrón!

Colgó tan fuerte que la mesa en la que estaba apoyado el teléfono cayó, escuchándose un golpe seco.

—Que nos haría bien —gritó fuera de sí aunque los vecinos pudieran escuchar sus lamentos—, ¡menudo cabrón!

El teléfono volvió a sonar y se escuchó, de nuevo, la voz de ella de fondo.

—No me cuelgues, cariño. Déjame decirte lo que lo siento, y déjame decirte lo que me odio por el daño que te he hecho. Por favor, por favor...

Alexia lo escuchaba con la certeza de que su corazón estaba roto de dolor.

—Déjame hablar contigo, te lo suplico. No podemos terminar así, no después de lo mucho que nos queremos.

El silencio que se hizo, a continuación, fue demasiado largo, y como ella no estaba dispuesta a hablar, entonces Jack continuó.

—Alex, lo siento. Te quiero, te quiero tanto. Déjame compensarte por todo el daño que te he hecho, has de saber que solo ha sido un error, no sé cómo pudo llegar a pasar, te lo juro.

El sentido común, de Alexia, le decía que no le siguiese escuchando, ni siquiera se lo merecía. No después de la terrible y sórdida escena a la que tuvo que enfrentarse cuando el viernes, por la noche, entró en aquel maldito local de copas. Una escena incomprensible y que intentaba borrar de su mente a cada instante, maldiciendo la hora en la que se le ocurrió dejarse

llevar, a aquel antro de mala muerte, de la mano de su amiga Sofía.

¡Qué diferente hubiese sido si se hubiese marchado a casa después de estar toda la noche de fiesta!

«Un momento, ¿qué es lo que me está pasando? No me puedo creer que piense en volver hacia atrás para no encontrarme la humillación con la que me encontré, ¿cuánto hubiese tardado en descubrirle? Aquello era algo que más tarde o más temprano debía de saber, así que, ¿por qué me empeño en querer olvidar y seguir a su lado como si nada hubiese ocurrido? Desde luego que debo de estar loca dejando que incluso esto se me pase por la cabeza».

—Tenemos que quedar —seguía diciendo aquella voz de auténtica súplica—, me pasaré por tu casa cuando salga del trabajo. Te quiero. —Dicho esto, para que no tuviese tiempo a darle una negativa, colgó pensando que quizás tuviera una oportunidad de arreglar el desastre en el que se había envuelto.

Alexia se limpió las amargas lágrimas, y volvió a la cocina para continuar con la difícil tarea de prepararse un café sin contratiempos. Una vez que pulsó el botón dejó que su mirada quedase hipnotizada en cada gota de agua que salía y procuró no pensar en nada. Sobre todo en la horrible imagen que le quedaría grabada de por vida en cuanto entró en aquel local de mala muerte...

Un sobresalto hizo que apartara sus pensamientos y miró de nuevo el teléfono, el cual volvía a sonar de manera insistente.

“Hola no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiii”

La voz, esta vez, de una mujer, se escuchó de fondo.

—¿Alex?

¡Oh, no! ¡Lo que faltaba!

—¿Alex? ¿Estás ahí? —preguntaba una Sofía preocupada.

Alexia sintió la necesidad de agarrarse a la encimera, con desesperación, en cuanto escuchó la voz de su amiga. No sabía si tendría las fuerzas suficientes para entablar aquella conversación. Todavía era demasiado pronto. No estaba preparada.

Echó la vista atrás y recordó que, una vez que sucedió, había sido Sofía la que la había acompañado a su casa.

—Sé que estás ahí —pronunció dolida.

Nada.

—Cariño, entiendo que no quieras saber nada de nadie pero, ¿ni siquiera de mí? Debes de hablar conmigo, desahógate. Dime lo que sientes.

Nada.

Y como no recibió respuesta la voz de Sofía cambió de inmediato. Si para ayudar a su amiga debía hacer daño, lo haría, ¡vaya si lo haría! Por nada del mundo iba a consentir que se quedase recluida en casa por el hijo de puta de su novio.

—Alex, ¡haz el favor de coger el puto teléfono o te juro que me presento en tu casa ahora mismo!

El clic al descolgar no tardó en escucharse.

—Alex, ¿estás bien?

No obtuvo respuesta.

—Cariño, no sé nada de ti desde que te llevé a casa y me dijiste que preferías estar sola,

¿sabes cuánto me arrepiento de haberlo hecho? No has contestado a ninguna de mis llamadas. Debes de tener el móvil saturado.

—Estoy bien —logró decir a duras penas.

—¿Que estás bien? —Preguntó indignada a voz en grito—. ¿Qué coño significa que estás bien? No me mientas y dime lo que se te pasa por la cabeza.

—Créeme si te digo que no vas a querer escucharlo.

—¡Dímelo! —insistió levantando la voz.

Alexia no pudo más y lo hizo, vaya si lo hizo. Logró despertar del letargo, impuesto a la fuerza, y perdió el poco control que le quedaba, comenzando a chillar como si hubiese perdido el juicio y estuviese loca. Justo lo que parecía con aquel pelo enmarañado, las ojeras marcadas, y envuelta en aquella horrible bata tres tallas más grandes de lo necesario.

—¡Te odio! —Gritó—, ¿no quieres saber qué es lo que se me pasa por la cabeza? Pues aquí lo tienes, lo que pienso es que si no hubiese sido por ti nunca habría entrado en aquel maldito bar, ¿me oyes? ¡Tú tienes la culpa de todo!

Y rompió a llorar después de decir lo que pensaba, quedándose tan ancha y consiguiendo que en cierta manera lograra consolarse después del odio que empleó en cada una de las palabras que acababan de salir por su boca.

—No me lo puedo creer, —fue la contestación de una Sofía aturdida debido a la inesperada confesión—. Sé que estás dolida, sé que te sientes traicionada, y sé que estás rabiosa. No te culpo por ello. Tienes toda la razón, pero de ahí a culparme a mí por lo que viste... No sé, Alex, es lo último que me esperaba de ti.

El tono en sus palabras dejaba ver lo herida que estaba.

—Alex...—A continuación un largo silencio atravesó la línea, un silencio necesario en el que pensó, bastante, lo que decir una vez que la escuchó, y claro, tardó en encontrar las palabras adecuadas puesto que no las había. Dejó escapar un sonoro suspiro y afrontó la realidad en un intento de darse fuerzas—. Si tú crees que la culpa de que vieses a tu novio, besándose con otro hombre, es mía, entonces es que tienes un gran problema.

—¿Por qué me tuviste que llevar allí?! —volvió a gritar fuera de sí. Se daba cuenta de que su vida se derrumbaba de una forma estrepitosa—. ¡¿Por qué?!

—¡Yo no lo sabía! —Se defendió—, cuando dije lo de tomar la última copa nunca imaginé que nos encontraríamos a ese capullo como lo encontramos. Y te voy a decir una cosa, como amiga tuya que soy, ojalá lo hubiese sabido antes porque te puedo jurar que entonces no habría sido una casualidad, ¿me oyes? Y si para abrirte los ojos hubiese tenido que renunciar a tu amistad lo hubiese hecho, ¿sabes por qué? Porque te quiero.

Aquel arranque de sinceridad hizo que el silencio las envolviera de nuevo.

—Sofía... —susurró temblándole la voz.

—¿Sí?

—Me ha hecho tanto daño, ¿cómo ha podido?

—¿Sabes lo que pienso? No te mereces estar ni un minuto de tu vida encerrada en casa compadeciéndote de ti misma, el que debería estar compadeciéndose es él, ¿y sabes por qué? Por perder a una mujer tan maravillosa como tú.

Ni siquiera escuchar aquellas palabras lograron reconfortarla un poco.

—Me ha llamado —susurró confesando.

—¿Qué? —preguntó indignada.

—Unas cuantas veces.

—Me imagino que no te habrás dignado a hablar con él, ¿verdad?

—Sí, para llamarle cabrón.

—Así me gusta —rio—, olvídate de ese hijo de puta, verás que a la vuelta de la esquina hay un hombre de verdad, esperándote.

—Sofía.

—¿Sí?

—Yo le quiero.

—No, no puedes quererle después de lo que te ha hecho, ¿me oyes?

—Me ha dicho que después del trabajo vendría a verme, quiere que le perdone —confesó en voz baja.

—¿Qué? —Volvió a decir horrorizada por lo que acababa de oír—, ¿es que te has vuelto loca? ¿Hablar de qué? ¿Perdonar qué? Lo has visto liado con un hombre, ¿qué más quieres saber aparte de que es un tipo sin escrúpulos que ha jugado con tus sentimientos?

La crudeza de aquello, que acababa de escuchar, le resultó demasiado insoportable. Se sintió atacada y fue como si le acabaran de asestar una puñalada en el corazón. Una puñalada que dolía demasiado. Además, nadie tenía derecho a hablar así de su novio, ni siquiera Sofía.

—Creo que voy a colgar.

—¡No, no vas a colgar! —dijo Sofía furiosa—. Vas a escucharme y vas a hacer lo que yo te diga, ¿acaso no tienes ningún tipo de dignidad para dejar que vaya a tu casa a hablar contigo? Déjalo en mis manos, yo hablaré con él.

—Pero...

—Debes olvidarte de él por mucho que te cueste, ¿o crees que lo quieres tanto para ver normal encontrártelo en brazos de otro hombre?

Y como no recibió respuesta, Sofía exclamó enfadada:

—¡Por el amor de Dios, Alexia! Pon un poco de cordura a la situación. Aprende y pasa página, es así de sencillo.

—Yo no soy como tú —le dijo a la defensiva.

—¿Y por eso vas a dejar que te mangonee? No y no. No voy a consentir que os veáis. En el estado de confusión en el que estás eres capaz de perdonarlo y desde luego no lo voy a consentir, ¿me oyes? Tienes veinticuatro años y un futuro prometedor con toda la vida por delante, y ese cabrón no se la va a cargar.

—Como muy bien dices, no soy una niña pequeña —protestó sin mucha convicción.

Sofía volvió al ataque.

—¿Acaso no lo ves? Vas directa contra un muro de piedra y vas a estrellarte. Recuerda lo que viste, no hay mucho más que decir.

Debía reconocer que tenía razón, además, ¿podría ser capaz de confiar en él después de lo que vio? Probablemente, y por mucho que doliera, no sería la primera vez que aquello sucedía. ¿Cómo pudo ser tan ingenua? El que fuese el primer chico en su vida, con el que tuvo su primera relación sexual, no era excusa para no darse cuenta de que, quizás, la relación que llevaban no era muy normal.

¿O sí?

Un gran silencio volvió a producirse y, guiándose por su instinto, decidió cederle a su mejor amiga la oportunidad de ayudarla.

—¿Qué se supone que debo hacer? —dijo dándose por vencida.

—¿Me estás hablando en serio?

—Es que... —Otra vez rompió a llorar, no fue capaz de continuar hablando y se dejó caer sobre el sillón con los hombros hundidos y en posición de auténtica derrota.

—Está bien, Alex, tranquila, sé lo que vamos a hacer, ¿vale? —le decía para tranquilizarla —. Vas a recoger algo de ropa y te vas a venir a mi casa.

—Pero él...

—¡Pero él nada!

Debía zanjar aquel asunto y de manera inmediata, y la mejor solución sería hacerle ver el error que podría llegar a cometer si le permitía entrar en casa y por lo tanto le dejaba que se explicara.

—No estás en condiciones de hablar con Jack hasta que realmente sepas lo que quieres, y como te conozco, créeme si te digo que ahora de lo único de lo que te creo capaz es de hacer una tontería de la que no tardarás en arrepentirte. Y no lo voy a consentir, no si puedo evitarlo.

—Pero... —trató de insistir nuevamente.

—¡Pero nada! —volvió a cortarla antes incluso de que pudiera decir otra palabra que no convenía—. ¡Te recogeré a las tres!

Dicho esto, antes de que pudiese protestar, colgó el teléfono dejando a una Alexia completamente desprevenida, dando lugar a que se quedase inmóvil en el sofá, durante un tiempo indeterminado, tratando de hacerse a la idea de que iría a buscarla después de trabajar...

Ni siquiera se dio cuenta del ruido que provenía de la cafetera, el cual le indicaba que el café estaba listo para servir.

### *Una semana después...*

Eran, las tres de la tarde, cuando Sofia entraba por la puerta del apartamento con un humor de perros, haciendo auténticos malabares para que no se le cayese nada de lo que llevaba entre las manos.

En una llevaba la bolsa llena de comestibles que acababa de comprar en la tienda y el paraguas cerrado, en la otra, las cartas que acababa de coger del buzón y las llaves de casa. Había sido una jornada dura de trabajo, y lo único que le apetecía era quitarse las botas de tacón y dejarse arrastrar hasta el sillón. Si además era con una cerveza fría mejor que mejor.

Dejó sobre el mueble de la entrada, todo lo que llevaba, y se quitó la gabardina completamente mojada. La colgó sobre la percha, metió el paraguas en el paragüero y dejó un rastro de agua que ni se molestó en limpiar, pensando en la tromba de agua que le acababa de caer de vuelta a casa, poniéndola furiosa debido al aire que hacía, y gracias al cual, había hecho que terminase calada sin que el paraguas le sirviese de mucho...

La verdad es que no estaba siendo un buen día, pero total, después de los días pasados, ¿por qué iba a mejorar ahora? Admitiendo que entre el trabajo, la falta de sueño, y la impotencia de ver a su amiga, que no ponía nada de su parte para sobrellevar lo que le había sucedido, hacía, que todo ello sumado, le hiciese sentir la necesidad de cortar con todo antes de que sus nervios terminasen explotando.

Se parecía a una olla a presión y no tardaría en hacerlo.

—Hola, ya estoy en casa —anunció cansada.

Cerró la puerta, echó la llave y se volvió distraída para averiguar cómo se la encontraría en lo que era su séptimo día de duelo, porque se había limitado a no salir de casa en ningún momento.

Levantó la mirada y...

Los ojos se le abrieron, como platos, ante la escena que tenía delante de sus narices, e incluso llegó a creer que se había equivocado de casa.

La sorpresa no podía ser mayor. Se la acababa de encontrar, en la cocina, preparando un guiso que olía divinamente.

De seguido escuchó a su estómago, quejarse, gracias a lo hambrienta que estaba.

—¿Qué ha pasado aquí? —Preguntó alegre, acercándose a la cocina para ver lo que tenía en el fuego—. Por cierto, la sudadera te sienta muy bien.

—Te la he cogido prestada del armario —respondió sonriente, moviendo la sopa de marisco—, tenía hambre y he salido a comprar unas cosas que necesitaba para la comida. ¡Ah! los pantalones también te los he cogido.

—Ya veo, ya, y no solo has hecho eso, ¿verdad?

Miró a su alrededor y se dio cuenta de que todo estaba limpio y en su sitio, el olor a productos de limpieza se impregnaba en cada uno de los rincones... Y aunque no le gustaba que le tocasen sus cosas, todo había que decirlo, debía reconocer que no se había quedado igual que los días anteriores, en el sillón, tirada, hasta que ella llegase.

Aquello debía de ser bueno. ¡Seguro!

¡Por fin algo de luz al final del túnel!

—Me he levantado con ganas de hacer algo, y la mejor forma ha sido poniendo orden a todo

el caos en el que te gusta vivir. —Al ver la cara que ponía se decidió a no dejarla protestar y la advirtió, señalándola con la cuchara de madera todavía húmeda por la sopa, evitando que pudiera decir ni media palabra—. Después me ha entrado hambre y pensé en darte una sorpresa —continuó—. Algún día tenía que pisar la calle otra vez, ¿no crees?

Sofía la miraba un tanto confusa mientras dejó la bolsa, que acababa de comprar, encima de la encimera. Sacó el contenido y lo colocó a media que pensaba que, verla hasta anoche mismo, en el estado de completa dejadez, con lo que era ella, hacía que no se creyera del todo lo que veían sus ojos. Verla trajinar le daba fuerzas después de la mañana tan horrenda que llevaba...

Sacó de la bolsa el resto del pescado, junto a las hortalizas, y lo guardó en el frigorífico.

«Ya habría tiempo de prepararlo esa noche», se dijo antes de cerrar y ver una botella de su vino blanco favorito.

—¿Y esto?

—He comprado el vino que tango te gusta. ¿Quieres una copa?

—¡Claro! —exclamó encantada por el detalle.

—Pues ábrelo tú misma. Tengo que echar un ojo al horno.

—¿También has encendido el horno? —preguntó animada y echó un vistazo.

—Pues claro, ¿qué es de una buena comida sin un buen postre?

—Se me está haciendo la boca agua, Alexia. Cuando me ha caído esa tormenta encima pensé que no habría nada capaz de mejorar el día, pero ya veo lo equivocada que estaba.

Sirvió el rico vino, en dos copas, y le dio una a su amiga, la cual seguía supervisándolo todo hasta que estuviese listo. Miró el pastel a través del cristal, del horno, y saboreó el buen vino, después pulsó el botón de apagado una vez que comprobó que también estaba hecho.

—La comida ya está, ve a lavarte las manos o a ponerte cómoda.

—¿Me estás echando? —preguntó con una gran sonrisa.

—Sí.

Ambas se miraron divertidas, recobrando la complicidad que habían añorado desde hacía varios días.

—¿No necesitas ayuda?

—No, esta comida es para agradecerte lo que has hecho por mí, y no voy a dejar que me ayudes.

—Está bien. —Rio ante lo raro de la situación después de depender de ella para todo. Incluso fue incapaz de prepararse otra cosa que no fuese café y más café.

Dio media vuelta y pensó en el maravilloso paréntesis que se le brindaba.

La verdad es que después del infierno pasado, durante la semana, lo que necesitaba era un poco de descanso.

La comida resultó exquisita.

—No comía tan bien desde, ni siquiera me acuerdo.

—Exagerada. —Rio Alex levantándose la primera.

—Espero que esto signifique que has entrado en razón —dijo siguiéndole los pasos para dejar los platos sucios en el fregadero, dispuesta a llenar el depósito de la cafetera.

—¿Qué quieres decir?

—Es muy fácil.

Sofía terminó de llenar el depósito de agua y continuó:

—Llevas días de la cama al sofá, y hoy me encuentro con la maravillosa sorpresa de que

has sido capaz, ya no de limpiar, sino que además has sido capaz de salir a la calle a comprar.

—¿Y?

—Pues eso, que quizás signifique que estás preparada para continuar tu día a día, ¿no?

La contestación inicial, de Alexia, consistió en pulsar el botón de encendido de la cafetera con tranquilidad, después se remangó la sudadera.

—Todavía no sé si estoy preparada para ello —dijo dubitativa, acto seguido cogió el estropajo y hundió las manos en el agua caliente. Quería ocupar su mente en cualquier cosa que no fuera su vida, y optó por cambiar de tema—. ¿Qué tal el trabajo? ¿Algún famoso a la vista?

—¿Crees que no me doy cuenta de lo que haces? —preguntó abriendo uno de los armarios, del cual sacó dos tazas.

—¿Qué es lo que hago?

—Cambiar de conversación y no hablar de lo que deberíamos —le dijo cabreada—, ¿desde cuándo te importa si algún famoso ha ido a la consulta a arreglarse algún diente? Porque he de recordarte que un montón de veces me has llamado pesada por contarte los entresijos de las intervenciones.

—Porque lo eres. Siempre que va alguno de ellos te pasas una semana hablando de lo mismo.

—¿Y qué otra cosa voy a hacer? Soy la envidia de todas mis amigas —contestó cogiendo el azúcar y echándose una cucharada pequeña antes de regañarla—. Y tú deberías ser una de ellas.

—Lo soy cuando lo que dices tiene sentido para mí. Los detalles por los que van no me interesan gran cosa, la verdad.

—Entonces hablemos de los que sí que importan —dijo seria enfrentándose a ella—, y podríamos empezar por el pequeño detalle de qué día vas a regresar a tu trabajo, ¿quizás cuando sea demasiado tarde y tengas que ir a recoger tus cosas? Sí, creo que este podría llegar a ser interesante, ¿no crees? Así tendrías la excusa perfecta para dejar de pagar el apartamento, que tanto te gusta, y volver a casa de uno de tus padres. ¿Un buen plan, verdad? A cualquiera de ellos le encantaría la idea.

Alex terminó de fregar, también de enjuagar los cacharros, e hizo oídos sordos, dando la sensación de que no había escuchado nada.

Se limpió las manos en el trapo de cocina.

—¿No tienes nada que decir?

—Sí, ¿cómo quieres el café?

Se arrepintió de sus palabras nada más decirlas, mientras a Sofía solo le faltó echar humo, a través de las orejas, de lo furiosa que se puso. Así la jarra de la cafetera, sin que esta hubiese terminado de verter el depósito del agua, y se sirvió una buena cantidad de café amargo. Justo lo que necesitaba para despejarse.

—Eres muy graciosa, Alex, de veras que sí. —Dejó la jarra en su sitio y lo hizo demasiado fuerte, provocando que unas gotas de café, hirviendo, cayeran sobre su mano. La soltó con rapidez y escupió todo tipo de tacos—. ¡Joder! ¡Hostia puta!

—¿Estás bien?

Ni se molestó en contestar de lo cabreada que estaba, dio media vuelta y se alejó de ella. Terminó sentada frente a la televisión.

¡Simplemente ignorándola!

—Sofía.

Pero su amiga la seguía ignorando, afanada en remover el café, con demasiada fuerza, mirando un canal que parecía interesarle.



Entonces explotó:

—¡Está bien, hablemos! —anunció despertando de un gran letargo. Apagó la tele y se plantó, delante, con las manos sobre las caderas—, ¿empiezas tú?

«¡Oh, Dios!, por fin parece que entra en razón».

—Vale —dijo suspirando por dentro ahora que la tenía en el lugar que quería—, anda, siéntate.

Alex se dejó caer sobre el sillón, cogió la manta, y se sentó junto a ella. La tarde era un poco desapacible después de la tormenta que había caído.

—Llevas cuatro días sin pasarte por la oficina —comenzó Sofia encomendándose a la paciencia.

—Estoy enferma —dijo a la defensiva.

—No, no lo estás, cuando te pidan el justificante del médico, ¿qué les vas a dar? No me puedo creer que te importe todo una mierda. Tanto como para dejar que tu puesto de trabajo pueda peligrar.

—Estefany me ayudará —contestó lo tranquila que pudo, aunque ni siquiera se había puesto en contacto con ella.

—¿Tú crees? Yo no lo haría si estuviese en juego mi propio puesto de trabajo, y menos por comportarte como una inconsciente pensando en todo menos en lo que de verdad importa.

—¿Me estás diciendo que dos años no son lo suficientemente importantes?

—Sí. Justo eso —afirmó de manera rotunda. Se llevó la taza a su boca y dio un trago antes de continuar—, ¿y sabes por qué?

Alex susurró en voz baja:

—No estoy segura de querer escucharlo.

—¡Pues lo harás! —Exclamó alzando la voz con el fin de que se quedase quieta ante la amenaza de que saliese huyendo—, creo que lo mejor que te ha podido pasar es esto, y no tardando mucho te darás cuenta. Sólo depende de las ganas que tengas de dejar de lamentarte y pasar página. ¿Acaso te has parado a pensar que de seguir con él, sin saber nada, te hubieses seguido creyendo una chica feliz al lado del cabrón ése? Intenta contestarme a esa pregunta si puedes.

—No hace falta que seas tan cruel.

—¿Cruel yo? Seguimos teniendo un problema si es lo que piensas. Lo que estoy haciendo es, simplemente, hacerte ver lo que de verdad importa, y no me equivoco cuando te digo que Jack no vale una mierda después de lo visto.

—¿Y qué es, según tú? —preguntó de malas maneras, un poco harta de que siempre tuviera la solución a todos y cada uno de sus problemas.

¡Qué fácil era hablar de los de los demás!

—Seguir con tu vida, porque tú no eres la que tiene que esconderse, lo has dado todo por él, ¿y qué has recibido a cambio? La peor de las traiciones. Entiendo que tengas dolor y rabia, pero lo que no entiendo es que lleves una semana entera encerrada en mi apartamento como si el mundo hubiese acabado para ti.

—Es así como me siento —susurró a punto de echarse a llorar.

—¿Hasta cuándo? ¿Qué es lo que hace falta para que te des cuenta que perder el trabajo, que tanto te gusta, será un hecho que no te podrás perdonar en la vida? No me hagas ver que todo ha terminado para ti cuando tuviste el coraje de sobrellevar la muerte de tu hermana, incluso la separación de tus padres. Eso sí que hubiese podido ser el fin del mundo, pero por suerte para ti no estuviste sola y pudiste salir adelante, ¿me vas a decir a estas alturas que con veinticuatro años,

y todo lo que has pasado, vas a rendirte ahora por el hijo de puta de Jack? Si es lo que quieres, ¡vamos, dímelo! Y te juro por lo más sagrado que te dejaré tranquila el resto de tu miserable vida... Y ahora, si me disculpas, creo que necesito una copa.

Alexia la miraba, sin dar crédito a lo que acababa de escuchar, y se limpió las lágrimas que no pudo seguir reprimiendo.

De todas las personas que conocía, nadie, ni en un millón de años, podría llegar a ser tan clara y directa como su amiga, reconociendo que la mayoría de las veces llevaba razón en lo que decía por mucho que doliera.

—Que sean dos, por favor.

No supo con exactitud cuál de ellas, pero las palabras tan duras, que acababa de escuchar, le hicieron tomar una decisión. Una decisión dura ante la vergüenza que pasaría, aunque se convirtió en prioritario. Tenía la seguridad de querer abrirse, por primera vez, ante lo ocurrido, con su amiga del alma.

Y tuvo que admitir, que en cada una de las frases, que le dijo, notó la necesidad de sincerarse para librarse de la gran carga que llevaba a la espalda, como si fuese una losa, desde hacía varios meses, ya que nunca se había atrevido a confesar.

Ni siquiera a ella.

La ventaja de contar con una copa, entre las manos, la ayudaría a conseguirlo...

Pasaron el resto de la tarde hablando con claridad y sin tapujos de lo ocurrido, haciéndole partícipe de todas las confidencias íntimas, de las que nunca quiso hablar.

Fue ahí cuando comprendió, que el problema de no sentirse deseada, la mayoría de las veces, no era nada normal, entendiendo el bien que le hacía sentirse escuchada y comprendida, a medida que su amiga se horrorizaba cada vez que le revelaba un nuevo detalle, o escena, vivida, con el que creía el hombre de su vida.

¡Qué ciega había estado! Ahora lo veía claramente, lo que hacía que doliese un poquito menos.

Habló, habló y siguió hablando...

Cuando no tuvo nada más que decir, y después de haber terminado una caja llena de clínex, fue cuando una experta Sofía tomó la palabra para que supiera que la vida continuaba y que allí fuera habría un montón de hombres dispuestos a hacérselo ver.

Esta vez de verdad.

Después, y de manera calmada, pasó a explicarle el procedimiento por el que estaba pasando, el cual tenía varios pasos a seguir. Unos pasos que sabía con precisión y que le pasó a enumerar.

Primero la perplejidad de no creer lo que se ve.

Segundo dar paso a la rabia, dolor y humillación.

Tercero hacerse a la idea para superar la pérdida, aunque para su amiga fuese a base de encerrarse revelándose contra el mundo.

Pero después estaba el cuarto paso, el que de verdad importaba. Y no era otro que volver a levantarse, para disfrutar sin mirar atrás, con el añadido de aprender de lo sucedido aunque fuese en la peor de las experiencias vividas.

Sofía sabía mucho de aquello, quizás, por ello, la chica que era había cambiado tanto tras las desilusiones que sufrió en todos los ámbitos de su vida. En cambio, la Sofía de ahora, no iba a permitir que la chulearan así como así a menos que ella pudiera evitarlo, eligiendo en todo

momento el cómo y el cuándo sin dejarse llevar por nada ni por nadie.

Era lo que había aprendido después de tantos y tantos disgustos.

Y así, entre copa y copa, se les hizo de noche sin casi darse cuenta, llenando la mesa de agua debido a los hielos que iban derritiéndose, mientras que la botella de whisky bajaba y bajaba. Estaban tan a gusto, además de bebidas, que ni se molestaron en irse a la cama. Se quedaron allí, tiradas sobre el sofá y Sofia fue la primera en quedarse dormida.

Alexia no se preocupó ni de quitarse los zapatos, se estiró en el lado opuesto, de su acompañante, y echó la manta de cuadros encima.

Sonrió, le parecía estar en el mismo cielo, a la vez que la sensación de paz, y de tranquilidad, crecía con inmensidad borrando el dolor que tenía dentro del alma. Si era debido a las confesiones hechas, o a todo el alcohol ingerido, ya era otro tema que ahora no importaba nada, la verdad...

Se permitió cerrar los ojos, agotada, debido al trabajo hecho durante el día después de estar una semana sin hacer absolutamente nada que no fuese compadecerse de sí misma.

Eran cerca de las cuatro de la mañana cuando el silencio las engulló en el pequeño apartamento.

Se despertó sobresaltada y escuchó aquel sonido tan terrible, pero no fue hasta que hizo el intento de moverse, que se percató del terrible dolor que la atravesaba por dentro.

—¡Dios! La cabeza me va a estallar —se lamentaba escuchando el teléfono móvil que seguía sonando con aquel timbre que le molestaba tanto.

El dolor que tenía se extendió por su dolorida cabeza.

Alargó la mano, sin abrir los ojos, hasta que encontró lo que estaba buscando. Un cojín. Lo cogió y se lo echó encima, afanada en taparse los oídos para no volverse loca.

¿Qué hora sería? Ahora que se acababa de despertar, también le molestaba la claridad que entraba en el apartamento, haciéndole imposible el simple hecho de abrir los ojos.

Al darse cuenta de que taparse no le iba a solucionar nada, porque el móvil seguía y seguía, trató de levantarse. Una vez que lo consiguió se sintió morir debido a las náuseas.

¿Qué demonios había hecho para estar en aquel estado?

Y a medida que abría los ojos iba siendo consciente del lugar en el que estaba. Además, la pista que le faltaba, para entender el por qué se encontraba tan mal, la halló en la botella y los vasos encima de la mesa, entonces recuperó un poco de control sobre sí misma.

¡Viniéndole a la mente lo sucedido la noche anterior!

—¡Oh, Dios! —habló escuchando el móvil que no paraba de sonar y sonar.

«Pobre Sofia, ¿cómo habrá logrado despertarse después de la moña que llevábamos encima?»

Miró la hora del reloj y comprobó, atónita, que eran las doce del mediodía.

«¿Tanto he dormido? Aunque no me va a servir de mucho con el estado que tengo», pensó siguiendo el tono del timbre.

«¿Dónde está el maldito teléfono?»

Cuando lo encontró habían pasado varios segundos.

—¿Sí? —logró decir con voz pastosa.

—Vamos, dormilona, que son las doce —escuchó a su amiga alegre y hasta podría decirse que un poco eufórica.

—¿Cómo estás? —logró decir tan bajito que por un momento creyó que ni la habría

escuchado de tanto que le dolía la maldita cabeza.

—Me he acordado de ti, y de tu familia esta mañana, y he estado a punto de despertarte para que me acompañaras a trabajar.

—No sabes lo que te agradezco que no lo hayas hecho, —decía retirando un tanto el teléfono de la oreja porque el tono le molestaba bastante—. ¿Podrías bajar un poco la voz? Estoy hecha una mierda.

—¿Y qué esperabas después de una botella de vino y ni me acuerdo ya de cuántos whiskeys? —le dijo alzando más la voz, terminando con una sonora carcajada para atormentarla un poco.

—¿Para qué me llamas? ¿Acaso intentas torturarme?

—Pues me gustaría, sí.

—Pero...

—Pero no es el caso —seguía diciendo con demasiado entusiasmo a pesar de lo cansada y malhumorada que debía de estar después de la juerga de anoche.

—¡Un momento! ¿Qué te has tomado para estar de tan buen humor cuando deberías estar contando los minutos para volver a casa y tirarte sobre la cama?

—Nunca lo adivinarías.

—¿Café doble? —bromeó.

—Unos pocos, pero no han sido suficientes para levantarme el ánimo así.

—¿Entonces?

—No te vas a creer quién se ha pasado por aquí hace unos minutos preguntando por un blanqueamiento de dientes.

—Al grano, Sofía, que no estoy para escuchar según qué tipo de cosas —la cortó entrando en el baño.

Sujetó el móvil en la oreja mientras abría la pasta de dientes para quitarse el mal sabor de boca.

—Bueno, chica, si no estás interesada colgaré ahora mismo. Tengo que correr la voz y ser la envidia de todas.

—¡Ya será menos, fantasma!

—Adiós.

—No. Espera.

Escupió la pasta en el lavabo, sorprendida, sin poder creerse que la hubiese colgado.

¡Qué raro!

¿Quién habría sido el que tanta expectación había logrado levantar en una Sofía acostumbrada a ver a personas famosas en su día a día?

Debido, a la curiosidad, buscó en el registro de llamadas el último número de móvil y pulsó la tecla correspondiente.

—¡Lo sabía! —dijo triunfal.

—¿Qué es lo que sabías?

—Que me llamarías de inmediato.

—¿Y?

—He de decirte que el peor día de mi vida en el trabajo, por la resaca que tengo, se ha visto recompensada con creces hace solo media hora.

—¿Y? —volvió a repetir un tanto cansada de aquel juegucito que se traía y puso los ojos en blanco.

—¿Acaso estás impaciente? —Rio divertida—, porque es lo que parece. No me puedo

creer que la que pasa de todo el famoseo, y de todo lo que tengo que contar, acerca de ellos, esté de repente impaciente.

—Te estás pasando —la avisó saliendo del baño, dirigiéndose a la cocina para prepararse una taza de café y lograr espabilarse.

—¿Tú crees?

—¡Sofía!

—Vale, vale, solo quería poner un poco de suspense. Hace media hora ha llamado a la consulta. Imagínate la cara de idiota que he puesto cuando he abierto la puerta y he visto de quién se trataba...

—¡Sofía! ¿Quieres ir al grano de una vez? —dijo sin poder evitar alzar la voz, lo que le provocó un pinchazo de dolor en mitad de la sien, arrepintiéndose demasiado tarde.

—¿No decías que hablara bajo? —Sonrió de forma mordaz disfrutando del momento—, si no te conociera diría que estás impaciente.

—Adiós.

—¡No, no cuelgues! —Miró el reloj y comprobó que el tiempo que tenía, para descansar, se estaba acabando, así que terminó entusiasmada—: el actor del momento y del que no paran de hablar en la tele, el chico guapo y sexy por el que cualquier mujer daría lo que fuese por cruzar una palabra con él. ¡Y yo lo he hecho, Alex! —decía con una risita nerviosa—. ¡He hablado con él!

—¡Vete al cuerno! —Protestó con un enfado de mil demonios— ¿Acaso crees que soy tan experta para saber, con tus escasas palabras, de quién se trata? Que estás hablando conmigo... —le recordó malhumorada por aquel jueguecito que ya la estaba hartando—, con la persona más despistada en cuanto a tema de prensa rosa o como quiera que lo llaméis. Mira guapa, ya no tengo ningún interés en que me lo cuentes, me está esperando el café y es mi única prioridad por ahora. Adiós.

No hizo otra cosa, que colgar, cuando una imagen le vino a la mente. La imagen del actor del momento tal y como ella lo acababa de llamar.

No, no se podía tratar de él, ¿o sí?

«¡Mierda!, ahora no puedo quitármelo de la cabeza. Hasta que no sepa quién es no podré hacer otra cosa».

Ahora fue ella la que volvió a llamar.

—¿Ya sabes de quién se trata? —seguía bromeando.

—No puede ser cierto.

—¡Lo es! —confirmó gritando tal cual quinceañera.

—Pues tendrás que contarme hasta el último detalle, ¿es tan guapo como en la tele o hay truco? —empezó a preguntar sin acordarse del dolor que tenía hace un segundo.

—¿No decías que te aburría? —Preguntó bromeando—, acabas de decirme que ya no querías saber nada, así que quizás no debería contártelo.

—Eso era antes de saber de quién estabas hablando —respondió arrepentida—. Ninguna mujer en sus santos cabales despreciaría la oportunidad de que le contaran algo acerca de Robert Brown. Menos si la que lo cuenta es tu mejor amiga que ha tenido la gran suerte de hablar con él. No sabes la envidia que me das.

—Lo sé, encanto, lo sé. Después te veo y decidiré si contarte algo o no. ¡Ah! y de truco nada, está como para comérselo de un bocado.

—Qué suerte tienen algunas...

—¿Envidia?

—Me refiero a la lista interminable, de mujeres, que han de estar impacientes por comérselo como tú dices. —Le dijo a su amiga entre risas. Disfrutando de la conversación y olvidándose de todo lo demás.

—Quién sabe, ¿te imaginas tú en la lista? Sería un paréntesis perfecto para pasar página, ¿no crees?

—Tan perfecto como que tú te convirtieras en monógama —bromeó ante lo ridículo del comentario—. Ni siendo yo, ¡cómo decirlo... la actriz del momento!, un hombre así se fijaría en mí.

—Deberías tener las expectativas un poco más altas, no eres ningún bicho raro por mucho que lo intentes.

—¿Ah, no? Me tranquiliza lo que dices.

—Déjate de bromas que tengo que volver a la faena, luego te veo. —Y colgó para seguir trabajando en la consulta número cuatro, en la que esperaba una mujer que tenía un problema de implante.

Con una energía renovada, después de la conversación mantenida, Sofia abrió la puerta y sonrió, actuando con la profesionalidad que la caracterizaba, sin que le pareciera importar la resaca que llevaba encima, mientras la disimulaba, a la perfección, tras ingerir varias aspirinas en el transcurso de la mañana.

A Alexia le costó bastante arrancar después de que su amiga la llamara debido a su estado. Se terminó el café que se acababa de preparar, y que tan bien le había sentado, y se llenó la taza de nuevo. Una vez hecho se levantó de la silla, tenía el ánimo suficiente de querer salir del hoyo en el que había estado metida. Anduvo hasta la habitación y dejó la maleta encima de la cama con la intención de recoger sus escasas pertenencias.

Había llegado la hora de volver a su apartamento.

Era curioso, en el peor momento anímico, en cuanto al estado en el que se encontraba, tras todo el alcohol ingerido por la noche, era cuando por fin era capaz de tomar la decisión de volver a coger las riendas de su vida. Regresaría a su casa y a su trabajo. Lo demás vendría solo.

Y todo a consecuencia de la larga conversación que tuvo lugar en aquel mismo sitio en el que se encontraba. Sofia finalmente había conseguido abrirle los ojos, y gracias a ella sabía el paso que dar a continuación.

Supo lo afortunada que era por tenerla siempre que la necesitaba.

Cuando acabó de recoger sus cosas, cerró la maleta y la bajó, apoyándola en el suelo, una vez allí, y ayudada por las ruedas, la dejó junto a la puerta de entrada. Entonces, debido al dolor insistente de la cabeza, decidió tomarse un respiro.

¡Se lo había ganado!

Se sentó en el sofá y se tomó una aspirina, decidiendo esperar, medio adormilada, a que Sofia llegase para poder despedirse y hacerle saber que la dejaría vivir tal y como a ella le gustaba.

Envuelta en un caos absoluto.

Encendió la tele y bajó el volumen, tratando de encontrar un canal que le gustara. No vio nada que le interesara y no tardó en cerrar los ojos. De inmediato se quedó dormida.

Si alguien hubiese tenido la oportunidad de observarla, dormir, no habría tardado en darse

cuenta de que estaba soñando. La cara distendida, y la sonrisa traviesa, que dejaba ver, es lo que decía. Intuyendo que debía de ser un sueño un tanto agradable. ¿El motivo? Muy fácil. Por muy incomprensible que resultara, el guapo y sexy, Robert Brownn, acababa de aparecer en su sueño, haciéndola la mujer más afortunada del mundo, a medida que soñaba que entraba en una fiesta de Hollywood del brazo del guapísimo actor del que todo el mundo hablaba.

En ese instante recibía un soplo de aire fresco, aunque solo fuese en sueños...

**(Iba del brazo del atractivo actor y se daba cuenta del revuelo que iban provocando, también de las miradas curiosas de todos a su alrededor; despertando un sinfín de envidias entre todas las mujeres allí presentes, las cuales pretendían acercarse descaradamente.**

**Los flashes de las cámaras no daban abasto y fotografiaban a Robert (el actor de moda), acompañado de aquella desconocida, al tiempo que los reporteros de la prensa rosa le lanzaban preguntas, una y otra vez, de manera incansable.**

**Ardían en deseos por saber quién era ella, aunque no les salió bien pues Robert, sin hacer ningún tipo de declaración, la condujo con suavidad hacia el interior del majestuoso edificio, en el que se produciría la esperada gala... hasta que, de repente, tuvo el convencimiento de que no iban a verla, sintiendo un vuelco en el estómago en el instante en el que la cogía de la mano, con rapidez, y la llevaba hasta un cuarto oscuro al que tenía acceso con una llave que se acababa de sacar del bolsillo.**

**Una vez dentro le observó nerviosa, mientras que miraba todo a su alrededor, descubriendo lo que parecía ser una habitación de hotel sin que le importara nada en absoluto. Lo único que ella, anhelaba, era estar encerrada en esa maravillosa habitación dispuesta a lo que el guapo actor quisiera hacerle a ella, y a su cuerpo terriblemente descontrolado.**

**«Oh, sí, vaya si se dejaría hacer...»**

**Robert la miró dibujando una sonrisa burlona, le acababa de leer el pensamiento y comenzó a desatarse el nudo, de su corbata, de forma provocadora hasta terminar tirándola sobre el suelo sin prisa, acercándose peligrosamente.**

**—¿Y bien? —le preguntó en un tono sensual que la hizo debilitarse—. ¿No vas a preguntarme dónde estamos?**

**La boca la tenía seca de solo mirarle, el hombre que tenía frente a sí era tan bello que no se podía creer que fuese la afortunada de pasar unos minutos con él.**

**Y encima para recibir todos y cada uno de sus encantos...**

**Un glorioso escalofrío recorrió su espalda en cuanto le vio acercarse hasta tenerlo pegado a su cuerpo. Un cuerpo atontado, que no era capaz de reaccionar, y que se limitaba a tratar de respirar sin quitarle los ojos de encima.**

**—Aunque, si quieres, todavía podemos llegar a la gala. ¿Qué dices? —susurró sobre sus labios en un intento claro de provocarla.**

**—No —logró susurrar humedeciéndose los labios con la lengua.**

**—¿Y qué es lo que quieres? —Volvió a preguntar, deleitándola con una voz sumamente sensual. Había llegado el momento de la caza y por lo tanto echó mano a uno de los botones de su blusa para comenzar a desabrocharlos poco a poco—, debes decírmelo, pequeña, si todavía quieres escapar de mí.**

**—¿Y quién quiere escapar? —titubeó con una turbación interior inimaginable, bajando la mirada y viendo cómo sus manos abrían la blusa poco a poco para, una vez que terminó de**

desabrochar, los botones, desprenderse de ella.

La prenda de vestir no tardó en caer sobre el suelo y dejó a la vista un sencillo sujetador de color blanco.

Alexia soltó un suspiro incontrolable tras verle la cara de placer. Robert prestaba atención al tamaño de los pechos y no a la sencilla prenda que los envolvía.

—Son perfectos —dijo extasiado metiendo las manos por debajo.

—¡Oh, Robert! —exclamó a través de un gemido que se le terminó escapando de la boca.

Sentir las yemas de los dedos, rozando sus pezones erguidos, era una tortura deliciosa.

—¿He de suponer que te gusta? —Susurró arrastrando las palabras—. Pues, nena, todavía no he comenzado. —Y desabrochó el sujetador con destreza, afanado en mantener la calma, hasta quitárselo, para ir a parar junto con el resto de las ropas tiradas sobre el suelo de cualquier manera.

La calma de Robert se esfumó en un abrir y cerrar de ojos, y se quedó en un segundo lugar en el preciso instante en que la tuvo desnuda de cintura hacia arriba. Estaba deleitándose ante las maravillosas vistas que le ofrecía, actuando con una precisión y una rapidez que dejó a Alexia totalmente vulnerable. Tanto fue así que no pudo evitar soltar un grito, mezcla entre sorpresa y excitación, al sentirle deslizar su lengua lamiendo los pechos con verdadera urgencia. Parecía sediento de ellos y se convirtió en una acción irresistible, y provocadora, que hizo que al mismo tiempo ella tuviese la necesidad de agarrarse a los hombros masculinos para sujetarse.

También imploraba porque el contacto de aquella húmeda, y cálida lengua, no acabara nunca, mientras que irremediamente empezaba a sentir la humedad entre sus piernas.

Todavía no podía creerse lo que aquel hombre la hacía sentir..

—Vamos, despierta.

Una voz de fondo casi la despertó pero, estaba tan enfrascada en el sueño tan erótico, que seguía teniendo, que no le costó nada retomar lo en el lugar exacto en el que lo habían dejado, recreándose sin pudor en lo que él le seguía haciendo a sus pechos, descubriendo embriagada cómo ahora, y con ambas manos, le subía la falda hasta la cintura para dejar a la vista las sencillas bragas que llevaba a juego junto a la parte de arriba.

—Creo que por el momento no van a hacerte falta —volvió a susurrar derritiéndola entera.

Y como dejó de besarla, donde más le gustaba, gruñó enfadada... un enfado que se le pasó, a una velocidad sorprendente, al darse cuenta de que se arrodillaba frente a ella para quitarle la ropa interior; a la vez que deslizaba la prenda, despacio, hasta dejarla situada en los tobillos. Una vez allí terminó levantándole un pie, después el otro, y tiró de las braguitas hasta liberarla por completo.

El corazón de Alexia no tardó en desbocarse, igual que cada una de las partes de su cuerpo, y observó, henchida de placer, a un Robert que la ayudaba a abrir las piernas en un intento de explorar a fondo su intimidad absoluta.

Se le volvió a escapar, un gemido de placer, en cuanto sintió la lengua de él sobre ella.

—Robert... —gritó sin importarle nada que no fuera seguir sintiendo. Y en un acto, de desesperación, lo agarró por el pelo y tiró. Por un instante temió volverse loca por aquel beso



**tan sumamente íntimo que le estaba dando—. ¡Oh, Robert!**  
**Él simplemente miró hacia arriba, después de escucharla, y susurró con la voz ronca:**  
**—Que bien sabes, Alexia...)**

Cuando Sofia entró por la puerta y se la encontró durmiendo, pensó en dejarla un rato más, pero al ver la maleta no pudo esperar a satisfacer su curiosidad.

¿Quizás aquello significaba lo que ella creía?

Se acercó, y como no se despertaba, le dio unos golpecitos en el brazo suavemente, pero tampoco así lo hizo, así que pasó a hacer las dos cosas a la vez, gritando su nombre y golpeándola sin ningún tipo de delicadeza.

A lo que ella respondió:

—¿Qué? —preguntaba una sobresaltada Alexia siendo arrancada de un sueño tan fascinante y erótico—, ¿qué pasa?

—No sé el tiempo que llevarás durmiendo, aunque seguro que es suficiente, anda, apiádate de mí y déjame un sitio.

Alex la miró con cara de pocos amigos, aun así, retiró las piernas antes de que se las aplastara, ya que sin más, se había plantado sobre el sillón.

—Estoy muerta, ha sido un día horrible —se quejaba poniendo los pies sobre la mesa.

—No lo parecía cuando llamaste.

—Es que ha sido un día horrible hasta que he abierto la puerta y me he encontrado cara a cara con él. No sé, debe de haber pensado que era tonta, o algo así, porque me he quedado babeando cuando lo he visto.

Alexia rio.

—¿Tú babeando? —preguntó encantada al ser consciente de que el dolor de cabeza se había esfumado. No tardó en recordar el sueño que acababa de tener—. Eso sí que no me lo creo.

—Mira, bonita —le contestó de un modo un tanto vacilón—, no soy una mujer que se deje embaucar fácilmente. ¿Sabes?

—Pero...

—Pero he de reconocer, que con toda probabilidad, he hecho un ridículo absoluto. —Terminó reconociendo—. Me ha mirado y casi me derribo. No deberían existir hombres así, que te miran y ya estás en sus manos.

—¿Volverás a verlo? —preguntó de golpe.

—Cualquiera que te escuche pensaría que es mi novio.

—Ya quisieras...

—Si lo que pretendes es que le pida un autógrafo, si se vuelve a pasar por la consulta, vas lista.

—Pero...

—Después del ridículo que he hecho no pienso degradarme para pedirle que me estampe su firma en un mísero papel. Además, ni siquiera sé si volverá.

—Qué pena.

—Oye —dijo cambiando a un tema que le interesaba bastante—, ¿qué significa la maleta en la puerta?

—Lo que ya sabes.

—Después de una semana de pesadilla, créeme si te digo que necesito oírte decir —dijo con sinceridad.

—Me voy —contestó con voz pausada y tranquila.

—Me gusta escucharlo.

Se miraron, largamente, y lo que vio Sofía a través de sus ojos fue a una chica que tenía la certeza de seguir adelante, sin dudas ni miradas atrás, plenamente consciente, de poner punto y final al tormento que había pasado durante toda la semana.

—Sé que me va a costar habituarme a la rutina del día a día sin él, pero precisamente por eso es necesario que empiece para poder darle carpetazo. Necesito hacer cosas diferentes. Quizás es el momento de empezar a tener nuevas perspectivas.

—¿Ah, sí?

Escuchándola hablar parecía que se había transformado. La chica que se encontró, cuando fue en su busca, desde luego que nunca hubiese sido capaz de afrontar los hechos por sí sola. En cambio fue pasar una semana, en una absoluta miseria, y cambiar de manea radical en la forma de pensar.

—Sí, he estado pensando y la mejor manera de olvidarle es haciendo que mi mente esté distraída. Seguro que es el momento adecuado de apuntarme a un gimnasio.

—Me gusta la idea, ¿sabes la cantidad de ligues que salen de ahí? —Decía animada ante la idea que ya se empezaba a fraguar en su mente—, podríamos apuntarnos juntas.

—Para, para. De ligues nada. No quiero saber nada de hombres durante un tiempo.

—¡Puf! Te tomaré la palabra, pero que sepas que en cuanto empieces a salir te vas a tener que quitar los moscones de encima.

—¿Qué dices? Te debes de haber quedado trastornada desde el instante en que has visto a Robert Brown. ¿Acaso he de recordarte que siempre paso desapercibida allá donde voy?

Sofía no tardó en contestar.

—Porque tú lo has querido siempre así, ¿no es cierto? —Dijo acusándola y echando un vistazo a todo su cuerpo—. ¡Mírate! Siempre que no estás en la oficina estás con chándal o con las estúpidas zapatillas que tanto odio.

—A mí me gustan.

—Es uno de los problemas que tendremos que cambiar —la cortó.

—¿Qué tratas de decir?

—Pues que ya está bien de ser tan mojigata. Es hora de tener nuevas perspectivas, como muy bien has dicho, y te voy a ofrecer alguna que te va a cambiar la vida. Sí, eso es lo que voy a hacer.

Ni siquiera fue capaz de contestar. La acababa de dejar asombrada, además, no llegaba a entender en qué dirección les podría llevar aquella conversación.

—Debes de tener confianza en ti misma y voy a ayudarte a hacerlo, lo primero que haremos es echar un vistazo a tu armario, y lo segundo, por supuesto, tirar esas zapatillas tan horrendas.

—¿Qué? —quiso protestar llena de perplejidad.

—Lo que oyes.

Y no contenta con eso continuó:

—Hasta ahora te creías feliz pasando desapercibida, pero se acabó. Eres una chica preciosa, con un atractivo que te empeñas en ocultar debido a tus inseguridades, y es lo primero que tenemos que cortar.

—Te has vuelto loca, ¿verdad?

—No, nada de eso. El cabrón de Jack te ha hecho el peor de los favores y tú lo has creído.

—¿De qué estás hablando?

—De lo fácil que te ha resultado dejarte llevar, porque es lo que has hecho durante todo este

tiempo pensando que la relación era normal.

—Sofía...

—No, déjame terminar —dijo levantando la voz con autoridad.

Alexia cedió al no tener las suficientes fuerzas de protestar.

—Está bien. Termina.

Entonces, su amiga, se limitó a hacerlo.

—Sé que te aferraste a él pensando que era una tabla de salvación después de todo por lo que tuviste que pasar, pero te equivocaste. Elegiste la opción fácil, y aunque no lo compartí, en su día, sí que intenté comprenderte, pero eso se acabó.

—Yo le quiero, ¿sabes?

—No —negó levantando la voz—. Querrás decir le querías. Además, después de lo que me dijiste, ayer, me imagino que el amor que le tenías era el que le tendrías a un amigo. Ese de novio tiene lo mismo que yo de virgen.

—No te pases —la advirtió.

—No lo estoy haciendo. Llevas demasiado tiempo pensando en que quizás el problema por el que no quería follar contigo, era culpa tuya, y has de saber que es mentira. El problema lo tenía él y no tú.

—Yo no follo, hago otras cosas.

—¿Lo ves? Ese precisamente es el problema. No sabes nada de sexo. Anda, no seas panolis, cualquiera que te escuche pensará que está hablando con una señorita de la edad media.

—No te rías de mí, ¿quieres? —dijo ofendida por el comentario tan desafortunado que no le gustó nada.

—Solo te estoy diciendo la verdad —le dijo con demasiada franqueza—. No te has sentido mujer, no te has sentido sexy, y desde luego nunca has podido disfrutar con ese cabrón en la cama.

—¡Basta!

¿Qué era todo aquello?

¿Por qué le decía palabras que tanto dolían?

Era incapaz de averiguar el motivo, pero lo que sí era cierto es que la estaba hiriendo en lo más profundo del alma.

—Lo siento, es lo que pienso, ¡y si no lo digo reviento!

La conversación que en un principio, parecía apacible, se acababa de convertir en todo lo contrario, tomando un cariz del todo inesperado y preocupante.

—¡Pues revienta! —Terminó gritando—. ¡Déjame en paz! Bastante me han humillado para que tú también lo hagas.

Se levantó del sillón, apresurada, y se dirigió a la maleta después de lo que le acababa de decir.

No iba a consentir, ni un comentario, más, acerca de su mísera vida. Vaya que no, y se arrepintió de haberle contado sus intimidades secretas mientras sabía que allí ya no tenía nada que hacer.

Quería, por encima de todo, volver a la tranquilidad de su apartamento para que nadie pudiera meterse con ella y con la vida de mierda que le esperaba.

¡Era su problema!

—Alex, perdona.

«Joder, ¿cómo puedo ser tan bruta a veces?»

Fue tras ella, arrepentida, y se interpuso entre la puerta y su amiga.

Jamás dejaría que se marchara así. Jamás. Sabía que si ocurría quizás no quisiera volver a

verla.

—No te vayas, por favor, todavía no. Ya sabes el carácter que tengo y debes saber que solo pienso en lo mejor para ti —dijo a modo de disculpa para aclarar las palabras tan duras.

—Pues menos mal, porque la sensación que me da es justo lo contrario, ¡apártate!

—No voy a hacerlo, no hasta que sepas que lo siento, que me he pasado mucho y que lo único que sigo haciendo es preocuparme por ti. Aunque a veces no lo parezca.

—Eres tan burra a veces...

—Lo sé y lo siento. Por favor deja que termine para poder explicarme antes de que te vayas cabreada conmigo, ¿vale? Entiendo que quizás me he expresado mal y no me has entendido...

Pero Alexia no atendía a razones.

—No, ese es el problema, que te has expresado de maravilla como tú siempre haces —dijo alzando la mirada enfrentándose a ella—, nunca eres consciente del daño que puedes llegar a causar. Y esta vez te has pasado.

—Déjame intentarlo otra vez, te juro que me morderé la lengua.

—Ya está todo dicho —la cortó tajante sin querer escuchar nada.

Bastante lo había hecho ya.

—No, no lo está, y si de verdad me consideras tú amiga te quedarás y me escucharás.

Lo dijo con el corazón en la mano, siendo consciente del daño hecho.

Pasaron unos segundos, los suficientes como para dudar, y dio paso a la inseguridad, gracias a la cual terminó cediendo. Mejor que nadie la conocía y sabía lo franca que podía llegar a ser.

Apartó por un momento, lo que le acababa de decir, y dijo sin mucha convicción:

—Está bien. —Soltó el asa de la maleta y se quedó cruzada de brazos.

Su objetivo pasaba por dejarle bien claro que le concedía unos minutos, pero allí donde estaban. No iba a dar su brazo a torcer tan fácilmente.

—Anda, ven, pidamos una pizza y hablemos, ¿qué te parece?

—Estás desperdiciando unos minutos de oro.

Sofía suspiró ante aquel ultimátum, era consciente de que no lo tendría fácil, así que pensó, minuciosamente, las palabras exactas que quería decir a su amiga sin que llegara a molestarse.

—A ver, lo que estoy intentando es abrirte los ojos. —Empezó acercándose un poco antes de respirar, tratando de no meter nuevamente la pata—. Sé que en cuanto llegues a casa vas a hacer lo contrario de lo que me acabas de decir. Lo de perspectivas nuevas, y todo eso, está muy bien, pero sé cómo te sientes, y sé, por tu forma de ser, que no te va a resultar nada fácil.

—Que lista eres, ¿no te has parado a pensar en que quizás te has equivocado de profesión? Creo que adivinadora te hubiese quedado como anillo al dedo —bromeó sin ningún remordimiento.

—¿Acaso te estás burlando de mí?

—¿Acaso no te lo mereces?

—¡Bufffff! Desde luego que yo puedo ser muy burra, pero a ti a terca no te gana nadie.

—Permíteme que lo dude.

—¡Vale! ¡Se acabó! —Terminó gritando antes de acercarse de nuevo, señalándola con el dedo de forma amenazante—. Vas a escuchar lo que tengo que decirte, aunque sea lo último que haga en la vida, ¿de acuerdo?

—Pues empieza que tengo cosas que hacer.

Si seguía con ese aire de indiferencia la agarraría por el cuello, ¡oh sí, vaya si lo haría!

—He pasado antes que tú por todo esto y aun siendo fuerte casi pudo conmigo.

—¿Y?

—Pues que quiero que cuentes conmigo, siempre.

—¿Y? —volvió a decir dando la impresión que no le importaba nada de lo que decía.

Dios, que terca podía llegar a ser, tanto que hasta el límite de su paciencia estaba llegando a desbordarse.

—Aunque no lo veas te estoy haciendo el favor de tu vida —le dijo convencida—. No voy a consentir que te quedes recluida en tu apartamento, que es lo que vas a hacer. No voy a consentir que vuelvas a verle, que es lo que vas a intentar. Y por supuesto no voy a consentir que sigas pasando desapercibida, porque eres demasiado guapa como para seguir haciéndolo. ¿Lo has entendido todo o tienes alguna duda?

Si tenía alguna, o no, dejó de importar. Se acababa de quedar sin palabras gracias a lo que aquello significaba, emocionándose en lo más profundo de su ser.

—¿Ves como no era tan difícil? —Logró decir con un nudo en la garganta que le dificultó el que pudiera hablar con normalidad—, lo de antes te lo podías haber ahorrado.

—Anda, ven aquí.

Terminaron abrazándose, emotivamente, y olvidaron el rencor que en un principio hizo que su relación se tambaleara, demostrándose lo mucho que se querían, y sobre todo la complicidad que seguían teniendo.

—Sofía, has de aprender a morderte la lengua más a menudo. —Sonrió Alex apretada por aquellos brazos que tanto necesitaba—, aunque para ello corras el riesgo grave de envenenarte.

—Me lo merezco. Anda, ven, pidamos esa pizza mientras hablamos, ¿qué te parece? —Y la cogió de la mano esperando su respuesta.

Una respuesta que no tardó en llegar.

—Pues que he de sentirme mucho mejor después de la resaca. Tengo un hambre que me muero.

Las dos se miraron y se echaron a reír con una normalidad absoluta.

—Así me gusta. ¡Buena chica!

Volvió sobre sus pasos y volvió a sentarse frente a la televisión, mientras que escuchaba a Sofía hacer el encargo de la pizza por teléfono.

La charla al final se alargó en el tiempo. Estaban tan a gusto que no le importó, eso sí, hasta que bajó a la calle en busca de un taxi. Ahí sí se arrepintió de lo tarde que se le había hecho. Tuvo que esperar casi tres cuartos de hora a que uno libre se dignase a pasar. De no ser por la maleta, la mejor opción, sin ninguna duda, habría sido la de coger el metro.

¡El trayecto le resultó una auténtica tortura!

Casi sin fuerzas, y cuando pasaban de las ocho de la tarde, logró entrar por la puerta de su apartamento. Dejó la maleta a un lado, agotada, y echó un vistazo a su alrededor, comparándolo con el de su amiga Sofía.

Igual que el de ella era bastante pequeño, lo suficiente para vivir una persona o dos a lo mucho. La gran diferencia, entre ambos, era el orden que se veía allá en lo que te fijaras. Estaba impoluto. El único defecto que se podría sacar era la capa de polvo sobre los muebles después de estar una semana sin que nadie lo quitase. Por lo demás todo seguía en su sitio, aunque no tardó en comprender que si había una gran diferencia, y no era otra que la ausencia de Jack.

Una vez que terminó de revisar todas las estancias, se derrumbó con un vacío tan grande que se puso a llorar con desesperación. Todo cuanto veía le parecía demasiado solitario y cargado de recuerdos.

Quizá no había sido tan buena idea lo de regresar tan pronto. Mirase donde mirase veía a Jack. En el sillón, en la cama, en la cocina...

Aquello iba a ser mucho más duro de lo que en un principio pensó y, para colmo, tras lo sucedido, la disparatada idea de llamarle cruzó por su mente.

Se maldijo debido a lo absurdo de querer hundirse en el pozo en el que se encontraba si llegaba a degradarse hasta ese punto.

¿Por qué necesitaba verle? ¿Para que la siguiese mintiendo acerca de su condición sexual?

¡Se acabó! Costase lo que costase volvería a tomar el rumbo de su vida.

Recuperó un poco el control y quiso olvidarse de la patética necesidad de escucharle.

Al ver la luz roja, del contestador automático, centró su atención en lo que debía, se sorbió la nariz por lo absurdo de lo que la rodeaba, y se dirigió hasta el teléfono.

El indicador del contestador le mostró que había tres mensajes no leídos. Pulsó el botón, dio media vuelta y se llevó la maleta a su habitación.

—Hola, pequeña —decía la voz conocida de Peter, su amigo de la universidad—. Ya me he enterado. Sofía me lo contó ayer. ¿Estás bien? No quiero agobiarte así que la llamaré a ella para que me vaya contando. Si necesitas algo, aquí estoy, nena.

La voz reconfortante de su amigo consiguió calmarla en un principio. Tanto fue así que dejó la maleta olvidada y se tumbó en la cama, dejando ver un amago de sonrisa con la certeza de que, el bueno de Peter, siempre estaría ahí, dándose cuenta de lo afortunada que era al tener tan buenos amigos.

El segundo mensaje no tardó en escucharse, los dos fueron enviados el martes.

—¿Alex? ¿Estás ahí? Peter me ha contado lo de Jack y no termino de creérmelo, ¡será hijo de puta! Cuando vuelvas, si tienes ganas, llámame ¿vale? Te quiero.

La que hablaba era Verónica, la novia de Peter, y esta vez no se sintió todo lo reconfortada que esperaba, sino que volvió a sumirse en una pena todavía mayor.

¿Qué pensarían acerca de ella? No le iba a resultar nada fácil hablar del tema a sus amigos. No después de la compleja escena que tuvo que vivir, y a la que tuvo que enfrentarse, aceptando todo lo que conllevaba detrás...

Sus pensamientos se vieron interrumpidos, de golpe, tras empezar a escuchar a la persona que le hablaba en el último mensaje de voz. Apartó todo tipo de pensamientos y escuchó a Estefany. La secretaria de su jefe, y compañera de trabajo, que la había llamado esa misma mañana.

—¿Alexia? Llevo toda la semana sin tener noticias sobre ti. Espero que estés bien.

El remordimiento de Alexia, nada más escucharla, hizo que pensara en lo egoísta que había sido por no haberse molestado en llamarla a la oficina dando señales de vida.

El aire le empezó a faltar.

—Debes de saber que el señor Scot ha preguntado por ti y no me ha quedado otra alternativa que mentirle. Espero no estar cometiendo una locura que me haga arrepentirme, y espero que sepas lo que estás haciendo. Adiós.

«¿Qué ha preguntado por mí?», se dijo echándose literalmente a temblar. No tenía una mínima idea de lo que aquello podría llegar a significar.

«Ahora sí que tengo un verdadero problema».

¡Genial, lo que le faltaba! Primero su novio se liaba con un hombre. Y si no parecía ser suficiente, ahora veía que, con toda probabilidad, terminaría perdiendo el trabajo. ¿Qué más le podía pasar? ¿Acaso alguien le había echado mal de ojo?

Si aquello parecía poco, el teléfono sonó a continuación, se acercó para ver el identificador de llamadas y se quiso morir una vez que supo quién era.

¡Por favor, ahora no! Por lo visto nada iba a salirle bien.

—Hola, Alexia, ¿estás en casa? Soy mamá.

Si había algo por encima de todo, que no quería hacer, era precisamente esa. Hablar con su madre. ¿Cómo demonios se las ingeniaba siempre para llamar en el momento menos indicado?

¡Iba a darle algo, de veras que sí!

—¿Mamá?

—Hola, cariño, ¿cómo estás?

—Bien, como siempre —mintió esperando que no le notase nada raro—, ¿pasa algo?

—Oh, no, nada de nada. ¿Acaso no puedo llamar a mi hija porque sí? —contestó un tanto enfadada y con cierto reproche.

—Ya sabes que sí, mamá —dijo de manera obediente.

—Hija, te echo tanto de menos...

El sonido de sus palabras era bastante melancólico, o sea que sabía a la perfección el tipo de conversación que le esperaba.

—Todavía no entiendo por qué tuviste que coger ese maldito trabajo que te mantiene tan lejos de aquí.

«¿Precisamente por eso?», se dijo mordiendo la lengua.

—Llevo tanto tiempo, esperándote, que ya ni me acuerdo de la última vez que viniste, en cambio tu padre...

¡Por Dios, otra vez no! ¿Es que no podían hablar nunca sin que sacara a relucir a su padre?

—Él en cambio está más cerca, —continuaba apenada— y puede ir a verte de vez en cuando, solo estáis a cuatro horas y...

—Mamá, —la cortó con el ánimo por los suelos— lo siento, he quedado y no tengo tiempo de hablar contigo, si quieres este fin de semana te llamo con tranquilidad.

—¿Por qué nunca tienes tiempo de hablar con la pobre de tu madre?

Puffffff.

Siempre hacía lo mismo, decir lo justo para se sintiera culpable. Recordó que, por ello,

decidió interponer una distancia con el objetivo de vivir la vida a su gusto, aunque seguía atormentándola por haber tomado dicha decisión cada vez que se le antojaba echárselo en cara.

—Mamá, no empecemos... —le dijo con paciencia, sabía lo que le diría a continuación. Lo sabía de memoria.

—Es que es la verdad. Cuando te necesito vas y haces lo mismo que tu padre, dejarme sola. ¿Acaso alguno de vosotros ha pensado en mí?

—Mamá, yo tengo mi vida igual que la tuviste tú el día que te marchaste de casa de la abuela.

—Lo sé, cariño, pero es que te tengo tan lejos...

—Ha sido una decisión importante y meditada, ya lo sabes. Debes confiar en mí y darte cuenta de que es lo que quiero y lo que necesito.

—No puede ser si es a costa de estar lejos de tu casa.

—Ahora esta es mi casa, lleva siéndolo durante bastante tiempo. Deberías haberte acostumbrado.

¿Por qué tenían la misma conversación cada vez que hablaban? Su madre nunca se concienciaría de que ya no era la chiquilla a la que podía manejar a su antojo. Y por supuesto, nunca se concienciaría de que, aun con todos los miedos irracionales que tenía, por mucho que estuviese siempre pendiente de la única hija que le quedaba, no podría protegerla siempre. Asfixiándola sin llegar a pretenderlo para desesperación suya.

—¿Y Jack? ¿Cómo está?

Ahí se quedó bloqueada. Se mordió el labio, de manera nerviosa, y optó por permanecer callada a la vez que pensaba con rapidez.

—¿Alexia? ¿Me oyes bien? ¿O es que ocurre algo? —se escuchó a través de la línea.

¿Cómo lo hacía? ¿Una madre olía los problemas de los hijos estando a varios kilómetros de distancia?

Era lo que parecía, en su caso particular, para su desgracia.

—¿Alexia? —volvió a insistir debido a su silencio.

Alexia cruzó los dedos y rezó porque no la descubriera.

—Mmmm, mamá, lo siento tengo que colgar. Tengo un problema con la caldera... —dijo improvisando sobre la marcha—, y ahora mismo el casero está llamando a la puerta.

—No me estarás ocultando nada, ¿verdad?

—Que no, mamá.

Le contestó de manera paciente.

—Está bien, hija —cedió—, ya hablaremos otro día tranquilamente. Cuídate mucho, por lo que más quieras.

—Que sí, mamá. Adiós.

—Adiós, hija.

Colgó y suspiró relajada al tiempo que sopesaba que había estado a punto de sonsacarle lo sucedido entre ella y Jack, lo que su madre hubiese aprovechado para hacerle una visita sorpresa, y así aconsejarla y mimarla ejerciendo el papel de madre que tanto echaba en falta.

¡Precisamente lo que menos necesitaba!

Gracias a Dios que pudo colgar a tiempo y evitó el desastre descomunal que aquello habría significado en una de las etapas cruciales de su vida.

Se dirigió a la habitación y empezó a colocar sus escasas pertenencias dentro de los cajones, separando la ropa sucia, que la metía en una bolsa de plástico, para llevarla a la lavandería.



Y así seguía cuando un sobresalto repentino la sacó de sus pensamientos. Se acababa de acordar de lo que le había prometido a Sofía antes de despedirse de ella.

Miró el reloj, de forma distraída, y descubrió horrorizada la hora que era.

«Mierda».

Si quería ser puntual, algo a lo que estaba acostumbrada, ya podía darse prisa o llegaría tarde.

Unos vaqueros y el primer jersey, que encontró a mano, fue lo que terminó cogiendo sin molestarse en si hacía juego o no, total, ¿qué más daba? Había prometido salir esa noche, acompañada de sus amigos, pero no en molestarse en arreglarse mínimamente, y aunque su amiga era de diferentes pensamientos, acerca de su estilismo, ella era como era y no estaba dispuesta a cambiar.

¡Antes debía de solucionar el problema interno que la estaba matando de pena por dentro!

Ni siquiera se maquilló. Dejó todo tal cual y salió disparada, tomando la dirección hacia el pub en el que la mayoría de las veces quedaban para tomar unas cervezas.

—Por ahí viene, ¡por un momento pensé que no lo haría!

—Ya sabéis, normalidad absoluta o terminará huyendo de nosotros.

Sofía, Peter y Verónica giraron sus cabezas, localizándola en el instante en el que entraba por la puerta del pub abarrotado a esas horas un viernes por la noche.

—Hola, Mark —gritó acercándose a la barra para saludar al camarero.

—¡Hola, preciosa! Te están esperando —le dijo dejando ver una sonrisa espléndida nada más verla.

—Lo sé.

—¿Cerveza?

Ella asintió.

—Ahora te la llevo.

—Gracias.

Fue a la mesa, donde la esperaban sus amigos, y se sentó en el sitio que Vero le dejó libre.

Los miró muerta de la vergüenza.

—¿Qué os dije? —La primera que rompió el silencio fue Sofía—. Sabía que vendría.

—Te lo prometí, aunque he estado a punto de llamarte, lo que menos me apetece es estar aquí —confesó quitándose el bolso y colgándolo en la silla.

—Gracias —contestó dolido su amigo Peter—, el hecho de estar aquí, cuando todos teníamos planes es gracias a ti, si es así como nos lo agradeces...

—Perdonad, estoy en horas bajas y me encantaría estar tumbada en la cama con una enorme tarrina de helado de chocolate compadeciéndome de mí misma. Sí, es lo que estaría haciendo, no tengo la menor duda.

—¿Y para qué están los amigos? —preguntó Vero de forma divertida para quitar importancia a lo que acababa de decir. Quería animarla.

—Buena pregunta. Precisamente los amigos están para no dejar que te encierres en casa y tener la excusa de ponerte como una foca. —Rio Sofía—, esos son los verdaderos amigos, ¿no crees?

El camarero los interrumpió. Se acercó a ellos y dejó la cerveza, y un plato lleno de cacahuètes, los frutos secos preferidos de ella, sobre la mesa.

—¿Y esto? —preguntó Alex con una sonrisa sincera desde su llegada, antes de alzar la vista

y ver la cara de Mark. Se le borró de un plumazo— ¿Tú también? Veo que las noticias vuelan.

—También pertenezco a vuestro grupo y tengo derecho a saber —fue la respuesta de Mark—, sobre todo si por un casual ese cabrón se deja caer por aquí. Me gustaría ponerle en su sitio.

—No creo que lo haga —le contestó bajando la voz.

—Nunca se sabe, yo, por ejemplo, no me daría por vencido. Me dejaría caer por aquí una y mil veces con tal de que no me dieras carpetazo indefinido.

Los chicos sentados comenzaron a pegar gritos ante lo que aquello parecía significar, lo que provocó que la chica se encontrase fuera de lugar.

—Mark, no bromees —le regañó avergonzada.

—No lo hago, preciosa.

Los sentados alrededor de la mesa se miraron unos a otros, perplejos, mientras que Mark, dejándola con la boca abierta, se daba la vuelta y continuaba sirviendo las mesas que seguían desatendidas debido a la gran afluencia de gente que abarrotaba el local.

Las miradas de todos ellos la escrutaron sin miramientos.

—¿Habéis oído, chicos? —Rio Peter asombrado después de lo que allí se acababa de producir—, ¡mira, muñeca! Creo que lo que acabamos de ver ha sido parecido a una declaración de amor.

—¿Mark? —Preguntó extrañada ante la sugerencia—. No puede ser.

—Ahora lo entiendo.

Todos giraron sus cabezas mostrando un gran interés.

—¿Qué es lo que entiendes?

—Cuando le he contado lo que le había pasado ha reaccionado de una forma un poco sospechosa.

—¿Por qué?

—Se ha alegrado y ahora sabemos el por qué —dijo haciendo partícipe a su amiga de su buen humor—. ¿Y eres tú la que dice que siempre trata de pasar desapercibida? Acabas de cortar con Jack y ya hay pretendientes a la vista.

La reacción desmedida de Alex no se hizo esperar, se levantó del asiento, ante la atenta mirara de los presentes, y se vio completamente superada por las circunstancias.

Les mostró, por el rictus de su cara, lo enfadada que estaba.

—Me voy —anunció de mal humor.

—¿Qué? —preguntaron a la vez.

—¿Vosotros creéis que estoy para según qué tipo de juegucitos? Mi vida entera se desmorona, ¿acaso no lo veis? No me puedo creer que esté tomándome una cerveza, para apartar lo que me ha sucedido, y vosotros en cambio intentéis ¿qué? ¿Levantarme el ánimo a base de una confabulación entre todos?

—Alex.

—¡Ni Alex ni mierda! —explotó—. Si de verdad queréis ayudarme os puedo garantizar que no es la manera. Adiós.

Cogió el bolso de la silla dispuesta a marcharse a toda prisa. Necesitaba poner tierra de por medio, e incluso llegó a pensar que quizás debería cortar por lo sano en todo a lo referente con su pasado actual y comenzar de cero, aunque para hacerlo tuviese que hacer nuevos amigos.

Aquello la estaba superando de manera abrupta.

—Te estás equivocando —gritó Peter a sus espaldas con la intención de que la escuchara por encima de la música que se escuchaba a gran volumen—, jamás seríamos capaces de hacerte nada parecido, deberías saberlo, Mark el primero.

Alexia se paró de golpe y volvió sobre sus pasos.

—¿Qué quieres decir?

Sofía fue la que tomó la palabra.

—¿De verdad crees que lo que ha dicho es un plan nuestro? ¿Qué tipo de amigos seríamos? Una cosa es querer que te espabiles, y otra muy diferente engañarte.

Alexia la miró sorprendida.

—Pero, no puede ser... —negaba incrédula mirando hacia la mesa en la que el camarero se encontraba sirviendo unas cervezas.

—¿Por qué no? —Intervino Verónica completamente cabreada—, eres una chica especial, llena de sensibilidad y debes saber que, aunque pretendas ocultarte, debajo de la ropa que llevas y esa dejadez, no vas a conseguirlo, ¿acaso te crees tan rara como para creértelo? La gente que de verdad intenta conocerte llega a verte tal como eres, y te puedo asegurar que eres cualquier cosa menos un bicho raro. Puedes estar segura que el bicho raro era la persona que tenías a tu lado.

Alexia abrió los ojos sorprendida.

—Gracias por levantarme la autoestima, Vero.

—¿Lo ves? —Protestaba enfadada por lo que no era capaz de ver—, tú eres la única que no se da cuenta de lo que debería.

—¿Y es...?

—Que lo tienes todo para empezar desde cero y empezar a disfrutar de una puta vez. Jack no existe y has de ser capaz de darte cuenta y alegrarte —Al ver que iba a protestar continuó—: No me vengas con lo de que no es fácil y de que llevabas dos años con él... Entiendo que ha sido tu primer novio, y entiendo que te ha hecho un flaco favor utilizándote como lo ha hecho para acampar a sus anchas, pero se acabó. ¿Me oyes? Aquí fuera hay hombres de verdad. Hombres que se morirían por tener a una chica como tú a su lado.

—¿Ah, sí? —Bromeó Peter—, ¿lo de hombres de verdad lo dices por mí?

—Puede, aunque tú ya estás pillado —le contestó a su novio riéndose de él y plantándole un sonoro beso en la boca.

Un nuevo plato, lleno de cacahuets, hizo su aparición en mitad de la mesa, lo que los cuatro aprovecharon para mirar hacia arriba en el momento en el que Mark le guiñaba un ojo, antes de volver a alejarse ajeno a las risas que acababa de levantar.

Todos notaron el aturdimiento de Alexia, la cual comprobaba, en sus propias carnes, que lo de pasar desapercibida parecía haberse borrado, de un plumazo, desde el momento en el que se había quedado sin novio.

¿Pero, Mark...?

Optó por echarse las manos a la cara, para que no se burlasen de ella, y se tapó lo que le fue posible tras verse en el centro de atención.

Estaba terriblemente abochornada.

—Creo que vamos a necesitar algo más fuerte, ¿no crees, Alex? —Se burlaba Peter apurando la jarra—. Pasemos de la cerveza, ¿quién quiere una copa?

Las carcajadas de todos se escucharon, por encima del volumen de la música, al ser la única en contestar pidiendo la copa que tanto parecía necesitar, y con verdadera urgencia además...

Mark no tardó en tomar nota.

—¿Quién va a quedarse con ella? —preguntó Peter, mirándola de forma alarmada ante lo que estaba sucediendo.

Les costaba digerir la situación que tenían delante, era demasiado grotesca dado de quién se trataba.

Todo había comenzado cuando pidieron la primera copa, viendo a Alexia que la bebía rápidamente, casi de un trago, debido a las bromas de sus amigos que no paraban de reírse de ella. Después vino otra, y sin darse cuenta otra. Cuando hicieron una pausa, para tomarse unas hamburguesas, ya era tarde para Alexia. Estaba ebria. La mezcla de la cerveza y el whisky habían terminado causando verdaderos estragos en una chica poco acostumbrada a beber, y encima con el estómago vacío. Lo que quería decir que por nada del mundo estaba dispuesta a regresar a una casa en la que acabaría sola.

¿Qué hizo entonces? Pues pedir otra copa a pesar de las protestas de los allí presentes. Mark incluido.

Lo que ninguno de ellos pudo predecir fue lo que acontecería a continuación, y en el instante en el que el camarero le dijo que no le serviría nada más a no ser que fuese agua.

El resultado, ante la negativa no se hizo esperar y, cuando quedaban diez minutos, para que fuesen las dos de la madrugada, se dirigió a la pequeña pista de baile enfadada por no servirle el último whisky. Allí, ante la mirada perpleja de sus amigos, una Alexia desinhibida comenzó a bailar provocativamente, llamando la atención de los hombres de su alrededor, los cuales no tardaron en unirse a la fiesta para aproximarse a ella ante la fría mirada de Mark, que seguía trabajando con los ojos puestos encima suya, cabreado como pocas veces había estado antes.

—Yo lo haré —dijo una Sofia abatida—. Cuando hablamos me olvidé de decirle uno de los últimos pasos por los que tendría que pasar y en el que está ahora, cuando ya nada te importa y crees que bebiendo hace que tomes el control de tu vida.

—Bueno, habrá que ver la parte positiva, ¿no?

—¿Cuál? —preguntó horrorizada.

—¿No querías que se espabilara? Pues ahí la tienes. Está revolucionando el pub.

—Sí, pero no te olvides que ahora es cuando realmente nos necesita. Es carne de cañón.

—¿A qué te refieres?

—Mira a su alrededor, Vero, moscones por todas partes intentando llevársela a cambio de un poco de sexo fácil.

Qué razón tenía. A su alrededor había cinco hombres.

—¿Cómo crees que afrontaría saber que se ha acostado con alguien del que ni siquiera se acuerda? Conociéndola como la conocemos sería algo que no lograría superar muy bien, sumergiéndola en un problema más gordo del que ya tiene. Anda iros que yo me quedo.

Mark pasaba por casualidad delante de ellos y escuchó lo que decían.

—No te preocupes, Sofia —se ofreció—, ya estoy recogiendo y tengo el coche en el garaje. Yo la llevaré.

La mirada que le echaron, los tres a la vez, le mostraron la desconfianza que tenían sobre él, lo que hizo que no pudiera evitar mostrarse enfadado.

—¿Qué pasa? ¿No os fiáis de mí? —Decía mirándolos uno a uno lleno de estupor—, ¿no me lo puedo creer!

—Mark, no te encabrones, es que...

El camarero gritó:

—¡Iros a tomar por el culo!, me estáis comparando con los que tiene alrededor. No me lo puedo creer.

Cogió su bandeja y se alejó de allí, hecho una furia.

—Tiene razón, no estamos siendo justos.

—Ya —protestó Sofía— pero, ¿y si la acompaña hasta su apartamento y ella decide ponerse cariñosa? Está borracha y todo es posible.

—¡Vamos! ¡Que estamos hablando de Mark!

—Sofía, Peter tiene razón, no hay motivo para hacerlo enfadar. Además, si realmente le gusta sería la persona que se mantendría más alejado.

Sofía reflexionó unos segundos acerca de lo que acababan de decir, y supo que tenían razón.

—Está bien —terminó diciendo convencida.

Arrepentida, buscó a Mark por el local, viéndole pasar una bayeta sobre la barra de una manera bastante brusca, nada dispuesto a disimular el cabreo que llevaba encima.

No tardó en tomar una decisión.

—Voy a arreglarlo ahora mismo.

Antes de levantarse volvió la vista hacia la pista de baile.

—No la perdáis de vista —añadió dirigiéndose a la barra.

Allí se dio cuenta de que una rubia, despampanante, estaba apoyada sobre ella y se comía a través de los ojos a Mark, mientras que éste, ajeno a las miradas de atención de la rubia, seguía con la bayeta tensando los músculos del brazo de tanto como apretaba.

Decidió quedarse allí para permitir que aquella mujer pudiera escucharla.

—Nos vamos.

Mark le dio la espalda y continuó a lo suyo, ignorándola por completo.

—Mark.

—¡Que te vayas a tomar por el culo! —terminó estallando por su insistencia.

—Está bien, nos lo merecemos, todo el mundo se equivoca, ¿vale?

La rubia miraba a uno y a otro pendiente de cada una de las palabras que se decían.

—Mark...

—¿Qué coño quieres?

—Pedirte perdón. ¿Contento?

—¡No! —contestó sin darse la vuelta.

—Está bien. —Miró de reojo a la rubia antes de decir—: Dime que te harás cargo de ella y nos marchamos.

—¡Por supuesto que me haré cargo de ella! —Gritó girándose a la vez que se enfrentaba a su mirada—. ¿Con quién crees que estás hablando?

La cara de la rubia, que no se estaba perdiendo nada de la conversación, cambió al escucharle y bajó del taburete en el que estaba sentada de forma brusca, entendiéndole que allí no tenía nada que hacer.

—¿Estás seguro? —Preguntó mirando a la rubia—. Yo puedo quedarme y todavía estás a tiempo de parar a tu último ligue.

—Si quisiera follarme a esa no me hubiese ofrecido a llevar a Alex, ¿no te parece?

Llevaba razón y admitió la metedura de pata.

—Cuidala, ¿quieres? La dejamos en tus manos —le dijo de forma apacible, sonriéndole arrepentida y dando por sentado que lo que harían a continuación sería marcharse para dejarle a él la responsabilidad de llevarla a su casa sana y salva.

Un hecho que consiguió que suavizara el gesto de la cara.

—Tiene suerte de tener a alguien como tú —se sinceró Mark ante lo mucho que se preocupaba de ella.

—Y como tú. Hasta mañana, Mark.

—Hasta mañana.

Sofía avisó a los demás, informándoles de la conversación que acababan de mantener, y se marcharon del local ahora que la dejaban en las mejores manos, fiándose de que la cuidaría hasta dejarla en casa, mientras que Mark seguía sirviendo las mesas sin quitarle los ojos de encima.

No soportaba verla así, lo que provocó que se le terminara cayendo la bandeja entera debido a su falta de concentración.

«¡Joder!»

Se dispuso a limpiar aquel desastre, y volvió la vista a la pista de baile por enésima vez, maldiciendo por lo bajo al ver cómo, uno de los hombres, la pegaba a él descaradamente.

Se acabó. Y tomó la decisión, inmediata, de cerrar el pub o terminaría partiendo la cara de alguien. Avanzó, con paso firme, y se dirigió rápido hasta el equipo de música para apagarlo, cortando el rollo a los allí presentes. Sobre todo a los que de tan buen gusto intentaban arrimarse a ella con la excusa de estar bailando.

Los primeros gritos de protesta no tardaron en oírse.

—Se acabó —gritó dirigiéndose a los pocos que a esas horas seguían dentro—, el local se va a cerrar. ¡Ya!

Los moscones que seguían alrededor de Alexia decidieron pasar a la acción.

—¿Te vienes a tomar la última, guapa?

—Sí, eso, tomemos la última juntos.

—¿Por qué no? —Contestó sujetándose a uno de ellos después de tropezar—. La noche es joven, ¿no?

—Pues vámonos, encanto —le dijo el primero que la miraba con lascivia.

La cogió de la mano con la intención de arrastrarla, fuera del local, en el momento en el que Mark, echando chispas a través de los ojos, se interponía entre ellos y los separaba de un manotazo.

—¡Eh! ¿Qué haces?

—Ella está conmigo —sentenció furioso.

—¿Cómo?

—Ya me habéis oído, ¡fuera de aquí!

Uno de ellos protestó:

—Si es tu novia más vale que la controles. Lleva toda la noche calentándonos y no creo que...

Ni siquiera vio el puño que se acercaba a gran velocidad, y cuando lo hizo ya era demasiado tarde.

Cayó sobre el suelo completamente desprevénido.

—¡Vale, Mark, vale! —Intervino uno de los clientes asiduos, poniendo un poco de paz—, ya nos marchamos.

Dicho esto se agachó y ayudó a su amigo a levantarse, sacándolo de allí para evitar la pelea que se produciría si seguían dentro del local. No merecía la pena por una chica borracha así que se marcharon, sin dilación, deseando seguir de marcha en cualquier otro sitio que permaneciera abierto.

—¿Te llevo a casa, preciosa?

Alex lo miró divertida.

—¿Te habrías peleado con todos por mí? —decía arrastrando la voz de la borrachera que llevaba encima.

—¡Anda, vámonos!

—No —protestó dando un traspié, lo que originó a que tuviera que agarrarse a la camiseta

del chico, pegándose a él mucho más de lo que debería.

Mark la miró sorprendido. Ni en sus mejores sueños nunca la tuvo así...

«Qué pena que sea porque está borracha», pensaba atormentado a medida que cogía sus manos y la alejaba de un cuerpo que empezaba a reaccionar.

Tenerla tan pegada le nublaba la razón.

—¿Por qué me alejas de ti? —Le preguntó en cuanto dejó de sentirlo—, quiero bailar contigo, Mark.

—No estás para bailes, créeme —logró decir olvidándose de lo que quería hacer con ella en ese instante, y desde luego que bailar no era—. Anda, vámonos de aquí.

Y la agarró del hombro para que no pudiera darle ninguna réplica, comprobando que no era capaz ni de caminar en línea recta.

Tuvo que ayudarla, también obligarla a que comenzase a andar en dirección a la salida. Después cerró la puerta. Ya iría a la mañana siguiente y se encargaría de recoger. Ahora lo primero era llevarla a su casa y dejarla allí.

En ningún momento llegó a pensar en el suplicio que le iba a ocasionar llegar hasta el garaje de cómo iba...

Con mucha dificultad consiguió llevarla a la plaza de aparcamiento. En todo momento caminaron despacio, consiguiendo llegar al lugar donde estaba el coche sin atreverse a soltarla en ningún momento. Una vez allí le pasó un brazo alrededor de la cintura y la agarró con firmeza, mientras que con la otra mano abría la puerta del copiloto.

Volvió a arrimarse demasiado.

—Mark...

—¿Sí? —Este bajó la cabeza permitiendo que sus miradas se encontrasen.

—¿Crees que soy guapa?

—¿Cómo?

¡Joder, aquello no!

Le costó Dios y ayuda no bajar hasta aquellos labios que se le ofrecían. Deseaba, con verdadero fervor, poder besarla.

¡Lo que sin duda habría hecho de tratarse de cualquier otra mujer!

—Anda, sube —contestó resignado poniendo algo de distancia.

Y tuvo que olvidarse de lo que su cuerpo le seguía pidiendo.

—A la orden, señor —dijo entre carcajadas, riéndose de todo ante la estupefacción del camarero.

¡Era tan extraño verla en aquel estado!

Para subirse también necesitó su ayuda, le puso el cinturón, una vez que estuvo sentada, y la miró preocupado.

Ni siquiera sabía si sería capaz de llegar a casa sin que vomitase en el coche.

—¿Estás bien? ¿Quieres que baje la ventanilla?

—Estoy mejor que nunca —logró decir.

—Sí, ya veo, ya —contestó serio.

Metió la llave en el contacto y arrancó el coche. Le urgía llevarla a la dirección que Sofia le había dado, así que aceleró furioso, saliendo del garaje de forma precipitada debido a la situación en la que estaba metido.

De haber tenido la posibilidad, de tener al hijo de puta de Jack frente a él, le habría partido

la cara.

¡Oh, sí! ¡Lo que hubiese dado por ello!

Una vez que llegaron decidió acompañarla hasta dentro. Ni siquiera sería capaz de abrir la puerta del portal. La soltó para que entrara, y así poder marcharse, cuando casi se cae de bruces contra el suelo.

Lo que no ocurrió debido a sus reflejos, cogiéndola nuevamente de la cintura.

—Está bien —dijo resignado a medida que entraba en el ascensor—. Te acompañaré.

La ayudó a seguir caminando y se acercaron a la puerta de entrada, allí metió la llave en la cerradura y abrió.

—Gracias.

Era la primera vez que estaba en su casa, así que tanteó la pared, hasta conseguir dar con el interruptor de la luz, y lo pulsó.

—Un apartamento muy bonito —declaró observando el buen gusto de la decoración.

—Sí, ¿verdad? Es una pena que pronto me quede sin él.

—¿A qué te refieres?

Pero Alexia estaba a otra cosa. De pronto le acababan de entrar unas fuertes ganas de vomitar después de todo el alcohol que llevaba en el cuerpo, además, el paseo en coche no le había sentado nada bien y la había mareado bastante.

Se llevó la mano a la boca, bajo la atenta mirada del camarero, en un intento desesperado de reprimir la arcada presa del pánico.

No llegaría hasta el cuarto de baño.

—Voy a vomitar —logró decir señalando una de las puertas que estaba cerrada.

—Esto parece mejorar —bromeó superado por las circunstancias mirándola con verdadero espanto.

Imaginó lo que quería y la arrastró a toda prisa. Abrió la puerta que estaba señalando, y comprobó aliviado que en efecto se trataba del baño. Suspiró tranquilo y levantó la tapa del váter justo cuando ella caía de rodillas para vomitar todo lo que tenía en el estómago.

Mark se limitó a sujetarle la cabeza, desvió la mirada y rezó porque acabara pronto.

—Lo siento, Mark, lo siento.

—No te preocupes, preciosa. Además, seguro que mañana ni te acuerdas de la borrachera que llevas.

Cuando hubo terminado, y no tuvo qué vomitar, le lavó la cara para refrescarla. La cuidaba igual que si fuese una niña pequeña, disfrutando de poder hacerlo mientras que ella simplemente se dejaba hacer.

Menos mal que era ajena a la vergüenza, que habría sentido, de haber estado sobria, claro.

Cogió la toalla y la secó, después salieron del baño, ayudándola en todo momento, hasta conseguir sentarla en el sillón.

¡Era la hora de marcharse!

Estaba en casa sana y salva, tal y como le dijo a Sofía. Él había cumplido.

—¿Estarás bien? —preguntó preocupado.

Al escucharle, una mirada de angustia lo atravesó. Por lo visto, la pregunta que le acababa de hacer, la había dejado del todo perdida.

—No me vas a dejar sola, ¿verdad?

—¿No quieres que lo haga? —preguntó sorprendido perdiéndose en los ojos asustados que



se aferraban a él.

—Quédate —le rogó angustiada sin darse cuenta de lo que le estaba pidiendo, puesto que no era capaz de pensar fríamente.

Y Mark, aun sabiendo que se arrepentiría a la mañana siguiente, de lo que le acababa de pedir, aceptó porque no fue capaz de decir que no, ni a ella, ni a aquella mirada de súplica que lo terminó desarmando.

—Está bien, dormiré en el sillón —dijo poniéndose de nuevo en marcha—, espero estar haciendo lo que debo.

Mark la ayudó a incorporarse y la llevó a la habitación. La sentó sobre la cama y empezó a quitarle las botas que llevaba, (lo que ella aprovechó para dejarse caer a lo largo de la cama) y cuando hubo terminado se incorporó.

Se encontró con la sorpresa de que se había quedado dormida.

Frunció el ceño, no le gustaba el estado de vulnerabilidad en el que se encontraba y no sabía muy bien qué hacer a continuación.

¿Desnudarla?

—¡Hostias!

Aquello iba a resultar un verdadero desafío.

Con un esfuerzo mayor, de lo que un principio pensó, se decidió a dejarla cómoda. Le quitó el jersey y después los pantalones, dejándola solo con la ropa interior.

Y claro, no pudo evitar mirar aquel cuerpo que tanto le gustaba, de una manera lasciva.

¡Disfrutando de la vista que tenía delante!

—¡Joder, Alex! —exclamó reprimiendo las ganas de acostarse junto a ella aunque fuese para tenerla cerca y abrazarla—. No sabes lo que me estás haciendo sufrir.

Abrió la cama, para cortar la tortura que le estaba resultando aquella prueba de fuego, y la metió dentro. Una vez acostada la tentación hizo que echara una última mirada antes de tajarla, dejando de ver el cuerpo que lo estaba volviendo loco.

Besó su frente.

—Buenas noches, preciosa —terminó diciendo.

La amarga situación le resultaba bastante compleja y optó por salir en busca de alguna botella de alcohol que tuviera a mano.

«Necesito un trago de manera urgente», se dijo atormentado por su maltrecho y excitado cuerpo, al tiempo que visionaba la imagen de Alex semidesnuda a pocos metros de él.

—¡Joder! —dijo en voz alta encontrando lo que buscaba.

Cogió la botella de whisky, de manera brusca, y terminó echando una buena cantidad del alcohol en un vaso. A continuación, sin hielo ni nada, se lo llevó a la boca y se lo bebió de un trago.

Desde luego que la noche estaba terminando de una manera muy diferente de lo que en un principio supuso, cuando tenía todas las papeletas para acabar en compañía de la rubia que le estuvo esperando de tan buena disposición... Y a la que habría añadido a su extensa lista amorosa.

En fin, otro día sería.

Volvió a servirse, otra ración de whisky, y de nuevo se atormentó ante la idea de que pasaría una noche demasiado complicada como para conciliar el sueño. Estar en su apartamento le estaba resultando un verdadero calvario, y gruñó por meterse en semejante lío cuando era consciente de que allí no tenía nada que hacer.

Seguidamente se dejó caer sobre el sillón y se preparó para pasar una noche que se le

antojaba demasiado larga.

Exactamente igual, que el día anterior, se despertó con aquel terrible dolor de cabeza.

«¿Qué habré hecho ahora?», se preguntó abriendo los ojos muy despacio.

Le daba la sensación de que hasta las pestañas le dolían.

Miró a su alrededor, confundida, y comprobó que al menos estaba en su habitación, algo que la tranquilizó porque por mucho que lo intentaba no lograba recordar nada de lo sucedido la noche anterior. Solo era capaz de imaginar, la cantidad de copas que tuvo que tomar, para encontrarse en aquel estado de completo aturdimiento, igual que imaginaba que necesitaría una caja entera de aspirinas para librarse del martilleo incesante sobre su maltrecha cabeza... pensaba mientras que el aroma a café recién hecho llegaba hasta su olfato reconfortándola considerablemente.

Nada como un café para aclarar sus ideas y tratar de...

¡¡Un momento!!

Un sobresalto la obligó a incorporarse sobre la cama, dejando a un lado el dolor y las náuseas, mientras el corazón se le desbocara por lo que parecía estar sucediendo.

¡¿Quién demonios estaba en su apartamento?!

Apartó el edredón, decidida a averiguarlo, y se quedó estupefacta al ver que estaba en ropa interior. Miró con horror el pantalón y el jersey encima de una silla.

Si ella nunca se acostaba así, ¿quién le había quitado la ropa?

Escuchó ruido proveniente de la cocina y una idea espantosa no tardó en cruzarse a través de su dolorida mente.

«Oh, Dios» se dijo con la cara blanca de la impresión.

De inmediato se puso en pie, lo que dio a lugar a que se tambalease, no por la resaca, y se volvió a preguntar quién demonios podría estar en su apartamento.

Tiró del edredón y envolvió su cuerpo medio desnudo, una vez hecho empezó a andar despacio. La histeria se estaba apoderando de ella. Anhelaba acordarse de lo sucedido, era apremiante.

Abrió un poco la puerta, lo suficiente para echar un vistazo, al tiempo que ponía algo de cordura a la situación catastrófica que tenía por delante.

¿Cómo había sido capaz de llegar a casa acompañada, y además completamente borracha?  
¿Acaso había perdido la poca dignidad que le quedaba?

Por lo visto así era.

Lo que nunca llegó a imaginarse era la imagen con la que se iba a encontrar, una imagen que la dejó helada. No estaba preparada para ello. Y es que allí, en su cocina, se encontraba un Mark, recién duchado, terminando de preparar el desayuno como si fuese lo más normal del mundo.

Se murió de la vergüenza debido a lo que probablemente habría pasado entre ellos.

¡¿De verdad se habían acostado juntos?!

Entonces, supo, que no tenía ni la menor idea de cómo afrontar el ridículo que la consumía. Trató de llamar su atención y tosió avergonzada. Lo único que podía hacer por ahora...

Mark se giró y le mostró una maravillosa sonrisa, ¡lo que a ella le bastó, confirmando sus peores temores!

—Buenos días, preciosa. ¿Tienes hambre?

Alexia se limitó a quedarse anclada en el suelo para hacerse a la idea de todavía no sabía muy bien qué.

«Por todos los santos, ¡¿qué coño he hecho?!»

¡¡No podía ser!!

La vergüenza hizo que se ruborizara y apartó la mirada para que no se diese cuenta.

—¿Estás bien?

¿Qué pregunta era esa? ¿Cómo iba a estarlo después de lo que habían hecho?

—Alex —insistió después de que no le contestase—, ¿estás bien?

A esas alturas la situación pudo con ella, era imposible soportar lo que presumiblemente habían hecho. Por ello se dio la vuelta, para cerrar la puerta, a su espalda, y se echó sobre la cama sumergida en un mar de lágrimas.

Mark se quedó descolocado.

Un segundo después la reacción del chico no se hizo esperar, soltó la espátula dentro de la sartén, donde estaba preparando los huevos revueltos, y terminó cruzando el salón lleno de preocupación.

Llamó a la puerta pero no esperó a que lo invitaran. La abrió y pasó con un gesto interrogante en la cara.

Una punzada de dolor lo atravesó al verla, se acercó a la cama y se sentó, quería averiguar qué era lo que le podría estar pasando por esa cabecita para estar en el estado de sufrimiento en el que se encontraba. ¿Sería Jack? ¡Menudo cabrón! No se merecía ni una sola de aquellas lágrimas.

¿O sería que lo que le afectaba era verle allí?

—¡Ey! ¿No vas a decirme qué te pasa? —Empezó a decir con suavidad empeñado en tranquilizarla—, puedes confiar en mí.

Ella continuó de espaldas a él, tirada en la cama.

—Alex, por favor...

Y Alex, armándose de un valor que desde luego no tenía, después de escuchar la preocupación en su voz, se dio la vuelta y se limpió las lágrimas que no paraban de caer en el edredón.

—¿Qué es lo que hemos hecho? —le preguntó en voz baja, presa de fuertes remordimientos.

—No te entiendo —contestó de forma sincera.

Alex lo miró furiosa.

—¡Joder, Mark! —exclamó enfadada tapándose la cara.

Él la entendió menos si cabe. Llevó las manos hasta las suyas y se las quitó de la cara para seguir mirándola.

¡Un hecho que pareció molestarle demasiado!

—¿Quieres dejar de mirarme como si no entendieras nada, Mark?

—Es que no lo hago —se defendió—. ¿Qué pasa?

—¡No lo hagas más difícil, por lo que más quieras! —Dijo avergonzada. Bajó de la cama y se alejó—, bastante humillación es para mí no acordarme de nada.

—No me extraña. Te recordaré que fui yo quien te dejó de servir copas de la moña que llevabas. Además, —continuó dolido. Empezaba a darse cuenta de que, con toda probabilidad, lo que le molestaba era que estuviese allí, en su apartamento, y por ello se mostraba así de desagradecida después de lo que hizo por ella—. ¡Fuiste tú quien me pidió que me quedase!

—¿Y por qué lo hiciste? —alzó la voz enfadada, enfrentándose a él de forma cruel.

Mark la miró dolido y maldijo la hora en que se le ocurrió la diabólica idea de llevarla a casa. Lo menos que se merecía era que le diera las gracias y no una patada en el culo.

¿Qué coño le pasaba?

—¿Estás hablando en serio?

Mark no podía creer lo que le estaba echando en cara.

—Por supuesto, ¿no ves que ni siquiera soy capaz de mirarte? —susurró dándole la espalda

ante la imposibilidad de seguir haciéndolo—. Deberías haber pensado en las consecuencias y no en aprovecharte de mí estando borracha.

Si se hubiera dado cuenta de lo que tales palabras iban a herirle, jamás las hubiese pronunciado. Jamás.

Pero ya era tarde.

—¿¡Qué!?! —preguntó furioso.

Dio un salto del borde de la cama y se enfrentó a lo que parecía decir.

Alexia no se movió del sitio y continuó dándole la espalda. Escuchó su tono exaltado y no entendió muy bien qué era lo que había dicho para que se mosqueara de aquella manera.

—Pero, ¿qué cojones estás insinuando? Porque la impresión que me estás dando es que piensas que anoche terminamos follando en tu cama.

La contestación que ella le dio, a continuación, lo dejó totalmente perplejo.

—¿Y no lo hicimos? —logró decir avergonzada. Puede que tuviese una pequeña esperanza a la que agarrarse.

Mark le leyó el pensamiento, dolido, ante la realidad de lo que aquello parecía significar.

¡No quería saber nada de él! Y lo que era todavía peor, además de difícilmente asimilable, ¡creía que se había aprovechado de ella!

Lo que hizo que explotara hecho una verdadera furia.

—¡Pues claro que no follamos! —gritó fuera de sí.

Alex todavía seguía de espaldas, lo que a él le sirvió para avanzar furioso, con pasos rápidos, hasta agarrarla por el brazo. Tiró de él y logró que se diera la vuelta.

¡Sus ojos a esas alturas echaban chispas!

—¿Quién te crees que soy? Jamás sería capaz de aprovecharme de ti, ¿me oyes? —Le confesó lleno de un dolor contenido—. Me importas demasiado, aunque ya veo que para ti eso no significa nada si has sido capaz de pensar que el único motivo por el que te acompañé anoche a casa no era otro que poder acostarme contigo. Ahora, si me perdonas, creo que ya está todo dicho y desde luego aquí sobro.

La soltó sin miramientos, quería alejarse de allí de una puta vez. Ahora era él el que quería mantener las distancias. Bastante acababa de escuchar como para ser tan estúpido de quedarse en el sitio en el que no pintaba nada, y continuó andando hasta el sillón. Una vez allí cogió la cazadora, y las llaves del coche, mientras que Alexia seguía en la habitación perpleja, además de atónita, debido a la confesión que acababa de escuchar.

La acababa de dejar sin palabras y se hacía a la idea de lo cruel e injusta que acababa de ser.

La vergüenza la engulló y quiso gritar. Se daba cuenta del dolor reflejado en sus ojos. Un dolor que desde luego no se merecía, pero no fue hasta que oyó, uno de los cerrojos de la puerta, que logró reaccionar.

—Mark —lo llamó corriendo tras él—, lo siento yo...

—No, déjalo así. Será mejor para los dos —la cortó con determinación.

Lo único que se le pasaba por la cabeza, en esos instantes, era poner tierra de por medio y marcharse de allí lo antes posible. Nunca, jamás, ninguna mujer que le importara le hizo sentirse una mierda, y es lo que sentía ahí y ahora. Saber que por un momento creyó que se había aprovechado de ella, estando borracha, era lo que necesitaba para cortar de raíz con todo.

Quitó el último cerrojo y abrió la puerta de par en par.

—Mark —lo seguía llamando—. Por favor, espera.

—Tengo que marcharme —se excusó implorando porque lo dejara de una vez—, anoche no

terminé de recoger el pub. Tengo prisa.

—¿Por acompañarme a mí?

La única respuesta que se escuchó fue su respiración.

—Mark, por favor, mírame.

Dio su brazo a torcer, se giró y miró a la mujer que últimamente le había robado el sueño. Observó lo sexy que estaba con el pelo revuelto y el edredón envuelto sobre el cuerpo.

—Jamás pensé que pudieras llegar a pensar esto acerca de mí —susurró dolido.

—Lo sé, y lo siento, pero mi vida ahora mismo es un completo desastre y cuando me he despertado, sin acordarme de nada, he pensado que...

—Déjalo, Alex, no importa.

La manera de decirlo le hizo comprender que sí que le importaba, y lo que era peor:

El camarero macizo, por el que se peleaban todas las clientas del pub, estaba enamorado de ella.

El cómo fue posible era otro cantar.

—Me voy.

—Deja que vaya contigo y te ayude a limpiar, te lo debo.

—No, tú no me debes nada. Adiós, Alex.

Mark se marchó y dejó a la chica, aturdida, gracias a la metedura de pata que acababa de tener, lamentándose en profundidad después de haber hecho daño a la persona que menos se lo merecía.

—Mierda —dijo en voz alta, dejándose caer sobre la puerta hasta quedar sentada en el suelo—. ¿Qué es lo que he hecho? —se preguntó hecha un ovillo.

En ese instante se sintió la persona más ingrata y ruin que pudiese existir en toda la faz de la tierra.

Vaya si estaba aprendiendo rápido. A la hora de hacer daño se estaba cebando con quien menos debería... y supo que Sofia no pondría ninguna pega si eso le servía para espabilar.

—¡Joder!

Pasó mucho tiempo en esa posición, atormentándose una y otra vez.

Varias horas después hizo acopio de fuerzas, tras el desastre, y decidió ponerse a hacer algo útil con la necesidad de aliviar la mente del remordimiento continuo que tenía. Sacó la aspiradora en un intento de ponerse manos a la obra y limpiar el apartamento para dejarse de malos rollos. Ya encontraría la manera de arreglarse con él.

Además, ¡ahora que lo pensaba! Debía de ser franca y admitir que el hecho de que le gustase, en el fondo, le alegraba. Se veía como una chica deseada y ello conllevó a que sonriera. Acababa de darse cuenta de que había vida fuera de la relación con Jack.

Pero... ¿Mark? Jamás llegó a pensar que alguien como él, un hombre que tenía al alcance de la mano a cualquier chica que se le antojara, fuese a interesarse en ella. La chica que creía que pasaba desapercibida para los chicos tan guapos como él.

¿Cómo había sido posible? No tenía la menor idea.

Una nueva sonrisa cruzó su cara a consecuencia de los nuevos horizontes que se le presentaban, comenzó a aspirar envuelta en un nuevo brío el suelo de su bonito apartamento, y fue capaz de desconectarse, durante unos minutos, del malentendido que había terminado provocando antes de que el teléfono sonase.

—¿Hola?

—No sabes lo que me alegro de escucharte —le decía su amiga—, eso quiere decir que estás bien.

—¿Y es algo raro? —Rio.

—Vaya si lo es, no vas a creerte lo que hiciste anoche.

—Ni tú vas a creerte lo que le he dicho a Mark esta mañana.

—¿Qué?! —El chillido que dio Sofía, fue tan fuerte, que tuvo que apartar el teléfono de la oreja—. ¡Mataré a ese hijo de puta! —Seguía chillando como una loca—. Sabía que no podía confiar en él, ¡lo sabía!

—Sofía... —pronunció su nombre despacio para tranquilizarla, recordando que ella misma también desconfió de él, acordándose de lo que vino después.

—Es que no me lo puedo creer, me va a oír ese cabrón —seguía y seguía...

—Sofía, ¿quieres dejarme hablar?

—¿Hablar? —Chilló más fuerte—, ¿qué es lo que hay que hablar?

—Se ha quedado porque por lo visto yo se lo pedí.

—¿Pero es que ni siquiera te acuerdas? ¡Hostia puta! Sí que tenemos un problema, voy ahora mismo.

Alexia soltó el aire, todo lo calmada que pudo, y continuó:

—¿Vas a callarte un segundo y dejarme que te cuente que no nos hemos acostado juntos? —la pregunta la consiguió formular de una manera tranquila y serena, tanto que consiguió su propósito. Hacerla callar y sobre todo que no la volviera a interrumpir—. Esta mañana, cuando me he despertado, estaba preparando el desayuno y ¿sabes lo que he hecho? Le he acusado de aprovecharse de mí. No te puedes hacer a la idea de la forma en la que me ha mirado sin creerse que hubiese dudado de él. Todavía no he sido capaz de olvidarlo.

—¡Oh, no!

—Se ha ido enfadado y no le he podido decir mucho más.

—¡Oh, no!

—¿Qué pasa?

—Pues que nosotros anoche le hicimos lo mismo.

—¿Cómo que le hicisteis lo mismo? No te entiendo.

—Verás...

Seguidamente pasó a relatarle lo sucedido, desde la negación de Mark a ponerle ninguna otra copa, hasta su ofrecimiento de llevarla a casa, pasando por el bailecito que se marcó ella misma en mitad de la pista rodeada de varios hombres, delante de la mirada de pocos amigos del camarero.

Alex permaneció en silencio, perpleja y asombrada mientras escuchaba las barbaridades que le iba contando. Se daba cuenta del estado de ánimo en el que debería estar el pobre Mark y se arrepintió de su comportamiento.

Sería afortunada si le volvía a dirigir la palabra.

—No sé, Alex, pero desde luego te has lucido.

—¿Cómo puedo arreglarlo?

—No lo sé. Si yo fuera él estaría cabreadísima y desde luego que no me gustaría verte cerca en una temporada —le dijo sincera—. Aunque si lo piensas bien hay algo bueno que sacar de todo este embrollo. ¿Lo ves? Siempre lo hay.

—¿Ah, sí? Pues yo no lo veo —decía preocupada.

La única culpable era ella.

—Has dejado de pensar en Jack para pensar en Mark y en cómo intentar arreglar el

malentendido en el que te has metido, y eso es bueno.

—¡Anda ya, Sofía!

—Te lo digo en serio. Lo que todavía no entiendo es cómo se nos ha podido pasar a todos por alto. Ni en un millón de años hubiese supuesto que le gustabas.

—¿Ves? No soy tan bicho raro.

Sofía continuó hablando.

—Pero lo que tampoco entiendo es el por qué nunca hizo o dijo nada que te hiciera enterarte de la situación. Nos habría quitado un marrón de encima, ¿no crees?

—No empieces, por favor, hoy no estoy para sermones.

—No me extraña, oye, ¿salimos por la noche?

Alex la escuchó horrorizada.

¿Salir después del comportamiento desastroso que tuvo la noche anterior? Antes debería reflexionar y madurar un poco puesto que, si cada vez que fuera a beber más de la cuenta, se iba a poner a tiro a cualquier borracho que se encontrara...

¿Qué habría sucedido si ningunos de sus amigos hubiese estado presente? La pregunta aquella la atormentaba hasta el infinito. De no ser por ellos, con toda probabilidad, hubiese tenido relaciones sexuales con cualquiera y eso era un hecho por el que ella no estaba dispuesta a pasar.

Sabía que nunca se recuperaría de un golpe así.

—No, creo que hoy me quedaré en casa.

—¿Seguro?

—Llevo toda la semana fuera y tengo cosas que hacer.

—Mentirosa —la cortó su amiga. La conocía demasiado bien—, ¿en qué estás pensando?

—Necesito aclararme, Sofía. Cuando ya creía que no me podía pasar nada más voy y la cago del todo con la persona que menos se lo merece. Ahora mismo estoy hecha una mierda.

—¿Quieres que vaya? —se ofreció de buena manera.

—No, necesito estar sola.

—¿Estás segura?

Se quedó en silencio meditando la respuesta.

—Nunca lo estuve tanto. Necesito pensar sobre mi futuro y necesito estar despejada, ni una gota de alcohol. Fíjate la que he liado sin acordarme de nada.

—Está bien, hoy te dejaré tranquila. Si me necesitas me llamarás, ¿verdad?

—Ya sabes que sí.

—Cúidate.

—Lo haré —afirmó colgando el teléfono.

Cogió otra vez la bayeta y siguió limpiando aquí y allá, deseosa de mantener la mente ocupada sin llegar a conseguirlo. Aquel asunto no se le quitaba de la cabeza y pasó el resto del día intentando saber qué hacer. Le debía una explicación.

¡En menudo lío se había metido gracias a su poca cabeza!

Varias veces estuvo a punto de llamarle, pero siempre, en el último instante, se arrepentía y colgaba el móvil antes de que llegara la llamada, odiándose por ser demasiado cobarde y no arreglar el entuerto en el que se vieron involucrados por la falta de confianza en un amigo, que para más inri, le terminó diciendo que le importaba.

Miró otra vez el reloj, eran las dos de la mañana y sopesó que quizás, a esas horas, estaría recogiendo.

¿Y si le llamaba ahora? Tampoco lo hizo, parecía buscar una nueva excusa a la vez que tiraba el móvil hacia el otro lado del sillón en un estado impotente debido a sus malditas



inseguridades.

Finalmente se levantó cabreada, consigo misma, y permaneció en un estado de culpabilidad imposible de soportar por el dolor que vio a través de sus ojos.

Le partió el alma.

Entró en su cuarto arrastrando los pies, y continuó odiándose por dejar para mañana lo que no se atrevía a hacer ahora. Que no era otra cosa que pedirle perdón una y mil veces, o las que fuesen necesarias, hasta que pudiera perdonarla por convertirse en la mujer más desagradecida que se hubiese topado en su vida.

Cogió el pijama de debajo de la almohada y se lo puso tranquilamente, cuando hubo acabado volvió a salir de la habitación para prepararse un vaso de leche caliente.

¡Toda ayuda iba a ser poca! Tenía la certeza de que no dormiría bien.

Llenó el vaso, lo metió en el microondas y pulsó el botón, limitándose a esperar y mirando a través de la ventana como aquel primer día cuando empezó a sentir que el mundo se le venía encima... Solo que esta vez había una gran diferencia. La que había ocasionado un gran dolor, además de una gran decepción, no había sido otra persona que ella misma.

Y aquel detalle le hacía sentirse como una mierda. Ella bien sabía lo que era ser traicionada por alguien a quien querías.

En efecto fue una noche muy larga...

A la mañana siguiente, después de tomarse un café cargado, para espabilarse, recordó el martirio de la noche pasada y decidió que haría lo que le estaba costando una barbaridad.

¡Ir al pub y hablar con él!

Pero no fue hasta ya entrada la tarde que logró verse con las fuerzas suficientes como para llevar a cabo lo que no tenía más dilación.

Eso sí, arrastrando a su amiga.

—Por lo que más quieras, acompáñame —le suplicaba a Sofia en el café en el que habían quedado, agarrando sus manos de manera desesperada encima de la mesa—, sé que no voy a ser capaz de presentarme allí sola.

—Está bien, vaya semanita me estás dando... —bromeaba apurando el café que había sobre la mesa—, espero que lo peor ya haya pasado y podamos pasar página. ¿O todavía hay algo que te pueda ocurrir? Porque visto lo visto ya no sé si fiarme de que guardes otro as bajo la manga.

—No bromees, ¿quieres?

—No lo hago. Con la racha que llevas nunca se sabe.

—No seas gafe —la regañó—, ahora mismo tengo bastante con lo que tengo. ¡Anda, vámonos! Mañana hay que volver al trabajo y no me quiero acostar tarde.

—Así me gusta, una niña buena y obediente. —Dejó un billete de cinco sobre el plato y se levantaron.

El camarero que les sirvió los cafés las miró, primero a una, y después a la otra, hasta que desaparecieron abandonando la cafetería.

Salieron del bar y se encontraron de cara con un fuerte y desapacible viento que las hizo temblar. Apretaron bien sus gabardinas, para resguardarse del frío, mientras aceleraban el paso por la avenida, dando un paseo y perdiéndose entre toda aquella gente sin casi intercambiar palabras debido al frío que hacía.

Menos mal que el pub no estaba lejos y no tardaron en llegar.

—No sé si ha sido una buena idea lo de venir tan pronto —dijo Sofia seria percatándose de

la cara de pocos amigos de Mark en cuanto las vio entrar por la puerta.

—¿Por qué? —preguntó preocupada detrás.

—Creo que no somos bien recibidas.

Supo a qué se refería en cuanto se cruzó con su mirada fría como el hielo, lo que le provocó que se quedase allí plantada.

—Vamos, no te quedes ahí parada como un pasmarote. —La regañó quitándose la gabardina—. Ya que estamos aquí tomémonos una cerveza a ver qué pasa.

—¿Y si nos marchamos?

La cara que tenía era un poema y no tardaría en buscarse una excusa que le permitiera salir corriendo.

—¡Anda, vamos!

La cogió del brazo y casi la arrastró hasta una mesa cercana antes de darle ninguna oportunidad a que se escaquease.

—Tienes suerte, no hay casi nadie.

—Pues me encantaría que estuviese abarrotado. ¡Oh, Sofia! Va a ser peor de lo que creí. ¿No ves cómo nos ignora?

—¿Y qué esperabas? ¿Flores? —Colgó el bolso de la silla y respiró aliviada, viéndolo acercarse—. Mira, por ahí viene.

Pero Mark pasó delante de ellas limitándose a tomar nota a la pareja de la izquierda, y que acababan de sentarse después de que ellas lo hubiesen hecho.

Dio a entender que pasaba de las dos. Una vez que cogió el pedido volvió sobre sus pasos.

—Pues qué bien —dijo Sofia dando un barrido a todo el local.

Al hacerlo reconoció a la mujer que estaba apoyada sobre la barra.

«Hay mujeres que no se cansan nunca».

—Vaya, vaya.

—¿Qué pasa?

—¿Te acuerdas de la mujer de la que te hablé, y que te dije que estaba esperando a Mark para follárselo?

—Mira que eres bruta.

—¿Te acuerdas o no?

Alex asintió.

—Pues ahí la tienes, en el mismo sitio de la última vez, antes de que se marchara corriendo despavorida tras escucharle decir que te acompañaría a casa.

—No me lo recuerdes —susurró bajando la mirada—, todavía tiene que estar arrepintiéndose de no haberse ido detrás de ella y sí con la amiga traidora en la que me he convertido por mérito propio.

Echó una ojeada a su amiga y suspiró resignada.

—Ya que estamos aquí podías poner de tu parte y acabar lo antes posible, ¿no crees? —Le terminó recriminando por la actitud pasiva que tenía—, si he decidido a acompañarte es porque no quería dejarte sola, aunque creo que vas a acabar así.

—¿Por qué?

—Porque es el momento ideal de hablar con él, ¿acaso estás esperando a que haya más gente? Porque es lo que parece —la acusó.

—No es fácil, ¿vale? —contestó haciendo tiempo pues no sabía la manera de manejar aquella situación—: ¿No ves que no quiere saber nada de nosotras? ¿No has visto su reacción?

—¿Y acaso tú no ves que debes mover el culo? Porque no hemos venido aquí solo para

tomarnos una cerveza... —le respondió en voz alta, obligándola a que de una vez se levantara—. Y si lo que pretendes es que sea Mark el que se acerque vas lista.

Alexia movió el cenicero de sitio, una y otra vez, de lo nerviosa que estaba. De verdad que estaba perdida y no sabía manejarse en esa situación, por lo que Sofía terminó por decirle:

—¿Necesitas ayuda?

—Sí, por favor —suplicó.

—Muy bien —contestó como si nada antes de respirar y decir tan tranquila—: Voy al baño, si cuando salga sigues aquí, sentada, me voy.

—¿Qué? —Fue lo único que pudo decir después de escuchar aquel ultimátum, llevándose las manos a la cara—. No me puedo creer que me hagas esto.

Dicho y hecho, en cuestión de milésimas de segundo Sofía ya no estaba. Se acababa de perder por el pasillo que daba a los baños, dejándola sola.

—¿Sofía?

Se quitó las manos de la cara y la vio desaparecer tras la puerta que daba a los aseos.

—Está bien —habló en un arrebato desesperado para darse valor ella misma—, allá voy.

Sin pensarlo, porque mejor que nadie sabía que terminaría huyendo, fue a la barra y se sentó sobre uno de los taburetes, mientras que miraba de reojo a la rubia despampanante que estaba a su lado.

«Pues sí que es guapa, sí», pensó quedándose allí sentada esperando a que Mark quisiera hacerle caso y se volviera.

Entonces Mark, creyendo ver a una nueva cliente, en la barra, se dio la vuelta y se encontró con la mirada indecisa de la persona a la que menos quería tener delante, y a la que al parecer, le estaba costando un verdadero esfuerzo no salir corriendo.

—Hola, Mark —susurró en voz baja.

Él ni se molestó en contestar. Cogió la bandeja y salió fuera dejándola sumida en una gran tristeza. Ignorándola completamente.

Desde luego que no le iba a resultar nada fácil hablarle, muy bien se lo acababa de mostrar.

No tardó en darse por vencida debido a la embarazosa situación. Se bajó apesadumbrada del taburete, con un nudo en la garganta, ante la negativa a dirigirle la palabra siquiera, con la intención de salir de allí cuanto antes... hasta que un detalle llamó su atención, viendo que la mujer que tenía a su lado la miraba y sonreía burlándose de ella.

Parecía marcar el territorio y se proclamaba la ganadora absoluta, lo que sin ninguna duda, y sin ella pretenderlo, la hizo reaccionar. ¡Y es que después de la semanita que había pasado no se iba a dejar avasallar así como así ni por aquella rubia ni por nadie! Había llegado con la intención y el propósito de hablarle y es lo que iba a hacer, costara lo que costara. Y si esa rubia de bote creía que le iba a dar la satisfacción de marcharse, desde luego que no sabía lo equivocada que estaba.

¡Vaya que no!

A partir de ahora iba a afrontar sus errores y por ese motivo no se iba a marchar. Lo intentaría otra vez, o las veces que hicieran falta.

La oportunidad de hacerlo no se hizo de rogar puesto que Mark, deliberadamente, volvía a aparecer en escena para soltar la bandeja encima de la barra, por el lado en el que estaban, y se quedaba entre las dos mujeres actuando únicamente para provocarla.

Aquel gesto consiguió dejarla, tocada y hundida, en el momento en que le dio la espalda, como si tal cosa, para terminar hablándole a la rubia aquella, mal intencionadamente y canalizando toda la rabia que tenía dentro dirigida a ignorar a la chica que tenía detrás y que tanto

daño le había hecho.

—¿Qué pasa, nena? ¿Otra vez por aquí?

—Si quieres me puedo marchar...

—¡Oh, no! nada de eso —negó convencido, recreándose en cada palabra porque sabía que Alexia lo escuchaba—. Hoy voy a cerrar pronto, ¿qué te parece si te quedas y me ayudas?

Se acercó con deliberación y le terminó susurrando:

—Abajo tengo mi despacho y puede que estés interesada en conocerlo, ¿me equivoco?

—Bueno, dicho así suena un poco mal, ¿no? —le contestó de forma sensual pasándole la mano por el pecho—. Además, anoche me diste plantón —le dijo enfurruñada esperando su respuesta.

—Ni me lo recuerdes, todavía me estoy arrepintiendo.

Aquellas palabras las dijo en alto por si no lo escuchaba. Se dirigía expresamente a la chica de al lado, aunque no hacía falta puesto que se estaba enterando de todas y cada una de las frases que se dedicaban, doliéndole más de lo que deberían.

No le quedó otro remedio que enfrentarse a la humillación a la que estaba siendo sometida, para ello tuvo que actuar en consecuencia, y no tardó en bajarse del maldito taburete con la cara roja por la vergüenza. Dio un paso adelante, claramente decidida, y le golpeó cabreada sobre su espalda.

—¿Qué coño haces? —gruñó girando sobre sí mismo.

—¡Anda!, pero si sabes que estoy aquí... —terminó reprochándole, reconociendo que era un logro el que la estuviera hablando.

La rubia la miró con cara de póker.

—Lo sabía desde el momento en que cruzabas esa puerta, y no creo que seas tan estúpida como para que no te des cuenta de que no eres bienvenida.

—Mark, por favor, no me ha resultado nada fácil venir hasta aquí. Déjame que hable contigo.

—¿Hablar? ¿Hablar de qué? —Y se dirigió de nuevo a la rubia—. ¿La estás oyendo? Quiere hablar.

La rubia lo miró reflejando la desconfianza de la situación entre ellos, tenía bastante claro que si volvía a dejarla plantada desde luego que no la volvería a ver.

—Pero yo no quiero hacerlo —continuó a la vez que llevaba la mano hasta el pelo de la mujer para apartárselo de la cara, en un gesto de querer intimidar con ella. Continuando ignorándola.

—Entonces, cariño, mándala a paseo.

—Anda, es lo más sensato que he escuchado desde hace mucho tiempo. —Y se volvió a girar hacia ella fulminándola a través de la mirada—, ¿la has oído?

«Como para no hacerlo», pensó humillada después de la manera tan ruin de tratarla.

Y sin poder reaccionar, a lo que tanto daño le hacía, bajó la cabeza ocultando cómo sus ojos empezaban a llenarse de lágrimas de impotencia, haciéndose a la idea de que allí sobraba, a medida que sentía la necesidad de que la cogieran de la mano y le dijeran qué hacer a continuación.

Admitió que ya era lo suficientemente mayorcita como para empezar a cambiar de actitud, algo a lo que, por fin, estaba dispuesta.

¡Sin duda un gran paso hacia adelante después de lo de Jack!

Ni siquiera esperó a su amiga Sofía. Anduvo despacio, con la moral por los suelos, y se dirigió a la puerta de salida para subir los pasos que la alejarían de aquel lugar quizás para

siempre.

Antes de hacerlo se giró una última vez y vio a Mark, besando a la rubia, en la boca, pero con la mirada enfurecida clavada en ella.

¡Se quedó descolocada y por supuesto estupefacta!

La alarma del reloj la despertó a las siete de la mañana tras una noche horrorosa en la que apenas había conseguido dormir nada. Sacó la mano de debajo de las sábanas, tratando de desmerecerse, y lo terminó apagando de un manotazo sin la menor contemplación.

Después de dedicarse toda la semana, única y exclusivamente a compadecerse de sí misma, dando lugar además, a que su amigo Mark hubiese dejado de hablarla, hacía que aquella madrugada en particular se le antojara demasiado dura. Le costó bastante ponerse en marcha, mientras se hacía a la idea de lo mucho que iba a necesitar una buena ducha acompañada de un café bien cargado, si lo que quería era espabilarse.

Encendió la luz y apartó el edredón a un lado, ahí se empezó a dar cuenta del frío que debía de hacer fuera ya que el apartamento estaba helado.

¡Qué raro!

Se puso sus zapatillas favoritas y se levantó de la cama dirigiéndose hasta el radiador. Una vez allí puso la mano encima de él y averiguó el verdadero motivo de por qué también dentro hacía tantísimo frío.

¿Qué habría pasado? ¿Tal vez se había estropeado la caldera de verdad?

Desde luego que le estaría bien empleado por ponerla de excusa para cortar la conversación que mantuvo con su madre.

«Qué bien, tendré que hablar de verdad con el casero»

Fue a la cocina para prepararse el café, que tanto necesitaba, y nada más abrir el grifo del agua caliente comprobó horrorizada que tampoco había agua caliente.

—¡Mierda! ¿Y cómo me ducho ahora? —habló sola y en voz alta haciéndose a la idea de que sí que iba a despejarse si lo tenía que hacer bajo el agua que saldría del grifo helado.

Una vez que la cafetera hubo terminado se sirvió una taza de café humeante y se la llevó hasta el baño, viendo, para colmo, que se había dejado la ventana abierta durante toda la noche.

¿Qué más le iba a salir mal? Vaya mierda de lunes que se estaba presentando, y eso que casi no había comenzado.

Dejó el café sobre el lavabo y la cerró mientras que se armaba de valor ante la difícil tarea de meterse bajo el chorro de agua fría.

Los siguientes cinco minutos se los pasó gritando de dolor debido al frío que pasó, enjabonando el cuerpo con la esponja, y el gel helado, para a continuación aclararse como pudo. Dejó por imposible lo de lavarse el pelo.

Salió de la ducha y se envolvió en el albornoz lo más rápido que pudo, echó mano del café, todavía caliente, y se lo bebió de un trago en un férreo deseo de entrar en calor antes de volver a la habitación.

No tardó mucho en vestirse y, después de cinco minutos, se encontrara frente al espejo del baño terminando de arreglarse para poder salir pitando hacia el trabajo.

Se cepilló el pelo y se lo recogió en una coleta de caballo. Se maquilló esmerándose bastante más que cualquier otro día y ocultó las ojeras debido a la falta de sueño. Se puso un poco de rímel, y por último echó brillo en sus labios. Cuando creyó estar lista terminó calzándose los zapatos de tacón, no muy altos, y se dispuso a marcharse inmersa en aquella sensación de temor desde que se había despertado esa madrugada, pensando en el por qué el señor Scot había preguntado por ella.

Intuía que aquello no podía significar nada bueno.

Y con esa sensación, nada agradable, abrió la puerta y se marchó deprisa. Lo que menos le

convenía era permitirse el lujo de llegar tarde.  
¡Ya tendría tiempo de desayunar fuera!

Entraba en el edificio en el que trabajaba (uno de los más altos y lujosos de la ciudad), cuando el ascensor abría sus puertas, aprovechando para, después de dar los buenos días, al vigilante, internarse dentro.

Llegaba quince minutos antes de la hora.

Pulsó el botón número 64 y se puso a un lado para dejar pasar a los demás. Casi todos hombres vestidos con trajes de firma demasiado caros para su gusto.

Los pocos segundos que tardó en llegar, a su planta, los dedicó a tranquilizarse, hecho que consiguió en parte hasta que volvieron a abrirse las puertas y se encontrara cara a cara con Estefany, la cual la miraba preocupada.

—Buenos días, Estefany.

—¿Buenos días? —pronunció demasiado seria—. Creo que para ti no lo van a ser. ¡Anda, acompáñame!

Estefany era la secretaria personal del señor Scot. Una mujer de cincuenta y nueve años que llevaba en el puesto desde los veintiocho, lo que quería decir que llevaba casi toda la vida al servicio de la empresa, convirtiéndose desde los inicios en la mano derecha de tan enigmático hombre.

Trabajadora, educada, responsable... desde luego que atributos no le faltaban para llegar a desempeñar tan arduo trabajo. La planta entera la respetaba de igual forma que al todopoderoso señor Scot. Un detalle que por supuesto se lo había ganado ella sola a lo largo de los años.

Estefany, en todo momento, mostró un gesto preocupado. La llevó hasta el cuarto de la cafetera, el único sitio en el que podrían tener algo de privacidad puesto que la jornada de trabajo todavía no había comenzado, y lo hizo con el propósito de mantener una charla que le hiciera entender qué había sucedido, aquella semana, en la que no había dado señales de vida de ningún tipo.

Una vez allí la examinó en profundidad e imploró porque no fuese demasiado tarde para ella.

La mirada de preocupación que le dedicaba, en exclusiva, terminó envolviendo a una Alexia que empezaba a impacientarse y a ponerse nerviosa.

—¿Qué pasa? —preguntó asustada estirando la falda antes de sentarse.

Era imprescindible estar siempre de punta en blanco.

—Dime que tienes un parte médico que diga que has estado enferma —le dijo de forma educada pero demasiado seria.

—Lo siento, no puedo hacerlo. No lo tengo.

—¡Lo sabía! Niña... —Y la miró apenada sabiendo que no estaba en sus manos lo que podría llegar a suceder—, no sabes en el grave lío en el que estás metida.

—Me estás asustando.

—Es para asustarse. Has de saber que he hecho todo lo posible por encubrirte, aunque no ha sido suficiente.

—Lo siento, Estefany, si hay algo que de verdad me enfurece es haberte metido a ti en medio, he sido una completa estúpida.

—Eso ahora no importa —la tranquilizó—, sé cómo manejarme con él, o eso espero.

—¿Qué ha pasado?

—Eso es precisamente lo que yo me pregunto. ¿Qué ha podido pasar para que una de las mejores becarias que han pasado por aquí pierda la cabeza y pase una semana entera sin aparecer por el trabajo?

—Lo siento, yo...

—¿Sabes lo afortunada que fuiste ante mi recomendación directa? Por el amor de Dios, Alexia, ¿sabes la cantidad de becarias que han pisado esta oficina?

Pero Alexia no era capaz de articular palabra de lo avergonzaba que estaba.

—No sé qué ha debido de ocurrirte para dejar de lado tus obligaciones, supongo que tendrás tus motivos y que serán demasiado importantes, solo que no me esperaba esto de ti, nunca, jamás.

La rotundidad en sus palabras le hizo un daño profundo dentro del alma y se echó sobre la mesa, llorando de un modo desconsolado.

Estefany mientras continuó hablando para hacerla ver el error que había cometido.

—No suelo confundirme con las personas, y sigo teniendo la certeza de que tampoco lo hice contigo, pero me has decepcionado, Alexia, me has decepcionado mucho.

—Lo siento —logró decir entre sollozos sin importarle que un mechón de pelo ya no estuviese en su sitio. ¿Qué importaba? El detalle que faltaba, y que la hundiría del todo, acababa de hacer su aparición.

—Es inusual y tú bien lo sabes que interfiera en una contratación, de eso se encarga otro departamento, pero no sé lo que vi en ti aparte del trabajo bien hecho para involucrarme como lo hice. Sabes que te cogí cariño, y sabes que de no ser por mí tu trabajo aquí hubiese terminado junto con tu contrato de becaria.

—Lo sé.

—¿Eres consciente de la suerte que tienes estando contratada aquí?

Alexia asintió.

—Pues permíteme que lo dude, —pronunció dejando que la pena inundara sus ojos—. Ni siquiera el que lleva aquí, varios años, tiene la seguridad que tú tenías hasta el día de hoy de seguir perteneciendo a la empresa de una manera indefinida, ni siquiera por el trabajo bien hecho.

El auricular que llevaba Estefany tan bien camuflado, sobre la oreja, le indicó que el señor Scot subía en el ascensor en esos instantes, cortando de raíz aquella conversación.

—Levántate —le ordenó.

Alexia obedeció sin rechistar.

—El Señor Scot está subiendo en el ascensor. Tienes dos minutos exactamente para arreglarte la coleta y sonarte la nariz —informó la mujer con la profesionalidad que la caracterizaba.

La joven muchacha la escuchó y se levantó de la silla.

—Vamos, date prisa, a las ocho en punto has de estar en su despacho. Ha solicitado hablar contigo en cuanto llegase.

Dicho lo cual dio media vuelta y se marchó a su mesa, permaneciendo de pie, esperando a que las puertas del ascensor, se abriesen, para recibir al dueño del edificio con el saludo discreto de todos los días. Pasando a continuación a informarle de la agenda prevista del día en el que estaban.

Llamó a la puerta hecha un manojo de nervios. Trató de respirar con normalidad antes de entrar en el inmenso despacho y, sin esperar a que le dieran permiso, ya que acababa de ser



informado por su secretaria, entró.

—Buenos días, señor Scot, ¿quería verme?

El hombre que estaba sentando sobre el lujoso sillón dejó de firmar los documentos, que tenía delante, y alzó la vista durante un segundo por encima de las gafas, después volvió a lo que estaba haciendo.

—Buenos días, señorita Jammes, pase por favor.

Nunca se acostumbraría a tantas formalidades.

Avanzó y se situó delante de la mesa, quedándose de pie con la certeza de que estaban a punto de darle el golpe final.

¡El definitivo!

El aspecto de ella volvía a ser impoluto después de cepillarse nuevamente el pelo y hacerse la coleta. Lo que no pudo remediar, aunque lo intentó sin éxito, es que sus ojos se vieran con la normalidad de siempre, mostrándose enrojecidos a consecuencia del berrinche que acababa de tener.

Aunque, ¿qué más daba? Se preguntaba una chica que se acababa de dar por vencida en todos y cada uno de los aspectos de su miserable vida.

—Seré breve, señorita Jammes.

Hizo una nueva rúbrica con la pluma de ocho mil dólares, regalo de su esposa, y la dejó sobre los documentos. A continuación levantó la cara y la escrutó a través de la mirada, sopesando terminar lo antes posible. Tenía reunión dentro de diez minutos y él no acostumbraba a perder el tiempo. Se echó hacia atrás y se apoyó contra el respaldo del sillón para seguidamente entrelazar las manos ante el nerviosismo de la joven. Entonces dijo:

—Sabe usted quién fue la persona que la recomendó interfiriendo en su contratación de ayudante adjunta en la empresa, ¿no es cierto?

Alexia asintió.

—Bien, también sabrá que dicha persona deberá responsabilizarse en el caso de que surja algún problema, ¿no?

Abrió la boca para protestar, pero en el último instante decidió permanecer callada. Nunca nadie interrumpía al todopoderoso jefe.

—Su comportamiento irresponsable ha hecho que esté hoy aquí haciendo que las expectativas tan altas que la señora Jacksson depositó sobre usted la hayan hecho cometer un error demasiado grave. Y las consecuencias en esta prestigiosa empresa se pagan, señorita Jammes.

Una lágrima empezó a caer sobre su bello rostro al entender que finalmente arrastraría a Estefany. Era demasiado injusto y barajó la posibilidad de que no lo soportaría.

Aun así, mordiéndose el amor propio, siguió allí. Plantada. Deseando acabar de una maldita vez.

Y sin pensarlo dos veces terminó diciendo:

—Por favor, señor Scot, la Señora Jacksson no tiene nada que ver con mi falta de responsabilidad, yo...

La mirada gélida del que todavía era su jefe la dejó helada.

—¿Alguien le ha dicho que hable, señorita Jammes?

Alexia negó con la cabeza.

—Eso creía yo —contestó enojado, echándose hacia delante y cogiendo una carpeta donde se veían los datos de ella—. Verá, no suelo ocuparme en persona de este tipo de asuntos, pero debido a la gravedad del caso que nos ocupa me ha hecho decidirme.

Abrió la carpeta y sacó una hoja que le entregó.

—Señorita Jammes, ¿está usted despedida!

Y según dijo aquello volvió a centrarse en nuevos documentos. Cogió su apreciada pluma y la ignoró por completo, dispuesto a no perder un tiempo valioso en alguien que no lo merecía.

Estefany atendía una llamada cuando se percató de que la puerta del Señor Scot se abría, observó atentamente y trató de averiguar qué es lo que podría haber sucedido en el interior. No tardó en suponerse, viendo lo que no era de su agrado puesto que del despacho salía una joven abatida y saturada por los acontecimientos. Un detalle que le hizo saber lo que acababa de suceder.

Puso cara de preocupación a la vez que Alexia pasaba, como una exhalación, por delante de su puesto. Corría todo lo deprisa que la falda le permitía, hasta lograr llegar a un baño. Allí terminó encerrándose para que nadie la viera.

Incomprensiblemente a continuación, por primera vez en todos los años que llevaba en el servicio de la empresa, Estefany pulsó uno de los botones de la centralita y dio órdenes explícitas de que no le pasaran ninguna llamada. Se quitó el auricular y abandonó su puesto de trabajo, dirigiéndose tras los pasos de ella inmersa en la preocupación que le despertaba aquella pobre chica.

—¿Alexia? —Llamó a la puerta, optando por entrar directamente.

Al hacerlo la vio agachada sobre el lavabo refrescándose la cara.

—¿Estás bien? —preguntó preocupada.

No debía de estarlo porque no sólo no contestaba, sino que además la respiración se escuchaba demasiado agitada.

—Alexia, ¿qué sucede?

Todo sucedió en décimas de segundos.

—¡Estoy despedida! —logró decir, cayendo sobre el suelo ante la mirada de estupor de la secretaria.

—Alexia, Alexia... —la llamaba sin el menor resultado.

Estefany actuó rápidamente, se agachó sobre el suelo y se quitó la chaqueta para depositarla debajo de su cabeza. Después le deshizo el nudo de la camisa y le quitó los primeros botones en un esfuerzo porque pudiese respirar mejor.

Ella siguió inconsciente.

Los gritos de auxilio no tardaron en ser escuchados, y a los pocos segundos alguien entraba en el baño y llamaba a través de su teléfono móvil al número de emergencias, mientras que el baño se iba llenando de compañeros curiosos que no entendían qué era lo que sucedía.

No habían pasado ni diez minutos cuando las puertas del ascensor se abrían y daban paso a un par de enfermeros y a un médico.

—Despejen la zona, por favor.

—¡Ya han oído! Todos a sus puestos —dijo Estefany firmemente haciéndose con el control de la situación.

La zona quedó despejada en cuestión de segundos y dejaron trabajar a los especialistas y, tras unos minutos agónicos, pudieron hacer un primer reconocimiento.

Decidieron llevarla a un hospital próximo y someterla a varias pruebas que les hiciera averiguar la envergadura de la situación. La subieron despacio a la camilla, ajena a lo que estaba sucediendo a su alrededor, y con un primer pronóstico de que la causa pudiese ser debida a una fuerte crisis de ansiedad.

Únicamente cuando se la llevaron Estefany volvió a su puesto.

Peter y Sofía entraron en la zona de urgencias, a toda prisa, una hora después de que la compañera de su amiga los llamase informándoles de lo sucedido.

Corrieron hacia el mostrador de urgencias, una vez que estuvieron en el hospital, y dieron los datos personales de Alexia a la enfermera que estaba en el mostrador, esperando a que les informaran.

Respiraron un poco tranquilos después de recibir dicha información, en la que les dijeron que se encontraba bien tras examinar las pruebas hechas, diciéndoles que lo que le había sucedido era debido a una fuerte crisis nerviosa. A continuación les facilitaron el número de cama en la que se encontraba.

Cuando les dejaron pasar la escena que se encontraron les hizo preocuparse demasiado, verla en la cama del hospital con el oxígeno en la nariz y todas aquellas ventosas sobre el pecho, les hizo mirarse de reojo preocupados. Aunque lo peor no era lo que se veía, sino el aspecto que ofrecía, que no era otro que el de una pobre muchacha vencida por las circunstancias sin ganas de seguir luchando.

Se mostraba tan frágil que parecía un cristal que estuviese a punto de romperse.

—Hola, cariño.

Sofía se acercó despacio y le dio un beso, seguidamente la cogió de la mano y se la apretó deseando darle fuerzas.

—¿Cómo estás?

—He estado mejor otras veces —susurró dejando escuchar el pesar que llevaba dentro—. ¿Cómo os habéis enterado?

—Estefany me llamó.

En cuanto escuchó aquel nombre se le llenaron los ojos de lágrimas.

—La pobre Estefany, ¿sabéis que se puede quedar sin trabajo por mi culpa?

Y rompió a llorar otra vez.

—Ha sido pensarlo y empezar a costarme respirar. Puedo con todo lo demás pero no con esto —admitió con pesar—, ¿cómo he podido ser tan estúpida?

—Ahora no importa, debes recuperarte. Ya veremos cómo lo solucionamos.

—¿Solucionar dices? —preguntó agotada—. En una semana me he quedado sin novio, me he quedado sin uno de mis amigos, me he quedado sin trabajo, y lo que es peor, he contribuido a que Estefany también pueda hacerlo. Estoy en un hospital por no saber llevar mi vida adelante y mis días de independencia tienen fecha de caducidad. Como veréis tanto mi presente como mi futuro se presentan muy turbios.

—Cariño, no te tortures —le decía Sofía en un intento desesperado de levantarle la moral—, veremos que se puede hacer, ¿de acuerdo? No te vamos a dejar sola.

Alex se limitó a escucharla, aunque en el fondo tenía la certeza de que su vida era un auténtico desastre. Además, la obviedad de que si no tenía trabajo, no tenía ingresos era tan real, como que ella estaba en la cama de un hospital, y aquello solo quería decir una cosa:

¡Terminaría otra vez en casa de uno de sus padres!

Mientras Alexia pensaba en el futuro incierto que le esperaba, en la otra punta de la ciudad, y en pleno centro de Manhattan, una mujer decidida tomaba una decisión arriesgada.

¡Hablar con su jefe!

—Señor, ¿tiene un minuto?

El todopoderoso, Richard Scot, dejó lo que estaba haciendo y la miró asombrado, siendo consecuente de que jamás, en los 31 años que llevaba a su servicio, había entrado en su despacho sin ser llamada antes.

—¡Claro! Pase, señora Jacksson.

—Gracias, señor.

Estefany cerró la puerta a su espalda y avanzó decidida, cruzando el despacho.

—Verá, señor, hay un asunto que debo tratar con usted y...

—Por favor, siéntese.

—Está bien.

Se sentó ante la atenta y perpleja mirada de su jefe, el cual seguía asombrado por lo que estaba aconteciendo.

—¿Ocurre algo, señora Jacksson?

—Sí señor, pero no sé si va a ser de su agrado.

Este abrió los ojos sorprendido debido a lo que acababa de escuchar, sintiendo una gran curiosidad acerca de hacia donde les llevaría exactamente tan enigmática conversación.

—Muy bien, adelante.

—Verá, señor, es con respecto a Alexia.

—¿A quién? —preguntó sin entender a quién se refería.

—Perdón, señor —rectificó—, me refiero a la señorita Jammes.

—¡Ah! Pues siento decirle que en efecto no es un tema de mi agrado y le aconsejo que lo deje así. El hecho de que usted no haya seguido sus pasos es precisamente por eso. ¡Por tratarse de usted!

Y creyendo que la conversación estaba concluida volvió a centrar la atención en la mesa abarrotada de papeles, cogiendo de nuevo la pluma estilográfica.

—Puede retirarse, señora Jacksson —dijo bajando la vista hacia un nuevo contrato que le uniría a una gran sucursal bancaria.

—Es que no he terminado, señor —pronunció una Estefany que seguía decidida a terminar lo que había empezado.

Esas simples palabras fueron suficientes para que, debido a la sorpresa, la pluma se le cayera sobre los papeles sin dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—¿Cómo dice?

La cara del Señor Scot lo decía todo.

—Lo siento, señor, pero es que me veo obligada a informarle sobre este tema en particular, y no voy a salir de aquí sin haberlo hecho.

—¿Acaso no se da cuenta de lo que me está obligando a hacer? —fue toda la contestación que le dio, avisándola.

¡Y él no era un hombre dado a avisar a nadie!

—Solo le pido que me escuche, señor —contraatacó olvidándose del disparate que con toda probabilidad estaba cometiendo—, después aceptaré de buen agrado lo que tenga que decirme.

El Señor Scot pareció reflexionar un momento tras escuchar aquellas palabras, viniéndole hasta bien. Estaba tan acostumbrado a que, absolutamente todo el mundo, le diera la razón, que en ese instante se mostró perdido debido a la incredulidad de que su secretaria personal, la persona en la que confiaba ciegamente, tuviese el valor de estar sentada frente a él plantándole cara. Un hecho verdaderamente inaudito.

Y sin dejar de mirarla dijo:

—Está bien, señora Jacksson, continúe.

—Gracias, señor. Me resulta difícil lo que voy a decirle, porque no tiene justificación alguna, pero hay algo en esa pobre muchacha que hace que siga sintiendo la necesidad de interferir por ella una vez más.

—Señora Jacksson, mi empresa no es una empresa de caridad —la cortó enojado.

—Lo sé, señor. Verá... —continuó explicándose como ella quería—. Ya desde el principio de empezar a trabajar me llamó la atención. ¿Sabe por qué? Por su forma de trabajar. Por aquí han pasado cientos de becarias y sé de lo que hablo. Ninguna puso el empeño y el tesón que puso Alexia a pesar del bajo salario, dejándome desconcertada en varias ocasiones cuando varias veces, y cuando ya no quedaba casi nadie, ella seguía aquí.

—No es para menos, ¿no cree?, no hay muchas personas que tengan el privilegio de trabajar aquí.

—Aun así, y sé de lo que hablo, nunca pensaba que en cuanto terminase su contrato estaría de nuevo en la calle. No le importaba. Solo quería aprender y aprender.

—No vaya por ahí —la advirtió levantándose del sillón.

—¿Cómo dice, señor?

—No debe ensalzar sus virtudes en el trabajo cuando ha permanecido toda la semana sin aparecer por aquí, ¿creería que no iba a darme cuenta?

—Lo siento señor, yo...

—No se preocupe —decía acercándose al mueble en el que tenía una variedad bastante extensa de las mejores botellas de alcohol. Cogió la de brandy y se echó un poco en una copa—, aunque no debería le voy a dar el beneficio de la duda, continúe.

—Señor, debe saber que nunca, en todos estos años, hice nada que no debería haber hecho, excepto ahora.

—Lo sé. Y precisamente por eso estoy hablando con usted y no firmando su liquidación, señora Jacksson. Usted también debería saberlo. —Confesó moviendo el exquisito brandy antes de llevárselo a la boca, degustándolo.

—Lo sé, señor. El hecho es que aparte del buen hacer en el trabajo hubo otro detalle por el que me dejé influenciar. Un detalle personal.

—Me cuesta creer que es usted una persona influenciable, señora Jacksson.

—En este caso sí, señor. ¿En algún momento ha revisado el expediente personal que hacemos a los empleados que pasan a formar parte de la empresa?

—No, el saber que estaba usted interesada me bastó.

—Entonces déjeme explicarle la vida que ha llevado la pobre muchacha. O mejor, échele un vistazo usted mismo.

Le tendió el sobre que llevaba bajo el brazo en el que venían todos los datos, todos los acontecimientos y toda la vida de Alexia Jammes Smith.

Leyó cada línea sin entusiasmo, empezando desde la muerte de su hermana, en un accidente de coche hacía quince años, hasta llegar a la separación de sus padres hacía diez.

—Ahí fuera hay desgracias mayores que las que hay aquí impresas y no por ello salimos en busca de ellos para darles un puesto de trabajo. ¿No es así, señora Jacksson?

—Tiene razón, señor, pero ha de darme la razón en algo, el tesón que le pone a lo que hace. Creo que...—Y en ese instante no pudo seguir hablando, se quedó callada y tomó aire un par de veces a la vez que le empezaron a entrar dudas de seguir adelante debido a lo mucho que estaba en juego. ¡¡Su propio trabajo!! Aun así, sabiendo que su jefe se podría tomar aquello como un

auténtico disparate, se dejó llevar por la mujer valiente que siempre había sido y soltó a continuación—: Estoy segura de que es la candidata perfecta para ocupar mi puesto una vez que yo me jubile.

¡El que se quedó atónito, entonces fue el Señor Scot! Y se enfadó en parte a la confianza extrema de su empleada, descubriendo lo mal que le sentaba que se hubiese tomado la libertad de decir lo que dijo... pero a la vez siendo capaz de permanecer en silencio, por tratarse de ella, sopesando la posibilidad en la que pensaba.

Quería ser justo después de tantos años dedicados a su empresa y no limitarse a seguir un impulso por lo que consideraba una intromisión directa, echándola sin más. ¡No se lo merecía! Mucho menos después de enterarse de un asunto privado que le incumbía a ella en primera persona, y del cual se había enterado por casualidad.

Lo que sucedió a continuación, e incomprensiblemente, fue que una vez superado el cabreo inicial, creyendo que se metía en asuntos que no eran de su incumbencia, dio paso a sopesar el hecho de lo que todavía no quería ni que se le pasara por la cabeza.

—¿Qué es lo que me está pidiendo exactamente, Señora Jacksson? —preguntó olvidándose del enfado de antes.

—Que readmita a Alexia y que le dé más responsabilidades. Sé que no se va a arrepentir.

—Ya lo hice, no lo olvide —la cortó.

—Señor Scot... —volvió a insistir incansable—, ahora mismo se encuentra en un hospital debido a una crisis nerviosa. Su amiga me contó que el hecho de que no se presentara a trabajar es porque se encontró a su novio en brazos de otro hombre, entonces...

—No puede ser cierto lo que estoy escuchando, ¿acaso me está contando las intimidades de su ex trabajadora favorita con la intención de que me dé lástima? Porque desde luego es lo que parece.

—No, señor, solo lo hago para que se haga a la idea de cómo se tuvo que sentir para dejar lo que más le gusta, su trabajo.

—Desde luego que no me hago a la idea, pero he de reconocer su coraje, señora Jacksson. Nadie en sus santos cabales sería capaz de hacer lo que está usted haciendo, aparte de mi esposa, claro —terminó aclarando antes de beber el resto del líquido que le quedaba y volver a sentarse en el sillón.

—Eso es todo, señor. —Terminó agotada después de aquella conversación tan sumamente difícil. Se levantó de la silla y se limitó a que su jefe de toda la vida tomase una decisión, tal y como ella le dijo al principio.

—Bueno, ya que estamos en esta tesitura aprovecharé la oportunidad —anunció el Señor Scot sorprendiéndola—. En el día de hoy quería hablar con usted acerca de un asunto del que me acabo de enterar. ¿Puedo hacerle una pregunta personal?

—Claro, señor —logró decir titubeante debido al cambio brusco de la conversación.

—¿Cómo está su esposo?

Ahora la que se quedó perpleja fue ella y tuvo que sentarse, de nuevo, sin esperar a que le dieran permiso de lo afectada que estaba.

—¿Cómo se ha enterado? —susurró.

—No importa. Lo que sí importa es por qué una mujer como usted pretende ayudar a una señorita, que no lo merece, y en cambio no es capaz de decirle a su jefe el problema tan grande que tiene.

—Señor, yo no acostumbro a...

—Lo sé —la cortó sin dejarla hablar, la conocía a la perfección—. Desde luego que la

señorita Jammes es una joven con suerte.

—¿Y eso quiere decir...?

—Quiere decir que usted, desde mañana mismo, se encargará de formar a la afortunada señorita Jammes. Eso sí, a tiempo parcial puesto que su contrato, señora Jacksson, está siendo modificado en estos instantes.

Estefany abrió los ojos como platos, ¿qué quería decir exactamente acerca de que su contrato sería modificado? No entendía absolutamente ni una palabra, y ahora menos que nunca podía permitirse el lujo de quedarse en el paro.

—Señor Scot, yo... —comenzó a protestar barajando la idea de que se había ido de la lengua pretendiendo únicamente ayudar a Alexia. Viendo el resultado final y comprendiendo demasiado tarde que se acababa de convertir en una auténtica catástrofe para ella.

«¡Oh, Dios mío! ¿Qué voy a hacer ahora?», se arrepentía por lo que había dicho.

—Señor Scot, yo no puedo... —volvió a titubear sin que sus palabras quisieran salir de su boca ahora que las necesitaba de verdad.

El Señor Scot, viendo su sufrimiento, se adelantó.

—Mira, Estefany —la cortó dejándola descolocada al escucharle tutearla y dirigirse a ella llamándola por su nombre por primera vez en todos aquellos años. Tuvo que apoyar la espalda contra el respaldo del sillón ante el riesgo de perder la consciencia—, tu marido te necesita más que nunca y debes permanecer junto a él en el hospital. Ahora es lo único que de verdad importa, y por lo tanto quiero que sepas que me he permitido la libertad de hacer unos pequeños cambios en tu contrato. El motivo de que lo haga es darte las gracias por el buen trabajo y la dedicación a mi empresa.

¡¿Cómo?!

¡¿Qué significaba que quería darle las gracias?!

Estefany seguía incapaz de hablar debido a la sorpresa, limitándose a escuchar lo que fuera que tuviese que decir.

—A partir de mañana tu jornada laboral se reduce a la mitad. ¡Eso sí! Solo durante el tiempo que creas que la señorita Jammes está lo suficientemente preparada como para que ocupe tu puesto.

—Señor, yo no puedo...

—¡Pero yo sí! —la cortó de manera tajante—. Si esa joven está cualificada para ocupar tu puesto ¡que lo haga!, de todo lo demás me encargo yo. Y eso significa que naturalmente me haré cargo de toda la cobertura del seguro médico y por supuesto de la totalidad de tu sueldo hasta llegar a la jubilación. Ahora, si me disculpas, tengo bastante trabajo pendiente.

Estefany se había quedado en estado de *shock* después de todo y permaneció sentada, sin poder dejar de mirarle, a medida que intentaba abrir la boca para agradecerle a aquel hombre lo que era el reconocimiento a toda una vida a su lado pero, por más que lo intentó no lo consiguió. Parecía que se acababa de quedar muda debido a lo increíble de la situación, y lo único que fue capaz de hacer fue levantarse, pasados unos segundos, a la vez que se dirigía a la puerta todavía aturdida.

Paso a paso iba comprendiendo el verdadero significado de cada palabra y, tuvo la certeza, de que su jefe era un hombre lleno de principios y con un enorme corazón. Alegrándose en lo más profundo de su ser el haberle servido durante todos esos años.

Finalmente, y antes de abandonar el despacho, sí que pudo girarse y decir unas sencillas palabras, afirmando:

—Richard, eres un buen hombre.

Se miraron durante un tiempo indeterminado, agradeciéndose sin palabras lo que habían hecho el uno por el otro a lo largo de todos aquellos años, y es que a veces los pequeños detalles son los que de verdad importaban.

—Te voy a echar de menos, Estefany —se sinceró.

—Y yo a ti.

Una vez dicho, lo que sentían, el Señor Scot volvió a centrarse en los papeles que tenía sobre la mesa, dejando zanjada la conversación.

Estefany cerró la puerta una vez que se hubo marchado.

A la mañana siguiente, Alexia Jammes Smith ocupaba nuevamente su puesto de trabajo, solo que a partir de ahora habría una gran diferencia, fue ubicada al mismísimo lado de su querida Estefany con la ardua tarea de enfrentarse, por primera vez, a la gran responsabilidad que se le venía encima.

¡Ser la secretaria personal del señor Scot!



*Unos días más tarde, cuando la rutina volvió a formar parte de su vida...*

—¿Qué?! —Gritó entusiasmada mientras salía de una boca de metro cercana a su apartamento, después de una jornada complicada de trabajo—, ¿estás hablando en serio?

—Completamente.

—Pero, ¡no puede ser! —exclamó Alex incrédula a través del teléfono móvil. No era capaz de digerir lo que Sofía le acababa de decir por lo imposible de la situación—. ¿Robert? ¿Robert Brown?

—¡Ajá! Se acaba de marchar y aquí, en mis manos, tengo dos invitaciones para esta noche en la discoteca Paradise.

Justo entonces vio en una marquesina, de autobús, la cara del protagonista de aquella conversación mirándola a los ojos como si realmente estuviese allí... y con una maravillosa sonrisa que lo hacía más guapo si cabe. Con las facciones de la cara absolutamente perfectas. Con los ojos del color del océano en los que te perdías con tan solo mirarlos. Con el pelo rubio tan bien cortado. Con el cuerpo tan bien definido. Con todos aquellos músculos...

¡Oh, Dios! Un escalofrío la recorrió de arriba abajo ante el hecho de contemplar aquella belleza en una foto tan grande, ¡¿y de verdad lo iba a conocer?! Aquello era mucho más de lo que nunca llegó a imaginar.

—Nos vemos a las diez en la puerta de la discoteca, ¿vale?

—No lo dudes, allí estaré.

—¡Ah! y haz el favor de arreglarte, quién sabe, ¿te imaginas que liguemos en un ambiente tan selecto?

—¡Anda, ya! Allí nos vemos.

La sonrisa no la abandonó en ningún segundo y le dio la sensación de que estaba, en una nube, de la que no tenía ninguna intención de bajar.

Menudo cambio de suerte que había tenido desde que el lunes terminase en el hospital.

¡Hacía solo cuatro días!

Cuando llegó a la cita Sofía ya estaba allí y la observó atónita, estaba hablando frente a un micrófono de la prensa con la naturalidad de una más, como si estuviese acostumbrada a ese tipo de saras.

¿Cómo era posible que tuviese tanto desparpajo en todo lo que hacía?

La sorprendió de nuevo. Su amiga tenía ese poder, no importaba los años desde que la conociera.

Esta, al verla, dejó de hablar para dirigirse a ella con paso majestuoso. Y Alexia reconoció que desde luego estaba espectacular, admirando aquella blusa de seda de color azul metálico, a juego con las sandalias de tacón altísimo, los vaqueros de pitillo ajustándose a sus perfectas caderas y el pelo suelto.

Parecía una auténtica diosa.

Todo ello sumado hizo que por un instante Alexia la envidiara, encogiéndose a su lado de lo guapa que estaba.

Sofía en cambio no podía creer lo que veía, mirándola enfadada.

—¿No te dije que te arreglaras?

Y es que ella, en cambio, se había limitado a ponerse unos vaqueros anchos y una camiseta de algodón negra, empeñada en seguir pasando desapercibida, lo que la cabreó mucho.

—Vas a conocer a Robert Brownn, ¡por el amor del cielo!

—Con verle de lejos me conformo y para eso no hace falta arreglarse.

—Ojalá tengas que arrepentirte, no sabes lo que me iba a reír de ti.

—Sí, sí, anda vamos a entrar.

El chico de la puerta las miró, un tanto incrédulo, por la diferencia entre ambas, y se limitó a hacer su trabajo. Cogió las entradas y abrió la puerta del local abarrotado de gente famosa.

Nada más entrar, fueron conscientes de que entraban en otro mundo muy distinto al de ellas. Allá donde mirases había mujeres y hombres atractivos a rabiar y con unas características peculiares entre casi todos. Las operaciones de estética y sobre todo el saber vestir y el saber estar.

¡Lo que hizo que desde el primer momento se sintiera fuera de lugar entre aquella gente!

—Creo que necesito una copa —dijo de manera desanimada.

Se notaba, de nuevo, un bicho raro.

—¿Lo ves? Si por lo menos hubieses tenido el buen gusto de haberte puesto algo mono... Lo que todavía no sé es cómo te ha dejado pasar el de la puerta —le dijo en tono mordaz.

—No empieces, ¿eh?

—Si lo que querías era estropearme la noche no lo vas a conseguir, he venido a ligar y vaya si lo voy a hacer.

—Por mí no te preocupes. Me tomaré una copa y te aseguro que intentaré divertirme.

Sofía la miró de manera sarcástica.

—Sí, seguro. Por eso has venido vestida con el reclamo de “aquí que no se acerque nadie”. ¡Tú misma! —Dejó de mirarla y observó lo que la rodeaba, sin que tardara en aparecer una enorme sonrisa en su cara—. Me voy a la pista de baile, necesito echar un vistazo a lo que hay por ahí. No todos los días tiene una la oportunidad de sentirse en el mismo cielo rodeada de tantos hombres cañón. ¿Te vienes?

—No —negó con la cabeza—. Voy a tomarme una copa. Diviértete.

—Lo haré.

Alex se dirigió a la barra de la lujosa discoteca y se sentó en uno de los sillones libres, después observó cómo el camarero agitaba la coctelera.

—¿Quieres uno? —le preguntó el barman.

—¿Qué lleva?

—Vodka, tequila y un toque dulce de maracuyá.

—Me vendrá bien.

Esperó a que se lo sirviera y se lo llevó a los labios.

—Muy bueno, gracias.

Cogió la copa, distraída, y se quedó cerca de la pista de baile apoyada sobre una columna, mientras miraba divertida a Sofía. La cual bailaba en el centro de la pista acompañada de un hombre cañón según su definición.

Parecía un pez en el agua entre aquella gente vips que la rodeaba.

«¡Pues sí que es rápida!», pensó suspirando un poco agobiada, preguntándose qué hacía ella en un lugar así ni siquiera para ver en persona a Robert Brownn.

Lo que le pareció ridículo hasta decir basta.

Se tomó lo que quedaba del coctel, de un trago, y fue a por otro sin la menor preocupación.

Iba a ser una noche muy larga...

Eran, exactamente, las doce de la noche, cuando un gran revuelo se armó en la pista de baile, llamando su atención y descubriendo a un grupo de mujeres salidas de no sabía qué lugar abalanzándose entre gritos entusiasmados y empujones. Formaron un círculo alrededor de alguien que no lograba ver.

¿Qué demonios sucedía para que reaccionaran así? No entendía nada.

Y debido a la curiosidad, que empezaba a tener, dejó la copa en una de las mesas y se acercó un poco con la intención de averiguar el motivo de tanto alboroto.

La sorpresa que se llevó la dejó sin respiración, y es que allí, a unos metros de ella, se encontraba un Robert Brownn, guapísimo, que acababa de ser visto llamando la atención de las alborotadas fans que habían logrado entrar en la fiesta. Ocasionando que el equipo de seguridad no tardara en aparecer llevándose a las histéricas jóvenes entre insultos y forcejeos, mientras que un Robert acostumbrado a todo tipo de actuaciones no perdía la sonrisa y continuaba bailando, para acercarse a Sofia una vez que la reconoció en la pista.

En ese mágico instante Alexia no pudo hacer otra cosa que quedarse plantada, con la boca abierta, gracias a la oportunidad que se le daba. Viéndole bailar casi delante de ella al tiempo que se quedaba hipnotizada.

Creía estar inmersa en un sueño porque parecía imposible que pudiese existir un hombre tan guapo e irresistible.

Y encima estaba bailando junto a su amiga Sofia...

Un ataque de envidia la engulló, viéndole acercarse y dándole dos besos para a continuación ponerse a hablar juntos. La boca se le secó hasta el punto de necesitar otro trago.

Giró la cabeza y observó que la copa ya no estaba sobre la mesa, así que se dirigió de nuevo a la barra y se pidió otra al tiempo que, por primera vez en su vida, se arrepentía de no haberse puesto otro tipo de ropa que hubiese realzado algo de su anatomía. Las mejillas no tardaron en teñirse de un rojo, intenso, debido a lo poco adecuado de su indumentaria, cuando se quedó completamente horrorizada.

Oh, no.

Los dos abandonaban la pista de baile y lo hacían en dirección a ella.

Ni siquiera lo pensó, huyó hasta el lado contrario a consecuencia de que prefería morir antes de que la viese con aquellas pintas.

¿Qué pensaría alguien acostumbrado solo a chicas sexys y guapas?

¡Desde luego que no se iba a quedar allí para averiguarlo!

—¿Has venido sola? —le preguntaba Robert a Sofia en ese instante.

—No, también ha venido mi amiga Alex.

El chico macizo, que la sacó a bailar antes, hizo su aparición de repente y se quedó al lado de Sofia.

—Bien, ya estoy aquí, encanto. ¡Joder, Robert! Menudo lío, cada vez me dejan más asombrado estas fans tuyas, ¿cómo consiguen saltarse todo tipo de controles?

—Ingenio, Dan, debe ser eso.

Los tres rieron de buena gana.

—¿Y esa amiga tuya?

Sofia echó un vistazo rápido, alrededor de la sala, y pudo verla apartada a un lado, casi escondida entre una columna.

¡Muy típico de ella!

Pues se iba a enterar. Si lo que trataba era de ocultarse iba lista, la dejaría en evidencia y así se espabilaría, que buena falta le hacía.

—Sí, ya la veo.

A Alexia le dio un vuelco el estómago en cuanto comprobó que todas las miradas se dirigían a ella. Viendo a su amiga señalándola, sin el menor atisbo de compasión, indicándole que se acercara.

¿Qué iba a hacer ahora?

Y puesto que no tenía otra alternativa, lo que parecía una tímida sonrisa salió de sus labios, mientras que se acercaba a pasos dubitativos, nerviosa a rabiar, extrañándose de la irrealidad de lo que tenía a escasos metros. Imaginando a la vez mil maneras de vengarse de su adorada amiga.

La muy lista no ocultaba lo que se estaba divirtiendo.

«Se va a enterar...», se decía enfadada antes de que se diese cuenta de un detalle atronador que la obligó a dejar de lado sus pensamientos, percatándose de que él no le quitaba los ojos de encima, escrutándola con un descaro escalofriante, y permitiéndose mirarla a través de un gesto serio, lleno de desdén, que podría interpretarse como que se estaba burlando de ella.

La acababa de dejar descolocada del todo.

¿Quién se creía aquel idiota, por muy Robert Brownn que fuera, actuando así?

¡Menudo gilipollas!

La situación tan rocambolesca, que se estaba produciendo, dio lugar a que de manera involuntaria comenzase a sudar hecha un verdadero manojo de nervios. Tanto era así que le fue imposible pensar de la forma en la que debía, únicamente quería ponerle en su sitio.

¿Acaso se creía con el derecho a revisarla de la manera en la que lo estaba haciendo?

Y lo que era todavía peor:

¿Qué pensaría sobre su desafortunada indumentaria?

«¡Necesito otro coctel, de manera urgente a pesar de lo achispada que ya estoy».

—Robert, Dan, os presento a Alexia.

—Es un placer, Alexia —decía Dan acercándose y dándole dos besos.

En ningún momento dejó de sentir aquellos ojos penetrantes sobre su persona, forzándola a que la incomodidad traspasara sus nervios, a flor de piel, por la rocambolesca situación.

Esperaba tener un poco de paciencia y no mandarle a la mierda directamente.

¿Es que aquel tipo no tenía modales? Por lo visto no. Y se imaginó lo muy acostumbrado que debía de estar a hacer lo que le viniera en gana, a medida que dentro de ella crecía el malestar.

Lo que a Alexia le parecía es que estaba comprobando, en primera persona, el bicho raro que era, y claro, se avergonzó de su propia ropa y supo que, de seguir mirándola así, no sería capaz de hacerlo ella a su vez. Entonces se concentró en parecer inmune a sus encantos y no le prestó ningún tipo de atención, actuando como si no existiese...

Después de saludar a Dan procuró permanecer lo tranquila que podía y continuó tal y como lo estaba haciendo decidida a actuar por su poco tacto.

Y claro, un Robert que como muy bien pensó ella antes, estaba acostumbrado a hacer lo que le viniera en gana, no pudo evitar una mueca socarrona al verse ignorado. Consiguiendo, sin ella pretenderlo, que de pronto se encontrase gratamente intrigado hacia la chica que tenía delante y que parecía tan poca cosa.

¡Se divirtió ante lo que veía!

—Yo soy Robert. —Se presentó escrutándola a través de una mirada descarada—, debes de

ser la única mujer en todo Nueva York que no me reconoce.

—Sé quién eres —logró decir titubeante, desarmándola en el segundo en que se encontró envuelta entre aquella mirada azul espectacular de sus ojos, hasta el punto que le costó respirar.

—¿Ah, sí? —preguntó en tono burlón.

—Sí, solo que yo no acostumbro a echarme encima de los famosos. —Contestó enfadada tras escuchar su tono.

¿Acaso se pensaba que lo normal era que se abalanzase sobre él?, ¡iba listo!

Una cosa era lo que deseaba y otra muy diferente lo que ella era. Marcando bien las distancias con la satisfacción de no darle ninguna opción a que la terminara confundiendo con una loca que estaba dispuesta a todo por él.

¡Sería engreído!

—Vaya, vaya, una chica dura, ¿eh? —dijo con un interrogante en los ojos examinándola en profundidad. Entonces extendió la mano y la dejó así, esperando inusualmente a que ella se la diera, manteniendo la distancia que aquella chica parecía querer, e intentando saludarla de forma cortés mediante un simple apretón de manos—. ¡Me gustan las chicas duras!

Debido a lo absurdo de la situación Alexia no supo qué hacer a continuación y le hizo esperar.

¡Desde luego algo a lo que él no estaba muy acostumbrado que digamos!

—¡Joder! ¡Es un simple apretón de manos! —dijo enfadado. Realmente enfadado por lo incomprensible de lo que estaba sucediendo.

«¿A qué está jugando?».

—Está bien, como muy bien ha dicho mi amiga, soy Alexia. —Alargó la suya y mostró desinterés en un deseo de agrandar las distancias aunque, no estuvo mínimamente preparada para lo que ocurrió a continuación.

Y es que, cuando miró hacia arriba empeñada en parecer tranquila, no pudo evitar perderse en aquellos ojos y en aquel rostro que quitaban el sentido. Luchando consigo misma para querer aparentar una normalidad y una tranquilidad que desde luego no existía, mientras que Robert parecía estar encantado de burlarse de ella eternamente gracias a lo rocambolesco de la situación, hasta lograr llegar a su mano... Entonces, y sin saber el porqué, el cuerpo de Alexia se estremeció en cuanto notó el simple contacto de la piel contra la suya. Le erizó el pelo de la nuca y notó un suave cosquilleo en el estómago que hizo que saltaran todas las alarmas.

¿Cómo era posible lo que estaba sintiendo ante el simple hecho de saludarse así? ¡Por Dios! y qué calor empezaba a hacer de repente en la maldita discoteca...

La certeza de cortar aquel contacto, de piel contra piel, se magnificó. Ese hombre le provocaba un calor abrasador con el simple roce de su mano y, debido a ello, apartó la mano todo lo rápido que pudo en un gesto que fue desmesurado e inusual. Tanto fue así que bajó la guardia, descolocada, y permitió que él advirtiera lo turbada que se había quedado por aquel supuesto, inofensivo, y simple apretón de manos.

Alexia fue consecuente de que ahora la observaba de manera un poco diferente. Este fruncía el ceño con cara de pocos amigos.

—Bueno, ¿queréis una copa? —intervino Dan mirando a uno y a otro pensativo puesto que no entendía lo que allí estaba sucediendo.

—Dalo por hecho —contestó Sofía.

Robert continuaba mirándola, sin casi pestañear, y se divertía por lo que estaba presenciando... que no era más que a una joven indecisa, y mal, arreglada, que se afanaba en mostrarse normal ante la incomodidad de cómo la mirada.

Se daba cuenta de que se empeñaba en aparentar que no le prestaba atención cuando el rubor, sobre sus mejillas, mostraba justo lo contrario. De nada le servía tratar de ignorarlo porque él muy bien sabía cómo reaccionaban las mujeres a su paso. La impresión de tenerlo tan cerca era la consecuente de que actuara así... a menos es lo que él imaginaba hasta que la escuchó.

—No, gracias —negó dejando a Sofía a cuadros—. Ya he tomado más de las necesarias, creo que bailaré un poco.

«¿¡Qué?!» Y con los ojos como platos Robert hizo una mueca mostrando su perplejidad después de ser plantado así.

Giró la cabeza, con incredulidad, y la vio alejarse a la pista de baile, dando a entender que no quería saber nada de él.

Un Robert herido en su ego se preguntó cómo era posible que una mujer que había sido invitada, precisamente para conocerle, fuese capaz de actuar así. Nunca antes le había pasado, quizás por eso lo dejó intensa y profundamente sorprendido a medida que no podía dejar de mirarla.

—¿Qué bicho le habrá picado?

—A saber —respondió Sofía tratando de disculparla—, estaba loca por conocerte, pero nunca llegó a pensar que tan de cerca. Es una persona un poco complicada en estos momentos.

—Ya veo, ya —contestó distraído, plantado allí en un intento de procesar lo que era incapaz de entender.

Por incomprensible que resultara aquella desconocida acababa de despertar, en su interior, una curiosidad que hacía mucho tiempo que no tenía y, a ciencia cierta, el artífice de que eso sucediera era su indiferencia. Gracias a ella aquel asunto pasó a convertirse en increíble y es que:

¡Se empeñó en no perderla de vista!

La pista de baile a esas horas estaba llena a reventar. Tanto era así que, si cualquier chico, miraba en ese instante, ninguno hubiese reparado en ella. Una chica normal que pretendía no llamar la atención rodeada, precisamente, de varias que sí que lo querían. Incluso demasiado...

Solo que Robert no tenía interés en ninguna otra. Para él las demás eran más de lo mismo, en cambio ella...

¿Cómo se había atrevido a menospreciarle? Él era Robert Brownn, el privilegiado y sexy actor por el que todos los medios de comunicación se peleaban gracias a la película subida de tono que acababa de estrenar, convirtiéndose en la revelación del año y sumergiéndolo en un mundo nuevo que le abría todo tipo de puertas y posibilidades después de comprobar que, sacando partido al cuerpo diez que tenía, y que tantos sacrificios le costaba, podría llegar lejos en el mundo del cine sin ayuda de nadie, degustando el precio de la fama. Consciente que lo de llevar una vida normal, de momento, se había acabado, pero con la ventaja añadida de llevarse a la cama a cualquier mujer que se le antojara.

¿A cualquier mujer?

Y volvió la vista hacia Alexia, el único en el inmenso local que parecía reparar en ella.

—Ahora vuelvo —dijo tranquilo, tomando una decisión.

Dan lo miró y se mostró incrédulo.

—No me lo puedo creer. —Dijo bastante alto, aunque él no le escuchó puesto que se dirigía hacia el lugar que pretendía.

—¿El qué? —preguntó una Sofía distraída.

—Nada, cosas mías —respondió volviendo a la realidad. Sabía que ni siquiera él podría hacerle entrar en razón.

¡Cuando a Robert se le metía una idea, entre ceja y ceja, no había nada que hacer! Así que

se olvidó de todo y le pasó la mano alrededor de la cintura, acercándola provocativamente, y logrando arrancar una sonrisa sexy a una Sofia que se dejaría llevar por lo que le pidiera.

—¿Bailas?

El tiempo se detuvo en el instante en el que sintió a alguien, detrás de ella, tomándose la libertad de hacerle esa pregunta susurrando cerca de su oído. Demasiado cerca. Un susurro que despertaron sus sentidos al comprender de quién se trataba.

Y debido a lo que aquel hombre en concreto, incomprensiblemente, la hacía sentir, se quedó bloqueada incapaz de actuar con el fin de pararle los pies. Lo que él aprovechó, sin contemplaciones, volviendo a la carga después de que se hubiese atrevido a dejarle plantado.

—Se me da bien bailar, ¿sabes? —continuó avanzando, susurrándole de forma provocativa incluso más cerca.

Tanto que ella se quedó paralizada, degustando la maravillosa sensación que le producía el cálido aliento, sobre su oído, sintiendo cómo su cuerpo parecía descontrolarse sin poder hacer otra cosa que no fuera dejarse llevar por aquella voz que la estaba volviendo loca.

Loca del todo.

—Aceptaré tu silencio como un sí, —dijo sonriendo a modo de canalla, permitiéndose el lujo de tocar su oreja a través de los labios.

El simple contacto se convirtió en una caricia demasiado íntima, lo que Robert aprovechó para estrechar el cerco entre ambos.

«Lo sabía. Es igual que las demás. ¡Ya me extrañaba que se me fuese a resistir alguna!», pensó para sí a medida que mostraba un gesto de decepción.

Entonces Robert, acostumbrado a hacer lo que le daba la gana, y olvidando la sensación de pesar al comprobar que no se había equivocado, la abrazó fuertemente desde atrás, (ella seguía de espaldas) y la terminó estrechando contra su cuerpo en una clara intención de provocarla, dejando bien claro quién era el que mandaba...

La reacción de Alexia, después de aquel obligado acercamiento, no se hizo esperar durante un segundo más, logrando despertar de aquel letargo impuesto.

—¡Quita tus manos de encima! —gritó para hacerse oír, mostrándose con un enfado de mil demonios por haber sido capaz de tomarse la libertad de invadir su intimidad sin permiso.

¿Quién se creía que era?

Si justo entonces hubiese tenido la oportunidad de mirar, a Robert, se habría dado cuenta de la sonrisa de placer que acababa de salir de su boca al comprobar lo equivocado que estuvo. Lo que hizo que con mayor entusiasmo volviera a tener el interés de hacía unos minutos.

—¿No me has oído? —Forcejeó apartando aquellos brazos que seguían alrededor de su cintura y que la aprisionaban provocándole sensaciones que nunca había sentido antes.

¡Ni siquiera con Jack...!

Un Robert sorprendido, y nada acostumbrado a que le dieran ninguna negativa, decidió soltarla y dio un paso atrás sin entender la reacción desmesurada de ella.

«¿Cómo es posible que alguien tan normal se me pueda resistir?», pensó viendo su masculinidad dañada, teniendo la certeza de que si no hubiese actuado así ni habría reparado en ella.

Y mientras reflexionaba acerca de las calabazas, que le estaba dando, una Alexia liberada se volvió echando chispas a través de los ojos, enfrentándose a él. El monumental cabreo por tomarse la libertad de ponerle las manos encima, sin haber sido invitado, se agrandaba como un

basilisco solo que no le funcionó. Fue mirarle y notar que sus piernas no querían sostenerla.

¿Qué coño le estaba pasando para dejar que la presencia de aquel hombre hiciera que perdiera el sentido? Aquello era una auténtica locura.

¡Sofía llevaba toda la razón cuando hacía unos días le dijo que no debían de existir hombres así!

—¿Me estás rechazando? —le preguntó en tono burlón divirtiéndose de lo lindo. Y le dedicó en exclusiva una sonrisa que logró que se olvidara de lo que estaban hablando, antes de volver a la carga—, piénsalo bien, nena, es un privilegio pasar un rato conmigo. Últimamente estoy muy solicitado.

¡Aquello era el colmo!

¡¿De qué iba ese tío?!

—¿Con quién crees que estás hablando? ¿Con una de tus protagonistas que se dejan hacer todo lo que tú quieres? —alzó la voz enfadada.

La intensidad en cómo lo dijo fue cobrando fuerza. Luchaba por todos los medios para no dejarse llevar a su terreno, y sobre todo para no sucumbir a lo que le hacía sentir con una simple mirada, la cual le hacía olvidarse del control que solía tener sobre su cuerpo, y lo que era peor... al tratarse de un auténtico desconocido.

—¿Has visto mi película? —se limitó a preguntar burlándose de nuevo.

Se lo estaba pasando tan bien...

—No me interesan ese tipo de películas, son de descerebrados —le respondió mordaz, capaz de mantenerse firme.

—¿Has pensado que quizás te vendrían bien? —Volvió a la carga enarcando una ceja antes de continuar—: Puede que aprendieras algo útil y dejaras de mostrarte tan agria —le dijo enfrentándose a su mirada en un gesto provocador.

Dejó a la chica descolocada.

Alexia abrió la boca con el objetivo claro de contraatacar, aunque le resultaba bien difícil.

Mierda.

Y es que hasta cabreado era perturbadoramente sexy.

—¿Aprender yo de ti? ¡Ja! Eso sí que estaría bueno...

Robert miró a su alrededor y empezó a analizar fríamente la situación. Empezaban a ser el centro de atención y aquello era algo que no le interesaba bajo ningún concepto.

Él sabía muy bien la forma de mostrarse en público y lo que se esperaba de él.

Entonces, ¿qué hacía allí discutiendo con una desconocida que ni le iba ni le venía?

—¡Ven conmigo! —exigió de pronto.

—¿Qué? —Al pretender cogerla de la mano se apartó.

—¡He dicho que vengas conmigo! —exclamó furioso empezando a hartarse de aquel juegucito, envolviéndola en una mirada que era inescrutable.

Y como ella no daba, ni daría, su brazo a torcer, finalmente un Robert bastante cabreado se limitó a estirar la mano y coger la suya a la fuerza. Consiguiendo, casi a rastras, sacarla de allí para llevarla a uno de los reservados que tan bien conocía.

Alexia no le quedó otra alternativa que seguirle los pasos ante la evidencia de que era mucho más fuerte que ella. Hirviendo de furia por el atrevimiento del mentecato aquel creyéndose con el poder de hacer cuanto le viniese en gana. Siguió sus pasos, de manera apresurada, puesto que no solo seguía agarrándola, sino que además tiraba de su mano firmemente.

¡¡¿Acaso no sabía el significado de la palabra no?!!

«Vaya, vaya», pensaba desilusionada. «Toda la vida deseando conocer a un hombre tan



famoso y guapo y voy y me encuentro a esto».

Desde ese instante supo que desde luego la belleza no lo era todo.

Robert cerró la puerta a su espalda y ella no tardó en recobrar las fuerzas de la carrera que se acababa de pegar, volviendo al ataque...

«Se iba a enterar aquel gilipollas de lo que era una negativa, ¡vaya que sí!»

—¿Estás loco? —se enfrentó a él una vez que se dio la vuelta, mirándolo tan enfadada que parecía estar a punto de echar humo por las orejas—. No puedes llegar y actuar según te dé la gana.

El pecho de Robert subía y bajaba en lo que se había convertido en una respiración bastante agitada, y no precisamente por la fuerza invertida. No entendía qué le pasaba.

Mientras tanto ella seguía y seguía...

—¿Me estás escuchando? —Porque lo que parecía a simple vista era que a él le daba exactamente igual cuanto tuviese que decirle—. Yo no soy igual que el tipo de chicas a las que debes de estar acostumbrado. ¿Es que no sabes captar una indirecta? Apártate de ahí que me voy ahora mismo.

¿Irse? Él no quería que se fuera.

¡Aún no!

—¡Ah! Antes de hacerlo quiero que sepas que no por ser quien eres tienes el derecho de elegir y de hacer lo que te venga en gana, ¿me oyes? —Y viniéndose arriba del todo terminó diciendo—: Eres un condenado gilipollas ¿lo sabías?, y no todas somos iguales. Haces mal en meternos en el mismo saco. Todavía hay mujeres que tenemos dignidad aunque claro, ¿sabes tú qué es lo que significa esa palabra? Lo dudo.

Cada comentario que iba añadiendo a él le servía para interesarse muchísimo más en una mujer tan especial. Terminó admirándola por ser capaz de decir lo que nadie hasta ahora se había atrevido a decir, consecuente de que la paciencia se le estaba acabando.

—Y ahora apártate de mi camino.

—¿O qué? —habló por primera vez desde que entraran en el reservado con un atisbo de burla en la comisura de sus labios.

Por supuesto que Alexia no se dejó amilanar.

—Si estás tratando de reírte de mí ni se te ocurra hacerlo, te vuelvo a repetir que no soy el tipo de mujer a las que debes de estar acostumbrado, y no voy a permitirte ninguna confianza conmigo. ¿Está claro?

El asintió despacio, analizó la situación que tenía delante, pero no se movió un ápice del sitio en el que estaba. Parecía seguir divirtiéndose.

—Bien, pues eso es todo —terminó, dando por zanjada la conversación.

Nada más lejos de la realidad.

—Te equivocas. Yo creo que eso no es todo —sentenció y dio un paso hacia adelante.

El cabreo de Alexia se multiplicó por mil.

—¿Tú de qué vas? —gritó enrojecida, soltando un montón de improperios y de insultos dirigidos expresamente a él—. Eres un chulo, eres un puto caprichoso y mimado que no tiene en cuenta más que sus propios deseos. ¿Acaso no eres capaz de pararte a pensar que quizás yo no...?

Robert no pudo seguir soportándolo. Aquella condenada chica había conseguido doblegar su paciencia, (y aquello era completamente inaudito en él) propiciando a que necesitase dejar de escucharla.

¿Qué hizo entonces? Pues limitarse a seguir el impulso de lo que su cuerpo le pedía a gritos. Avanzó con paso firme y decidido, se situó a escasos centímetros de ella, la cual no parecía

importarle otra cosa que no fuese seguir centrada en decir improprio tras improprio, y soltó el aire en un intento vano de controlarse.

¿Es que no se cansaba nunca?

Robert se decidió a seguir actuando, según le dictaban sus hormonas, y se olvidó del control y de todo lo que no tuviese que ver con lo que estaba sucediendo allí y ahora. Seguidamente la acorraló, envolvió su cara entre ambas manos, y sin poder contenerse durante un segundo más bajó hasta aquellos labios que lo estaban volviendo loco, besándola de manera brusca. La calló al tiempo que poseía su boca con una necesidad y un ansia casi sobrehumana perdiendo el control de la situación por primera vez en su vida.

La sorpresa inicial en Alexia, debido a lo que estaba sucediendo, inundó sus pensamientos, dejándola con los ojos abiertos, como platos, sin entender qué demonios pretendía aquel hombre... mientras que era abordada literalmente por la boca de un Robert que parecía de pronto ansioso.

¿Cómo era posible que la discusión que estaban manteniendo pudiese terminar en un beso así? Desde luego que parecía incomprensible.

Ni que decir tiene que Alexia perdió la batalla en el mismo instante en que la besó, fue sentir su boca, contra la suya, e inmediatamente después cejar en el empeño de seguir protestando para en cambio cerrar los ojos vencida.

Una explosión de adrenalina aparecía de la nada e hizo que su corazón palpitase desbocado, aturdiéndola. Aquel fascinante beso la convertía en una verdadera mujer, que experimentaba, por primera vez, lo que era un beso de verdad.

Se olvidó del enfado. La sensación de ir hacia la deriva no le importó y se dejó llevar por lo que aquella maravillosa boca la hacía vivir. Y así fue cómo, antes incluso de darse cuenta, de lo que hacía, terminó abriendo los labios.

Con mucho gusto se acababa de dar por vencida en un intento desesperado de seguir sintiendo. Correspondiéndole lo mejor que podía, consecuente del cosquilleo que recorría su cuerpo entero debido a la intensidad del beso que, un Robert experto, le provocaba introduciendo la lengua dentro de su boca a medida que la empujaba fuera de control contra la pared.

Un gemido salió de su boca al dejarla acorralada entre esta y su excitado cuerpo, saboreándolo de una manera salvaje que la transportaba a un mundo nuevo y desconocido que la hacía desfallecer.

Todo gracias a aquel excitante y exigente beso.

—Así aprenderás a quedarte callada... —decía todavía cabreado sobre sus labios, volviendo a poseerlos de manera urgente. Su entrepierna palpó endurecida y se dejó notar sobre el vientre de ella.

Alexia abrió los ojos sorprendida y acabó pasando los brazos alrededor de su ancha espalda. Daba la aprobación a todo lo que él estuviese dispuesto a hacer con ella.

Robert pegó su miembro erecto, sin pudor, a medida que un gruñido de placer salía de la garganta del chico, despertando a una Alexia desinhibida dispuesta a calmar el calor que empezaba a consumirla. Deleitándose en el instante en el que, el mismísimo Robert Brown, metía las manos debajo de su camiseta en busca de sus pechos, tal como ya sucediera en su sueño... antes de que todo se echara a perder, definitivamente, al escucharse la voz de una mujer que los acababa de sorprender.

—Robert, cariño, llevas toda la noche ignorándome y al ver que te dirigías aquí he pensado que quizás...

Sin previo aviso una rubia, despampanante, entró en el reservado interrumpiéndolos al tener

la certeza de que estaría solo. No fue así y se encontró con aquella desagradable situación que la puso furiosa.

Rompió el hechizo que se había creado, en el interior, segundos antes.

—¡Joder, Robert! —Exclamó mirando asqueada el esperpento de chica que tenía acorralada contra la pared— ¿Acaso has perdido todo tipo de gusto?

Alexia entendió lo que estaba insinuando refiriéndose a ella, entonces recuperó el control de su excitado cuerpo ante la humillación de aquella víbora.

Robert aflojó la presión contra su pecho, debido a la sorpresa inicial, y Alexia la aprovechó a su favor. Se agachó y salió de entre sus brazos para salir huyendo, de allí, ante la sorprendida mirada del actor.

—¿Qué coño haces aquí?

La mujer que los acababa de interrumpir titubeó.

—Robert, yo...

—¿No te has parado a pensar que si no te he hecho caso sería porque tengo mis motivos? No vas por buen camino, Pamela, no soporto que me agobien y tú lo sabes —terminó de decir dejándola con la palabra en la boca.

Con decisión avanzó hacia la salida en busca de la mujer que despertaba en él tanta curiosidad. La urgencia de seguir conociéndola, en profundidad, era lo único que le importaba.

Tenían un asunto pendiente.

—Me voy.

—¿Qué? —Preguntó alarmada Sofía— ¡No me puedes hacer esto!

—No te estoy haciendo nada, ¡tú quédate!

—¿Has mirado la hora que es? Es imposible que cojas un taxi. No puedes quedarte en la calle sola hasta que aparezca uno Dios sabe cuándo.

—No me importa, pediré uno —contestó con un brillo en los ojos sospechoso.

—¿Ha sucedido algo?

—Mejor no preguntes.

—Alexia...

—¡He dicho que mejor no preguntes! —Exclamó levantando la voz con un nudo en la garganta —, me voy.

Si permanecía allí, durante un segundo más, rompería a llorar y no estaba dispuesta a consentirlo o terminaría aguándole la fiesta a su amiga, por eso, siguiendo un impulso, se dio media vuelta y echó a correr entre el barullo que había en la discoteca a medida que las primeras lágrimas caían de manera estrepitosa.

El empeño en poner distancia entre lo que era su vida, y aquel puto lugar en el que desentonaba en todo, se convirtió en primordial.

¡Mierda!

¿Qué pensaba cuando supo que iba a conocer a Robert Brownn? ¿Que todo iba a resultar maravilloso?

Las consecuencias no habían podido ser peores para su autoestima, haciéndole retroceder al maldito día en que empezaron sus problemas, desde que se enteró de lo de Jack.

Siguió corriendo y corriendo en un intento de hacerse paso a toda prisa, huía como alma que lleva el diablo sin ver más allá de un palmo de sus narices debido a las lágrimas que caían, una detrás de otra, de manera incontrolable, sumiéndola en una pena infinita con la claridad de que la

única prioridad pasaba por salir de allí lo antes posible y así poder respirar con tranquilidad. La sensación de ahogo se estaba apoderando de su ser y la asfixiaba por completo.

Hasta que no estuviera bien lejos no sería capaz de recobrar un poco de...

—¡Oh! ¡Lo siento!

De pronto chocó contra alguien y una enorme mano se acercó para agarrarla del brazo, tirando con fuerza, lo que evitó que terminara de bruces contra el suelo.

—¿Dónde te crees que vas? —le preguntó una voz que ya le resultaba demasiado conocida, detectando el tono furioso.

¡Vaya! En la discoteca debería de haber unas doscientas personas e iba ella y justo tenía que chocar contra él.

¡Qué suerte la suya!

De un manotazo lo apartó, diciéndole sin palabras que no necesitaba su ayuda, precisamente.

—¿De qué coño vas? —volvió a preguntar furioso al verse apartado de esas formas. Atravesándola con una mirada de profunda ira.

Alexia no pudo contestarle aunque hubiese querido. Tenía la seguridad de que haría lo que fuese con tal de que no viese su cara anegada en lágrimas.

Y en un gesto desesperado, quiso volver a huir. Lo que fuera con tal de no dejarle ver su vulnerabilidad.

No lo consiguió. Robert intuyó que no tardaría en volver a hacerlo y estaba preparado. La cogió de la mano, otra vez, y la llevó, casi a rastras, por segunda vez en aquella particular noche, hasta la barra. Una vez allí la empujó contra el sillón y la obligó a que se sentara, reteniéndola a la fuerza a medida que le decía, a través de los ojos, que se olvidara de volver a intentarlo siquiera.

—Peter, dos Manhattan por favor.

—Yo no he pedido nada —protestó mediante un mohín evitando mirarle.

Tampoco le sirvió de nada puesto que el barman abrió la coctelera y empezó a derramar líquido en su interior.

—Yo sí, ¿no lo ves?

Esperó a que la bebida estuviese lista antes de decirle cuatro cosas a aquella condenada mujer. Una vez servido el cóctel cogió la copa y se la llevó a la boca, bebió el contenido de un trago y pidió otra.

—¿Y bien? ¿Quién coño te crees para dejarme plantado? Jamás nadie se ha atrevido a hacerlo y menos dos veces.

Alexia se limitó a quedarse callada, obligándose a calmarse sin ser consciente de que su silencio despertó en Robert una furia incontrolable. Un hecho que le hizo beberse la segunda copa, de un trago, mientras le hervía la sangre ante la certeza de que seguía ignorándole y permanecía, tan tranquila, mirando no sabía qué, con la cabeza ligeramente inclinada hacia abajo.

—¡Joder! —Terminó explotando— ¿Estás sorda?

«¡Todavía no! Todavía no o veré mi cara y seguirá burlándose de alguien tan insegura y estúpida como yo», se repetía la insegura chica una y otra vez inspirando en profundidad.

O tomada las riendas o dejaba que viera su vulnerabilidad. Algo a lo que no estaba, dispuesta, así la mataran.

Su largo silencio terminó sacando de quicio a un hombre que creyó que estaba jugando con él.

Y desde luego no lo iba a consentir.

—¡Me cago en la hostia puta! —bramó un Robert que no pudo seguir conteniéndose—. ¿Quieres hacer el puto favor de contestar a... —La pregunta quedó suspendida en el aire en el momento en el que la cogía de la barbilla, a la fuerza, y la obligaba a levantar la cara. Su desconcierto fue real— ¿Alexia?

El gesto en la cara de Robert cambió, drásticamente, al ver que su cara estaba llena de lágrimas.

¡Menos mal que la prensa se había quedado en la calle!

—¡Eh! ¿Qué ocurre? —pronunció en voz baja, casi susurrando.

Dejó atrás el enfado de hacía tan solo un instante.

Alexia se volvió a perder nuevamente en aquellos fascinantes ojos.

¡Era tan fácil...! Y logró sonreír ante la actitud de lo que parecía un hombre perdido, el cual acababa de cambiar la expresión de su cara, de manera asombrosamente rápida, en cuanto descubrió el desconcierto en sus ojos.

La pregunta acerca de si era posible que alguien como él, fuese capaz de tener un pequeño corazoncito, no tardó en producirse.

¿O es que la estaba engañando interpretando el papel de su vida?

—¿Vas a decirme por qué estás llorando? —preguntó confundido con el rostro lleno de surcos de preocupación.

Ojalá pudiera comprenderla, de hacerlo no tardaría en consolarla y ardía en deseos de hacerlo.

Se quedó más extrañado aun.

¿Qué demonios le estaba pasando con aquella chiquilla exactamente?

—No. No voy a decírtelo —contestó una Alexia sincera mirando aquellos ojos cautivadores que le provocaban la necesidad de retroceder en el tiempo.

Se ruborizó al recordar el beso tan excitante que se acababan de dar y la turbación la engulló. No pudo ocultar lo que con toda seguridad reflejaba su cara y el único culpable era él.

Qué pena que los hubiesen interrumpido...

Robert la volvió a sorprender y le ofreció un clínex que se sacó del bolsillo.

—Anda, límpiate la cara.

—Gracias. —Lo cogió agradecida y se lo pasó por las mejillas sin que él dejara de prestar atención. La examinaba con una intensidad abrumadora.

—Mucho mejor —afirmó atreviéndose a pasar suavemente las yemas de los dedos por su suave rostro.

El corazón de Alexia volvió a desbocarse en cuanto sintió aquella deliciosa caricia. Cerró los ojos y creyó estar en un sueño.

¡Un sueño maravilloso!

—Tu cara te delata.

—¿Qué? —preguntó abriéndolos sorprendida.

—Que tu cara te delata. No puedes negar que te gusta lo que te hago sentir. El beso que nos estábamos dando... —comenzó empleando un tono de voz sensual, de sobra sabía lo que se hacía y, pillándola desprevenida, abrió las piernas de ella ante la incredulidad de la chica, arrimándose todo lo que le permitía el asiento—, ha estado bien, ¿verdad? Puede que lo mejor que podríamos hacer es terminar lo que hemos empezado en mi casa, ¿no te parece?

—Robert, yo... —titubeó acalorada antes de que un calambre de placer recorriera su cuerpo.

Le notaba tan deliciosamente cerca, moviéndose contra ella, que se volvió a estremecer

empapando varias partes de su cuerpo hacía tiempo olvidadas. Cerró los ojos y disfrutó del simple roce que le provocaba el contacto del pantalón vaquero contra el suyo. Incluso llegó a olvidarse en qué lugar estaban...

«Oh, Dios, si casi llega a mi sexo...», pensaba sofocada. Le volvía a costar respirar mientras que su cuerpo pedía a gritos que el maldito asiento se esfumara para tener pleno acceso a esa parte de su anatomía.

Un sudor frío perló su frente sin pensar en nada que no fuese lo perturbadoramente excitada que estaba. Tanto como para perderse con él, donde quisiera, implorando un poco de atención a cada una de las partes de su ardiente cuerpo.

Al recordar el desafortunado comentario, de la rubia, la lucidez apareció por arte de magia, logrando despertarla de lo que era un disparate además de una locura.

Puso la mano sobre su pecho y le apartó, empeñada en poner distancia entre ella y aquel cuerpo del pecado que la estaba haciendo vivir y sufrir a partes iguales.

—Robert, para.

—¿Qué? —preguntó incrédulo a la vez que permanecía todo lo pegado que le permitía el maldito asiento.

—Como ya te dije antes no soy ese tipo de chica —siguió diciendo de forma sincera cogiendo aire a través de la nariz para calmar el corazón que le latía a mil—, lo mejor es que vuelvas con esa rubia de tu estilo y no pierdas el tiempo conmigo. Sinceramente, no sé qué has podido ver en mí para seguir aquí todavía, —e intentando darse unas fuerzas, que parecían flaquear, cogió la copa e igual que él la bebió de un trago.

La semiinconsciencia que le ofrecía el alcohol empezaba a hacer estragos en su cuerpo tras beber durante toda la noche, y bien sabía de la importancia de olvidar lo que a todas luces era imposible además de improbable.

¡Bastante tenía ya como para hacerse un daño completamente innecesario!

—¿Y quién te ha dicho que esté perdiendo el tiempo? —preguntó Robert de forma malhumorada apartándose un poco debido a la desmesurada insistencia de ella, y de aquella mano que lo seguía invitando a que mantuviese las distancias.

—Es lo que haces —añadió convencida de lo que decía—. Sigue mi consejo y hazme caso. Fíjate si hay mujeres aquí a las que les gustaría perderse contigo.

Robert la miró de manera incrédula. Ni en un millón de años hubiese pensado, nunca, que pudieran aconsejarle que se perdiera con otra, rechazándolo sin más preámbulos y, ¡notando que su ego se veía profundamente dañado una vez más!

Pero si creía que ahí acababa todo, estaba muy equivocado, puesto que Alexia tomó otra vez la palabra:

—Aunque lo que sí puedo hacer es tomarme otra copa contigo, ¿vale? —A esas alturas la manera de hablar ya no era la misma. Los efectos del alcohol se magnificaban en una mujer que seguía sin entender qué hacía él allí, y en su compañía precisamente.

Robert escuchó intrigado aquel inusual ofrecimiento, era la primera vez que una mujer aceptaba tomarse una copa con el condicionante de que para que sucediese sería aceptando que después no habría nada de nada. ¡Vamos, que nada de sexo!

¿Estaba de broma? Porque era lo que parecía, desde luego que se trataba de una situación un tanto extraña cuando era él el que tenía que apartarse a las mujeres de encima.

—Entonces tendrás que prometerme que nada de salir corriendo, ¿vale?

—Lo intentaré.

—Bueno, ya es algo. —Sonrió hasta tenerla en el lugar de antes con la intuición de que

cambiaría de idea, y volvió a recrearse en el contacto directo que volvían a tener.

Supo que se saldría con la suya, igual que le ocurría siempre, antes de que una Alexia segura decidiera intervenir diciendo:

—Contigo, con tu amigo, y con Sofia.

—¿Qué?! —preguntó con cara de póker.

A lo que la chica respondió:

—Nos tomaremos una copa juntos, aquí o en el lugar que elijas, y después me marcharé a casa. —Al ver la expresión incrédula, que ponía, decidió concluir para advertirle. No le daría una mínima excusa que le permitiera ningún tipo de equívoco—. Es todo lo que puedo ofrecerte.

No hubo más explicaciones, seguidamente lo empujó para terminar con aquella cercanía que la estaba matando. Dispuesta a buscar la compañía de su amiga Sofia, mientras que a él no le quedaba otro remedio que colaborar. Eso sí, en cuanto puso los pies en el suelo se sujetó a aquel torso tan bien definido para no caer. La cabeza empezaba a darle vueltas. Tantas que incluso empezaba a tener lagunas en su mente, considerando que tenerle así de cerca, sumado a la completa embriaguez en la que estaba, era bastante más de lo que podría soportar sin perder un ápice de su dignidad.

O huía o cometería una locura que la llevaría de nuevo ante el precipicio.

Buscó a la pareja, que la podía salvar, y se dirigió hacia ellos con la seguridad de que el enigmático hombre, del que toda mujer hablaba la seguiría. Por primera vez en su vida, se sintió poderosa después de lograr que, Robert Brown, en ese preciso momento, estuviese detrás para tomarse una simple copa.

Incomprensiblemente, la otra parte, estaba dispuesta a obedecer de buena gana y se limitó a seguir sus pasos, estrujándose la mente para averiguar qué era lo que le habría podido suceder, antes de salir huyendo como lo hizo, además de sorprendida mente intrigado porque no llegaba a entender qué hacía él detrás de aquella chica con apariencia normal.

Parecía que no tuviese otra cosa que hacer.

Y con los ojos puestos sobre su nuca, para no perderla de vista, continuó andando pendiente de que no diese un traspie y terminase sobre el suelo. No sabía las copas que se habría tomado, pero lo que era seguro es que estaba completamente borracha y él no la dejaría caer. Permanecería a su lado tratando de que no ocurriese. El sentimiento que despertaba aquella chica era de auténtica protección. Algo que jamás había llegado a ocurrir, y menos con una auténtica desconocida.

Nunca, ninguna mujer hasta el día de hoy, había conseguido despertar la curiosidad que había logrado ella en unas horas. Admitiendo que mucha culpa la tuvo el comportamiento hacia él durante la noche, y es que:

¿Qué mujer en su sano juicio desaprovechaba la ocasión de enrollarse con él, después de tenerla entre sus brazos y saber cómo reaccionaba ante el beso que le terminó robando? La afirmación de que estaría encantado de averiguarlo se proclamó a los cuatro vientos y mostró, una mirada depredadora, al cuerpo que se acababa de convertir en su próximo y dulce objetivo.

Se relamió de gusto, al final iba a ser un juego muy divertido.

No tardaron en abandonar la discoteca por la puerta trasera, quería esquivar a las numerosas fans que seguían esperando.

Y así fue cómo, un Porsche último modelo, salió a toda prisa y enfiló la avenida a gran velocidad en dirección a una de las calles más exclusivas de la ciudad, en la quinta avenida. El

lugar exacto en el que se encontraba el enorme y lujoso apartamento del irresistible Robert Brown, donde terminaron los cuatro con la intención de tomarse otra copa.



Abrió los ojos con la maravillosa sensación de encontrarse perdida, en mitad de una cama inmensa, envuelta entre sábanas de raso. Si no fuera por el martilleo ante dolor de cabeza, que volvía a hacer su aparición torturándola hasta límites insospechados, incluso llegaría a pensar que se encontraba en el mismo cielo, cabreándose consigo misma por lo que había vuelto a hacer. Dio media vuelta y se obligó a cerrar los ojos, el estómago lo tenía revuelto a consecuencia de la resaca.

Y una vez más trató de acordarse de algo de la noche anterior, devanándose los sesos con impotencia puesto que no podía hacerlo.

¿Es que no iba a aprender nunca? ¡Por lo visto no!

Se estiró sobre la cama y empezó a desperezarse, es cuando, al sentir el suave contacto del raso de las sábanas en las manos, y los pies descalzos, abrió los ojos un poco confusa.

Empezaba a intuir que no todo iba bien porque aquello de sueño tenía poco. El suave raso además de la inmensa cama era tan real como que ella estaba allí en medio.

Nerviosa se incorporó sobre los codos para averiguar dónde demonios estaba y abrió los ojos como platos al reparar en la lujosa habitación.

El caos se apoderó de ella ante la realidad de lo que veía, formándose en su mente la imagen nítida de, Robert Brown, la noche anterior cuando las llevó con la intención de tomar una copa.

¡No! ¡No podía ser!

Un escalofrío de placer la sacudió en el instante en que le vino a la mente la escena del reservado, rememorando los labios contra los suyos, además de los cuerpos buscándose con desesperación. Aquellas atenciones habían despertado cada uno de los sentidos guardados bajo llave después del descalabro emocional, y cayó rendida a sus pies, correspondiendo a su beso lascivo envuelta en un calor abrasador que la devoró por dentro.

¡El rubor le terminó tiñendo las mejillas!

«No, no puede ser», se repitió para calmarse ante el calor repentino que le acababa de entrar.

Observó todo cuanto la rodeaba y se quedó fascinada por el buen gusto de la decoración en la que, por supuesto, los muebles eran de los que salían en las revistas esas de gente rica, demasiado caros para el alcance de su bolsillo.

Pero si hubo algo que la dejó fuera de juego fue el enorme ventanal que cubría en su totalidad una de las paredes, desde el techo hasta el mismo suelo, dando un toque espectacular a la ya de por sí preciosa habitación. Desde allí se divisaba un cielo encapotado de nubes grises. Parecía que flotabas sobre ellas.

¿Quizás era un hotel de cinco estrellas?

Envuelta en un humor de perros apartó las sábanas a un lado, decidida sí o sí a saber dónde coño estaba. Necesitaba urgentemente empezar a aclarar sus ideas...

Al hacerlo respiró aliviada, por lo menos estaba vestida. Fuese quien fuese el que la había llevado, allí, no se había aprovechado de ella, y ya iban dos.

De seguir a ese ritmo lo terminaría pagando demasiado caro, y lo peor era que lo tendría de sobra merecido. Lo de convertirse en una inconsciente, de la noche a la mañana, desde luego que no era nada inteligente.

Puso los pies sobre el suelo y sonrió sorprendida por el calor que transmitía la tarima (no pudo evitar acordarse de su caldera estropeada). Desde luego que quien hizo aquella habitación

había pensado hasta en el último detalle, lo que la posicionó a pensar que, con toda probabilidad estaría en una habitación de hotel de los que eran carísimos.

Cada vez más intrigada se levantó de la cama y obvió a su lacerante cabeza. Fue hasta el gran ventanal llena de curiosidad, quería tener una vaga idea del lugar en el que podría estar.

¡No estaba preparada para lo que vio!

—¡Joder! —exclamó sorprendida.

La vista era espectacular, a saber a cuantos metros de distancia, sobre el suelo, porque los viandantes casi ni se percibían. Desde allí la irresistible panorámica de Nueva York se agrandaba junto a Central Park.

¡Uauuuuuu!

Las sorpresas no acabaron ahí. Nada de eso. Dio unos pasos y se acercó a la puerta, después la abrió de par en par y se quedó anonadada. Lo que había fuera dio lugar a que tuviera que sujetarse contra el marco al percibir cómo su respiración subía de intensidad hasta ponerse histérica.

—¿Pero qué...? —No pudo acabar de preguntarse, a sí misma, puesto que ante ella se encontraba el apartamento más grande y moderno que jamás hubiese visto, ni siquiera en las revistas de famosos. Y claro, empezó a bajar la posibilidad de que en efecto se encontraba en el apartamento de:

¡¡¡Robert Brown!!!

La prueba que finalmente corroboró que, en efecto estaba allí, fue una foto que llamó su atención. Una foto que estaba encima de un aparador. La cogió entre unas manos temblorosas y vio la cara del irresistible actor en compañía de una mujer que debería ser su madre.

¿Acaso no tenía padre?

—¡Oh, Dios! ¡Oh, Dios! —se repetía atónita logrando reaccionar sin todavía creerse nada.

Y supo que debería de actuar de una vez. ¿O acaso quería encontrarse con él?

A toda prisa cogió sus zapatillas, de cordones, y avanzó a través del pasillo. Cruzó los dedos y rezó para no encontrarse con él ante la la posibilidad de que se muriera de la vergüenza si eso ocurría. Un hecho que desde luego estaba dispuesta a evitar de la mejor manera.

Huyendo de allí.

Llegó a unas escaleras que la llevarían a la planta de abajo y las bajó excesivamente rápido. Tanto que estuvo a punto de caer rodando antes de que en el último segundo pudiera agarrarse a la barandilla, salvándola de una caída en picado segura.

«¡Qué patética soy!, cualquier mujer en mi situación daría su vida por estar aquí, en cambio yo...».

No pudo acabar la frase, se acababa de quedar pálida en cuanto se percató de un inesperado detalle.

Pegada sobre la puerta de salida había una nota. Casi le da un infarto. Estaba tan acalorada que empezó a sudar consumida por los nervios. Se acercó y leyó las líneas dirigidas a ella.

La nota decía así:

**Buenos días Alexia, ¿te gustan los croissants? Espérame y desayunaremos juntos. Conozco la mejor panadería en la que los hacen, no tardaré.**

**ROBERT**

Leyó la nota un par de veces antes de, superada del todo y debido a las circunstancias, decidiera optar por lo que mejor sabía hacer, huir. Entonces comenzó a vestirse, a toda prisa, y cogió su abrigo del perchero. Echó un último vistazo, al impresionante salón, y abrió la puerta desapareciendo de aquel apartamento y aquel mundo que le quedaba demasiado grande.

Una vez que estuvo abajo salió del ascensor y echó a correr hasta conseguir salir del edificio. Al hacerlo, un viento frío la envolvió permitiéndole respirar un poco más tranquila.

Estaba convencida de que había logrado su objetivo.

Una vez ubicada giró a la derecha, en busca de la primera boca de metro, y miró el reloj angustiada. Acababa de darse cuenta de que:

O corría como alma que lleva el diablo, o llegaría tarde al trabajo. Un lujo que desde luego no podía permitirse.

Antes de empezarse a correr, de nuevo, un inesperado detalle llamó la atención de la chica. Un detalle que hizo que se quedase anclada sobre el suelo y sin que por supuesto sus piernas quisieran reaccionar viendo, completamente horrorizada, a por lo menos cinco mujeres que acababan de interceptar a un guapísimo Robert en mitad de la calle llevando una bolsa de croissants en la mano.

«¡Por todos los santos, qué suerte la mía! ¿Acaso todo me va a salir mal?»

¡No tenía escapatoria! Y presa de un pánico absoluto miró desesperada a la izquierda en un intento de buscar una vía de escape.

Divisó un taxi parado, en el semáforo, y fue consecuente de que su última oportunidad para escapar la tenía allí si quería huir sin ser vista, o al menos era lo que creía.

Tardó en reaccionar y cuando lo hizo empezó a correr como una loca al tiempo que gritaba hasta desgañitarse.

—¡Taxi, taxi!

Robert escuchó los gritos de fondo y levantó el rostro desconfiado. Aquella voz le sonaba...

—No me lo puedo creer —gruñó viéndola meterse dentro del taxi para desaparecer delante de sus ojos—. ¡Mierda!

La furia que lo invadió, una vez que la vio huir, hizo que apartara de malas maneras a las mujeres que lo rodeaban mientras miraba la parte trasera del taxi. No le sirvió de nada. Lo perdió a la vuelta de la esquina con el pensamiento de tener otra oportunidad para darle su merecido a esa jovencita.

¿Cómo se atrevía?

¡Nadie jugaba con Robert Scot Brownn!

Y con un humor de perros, después de lo sucedido, tiró la bolsa de los croissants a la basura de malos modos. Lo que menos le apetecía era desayunar.

Dejó a sus fans plantadas y dio media vuelta para entrar en el portal a pasos apresurados. La expresión de su cara daba miedo.

Imaginó mil maneras de vengarse de la que parecía ser la única chica inmune a sus encantos.

Y las encontraría... ¡Vaya si lo iba a hacer!

Aunque su vida dependiese de ello.

Cuarenta minutos después, cuando se creía a salvo en la oficina, trabajando con normalidad, Alexia pulsó el botón del teléfono y atendió una llamada personal, de su amiga Sofia, que le entraba en esos instantes y que iba a ponerla bastante nerviosa.

—¡Dime que no se lo has dado! —Gritaba hecha una furia a través del teléfono móvil como si pareciera no importarle que estuviera en el trabajo—, ¡te juro que si lo has hecho jamás volveré a hablarte!

Sofia no pudo evitar sonreír después de escucharla. Se imaginaba la cara que debía de tener.

—¿Quieres tranquilizarte? —contestó divirtiéndose de lo lindo.

—¡Sofia! —volvió a gritar.

La mantuvo en suspense unos segundos hasta que:

—No, no se lo he dado.

Un enorme alivio la envolvió tras escuchar dicha negativa, y se dejó caer sobre la silla.

—¿No vas a preguntarme nada? —contraatacaba Sofia.

—¿Para qué? Esto es ridículo...

—Puede, pero lo que no entiendo es que hayas sido capaz de desaprovechar la oportunidad de tu vida.

—Vamos, Sofia...

—¡Si has conseguido dormir en su cama! —Decía su amiga eufórica y llena de entusiasmo—. Lo que darían todas las mujeres de la ciudad por conocerle, y vas tú y sales huyendo. Eres una cobarde.

—Mmmmm —contestó sin querer profundizar mucho en aquel tema en concreto y menos allí, dando por zanjada la conversación.

Sofia por supuesto no se lo permitió e insistió:

—Mira, Alex, aunque trates de engañarte a ti misma conmigo no servirá. Para tu información, Robert ha venido en persona a pedirme muy amablemente el número de tu teléfono, y quiero que sepas que todavía me estoy arrepintiendo de no habérselo dado.

—Tengo que dejarte —la cortó irritada intentando olvidarse de todo.

—Cobarde.

—Lo que tú quieras, tengo trabajo que por ahora es lo que de verdad me importa, adiós—. Y colgó antes de que continuase diciendo lo que no quería escuchar.

Había logrado dejarla distraída y sumida en pensamientos varios debido a lo sub real de lo que últimamente le estaba sucediendo.

Estefany no pudo evitar mirarla sorprendida, preguntando:

—¿Ocurre algo?

—No, nada.

—¿Cómo qué nada? —La regañó dándose cuenta de que no comprendía lo que le estaba diciendo—. ¿Acaso no estás escuchando el teléfono?

Miró la centralita y vio las luces de dos llamadas en espera para el jefe, entonces actuó en consecuencia y pulsó el botón, capaz de volver a la realidad después de lo que su amiga le acababa de contar y que había conseguido dejarla descolocada.

—¿Ya tienes el discurso del señor Scot de la cena benéfica? —preguntó su compañera una vez que terminó de resolver lo de las llamadas telefónicas.

—Sí, aunque me gustaría que le diceses el visto bueno, estoy nerviosa a rabiar y no quiero meter la pata.

—No creo que haga falta, pero si quieres...

—Gracias, Estefany, será mi primer acto desempeñando mi nueva función y no sé si estaré a

la altura.

—Pues claro que lo estarás.

—¡Dios mío! Yo en la cena benéfica que da el jefe en su casa rodeada de gente importante y poderosa.

—No es para tanto, créeme. —Y le dedicó una sonrisa tranquilizadora.

—¿Me acompañarás y me ayudarás a comprar el vestido? No tengo ni idea de qué es lo que se espera de mí.

—Discreción y saber estar, nada más. Tranquila te ayudaré.

—¿Qué haré sin ti cuando ya no estés?

—Trabajar igual que ahora, sé que estás preparada.

El timbre del ascensor sonó e interrumpió la conversación entre ambas, anunciaba que alguien llegaba a la planta en la que estaban. Un detalle que dejó a Alexia un tanto desconcertada. No había ninguna visita programada apuntada en la agenda.

¡Y nadie podía acudir sin cita!

«¿Quién será entonces?», se preguntó una chica curiosa sin que tuviese que esperar mucho para averiguarlo una vez que comenzaron a abrirse las puertas del ascensor.

Alzó la mirada y se mostró igual de curiosa que Estefany.

Alexia se quedó helada al descubrir quién era el que estaba en el ascensor. Y claro, hasta el color de la cara se desvaneció, quedándose a cuadros.

—¡Joderrrrrrrr!

Aquello no podía ser verdad, ¿acaso estaba inmersa en una pesadilla? Porque desde luego era lo que parecía.

Y debido a aquella reacción inesperada, a Estefany le fue imposible pasar por alto el detalle de que parecían conocerse. Observándola preocupada mientras trataba de entender qué era exactamente lo que podría haber provocado la cara que se le había quedado.

—Pero, ¿qué haces?

—¡Schsssss! —la mandó callar escondiéndose a toda prisa debajo de la mesa.

Estefany se quedó desconcertada y se preguntó si no se estaría volviendo loca, puesto que la acababa de ver escondiéndose, literalmente, debajo de la mesa.

—Hola, Estefany, ¿qué tal estás? —se escuchó de fondo una voz de hombre.

La conocida voz, masculina, iba acercándose poco a poco ajeno a lo que acababa de suceder. Hecho que provocó que Estefany volviera a la realidad alegrándose de verle.

—¡Robert! Que agradable sorpresa. —E intuyendo que lo que Alexia hacía era esconderse de él, se acercó besándole en la mejilla para después cogerle del brazo, alejándolo todo lo que pudo para mantenerla en el anonimato. Ya tendría tiempo de preguntar luego.

Mientras eso sucedía, Alexia seguía debajo de la mesa escuchando cómo los latidos de su corazón parecían oírse demasiado altos. Hasta creyó que la terminaría descubriendo.

Todo aquello era una locura.

¡¿Qué demonios estaba haciendo él allí?!

—¿Te llegó mi regalo de cumpleaños?

Escuchó que le decía a Estefany.

—Sí, querido. ¿A qué es debida esta agradable sorpresa? Llevabas casi un año sin pasarte por aquí.

—He cambiado de dentista, aquí cerca, y he pensado en acercarme un rato. ¿Crees que me recibirá? —preguntó mirando la puerta del despacho del jefe.

—Compruébalo tú mismo, ahora no está reunido.

—Gracias, Estefany.

«¿Pero, qué...?» Con la boca abierta observó las zapatillas deportivas de Robert alejándose en dirección al único sitio en el que nadie podía entrar salvo que estuviese apuntado en la agenda.

¿Acaso Estefany y él se habían aliado para que la despidieran?

—No puede entrar ahí —susurró a Estefany por debajo, golpeando su pierna sin salir del escondrijo en cuanto la tuvo a tiro—, ¿es que te has vuelto loca?

—Por lo que veo os conocéis, ¿no es cierto? —se limitó a decir tan tranquila, sonriendo con amabilidad y restando importancia a lo que debería de tener según Alexia.

—No, sí... —titubeó—, no lo sé.

Después de escuchar, aquella respuesta, Estefany se mostró divertida, aunque a su querida Alexia no le sentó nada bien.

—No tiene gracia.

—¿Ah, no? —Seguía hablando, viéndole internándose dentro del despacho—. Creo que puedes salir, Robert ya no está.

Alexia se levantó del suelo, se alisó las arrugas de la falda, y después se sentó en la silla. Actuaba con la normalidad que podía ante la mirada atenta y curiosa de Estefany.

—Gracias —fue lo que dijo antes de comenzar a teclear en el ordenador.

—¿No vas a contarme nada?

—No.

—Está bien —dijo observándola detenidamente, nada dispuesta a dar su brazo a torcer—: No sé... quizás yo podría ayudarte.

—¿A qué?

—Podría concertarte una cita con él, si quieres.

—¿Y qué te hace suponer que quiera hacerlo? —Contestó de malos modos—. Además, lo que no entiendo es qué hace aquí y por qué parece conocerle tanto.

—Si quieres puedo explicártelo.

—No, déjalo.

Cerró el programa del ordenador, ordenó la mesa, y cogió el bolso y su abrigo.

—Hoy te vas pronto.

—Sí, tengo cosas que hacer —mintió.

Todavía no sabía lo que hacía allí, pero desde luego no se iba a quedar para averiguarlo.

¡Allá él!

—Voy a comprar el vestido discreto que me has aconsejado y así me doy un paseo, creo que seré capaz de elegir uno adecuado. Mañana te contaré.

—Está bien, yo esperaré un rato todavía.

—Hasta mañana. —se despidió dejando zanjada la conversación antes de que la curiosidad la hiciese preguntar lo que no debía.

A toda prisa, debido a la intención de salir pitando, se dirigió hasta el ascensor y pulsó el botón demasiado fuerte. Y a medida que esperaba le resultaba bien difícil respirar con normalidad.

La casualidad y el caprichoso destino se confabularon entre sí, provocando que la puerta del despacho del señor Scot se abriera en el mismo instante en el que lo hacían las del ascensor, dejando ver a una Alexia nerviosa e histérica, como una colegiala, metiéndose a toda prisa para pulsar el botón de la planta baja demasiado fuerte en un intento de que fuera más deprisa.

—Vamos, vamos...

Justo entonces Robert salía del despacho y cerraba furioso la puerta. Alzó la cabeza con

gesto de pesar hasta que... Sus miradas se cruzaron por un tiempo indeterminado. La de ella reflejando ansiedad porque las puertas no se cerraban, y en cambio la de él...

La de él en un primer momento reflejaba asombro, curiosidad, incluso perplejidad, pero de repente cambió. Una vez superada la sorpresa inicial, recuperado el control de la situación y la miró con un brillo en los ojos que daba miedo.

¡Mostrándole con una claridad abrumadora que tenían un asunto pendiente!

—¿Alexia? —preguntó asombrado sin poder creerse el golpe de suerte que acababa de tener.

¿Qué hacía ella allí?

Alexia, al verse descubierta, volvió a pulsar reiteradamente el botón.

La espera le resultaba eterna y pretendió ocultarse de él. ¿Cómo? Pues simplemente dándole la espalda ante la atenta mirada de Estefany que no se perdía ningún detalle. Se estaba divirtiendo demasiado.

Robert, en cambio, no estaba dispuesto a darle la oportunidad de salir huyendo de nuevo. Avanzó hasta el ascensor, de manera decidida, para tener la oportunidad de enfrentarse cara a cara a aquella chica endiablada.

Inesperadamente se le presentaba en bandeja la oportunidad de aclarar unas cuantas cosas, y, a medida que lo hacía la expresión de su cara cada vez mostraba un rostro más y más iracundo.

¡Realmente iracundo!

—¡Alexia! —exclamó demasiado fuerte dando zancadas hacia ella—. ¡Ni se te ocurra volver a hacerlo!

Alexia no pudo evitar girarse, en cuanto le escuchó, y se encontró con la mirada fría como el hielo que le dedicada en exclusiva.

—¡No lo hagas! —volvió a repetir.

Por poco pero no consiguió llegar a tiempo. Las puñeteras puertas se cerraron a escasos centímetros de sus narices, lo que hizo que la frustración lo taladrara ante la obviedad de que, una vez más, volvía a salirse con la suya y que por lo tanto...

¡¡Un momento!!

«¿Qué he visto en realidad?»

Robert recapituló hacia atrás y no tardó en mostrarse más sereno, analizando fríamente lo que acababa de presenciar. Fue entonces cuando sonrió de oreja a oreja. Sabía que los dioses se habían apiadado de él y que acababa de encontrar una ventaja a su favor. Una ventaja que a continuación desgranaría con mucho gusto.

Vaya si lo iba a hacer.

Dio media vuelta y cambió el semblante de su cara, borró la expresión de impotencia y de rabia, y se acercó a la mesa en la que se encontraba la persona que le facilitaría alguna de las respuestas que buscaba y deseaba.

Su querida Estefany.

Se relamió de gusto convencido de que, ahora sí, se saldría con la suya y que por lo tanto planearía la manera de vengarse de la escurridiza chica. El asunto que se traía entre manos había cambiado a su favor y, de repente, se acababa de convertir en un asunto de verdadera importancia.

Averiguaría los entresijos de su vida y le enseñaría que, si finalmente, jugaba con fuego, terminaría quemándose.

Para cuando acabase con ella tenía la absoluta certeza de que no se olvidaría tan fácilmente de él.

***¡La primera sorpresa del día, de la fiesta benéfica, apareció en forma de paquete!***

Acababa de llegar a su apartamento, después de un día especialmente duro en el trabajo, cuando alguien llamó al telefonillo. Resultó ser un mensajero que decía tener el encargo de dejar un paquete. Y Alexia, tras una larga mañana cambiando frases del discurso benéfico, que no terminaban de convencer a su jefe, y más tarde buscando un expediente de una transacción bursátil desaparecido, lo que menos le apetecía era empezar a discutir a través del telefonillo con un desconocido.

Estaba segura que se había confundido de dirección, no obstante optó por apretar el botón, dejándole entrar para aclarar cara a cara el error que tenía que haber cometido alguien.

—¿Señorita Alexia Jammes?

Alexia abrió la boca, para protestar, y enmudeció al comprobar que los datos eran correctos.

Se quedó como una boba mirándolo.

—¿Es usted?

—¿Qué?

—Que si es usted Alexia Jammes —contestó de malos modos pensando en todos los paquetes que tenía que entregar.

—Sí, soy yo.

—Firme aquí.

Firmó y cerró la puerta ayudándose del pie. A continuación se dirigió a la mesa y lo dejó sobre ella todavía sorprendida.

Al ver una tarjeta la cogió y la abrió. No tardó en reconocer la letra.

**Querida Alexia:**

**Me he permitido elegir tu vestido de esta noche. Cuando dije lo de discreción me refería a mí, no a ti. Espero que te guste y que lo disfrutes.**

**Te veré en la fiesta porque yo también acudiré. Cambio de planes.**

**Estefany.**

Abrió la caja y se encontró un precioso vestido negro de encaje, un vestido que parecía adecuado para una de las invitadas a la cena y no para una secretaria ejerciendo su trabajo. Algo que la desconcertó.

Lo dejó encima de la cama y se olvidó de él.

Los nervios, ante la noche que le esperaba, no la dejaron probar bocado. Después de prepararse un sándwich de jamón dulce acabó dejándolo casi entero y se limitó a tomar un café cargado, apurando el contenido para meterse en la ducha, al fin con agua caliente.



Enjabonó su cuerpo, lavó el pelo a conciencia y se echó una mascarilla. Quería estar presentable y eso significaba que tardaría más de lo acostumbrado en arreglarse. Una vez duchada salió de la bañera envuelta en una gran toalla y otra pequeña enrollada en el cabello, secándose a conciencia para después coger la crema hidratante.

Hacía tanto tiempo que no se cuidaba, un poco, que hasta se le había olvidado.

Una vez que terminó miró el reloj preocupada. Se dio cuenta de la hora que era y si quería llegar a tiempo ya podía empezar a espabilarse, así que cogió el secador y empezó a maniobrar torpemente para alisarse el pelo, tarea que sabía la entretendría bastante.

Tres cuartos de hora fueron suficientes para estar peinada y maquillada. Respiró aliviada tras comprobar que su pelo había quedado perfecto, dirigiéndose a la habitación en busca del vestido que había comprado el día anterior. Abrió el armario, lo descolgó de la percha y, en el último momento, sin saber el porqué, cambió de parecer.

Elegió el que Estefany le había regalado.

Se lo puso, se abrochó la cremallera, y seguidamente se subió a los zapatos de tacón demasiado altos para su gusto.

Sonrió. Estaba lista.

La imagen que reflejaba el espejo la hizo sentirse guapa, demasiado guapa llegando a no reconocerse. Aquel vestido le quedaba como un guante y la hacía tan elegante que hasta Sofia se sorprendería si pudiese verla.

El vestido exquisito, los zapatos de tacón, el pelo perfecto, y el maquillaje, fueron los que en conjunto hicieron que en cuanto saliera a la calle varios hombres volviesen la vista atrás en más de una ocasión.

No le pasó desapercibido y notó un subidón de adrenalina, que la alzó a la gloria.

Lo de ser un bicho raro, y lo de pasar desapercibida, podía pasar a la historia por un día, sonriendo complacida y avanzando hasta el taxi que la esperaba tras haberlo pedido por teléfono, mientras que por primera vez en muchísimo tiempo empezaba a disfrutar de lo que en realidad parecía gustarle.

Su trabajo. Que los hombres se dieran la vuelta y volvieran a mirarla, y, sobre todo sentirse guapa y mujer.

¡Eso sí que era importante! Y se olvidó de las penurias en las que se había envuelto últimamente.

Subió al taxi y le dio la dirección. Después se recostó sobre el asiento, intentando permanecer con la mente en blanco, para poder mantener los nervios a raya.

Resultado una ardua tarea...

La fastuosa mansión que se divisaba era de estilo victoriano, en color blanco, y hacía contraste con las ventanas de color oscuro haciéndola única. Admiró las tres plantas que terminaban coronadas por una buhardilla de grandes ventanales, y le pareció estar en mitad de una película de época. Al lado una construcción similar albergaba en su interior una colección de coches magnífica. Mirando todo cuando le ofrecía la vista (para no perder ningún detalle), a la vez que llegaba a una gran verja, siguiendo el camino delineado en el que un vigilante les dio el alto.

Por lo visto la autorización de pasar llegaba hasta allí. El lugar en el que una garita improvisada había sido instalada, con una barrera, para disuadir a cualquiera que tratase de avanzar más de la cuenta.

Sacó la cartera del bolso, en cuanto llegó a su destino, y después de pagar los noventa dólares de la carrera, propina incluida, bajó del coche y siguió el sendero que la terminaría conduciendo a la gran carpa situada en el cuidado jardín. ¡Maravillándose de todo lo que veía! Continuó andando y vio las mesas redondas en perfecto orden, listas para que los invitados comenzasen a dar uso de ellas. Un poco más adelante, un atril estaba hábilmente colocado en lo alto de un escenario improvisado, desde el que el señor Scot hablaría dando las gracias a todos los invitados por el donativo que harían a favor de los niños desfavorecidos, una vez acabada la cena.

—Estás deslumbrante.

Dijo alguien a sus espaldas.

Alexia se giró sobresaltada y se encontró a una Estefany completamente acorde a la velada que tenían por delante.

—Me complace ver que me has hecho caso.

—Empiezo a creer que me he equivocado —confesaba presa de sus inseguridades de siempre.

—¿Estás loca? Vas a ser la sensación de la noche —afirmó sabiendo con exactitud a lo que se refería.

—Espero que no sea así —contestó ajena a su comentario y a lo que pretendía decir.

—Los invitados empiezan a llegar, ¡ah!, y la prensa. Quién sabe, quizás consigas salir en alguna revista mañana. —Volvio a decir intencionadamente.

Alexia no contestó, se giró y se perdió entre aquella gente que empezaba a llegar.

Por enésima vez volvió a replantearse si el lugar de ella era ese. Una cosa era estar en la oficina y otra muy distinta estar entre la flor y nata de la ciudad, prensa incluida.

Le costó un verdadero esfuerzo no coger una copa de champán, que le ofrecía uno de los camareros, porque empezaba a necesitarla para aplacar los nervios.

La noche fue avanzando poco a poco e iba según lo previsto...

Las risas y conversaciones se mezclaban entre el suave sonido de la banda de música, a la vez que los célebres invitados echaban mano de la innumerable variedad de vinos y refrescos que se ofrecían en el cóctel previo a la cena. Alexia, mientras, intentaba disfrutar de lo que se le ofrecía, por primera vez, afanándose, además, en echar la vista atrás para tratar de recordar de qué le sonaba la señora Scot.

Intuía que su cara la había visto en alguna otra parte.

¡Qué raro!

La velada siguió su curso y a las once y media, cuando la cena hubo terminado, los comensales empezaron a levantar la vista al ver al anfitrión dirigiéndose hacia el atril. También observaron a su espectacular secretaria acompañándolo, lo que suscitó algunos comentarios malintencionados.

Ella se limitó a permanecer ajena a las críticas, que empezaba a levantar, y subió sobre el escenario improvisado, manteniendo la costumbre de permanecer junto a su jefe al tiempo que escuchaba las primeras palabras del discurso.

—Buenas noches a todos...

El discurso fue un rotundo éxito y tuvo una duración de, seis minutos, alargado por los

numerosos aplausos una vez finalizado.

El señor Scot, bastante satisfecho del resultado, se acercó a Alexia y le dijo en tono cordial:  
—Ha estado bien, señorita Jammes, tómese una copa y disfrute. Se lo ha ganado.

—Gracias, señor —consiguió decir atónita por lo que acababa de escuchar, subiéndole la autoestima ahora que todo empezaba a salir bien.

Bajó del escenario tras sus pasos y vio que las mesas desaparecían entre un orden absoluto, también a los invitados tomar copas entretenidos, charlando de todo un poco, esperando a que la improvisada pista de baile estuviese lista para que pudiesen empezar a divertirse de verdad. Y Alexia, más relajada, decidió hacer caso a su jefe aprovechando que un camarero pasaba a su lado, para coger una copa del exquisito champán, a continuación se apartó a un lado y permaneció un poco retirada disfrutando del éxito de la velada antes de marcharse...

Sin que por supuesto se pudiera hacer a la idea de lo que estaba a punto de suceder.

***¡La segunda sorpresa apareció de repente! ¡Justo detrás del lugar en el que se encontraba!***

—Hola, Alexia.

La voz, que tan bien conocía, y que la perseguía también en sueños, la pilló totalmente desprevenida. Tanto fue así que le dio un ataque de tos y se atragantó con el champán.

Incluso llegó a pensar si no se trataría de un sueño...

Robert sonrió, con una mueca burlona, y disfrutó de la situación mientras se acercaba peligrosamente desde atrás. Igual que la primera vez en la discoteca Paradise cuando se conocieron, hacía tan solo unos días.

Estrechó el cercó y le susurró al oído:

—¿Qué te pensabas? ¿Qué no iba a ser capaz de encontrarte? —Puso las manos en sus caderas y tiró de ella con suavidad, envuelto en una contención dolorosa, antes de exclamar—: ¡Pues estabas muy equivocada!

«Oh, Dios mío ¿qué hace él aquí?»

La suavidad de Robert no tardó en dar paso a un terrible enfado al acordarse de los numerosos desplantes que tuvo hacia él. Y apretó las manos con fuerza, pegándola contra su cuerpo sin contemplaciones, logrando arrancar de su garganta un gemido incontrolado.

—No sé lo que me estás haciendo, Alexia —seguía susurrando—. ¡Me estás volviendo loco!

Las piernas de Alexia empezaban a flojear debido a la cercanía de su cuerpo, era incapaz de tomar las riendas de la situación.

Y para su consternación, la sorpresa inicial no tardó en dar paso a un clamoroso deseo, que la hizo excitarse de manera incontrolada al notar el miembro erecto sobre su trasero.

¿A qué estaban jugando?

Se olvidó de todo menos de él y del huracán que despertaba en su interior, otra vez...

El dolor físico que experimentó fue real, viéndose obligada a apartarse de aquella caricia, tan sumamente íntima, para darse la vuelta. Debía permanecer alejada, lo que le fuese posible, si no querían terminar montando un escándalo.

Desde luego que era el sitio menos indicado.

Robert se quedó deslumbrado en cuanto la vio de frente.

¡Estaba espectacular!

—Ese vestido te sienta de maravilla, estás muy guapa.

Aquel cumplido la desestabilizó y consiguió que se quedara sin palabras. También sin aliento al verle.

¿Y era él, el que decía que estaba guapa? Dándose cuenta de que varias mujeres lo miraban, descaradamente, admirando a un Robert impecable vestido con un traje de firma.

—Gracias —balbuceó llevándose la copa a los labios buscando una manera de serenarse.

—¡Ah, no! ¡Nada de alcohol! —Exclamó Robert quitándole la copa de entre las manos y bebiéndosela de un trago—, no vas a hacer lo que la última vez. No te lo voy a permitir.

La pretensión, en sus palabras, fueron las causantes de poner la cordura que faltaba. No estaba dispuesta a que ningún hombre volviese a decidir por ella.

¡Jamás!

—Tú no eres nadie para dejar de permitirme nada —lo enfrentó furiosa.

—No estés tan segura, tú y yo tenemos un asunto pendiente y es la noche perfecta para aclararlo, ¿no crees?

—¿A qué te refieres? —preguntó tratando de hacerse la disimulada, y sobre todo tratando de entender qué es lo que hacía él allí.

Robert no dudó en responder con gesto serio.

—A lo que dejamos sin terminar en el reservado de la discoteca... —le dijo avanzando un paso escrutándola con ojos de depredador—, a tu negativa a desayunar conmigo..., y por supuesto a tu huida repentina cuando me viste en tu trabajo.

Alexia retrocedió alarmada y miró a su alrededor para conseguir una escapatoria.

Buscó con desesperación a Estefany.

—¿Otra vez con el juegucito de escapar? Te lo advierto —dijo avanzando otro paso, acorralándola un poco más—, esta noche no lo vas a conseguir. Te tengo donde quería y, para que lo sepas, dependes de mí.

—¿Qué? —preguntó abriendo los ojos de par en par sin entender a lo que se estaba refiriendo.

—Estás en mi terreno. Yo mando.

—¡Ja! ¡Vete al cuerno!

Una Alexia bastante cabreada, ante la pretensión en sus palabras, se giró y terminó perdiéndose entre la gente que gustosamente empezaba a bailar.

Desde luego iba listo si creía que le obedecería tal cual corderito. En cuanto se diese cuenta de que era la secretaria personal, del señor Scot, saldría por patas de allí.

¡Vaya si lo haría!

Alexia era completamente ajena a lo que en realidad sucedía, puesto que a mitad de camino, de la pista de baile, de nuevo fue interceptada por un Robert que no se daba, ni se daría por vencido. La cogió de la mano, de forma segura, y actuó con la seguridad de tener todo el derecho del mundo.

Mostrando a las claras que desde luego que hablaba en serio.

—¿Qué haces? —soltó lanzándole una mirada asesina a la vez que intentaba sonreír a los que la miraban.

Por primera vez fue consciente del interés que ambos parecían levantar. Pero, ¿por qué?

—¡Suéltame de inmediato!

—¿Vas a montar una escena aquí? —Sonreía Robert, a su vez, sin que le hiciera falta disimular lo mucho que se estaba divirtiendo—, creo que es lo que menos te conviene.

¿Quién se creía aquel hombre?

—¡Uf! ¡Te odio! ¿Lo sabías? No sé quién te crees para presentarte aquí y avasallarme como lo estás haciendo.

—Tú empezaste el juego, ¿no te acuerdas? Si no hubieses huido tantas veces de mí, a día de hoy no estaría tan interesado en ti.

Alexia lo miró cabreada.

—No dices más que sandeces, ¿quieres apartarte de mi camino de una maldita vez? La gente nos está mirando.

—Es que somos la atracción de la noche, ¿todavía no te habías percatado de ello?

—¿Qué quieres decir? —le preguntó recordando que Estefany le dijo algo parecido.

—Todo a su debido tiempo, mi querida Alexia.

—Yo no soy tu querida Alexia, ¡no soy nada tuyo! —bramó apartándole la mano de un manotazo.

Se arrepintió en cuanto se percató de su reacción.

—Me sigues provocando y créeme que no es nada bueno. —Se burló.

Antes incluso de que se diera cuenta, un Robert seguro de sí mismo pasó el brazo por detrás de ella y la agarró de la cintura. A continuación cogió su mano, sin permiso, y la obligó a acercarse, comenzando a bailar al igual que hacían las demás parejas.

—¡Suéltame! —insistió de manera contundente.

Robert, simplemente, no la hizo ni caso.

—Así aprenderás a permanecer con la boca cerrada. ¡Atrévete a montar un numerito! —La desafió apretándola un poco más contra su cuerpo.

—Está bien —terminó cediendo. No tenía otra alternativa y volvió a darse cuenta de que las parejas de alrededor los seguían mirando de una forma un tanto especial—. Tú ganas, eso sí, solo de momento.

—Así me gusta, niña buena.

Alexia lo fulminó a través de la mirada.

—¿Qué te parece si aceptamos una tregua que dure el resto de la noche? —susurró Robert, sorprendiéndola antes de que la mano sobre su cintura empezara a moverla despacio. Acariciando su espalda en un intento sincero de hacer las paces para que aceptara la ansiada tregua—. Disfrutemos de la velada.

—¡Nunca! —contestó tozuda sin dar su brazo a torcer.

Se mostró todo lo segura y firme, que podía, a expensas de que se engañaba a sí misma puesto que muy bien sabía que la realidad era bien distinta.

La guerra interna en su cuerpo se manifestaba contra todos y cada uno de sus principios.

«¿Qué coño me pasa? Ni siquiera puedo pensar en lo que debería. Tenerlo tan cerca me nubla la razón» se reprendía haciéndose a la idea de lo difícil que le resultaba decirle que no.

Robert no dejó de mirarla a través de una mueca divertida. Daba la sensación de que leía su mente y adivinaba lo que pensaba, por ello, y sobre todo porque seguía empeñado en jugar con ella, deliberadamente, quiso ponerla al límite, preguntando:

—¿Nunca? —El muy canalla sabía a la perfección lo que se traía entre manos. Era un experto en cuanto a mujeres se refería, y bajó deliberadamente hasta su oído para provocarla. Actuaba en consecuencia y terminó susurrando de manera sensual, segurísimo a esas alturas de lo que despertaba en ella—: ¿Estás segura?

Un cosquilleo recorrió la espina dorsal de Alexia y alcanzó el lugar prohibido, lo que originó que tuviese que agarrarse a su hombro, para sujetarse, o se caería después de tropezar

torpemente con su pie de lo nerviosa que estaba.

—¿Sucede algo? —preguntó estrechando el cerco entre ambos.

—Creo...—titubeó una mujer superada por su cercanía. La alteraba de tal manera que no logró terminar la frase.

El estado de nerviosismo que la envolvía, era tal, que parecía como si el tiempo se hubiese parado, buscando una excusa que la terminara liberando de lo que era una auténtica tortura.

¡Aquellos maravillosos brazos!

—¿Sí? —insistió volviendo a susurrar cerca de su oído, sabía que casi la tenía.

Una vez más se volvió a equivocar.

—Necesito ir al baño. —Fue capaz de susurrar en un estado de auténtica derrota.

Se apartó y echó a correr delante de la atenta mirada de los allí presentes, golpeando el ego de Robert “una vez más” puesto que se volvió a creer vencedor.

Corrió y corrió, y una vez que se vio a salvo, dentro del baño, cerró la puerta tras de sí y tardó varios minutos en recuperar la calma.

Al final consiguió respirar más tranquila. Abrió el grifo, se mojó la nuca y poco a poco empezó a encontrarse mejor, reuniendo el coraje que le faltaba para infundirse unos ánimos que necesitaba.

Era de vital importancia salir de allí a toda prisa para que él no la descubriera.

Casualmente, cuando salía del baño, se cruzó de frente con la anfitriona de la casa.

La Señora Scot.

¡Vaya! Si quería marcharse debería hacerlo, sin dilación, antes de darle ninguna opción a que la encontrara...

—Hola, jovencita —la saludó con amabilidad.

—Buenas noches, señora Scot.

La esposa de su jefe todavía conservaba los rasgos característicos de una mujer, francamente guapa que desbordaba clase y educación en cada uno de los gestos bien medidos.

—Tenía ganas de conocerte —la tuteó mostrándose cercana—, Estefany me ha hablado mucho de ti.

—Espero que bien —dijo echando la vista atrás para averiguar en qué lugar la había visto antes.

—No hace falta que te conteste, siento adoración por ti.

—¡Anda, estáis aquí! —dijo una voz conocida a sus espaldas.

Una voz que hubiese preferido no escuchar nunca más...

¡Maldición!

Las dos mujeres vieron a Robert al mismo tiempo, solo que actuaron de una manera completamente diferente. Y es que, mientras una lo miraba desbordando un amor inmenso, la otra lo hacía desbordando un horror absoluto.

—Robert, cariño, no sabes lo que me alegro de que hayas venido —decía la mujer dejando a Alexia en un estado de verdadera estupefacción al ver a la dueña de la casa dejándose envolver entre los brazos masculinos.

Incluso pensó que no debían de tener vergüenza, ninguno de los dos, por mostrarse así delante de ella.

¿Es que también era un gigoló?

—Ya veo que os conocéis —afirmó Robert encantado sin dar ningún atisbo de malestar, añadiendo—: Ella es la mujer de la que te he hablado.

—Lo sé, querido, os he visto bailando.

Alexia miró a uno y a otro con los ojos desorbitados. No entendía el por qué habían hablado entre ellos sobre su persona... y de pronto se quedó atónita al escuchar cómo la advertía:

—Querida —le dijo la mujer del que era su jefe—, ten cuidado con él, siempre acostumbra a salirse con la suya.

Dicho lo cual, besó la mejilla del atractivo joven y se marchó de allí. Dejándolos solos.

—¿Estás bien? —le preguntó Robert al darse cuenta de que estaba desubicada tras lo que acababa de escuchar. Añadiendo de pronto—: ¿O quizás mi madre ha hablado más de la cuenta?

*¡¡Y ahí estaba la tercera sorpresa!! Dejándola de piedra.*

—¿Tú madre? —E instantáneamente la foto de su apartamento apareció de la nada en su cabeza—. Eso quiere decir...

¡Oh, Dios!

—Mi primer apellido es Scot, pero no suelo utilizarlo, es una forma de revelarme contra mi padre, y como es uno de los grandes inversores de la prensa importante casi nunca se habla de ello. Es un tema tabú si quieren seguir contando con su apoyo.

La chica se empezó a marear después de la magnitud de aquella revelación. Acababa de entender el verdadero significado de cada palabra que le decía.

¡Claro! Por eso sabía dónde la encontraría.

¡Estefany!

—Eres un cabrón —no pudo evitar decir sintiéndose engañada—, me has perseguido deliberadamente.

—Eh, eh, no te pases. Eres tú la que estás en mi casa.

—¡Pues quédate en tu maldita casa! —Gritó fuera de sí estallando—, déjame en paz de una vez por todas. Esto no es lo que necesito ahora, ¿es qué no te das cuenta? ¡Vete a jugar con otra!

El corazón de Alexia languidecía ante la trama urdida y, envuelta en un enfado monumental, trató de darse la vuelta. Debía marcharse de allí puesto que todo estaba dicho y de nada le servía el tormento y la seriedad en la cara de él a consecuencia de sus palabras... solo que al final, aunque lo intentó, no pudo hacerlo puesto que él no tardó en actuar en consecuencia, tal y como le dictaba algo en su interior, al tiempo que la envolvía entre unos brazos ávidos de su cuerpo.

Alexia sintió que desfallecía y le resultó imposible salir huyendo. Era estremecedor lo que sus brazos conseguían.

En ese instante, casi mágico, lo miró a su vez con una mirada asustada por lo que allí pudiese suceder...

—¿Y qué es lo que necesitas? —La desesperanza en su voz fue real y palpable. Parecía ofrecerse a lo que ella quisiera—. Quizás yo pueda dártelo.

El foganazo, de un flash, hizo que cerrasen los ojos a la par interrumpiendo aquel delicioso acercamiento entre ambos.

Un fotógrafo, de la prensa rosa, acababa de hacer una foto por la que pagarían una auténtica fortuna.

¡Los acababa de pillar in fraganti!

—¡Joder!

Robert la soltó con una rapidez sorprendente al percatarse de la situación. A continuación echó a correr, hacia el lugar desde el que les acababan de hacer la foto, y se encontró ante la

desagradable sorpresa de que estaba vacío ya que el paparazzi salía cagando leches.

Alexia se quedó allí plantada sin llegar a entender nada de nada, se veía envuelta en un halo de tristeza indescifrable y trataba de hacerse a la idea del terrible disparate que había estado a punto de cometer.

Sabía que lo único que aquello le podría traer era más sufrimiento.

—Dan me va a matar —se lamentaba Robert pasándose la mano por el pelo cabreado por no haber previsto lo que podría llegar a pasar.

En menudo lío se acababa de meter.

Volvió tras sus pasos y avanzó hacia el lugar en el que la dejó.

Allí se encontró a una Alexia que cada vez entendía menos qué es lo que hacía allí, por lo que dio media vuelta con la intención de alejarse. Quería irse a su casa. El único sitio en el que sabía que estaría a salvo de todo y de todos.

—¿Dónde te crees que vas?

Ella se giró mostrando un gesto derrotado.

—A mi mundo. Lo que me rodea... —decía levantando las manos refiriéndose a todo— es demasiado para mí. Aquí no pinto nada, tengo mucho que perder, Robert, demasiado, y no estoy dispuesta a que me hagan un daño mayor.

Robert quiso pensar con serenidad en cada palabra, y sobre todo quiso actuar en consecuencia. De ninguna manera quería hacer un daño que no se merecía, pero por más que quiso anteponerla, a lo que no debía, no pudo hacerlo. Le resultó imposible y eso que sabía, que de continuar con su empeño, la primera perjudicada sería ella precisamente... entonces, un Robert atormentado, experimentó la necesidad de sincerarse delante de aquella chica en concreto. Daba igual que no entendiera el porqué.

¿Acaso importaba?

—Por favor, no te vayas —suplicó abriéndose a ella por primera vez, dejando que el verdadero Robert hiciese acto de presencia—, no me dejes solo.

La súplica en su voz consiguió detenerla y se miraron el uno al otro durante un tiempo indeterminado, envueltos en la sensación de sujetarse mutuamente.

—Es una locura —susurró quedándose quieta.

—Lo sé.

—Tú y yo... Ni siquiera puede haber un tú y yo.

—Lo sé —afirmó Robert.

—¿Entonces?

—Déjate llevar, Alexia —dijo acercándose a ella—, es lo único que te pido.

—Me pides demasiado.

—No, no lo hago. —Cogió su cara entre sus manos, delicadamente, y le pasó las yemas de los dedos por el rostro, acariciándolo, deleitándose de cada nueva caricia mientras que ella intentaba respirar—. No sé cómo, pero me calmas, y para mí es suficiente.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé —contestó con sinceridad—. No quiero mentirte y no lo voy a hacer, debes saber que soy un hombre que no tiene novias.

—Entonces tú también has de saber que yo no soy mujer de una noche.

—Quizás sea un buen comienzo, ¿no crees? Anda, tomemos una copa. —Él continuaba afanado en convencerla y por ello su voz sonaba a auténtica súplica.

No quería que se marchara. No todavía.

Alexia sopesó bien las palabras que acababa de escuchar, y entonces se dejó llevar



pensando que no perdía nada.

Al menos hasta que se marchara de la fiesta.

—Acepto una tregua —terminó diciendo, derritiéndose debido a la sonrisa espectacular que le dedicaba en exclusiva, siendo capaz de añadir—: ... si tú aceptas una única condición.

—¿Cuál? —Quiso saber intrigado empeñado en no soltarla en ningún momento.

La miraba con paciencia. Sabía que seguía en sus manos.

—La tregua entre ambos durará solo esta noche. Tu mundo y el mío no tienen nada que ver así que me tomaré una copa contigo y después me marcharé a casa.

—Querrás decir te acompañaré a casa, ¿no? —contestó convencido sin aceptar lo que le pedía después de saber que no la dejaría marchar así como así.

—Me lo pensaré.

Por primera vez, en lo que iba de noche, una sonrisa sincera apareció en aquellos maravillosos labios que lo volvían loco. Parecía que no le importaba ir directa contra un muro de hormigón, dejándose llevar ante la necesidad de un poco de diversión después de las calamidades pasadas.

Tenía la seguridad de que aquel hombre, que seguía acariciando su cara en estado extasiado, era el candidato perfecto para ello.

¿Quién mejor que el hombre por el que suspiraban todas las mujeres?

Robert no tardó en extender la mano, a modo de invitación, y se limitó a esperar, prometiéndole lo mucho que se iban a divertir.

Naturalmente ella no le hizo esperar. Se cogió a ella y se limitó a seguirle.

¡La velada resultó maravillosa!

Parecían una cenicienta y su príncipe azul... Despertando la curiosidad de los allí presentes a la vez que bailaban sin parar.

Pasadas las tres de la madrugada, cuando terminó la fiesta, la acompañó a su apartamento comportándose en todo momento como un caballero.

Nada de provocarla, nada de ponerla nerviosa, y sobre todo nada de robar ningún beso que ella no estuviera dispuesta a dar.

Aparcó en doble fila y le dijo:

—Hacía mucho que no me lo pasaba tan bien.

—¡Mentiroso! —Rio divertida—, una fiesta formal, entre gente importante, en casa de un padre con el que al parecer no te llevas nada bien, ¿a quién tratas de engañar?

—Estoy hablando en serio. Todo lo que has dicho sobraba, ¡todo menos tú!

A Alexia se le borró la sonrisa de la cara debido a lo que significaban sus palabras. Se puso histérica ante el hecho de que parecía hablar en serio, dándose cuenta de la intensidad en cómo la miraba, robándole hasta el aliento, mientras era incapaz de sostener aquella mirada tan profunda.

No sabía actuar debido al miedo que le suponía volver a sufrir si se dejaba llevar.

Una condición a la que ella no estaba dispuesta, actuando sin dilación para terminar antes de que fuese demasiado tarde.

Llevó la mano a la palanca de la puerta y tiró de ella. Anhelaba respirar el aire frío para poder respirar, no se encontraba nada bien y la urgencia por marcharse se convirtió en evidente.

El cuento que vivió durante unas horas no era más que eso, un cuento.

¡¡¡Y los cuentos no existían!!!

—¡No, espera! —exclamó Robert con la necesidad de retenerla. Alargo el brazo para que

se quedase junto a él, pero en el último instante no lo hizo. Respetó su decisión y llevó la mano, de nuevo, a la altura del volante.

Lo apretó demasiado fuerte consiguiendo que sus nudillos emblanquecieran, permaneciendo quieto, e inescrutable, en una lucha interna consigo mismo.

Sabía que tenía todas las de perder.

—Lo siento, Robert, tengo que marcharme. —Fue lo que pudo decir antes de salir del lujoso vehículo aparentando una normalidad que distaba mucho de tener.

Se odió por no ser capaz de arriesgarse.

Cerró la puerta tras de sí y sacó la llave del bolso para abrir la puerta que la separaba de la tranquilidad. En ningún momento miró hacia atrás.

¡Huyendo otra vez!

Y claro, no tardó en escucharse el chirrido de los neumáticos del potente coche, girándose (ahora sí) y viéndole alejarse a toda prisa seguido de alguna que otra maniobra suicida.

«Es mejor así», pensaba, consciente de que el cuerpo entero se revelaba contra su cabeza.

«No puedo pasar a ser, simplemente, su siguiente trofeo».

Aunque, si era lo que pensaba, ¿por qué era tan desdichada?

En cuanto cruzó el umbral de su apartamento, la desolación, la tristeza y la soledad, hicieron mella en su dolorido corazón. Tanto que se pasó bastante rato llorando sin consuelo, y es que no entendía su forma de actuar si en verdad estaba convencida de que era lo mejor para ella.

Pasados unos segundos se desabrochó el vestido, terminó tirándolo contra el suelo, igual que los zapatos y fue hasta su habitación. Allí se dejó caer sobre la cama presa de un pánico absoluto.

Tenía la certeza de que no lo volvería a ver.

¿Quién en su sano juicio querría hacerlo después de salir corriendo, otra vez? Desde luego que Robert Brown no, e imaginó la dirección que habría tomado.

¿La de su apartamento... o la de aquella rubia tan despampanante?

¡El hecho de pensarlo le dolió demasiado!

Cerró los ojos y se hizo a la idea de que, con toda probabilidad, ya se hubiese olvidado de ella.

Pasando, eso sí, a ser la primera y única chica que le había dado calabazas.

La foto, a la mañana siguiente, aparecía en las portadas de varias revistas, sensacionalistas de la ciudad. Ocupaban todas las páginas además de titulares que decían así:

**Exclusiva:**

**El actor Robert Brownn pillado con la secretaria de su padre.**

Uno de los artículos, que ocupaba dos páginas a color, dejaba ver fotos de varias mujeres con las que había estado, y entre otras cosas decía:

**El actor Robert Brownn, hijo del multimillonario Richard Scot, pillado infraganti en la fiesta benéfica que tuvo lugar anoche en la fastuosa mansión familiar.**

**La afortunada joven, según fuentes presenciales, es Alexia Jammes Stuart, nada más y nada menos que la secretaria personal del señor Scot. Dichas fuentes mantienen que la velada para ambos jóvenes fue realmente gratificante, perdiéndose después entre las calles de la ciudad en dirección nadie sabe dónde.**

**¿Será esta foto la causante de la ruptura sentimental con su compañera de película, Pamela Anders? ¿O acaso es una estrategia de marketing? Todo es posible...**

Una Alexia ajena al revuelo, que dichas noticias habían generado, se levantó igual que un día cualquiera, sin que en ningún momento pudiese percatarse del cambio de rumbo que se iba a producir en su vida...

Después de darse una ducha se preparó el desayuno, mientras lo hacía puso todo el empeño en disfrutar de la mañana del sábado.

Había sido una noche muy larga, pero ahora tenía las cosas un poco más claras. Estaba dispuesta a no seguir sufriendo, y para lograrlo lo primero que debería hacer era no prestar atención a nada de lo sucedido en los días anteriores, olvidándose de que él hubiese existido. Todo había terminado incluso antes de que en realidad empezase. No existía Jack, no existía Mark, y por supuesto no existía Robert...

De pronto, el teléfono móvil fue el causante de interrumpir sus pensamientos haciendo que volviera a la realidad. Miró la pantalla, y aunque no conocía el número, de nada, lo cogió y se lo llevó a la oreja.

—¿Quién es? —preguntó distraída cogiendo la taza de los cereales para llevarlo a la cocina.

—¿No has salido a la calle, verdad?

La voz de Robert la pilló desprevenida, espabilándola a la vez que la dicha se apoderara de su ser.

—¿Qué pregunta es esa?

—Tú solo contéstame.

El tono de voz era de preocupación, ¿acaso había sucedido algo?

—No, no he salido, ¿qué pasa?

—Iré a buscarte. Estaré allí en quince minutos.

—¿Qué...?

La conversación se vio interrumpida puesto que él acababa de colgar y la acababa de dejar intrigada.

Quince minutos...

¡¡¡Él iría a buscarla en quince minutos!!!

A la carrera se acercó hasta el armario. Sacó un pantalón vaquero y un jersey de cuello vuelto, de color blanco, y se lo puso en un abrir y cerrar de ojos. Todavía no sabía qué era lo que sucedía, pero de una cosa estaba segura.

¡¡¡No le iba a hacer esperar!!!

Pasados diez minutos el teléfono móvil volvió a sonar. Volvía a ser él.

—Alexia, estoy en la manzana de al lado, baja ya —se limitó a decir.

—Creí que no querías volver a saber de mí.

—No es el momento para hablar, créeme, ya tendremos tiempo de hacerlo. En cuanto veas el coche no te detengas y sube de inmediato, ¿lo entiendes?

La gravedad en su voz la terminó asustando.

—Robert, dime lo que sucede.

—Ya lo verás.

Y volvió a cortar.

Una Alexia dubitativa, y con la sensación de que algo iba francamente mal, no se hizo de rogar. Se dirigió hasta el perchero para coger el bolso y se marchó del apartamento con el alma en vilo.

No hizo más que poner el pie, sobre la acera de la calle, y un aluvión de fotógrafos, cámaras y micrófonos, se abalanzaron sobre ella impidiendo que diese un paso, comenzando a bombardearla a preguntas.

—¿Es verdad que tienes una relación con Robert Brown?

—¿Tenéis una relación a tres bandas?

—¿Qué opina el señor Scot de que te hayas enrollado con su hijo?

—¿Y Pamela?

La sensación de ahogo, en una chica que no estaba nada acostumbrada a ese mundo, la dejó bloqueada, entrando en pánico embargada por la disparatada situación mientras que no lograba respirar debidamente. Incluso llegó a creer que no podría soportarlo y terminaría perdiendo el conocimiento...

Aquello era demasiado para una chica normal y fue incapaz de reaccionar de ninguna de las maneras. Se quedó paralizada durante un tiempo, que pareció eterno, a medida que intentaba continuar respirando.

Un simple hecho que le estaba costando una barbaridad.

—Alexia, ¿puedes contestar a las preguntas? —decía otro reportero metiéndole el micrófono casi por la boca sin consideración alguna.

Alexia miraba a unos y otros, aturdida, cuando de pronto, antes de que se desmayara, alguien fue a su encuentro, rescatándola con una mano segura y firme que la cogía con suavidad del brazo y tiraba de ella, haciéndose paso a través de aquel barullo entre palabras tranquilas.

—Lo siento, chicos, pero no habrá declaraciones —dijo un Robert aparentemente tranquilo, inmerso en mantener la calma y mirando por encima del hombro a la chica que quería proteger y

ocultar a partes iguales.

—Robert, Robert... —gritaban los reporteros.

Robert, sin prestar atención a lo que no fuera sacarla de allí, en el menor tiempo posible, continuó con su tarea de escoltarla hasta llegar al coche, protegiéndola todo lo que le era posible de los incansables reporteros que no paraban de hacer preguntas. Abrió la puerta del copiloto, una vez que llegó, y la ayudó a entrar, después le abrochó el cinturón puesto que no se daba cuenta de lo que estaba sucediendo.

La impresión que se acababa de llevar era demasiado fuerte como para que lo hiciera, permaneciendo ajena a lo que sucedía.

—Robert, ¿es una más o podría decirse que vas a sentar la cabeza?

—Ya os he dicho que no habrá declaraciones. Buenos días.

Se metió en el caro vehículo y cerró la puerta sin opción a que le hicieran ninguna pregunta más. A continuación salió de allí, a toda leche, y enfiló la calzada a demasiada velocidad.

Lo único que le importaba era llevarla a un lugar seguro para que se hiciera a la idea de lo que realmente había sucedido.

Quince minutos después llegaba hasta el garaje de su apartamento, en el que se encontró a salvo, lejos de los paparazzi.

¡Durante el trayecto no intercambiaron ni una sola palabra!

—Hemos llegado.

No hubo respuesta. Alexia continuaba absorta en sus pensamientos, procesando lo que había sucedido en el instante que pisó la calle.

Era francamente difícil de digerir.

—¡Vamos!

Como seguía sin reaccionar la terminó cogiendo de la mano y la llevó hasta el ascensor. Una vez dentro pulsó el último número.

—¿Estás bien? —La seguridad que le proporcionó el ascensor fue la suficiente para verse libre de actuar como él quería. Se acercó atormentado por la culpa, en un claro deseo de no asustarla más de lo que ya parecía estar, para terminar estrechándola entre los brazos preocupado.

Respiró aliviado al comprobar que no se oponía, y le hizo ver, a través de aquel cálido abrazo, que todo estaba bien y que desde luego él estaría allí para lo que necesitase.

—Ni siquiera lo sé. —Logró gimotear sobre su pecho.

—No te preocupes, esto pasará.

La puerta se abrió en el ático, lo que aprovechó para volver a cogerla de la mano y llevarla hasta el interior del enorme apartamento de dos plantas.

Allí se encontró con la sorpresa de que su amiga Sofia estaba junto a Dan. Este último parecía tener un enfado de mil demonios.

—¡Sofia!

La expresión de Alexia cambió, echó a correr y se dejó estrechar por aquellos brazos que tan bien la conocían echándose a llorar.

Nunca podría agradecerle, a aquel hombre, el detalle de que la hubiese llevado hasta allí. Le acababa de demostrar que le importaba su bienestar por encima de todo.

—¿Cómo estás?

—No lo sé.

—Sales en todos los canales, creo que te acabas de convertir en famosa.

—Por favor, dime que estoy soñando.

Todos miraron la televisión en ese instante y vieron las imágenes de la salida del

apartamento, de Alexia, en pantalla.

Imágenes grabadas hacía solo quince minutos.

—¡Joder! —gritó Dan dando un golpe sobre la mesa—, ¡te dije que no fueras!

—¿Y qué podía hacer? —gritó a su vez Robert.

—Yo me hubiese ocupado. Acabas de confirmar que no es un simple rollo y sabes muy bien que nos perjudicará.

Alexia miraba a uno y otro sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—No me importa.

—Pues debería —continuó levantando el tono de voz—. Has trabajado mucho para llegar hasta aquí. ¿Es que te has vuelto loco?

El timbre de la puerta sonó e interrumpió la discusión entre ambos. Dan, que era el que estaba más cerca de la puerta, fue el encargado de abrirla dando paso a una mujer a la que Alexia no hubiese tenido intención de volver a ver.

La miró perpleja.

—Que bien, ya estamos todos —dijo ofuscada.

La rubia la miró con burla y pasó de ella deliberadamente. Aprovechó para acercarse a Robert y le plantó un beso en la boca, pillándolo desprevenido.

—¿Qué haces? —Dijo fulminándola—, no estamos para tonterías.

—¿Ah, no? ¿Y me puedes explicar qué hace ella en la portada, entonces? —Sacó la revista del bolso y la puso frente a su cara— Te acabas de cargar toda la campaña por todavía no comprendo qué.

Lo último lo dijo asqueada, dejando bien claro a quién se refería.

—Está bien, sentémonos —intervino Dan para poner un poco de paz antes de que se descontrolaran.

—No hace falta —le interrumpió serio Robert—, acabemos de una vez. ¿Qué vamos a hacer?

Dan tomó la palabra.

—Creo que lo que acaba de suceder nos dará una crítica negativa y puede que bajen las ventas.

—No —intervino la rubia acercándose hasta el mueble de roble. Sacó una botella de whisky, y un vaso, dejando bien claro que conocía a la perfección el lugar—, ¿una copa?

Alexia echó humo al darse cuenta de que la pregunta iba dirigida a ella.

—No, gracias, —contestó de forma violenta sin morderse la lengua—. Por mí como si te la bebes toda.

Robert tuvo que reprimir la sonrisa que estuvo a punto de salirle, observando la disputa interior entre ambas mujeres.

—A tu salud —volvió a contraatacar la rubia—. Bien, como iba diciendo, no permitiremos que bajen las ventas, quizás incluso podamos sacar partido.

—Habla —la animó Dan.

—Es muy sencillo...

Llevó el vaso hasta los labios y se tomó de un trago el contenido.

—Robert se presenta en la fiesta de sus padres y, como nos hemos peleado, decide enrollarse con la secretaria para aprovechar y darle donde más le duele. No olvidemos que Richard es una persona demasiado influyente por lo que despertará muchísimo morbo y la publicidad será tan amplia que no nos importará la crítica negativa.

—Puede que tengas razón —asintió Dan.

Robert se cruzó de brazos y se dedicó a estar pendiente única y exclusivamente de la cara de Alexia, la cual parecía no dar crédito a lo que seguía escuchando. Se quedó callado para ver el transcurso de los acontecimientos a la vez que su mente trabajaba a toda velocidad.

—¡Claro que la tengo! —Se acercó de manera provocativa a Robert y se arrimó a su cuerpo—. Nos dejaremos ver en actitud cariñosa y zanjaremos cualquier tipo de rumor, ¡arreglado!

—Podemos intentarlo —continuó Dan—, haremos lo que haga falta para que la película triunfe fuera del país, y la mejor forma de hacerlo es vendiendo la relación entre los personajes una vez que ha terminado el rodaje. —Al darse cuenta de que él no había dicho ni una palabra le preguntó—: ¿Robert? ¿Hay algo que quieras decir?

—No, yo no —dijo sin inmutarse.

Apartó a Pamela a un lado, sin delicadeza alguna, convencido de lo que quería. Esta se quedó de piedra, con un cabreo de narices, en cuanto se dio cuenta de que el propósito suyo era apartarla para dirigirse a la otra. Muriéndose de la envidia hasta casi darle un ataque, mostrando a las claras los celos que la corrompían.

—¿Alexia? —preguntó Robert preocupado avanzando hacia el lugar en el que estaba.

Cogió su mano y la separó de los brazos de su amiga. La confusión y la incredulidad eran demasiado palpables.

Los allí presentes miraron a Alexia y esperaron no sabían muy bien qué.

Y Alexia, simplemente, estalló:

—¡Suéltame, maldito cabrón! —chilló llena de rabia apartándose—. ¿De qué va todo esto? ¿Acaso os creéis en una reunión de trabajo en la que decidís lo que conviene, o no? Es mi vida la que está en medio de esta vorágine, pero no importa, ¿verdad?

—Alexia...

—¿Quién te crees que eres humillándome de la forma en la que lo estás haciendo? —continuó fuera de sí sin poder dejar de chillar.

—Alexia... —volvió a repetir para calmarla.

Algo a lo que desde luego Alexia no estaba dispuesta.

—Me marcho, ahí os quedáis con lo que de verdad importa. ¡Las putas ventas!

Se dio la vuelta, como una exhalación, y lo hizo con el único propósito de marcharse de aquel maldito lugar, aunque no logró llegar a la puerta.

Robert no se lo permitió interponiéndose en medio.

—No vas a ir a ningún sitio —aseguró con una certeza abrumadora.

Los allí presentes miraban a uno y a otro expectantes.

—¡Impídemelo si puedes, maldito hijo de puta! —volvió a gritar perdiendo los nervios, comenzando a forcejear para que la soltara sin aguantar ningún contacto físico ni de ninguna otra manera con él.

Y un Robert, superado por las circunstancias, también terminó explotando. Era incapaz de verla sufrir, le dolía el alma por ser el único causante.

—¡Basta ya! —gritó fuera de sí cogiéndola con brusquedad del brazo. La llevó casi a rastras, hasta la altura del sillón y, una vez allí, la empujó advirtiéndola de que se quedara quietecita—. ¡Quédate ahí!

La orden fue clara y el tono también. Después se dirigió a los allí presentes.

—Os quiero a todos fuera.

Dan, y Pamela, analizaron lo que estaban viendo incrédulos.

—Vamos, Robert...

—¡Ahora! —el grito que salió de su garganta no daba lugar a ningún tipo de duda. Por si

acaso abrió la puerta y se quedó plantado hasta que los demás supieron que iba en serio. Viéndoles desaparecer uno a uno.

Después cerró, echando la puerta casi abajo del portazo que dio.

—Y ahora tú... —le dijo apuntándola cabreado con el dedo—, vas a escucharme.

Avanzó sin ocultar la expresión atormentada en sus ojos, y no hizo más que sentarse, a su lado, y verla levantarse con impotencia.

Se alejó de él todo lo que creyó oportuno.

—No pienso compartir sillón contigo —aclaró enfadada.

Cruzó la estancia, enfurruñada, y terminó sentada en el segundo escalón. Bien lejos de él, mirando el suelo distraída con unas ganas irrefrenables de sacarle de quicio.

Robert cogió aire, con paciencia, y mostró una calma que no tenía. Se pasó la mano por el pelo nervioso y soltó el aire que retenía en los pulmones poco a poco. Era de vital importancia que controlara la difícil situación.

—¿Por qué sigues comportándote como una cría?

Alexia levantó la cabeza y le dedicó una cínica sonrisa.

—¿Y tú? ¿Por qué te empeñas en destrozarme la vida?

—¿Es lo que piensas? —susurró en voz baja antes de quedarse callado durante bastante tiempo.

Procesaba el significado de tan crueles palabras, tanto que Alexia se preocupó al intuir la guerra interior que debía de estar provocando. La expresión en su cara hablaba por sí sola.

Lo que nunca imaginó fue lo que él dijo de pronto.

—Está bien —continuó, se levantó del sillón y se dirigió a la puerta abriéndola de par en par—. Si es lo que piensas, márchate de aquí.

—¿Qué? —preguntó atónita ante la invitación a que se marchara.

Se levantó de un salto y decidió terminar con aquella locura

—¿Para qué te has molestado en ir a buscarme si ibas a echarme a patadas?

—Si te he ido a buscar... —decía vencido mientras que Alexia cruzaba el salón, pasando por delante, sin molestarse en mirarle siquiera—, es porque me importas demasiado y todavía no sé el por qué.

Alexia salía apresurada del apartamento cuando él terminó de hablar. Se quedó parada en el descansillo, de espaldas, y no pudo alejarse del lugar en el que se encontraba.

Aquella confesión logró lo que parecía imposible, hacía tan solo un segundo, debido a lo que significaba.

«¿Realmente ha ido a buscarme porque le importo? ¡Vaya!»

Alexia supo que era el momento de dejar las cartas sobre la mesa, y para que eso sucediese, tendría que obviar el detalle de que su corazón latía a una velocidad de vértigo, afanándose en serenarse un poco.

Se mantuvo de espaldas con el fin de no perder la cabeza. Muy bien sabía la debilidad que tenía hacia él y, si lo miraba, lo terminaría haciendo.

Imploró porque le diera una respuesta y la convenciera de que en realidad le importaba, y en cambio no se estuviera limitando a satisfacer su ego masculino por las innumerables negativas de ella una y otra vez.

—Dame una sola razón que me haga saber que no estás jugando conmigo —suplicó emocionada, al borde de no poder contener aquellas traicioneras lágrimas que atenazaban su garganta.

—No la tengo —susurró un Robert serio— lo que sí te puedo decir es que quiero que te



quedes.

Ella se giró y se miraron a los ojos, diciéndose tantas cosas...

El encanto desapareció, con brusquedad, en cuanto la puerta del ascensor se abrió y dejó salir a un periodista que llevaba la cámara colgada del cuello dispuesto a hacerles una foto.

—¡Joder! ¿Es que ni siquiera sabéis respetar la propiedad privada?

Antes incluso de que le diera tiempo a tomar alguna fotografía, Robert actuó con una rapidez sorprendente. Alargó la mano y logró coger a Alexia para tirar de ella, entrando en la seguridad que le ofrecía su casa en un estado de completa furia.

Cerró con otro sonoro portazo, descontrolado por la rocambolesca situación, y dio paso a que necesitase, con verdadera desesperación, algo a lo que sujetarse emocionalmente hablando...

Entonces siguió los deseos de su cuerpo y supo de manera exacta lo que quería, desoyendo cualquier atisbo de prudencia incapaz de pensar en las consecuencias. Fue cuando sin soltarla, de una forma un tanto brusca, la terminó empujando contra la puerta, acorralándola entre su cuerpo excitado para bajar hasta aquellos labios que lo volvían loco.

No pudo contenerse ni un segundo más y se apoderó de ellos de una forma salvaje.

¡La necesitaba con desesperación!

—¡Oh, Alexia! —exclamó lleno de un deseo que lo devoraba por dentro, besándola descontrolado porque lo volvía loco.

Alexia se mareó ante el beso tan desesperado que le estaba dando. ¿Qué hizo entonces? Muy sencillo. Se sujetó a su ancha espalda y le correspondió de la misma manera, desesperada y urgente, a medida que escuchaba, por boca de él, un gemido de placer a consecuencia de buscar su lengua con ansia. Entrelazándola a su vez y entregándose el uno al otro, envueltos en un hambre insaciable que convirtió aquel beso en un arrebato desesperado por calmar el abrasador calor que también sentía en cada una de las partes de su cuerpo.

¡Lo deseaba con la misma intensidad que él!

—Alexia, Alexia —decía experimentando el placer que le proporcionaba pronunciar su nombre una y otra vez—. ¡Joder! ¿Qué me estás haciendo?

Una Alexia decidida, a darle cuanto le pidiera, no pudo contestarle, lo que él aprovechó para tirar de manera impaciente hasta llevarla al otro lado del apartamento. Allí cayeron sobre el sillón, cogió sus manos y las levantó por encima de la cabeza, dejando todo el cuerpo a su entera disposición debajo de la terrible erección que ansiaba agónicamente por liberarse.

—¡Por Dios! ¡No sabes lo que he deseado tenerte así!

Alexia no podía dejar de mirarle, estaba embriagada y le dejaba hacer lo que le viniera en gana siempre y cuando no dejase de tocarla.

—Estate quieta, ¿vale?

No le entendió, aun así obedeció, disfrutaba de verle tan sumamente sexy y excitado, así que las dejó estiradas incluso después de liberar sus manos.

Haría lo que le pidiese.

—Así me gusta, preciosa —dijo desbordado de placer.

Bajó las suyas con avidez hasta el jersey y lo levantó, sacándolo por su cabeza para dejarla solo con el sujetador en la parte de arriba. Maravillándose de aquel espectacular cuerpo y tirando la prenda sin ningún miramiento.

—Te necesito, Alexia, ninguna mujer me ha hecho sufrir nunca como lo has hecho tú, —confesaba dolido desabrochando el botón del pantalón, procediendo igual que antes para dejarla en ropa interior. Por fin sería suya y se le escapó un gruñido hondo—. ¡Joder, Alexia! Qué bella eres.

Llevó las manos expertas hasta el sujetador y lo bajó despacio, lo suficiente para dejar que sus pechos quedaran a su entera disposición. Se alegró las vistas antes de bajar y comenzar a acariciarlos a través de las yemas de los dedos. Extasiándose al comprobar cómo los pezones reaccionaban a la primera caricia dispuestos a él, disfrutando de la cara de excitación, mientras que los jadeos de Alexia por cada nueva caricia la hacían pedir más.

La excitación llevaba, a límites insospechados, a un hombre bastante particular... y que hasta el día de hoy se había limitado a practicar sexo sin emoción de ningún tipo.

¡Pretendiendo, únicamente, saciar su cuerpo!

—¿Quieres más, pequeña? —Ronroneaba satisfecho, notando la palpitación urgente de su entrepierna—. Veo tu cuerpo impaciente y me gusta que también me lo digas.

A Alexia le brillaban los ojos de una manera especial. Unos ojos que transmitían lo mucho que lo deseaba y le hacía partícipe de lo que él ya sabía.

¡Ella no era igual que las demás!

Por un delicioso instante, Alexia imploró que algún día, todo su ser, le terminara perteneciendo.

¡Le necesitaba tanto que dolía!

—Robert... —suplicó haciéndole ver que no se equivocaba—. Quiero más. No sabes lo que...

Ni siquiera terminó de hablar al sentir la boca de él sobre sus pechos, perdiéndose entre los besos húmedos que le daba, deseando morir, de placer, debido a lo que esa boca, y sobre todo esa lengua, la hacían sentir causando verdaderos estragos.

Tuvo que agarrarse a su cintura.

—Vas a ser mía, Alexia —aseguró un Robert perturbadoramente sexy hablando mediante susurros, bajando muy despacio en dirección al interior de sus muslos en lo que acabó siendo un gesto provocador—, ya no hay marcha atrás y te voy a follar. ¡Vaya si voy a hacerlo!

Inoportunamente, el sonido de un móvil a lo lejos, se empezó a oír. Un móvil que seguía escuchándose, ajeno a lo que ocurría entre ellos, dentro del bolsillo del pantalón de Alexia tirado contra el suelo de cualquier manera.

«¡¡Me cago en la hostia!! No puede ser, ¿es qué absolutamente nadie nos va a dejar follar en paz?»

Y como el móvil sonaba y sonaba, la cara de Alexia giró buscando el puñetero teléfono, el cual logró apartarla de las maravillosas sensaciones que le producía cada una de sus sugerentes atenciones.

Se maldijo por la enorme impotencia que la embargaba. ¿Y si había sucedido algo importante?

—No —ordenó Robert incrédulo al notar que lo quería apartar—, ¡ahora no! —Y volvió a apoderarse de su boca exigiendo, olvidándose de todo menos de ella.

Pero el tono insistente no paraba.

—Debo cogerlo —consiguió decir apartándose de los labios que la volvían loca.

—¡No! —Volvió a negar sujetándola con fuerza al darse cuenta de que pretendía escabullirse—. Por lo que más quieras, Alexia, ¡no puedes dejarme así! —suplicó intentando persuadirla.

—Lo siento, debo hacerlo.

Bajó los brazos y los puso sobre su pecho para empujarlo. Él la fulminó con la mirada.

—¡Joder! —Exclamó Robert apartándose a un lado—. ¡Ya casi te tenía...!

Ella rio al escucharle. Se bajó el sujetador y, sin molestarse en cubrir su cuerpo, casi

desnudo, comenzó a caminar hasta dar con el condenado móvil.

Lo sacó del bolsillo, miró la pantalla, y el color de su cara desapareció en cuanto se percató de la persona que la llamaba.

—¡Oh, no!

—¿Ocurre algo?

—Es mi madre, debe de haber visto la revista. —Fue lo que pudo decir, después pulsó el botón verde—, hola, mamá.

—.....

—Mamá, déjame.....

—.....

—Mamá, sé lo que hago. Es solo una foto en una cena benéfica sacada de contexto. No es nada.

—.....

Robert dio media vuelta, enfurruñado, y supo que de momento no podría hacer otra cosa que esperar. Se dirigió hasta el mueble y se llenó un vaso de whisky, vertiendo una ración bastante considerable en una necesidad de tranquilizar un poco aquel cuerpo que parecía estallar de frustración. Después permaneció atento a la conversación y lamentó no poder escuchar a la otra parte.

Lo que daría por ello...

—¡Mamá! —Decía en ese momento alzando la voz—, no vayas por ahí. Ya no estoy con Jack.

En cuanto escuchó el nombre de Jack no pudo evitar ponerse en estado de alerta.

¿Quién demonios sería Jack?

—Sé lo que me hago, tengo veinticuatro años y quiero disfrutar. Ahora mismo no puedo hablar contigo.

—.....

—Sí, estoy con él. Y para que lo sepas voy a seguir estándolo. —Bajó el tono para que no pudiera escucharla y añadió—: Al menos él no me pone los cuernos con otro.

Un Robert estupefacto, por lo que acababa de escuchar, porque sí que lo había hecho, bebió el whisky de un trago.

—.....

—Exactamente es lo que hizo. Y ahora tengo el derecho a equivocarme. Voy a colgar, mamá.

—.....

—Mañana te llamaré. Solo quiero que sepas que estoy bien, ¿vale?

—.....

—Adiós, mamá.

Robert se quedó mirándola, a medida que ésta pulsaba el botón rojo, para terminar tirando el móvil estampándolo contra el sofá.

—¡Vaya! Espero que nunca me trates así.

—Cada vez que hablo con ella termina sacándome de quicio.

—Me alegro.

—¿Qué? —preguntó enfadada.

—Así sabes cómo me siento cuando tú lo haces conmigo, porque... ¿Cómo te crees que me acabas de dejar? —Se sirvió otro whisky y la apuntó amenazándola de una forma escrutadora, añadiendo—: Tú señorita sigues jugando con fuego y yo ya no estoy para según qué tipo de juegucitos. Deberías saberlo antes de dejarme con la miel en los labios. La próxima vez no te

escaparás tan fácilmente, ¿me oyes?

Alexia abrió la boca y la volvió a cerrar. Él parecía divertirse, de lo lindo, a la vez que se acercaba sin ocultar el brillo en unos ojos que lo decían todo.

¡Absolutamente todo!

Antes incluso de poder hincarle el diente, otra vez, el teléfono volvió a sonar, a lo que él respondió cerrando los ojos superado por las interrupciones.

—No me lo puedo creer. Haz el favor de apagar el móvil o terminaré por estamparlo yo mismo.

—Es Vero.

—No me importa quién sea. La noticia ya ha corrido por todos los sitios y no estoy dispuesto a que te pases el día hablando. ¡Apágalo ya!

—¿Es una orden? —terminó provocándole.

—Llámallo como tú quieras, pero, ¡apaga el puto teléfono de una vez! —dijo a voz en grito acordándose del nombre que acababa de escuchar a través de sus labios. Quería saber de quién coño se trataba. La incertidumbre le resultaba incomprendible por lo que preguntó, no de muy buenas maneras—: ¿Quién demonios es Jack?

—Eso a ti no te importa —contestó igual que él de malas maneras con la determinación de poner un muro entre ellos para que aquel tema no saliera a la luz.

Aprovechó la interrupción y se agachó en busca de la ropa tirada.

—¿Qué haces?

—Vestirme. ¿No lo ves? —respondió ante la confusión de él. Dándole a entender que de intimidad de momento nada de nada—. Además, la conversación de antes entre mi madre y yo era privada.

—¡De eso nada! —Dejó el vaso sobre la mesa y de dos zancadas se plantó delante, con la determinación de querer saber— ¡Dímelo!

La mirada azul del cielo la hizo perderse y se apoderó de su ser, tanto fue así que terminó confesando:

—Era mi novio.

—¿Y te puso los cuernos con otro hombre? —preguntó incrédulo debido a tal disparate.

Alexia se limitó a asentir muriéndose de la vergüenza.

—¿Cuánto hace que pasó? —quiso saber de repente.

Ella intentó escabullirse.

—No quiero hablar de ello.

—¿Cuánto hace? —insistió siguiendo una corazonada.

—Menos de un mes —terminó admitiendo inmersa en una tristeza demasiado real.

Ahora esperaba que no se burlara de ella.

—No sabe lo que se ha perdido —susurró cerca de sus labios acariciando su cara para borrar las calamidades que con toda probabilidad tuvo que soportar. La terrible humillación, que debió de sufrir, debió de ser infernal y él quiso consolarla como sabía—. Ahora lo entiendo.

—¿El qué?

—Tu comportamiento y sobre todo tus intentos de huida.

Alexia volvió a bajar la mirada incapaz de hablarle.

—Ese hijo de puta te hizo mucho daño, ¿verdad?

—Por favor, no sigas —suplicó mediante un hilo de voz apenas audible.

—¿Todavía le quieres? —le preguntó serio consciente de que aquel parecía ser un tema tabú. Presionándola con deliberación.

¡Y es que quería saber la respuesta a esa pregunta en concreto!

A Alexia, entonces, no pareció importarle que le viera la cara anegada en lágrimas. Levantó la cara y dejó que viera la amargura que llevaba oculta en su interior. Una respuesta que desde luego Robert no se esperaba, sintiéndose un auténtico cabrón.

—Lo siento, lo siento, nena. —Se disculpó atormentado manteniendo las distancias. No sabía qué es lo que ella querría que hiciese—, perdóname, si tú no quieres no hablaremos de ello, ¿vale?

Ella se limitó a asentir, y antes de que pudiera decir o hacer nada más el teléfono, ahora el de él, empezó a sonar.

Un Robert saturado tomó una decisión determinante.

—Marchémonos de aquí.

—¿Qué? —preguntó sorprendida.

—Si no es el teléfono será el timbre, y sino los periodistas. No nos van a dejar tranquilos, así que marchémonos. —Mientras decía esto se acercó lo suficiente y se atrevió a limpiarle las lágrimas— ¿Qué te parece si pasas el fin de semana conmigo?

Tras formular la pregunta supo que de momento ella no estaba pensando en lo que le había hecho estar triste, alegrándose porque:

¡No soportaba verla llorar!

—¿Qué me dices? Te estoy haciendo una invitación en toda regla.

Alexia escuchaba lo que le ofrecía y supo que debería tomar una decisión. Una decisión trascendental en cuanto se refería al tipo de vida que quería en ese mismo instante. ¿Alejarse de la persona que a todas luces tenía las papeletas de provocarle daño, o por el contrario arriesgarse? Ella muy bien sabía lo que le supuso la traición de Jack, pero...

¿No iba a dejar que nadie se arrimase a ella por el miedo de volver a sufrir? ¿Qué tipo de vida llevaría?

Lo tuvo claro. Sonrió, y antes incluso de contestar, supo que volvería a dejarse llevar por lo que pedía a gritos su condenado cuerpo. Un cuerpo que por supuesto empezaba a depender de él de una manera exclusiva.

¡Esta vez sin condiciones!

—Me gusta la idea —confesó ruborizada.

—¿Estás segura? —Trató de meterse dentro de su cabeza—. Debes saber que soy lo más parecido a un lobo en mitad de un rebaño de ovejas.

—Y tú has de saber que estoy dispuesta a correr el riesgo. —Se sinceró— Quiero seguir sintiendo. Justo lo que hago cuando te tengo cerca.

—Intentaré que no te arrepientas. —Fue lo único que pudo prometerle sin saber ni él mismo lo que estaba dispuesto a hacer—. ¡Espera! Cogeré las llaves de otro coche.

—¿Otro coche? —Preguntó una sorprendida joven—. ¿Cuántos tienes?

—Unos pocos —contestó encogiéndose de hombros—, es lo que tiene poder tener lo que deseas.

—¿Todo?

—Hasta que te conocí, sí —admitió penetrándola con una mirada devastadora que hizo que se quedase sin aliento—. Y espero que lo pueda seguir haciendo.

Desde luego que lo que acababa de decir no dejaba una mínima duda a lo que se refería y, un escalofrío de placer la recorrió.

Tenía la certeza de lo que acabaría sucediendo entre ellos.

Aquel instante mágico fue interrumpido, intencionadamente, por la pregunta que Robert hizo

a continuación. Una pregunta que sería la causante de que todo pudiese cambiar entre ellos:

—¿Vienes? —Preguntó tendiéndole la mano en un último intento de hacerla recapacitar antes de que fuese tarde—. Tienes que estar segura porque no voy a dejar que vuelvas a escapar.

Alexia no tardó en contestar.

—No quiero volver a escapar, no de momento.

—No me vale. No habrá vuelta atrás con lo que ello conlleva.

Alexia lo miró extrañada.

—¿No decías que no eras hombre de novias?

—Y no lo soy.

—¿Entonces?

—Entonces nada, habrá que esperar a ver qué es lo que pasa... siempre que tú lo quieras así, claro —dejó que fuese ella la que decidiese la última baza.

Y Alexia estaba más que dispuesta a esperar el tiempo que fuese necesario, así que alargó el brazo y cogió su mano. Ojalá supiese lo que estaba haciendo.

—¡Vámonos!

Si aquello salía mal ya tendría tiempo de arrepentirse.

El cuento continuó desde que salieron del garaje, subidos en un todoterreno, que llevaba los cristales tintados, para despistar a la prensa, hasta llegar al aeropuerto. El lugar donde el avión privado de él permanecía en una de las pistas listo para emprender el vuelo.

En todo ese tiempo la sorpresa formó parte del plan ideado por el atractivo y sexy Robert, y es que, a pesar de la insistencia de Alexia, no soltó una palabra acerca del paradero al que se dirigían.

¡Cuando el avión despegó eran las doce del mediodía!

Alexia se recostó en uno de los cómodos asientos y se esforzó en tranquilizar los nervios que llevaba por dentro debido a las innumerables sorpresas que le estaba deparando su nueva vida, mientras, lo observaba embelesada, además de un tanto desilusionada, porque él no hacía más que hablar por el móvil todo el tiempo. Organizaba, aclaraba y ponía orden, afanado en centrarse, para apagarlo, una vez que estuvieran en el destino fijado.

Algo que ansiaba puesto que tenía desatendida a su chica.

La voz del piloto, una hora después, despejó la incertidumbre de la joven:

—Sobrevolamos la ciudad de Aspen con una temperatura exterior de  $-5^{\circ}$ . Por favor poneros los cinturones. Comienzo maniobra de descenso.

Alexia sintió un vuelco en la tripa al saber el destino en el que estaban.

¿Aspen? Ella nunca había estado en Aspen.

—Sí, Dan —conversaba por el móvil sin apartar sus ojos de los de ella ahora que ya sabía dónde se encontraban, dirigiéndole una encantadora sonrisa—, acabamos de llegar, Jacob está aterrizando. Mañana te llamaré.

Feliz de poder hacerlo, tras más de una hora, colgó el teléfono y pulsó el botón de apagado.

—Por fin.

—¿Qué haces? —preguntó divertida observando cómo se quitaba el cinturón en pleno descenso para acercarse a ella—. Es peligroso.

—¡Tú sí que eres peligrosa! —Bajó hasta sus labios y la besó, dejándola sin aliento en lo que se acababa de convertir en una recompensa por el poco caso que le había podido hacer durante el vuelo—. Todavía no me puedo creer que te tenga aquí, en el sitio en el que no tendrás escapatoria.

—No me tientes.

Las ruedas del avión tocaron tierra firme en lo que fue un aterrizaje perfecto.

—Espera aquí.

—¿Dónde vas?

—A por un abrigo para ti. Ahí fuera hace muchísimo frío y tu ropa no es la más indicada en esta parte del país. —La informó acercándose a su boca despacio—: Ni siquiera te voy a dar la oportunidad de que te puedas poner enferma. Tal y como te dije no te dejaré escapar ni una vez más —dicho esto se alejó.

La puerta del avión se abrió y desde abajo, una mujer de unos cincuenta años, subió por las escalerillas. Llevaba en las manos un abrigo y unas botas de pelo que le entregó a Robert. Después se dio la vuelta y, sin entrar dentro del habitáculo en el que ella estaba, se marchó.

—Veo que has pensado hasta en el mínimo detalle —le dijo sonriente cogiendo de sus manos lo que se suponía un regalo. Se lo puso, bajo su atenta mirada, y lo acompañó.

Un vehículo deportivo, de la marca mercedes, los estaba esperando a pie de pista, y Alexia, anonadada por lo que estaba viviendo, se subió en el flamante vehículo mostrando una cara radiante.

Parecía la chica más afortunada del planeta.

—¿Lista?

—¿Para qué?

—Ya lo verás —contestó sonriendo.

El camino en carretera duró casi una hora, pero a la chica se le hizo corto y admiró, extasiada, la imagen de las montañas nevadas. Era algo espectacular.

Cuando Robert paró el coche lo hizo en uno de los lugares más bonitos que ella nunca hubiese visto antes. Justo debajo de las emblemáticas montañas en la que los ricos y poderosos acudían para esquiar.

—Me encanta el sitio —le aclaró Robert quitando las llaves del contacto—, es uno de los pocos lugares en los que puedo estar casi a mi aire.

—Debe ser duro no poder tener una vida normal.

—Acabas acostumbrándote. Además, las ventajas son muy grandes como para pensar en ello.

Ella miró todo cuanto la rodeaba.

—¿Dónde nos alojaremos?

—En mi casa, ¿dónde si no?

—¿Tienes aquí una casa?! —preguntó atónita.

—Fue mi regalo de cumpleaños hace cinco.

—No me lo puedo creer.

Aquel hombre parecía tenerlo absolutamente todo.

—Yo tampoco, lo que hace el querer que ocupe su puesto —respondió encogiéndose de hombros.

Por supuesto que ella no pudo dejarlo ahí.

—¿A qué te refieres?

—A tu jefe —aclaró—. Intenta chantajearme, de vez en cuando, con la intención de que siente la cabeza de una vez por todas y me ocupe de lo que para él es lo único que importa. Su empresa.

Alexia no preguntó nada más. Era pronto para indagar en lo que de momento no era cosa suya. Cuando quisiera, y estuviese listo, no tenía duda de que terminaría sincerándose.

—¿Tienes hambre? Hay un magnífico restaurante aquí a la vuelta en el que hacen una carne de buey a la piedra que te quita el sentido.

—Me encanta la carne.

Salieron del coche y debido al frío corrieron hasta estar dentro del restaurante. Una vez acomodados pidieron un buen vino tinto para acompañar la deliciosa y jugosa carne.

—¡Robert! —Logró decir. Estaba anonadada por cuanto veía al entrar en la casa de madera—. ¡Es preciosa!

La sensación que tuvo fue tan acogedora como la de encontrarse en casa. Miró todo lo que le alcanzaba la vista y le resultó espectacular, notando sobre sus mejillas congeladas la temperatura que desprendía la cálida y confortable chimenea.

—¿Puedo echar un vistazo?



Robert se limitó a asentir y se apoyó en la pared cruzado de brazos.

La casa no era muy espaciosa, parecía ser la típica construcción para un soltero decorada en estilo rústico, dándole un toque señorial

Cada detalle estaba hecho con un gusto exquisito.

Un salón y una pequeña cocina tipo americana. Un baño de ensueño con una espléndida bañera redonda. Un dormitorio con dosel sobre una cama de dos metros de ancho... Todo cuanto la rodeaba la hacía seguir creyendo que estaba en un sueño. Un magnífico sueño del que despertó tras escuchar a alguien llamar a la puerta, reconociendo a la mujer del aeropuerto, que llevaba una bolsa de ropa en la mano.

—Alexia, esta es Mary, la persona que hace posible lo que estás viendo.

—Hola, Alexia —saludó cordial acercándose y besándola en la mejilla. Mostraba una gran alegría porque no estaba acostumbrada a que le presentara a ninguna mujer—, espero que te guste lo que te he traído. Cada vez me avisa con menos tiempo.

Alexia no entendió a lo que se estaba refiriendo y vio que Robert parecía ponerse serio por lo que acababa de decir.

—Si necesitamos algo ya te lo haremos saber, ¿vale?

Mary, captando la indirecta, se marchó.

—¿A qué se refería?

—A lo que te ha traído en esa bolsa, —añadió quitándole importancia, diciendo a modo de explicación—: El viaje ha sido tan improvisado que he pensado que quizás necesites un par de cosas.

Alexia se acercó un poco inquieta hasta la bolsa y sacó el contenido, un vacío demasiado grande se acopló en su interior.

Dentro había, perfectamente etiquetado: un pantalón de pana en color beige, un jersey de cuello vuelto, ropa interior, un neceser...y un camisón rojo corto transparente a juego con el tanga.

—¿Qué es esto? —preguntó enfadada.

—Solo es por si lo necesitas —aclaró titubeante sabiendo que acababa de meter la pata hasta el fondo.

—Te dije que no era mujer de una noche y tú vas y pides que me compren... ¿esto? Creo que te has equivocado de persona.

—Vamos, Alexia, has sido tú quien ha querido venir. No vengas ahora con el cuento de que no sabías para qué.

—Tienes razón —admitía mientras que tiraba el camisón contra el suelo, bien lejos de ella—, pero me acabas de demostrar que solo soy una más permitiendo que tu empleada me comprara ¡eso! Y siento decirte que no estoy dispuesta a serlo. Prefiero no ser nada a convertirme en un simple trofeo, porque es lo que soy, ¿no?

Robert supo que tenía razón en estar cabreada y quiso desenredar aquel malentendido.

—Ya lo entiendo, —continuó en tono mordaz—. Depende de lo que te resistas pasas a ser un trofeo u otro. Y yo para ti debo ser uno bastante excitante, ¿no es cierto? Cualquiera otra ya hubiese terminado en tu cama.

—¡Nunca te he mentado! —se defendió—. Te dije que el hecho de que me plantaras tantas veces hizo que me sintiera terriblemente atraído hacia ti, ¿a qué viene esto?

—No me lo puedo creer. ¡Me acabas de tratar como si fuese una puta!, —alzó la voz enfadada y desilusionada. Cogió el abrigo, que se acababa de quitar, y se dirigió a la puerta—. Puedo ser muchas cosas, pero desde luego que te has equivocado si por un momento has llegado a pensar que te iba a consentir que alguien me comprara ropa para ti.

—¿A dónde vas?

—Necesito dar un paseo. Quiero estar sola —fue cuanto dijo dirigiéndose a la salida.

Cerró la puerta tras de sí y dejó a un Robert desconcertado en mitad del salón sin saber qué hacer.

¿Ir tras ella o por el contrario no atosigarla?

Lo pensó mucho y se decantó por dejarla tranquila. Sabía que no podría marcharse a ningún lugar y aquel detalle le hizo suspirar aliviado, ahora lo importante era averiguar la mejor forma de arreglar aquella primera pelea que acababa de dar al traste con lo que se suponía sería un fascinante fin de semana.

Se sentó frente a la chimenea y se quedó allí. Limitándose a mirar las llamas y esperando a que regresara.

Comenzaba a oscurecer cuando una Alexia abatida entraba en la acogedora cabaña superada por las emociones que se debatían en su interior.

Robert se levantó y corrió a su encuentro.

—¿Dónde has estado? —el tono en la voz demostraba lo enfadado que estaba—. Has estado por ahí casi cuatro horas. ¡Estaba muy preocupado!

—Lo siento —murmuró en voz baja—, he estado paseando y después me he tomado un café y un sándwich.

—Podrías haberme llamado —le reprochó—, porque yo lo he hecho de manera insistente durante las cuatro horas.

—Lo siento —volvió a repetir a través de un murmullo—, necesitaba alejarme un rato.

—Está bien —dijo calmado ahora que sabía que no le había sucedido nada, pudiendo dejar de atormentarse.

—Robert.

—¿Sí?

—Quiero volver a casa.

—No es posible —contestó decepcionado por su petición— una tormenta de nieve se acerca y han cerrado el aeropuerto. Hasta mañana no lo volverán a abrir.

Ella contestó mediante un resoplido. Lo que menos le apetecía era pasar la noche allí.

—No te preocupes, el sillón se hace cama —aclaró con una furia interior que lo estaba consumiendo—. No harás nada que no quieras hacer, ni siquiera estar cerca de mí, y puedes quedarte tranquila porque además te lo voy a poner realmente fácil.

Esta vez fue él el que cogió el abrigo del perchero.

—Aquí en la esquina hay una discoteca y necesito un trago. Buenas noches —dijo ante la mirada incrédula de ella.

Salió de la cabaña y cerró tras de sí.

Justo lo mismo que hiciera ella hacía unas horas. ¡Terminando de arreglar la noche!

Eran las dos de la madrugada cuando, después de dar vueltas y más vueltas, sobre el sillón, pues ni muerta dormiría en su cama, se levantó de malos modos. Tenía la absoluta certeza de que no podría dormir.

Miró el reconfortante salón, presa de una inquietud desoladora, y admitió que no podía hacer otra cosa que pensar en él... y en lo que estaría haciendo. Se dio por vencida y se maldijo, a

sí misma, por permitir que hubiese entrado en su vida poniéndola patas arriba, cuando muy bien sabía que todo aquello era una auténtica locura.

¿Cómo era posible que fuese tan ingenua?

Tomó una decisión y se vistió a toda prisa. Iría a esa maldita discoteca y también se divertiría, vaya si lo iba a hacer, se auto convenció aprovechando la oportunidad de estar en un lugar tan privilegiado, pensando única y exclusivamente en divertirse.

A continuación salió por la puerta.

Pasados diez minutos entraba en la discoteca. Parecía una mujer segura de sí misma y avanzó con paso firme, levantando el mentón para mostrarse lo tranquila que podía. Echó un vistazo a su alrededor y observó a aquella gente en un intento de dar con él.

¡Lo que resultó nada difícil!

Lo que desde luego no pudo prever fue la forma en que se lo iba a encontrar, despertando unos celos que no tardaron en apoderarse de su persona al verle sentado, frente a la barra, rodeado de varias mujeres a su alrededor peleándose por llamar su atención.

«¿Es que no descansa nunca?» Se preguntó incapaz de soportar la imagen que tenía frente a sus narices, acercándose envuelta en un cabreo de mil demonios.

De momento se olvidó, de lo de divertirse, y se afanó en el deseo imperioso e irracional de aguarles la fiesta.

Robert no tardó en verla y se dio cuenta, por el rictus y la actitud de su cara, que todavía estaba bastante cabreada. Un hecho que le hizo recordar el plantón que le había dado esa misma tarde, dejándolo preocupado durante bastantes horas, obligándole a lo que no quería.

Alejarse de ella.

Decidió castigarla por lo que le estaba haciendo sufrir, sobre todo a su dolorido cuerpo, y actuó en consecuencia. La mejor forma de hacerlo sería ignorarla. Entonces cogió a la morena que tenía a su lado, y la arrimó cuanto pudo sin que le quitara los ojos de encima.

Se dio cuenta de que el cabreo iba en aumento.

Alexia perdió la cabeza en cuanto vio su reacción y entendió, demasiado tarde, que estaba en sus manos.

No soportaba la idea de compartirlo con nadie.

—¿No vas a invitarme a una copa? —le preguntó histérica. Interponiéndose entre las demás chicas.

—Tómame las que quieras, nosotros ya nos íbamos, ¿verdad, preciosa?

La morena no daba crédito a lo que acababa de escuchar, su suerte acababa de cambiar.

—Claro, cariño.

Fue verla aparecer y cambiar de actitud de manera precipitada, eligiéndola después de tener claro que lo único que buscaba era un poco de compañía femenina.

—Te seguiré y haré lo que me digas, Robert. Ya lo sabes —ronroneó satisfecha la mujer morena.

¡Encima se conocían! La desesperación la atravesó, partiéndole el alma, y rogó encontrar la manera de que no se fuera con ¡esa!

Pero, ¿cómo?

—Adiós, Alexia, ha sido un placer conocerte.

«¿Qué demonios significan sus palabras?», se preguntó en un absoluto caos. «¿Acaso me está diciendo que no nos volveremos a ver? Sus palabras suenan a despedida».

—Ahora, si me disculpas —continuó como si nada, sin prestarle mucha atención—, tengo cosas que hacer.

—¿Ah, sí? —le preguntó de forma hiriente perdiendo parte de su maltrecha dignidad. Se hizo a la idea de que no podía dejarle marchar—. ¿Cómo qué?

Éste rio dando a entender que lo hacía de ella. Un gesto que la sacó fuera de quicio.

—¡Eres un cabrón! —terminó escupiendo herida de muerte tras permitirse reírse de ella.

La chica morena se estaba empezando a hartar de aquella escena, no había que ser muy lista para saber que entre ellos dos sí que debía de existir algún rollo, tal y como se decía en las revistas, y si lo que quería era acostarse con él tenía que actuar y llevárselo de allí a toda prisa.

Que fue lo que hizo, cogió descaradamente la mano del sexy hombre, y se la llevó hasta ponérsela sobre su trasero en un intento desesperado por llamar su atención.

La mirada casi enloquecida de Alexia la atravesó.

—¿No quieres follar, Robert? —Añadió mostrando todas sus armas—. ¡Pues vayámonos de aquí de una puta vez!

Las demás chicas se hicieron a un lado y quedaron únicamente ellos tres.

—¿Robert? —La chica morena se empezó a impacientar. No le gustaba que se quedara parado y con la mirada clavada en Alexia como si nadie existiese a su alrededor.

¿Acaso estaba esperando que ella hiciera o dijera algo para sopesar qué hacer? Porque era lo que parecía.

—Sí —logró decir tras unos segundos que parecieron eternos, siguiendo en sus trece de querer apartarla—. ¡Vámonos!

La desconocida suspiró aliviada, se dejó coger de la mano y le dio la espalda, comenzando a alejarse, mientras que Robert era consecuente de que estaba poniendo fin a no sabía muy bien qué.

Un vacío se iba apoderando de él a cada paso que daba y maldijo la sensación de estar equivocándose. No entendía aquel presentimiento aunque, seguía interponiendo una distancia definitiva sobre la mujer que le provocaba lo que nunca antes logró ninguna otra, además era consecuente de que lo que menos le apetecía era terminar follando con cualquiera.

Algo inaudito puesto que era la primera vez que le ocurría.

«¡Hostia puta! ¿Qué coño me pasa? Es solo una más», se dijo para convencerse.

Estaba haciendo lo correcto, e incluso tuvo la seguridad de que lo mejor era que creyese lo que estaba viendo para conseguir sacarla de su vida.

¡Antes de que se hicieran un mal mayor!

Mientras eso sucedía, en el interior de la cabeza de Robert, una Alexia desbordada, y presa de un pánico absoluto, supo que si lo dejaba marchar sería demasiado tarde.

Apartó el mal trago de verle alejarse en compañía de otra y reaccionó de forma inusual.

Empezó a correr tras ellos.

—¡Espera!

La desesperación y el desgarró de su voz parecieron suficientes, logrando lo que quería a la vez que la espectacular morena se marchaba a toda prisa, profiriendo varios insultos, lo que ocasionó a que varias de las chicas de antes volvieran sobre sus pasos rodeándolo de nuevo.

Querían otra oportunidad.

—¿Siempre es así? —le preguntó atormentada refiriéndose a las mujeres.

—No, hay veces que es peor. ¿Querías decirme algo?

—Sí.

—Adelante.

¿No acababa de decir que lo mejor sería apartarla de su vida para siempre? ¿Qué hacía entonces nervioso por lo que ella fuera a decirle?

Aquellas mujeres no se iban a ir de manera fácil y limitaban la intimidad que necesitaba para decirle lo que estaba dispuesta a admitir, de una vez, aunque le conllevara a que tuviese aquel público tan sumamente molesto.

—Está bien —susurró respirando despacio para darse valor y para que su corazón dejase de latir a la velocidad a la que iba. Añadiendo con voz dolida—: ¿De veras te habrías acostado con ella?

—¿Y por qué no?

—¿Y me hubieses dejado sola?

Robert la miró un tanto confuso.

—¿Te habría importado? —respondió añadiendo otra pregunta, consciente de la magnitud de la que podría ser su respuesta.

En un primer momento bajó la mirada confusa, pero después, en un acto de valentía, terminó confesando:

—Sí.

—Mira, Alexia —soltó enfadado—, el hecho de que haya estado a punto de enrollarme con otra se debe exclusivamente a tu comportamiento infantil.

—Yo...

—Creo que te he demostrado lo mucho que me gustas —confesaba también dispuesto a sincerarse—. Por lo tanto has de saber que la única con la que me gustaría perderme es contigo, aunque para mi desconcierto cada vez me lo pones más difícil obligándome a hacer lo que no quiero. —Cogió aire y añadió—: Siento mucho el que te hayas sentido una más, puede que me haya equivocado, pero es que esto es tan nuevo para mí como lo es para ti. Y te juro que yo ya no sé ni cómo actuar contigo —terminó diciendo derrotado sin saber a qué atenerse.

A Alexia aquellas palabras la hicieron ser capaz de ver una realidad que le gustó bastante, y supo a la perfección lo que tenía que hacer a continuación.

—Robert —el tono que empleó ya no fue el mismo. Se acababa de convertir, por arte de magia, en un tono tranquilo y seguro.

—¿Sí?

—Ven conmigo —dijo en un estado de calma absoluto expresando a través de su voz la determinación de saber lo que quería.

Y lo agarró de la mano.

—¿Qué? —preguntó puesto que no la había entendido bien.

Y volvió a repetir, segura de sí misma:

—¡He dicho que vengas conmigo! —De pronto los papeles habían cambiado, y es que ahora, era ella, la que tomaba la iniciativa igual que hiciera él aquella noche, en la discoteca Paradise, el día en que se conocieron.

Ni que decir tiene que Robert no dudó en seguirla.

—¿Dónde me llevas? —preguntó gratamente sorprendido.

—Donde podamos tener un poco de intimidad —dijo sin tapujos.

Se percató de una zona tranquila y apresuró el paso, abriendo una puerta que daba a uno de los exclusivos reservados. Entró decidida y echó el pestillo ante la atenta y profunda mirada del hombre que a día de hoy la volvía loca, y que así sería el resto de su vida. Aceptando, gustosamente, lo que estaba dispuesta a hacer.

Algo que hubiese sido imposible hace unos días.

¡Una nueva mujer acababa de nacer!

E igual que él, aquella maravillosa noche, en la que se conocieron, lo empujó contra la pared y empezó a besarlo salvajemente en la boca. Con desesperación, con lujuria... empezando a sentirse terriblemente excitada y húmeda, ambas cosas a la vez.

Imploraba a gritos su atención.

La sorpresa inicial, de Robert, rápidamente se esfumó, transformándose en un deseo incontrolado e irracional. Estaba encantado debido a las atenciones de la que, la mujer que le robaba los sueños, le daba. Dejándolo perplejo y excitado, a partes iguales, apoderándose a su vez de aquellos maravillosos labios que tantos quebraderos de cabeza le habían dado... y que por supuesto le seguirían dando.

¡No le cabía la menor duda!

—¿Aquí? —preguntó sobre sus labios loco de excitación.

—Aquí —dijo una convencidísima mujer que no tenía nada que perder y sí mucho que ganar.

La mueca de Robert la volatizó en todos los sentidos y le faltó tiempo para apoderarse del control. La llevó hasta uno de los sillones a la vez que la iba desnudando, resultándole imposible apartar la boca de la suya.

—No sabes lo que te necesito, Alexia —le dijo con demasiadas prisas, dispuesto a no contenerse.

Desabrochó el sujetador, en un acto de maestría, y se deleitó de lo que veía y escuchaba. Una sonrisa traviesa se le escapó al arrancar un nuevo gemido de placer.

Bajó hasta sus pechos con la intención de besarlos, chuparlos...

—¡Oh, Robert! ¿Qué me estás haciendo tú a mí? —decía entre jadeos derritiéndose por la maravillosa sensación de la lengua sobre sus senos. Necesitando cada vez más.

—Voy a follarte, Alexia, y voy a hacerlo como nunca antes nadie lo ha hecho.

Se apartó de ella unos segundos, consiguiendo quitarse la ropa a la mayor velocidad que pudo, y mientras lo hacía dejó ver la enorme erección que ansiaba por perderse en su interior de una buena vez.

—Y si no lo hago ya me volveré loco... —terminó gruñendo delatando su ansiedad de manera brusca. Acercándose peligrosamente.

Metió la mano entre la ropa interior de ella y tiró con fuerza, arrancándola hasta romperla. Algo que provocó una gran satisfacción en una chica totalmente encantada, limitándose a dejar que él hiciese, observándole coger del bolsillo un preservativo y salivando de forma sensual al contemplar cómo se lo ponía antes de abrirle las piernas para, ¡finalmente! terminar hundiéndose dentro de ella lleno de una desesperación abrumadora. Convencido de no querer perder el tiempo.

—¡Alexia, Alexia...! —gritaba cerca de su oído de manera incontrolada, dejándose llevar debido a la desesperación de desearla todavía más en cada nueva embestida.

Se perdió entre sus piernas una y otra vez, deleitándose de placer gracias a lo muy dispuesta que estaba, disfrutando de que ella no tardaba en adaptarse al ritmo marcado y levantaba las caderas recibiendo de buena gana entre jadeos y gemidos que la transportaban a lugares insospechados hasta ese delicioso instante. Deseando que su cuerpo se liberara...

El clímax los hizo gritar a la vez y se quedaron el uno dentro del otro durante un rato antes de separarse. Exprimiendo la dicha de los cuerpos satisfechos, mientras que Robert la abrazaba sin querer dejarla escapar ni marchar. ¡De momento!

—Eres una caja de sorpresas, ¿lo sabías?

—No me puedo creer lo que acabamos de hacer —confesó un tanto avergonzada. Volviendo

a la realidad.

—¿Por qué?

—¡Robert! Estamos en una discoteca.

—¿Y?

—Para ti será algo normal, pero no lo es para mí —respondió avergonzada disimulando que no podía ni mirarlo.

—Aun así te ha gustado, ¿verdad? No vengas ahora negando lo obvio. —Y la ayudó a incorporarse. Apartó un mechón de pelo que le caía sobre la cara.

—Ha sido muy... excitante —confesó con una verdad abrumadora.

—¿Y cuál es el problema, entonces? No te creas que lo que acabamos de hacer es único, si supieras la cantidad de gente...

—¡Calla! —Exclamó aturdida—, no quiero saber según qué tipo de detalles.

Robert le mostró una sonrisa pícaro y se relamió de gusto por la idea que empezó a desgranar en su calenturienta mente, haciéndose a la idea de lo que iba a disfrutar en cuanto a la relación que parecía estar empezando con aquella chiquilla.

—Creo que tendré bastante trabajo por delante —anunció con cara de pillo.

Alexia en un principio no le entendió.

—Voy a hacerte una verdadera mujer, Alexia, dónde y cómo yo quiera, —le aclaró atravesándola con la mirada—, y voy a hacerlo hasta que se convierta en algo normal para ti. ¡Anda, vístete! No querrás que nos descubran así, ¿verdad?

—Ni muerta. —Rio apurada, recogió la ropa tirada en el suelo y llegó hasta su tanga roto, ruborizándose considerablemente por aquel detalle en particular.

—Lo siento, ya te dije que no podía contenerme. En casa podrás usar otros, ¿te parece bien?

—¿Estamos hablando de mi ropa interior después de haber hecho el amor en una discoteca? No me lo puedo creer.

Robert se acercó a su boca y le dijo casi rozándole los labios:

—Te puedo asegurar que es un tema que me apasiona y del que me podría pasar la noche hablando y compartiendo ideas. Y si lo que decides es no utilizarlos mejor... te preferiría completamente desnuda, dispuesta cada vez que a mí se me antoje.

La carne se le puso de gallina.

—¡Robert! —exclamó sorprendida por la reacción de su cuerpo que parecía no estar satisfecho del todo.

¿Qué era lo que le estaba haciendo ese hombre? Un simple comentario acerca de su ropa interior, y de lo que verdaderamente le gustaría... y volvía a estar excitada.

Quiso volver a sentirlo, de una manera desesperada, y obvió el hecho de que él, únicamente, se refería a sus gustos y a lo que él quería sin preguntarle a ella siquiera, preguntándose qué pasaba en cuanto a sus preferencias. Aunque claro, ¿acaso importaba? Estaba allí porque así lo había decidido y lo que no iba a plantearse, ahora, era el cambio tan brusco en una mujer tradicional a la que jamás antes se le habría pasado por la cabeza tener relaciones sexuales en un reservado de una discoteca.

Se olvidó de aquel detalle y continuó empeñada en seguir haciendo lo que a él le apeteciera.

«Todo lo demás se puede ir al carajo», pensó tan tranquila.

—¿Quieres seguir aquí o nos marchamos a casa? —la interrumpió apartándola de cualquier tipo de pensamiento.

—¿Y tú?

Robert la estrechó entre los brazos, convencido de que era lo que necesitaba.

—¡Oh, nena! ¡A casa! Lo único que me apetece es aprovechar lo que queda de fin de semana, y ten por seguro que nada mejor que en la intimidad de mi cabaña para continuar haciéndolo. ¿No te parece?

Después de aquella respuesta, Alexia solo pudo decir:

—Hecho.

—Así me gusta, nena.

Segundos después salieron de la discoteca, cogidos de la mano ante la envidia de las mujeres allí presentes.

Iban pensando en aprovechar cada segundo que tenían por delante.

¡Cuando regresaran a Nueva York Dios diría!



La enorme bañera estaba llena de espuma y un delicioso aroma a aceite de coco perfumaba el cuarto de baño, mezclándose con la tenue luz procedente de las velas que Robert había encendido unos segundos antes.

La sensación de estar viviendo, en un cuento, se materializaba, alargándolo a cada instante; y, estar dentro de la bañera, con uno de los hombres más deseados del planeta, pudiendo además, ver la maravillosa vista a través de la cristalera desde la que se hallaba la montaña nevada, era sin lugar a dudas como para sentirse dichosa por cuanto estaba viviendo sin entender, menos que nunca, qué es lo que había visto en ella.

Por supuesto tenía los pies bien afianzados sobre el suelo y era consciente de que no sería la última que pasaría por aquella cabaña, cualquier otra podría ocupar su lugar en cualquier momento, aun así no parecieron motivos suficientes para no seguir con él, era demasiado tarde.

Alexia se encontraba en una telaraña y él era la experta y cruel araña que solo la soltaría cuando se hubiese cansado de jugar.

Ni siquiera eso le importó. No después de la traición que le supuso el engaño de Jack. Infundiéndose de una fuerza, renovada, segura de que no echaría la vista atrás y se limitaría a vivir y a disfrutar.

Lo que con sumo placer estaba haciendo en esos deliciosos instantes...

—¿Cuánto hace que trabajas para Scot Consulting? —quiso saber un Robert curioso.

—Dos años —le aclaró—. Cuando acabé la universidad me seleccionaron para trabajar en varias empresas de becaria. Las notas fueron muy buenas y gracias a ellas tuve la gran suerte de que una empresa como la de tu padre reparara en mí.

—Pero, casi nadie se queda y menos tratándose de una simple becaria. ¿Por qué fuiste elegida?

—Ahí es cuando entra en acción Estefany, —le contestó satisfaciendo su curiosidad mientras cogía la esponja y empezaba a enjabonarlo—. Desde el principio nos llevamos bastante bien y, cuando se me acabó el contrato, por arte de magia, allí estaba ella ofreciéndome el trabajo de mi vida.

—La buena de Estefany —dijo disfrutando de la esponja que pasaba por las distintas partes de su anatomía, encantado de lo que le hacía—, y pensar que si no fuese por ella no estaríamos aquí.

—Sí. Pero debió avisarme y no encontrarme en la encerrona que planeasteis en casa de tus padres.

—¿Y perderme la cara que pusiste? ¡Ni loco!

Alexia le salpicó en la cara y rio, recordando la maravillosa noche que resultó después de tantos preparativos y tantos nervios.

¿Quién iba a suponer por aquel entonces que Estefany y Robert pudiesen estar confabulados?

—Por poco me atraganto, ¿te acuerdas?

—Sip.

Él se hallaba situado entre las piernas de ella, apoyado contra su pecho, y la sorprendió. Se giró hasta darse la vuelta para quedar cara a cara.

—Aunque, de lo que me acuerdo mejor, es de lo impresionado que me dejaste cuando te vi con aquel vestido que te sentaba tan bien, estabas guapísima.

—Debo darte la razón si lo comparamos con el día en que nos conocimos —le confesó a

través de una sonrisa—. Sofia me dijo que ojalá tuviera que arrepentirme de mi indumentaria y vaya si lo hice. Me sentía fuera de lugar.

—Y decidiste emborracharte, ¿no?

—Puede...

—Trae, me toca.

Le arrebató la esponja. Le tocaba a él y empezó a enjabonarla delicadamente por los pies.

—Hay algo que no entiendo, ¿por qué me ignoraste cuando Sofia nos presentó?

—Me pareciste un engreído desde el principio. La forma en la que me mirabas me hizo sentir, tan incómoda, que lograste que se me pasara por la cabeza tirarte el cóctel, y cuando pusiste tus manos sobre mí, sin ser invitado, me sacaste de quicio.

—¿Sabes la cantidad de mujeres que pagarían por tener estas manos sobre sus cuerpos? —A medida que hizo la pregunta subió intencionadamente la esponja a lo largo de sus piernas

Actuaba con una precisión absoluta.

—No me importa. No intentes chantajearme que conmigo no va a funcionar. Ya te he dicho que no soy como las otras.

—No me cabe la menor duda, eres una chica dura y bien que me lo has demostrado.

—¿Y te gusta?

—No sabes cuánto —ronroneó lleno de un deseo insaciable.

Acababa de tener una visión y a su mente acudió una nueva lección para su adorable chica. Entonces le abrió las piernas.

—¿Qué haces? —preguntó sorprendida, cerrándolas por un instinto protector dado a lo complejo de una situación a la que seguía adaptándose como buenamente podía.

En cuanto las cerró se dio cuenta de lo disgustado que estaba por la reacción inmediata que acababa de tener.

—¡No vuelvas a hacerlo! —la regañó serio.

—¿Qué?

—¡No te va a servir de nada! —La amenazó con ojos hambrientos y una mirada que lo decía todo.

Agarró cada uno de los tobillos y los separó con determinación.

—¡No te muevas!

Robert volvió a coger la esponja mientras ella dudaba en si volver a cerrarlas. Algo que no hizo, y él se deleitó ante la maravillosa idea de lo que iba a disfrutar en su compañía. No tardó en dejarse llevar antes de que a ella le diera tiempo siquiera a adivinar sus verdaderas intenciones.

Y fue cuando a Robert se le puso la carne de gallina, tras escuchar el grito descontrolado que salió por su garganta, en el instante en que notó (la esponja) sobre su sexo. Contemplando cómo abría los ojos, por la sorpresa, olvidándose de los tabús que pudiera tener.

Se comieron a través de la mirada.

—¡Robert! —logró susurrar agarrándose como pudo a la bañera.

—¿Qué pasa? ¿Acaso no te gusta? —le preguntó mostrando una sonrisa traviesa que la atravesó por dentro.

—Mmmmm... —ronroneó, lo único que pudo hacer porque una nueva y escalofriante caricia se apoderaba de ella.

Alexia se encogía de gusto una y mil veces con cada una de las sensuales pasadas que le seguía regalando, incluso llegó a temer que perdiera la cabeza, incapaz de obviar lo que aquellos maravillosos ojos le decían a gritos.

Tuvo que hacerse a la idea de que él disfrutaba con la misma intensidad, dando lugar a que

la quemazón, y el deseo, la hicieran temblar de gusto y de impaciencia a la vez. Quería más (con él siempre era más), necesitando a su vez sentirle.

Logró estirar los brazos y consiguió agarrarle del cuello para acercarle hasta unos labios que enloquecían hambrientos de él.

¡Sólo de él!

—Te dije que te follaría dónde y cómo yo quisiera, y es lo que voy a hacer —pronunció con una voz ronca y sensual.

Alexia creyó desfallecer mientras soñaba, por muy extremo que pareciese, que sí que podría ser que le terminara perteneciendo. Limitándose a mirarle, invadida por un deseo irracional, al tiempo que pequeños jadeos la sacudían implorando para que la llenara con su carne.

—Pero, puede que tú no estés de acuerdo, ¿no? —Y con una facilidad asombrosa dejó de acariciarla, mirándola con interés para saber la reacción que iba a tener.

Jugaba deliberadamente con ella.

La reacción de Alexia no se hizo esperar. En el mismo instante en que dejó de tocarla abrió los ojos perdida, mostrando el tormento en el que la acababa de dejar, dispuesta a lo que fuese necesario con tal de que continuara.

No podía dejarla así después de despertar la lujuria que llevaba dentro, o sencillamente su cuerpo se volvería loco.

Y él lo sabía, ¡vaya si lo sabía!

—Por favor... por favor... —comenzó a suplicar una y otra vez de desesperada que estaba.

—¿Qué quieres, Alexia?

—Por favor...

—¡Dímelo! —ordenó disfrutando del cuerpo femenino que se arqueaba hacia él para llamar su atención. Dispuesto a abrirse, anhelante porque la llenara, puesto que el pudor se había esfumado por arte de magia. En ese punto entendió que el primero que no podría seguir soportando, aquella angustiada espera, precisamente era él, añadiendo inseguro a esas alturas—: No continuaré hasta que no me lo digas.

El desafío de una chica exigente, que imploraba recibir lo que tanto ansiaba, no se hizo esperar. Se acercó a la boca que le provocaba reacciones tan escalofriantes y pasó la mano por detrás de su cabeza para sostenerle la mirada. Una mirada lasciva, y ardiente, que no dejaba la menor duda de lo que quería, y sobre todo cuándo lo quería. Reflejando la necesidad infinita de su cuerpo aproximándose, incitándole, seduciéndole...

—¡Que me folles! —exclamó ofreciéndose.

—Oh, Alexia. Lo haré encantado —susurró derretido por sus palabras.

Loco de deseo, actuó lo rápido que le permitió la postura en la que estaba, así que se dejó caer sobre ella y la penetró con una fuerza desesperada, embistiéndola una y otra vez, mientras que se escuchaban sus gritos ahogados que lo volvían loco.

El agua de la bañera caía mojando el suelo.

—Alexia... Alexia... —susurraba apoderándose de su boca de manera urgente.

Ni siquiera fue consciente del preservativo que había dejado, premeditadamente, sobre el borde de la bañera. Se acababa de olvidar de cualquier detalle que no fuese poseerla con aquella intensidad devastadora.

Era tanta la urgencia de hacerla suya que, ajeno a lo que podría llegar a suceder, por su inconsciencia y su temeridad, terminó corriéndose dentro de su vientre. Le resultó imposible dar marcha atrás en ningún momento.

¡Cuando quiso darse cuenta ya era demasiado tarde!

—¡Joder, Alexia! ¿Qué hemos hecho?

Alexia todavía sentía las sacudidas del orgasmo y estaba en el mismo cielo. Por ello no entendió a lo que se refería.

¡No tardó en averiguarlo!

—¡No me he puesto el condón! —exclamó con una expresión confusa e incrédula.

En menudo lío podría estar metido.

Al verla, tan tranquila, un miedo abrumador lo invadió, e incluso llegó a pensar, en una décima de segundo, si no era lo que en realidad buscaba.

¡Quedarse embarazada para sacar provecho y tener resuelto el futuro!

La desconfianza se apoderó de su ser de una manera implacable, porque, al fin y al cabo, ¿cuántas habían intentado lo mismo?

Aunque debía de ir más allá. Aquella nefasta situación se le escapaba de las manos debido a una pregunta trascendental:

¿Cómo era posible que no se lo hubiese puesto?

Era un hecho de auténtica necesidad, convirtiéndose en algo inexplicable ante la evidencia de que hasta el día de hoy no se le había olvidado nunca, pero entonces...

¿Cómo se había permitido perder la cabeza de la forma en que lo había hecho?

Y todavía llegó más lejos, admitiendo lo que seguía siendo terriblemente inquietante:

¡¡¿Qué le estaba haciendo aquella condenada mujer para que llegase a actuar así?!!

—¡Joder!

—No me gusta la forma en la que me miras —se sinceró presa de un pánico demasiado grande—, por favor, necesito saber qué es lo que pasa.

—¿Tú te has acordado pero no me lo has dicho? —la pregunta resultó ser una acusación directa.

—¡¿Qué?! No me lo puedo creer —alzó la voz apartándolo de un empujón.

Alcanzó un albornoz y se cubrió para poner la mayor distancia posible entre ambos. El cabreo que tenía iba aumentando de grados.

—¿Acaso estás insinuando que yo lo he provocado? —le recriminó mirándolo por encima del hombro.

—Alexia —la llamó dulcificando la voz.

Puede que estuviese equivocado, de ser así se acababa de comportar como un auténtico cabrón.

Salió de la bañera con la idea firme de ir tras ella y cogió el otro albornoz justo cuando ella salía de forma apresurada.

La siguió y entró en el salón. La chimenea continuaba encendida.

—Alexia, hablemos por favor.

—¿Hablar? —gritó echando chispas a través de los ojos—. ¿De qué coño quieres que hablemos?

Miró a su alrededor, divisó uno de los cojines y no lo pensó. Lo cogió y se lo tiró a la cabeza, dándole en el centro para gran satisfacción de la muy cabreada chica.

—¿Cómo has podido pensar que pretendo ser una de ¡esas!? —Contraatacó fuera de sí—. Además, ¿quién te crees que eres dando a entender que te necesito para solucionar mi vida? Yo solita me basto y me sobro, ¿qué clase de mujer crees que soy? —continuaba gritando mientras avanzaba y cogía otro de los cojines, volviendo a tirárselo presa de una furia incontrolada, que le recorría por cada una de las venas, ante la sórdida acusación a la que la había sometido—. ¡Vete al infierno! —le volvió a gritar.

Volvió al dormitorio y cerró la puerta con un sonoro portazo, diciéndole, claramente, que se olvidara de ella.

A Robert no le quedó otra alternativa que seguirla y lo hizo con el semblante lleno de preocupación. Se pasó la mano por el pelo húmedo y quiso averiguar la manera de arreglar aquel nuevo malentendido.

¡Joder!

¿Acaso estaban destinados a estropear aquel fin de semana? Porque visto lo visto era lo que parecía a simple vista.

Abrió la puerta y se la encontró sentada sobre la cama. Permanecía impasible y por supuesto sin el menor rastro de que quisiera hablarle.

—Quizás me he pasado un poco, pero debes ponerte en mi lugar, Alexia —comenzó a decir para reconducir la situación—. Han pasado demasiadas mujeres por mi vida y las conozco demasiado bien —confesó arrepentido.

Se sentó sobre el borde de la cama para permanecer cerca de ella. La necesitaba de forma desesperada y esperó cualquier tipo de reacción.

Una reacción que desde luego no llegó puesto que no estaba dispuesta a ponérselo nada fácil.

«¿Quién se cree para hacer ese tipo de insinuación? ¡Menudo capullo!».

Robert, a continuación, terminó estirando la mano para tocarla, y se quedó de piedra tras verla apartarse hacia el otro lado, todo lo que pudo, dejando bien claro que lo que quería era marcar las distancias.

—Alexia...

El tono arrepentido no le sirvió de nada, es más, escuchó a una Alexia enfadadísima que terminó explotando:

—¿Qué te has pasado un poco? —Le contestaba abriendo los ojos a punto de salirse de las órbitas—. Yo diría que un poco no, mucho. Y para tu tranquilidad debes de saber que tomo la píldora. A no ser claro que también pienses que pueda tener alguna enfermedad de transmisión sexual que pueda contagiarte.

—Alexia... —quiso intervenir con la certeza de que tenía toda la razón de mostrarse tan enfadada.

—¡Ah! Y por ahí también has de estar tranquilo —añadió atropelladamente a consecuencia de no poder controlar el daño que la acababa de hacer—. Si no te fías de mí no temas, acudiré a cualquier hospital y me haré unos análisis de sangre. Te lo pondré fácil antes de salir de tu vida.

La cara de él se transformó en una máscara de hielo.

—¡No quiero que salgas de mi vida! —exclamó dolido y muerto de miedo, mostrando una sinceridad pasmosa en la frase que acababa de pronunciar—. ¡Mírame, Alexia!

Alexia no pudo dejar de hacerlo a pesar de que lo intentó, y se cabreó consigo misma por no tener el criterio suficiente de mandarlo a la mierda.

¿Y acababa de insinuar que saldría de su vida? ¿A quién trataba de engañar?

—Te lo digo de verdad, —confesó roto de dolor al tiempo que se levantaba de la cama y se acercaba—. No quiero que salgas de mi vida. No sé hasta cuándo, pero deseo que te quedes a mi lado. Te dije que no iba a engañarte y no lo voy a hacer.

—¿De qué me sirven tus palabras, Robert? Acabas de insinuar que pretendía quedarme embarazada —atacó dolida.

—Lo siento. Me he equivocado, aunque quiero que por un segundo te pongas en mi lugar, Alexia. No es fácil ser Robert Brownn, ¿sabes?, nada, nada fácil y cada día es peor. —Volvió a

alargar la mano y terminó respirando aliviado al comprobar que, esta vez sí, le dejaba llegar a ella sin retirarse por segunda vez—. Debes saber que todas se arriman a mí por sexo, por fama, o por dinero; y, aunque te creas que te acostumbras no es así. Es muy duro que te hagan sentirte como si fueses un objeto.

Alexia, en cuanto le escuchó aquella íntima confesión, apartó a un lado el enfado y le permitió acceder a su maltrecho corazón. Dejó que cogiera su mano y también se la apretó en un anhelo de darle un poquito de cariño.

¡Algo de lo que parecía carecer!

—Dijiste que no sabías cómo, pero que yo te calmaba —le dijo ante la necesidad de saberlo todo sobre ellos. ¿Acaso importaba el poco tiempo que llevaban juntos? No. Por supuesto que no, por ello le hizo una pregunta bastante significativa—: Robert, ¿qué significa lo que me dijiste?

—Simplemente eso —dijo apretando su mano y acariciando con la otra su rostro de manera embelesada.

—Necesito más —exigió de pronto.

—Verás, nena. Todas las mujeres que han pasado por mi vida no significan nada. Ni una sola de ellas, y de repente apareces tú y...

—Y de repente aparezco yo, ¿y qué?

Robert cogió aire y dijo:

—Das al traste con todo y ni siquiera logro averiguar el porqué. Acabo de conocerte y ya me has cambiado. TE QUIERO EN MI VIDA.

—¿Qué? Me estás asustando.

—Es para que lo estés. Anda ven. —dijo llevándola a la cama. Allí la sentó sobre sus rodillas, tratando de tranquilizarla debido a lo que estaba dispuesto a decir y añadió con suavidad —: No va a ser fácil —la advirtió.

Alexia abrió la boca, y como las palabras no le salían, la volvió a cerrar en un férreo deseo de procesar toda la información, sin saber todavía a qué atenerse.

¿Qué es lo que le estaba diciendo exactamente?

Pasados unos segundos, y después de mucho pensarlo, logró decir:

—¿Me estás diciendo qué...?

¡No! ¡¡No podía ser!! Y se volvió a quedar sin palabras, siendo él el que puso fin a la pregunta hecha a medias.

—¿Que te acabas de convertir en la primera novia oficial del complicado y vividor Robert Brown?

Aunque la pregunta, en un primer momento se la tomó a broma, no tardó en hacerse a la idea que de broma tenía poco. Escuchándole añadir:

—Creo que sí —admitió Robert desoyendo a la lógica después de lo claro que tenía que una novia sería un estorbo en su tipo de vida—. En contra de todo pronóstico es lo que quiero, ahora y contigo.

—Espera, espera, espera, —dijo todavía incrédula. Pasó los brazos alrededor de su cuello y avanzó poco a poco. Mostrando una cara sorprendida y divertida a la vez— ¿Me estás proponiendo salir contigo?

—No, eso ya lo hacemos.

—No bromees.

Robert la miró serio.

—No lo hago. Hasta ahora es lo que hemos hecho, salir juntos. En cambio todo ha cambiado

porque no me basta. Quiero más, y hablo completamente en serio.

Después de soltar, tan emotiva frase, terminó mirándola intensa y devastadoramente, quería que se diera cuenta de que hablaba en serio, lo que la dejó callada, en completo silencio, permitiéndose a su vez aprovechar la oportunidad que se le brindaba antes de que pudiese dar marcha atrás.

—Señorita Jammes Stuart, tiene usted el honor y el privilegio de convertirse en la mujer más envidiada del universo debido a pasar a formar parte de la historia de la prensa rosa como la primera novia de Robert Brownn, —y añadió divertido para suavizar la revelación tan impactante que acababa de soltar, tratando de hacerla sonreír después de lo seria que se había quedado—: Porque aceptas, ¿no?

Una Alexia alucinada no sabía qué hacer o decir lo que originó a que se hiciese un poco de rogar.

¡¡¡¿De veras le estaba pidiendo que fuese su novia?!!!

—Quiero que sepas que el que eres un privilegiado eres tú y no yo... —dijo mostrándole una sonrisa espectacular por aquel emotivo relato—. ¿Sabes por qué? —Y de repente se puso seria—. Porque te voy a cuidar, tan bien, que nunca querrás marcharte de mi lado.

—Eso es un sí, ¿verdad?

—Puedes estar seguro de ello. —Afirmó sellando aquella promesa con un beso emotivo y tierno a la vez, haciendo lo imposible porque no se le saltaran las lágrimas—. ¿Estás dispuesto a dejarte cuidar?

—Estoy dispuesto a correr el riesgo, amor. —Ahora fue, Robert, el que bajó hasta sus labios y la besó dulcemente mientras que Alexia pensaba en lo bien que sonaban cada una de sus palabras.

¿Y realmente dijo que los cuentos no existían?

La maravillosa sensación, de despertar a su lado, la traspasó por cada poro de su piel, sintiendo la dicha de estar junto a él abrazados entre una maraña de sábanas, piernas, y brazos.

Giró la cara con la intención de mirarlo a su antojo, creía que estaba dormido, y resulta que se lo encontró despierto y con una seductora sonrisa que la estaba esperando.

¿Habría mejor manera de despertarse?

—Buenos días, dormilona, ¿has dormido bien?

—Lo que me has dejado, sí—decía desperezándose antes de darse la vuelta con una maravillosa sonrisa que no la abandonaba en ningún momento—, ¿y tú?

—Mejor de lo que esperaba.

Alexia lo miró con un signo de interrogación.

—¿Y eso qué quiere decir?

—No suelo dormir acompañado, —y aclaró—: Normalmente me siento agobiado, después de tener sexo, porque muchas pretenden lo que no estoy dispuesto a dar. Pero contigo... —Pasó la mano por la cintura y la abrazó, dejando que viera el gesto en su cara que transmitía lo a gusto que estaba— es tan diferente todo.

Alexia se apoyó sobre el codo, embelesada, y provocó que la sábana terminara resbalando lo que permitió que sus pechos desnudos quedaran a la vista.

—Que hermosa eres, Alexia —dijo Robert siguiendo el influjo de su provocación, listo para darle otra lección.

Antes de que Alexia supiera, las intenciones de él, un grito salió de su garganta en el

instante en que sintió la lengua experta sobre sus pechos. Perdiéndose en el deseo que la engullía vertiginosamente.

—Nunca me cansaré de ti, amor.

Alexia voló gracias a aquellas deliciosas y mágicas palabras.

Y palabras tan bonitas no pudieron obtener respuesta, ya que ella, una vez más, se dejó llevar por el deseo que despertaba aquel hombre en concreto. Un hombre que la llevaba hasta el éxtasis con una maestría abrumadora y que la hacía feliz con una facilidad infinita... A lo que Robert, pillándola desprevenida, aprovechó su silencio atacando con destreza y rapidez. Abrió la boca y succionó el pezón, de manera sensual, embelesado como nunca, mientras admiraba la entrega de la que oficialmente se había convertido en su primera novia.

—Qué bien sabes. Podría pasarme todo el día degustándote.

—¡Oh, Robert! —gimió ante la excitación que corría dentro de su cuerpo por cada una de sus maravillosas atenciones.

En el mismo instante en que la pareja jugaba sobre la cama, centrados en darse placer, la llave de la puerta de entrada comenzó a girar dentro de la cerradura, permaneciendo ajenos a lo que estaba sucediendo a su alrededor, y sin que en ningún momento pudieran percatarse de que alguien entraba en el interior de la cabaña. Alguien que se permitió el lujo de avanzar hasta la habitación que tan bien conocía, para quedarse tan tranquila por lo que veía.

—¿Necesitáis una más?

El susto que se llevó, Alexia, no fue nada en comparación con la vergüenza que la invadió al ser sorprendida así. Viendo usurpada su intimidad de aquella manera tan brusca.

Y permaneció incrédula puesto que no entendía quién era aquella mujer, intentando, además, hacerse a la idea de la forma que podría haber empleado para conseguir entrar.

¿Quién era, y por qué a Alexia le parecía que tenía tanta familiaridad como para hacerlo?

Alargó la mano y cogió la sábana para taparse.

Robert, en cambio, lo que mostraba era un gran asombro. Hacía mucho tiempo que no sabía de su paradero, y dio por supuesto que aquello significaba que no quería saber nada de él.

Lo que nunca llegó a imaginar es que aún conservara la llave que le dio hacía bastante ya.

—¿Qué haces aquí?

Alexia no pudo apartar la mirada de la mujer exuberante, mostrando una perplejidad absoluta ante la escena que tenía delante, y sin por supuesto dar crédito a lo que estaba sucediendo.

—Cariño, he venido a verte. Aunque por lo que veo no me necesitas, ¿no? —Y según lo dijo echó una mirada venenosa a la que parecía le había usurpado el puesto.

Robert, una vez que superó la impresión inicial, de verla presentarse de aquella manera, no lo dudó y se levantó de la cama dejando a Alexia sola. Después se acercó a la mujer desconocida sin molestarse en taparse, completamente desnudo, como si no le importara ese hecho. Un detalle que hizo que Alexia sintiese una punzada sobre el pecho, engullida por los celos.

—Mary no me dijo que estuvieras por aquí.

—Acabo de llegar.

La desconocida dejó el bolso sobre la cómoda y actuó con una familiaridad asombrosa. Se acercó a Robert y le plantó un beso en la boca.

Alexia, en ese instante, supo que se le acababa de romper el corazón. Aun así no pudo reaccionar y se quedó en medio de la cama mientras que su mente trabajaba a toda prisa.

¿Quién era aquella mujer?

—Te vi en la revista y pensé que querías desaparecer, fue cuando decidí venir a verte,



cariño. Hacía mucho que no lo hacíamos. —En todo momento obvió a la mujer que seguía en la cama. Daba síntomas inequívocos de que no le importaba en absoluto.

Después de unos instantes, agónicos, Alexia no pudo seguir soportando aquella familiaridad durante un minuto más. Lo poco que había visto y oído le bastaba para hacerse a la idea de que entre ellos existía algún tipo de relación, porque si no, ¿qué hacía en su poder una llave de la casa de Robert?

Y lo que era mucho peor, ¿no decía que no era hombre de novias? Ella le terminó creyendo a pies juntillas, envuelta en una fe ciega.

¿El resultado? Muy simple... ¡La había engañado!

Qué tonta había sido, le llenó la cabeza de pájaros inventándose que era la primera novia oficial suya, y resulta que absolutamente todo era mentira. ¡Todo! Incluyendo el principio cuando le dijo que ella lo calmaba y deseaba que estuviera a su lado.

El error garrafal, que fue tan estúpida de cometer, lo pagaría muy caro. Ante ella se abría la cruda verdad. Una verdad que dolía demasiado y la llenaba de un dolor inimaginable.

Se había aprovechado de ella de una forma vil. Engañándola para simplemente llevarla a la cama.

¡Solo se trataba de eso!

A Robert no le gustó, nada, la mirada de su chica mezcla entre incredulidad y dolor. La vio cómo se levantaba y se envolvía con la sábana e intuyó que, muy posiblemente, se estuviese haciendo una idea equivocada de lo que allí estaba sucediendo; y, como sabía de lo que era capaz (la conocía bastante bien a pesar del poco tiempo que llevaban juntos), supo lo que haría a continuación...

¡Salir huyendo en un nuevo intento de apartarse! De ser así debía de actuar, para explicarse, y aclarar la situación antes de que se le ocurriera cualquier tontería.

Se olvidó de la mujer que acababa de hacer su aparición estelar, todavía no entendía muy bien con qué motivo.

—Alexia, ¿a dónde vas? —preguntó preocupado.

—Quiero irme a casa. Ya has conseguido lo que querías —le contestó sin derramar ni una lágrima, hundiéndose en el pozo que creía superado.

—No sabes lo que estás diciendo —dijo sorprendido.

—No voy a montar ninguna escena, puedes estar tranquilo. —A medida que hablaba iba cogiendo la ropa desparramada por la habitación—, cogeré un taxi.

—Alexia... —la llamó acercándose.

Trató de cogerla del brazo y ella reacción apartándose asqueada, manteniendo la distancia para tratar de calmarse y no derrumbarse delante de ninguno de los dos.

«No les iba a dar el gusto».

—¡No vuelvas a tocarme nunca! —le advirtió llena de odio.

Terminó de recoger sus cosas y se dirigió hasta el salón, allí se vistió a toda prisa para marcharse cuanto antes.

Robert no tardó en ir tras sus pasos.

—Alexia, ¿quieres hacer el puto favor de escucharme? —gritó loco de furia. No se había equivocado y se iba a marchar sin darle la oportunidad de explicarse.

—Ojalá nunca te hubiese conocido. Adiós, Robert. —Fue lo que pudo decir a modo de despedida antes de que inevitablemente se pusiera a llorar (lo que ocurriría no tardando mucho). Empeñada en no darles aquel gusto a ninguno de los dos.

Abrió la puerta a toda prisa y se marchó, dejando a un Robert aturdido e incrédulo por la

reacción desmesurada de una pobre chica que corría y corría, desesperada, con la intención de alejarse.

Un Robert desorientado no pudo hacer otra cosa que quedarse plantado en mitad del salón, completamente desnudo a medida que trataba de averiguar qué es lo que había hecho mal para que lo mirase con el odio con el que lo hizo.

¡Viéndola marchar sin que pudiera hacer nada! ¡Ni siquiera explicarse!

—Al fin solos, cariño —dijo la mujer aprovechando la situación, creyendo tener el acceso libre.

—Quiero que me des la llave ahora mismo —soltó Robert lleno de rabia contenida.

—¿Qué?

—¡Que me des la llave! —Gritó—, y que sea la última vez que entras en mi casa, ¿lo has entendido?

—Robert, ¿qué te ocurre? —Preguntó extrañada—, porque la chica que se acaba de marchar es una más, ¿no?

La mirada de odio que le dedicó, en exclusiva, hizo que involuntariamente diese un paso atrás.

Entendió que no era una más.

—¡Fuera! —Gritó enfurecido por el curso de los acontecimientos—. Has venido aquí queriendo hacer daño y ya lo has conseguido, no quiero volver a tenerte cerca.

La contundencia en cada una de las palabras, que acababan de salir por su boca, fueron suficientes para saber que había metido la pata hasta el fondo. Eso le pasaba por hacerse caso de Pamela, la cual la hizo partícipe de la inusual relación que habían comenzado para desconsuelo de ambas. Descubriendo horrorizada que en tan poco tiempo se había convertido en alguien demasiado importante para él, algo impensable tratándose del esquivo Robert Brown. Un hombre que siempre cambiaba de mujer igual que de camisa, como si se tratara de lo más normal, sin que le duraran más de uno o dos asaltos. Pero entonces... ¿qué podría haber visto en aquella zorra?

—Está bien, Robert —Cogió las llaves del interior del bolso y las terminó tirando sobre el suelo—, ahí te quedas, pero te lo advierto. Si alguna vez necesitas desahogarte no cuentes conmigo. Aquí se acaba lo nuestro.

—Nunca ha existido un lo nuestro y tú lo sabes.

—Bueno —reconoció mostrando una sonrisa maliciosa—, gracias a mí tampoco tendrás un lo vuestro con esa que se acaba de marchar. Para mí es suficiente.

—Se te olvida un detalle importante —le contestó a modo de venganza—. Esa que se acaba de marchar, como tú dices, es mi novia.

La cara de la chica no tardó en ponerse roja debido a la furia y a la envidia que la invadió a partes iguales.

—No es posible.

—Ya ves, ni yo mismo soy capaz de explicármelo, pero he encontrado a alguien que no se arrima a mí por el interés. Y puedes estar segura que voy a luchar para que ella siga conmigo, así que has de comprender que el tiempo que esté aquí es tiempo que estoy perdiendo, y lo único que me apetece es salir corriendo para alcanzarla.

—No me lo puedo creer, —continuaba una mujer incrédula después de la situación a la que se estaba enfrentando—. Pamela me lo contó y le dije que hasta que no lo viera con mis ojos no me lo creería.

—Entonces ya puedes irte tranquila, Pamela no te ha engañado. Ahora, si me disculpas, tengo algo importantísimo que arreglar y lo que menos quiero es seguir perdiendo el tiempo.

Abrió la puerta y se quedó allí parado esperando a que la mujer se marchara por el mismo sitio por el que había venido.

—Vete a la mierda, cabrón —fue lo que le terminó diciendo dándose por vencida. Allí no tenía ninguna posibilidad.

Una vez que la desafortunada mujer, hubo abandonado la cabaña, actuó en consecuencia. Se vistió a toda prisa y cogió las llaves del coche con una rapidez asombrosa.

Salió en busca del vehículo que lo llevaría de regreso hasta el aeropuerto con la certeza de que ella estaría comprando, a cualquier precio, un billete que la llevase de regreso a Nueva York.

Subió en su coche y aceleró el potente vehículo de una forma totalmente inconsciente, deseando, únicamente, llegar lo antes posible.

Sus peores presagios se vieron cumplidos en cuanto vio, en el panel de información, que un vuelo con destino a Nueva York acababa de salir por la pista número cinco, listo para despegar.

Miró a través de la cristalera y vio cómo alzaba el vuelo de una manera imperturbable, consciente de que la mujer que parecía centrarle lo dejaba atrás sin ningún miramiento.

«¡¡Me cago en la hostia!!», terminó exclamando de manera impotente.

¿Qué iba a hacer ahora? ¿Por qué siempre salía huyendo? Respiró angustiado y se pasó la mano por el pelo intentando mantener la calma para saber la manera de actuar, devanándose los sesos.

Quería solucionar aquel malentendido que se había producido entre ellos, por el ímpetu de una condenada chica que ni siquiera le había dado la oportunidad de explicarse. No le había servido de nada tratar de reconducir la relación que habían comenzado. Aun así quiso dejarse llevar por los sentimientos que tenía hacia ella, aunque no tenía la menor idea de cómo hacerlo. No estaba acostumbrado, y encima, si aquello parecía no ser suficiente, debería añadir la dificultad que se avecinaba por la agenda programada, una agenda que no podía eludir y que estaba completa.

Quisiera, o no quisiera, debería estar fuera de la ciudad los cinco días y aquello dificultaba la tarea que pretendía con respecto a ella.

¡Joder! ¡Todo parecía seguir complicándose!

El fin de semana de ensueño había acabado convertido en una pesadilla de la que no lograba despertar.

Llegó a su apartamento alrededor de las cuatro de la tarde y no tuvo ganas de hacer nada más que meterse debajo de la ducha y aclarar sus ideas. Una vez que terminó, se acostó entre las sábanas y quiso dormir un rato para dejar de pensar en él.

Le resultó imposible.

El apuesto Robert había entrado en su vida de manera inesperada, y según parecía, le iba a resultar demasiado complicado olvidarse de él, además, tenía la certeza de que lo de Jack era un juego de niños en comparación a la situación que se le ofrecía delante de sus ojos. ¡Admitiendo que en tan poco tiempo había sucumbido a todos sus encantos, enamorándose perdidamente de él!

¿En qué demonios estaba pensando cuando llegó a creer que aquello podría salir bien?

Ya entrada la tarde empezó a sentir hambre, fue hasta la cocina y se preparó un sándwich y un vaso de leche, se sentó ante la mesa y continuó sin atender el teléfono móvil, que no paraba de sonar.

Decidió apagarlo porque no contestaría a ninguna de sus llamadas. ¡A menos eso sí que lo tenía claro!

Terminó de comer y después de recoger se puso el pijama y sus zapatillas favoritas.

Eran las dos de la madrugada cuando logró quedarse dormida.

A la mañana siguiente...

No hizo más que salir del ascensor, y dirigirse a su puesto de trabajo, cuando se percató de que no sería un día normal. Viendo a Estefany esperándola con un café en la mano mirándola preocupada dando a entender que ya sabía lo sucedido.

—Buenos días, Estefany.

—¿Realmente lo son?

—Que rápido corren las noticias, ¿no? —dijo en un tono de reproche.

—¿Has mirado el teléfono móvil? Debes de tenerlo colapsado. Robert me ha dicho que se ha pasado toda la noche llamándote.

—¿Y desde cuándo te importa las veces que me llama? —Dejó el bolso en la percha y se sentó en la silla con una expresión en la cara que distaba mucho de tener, pretendía parecer tranquila y se dio cuenta que sobre la mesa estaba la revista, en la que salían, la noche de la fiesta benéfica—. ¿Qué hace la revista aquí?

—Ha sido el señor Scot.

—¿Qué? —preguntó sobresaltada recapitulando las consecuencias de aquella locura.

—Te está esperando en el despacho.

Alexia tragó con verdadera dificultad y se hizo a la idea de que no tendría otra oportunidad, probablemente sería su fin en la empresa.

—Ha dicho que en cuanto llegaras te hiciera pasar.

—Está bien, —dijo resignada, se puso en pie de mala gana y se enfrentó a la situación—.

Allá voy.

—Suerte, creo que la vas a necesitar.

—Te equivocas, Estefany, la suerte ya está echada.

Miró hacia la puerta y entró en el despacho, preparada para recibir el despido fulminante.

—Buenos días, Señor Scot.

—Buenos días, Señorita Jammes, pase por favor.

Alexia así lo hizo y permaneció de pie delante de la mesa.

—Siéntese, por favor.

Ella obedeció.

—Señorita Jammes. Ha de saber que gracias a usted mi nombre sale en todos los periódicos.

—Lo siento, Señor Scot, yo...

—Y no es lo peor —la cortó sin ningún miramiento—. Lo peor es que ha dado pie a que saquen en portada la relación personal entre mi hijo y yo. Un detalle al que no estoy acostumbrado en absoluto y que me molesta por encima de todo. Debe saber que lo suyo me cuesta permanecer en el anonimato, ¿sabe? Ahora en cambio no se habla de otro tema.

Alexia se limitó a encajar lo mejor posible la reprimenda de su jefe, pensando a dónde quería llegar a parar.

—Pero, he de reconocer que aunque estoy muy enfadado me he dado cuenta de que quizás podamos estar en el mismo barco, no sé si me entiende...

—No señor, no le entiendo.

—Es muy sencillo, no sé el tipo de relación que tienen en común, pero sí sé, por mi esposa, lo interesado que está mi hijo en usted.

—Señor, yo...

—No me interrumpa, Señorita Jammes —la regañó con gesto serio—. Bien, pues como le iba diciendo, Robert está interesado en usted y yo voy a sacar provecho de ello, vaya si lo voy a hacer.

Alexia lo miraba sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Por supuesto doy por hecho que usted no va a decirle nada de nuestra conversación, señorita Jammes, —continuó el hombre llegando a lo que le preocupaba—, y necesito saber sus verdaderas intenciones hacia mi hijo.

—Señor Scot —logró decir ante el giro inesperado de la conversación—, lo que haya entre su hijo y yo es personal.

—Se equivoca, Señorita Jammes, deberá contestarme a mi pregunta para hacerme a la idea de lo que tengo que hacer. Es muy sencillo. Simplemente deseo saber si es una de tantas o si realmente está interesado en usted.

—No voy a contestarle, Señor Scot —contestó de manera firme, mordiéndose la lengua para no soltar nada de lo que se tuviera que arrepentir después.

—Claro que lo va a hacer puesto que los beneficiados seremos los dos. Verá Alexia...

Al escuchar cómo la llamaba, por su nombre, casi le da algo, menos mal que estaba sentada sobre la silla.

—Le voy a ser muy sincero. No sé si le ha contado las ganas que tengo de que ocupe mi puesto. Ahora es el momento oportuno de hacerlo y puedo tener una posibilidad si usted se alía conmigo.

—¿Perdón?

No entendía nada. Absolutamente nada.

—Quiero dejar de ser el hazmerreír de mi entorno al verme en la obligación de ver a mi hijo destrozar su vida por el simple hecho de vengarse de mí. Lo he intentado de todas las manera

posibles, hasta ahora sin éxito, pero ahora está usted, y tengo la corazonada de que, si es verdad que siente algo por su persona, solo usted será capaz de hacerlo entrar en razón. Por eso le pido ayuda, Alexia, ayúdeme a recuperar a mi hijo y a que haga frente a la responsabilidad de continuar con la empresa que tanto trabajo me costó levantar. Es un deseo que le pido.

—Lo siento, Señor Scot, no puedo ayudarle. Su hijo y yo hemos coincidido en alguna ocasión y ya está. Entre nosotros no hay nada.

—Está usted muy equivocada, Alexia —contraatacaba su jefe dispuesto a no dar su brazo a torcer—. No sé lo que habrá podido suceder en Aspen, pero de una cosa estoy seguro. Mi esposa nunca se equivoca en lo que se refiere a su hijo. Tienen una relación muy especial y ella me ha contado detalles que nunca antes se habían producido, lo que significa que es alguien importante en su vida.

—Mire, Señor Scot —atacó siendo incapaz de morderse la lengua al verle interferir en su vida personal sin escrúpulos—. No volveré a ver a su hijo. Sencillamente he pasado con él unas horas en Aspen y es todo. Se acabó antes incluso de empezar. Punto y final.

—¿Está segura, Alexia?

—Completamente.

—Y si no fuera así... ¿Me ayudaría en lo que le he dicho?

—Lo siento, Señor Scot, pero no acostumbro a hablar de mi vida privada con mi jefe y es lo que voy a continuar haciendo. Ahora si me disculpa tengo mucho trabajo atrasado.

El enfado monumental que tenía, ante la libertad de inmiscuirse en su vida privada, hizo que, sin pensarlo, y sin ser invitada a hacerlo, se marchara dejándolo con la palabra en la boca.

¿Quién se creía aquel tipo para interferir en su vida?

Y se olvidó de que su comportamiento pudiese tener consecuencias, cerrando la puerta tras de sí.

A la mierda con todos.

Volvió a su mesa con la certeza de haber dejado el asunto zanjado, pero siendo completamente ajena a lo que su jefe, Richard Scot, hacía en el interior del despacho en esos instantes.

—Bueno, habrá que seguir intentándolo —decía en voz alta descolgando el teléfono para hacer una llamada.

Buscó en la agenda personal, el móvil del representante de su hijo, y marcó el número con una idea en mente.

Dan contestó impresionado después del tercer tono.

—¿Señor Scot? Qué sorpresa.

—Hola Dan —contestó empezando a desgranarle el plan que se le acababa de pasar por la cabeza. Estaba dispuesto a hacer lo que estuviese en sus manos para hacer entrar en razón al cabezota de su hijo.

¡Costase lo que costase!

—Alexia, el Señor Scot vuelve a preguntar por ti.

—¿Qué? —preguntó sorprendida, ¿qué querría ahora?

E igual que hacía una hora volvió a entrar en el despacho con el corazón en un puño. Sin saber a ciencia cierta qué sería lo que querría esta vez.

—¿Sí, Señor Scot? Me ha mandado llamar, ¿verdad? —Y a medida que hablaba se acercó a la mesa.

—Sí, Señorita Jammes. Me acaba de surgir un viaje a California y deberá acompañarme. Necesitaré tenerla a mi lado y que se lleve el expediente y el listado de ventas del último banco que hemos comprado.

Alexia, después de escucharle, le miró con una cara totalmente desconcertada, ¿desde cuándo viajaba ella en algún viaje oficial?

—Sé que debe resultarle extraño —aclaró leyéndole su cara de sorpresa—, pero la persona que se ocupa de los viajes no puede hacerlo. La operación es muy compleja y nadie aparte de mí está lo suficientemente cualificado. No se preocupe por las dietas, que correrán a cuenta de la empresa, y por supuesto contará con una generosa gratificación.

—¿Para cuándo está previsto el viaje? —preguntó dándose cuenta de que no podría negarse.

—Mi avión ya está preparado, salimos a las seis de la tarde. Deje todo en manos de Estefany y váyase a casa a preparar la maleta. No sé si estaremos un día o por el contrario necesitaremos alguno añadido para solucionarlo. Buenos días, Señorita Jammes.

Y de una forma rápida cortó de raíz cualquier interrupción que pudiera hacerle, dejando zanjada la conversación.

Alexia, que seguía sorprendida puesto que no entendía nada, no le quedó otro remedio que darse la vuelta y volver a marcharse. Esta vez hacia su casa obedeciendo la orden de que preparara la maleta y así pudiese acompañar a su jefe todavía no sabía muy bien para qué.

¡Los malditos paparazzi la siguieron en todo momento! Primero en el instante en que salió de la oficina, para dirigirse a casa. Y después al salir del apartamento para dirigirse, esta vez, hacia el aeropuerto. El lugar en el que el avión privado de su jefe esperaba a pie de pista.

Subió las escaleras del avión, escoltada por una azafata, y una vez dentro se sentó en una butaca amplia, contestando a la petición de si quería beber algún refresco. En ningún instante vio a su jefe que según la azafata permanecía en el interior de un cuarto privado que utilizaba en exclusiva.

El avión despegó según lo acordado. A las seis en punto. Ni un minuto más ni un minuto menos. Limitándose a mirar a través de la ventanilla sin seguir teniendo nada claro qué es lo que hacía subida en aquel avión.

La llegada a California se produjo en un tiempo récord de cuarenta minutos. Una vez en tierra una limusina los llevó a ambos hasta el mejor hotel de la ciudad. Un hotel en el que por supuesto no tuvieron que esperar, estaban las habitaciones ya asignadas. El Señor Scot en la mejor suite, y ella en una habitación de lujo de las que te costaban un ojo de la cara y las que estaban al alcance de muy pocos afortunados.

Una vez que vio la enorme habitación se tiró sobre la cama de dos metros y se quedó allí analizando lo raro que era todo, además de en el cambio tan brusco que se había producido en su vida desde aquel fatídico día en que se enteró de la infidelidad del que creyó el hombre de su vida en manos de otro. Volviendo a recordar a la persona que incomprensiblemente, y en tan poco tiempo, había conseguido que no fuese capaz de pensar en nadie que no fuese él a pesar de saberse engañada nuevamente...

Seguía así, despanzurrada sobre la cama, cuando el teléfono de la habitación comenzó a sonar. Se incorporó curiosa y lo cogió para llevarlo a la oreja.

—¿Sí?

—Señorita Jammes, ¿es usted?

La voz de su jefe sonó al otro lado.

—Sí, Señor Scot, soy yo.

—La espero a las nueve en el salón principal. Me acaban de llamar anulando la reunión hasta mañana y lo menos que puedo hacer es invitarla a cenar.

Alexia supo de la incomodidad que iba a sentir cenando con su jefe a solas, por lo que trató de disculparse.

—Disculpe, Señor Scot, creo que cenaré en la habitación, estoy un poco cansada y no tengo hambre.

—Alexia —dijo volviendo a llamarla por su nombre—, a estas alturas ya debería saber que nunca acepto un no por respuesta. La espero a las nueve.

Y colgó dejando a la chica con la boca abierta.

¿Sería cabezota?

Pasados unos segundos, cuando pudo digerir lo que le acababan de ordenar, colgó el auricular de manera brusca, cabreada como nunca lo había estado antes.

Odiaba a todos los Scot que conocía, los dos eran igual de arrogantes y engreídos.

¿Acaso se creían Dioses permitiéndose actuar sobre el mundo según les viniese en gana? Por lo visto así era.

Se metió en el baño, hecha una auténtica furia, y abrió los grifos de la enorme bañera. Necesitaría un buen baño para relajarse después de tantos y diversos acontecimientos en tan poco tiempo.

«Bueno, así no tengo mucho tiempo y no pensaré en quién no debo. Desde luego que es la parte positiva a todo este embrollo».

Una vez que la bañera estuvo llena, vació en el interior un botecito de aceite jabonoso, que desprendía un agradable olor a coco, lo que hizo que se acordase de la noche pasada en Aspen cuando los dos terminaron en la enorme bañera. Al acordarse se desnudó rápidamente mostrando un gesto de nostalgia en la cara, después se metió dentro y se dejó envolver entre el agua caliente sumado a aquel olor que le recordaba a Robert sin pretenderlo.

Cerró los ojos y quiso disfrutar del relajante baño antes de tener que hacer frente a una cena que no le interesaba en absoluto.

A las nueve en punto se presentó en el salón principal.

Iba vestida de manera informal con unos simples vaqueros negros y una camiseta blanca. Se puso lo primero que pilló y se calzó unas zapatillas de cordones. El pelo lo llevaba recogido en una coleta alta y la cara lavada con un poco de rímel como único maquillaje.

El metre, en cuanto la vio, salió a su encuentro y la condujo hasta una mesa del fondo, desde la que se divisaba la mejor vista de la ciudad.

La dejó en el lugar indicado y, una Alexia extrañada, comprobó en primera persona que el Señor Scot no se encontraba solo. Alguien lo acompañaba sin que acertara a saber de quién se podría tratar puesto que este estaba de espaldas.

—Que puntual, Alexia —decía un educado Señor Scot levantándose en un gesto de caballerosidad—, por favor, acompáñenos.

El metre retiró la silla y la ayudó a que pudiera sentarse, ella lo hizo un tanto avergonzada (no estaba acostumbrada a aquel tipo de atenciones), y mantuvo la cabeza hacia abajo, dando lugar a que no se diera cuenta de quién era la persona que estaba sentada a su lado mirándola con cara



de pocos amigos.

¡¡¡Desde luego que la sorpresa que se llevó fue mayúscula!!! Y es que allí, frente a ella, estaba un Robert completamente cabreado, fulminándola a través de aquellos espectaculares ojos.

—¿Qué haces tú aquí? —preguntó Robert de manera brusca, dejando a las claras que era la última persona que pensaba encontrarse en aquel lugar.

Alexia no tardó en recobrar de la sorpresa inicial y se olvidó de la presencia de su jefe, preguntando a su vez malhumorada:

—¿Y tú? ¿Acaso lo has planeado todo? —Empezaba a hacerse a la idea de que había recurrido a su padre tendiéndole una emboscada, porque si no, ¿cómo era posible que se hubiesen encontrado en el mismo hotel? Era una casualidad imposible.

—¿Planear qué? —Bramó alzando la voz—. Ya me has dejado bien claro que no quieres ni hablar conmigo por teléfono, ¿por qué habría de querer verte entonces?

Richard miraba a uno y a otro entusiasmado, pendiente de cualquier detalle, y le gustaba bastante la realidad que tenía en frente.

—No entiendo nada —logró decir.

—El que no entiende nada soy yo —la acusó—, ¿acaso te gusta jugar conmigo? No me puedo creer que no contestes a mis múltiples llamadas y ahora tengas la poca vergüenza de aliarte con mi padre y hacerme una encerrona. Porque es lo que es, ¿no?

—¿Qué? —La rabia al escuchar, tal desfachatez, hizo que sin darse cuenta terminara derramando el vino que le acababan de servir en su copa.

Richard, debido a aquel giro inesperado de los acontecimientos, decidió intervenir.

—He sido yo el que ha planeado el encuentro, —confesó consciente de que ambos dejaban de mirarse y se centraban en él. Mirándole una con incredulidad y el otro con un enfado de mil demonios.

—¿Tú? —Preguntó Robert sin dar crédito a lo que acababa de escuchar por boca de su padre—. ¿Quién te has creído que eres metiéndote en mi vida? Debí de haberte visto venir.

Cogió la servilleta, que tenía sobre las piernas, y la tiró de malas maneras sobre la mesa. Levantándose y arrastrando la silla sin cuidado.

Los ocupantes de las mesas vecinas empezaron a mirarles.

—Me voy, se me ha quitado el hambre —dijo cuando estuvo de pie, ignorándola completamente para marcharse de allí.

La siguiente que habló fue Alexia.

—Y a mí —replicó enfadada e igual que él se levantó de prisa dejando a su jefe allí plantado.

Y se dirigió hacia el ascensor, de forma decidida, implorando refugiarse en la tranquilidad de su habitación.

¡Volviendo a huir!

Y Robert, viendo que tomaba el camino hacia el ascensor, giró bruscamente en dirección a las escaleras sin estar dispuesto, de ningún modo, a compartir ningún espacio con ella. No después de lo que le había hecho.

Primero ignorarlo...

Después huir varias veces de él...

Y ya por último, y lo que había conseguido colmar el vaso, fue aquella estúpida historia que se había creado ella misma sin darle ninguna opción a explicarse ni en persona ni por teléfono...

Él era Robert Brownn, lo que significaba que no tenía ninguna necesidad de andar como un perrito faldero detrás de aquella chiquilla que lo estaba volviendo loco.

¡Loco del todo!

«Allá ella, sus historias, y sus quebraderos de cabeza. Bastante tengo yo con mis problemas como para añadir el peor de todos. Una novia intransigente además de desconfiada».

Y de esa manera pusieron distancia entre ellos. ¡¡Una distancia demasiado grande incluso estando alojados en el mismo hotel!!

Mientras, en el salón, quedó un Richard solo pensando en que quizás no había sido tan buena idea lo de planear que se juntaran.

—En fin, yo sí que tengo hambre —dijo avisando al metre para olvidarse de aquel detalle, dispuesto a leer las sugerencias del chef en la carta y apartando a un lado la pareja que a todas luces se atraía incluso más de lo que él en un principio pensó.

¡Resultaba una noticia magnífica!

Dejó que le volvieran a servir otra copa, del caro vino, y se lo llevó a la boca degustándolo pausada y tranquilamente. Una vez hecho volvió a dejar la copa sobre la mesa y se dejó llevar por las sugerencias del chef, pidiendo unas ostras y un solomillo en su punto. Aprovecharía que no estaba su esposa para regañarle por pedir lo que no debía comer.

¡Disfrutando del festín que se iba a pegar! Ya habría tiempo mañana de buscar nuevas ideas que hicieran tener un acercamiento entre aquella pareja tan tozuda.

A la mañana siguiente tuvo lugar la reunión anunciada por su jefe, una reunión absurda, en la que pudo comprobar, de manera impotente, que hubiese sido la misma sin su presencia. Entendiendo que el Señor Scot la había llevado hasta allí inventándose la excusa para que se reuniera con su hijo y se arreglaran.

Aquel hecho, en concreto, la tuvo durante todo el día con un humor de perros por el atrevimiento de su odioso jefe.

¿Quién se creía entrometiéndose e invadiendo su vida personal? Desde luego que era el colmo y la última gota que faltaba para desbordar el vaso.

Además, ¿arreglar qué? La obviedad de que no eran, nada, resultaba evidente, eran un par de jóvenes con perspectivas bien diferentes... la de ella ser tan inconsciente de creerle, y la de él, por el contrario, engañarla igual que habría hecho anteriormente a saber con cuantas.

¡Fin de la historia!

De regreso en la limusina, una vez finalizada la reunión, fue informada de que no podrían marcharse hasta el día siguiente debido a una última reunión que tenía que llevarse a cabo antes de abandonar la ciudad. Y claro está, Alexia no puso ningún tipo de contratiempo, entendiendo que no podría hacer nada al respecto. Limitándose a escuchar a su jefe y asintiendo de manera mecánica.

Total, un día más, ¿qué importaba?

Y si después de todo, aquello le parecía insuficiente, un nuevo detalle la desestabilizó en el instante en que entró en el hotel, provocando que el cabreo que llevaba fuese en aumento multiplicándose por mil, a medida que comprobaba disgustada que no iba a ser nada fácil olvidarse de Robert si lo veía en todas partes. Y es que, delante de sus narices, se lo encontraba en una pieza de cartón a tamaño natural informando de la fiesta que se celebraría en la discoteca de la planta de abajo a las once de la noche. ¿El motivo? “Cómo no” dar un fiesta en homenaje a un Robert Brownn que casualmente estaba en California promocionando su primera película no recomendada para menores de 18 años.

—¡Por todos los santos! ¿Cuándo va a acabar toda esta mierda? De verdad que no puedo creérmelo. Qué suerte la mía —gruñó llena de rabia y contención pasando de largo.

¿Es que no se iba a librar de él nunca?!

Soltó un bufido a través de la boca y emprendió la marcha en dirección a los ascensores, limitándose a esperar y resultando que, al final, dicha espera le terminó pareciendo eterna debido, en parte, a su estado anímico dificultándole ver algo de manera optimista. Una vez que las puertas se abrieron entró y pulsó el número de la planta a la que iba.

Su única obsesión era la de encerrarse en la habitación.

El ascensor no tardó en volver a abrir sus puertas. Alexia salió y continuó malhumorada después de encontrarse la sorpresa en el vestíbulo. Avanzó desganada y llegó a la puerta que le interesaba. Durante el trayecto no dejó de pensar en aquel condenado hombre que la seguía volviendo loca allá donde iba, cosa que le enfurecía, tanto, que incluso le temblaban las manos por el estado de aturdimiento y enfado en el que se encontraba, dificultándole el abrir la maldita puerta.

Perdió la poca paciencia de la que disponía y continuó metiendo la puta tarjeta dentro la ranura sin conseguir el simple propósito de abrirla, soltando todo tipo de improperios, por su linda boquita, siendo consecuente de lo torpe y condicionada que llegaba a estar ante el hecho de verle en una simple figura de cartón.

¿Es que ni siquiera iba a ser capaz de abrir una maldita puerta?

Tras escuchar el bendito clic, se creyó una auténtica vencedora y se sumergió en un estado de letargo para anestesiar el dolor. Estaba indignada con el mundo en general.

Terminó cerrando de un portazo, que se escuchó a lo largo del pasillo, y no le importó en absoluto a medida que se dejaba caer sobre la cama, de cualquier manera, en un férreo intento de saber qué hacer y sobre todo de saber cómo actuar. Estaba sobrepasada.

¡E imaginó la forma de vengarse para darle a probar de su propia medicina!

No habían transcurrido ni veinte minutos, cuando una sonrisa traviesa iluminó la cara de Alexia. Se le acababa de ocurrir una disparatada idea y ella tenía tiempo para llevarla a cabo. La aburrida reunión no sería hasta la mañana siguiente así que disponía del resto de la tarde a su antojo.

Supo, por primera vez después de lo de Aspen, en qué emplearía el tiempo sin pararse a pensar en las posibles consecuencias, si es que las había.

Se levantó de la cama, cogió el bolso, de nuevo se calzó los zapatos, y volvió a salir.

En el hall del hotel volvió a cruzarse con el Robert de cartón lo que aprovechó para sacarle la lengua a su paso, planeando la venganza que iba a tener lugar en la discoteca esa misma noche.

«¿No se había limitado él a jugar sucio? Pues bien, la hora de jugar ahora le pertenecía a ella y sabía lo que tenía que hacer».

Salió a la calle llena de una energía renovada, interesada en tomarse la revancha. Había llegado su momento y lo iba a aprovechar, estaba dispuesta a hacerle ver que ella también podía actuar como si no tuviese corazón.

Miró a un lado y se puso a caminar.

La sensación de frío, en el momento de salir, no fue suficiente para hacerla cambiar de parecer. Caminó siguiendo las indicaciones que el amable recepcionista le había dado, y no tardó en llegar a la zona de tiendas. Antes aprovechó que había una cafetería para internarse dentro y pedir un café. Una vez que lo terminó volvió a la calle y comenzó a mirar tranquila varios escaparates, y, mirando y mirando, logró ver en uno de ellos lo que estaba buscando.

En un principio le resultó demasiado atrevido, pero no se lo pensó. Entró en el interior y trató de olvidarse del malestar que empezaba a tener en la boca del estómago, regañándose a sí misma a la vez que se dirigía a la dependienta.

—¿Puedo ayudarla en algo?

La pregunta de la dependienta la sacó de sus pensamientos y se afianzó a la decisión que había tomado.

—Sí. Quisiera probarme un conjunto que hay en el escaparate.

—Muy bien. Por favor, sígame.

No tardó en salir, cuando lo hizo iba agarrando una bolsa de la mano y un gesto en la cara que lo decía todo, dispuesta a seguir jugando porque ella también sabría hacerlo.

¡Se iba a enterar aquel engreído con quién estaba tratando! Lo de ser una mojigata y una chica desapercibida se iba a acabar. A menos durante la fiesta de esa noche en la que estaba dispuesta a llamar la atención costase lo que costase.

¡Vaya que sí!

Cuando regresó lo hizo de manera triunfal, convencida de que lograría su objetivo.

Las primeras luces de la ciudad se encendieron a la vez poniendo fin a otro día, mientras que la luz de la luna se dejaba ver... Alexia entonces fue cuando comenzó a arreglarse.

Exactamente a las doce y media de la noche, cuando la fiesta estaba en pleno apogeo, una Alexia espectacular hizo su aparición en la discoteca.

Varios hombres se giraron, boquiabiertos, y la miraron con descaro. Además, los fotógrafos allí congregados daban palmas a causa de lo que veían. No podían creerse el golpe de buena suerte que acababan de tener. Admirando a la espectacular morena vestida de aquella manera tan atrevida, y sexy, que acababa de estrenar la ropa que se había comprado unas horas antes.

Acababa de despertar el interés de todos.

El vestuario consistía en una camisa de raso, en color rojo, que se ajustaba a la perfección a su silueta, marcando las formas y dejando ver un escote demasiado pronunciado. Una minifalda negra que tapaba lo justo. Y unos taconazos de vértigo. El pelo se lo dejó suelto cayendo sobre sus hombros de manera sensual, y para terminar un último detalle maquillándose bastante más de lo acostumbrado. Terminó dándose un carmín de color rojo intenso sobre su boca, a juego con la camisa.

El primero en verla fue Dan.

—¡Joder! ¡No me lo puedo creer! —exclamó atónito.

Robert lo miró pensativo.

—¿Qué es lo que no te puedes creer?

—Míralo tú mismo...

Y señaló hacia la barra. El sitio en el que una Alexia provocativa pedía un cóctel a un camarero bien dispuesto que no podía evitar mirar el escote pronunciado.

Robert siguió la mirada hacia las indicaciones de Dan como si nada, hasta que el pulso se le empezó a acelerar. Abrió los ojos como platos, totalmente incrédulo, a medida que en su interior comenzaba a hervirle la sangre de mala manera de lo furioso que de repente estaba.

—¿Qué demonios está haciendo?! —gruñó atravesándola con una mirada de hielo.

—No lo sé, creo que lo que busca es provocarte.

—¿Provocarme? —Preguntó furioso y fuera de sí—, ¡¡esta no sabe lo que está haciendo!!

Dan lo tuvo que sujetar por el brazo después de verle dispuesto a ir tras ella.

—¡Ni se te ocurra!

—¿Cómo dices? —alzó la voz apartándole el brazo de un manotazo.

—Estamos en una fiesta que te ofrece el mejor hotel de la ciudad y no puedes armar un escándalo, te debes a la prensa y a tus fans, que han conseguido una entrada para estar a tu lado y poder fotografiarse contigo.

—¡No me jodas, Dan!

—No. ¡No me jodas tú a mí! —Y continuó sin inmutarse—: Te quedarás aquí. Te olvidarás de que la has visto y cumplirás con tu trabajo. Eso es lo que vas a hacer. ¿O acaso se te ha olvidado que no quiere saber nada de ti? Porque que yo sepa te lo ha demostrado a base de bien.

El último comentario logró lo que parecía imposible, templando los ánimos y consiguiendo pensar fríamente en lo que su amigo acababa de decirle.

Tenía toda la razón.

—Está bien. Lo intentaré —prometió taladrándola con la mirada sin mucha convicción que digamos—, ya tendré tiempo de ponerla en su sitio.

—Miedo me das —dijo Dan. Lo conocía demasiado bien.

Alexia, ajena a la conversación entre ellos, bebió un trago del rico cóctel que le acababan de servir y echó un barrido por la sala hasta que lo vio. Topándose con unos ojos fríos y endemoniados.

¡La mirada que se cruzaron hizo que por un momento estuviese a punto de incendiarse el local!

El primero en apartarla fue él, y con premeditación y alevosía, se dirigió a un grupo enloquecido de fans, que esperaban su turno para hacerse una foto con su ídolo. Algo a lo que se dispuso de buena gana aprovechando para cogerse a la cintura de cada una de ellas, para dejarse abrazar en un férreo deseo de sacarla de quicio.

—¡Será cabrón! —Dijo en voz alta—. Muy bien, quiere jugar, ¡pues juguemos!

Entonces se llevó la copa a los labios en un clamoroso intento de mantener la calma y se dio cuenta de que estaba vacía, (ni siquiera recordaba habérsela bebido) mientras le veía, ahora, refregarse literalmente contra una chica rubia que parecía encantada de la vida.

Fue engullida por unos celos implacables, que la destrozaron por entero, y se decidió a actuar dirigiéndose a la abarrotada pista de baile. Allí comenzó a bailar de una manera sugerente con el propósito de provocar a cualquier hombre que se le pusiera a tiro, con la certeza de que desde luego ella también podría hacer lo mismo que él.

¡Si la cuestión era ver quién llegaba más lejos que así fuera! Y no tardó en percibir una fuerte mano alrededor de la cintura.

Se giró esperanzada e incluso se olvidó del enfado. Imploraba porque fuese Robert el que la hubiese tocado.

La desilusión se hizo paso a través de sus ojos que veían, a un desconocido pegado a su cuerpo para llevársela al huerto.

Deseó, en lo más profundo de su ser, que se hubiese tratado de él...

«Mierda», pensó disgustada. ¿Y decía que no era nadie en su vida? ¿A quién trataba de engañar?

Se empeñó en calmarse tras el vaivén de emociones en las que estaba envuelta. Empezaba a estar incómoda debido a la cercanía de aquel desconocido y volvió a buscar a Robert, se lo encontró en actitud cariñosa susurrando algo en el oído de, “ahora” una morena.

Tuvo que cerrar los ojos por el daño enorme que le causaba aquella imagen y se terminó de decidir, dispuesta a no darse por vencida delante de aquel hombre que la había engañado de forma tan vil. Se echó la manta a la cabeza con el propósito de hacer daño a costa de lo que fuera, decidiéndose a seguir adelante consciente de que debía olvidarse de lo que estaba viendo.

Debía ponerse a su misma altura y para ello debía jugar a un juego que a él parecía dársele de maravilla.

«Porque de eso se trataba, ¿no?», se preguntó una dubitativa chica que quiso infundirse de unas fuerzas que empezaban a faltarle.

¡Odiándose por ello!

Y antes de que las dudas no la dejaran seguir, terminó pasando los brazos alrededor del cuello del hombre desconocido (en lo que se acabó convirtiendo en una insinuante invitación).

Llegaría hasta el final si así conseguía apartar los pensamientos de aquel hombre que desgraciadamente había entrado en su vida.

Por supuesto el desconocido no tardó en dar el siguiente paso.

—Estás deslumbrante, Alexia.

Alexia quedó desconcertada.

—¿Me conoces?

—Es raro no hacerlo después de que hayas salido en casi todas las revistas —aclaró acercándola con descaro—. Además, debo darte las gracias porque me hiciste ganar varios dólares.

—¿Qué?

—Soy fotógrafo. Hicimos una apuesta entre compañeros y gané junto a otros dos.

—¿De qué se trataba? —Quiso saber debido a la curiosidad.

—Apostamos doce a uno a que Robert no podría haber sentado la cabeza, es imposible si tenemos en cuenta la suerte que tiene de tener a la que quiera. ¡Menudo cabrón! Y encima a las más buenas... —continuó desviando la mirada hacia el escote que le permitía ver parte de sus pechos.

La incomodidad en los brazos desconocidos se agrandaba a pasos agigantados, pero aun así se dejó llevar por el fotógrafo, después de verse vencida tras escuchar aquella verdad abrumadora. Provocando una terrible desazón en su interior.

—¿Estás alojada aquí?

Alexia asintió.

—Quizás podríamos perdernos un rato en tu habitación, ¿no crees?

—Te gusta ser directo, ¿no? —Puso la mano sobre el pecho del desconocido para alejarse, algo que este no le permitió y no le gustó nada—, creo que necesito una copa.

—Te invito —dijo al verse rechazado con la certeza de que lo volvería a intentar.

¡Vaya que lo haría!

La cogió de la mano y ella no replicó, dejando que la llevara a la barra para, después de servirles, conducirla a lo que era un sofá apartado en busca de la intimidad necesaria.

—Aquí de momento estaremos mejor —susurró con la intención de llegar a sus labios.

Alexia se apartó y tuvo la convicción de que no le apetecía ser besada por ningún hombre que no fuese Robert. Pero el fotógrafo tenía otros planes bien diferentes y no tardó en volver a intentarlo, solo que, otra vez, fue apartado por la mano que ella volvió a poner sobre el pecho para impedirselo.

—No.

—¡Vamos, guapa! ¡No te hagas la estrecha ahora! Tienes toda la pinta de haber venido a la fiesta para darle en los morros, ¿por qué no lo disfrutamos? Esto parece divertido.

Alexia, a esas alturas, le empezaba a faltar el aire.

—Quizás parezca divertido, pero te aseguro que no lo es —decía avergonzada por su comportamiento—. Lo siento, me he equivocado, no sé lo que hago aquí.

Dejó la copa sobre la mesa y se levantó.

—Alexia, Alexia... —la llamó este último para ir en su busca.

La joven estaba en otro mundo, se odiaba por intentar, ¿qué?, ¿provocarle?, ¿ponerle celoso?, ¿acaso se creía alguien en su vida?

¡Que patética resultaba! Y a medida que era consciente del ridículo que estaba haciendo, lo único en lo que pudo pensar fue en desaparecer y largarse de allí para olvidar el comportamiento infantil que era impropio en ella.

Iba pensando en la fatalidad de sus hechos, cuando repentinamente fue asaltada por alguien que se tomaba la libertad de agarrarla del brazo y la sacaba de sus pensamientos.

Se dio la vuelta, desconcertada, y se encontró con el hombre que por lo visto no estaba por la labor de tirar la toalla, convirtiéndose en un auténtico pesado.

—¿Qué haces? Ya te he dicho que... —contestaba Alexia cabreada antes de verse impedida a seguir hablando.

Lo que sucedió ni siquiera lo vio venir de lo confusa que estaba, obviando las verdaderas intenciones, de aquel tipo, viendo como se le echaba encima y se apoderaba de su boca implacablemente, permitiéndose agarrarla de la cintura y acercándola a él sin molestarse en averiguar si es lo que ella quería. Simplemente dejándose llevar de la mano de la lujuria que tuvo en el instante en que la vio con aquel atuendo tan provocativo.

Veinte minutos antes, de que todo sucediera, Robert seguía esforzándose por tener la voluntad suficiente de olvidarse de que ella estaba allí, una tarea que resultó bastante ardua.

La seguía a cada segundo y ahora la veía bailando agarrada al cabrón del paparazzi que peor le caía.

—¡Ni se te ocurra! —le dijo Dan leyéndole el pensamiento e hizo avanzar a otro grupo de chicas.

Robert apretó la mandíbula y no le quedó otro remedio que aceptar el nuevo grupo, eso sí, dejó ver una expresión en la cara que daba miedo, fulminando a la pareja que se marchaba a la barra cogida de la mano.

—¡No me hago ninguna puta foto más, Dan! —explotó de repente.

—¿Qué...?

—¡Lo que oyes! Tengo un asunto que solucionar.

—No, nada de eso. —Y se interpuso delante—: ¿Acaso no ves que lo que quiere es lo que está consiguiendo? Ignórala y ya verás lo poco que tarda en marcharse. Además, ¿qué es lo que vas a solucionar si ni te habla? ¿Ya no te acuerdas las veces que la has llamado? Olvídate de ella y punto.

Una nueva fan llegó requiriendo un autógrafo, y al ver la cara descompuesta de su representante, cogió el bolígrafo y firmó, haciéndole ver que o aceleraba la sesión o las dejaría plantadas.

Aunque lo cierto es que la tranquilidad duró bien poco, lo que tardó en ver a aquel cabrón yendo detrás de los pasos de Alexia y sin que todavía fuese consciente de lo que vendría después...

—¿Qué coño hace? —preguntó en voz alta pendiente de aquel cabrón que la cogía del brazo consiguiendo que se diera la vuelta para...

¿Para qué?

—¡¡Hijo de puta!! —estalló.

Vio cómo la besaba y provocó que la reacción fuese instantánea. Apretó los puños y dejó de prestar atención a ninguna de sus fans, dejándolas plantadas, para limitarse a ir hacia el otro lado mostrando el semblante serio e incontrolado. Jamás nadie había conseguido encolerizarle así, y desde luego que no le importaba estar dispuesto a admitirlo. Necesitaba apartar a, aquel cabrón, de la que seguía siendo la única chica que despertaba en él el deseo de protegerla costase lo que costase...

Mientras, un Dan ajeno a todo lo que no fuese terminar esa nefasta sesión de fotos, antes de que se liara a lo grande, empezó a percatarse de que debía de estar sucediendo algo raro.

Se temió lo peor y fijó la atención en un Robert que apresurado cruzaba la discoteca. Al



entender lo que sucedía echó a correr. Sabía lo que iba a suceder a continuación.

—¡Robert! ¡Robert! —gritaba a todo pulmón sin el menor resultado dándose cuenta, para su desesperación, que los que todavía no sabían lo que estaba pasando giraban sus cabezas hacia ellos.

Alexia, en un primer momento, se quedó aturdida después de ser besada en contra de su voluntad, pero no pudo reaccionar y se quedó quieta antes de que encontrara las fuerzas necesarias para apartarse.

Se quiso morir en cuanto vio la cara conocida de un hombre que se acercaba desde el otro lado, a grandes zancadas, atravesándola con una mirada asesina que la hizo empequeñecer.

—¿Qué haces? —Preguntó el desconocido enfadado—, no puedes insinuarte como lo has hecho y ahora dejarme así. ¿A qué estás jugando, joder?

—Será mejor que te vayas —logró decir mediante un susurro de manera avergonzada.

—¿Qué? No pienso irme a ningún sitio hasta que terminemos lo que tú has empezado en la pista de baile —contestó alzando la voz sin percatarse de que Robert estaba detrás escuchando la conversación.

—¿Y qué es lo que ha empezado? —preguntó a su espalda de manera amenazante.

El fotógrafo se dio la vuelta y se encontró, cara a cara, con un Robert que no dejaba la menor duda acerca de lo que iba buscando, mascándose la tensión en la mirada asesina de ambos.

—¡Tú no te metas! —le advirtió el paparazzi apuntándole con el dedo convencido de que desde luego allí sobraba. Después se dio la vuelta y dijo en tono despectivo—: Menuda calientapollas...

¡Robert, sencillamente, explotó!

Aquellas palabras le hicieron perder el control, no era capaz de ver más allá de lo que aquel hijo de puta acababa de insinuar y, con una fuerza inusitada, le terminó dando un puñetazo en medio de la cara haciendo que cayera sobre el suelo.

Dan no pudo hacer nada para impedirlo.

—¡¡Hijo de puta!! —Escupió un Robert descontrolado por la ira—. ¡¡Si vuelves a hablar así de mi novia te juro que te mataré!!

Y se limitó a esperar a que se levantara para seguir golpeándolo, ajeno a la expectación que estaba levantando.

—¡Vamos, cabrón! ¡Levántate!

Una Alexia incrédula se dio cuenta de lo que había provocado por su poca cabeza y se odió por ello. Tanto fue así que no prestó atención a lo que Robert acababa de decir, mientras los flashes de las cámaras no perdían detalle de lo que estaba ocurriendo relamiéndose de gusto.

¿Qué es lo que había hecho?

Aunque la peor parte estaba por venir, y fue en el instante en que alzó la mirada y se encontró con la suya. Solo entonces un terrible dolor atravesó su corazón puesto que él no estaba dispuesto ni a dirigirle la palabra y se limitaba a mirarla con lo que parecía odio.

Mientras sucedía todo esto, el fotógrafo consiguió ponerse en pie tras el inesperado puñetazo. Quería, de la forma que fuera, devolverle el golpe a aquel hijo de puta que tan mal le caía. No lo consiguió, el equipo de seguridad se afanaba en separar a los dos hombres para que la normalidad se restableciera de una buena vez.

Tardaron bastante en hacerlo.

Pasaron varios minutos antes de que Alexia supiera qué era lo mejor y quiso salir de allí. A cada segundo que pasaba más avergonzada estaba. Dio media vuelta y echó a correr como una loca al ser consecuente de que no podría enfrentarse a la mirada de odio que le había dedicado en

exclusiva, y sobre todo a la vergüenza que la consumía. Un ataque de histeria la taladraba por lo que había terminado provocando.

¡Sintió los ojos de él clavados sobre su espalda!

—¡Joder, Robert! ¡Mira que te he avisado! —se quejaba fuera de sí Dan después de los resultados de aquella catástrofe. Las fans estaban cabreadas y celosas por lo que acababan de presenciar—, las fotos saldrán en las revistas del viernes. Desde luego que la película no va a pasar inadvertida por tus salidas de tono y ni siquiera está Pamela. Acabas de dar lugar a nuevos comentarios acerca vuestra y no es nada bueno.

—¡¡Vete a tomar por el culo!! —fue lo que dijo, viéndola dirigirse hacia los ascensores como si no le importaba nada el revuelo que se acababa de armar, y eso que era la única culpable. Encima, presenciar cómo volvía a salir huyendo colmó la paciencia de un hombre descontrolado — ¡¡Iros todos a tomar por el culo!!

Dejó a Dan plantado, dio media vuelta y echó a correr tras ella, nada dispuesto a dejarla marchar después de la que había armado.

La pilló dentro del ascensor antes de que cerrasen las puertas, consiguiendo desbaratar sus nuevas intenciones de huida.

—¡¿A qué coño estás jugando?! —le preguntó de manera amenazante.

La dureza en cada una de las palabras la hizo retroceder dos pasos. Los suficientes hasta dar con la espalda en la pared del ascensor, quedando acorralada.

—Yo... —titubeó avergonzada.

Las puertas del ascensor se cerraron y comenzaron el ascenso a la planta en la que estaba hospedada, y mientras eso sucedía, Robert estalló después del numerito que se había armado.

—¡Te marchas sin darme la oportunidad de explicarme! —Continuó gritando sobre su cara de forma incontrolada—, ¡no contestas a ninguna de mis llamadas!, y ahora, en cuanto tienes la menor oportunidad te presentas ¡así! para intentar, ¿qué? ¿Provocarme? ¿Acaso has perdido la razón? ¿Cómo se te puede ocurrir presentarte así en mi fiesta?

—Lo siento. —Fue lo que pudo decir incapaz de mantenerle la mirada.

—¿Y te crees que un lo siento es suficiente? —gritó más fuerte.

Estaban tan cerca, el uno del otro, que en el momento en que uno de los dos se moviera sus cuerpos terminarían rozándose.

—¡Joder, Alexia! Me estás haciendo perder la cabeza —confesó lleno de rabia mirando la cara de la chica inclinada hacia abajo— y ni siquiera sé si merece la pena. ¡Así no!

Y como ella seguía sin mirarle, su cabreo creció hasta un límite insospechado, dando lugar a que pulsara el botón de parada.

—¿Qué haces?

—Aquí encerrada no tendrás la oportunidad de escaparte, algo que haces demasiado bien para mi tormento y no lo voy a consentir. ¡Esta vez no!

A continuación todo sucedió demasiado deprisa, y fue cuando una Alexia, incapaz de permanecer allí después de lo que había provocado, intentó pulsar el botón implorando por llegar a su planta con el fin de esconderse después del ridículo que había hecho.

Al hacerlo, y de manera inesperada, sus cuerpos se tocaron y ocasionó a que, una explosión de sentidos, los hiciera olvidarse de todo. De todo menos de ellos...

Antes incluso de darse cuenta, un Robert totalmente excitado, y fuera de sí, la empujó contra la pared del ascensor y se apoderó de aquellos labios que tanto había echado en falta, sonriendo aliviado al notar cómo Alexia se agarraba a su cuello y se limitaba a seguirle con la misma urgencia que él.

Desde luego no era el momento de pensar en lo acontecido y se aisló del mundo con la necesidad de que solo existían ellos dos y la pasión desenfadada que sentía el uno por el otro.

¡Necesitándose con un dolor físico abrumador!

—¡Oh, Alexia! ¡Alexia! ¿Por qué te empeñas en alejarte de mí? —Susurraba atormentado bajando hasta el escote pronunciado y besando el canalillo que dejaba a la vista aquella sexy camisa—, no sabes lo que he tenido que contenerme cuando te he visto para no salir corriendo tras de ti y arrastrarte ni se dónde.

Desabrochó la camisa, demasiado deprisa, y después hizo lo mismo con el sujetador, dejaba ver que la intención era la de poder tener acceso libre a sus pechos, comenzando a acariciarlos mientras que la seguía besando apasionadamente.

—¿Alguna vez lo has hecho en un ascensor? —preguntó lleno de lujuria.

—No.

—Siempre hay una primera vez, amor, y yo estoy encantado de mostrártelo.

Un grito de sorpresa salió de ella al notar, cómo de pronto, la alzaba sin esfuerzo. Agarrándose a su cuello y sintiendo la mano de él primero de un tobillo y después en el otro para que se abrazara con sus piernas alrededor de la cintura masculina. Quedó expuesta con la falda subida hasta la cintura, sin ser capaces, ninguno de los dos, de pensar más que en calmar a sus cuerpos de aquel abrasador calor que los asfixiaba por dentro.

—Así mejor, ¿verdad?

—¡Oh, Robert! ¡Te necesito!

—Seguro que no tanto como yo a ti, nena.

Ahora sí que tenía acceso directo a aquellos pechos que pedían a gritos un poco de atención. Dejó de besarla en los labios y bajó hasta ellos para seguir besando una y otra vez, escuchando los gemidos de una desinhibida Alexia que estaba dispuesta a darlo todo.

—Me gusta tanto escucharte, Alexia. —Y de manera rápida bajó la mano hasta el botón de sus pantalones para desabrocharlos, bajó la cremallera y liberó a un miembro completamente erecto que ansiaba por hacerlo—. ¡Alexia! ¡Alexia! ¡No sabes lo mucho que te he echado de menos! Si lo supieras...

No pudo terminar la frase y actuó loco por la pasión, le apartó el tanga a un lado, para tener vía libre, y la sujetó por el trasero con ambas manos, logrando embestirla sin controlarse ni un segundo más a la vez que degustaba la calidez entre sus muslos. Anhelaba la necesidad de poseerla para hacerla suya. Le dolía lo mucho que la amaba y sobre todo lo mucho que la había echado de menos.

Un grito escapó de los labios de Alexia, se agarró y se dejó llevar por sus sacudidas, mirándolo henchida de placer en cada nueva acometida, comprendiendo la dependencia que tenía de él.

—¿Te gusta mirarme, Alexia?

—Sí. Mucho —logró decir mediante jadeos sintiéndose plena con cada nueva embestida. Siendo empujada contra la otra pared, del ascensor, sin importarle la dureza con la que lo hizo porque la excitaba sobremanera—, no sé si podré aguantar.

—¡Córrete, Alexia! —ordenó en un tono autoritario—. ¡Córrete para mí, nena!

Alexia se dejó llevar y se corrieron a la vez, dejándose envolver por la maravillosa explosión que seguía, al clímax. Incapaces de apartar los ojos el uno del otro después del sexo compartido, diciéndose tantas cosas...

—¡Joder, Alexia! ¡Cuánto te necesitaba! —exclamó un cansado Robert mientras salía de su interior. Abrazándola y dejando caer la cabeza entre su pelo, saboreando los momentos de placer

que acababan de compartir mientras que la respiración volvía a la normalidad.

—Eres un perverso, ¿lo sabías? —dijo agarrándose fuerte y de manera desesperada para no alejarse de él. ¡Lo necesitaba tanto!

Pasaron varios minutos en los que se limitaron a permanecer abrazados, parecía que era lo que ambos necesitaban después de los acontecimientos pasados. Sobre todo tras la separación que ella impuso y que resultó ser demasiado dolorosa.

—No sabes lo que necesitaba sentirte, Alexia —repitió rompiendo el silencio—. De veras que no te haces a la idea.

—Robert, yo...

Dejó de abrazarlo con las piernas, lo que él intuyó a que quería apartarse, así que la dejó sobre el suelo, dolorosamente, debido a que se notaba rechazado.

La vio bajarse la falda para después abrocharse la camisa.

Lo que él no sabía era que lo que intentaba Alexia era darle una explicación, aunque esta no fuera nada fácil.

—Siento mucho lo que ha pasado. Es verdad que me he vestido así con la intención de provocarte, solo que he llegado demasiado lejos y estoy muy avergonzada. La prensa tiene que estar frotándose las manos gracias a las fotografías que deben de haber hecho.

—Eso ahora no importa, amor, nada importa. —Cogió su cara y se acercó para besarla con suavidad—. Solo importamos tú y yo.

—¿De veras? Deberías estar enfadado conmigo.

—Y lo estoy. ¡Vaya si lo estoy! —Contestó bajando las manos, poniéndoselas sobre sus caderas para acercarla—, pero no de la forma en la que crees.

—¿Qué? —preguntó.

—Ahora te lo diré.

Robert se limitó a pulsar el botón del ascensor para recobrar el ritmo y se abrochó el pantalón.

—Tenemos una conversación pendiente y la vamos a tener, ¡ahora! —Y para restar un poco de tensión la miró con burla preguntando—: ¿En tu habitación o en la mía?

Las puertas del ascensor se abrían en ese instante lo que él aprovechó para cogerla de la mano y sacarla de allí.

—¿Cuál es tu habitación?

—La trescientos cuarenta, está aquí.

—Bien.

Alexia sacó la tarjeta del bolso y abrió la puerta. Robert simplemente la siguió cerrando tras de sí.

Una vez dentro fue hasta el mini bar, sacó dos copas, y una botellita de whisky, y la sirvió. Mientras lo hacía la observó sentarse sobre la cama y le leyó la tristeza que la embargaba.

No tuvo que esperar a saber el por qué.

—No sé si es una buena idea —dijo Alexia—. Desde que nos conocimos no se nos ha dado demasiado bien hablar. Siempre terminamos discutiendo.

—Porque tú quieres. Si no salieras huyendo cada vez que te viene en gana no tendríamos que terminar haciéndolo. Además —le dijo dándole la copa—, necesito saber por qué te marchaste de la forma en que lo hiciste, y el por qué no has contestado a ninguna de mis llamadas.

Alexia se levantó de la cama y se alejó hasta el balcón desde el cual se veía una increíble panorámica de la ciudad.

—Me mentiste, Robert. Me hiciste mucho daño. Por eso huí.

—¿Qué?! —La sorpresa dio lugar a una mirada de completa impotencia después de escucharla—, ni siquiera sabes de lo que estás hablando. ¿Ves? Es a esto a lo que me refiero.

—¿Ah, no? —alzó la voz y se dio la vuelta haciéndole ver que no se equivocaba cuando le dijo que terminarían discutiendo—. Que yo sepa nadie le da las llaves de su casa a cualquiera. No me vengas ahora con que no sé de lo que estoy hablando. Me basta lo que vi, y sé a ciencia cierta que no estoy equivocada.

—¿Cómo puedes llegar a decir tantas barbaridades? —Le reprochó incrédulo sin que pudiese creer lo que oía por su boca—. Mira, Alexia, te dije que no iba a ser fácil, pero lo que nunca llegué a creer es que quién no lo iba a hacer así serías precisamente tú.

—¿Qué insinúas?

—Es muy sencillo, tanto como que todo esto nos lo podríamos haber ahorrado si te hubieses quedado en vez de salir corriendo como es costumbre en ti. Y para que lo sepas ya me estoy empezando a cansar de este jueguito.

Se llevó el alcohol a la boca y se lo bebió de un trago, apaciguando su ánimo destrozado.

—¿Quién está jugando? —gritó rememorando lo sucedido en Aspen, entonces decidió abrirse a través de una verdad que no se había atrevido a confesar hasta ahora, añadiendo—: Para ti será un juego, pero te aseguro que no lo es para mí. Acabo de salir de una relación de dos años pensando que era feliz y resulta que nada más lejos de la realidad. He terminado humillada y apaleada con el que ha sido el primer hombre en mi vida, así que no me vengas ahora con esas. ¡No te lo voy a permitir!

¿¿Qué era lo que acababa de decir!?

Robert se acababa de quedar pasmado debido a dicha revelación, y la miró con los ojos muy abiertos, tratando de digerir lo muy diferente que era a todas las mujeres que habían pasado por su vida sin pena ni gloria.

—¿Tú primer hombre? —Preguntó incrédulo—. ¿Acaso me estás diciendo que no has estado con nadie más?

—Aparte de ti, y Jack, no.

—¡Oh, Alexia! —exclamó levantándose para acercarse, aunque fue rechazado al no estar dispuesta a consentir que entre ellos no se mantuviese una distancia prudencial, empeñada en abrirse sin distracciones de ningún tipo. Tuvo que aceptarlo, de mala gana, respetando su decisión antes de volver a sentarse sobre la cama—. No me puedo imaginar por el calvario que has tenido que pasar por ese hijo de puta.

—Ese no es el caso ahora, Robert —le cortó—. Aunque ni yo misma me lo crea es agua pasada, lo que me asusta de veras es lo que estoy viviendo aquí y ahora. ¡Contigo!

—Sigue, por favor. Dime todo lo que se te pasa por esa cabecita.

Alexia suspiró al tiempo que bebía un trago de whisky para darse fuerzas.

—Todavía, a día de hoy, no me puedo creer en lo interesado que sigues estando en mí, y eso hace que me proteja ante ti de la única forma que tengo de hacerlo. Es por eso que huyo cada vez que surge un contratiempo. No estoy preparada para volver a sufrir, y es lo que creo que me va a pasar si permanezco a tu lado. —Se sinceró bajando la mirada para que no viese sus ojos llenos de lágrimas.

Un silencio los envolvió, un silencio cortado por la voz rota de las emociones que se estaban viviendo, dentro de aquella habitación de hotel, a través de una pregunta inesperada:

—¿Quieres saber lo que realmente me atormenta Robert?

—Sí —susurró apenado al ver sus lágrimas. Se le hacía imposible permanecer allí sentado—. Cuéntamelo.

Se limpió las lágrimas y, decidida a dar el último paso, alzó la mirada, pudiendo ver en aquellos ojos azules el tormento por el que Robert también estaba pasando.

—Lo que me atormenta soy yo misma preguntándome cada día... ¿Hasta cuándo durará la relación? ¿Cuándo se cansará de mí para irse con otra? Y eso es algo que me está matando — confesó de una vez por todas.

Necesitaban sinceridad y ella estaba dispuesta a darla a pesar de las posibles consecuencias.

—Te dije que no te iba a engañar y lo voy a cumplir, nena. No estoy seguro de hacia qué lugar nos llevará la relación que tenemos, pero hay algo que sé y que tú deberías creerte. Estoy a gusto contigo y para mí es suficiente, aunque he de saber algo. Mi pregunta ahora es. ¿Y para ti?

—¡Oh, Robert! ¿Acaso no sabes ya mi respuesta? Por supuesto que para mí también lo es, pero la interrupción de aquella...

—¡Calla! ¡Ni la nombres! —Y sin poder permanecer separado, ni un segundo más, se acercó para confesarle—: Ella no es nadie. Tan solo una más. Nunca he tenido novia formal como ya te dije, y debes creer en lo que te digo, siempre.

—¿Y la llave?

—Se la di hace tiempo, es cierto. Pero solo porque con ella he tenido el suficiente rollo como para saber que la tendría cuando quisiera, y ahí queda todo. Hace mucho que no nos veíamos y al saber que estaba en Aspen decidió darme una sorpresa. Te prometo que no hay nada más, si no te lo diría aunque ello significase que no quisieras volver a verme. Soy hombre de cumplir mis promesas, y desde luego que contigo no pienso empezar a romperlas. ¡Sobre todo contigo! Anda ven aquí —terminó diciendo de manera dulce.

Alexia se dejó estrechar entre sus brazos, necesitando como nunca antes sentirse querida. Algo a lo que él por supuesto estaba más que dispuesto.

—¿Mejor así?

—Mucho mejor, estos días han sido un verdadero infierno.

—También lo han sido para mí, amor. Por eso disfrutemos de lo que tenemos ahora. No pensemos en el mañana, ¿estás dispuesta?

—Por ti desde luego. —Alzó la barbilla hasta encontrarse con los maravillosos labios que la hacían perder el sentido, volviendo a sentirse una mujer afortunada por estar dónde, y sobre todo, con quien quería.

—¿Puedo quedarme contigo esta noche? —le preguntó en esos momentos sobre sus labios con una sonrisa traviesa que lo hacía terriblemente atractivo.

—No solo puedes, sino que debes —le respondió sonriendo, abrazándolo intensamente—. Robert...

—¿Sí?

La mirada de ella cambió mientras barajaba la posibilidad de que quizás tendría que volver a bajar otra vez a la discoteca.

—¿Puedes quedarte o tienes que bajar otra vez?

—La fiesta ha acabado en el momento en que me he marchado. No sería buena idea bajar, total lo que ellos querían ya lo tienen.

—Lo siento —volvió a disculparse.

—No lo hagas. Gracias a la que has liado hemos podido encontrarnos de nuevo y es lo único que importa.

—¿Hablas en serio?

—Por supuesto, nena. Cuando te dije lo mal que lo había pasado no exageré nada. Por eso

no me arrepiento ni lo más mínimo de lo que allí abajo ha sucedido. No, si te tengo como yo deseaba. Anda, acostémonos un rato para poder descansar, ¿vale? Ahora es lo único que me apetece. Dormir abrazado a ti.

—Dices unas cosas tan bonitas. Me haces sentir demasiado bien.

—Entonces disfrútalo, ¿vale?

—Vale.

Finalmente dejaron lo de dormir para más tarde y se desnudaron mutuamente mientras que se besaban y acariciaban, reavivando la llama que los envolvía, haciéndolos enloquecer.

Después de hacer el amor permanecieron abrazados lo que quedaba de noche.

A la mañana siguiente se despidieron con una rapidez que no gustó a ninguno de los dos. El avión privado de Robert salía a las ocho en punto, y desde luego aquel detalle no se podía obviar.

Después de besarla con un beso casto, porque si no, no habría Dios que lo separara de ella, recogió la ropa que estaba tirada por allí, y se vistió a toda prisa, dispuesto a volver a la habitación a recoger sus cosas para terminar de preparar la maleta.

Al cerrar la puerta echó un último vistazo a la cama, el lugar en que una Alexia resignada le decía adiós, pensando en una mejor manera de despedirse si iban a pasar, ¡dos días! sin verse.

¡Empezó a echarla de menos y eso que todavía no se había marchado!

—Hasta el viernes, preciosa —dijo antes de abandonar la habitación con una voz que le delataba, dejando ver que a él también le costaba separarse de ella tras el reencuentro tan excitante que tuvieron la noche anterior.

¡Odió la obligación de seguir promocionando la película!

Y así fue cómo, se separaron a la fuerza, para tomar caminos diferentes... Robert con dirección a Nueva Jersey, y Alexia con dirección a casa una vez que terminase la reunión que tenían programada para ese mismo día.

—Contaré los minutos hasta que nos volvamos a ver. Por favor Robert, no te olvides de mí.

—Nunca, ¿me has oído? ¡Nunca! —Y le dedicó una sonrisa tranquilizadora, lanzando un beso desde la distancia, porque si se acercaba terminaría retrasando su partida—. Te dije que soy un hombre que cumple las promesas, nena, y ahora más que nunca estoy dispuesto a seguir haciéndolo. Te lo debo después de lo mucho que significas en mi vida.

La miró una última vez y a continuación cerró la puerta tras de sí.

—Hasta el viernes —se escuchó decir a Alexia mediante un susurro triste una vez que él desapareció.

Dio media vuelta, sobre la cama, y se colocó sobre su lado vacío, embriagándose del olor característico que siempre le acompañaba.

Lo echó terriblemente de menos.

¡¡Sabía que los dos días que los separaban iban a resultar completamente eternos!!

También supo que no podría dormir, así que se levantó de mala gana. Se metió en el interior del baño y abrió el agua de la ducha recordando en su mente las imágenes de la noche pasada.

Bueno, habían quedado en verse el viernes, en el apartamento de ella en el momento en el que él llegase procedente de Los Ángeles, así que podría resistirlo, ¿no?

Los dos días, que estuvieron alejados, se le terminaron haciendo eternos y ni siquiera el trabajo atrasado, que se encontró a la vuelta de California, fue suficiente para mantener la mente ocupada en otra cosa que no fuese él y la necesidad imperiosa a cada minuto que pasaba de volver a verle y sentirse entre sus brazos. Estaba locamente enamorada de aquel hombre que le había robado en tan poco tiempo todo. Absolutamente todo ya que no podía imaginar la vida sin él. Siendo incapaz de pensar, o de hacer nada que no estuviese relacionado con su querido Robert.

Ya ni siquiera le apetecía salir con sus amigos, lo único que le preocupaba, en esos momentos, era que llegase el viernes cuanto antes para verle por primera vez en su terreno, en su vida cotidiana. Aquello era algo que la entusiasmaba muchísimo.

Quién se lo podría creer, ¡Robert Brown en su apartamento! Desde luego que como se cruzase con cualquier vecina iba a alucinar.

Dejó a un lado sus pensamientos y miró por enésima vez el reloj, comprobando para gran satisfacción que la jornada laboral acababa de terminar.

Cerró el ordenador a toda prisa, con una gran sonrisa, y se dispuso a abandonar su puesto de trabajo. Había sido un día duro después de ser el primero en el que estuvo sola, ya que Estefany había acabado con su preparación, dedicándose al cien por cien de su marido operado de corazón.

Cogió el abrigo y el bolso, y salió del edificio envuelta en una sonrisa ante el fin de semana que tenía por delante. Nada más hacerlo, el aire frío, junto a la lluvia que empezaba a caer, la acompañó hasta el puesto callejero de perritos calientes sin perder la sonrisa ni con aquel tiempo tan desagradable que hacía.

Después de pedir un perrito, y una coca cola, abrió el bolso, sacó la cartera para pagar a aquel muchacho, y continuó con el propósito de pasar desapercibida, aunque sabía que un coche de prensa la seguía. ¡En fin! Ni siquiera ellos le iban a arruinar el día. No iba a consentir que nadie la hiciese cambiar sus hábitos y rutinas.

Comió el perrito y se dirigió calle abajo, tapándose con el paraguas como buenamente pudo porque la lluvia era cada vez más intensa. Giró a la derecha y, antes de entrar en el centro comercial, en el que quería mirar algo de lencería para darle una sorpresa, tiró el envoltorio a la papelera. A continuación entró.

Fue pisar dentro del centro comercial y percibir la sensación de que, un aluvión de miradas, se clavaban sobre ella. Unas miradas llenas de curiosidad y que la hicieron sentirse un bicho raro puesto que no estaba acostumbrada, y nunca lo estaría, a que la observaran de aquella manera.

¿Cuándo se iban a olvidar de ella?

—Perdona, ¿eres Alexia Jammes?

Alexia se giró desconcertada viendo a una mujer que la miraba como si se tratase de la mismísima primera dama.

—Lo que daría por estar en tu situación, debes de ser alguien muy especial para acabar dando un puñetazo a un fotógrafo.

—¿Qué? —preguntó aturdida.

—¿No has visto la revista? En ella dice...

Ni se molestó en seguir escuchando. Nuevamente abrió el bolso y, sin tiempo que perder, sacó unas gafas de sol y un sombrero que siempre llevaba desde que los fotógrafos la perseguían. Se alejó a toda prisa, poniéndose las dos cosas para ocultarse de las miradas indiscretas, y dio pasos ligeros hasta la tienda de prensa que estaba allí mismo.

El corazón se le aceleró al divisar en el escaparate un sin fin de revistas de la prensa rosa,



cuya portada ofrecía la foto en la que se veía a un Robert enloquecido sujetado por el equipo de seguridad de la discoteca.

El titular decía así:

**Robert Brownn se pelea en una discoteca por la secretaria de su padre.  
¿Significa que van en serio? Todo apunta a que sí.**

En una de las fotos salía ella y su descarado atuendo.

Cogió la revista, la pagó y la metió en el bolso, seguidamente salió de allí con la intención de seguir con sus planes. Nadie iba a desbaratárselos y quería comprar lencería para sorprenderle.

¡Imaginó la cara de placer que le dedicaría en cuanto la viera!

—Lo siento, Alexia —decía a través del móvil—, no llegaré a tiempo de cenar contigo.

—No pasa nada, ¿ha surgido algo? —preguntó disimulando la decepción que la embargaba.

—Sí, Dan ha concertado una reunión multitudinaria con el equipo directivo de la peli por la tarde. No te preocupes llegaré.

—¿Me lo prometes? —dijo con voz mimosa.

—Te lo prometo.

—¿Has visto las revistas? —cambió de conversación.

—Mmmm. No me lo recuerdes. Dan se ha puesto como un loco. Si por él fuese no volvería a dejar que me acercara a ti en una buena temporada.

Alexia no pudo contestar y sopesó el significado de lo que él acababa de confesar como si nada, se había quedado herida de muerte ante el difícil reto de entender que debían de luchar contra una de las personas que pertenecían a la vida de Robert.

—Alexia —la llamó percibiendo su silencio—. ¿Qué ocurre?

—Nada —contestó vacilante.

—¡Dímelo! —exigió porque la conocía más de lo que ella creía.

—Es que...

Otra vez silencio, solo se escuchaban las respiraciones de ambos a través del teléfono móvil.

—Nena, ¿qué pasa? —Y suavizó la voz mostrando la preocupación que tenía sin tener una mínima idea de lo que se le estaría pasando por la cabeza—. Vamos, cuéntamelo.

—Es que no entiendo el por qué Dan no aprueba lo nuestro.

—Es mi mánager —le justificó—, debes entender que él solo piensa en el bien de mi futuro profesional. En este mundo hay que ir con pies de plomo si quieres que todo salga según lo planeado.

—Yo no entiendo nada de ese mundo, ni quiero saberlo, tan solo me importas tú. Todo lo demás se puede ir al carajo.

Él contestó con una sonrisa.

—No tiene gracia —lo regañó—. Lo digo en serio. Estoy harta de que los fotógrafos me sigan allá donde voy.

—Ese cabrón no lo habrá hecho, ¿verdad?

—No lo sé, ni me molesto en mirarlos.  
—Tengo que dejarte, preciosa, me están llamando y ya no lo puedo demorar más. Estaré ahí sobre las diez, ¿vale?  
—Te estaré esperando —dijo de manera sugerente.  
—Se me va a hacer muy largo, muñeca, has de saber que estoy deseando ir a tu apartamento y poder desconectar de la locura de semana que llevo. Contaré los minutos hasta las diez.  
—Y yo.  
El sonido de la conversación se interrumpió ya que Robert colgó de inmediato.

Pasaban veinte minutos de las diez y nada. Él no daba señales de vida.  
Volvió a asomarse a la ventana sin ningún resultado. Aquella condenada espera le estaba resultando eterna.

¿Y si no iba?, le empezaron a asaltar las dudas.  
Exactamente, tres minutos después, el telefonillo sonó dando por finalizada la agonizante espera.

Reaccionó con una alegría inmensa y pegó, tal salto, que en un segundo cruzó el salón contestando de manera precipitada.

—¿Sí? —Preguntó con el corazón desbocado—, ¿eres tú?  
—Claro que soy yo, nena. ¿A quién esperabas si no?  
—A ti. Por supuesto —le contestó mientras una espléndida sonrisa se dejaba ver.  
La espera había tocado a su fin.  
—¿Me abres? Estoy ansioso por verte.

Unas simples palabras y su cuerpo se descontroló. Daba palmas a consecuencia de lo que sabía que vendría.

—Te estoy esperando —dijo nerviosa pulsando el botón que los separaba.  
La espera volvió a ser eterna hasta que logró verle a través de la mirilla de la puerta y, antes de que pulsara el timbre, una Alexia eufórica abrió la puerta encontrándose a un Robert vestido de forma casual con un pantalón vaquero y una cazadora de cuero que lo hacían irresistiblemente sexy. Saltó sobre él y se agarró a su cuello ante la sonrisa de un sorprendido Robert que la cogía en volandas, sintiendo los besos que le daba por toda la cara.

—¡Oh, nena! Lo que me gusta comprobar que no he sido el único que lo he pasado mal teniéndote lejos. Te he echado de menos.

—Y yo a ti... —susurraba sobre su boca perdiéndose en ella—, sobre todo hoy se me ha hecho interminable. Pero por fin estás aquí. En casa.

—Mmmm, qué bien suena —contestó sobre sus labios, entró en el interior del apartamento y la dejó sobre el suelo para mirar lo que le rodeaba de manera curiosa.

—Como verás mi apartamento es igual de grande que tu habitación.

—Es perfecto, Alexia, me gusta.

—¿De veras?

—Sí. Me moría de ganas de estar en tu terreno por primera vez. La noche de la fiesta benéfica no sabes lo que hubiese querido que me hubieses invitado a tomar una última copa aquí, en tu casa. —Sus palabras sonaron a reproche y recordó el cabreo cuando salió huyendo sin dejarle dar un paso adelante.

—No estaba preparada —fue cuanto dijo.

—¿Y ahora sí?

Alexia lo miró de forma provocativa.

¡Estaba preparada para él, ahora y siempre!

—Déjame mostrártelo —acabó diciendo.

Se dio la vuelta hasta el aparato de música y lo encendió, comenzó a escucharse un cd de baladas románticas muy propicias para la ocasión.

—¿Te gustan las canciones románticas?

—Me gusta todo lo que a ti te guste, nena.

Qué bien sonaba.

Sonrió embelesada y se acercó con un propósito fijo, desabrochándole la cremallera de la cazadora para quitársela y terminar tirándola sobre el sillón bajo la atenta mirada de un Robert encantado.

—¿Mejor? —le preguntó con una mirada que lo decía todo.

Él se limitó a asentir.

—Debes de estar cansado, ¿verdad?

—Depende para qué. —Y la cogió de la barbilla para apoderarse de sus labios, besándola de forma abrumadora y con una pasión contenida que los hizo enloquecer por unos adorados segundos. Por un momento, ella estuvo a punto de sucumbir a cada uno de sus encantos.

Reaccionó a tiempo, justo cuando las manos expertas de él maniobraban sobre los botones de su camiseta y ella se lo impedía. La mirada herida de Robert no tardó en aparecer al negarle lo que tanto ansiaba.

—Recuerda que estás en mi terreno.

—¿Y eso quiere decir...?

—Ya lo deberías saber, ¡yo mando!

Robert cerró los ojos extasiado ante lo que aquello significaba y la miró de forma lastimosa para que se apiadara de él y no le hiciera sufrir. Lo que a todas luces parecía buscar.

—Nena... —suplicó alargando otra vez las manos para llegar a su camiseta.

—¡No!

Y se volvió a apartar.

¡No sucumbiría a ninguna de sus tretas por mucho que le costara!

—Tendrás que atenerte a mis reglas, y para que lo sepas la más importante es que no hay prisa.

—Eres mala —susurró atravesándola con una mirada impaciente, consciente del bulto que tenía en la entrepierna por escucharla—. Y yo no sé si podré contenerme. No estoy acostumbrado a que me hagan esperar.

—¡Lo harás! —Contestó con las riendas en la mano—. ¡Claro que lo harás! ¡Yo mando!

—Mmmm —Qué bien volvía a sonar.

—Siéntate, por favor.

—¿Qué?

—¡He dicho que te sientes! —exclamó delante de un sorprendido Robert.

Y lo empujó para que cayese sobre el sillón, mientras que de fondo se seguía escuchando la música que tan bien entonaba con la situación que se estaba produciendo dentro del pequeño apartamento.

—He estado de compras —le avanzó de manera insinuante, de forma provocativa.

—¿Ah, sí?

—Y he comprado algo para ti.

De pronto Robert abrió los ojos como platos, disfrutando de una desinhibida Alexia que se

llevaba las manos a los botones y se los desabrochaba uno a uno. Dejándose llevar por una lentitud deliberada y sin quitarle los ojos de encima a pesar de tener las mejillas coloradas por el atrevimiento.

Robert creyó que moriría de placer, sintiendo una satisfacción absoluta a medida que se recreaba la vista con el espectacular cuerpo que tenía delante, al alcance de la mano si él así lo pretendía.

Estaba en las manos de aquella mujer para lo que ella quisiera...

—¡Déjame ayudarte! —imploró de pronto, tragando saliva en el instante en que comenzó a ver parte de un sugerente sujetador de color rojo. No le sirvió de nada, ella lo ignoró con deliberación, así que terminó suplicando—: Por favor...

—¡No! —volvió a exclamar con voz autoritaria.

Continuó manejando el control de la situación. Terminó de quitarse la camiseta por el cuello, y dejó a la vista la parte de arriba de lo que parecía un bodi en color rojo y negro que realzaba sus pechos de una manera gloriosa.

Ante aquella maravillosa visión, que se le ofrecía, un Robert excitado casi al límite, pensó única y exclusivamente en cubrirlos con la boca de una vez, sin que su miembro tardase en reaccionar, palpitando descontrolado.

¡La erección que tenía estaba atormentándolo hasta la saciedad!

—Te quedarás ahí quietecito y me dejarás hacer a mí, —continuó Alexia de una forma calmada que empezaba a resquebrajarse ante los ojos de él.

Unos ojos que le decían lo que tanto ansiaban, ¡ya! Intuyendo que en cualquier momento de debilidad terminaría sucumbiendo a sus encantos.

Se sentía deseada por aquel hombre que hasta hacía bien poco parecía por completo inalcanzable a cualquier mujer, menos si cabe a ella.

Apartó a un lado la debilidad que aquellos ojos penetrantes la hacían sentir y bajó las manos, allí desabrochó el pantalón y lo hizo todo lo despacio que pudo mientras escuchaba el delicioso gemido que se escapó de su boca, sonriendo por el poder que tenía sobre él.

—¡Por Dios, Alexia! No me pidas lo que no puedo soportar...

—Ni siquiera te he tocado todavía, podrás hacerlo.

La respiración de Robert quedó en el aire y se olvidó, de respirar, por la visión de verla quitándose el pantalón. Acababa de quedar expuesta a él, con aquella prenda lujuriosa de lencería, que le hizo luchar consigo mismo para no levantarse de una vez, cargarla sobre la espalda y llevarla a la habitación.

—Qué guapa estás. Ni en mis mejores sueños me podría imaginar la sorpresa que me tenías guardada.

—Sabía que te gustaría —dijo insinuante. Dio un paso hacia él, otro... otro... Torturándolo de lo despacio que lo hacía, y disfrutando de poder hacerlo—, pero nunca pensé que tanto.

—¡Joder, Alexia! —exclamó impaciente, y no pudo más, estirándose hasta conseguir tocarla y sujetarla por la cintura para que no se le escapara—. Te tengo. Y no pienso dejarte escapar, muñeca —le decía con verdadera convicción— ¡Ya no! ¡Demasiado tarde!

Seguidamente, ante la sorpresa de ella, Robert abrió las piernas y tiró hasta situarla frente a sí. Alzando la mirada para contemplar a través de unos ojos lujuriosos la vista espectacular de aquel cuerpo que lo hacía enloquecer, excitándolo de una manera pecaminosa a medida que hundía la nariz sobre la cintura en un intento de oler su aroma, antes de acariciar palmo a palmo cada parte del cuerpo de su preciosa chica. Desde las piernas bien definidas hasta el cuello... Parando de forma deliberada sobre unos pechos que no tardaron en reaccionar a las caricias que le daba,

haciendo que los pezones se irguieran en un anhelo implorante por un poco más de atención. Una atención que él por supuesto estaba dispuesto a dar las veces que hiciese falta, además..., solo que la prenda que tanto le gustaba de pronto le pareció un incordio. No le daba acceso a las partes que deseaba y necesitaba a partes iguales.

Llevó la mano a la parte de atrás, de forma apresurada para quitarlo, y no encontró ningún broche que le facilitara el trabajo, gruñendo impaciente:

—¿Cómo demonios se quita esto? —Y sin esperar a que le respondiera volvió a subir a los tirantes tirando primero de uno y después del otro con verdadero anhelo, consiguiendo que los pechos quedaran expuestos y liberados por fin dispuestos a él, empezando a besarlos con delicadeza primero alrededor del pezón para continuar sacando la lengua y así lamerlos, escuchándola extasiado cada vez que pasaba la lengua por ellos—. ¡Oh, Alexia! Si supieras lo feliz que me haces entregándote a mí de esta manera —decía de forma sincera antes de que su actitud cambiara sin poder alargar aquella agonía que lo estaba consumiendo, exclamando atropelladamente—: ¡Voy a follarte preciosa! ¡Y necesito hacerlo, ya!

Nada más escucharle logró acordarse de sus propósitos y consiguió apartarse para volver a subirse los tirantes. Lo miró embriagada por cada uno de sus besos y caricias, pero retomó el control porque aquello no era más que el principio, con la diferencia de que ahora lo quería de manera diferente y así se lo haría saber.

—Robert —dijo con los labios hinchados de los besos apasionados de hace unos instantes.

—¿Por qué te alejas? —preguntó poniéndose de pie, volviendo al acecho.

Ella contraatacó.

—Antes te he dicho que la primera regla de esta noche era ir despacio, ¿acaso no la quieres cumplir?

—Vamos, nena...

—Hay otra regla —continuó para no dejarse llevar a su terreno, desoyendo lo que su propio cuerpo le pedía a gritos después de las caricias dadas—. Y estoy dispuesta a llevarla a cabo hasta el final.

El bulto que tenía el pantalón estaba a punto de estallar debido a la erección que no entendía de reglas.

—¿Acaso estás jugando conmigo?

—No. Solo estoy diciéndote que hoy va a ser diferente. Las reglas las pongo yo, y aparte de lo de ir despacio, has de saber que hay otra todavía más importante.

Robert supo a qué se estaba refiriendo al acordarse del momento en que se había apartado después de decirle que la iba a follar.

—¿No te gusta las veces que hemos follado? Porque me parece que si es lo que estás insinuando no vas a engañarme —susurró con voz ronca atravesándola con una mirada llena de intenciones que la terminó sofocando del todo.

Por fortuna Alexia supo lo que tenía que decir.

—No me gusta esa palabra, Robert. Tú follas, yo en cambio hago el amor y hoy es lo que haremos. No soy un ligue al que estés acostumbrado y por ello te pido que me hagas el amor.

—Yo nunca he hecho el amor, Alexia. —Terminó confesando de modo confuso.

—Siempre hay una primera vez, ¿no es lo que me dijiste en la discoteca de Aspen? ¡Demuéstrame que de veras te importo!

—¿Qué?! —preguntó confuso, mirándola largamente—. Claro que me importas, ¿a qué viene esto?

—Las veces que lo hemos hecho siempre ha sido como tú lo has querido, y aunque he de

reconocer que me has hecho ver una parte auténticamente loca, lujuriosa y desconocida en la que disfruto de manera plena, he de decirte que no me basta.

—¿Y qué es lo que quieres?

—Ya te lo he dicho. No solo quiero sexo. Quiero que me demuestres que soy especial para ti. Y la mejor forma de hacerlo es haciéndome el amor.

Robert la miró, entregándole el alma ante lo que aquello parecía significar y le terminó diciendo:

—Cariño, tú ya eras especial el primer día en el que te conocí.

¡Alexia cerró los ojos deseando quedarse con aquella frase el resto de sus días!

—Quiero que sepas que estoy dispuesto a todo lo que tú me pidas, nena, —continuó sincerándose—. Además, quizás sea una buena ocasión para hacerlo por primera vez. Así podremos decidir qué es lo que nos gusta más, ¿no crees?

Y armándose de una paciencia, que creyó no tener, dio un paso decidido. Lo suficiente hasta pasarle la mano por el cuello y acercarla hasta unos labios que la esperaban bien dispuestos, saboreándola sin prisas y besando todo lo despacio que podía, disfrutando del beso tan íntimo, que terminó convirtiéndose en pecaminoso, a la vez que entrelazaban sus lenguas de una forma desesperada.

El intenso beso hizo que a la chica se le erizara el pelo de la nuca.

—Eres tan sexy, muñeca —le dijo sacando la húmeda lengua y lamiendo sus labios. Primero el de abajo para seguir con el de arriba.

Cuando terminó ya estaba la de ella entrelazándose entre la suya en un intento desesperado de hacerle ver lo mucho que le gustaba el beso tan húmedo y caliente que la hacía derretirse, deseándolo intensamente sin poder obviar lo que necesitaba.

Se contradijo a sí misma y reconoció, que por supuesto, era tenerlo dentro de ella.

—¡Robert! ¡Me vuelves loca!

—Si de veras quieres que te haga el amor no hemos empezado. Aunque no va a ser nada fácil —la avisó angustiado.

—Inténtalo. Siempre podemos echarnos atrás.

Robert sonrió y cogió una de sus manos para llevársela a la boca. Una vez allí, y sin avisar de lo que iba a hacer, se metió uno de los dedos dentro, hasta el fondo, observando la cara de placer que ponía. Un gemido salió disparado de la garganta de Alexia.

—¿Qué pasa, nena?

—Estoy loca por lo que me haces. Me voy a arrepentir de mis estúpidas reglas.

Uno a uno, y en lo que terminó convirtiéndose en un deseo irrefrenable, se fue metiendo los dedos en la boca despacio. Arrancando varios gemidos, provocándola hasta la extenuación al tiempo que los chupaba con un placer infinito.

—Schssss... ¿Acaso quieres que te escuchen los vecinos? —le preguntaba burlón comiéndosela con la mirada debido a los gemidos que no podía controlar.

—No me importa. Nada importa.

—¿Estás segura?

—Si sigues con tus atenciones... ¡Completamente!

—Niña mala, ¡te vas a enterar de lo que es bueno! Ven conmigo.

Alexia no puso ningún impedimento.

Se cogió a su mano y se dejó llevar a la habitación ansiosa por lo que él estaba dispuesto a mostrarle.

—¡Túmbate y cierra los ojos! —ordenó al tiempo que él se quitaba el jersey y el pantalón.

Se quedó en calzoncillos.

Alexia los cerró y se dejó llevar por una fe ciega, impaciente por lo que vendría a continuación. Quería entregarse y cada vez estaba más y más húmeda.

Robert aprovechó y se arrodilló sobre la cama a horcajadas, sobre el cuerpo que lo tenía completamente descontrolado, y llevó la mano a los tirantes para, con una lentitud que la hizo enloquecer, comenzar a tirar de ellos, bajando el bodi a través de toda ella hasta conseguir sacarlo por los tobillos.

La liberó y la dejó completamente desnuda y expuesta a él.

¡Y le gustaba! ¡Vaya si le gustaba!

—¡Oh, muñeca! Estás enloqueciéndome por momentos... —gruñó bajando la cabeza hasta sus pechos, metiéndose uno en la boca, pasándole primero la lengua y después succionando con descaro arrancando un grito de una sorprendida Alexia que no pudo evitar abrir los ojos, excitándose, y no solo por lo que le estaba haciendo.

Lo que en realidad la excitaba era verle lamiéndola de manera tan salvaje.

Acababa de desbaratar todos sus planes en cuanto a las estúpidas reglas que marcó, no podría soportar aquella deliciosa tortura. Ese hombre había despertado a la mujer lujuriosa que llevaba dentro.

¿En qué clase de mujer la había convertido?

—Robert, Robert —decía implorando su atención con un calor abrasador que la consumía—. ¡Hazme tuya! por favor.

—De eso nada. Querías que te hiciera el amor y es lo que voy a hacer —confesó envuelto en una sonrisa burlona, encantado de cambiar el rol del juego para su deleite.

Y volvió hacia unos pechos dulces, como peras, succionando uno de los pezones que le pertenecían.

—Por favor... —seguía suplicando incapaz de soportar aquella tortura que la hacía vulnerable a todo su ser. Era consciente de la dependencia que tenía hacia él y se moría de ganas porque apagara el fuego que la quemaba por dentro, así que terminó exigiendo—: ¡Quiero sentirte!

Robert se limitó a sonreír, no había hecho más que comenzar y se limitaba a llevar a cabo lo que le había pedido...

El asombro y la sorpresa en Alexia no tardaron en aparecer, de manera escandalosa, al ver que ahora la cogía de las rodillas con la intención de separarlas, abriendo las piernas de una chica a la que le costaba respirar y que, por encima de todas las cosas, seguía arrepintiéndose de lo que había dicho acerca de hacer el amor antes de terminar implorando y suplicando sin que le sirviese de nada.

—Te necesito, Robert, ¡te necesito ahora!

—Dijiste sin prisas y es lo que estoy haciendo, —dijo lleno de contención, bajando peligrosamente hacia sus muslos para meter las manos por debajo de su trasero lo despacio que pudo. Adoraba atormentarla—. Además, lo que yo necesito, ahora, es perderme dentro de ti pero no como tú esperas.

—¿Qué es lo...?

Las palabras se las llevó el viento en el preciso instante en el que alzó las nalgas y se las llevó a su boca, colocándose entre las piernas, sin que ella tardara en sentir aquel fuego abrasador incrementándose hasta la saciedad.

Tuvo que agarrarse a las sábanas, sintiendo la lengua sobre su sexo, igual que aquella primera vez en la que soñó con él en casa de su amiga Sofía, y, casualidades o no, escuchó lo mismo.

—Qué bien sabes, Alexia... —susurró recreándose en cada nueva pasada mientras que el cuerpo de ella temblaba y palpitaba exigiendo que lo liberaran.

En aquel delicioso momento supo que a su amado Robert debía de gustarle besarla, ahí, ya que se recreaba una y otra vez, obligándola a que gritara por los espasmos cercanos del orgasmo.

—Por favor... Por favor...

Robert alzó la mirada.

—¿Sí, Alexia? ¿Qué te ocurre?

La examinó de manera fulminante y bebió la súplica que llevaba en la mirada.

—Quiero correrme contigo, —terminó suplicando con los ojos llenos de lágrimas—. Por favor, Robert, si sigues no podré aguantar y te necesito.

—¿Qué es lo que necesitas, exactamente? —preguntó volviendo a jugar con ella.

A lo que Alexia no tuvo ningún reparo en contestar, segura de lo que quería:

—¡Que me folles! —terminó exclamando exigiendo su respuesta.

Una nueva sonrisa, mezclada con una mirada arrebatadoramente sexy e impaciente, cruzó la cara del hombre.

—Antes contéstame a una pregunta.

¡Joder! ¿Cómo podía ser que estuviese tan tranquilo? Ella no podía más.

—¿Qué pregunta? —terminó diciendo demasiado alto y por completo alterada.

—¿Quién es el que manda?

Ni que decir tiene que no tardó nada en contestar.

—¡Tú! ¡Siempre tú!

Entonces fue, cuando un Robert al límite de sus fuerzas, no pudo continuar silenciando lo que deseaba con fervor, sucumbiendo a lo demás. La agarró de la cintura, todo lo fuerte que pudo, y la obligó a darse la vuelta para que quedara de espaldas, a la vez que empujaba a un lado una de sus piernas, dejándola lista. Imploraba hacerla suya después de un tiempo que terminó resultando doloroso e interminable, marcando en todo momento lo que se moría de ganas de hacer con aquel cuerpo adorado mientras se quitaba los calzoncillos, de un tirón, para a continuación tumbarse encima de ella guiando su pene erecto hasta el interior.

Empujó con suavidad y gimió al comprobar lo dispuesta que estaba para él.

—¿Es esto lo que quieres? —le susurró cerca del oído avanzando con una delicadeza extrema que a ella en un principio la volvió loca. Se hizo a la idea de lo mucho que le debía de costar controlarse—. Dijiste que te hiciera el amor y es lo que estoy haciendo.

Salió del interior y volvió a fundirse en su interior, armándose de una contención terrible, pero sin llegar hasta el fondo. Ella no tardó en mover las caderas en busca de más, exigiendo y pidiendo intensidad.

Robert le leyó el pensamiento.

—¿Tratas de decirme algo, pequeña?

Alexia contestó con un nuevo y rápido movimiento de cadera, volviendo en su busca presa de una frustración enorme, tras negarle lo que ella estaba buscando.

—Por lo que más quieras, Robert...

—¿Sí?

—¡Quiero más!

—Ya te lo estoy dando. —Y disimuló a la perfección el ansia que lo consumía por poseerla, notándola moverse contra su cuerpo buscando lo que no llegaba—, sigo haciéndote el amor, cielo.

Alexia quiso girarse pero no se lo permitió.

—¿No era lo que querías? —gruñó volviendo a penetrarla con una lentitud pasmosa.



Ni él mismo sabía cuánto sería capaz de seguir conteniéndose dentro de ella.

—Ya no... —gruñó deseándolo tanto que dolía.

Robert supo que allí se acababa la poca lucidez que le quedaba, entonces, dándose por vencido, la embistió de una sola vez llegando todo lo dentro que pudo de lo húmeda que estaba.

—¿Prefieres así, niña mala? —gruñó enloquecido, siendo recibido entre un jadeo y un grito que se escapó de su boca debido a la sorpresa, encantada de que le diera lo que buscaba.

—Sí, sí... —gritó mordiendo la almohada para silenciar los gritos que escapaban de su garganta en cada nueva sacudida. Fuerte, salvaje...

Y según la hacía suya, la necesidad imperiosa, de sentirse amado, lo engulló de tal manera que hizo que soltara de repente:

—Di que me quieres, nena —pidió deslizándose con una facilidad inmensa de lo húmeda que seguía estando, deleitándose de placer al saber que era suya. ¡Solo suya!— ¡Dilo! —terminó exigiendo.

Alexia levantó la cara, de la almohada, y gritó bien fuerte para que la oyera:

—Te quiero. Te quiero tanto...

—¡Oh, pequeña! —susurró soltando un gruñido que fue acompañado por la tensión en cada uno de sus músculos, liberándose y corriéndose dentro de su amada sintiendo cómo lo hacían a la vez.

Unos minutos después se hizo a un lado y la apretó con ternura contra su pecho, saboreando la intensidad del orgasmo, mientras le bastaba el hecho de tenerla así una vez que había hecho el amor con la primera mujer a la que amaba de verdad, y a la que no estaba dispuesto a dejar marchar.

¡Vaya que no!

E igual que la de él, la cara de Alexia lo decía todo. Era plenamente feliz y el cansancio hizo que los párpados empezaran a cerrarse dichosa de lo que acababan de compartir, admitiendo lo que hasta ahora era un secreto a voces. Amaba a ese hombre por encima de todo.

Sofía iba a alucinar cuando se lo contara, ¿cómo había llegado a ese punto en un tiempo tan considerablemente corto?, consciente del favor que le había dado la vida.

Y si pensaba que ahí quedaba la cosa, se equivocó, puesto que ella nunca podría haber imaginado, ni en sus mejores sueños, lo que sucedería a continuación. Antes de que se le cerraran los ojos dejando que el sueño se apoderara de ella. Logrando escuchar una frase que la elevaría hasta el mismo cielo.

Una frase que salió de la boca de un Robert convencido y feliz, sabía a la perfección lo que hacía, y tenía la necesidad de expresar lo que llevaba dentro.

No le costó nada sincerarse de lo seguro que estaba.

—Yo también te quiero, amor —terminó confesando en voz alta lo que era ya un hecho.

Aquel gesto, por su parte, la elevó a una felicidad infinita, provocando que lo agarrase con fuerza haciéndole ver que ella estaría a su lado siempre. Envolviéndola en una paz y en una sonrisa que la delataba tras escuchar aquella confesión de amor, y se quedó dormida entre unos brazos que lo eran todo.

Lo primero que notó, al despertar, fue el abrazo protector que ejercía sobre ella. Sonrió llena de paz y comprobó lo fuerte que la tenía abrazada aun estando dormido. Dejando bien claro que no la quería dejar escapar.

¡Ese hecho la hizo sentirse plena!

Decidió no despertarle, después de la noche maratónica de sexo que habían compartido, y apartó con cariño el brazo que la sujetaba. Seguidamente se levantó para que descansara.

Entró en el cuarto de baño e hizo pis, después de lavarse las manos y los dientes, fue a la cocina y comenzó a preparar un rico desayuno que, con mucho gusto, le llevaría en una bandeja.

Se lo había ganado gracias a la paciencia que demostró haciéndole el amor por primera vez, como él decía Emocionándose por palabras que le dijo antes de dormirse.

¿De veras era posible que la quisiera?!

Esta vez no dejó que las dudas la hiciesen perder la cabeza.

¡Pues claro que la quería! Al final habían caído los dos y se enamoraron perdidamente.

Puso la cafetera en el fuego y encendió la tostadora de un excelente humor, comenzó a partir el pan, en rebanadas, y tarareó su canción favorita mientras lo hacía, viéndose inoportunamente interrumpida al escuchar el sonido del telefonillo.

¿Quién sería un sábado por la mañana?

El desconcierto no tardó en transformarse en sorpresa en el momento que escuchó, una voz que procedía de abajo, informando que tenía un paquete para Alexia Jammes.

Pulsó el botón de entrada con curiosidad puesto que no tenía una mínima idea de qué se podría tratar.

En cuanto escuchó el ascensor abrió la puerta envuelta en una bata.

—¿Alexia Jammes?

—Sí, soy yo.

—Me han pedido que le entregue esto.

El joven dejó un sobre alargado sobre una de sus manos y se marchó por donde había venido.

Alexia se internó en su apartamento mirando aquel sobre que no tenía remitente ni destinatario. Nada. Completamente en blanco.

¿De quién sería?

La curiosidad hizo que lo abriera, divisando en el interior un cd y un sobre cerrado con, ahora sí, su nombre. Su desconcierto fue mayor y no tuvo que pensar mucho en lo que haría en primer lugar.

Dejó a un lado las rebanadas de pan, que estaban en la tostadora, y con el sobre en la mano fue hasta el sillón. Lo miró de nuevo y lo abrió.

En el interior había un folio escrito.

¿Quizás una carta?

Su cara cambió de expresión, y se transformó en una máscara de hielo, en el instante que fue consciente de quién era la persona que firmaba dicho papel dirigido exclusivamente a ella.

¡Pamela!

«¿Qué diablos querrá?», se preguntó una Alexia desconfiada, comenzando a leer la nota un tanto extraña.

**Querida Alexia:**

**Te envío un regalo que seguro te va a gustar. Pon el cd y observa bien. Son escenas de esta misma semana que se han añadido a la ya grabada... Por cierto, ¿te ha dicho Robert que la próxima semana empezamos a rodar la segunda parte de la película?**

**P.D. ¡Mira y disfruta!**

Un dolor en el pecho la sacudió. Se acababa de quedar paralizada.

¿Qué significaba que empezaban a rodar la semana que vine? ¡No, no podía ser! Si de verdad le importaba no podría hacerle algo así.

Las manos le empezaron a temblar en el instante en que cogió aquel cd, permaneciendo indecisa y sin saber muy bien qué hacer.

¿Qué podría contener? Si lo enviaba ella desde luego que nada bueno, sopesaba fríamente, tardando bastante en decidirse hasta que, al final, en un acto de valentía, terminó metiéndolo en el aparato del DVD.

Pulsó el botón antes de que se arrepintiera.

¡¡En el mismo instante en el que lo hizo cometió el error más grande de su vida!!

La pantalla se encendió de inmediato y comenzó a emitir las primeras imágenes. Al hacerlo las piernas de Alexia no tuvieron las suficientes fuerzas para sostenerla. Mirando horrorizada la pantalla mientras caía sobre el sillón, viendo en escena a ambos haciendo sexo explícito.

Estaba horrorizada y descubrió que lo que acababa de mandar no era ni más ni menos que la película que habían rodado juntos. ¡La que estaban promocionando por todo el país!

—¡Oh, Dios mío!

¡¡¡Con las escenas nuevas que acababan de grabar!!!

Una arcada le cruzó la garganta por lo que veía, pero sobre todo por la cara de Robert. Una cara que lo delataba, y que ella conocía demasiado bien.

Esa misma cara la puso anoche mientras le hacía el amor. Viéndole en la pantalla disfrutando y follándose a Pamela unos días atrás, cuando estuvieron alejados por cuestiones de trabajo.

Su corazón se rompió en mil pedazos.

El mundo se paralizó en aquel momento y se hizo un daño irreparable. No podía dejar de mirar la pantalla.

Y así fue como Robert se la encontró...

—Buenos días, amor. ¿Qué haces? —Alexia ni siquiera lo escuchó, se limitaba a permanecer sentada, con la vista frente a la televisión.

Un olor a quemado hizo que Robert mirara hacia la cocina extrañado y se percató de la situación al ver las tostadas negras como el carbón.

Corrió hacia allí para apagar la tostadora.

—Alexia, las tostadas se están quemando. ¿No lo hueles? —Pero ella continuaba muda.

La miró extrañado y se acercó una vez que hubo desenchufado la tostadora.

—¿Alexia?

Nada.

«¿Qué es lo que le pasa para que no me escuche?», se preguntó preocupado.

Los jadeos de la película porno, en una nueva escena, hicieron que mirase la televisión y se

hizo a la idea de lo que estaba pasando.

—¿Qué haces? ¿Por qué lo estás viendo?

Nada. Ella seguía igual.

—¡Joder, Alexia! ¿Me puedes explicar de dónde demonios la has sacado? —Y como no daba señales de ningún tipo, se interpuso entre ella y la televisión para tratar de que no viese aquellas escenas que no le harían ningún bien. Siendo consciente de que ni lo veía. La culpabilidad lo engulló por cada una de las lágrimas tan amargas que derramaba—. Alexia...

Nada.

—Alexia, por favor, ¡mírame!

Solo que Alexia era incapaz de hacer otra cosa que no fuera ver la cara de, hasta ahora su novio, disfrutando con otra. Era lo que veía con una claridad inmensa. Ni siquiera pestañeaba debido al trance en el que se encontraba.

—¡Joder! ¡Me cago en la hostia! —exclamó Robert pasándose la mano por el pelo nervioso.

En un arrebato logró arrancarle el mando a distancia, de la mano, para terminar con aquella caótica locura.

Una vez que apagó el DVD vio la nota que había encima de la mesa. La leyó y la sangre le comenzó a hervir, consciente del daño que quería hacer a toda costa.

¡¡¡Será hija de puta...!!!

—Alexia, cariño. La película que te ha mandado es la que rodamos el año pasado. No es cierto que haya escenas nuevas, nunca podría hacerlo después de estar contigo. ¿Lo entiendes? y por supuesto no voy a rodar ninguna película más, ¿me oyes? Jamás te haría pasar por algo así. Alexia...

Nada. Ella seguía sin pestañear con la vista en la televisión, ahora apagada, llorando con una pena infinita.

—Amor mío, ¿me estás escuchando? —Trataba de explicarse una y otra vez sin el menor resultado—. Lo eres todo para mí. Nunca te haría ese daño irreparable. ¡Nunca!

La impotencia de verla, en aquel estado, lo tenía roto de dolor y se dio cuenta de que seguía incapaz de reaccionar de la manera que fuese, pensando únicamente en la manera de arreglar aquel puto malentendido.

Buscó en la agenda del teléfono el número de Sofía puesto que podría ayudarla. Marcó rápidamente y esperó. Nada más descolgar fue claro y preciso.

—Hola, Sofía, soy Robert. Necesito que no hagas preguntas y que vengas a casa de Alexia lo antes posible. Por favor date prisa.

—¿Qué ha pasado?

—Te lo explicaré después. Por lo que más quieras, ¡corre!

Y colgó.

Al siguiente número que llamó fue a Dan, su representante. Este contestó a la octava señal.

—¿Qué pasa, Robert?

—¡¡¡Dime que tú no tienes nada que ver!!!

—¿Qué?

—¡Juro por Dios que si es así te mataré!

—Robert, ¿de qué coño me hablas? —le preguntó extrañado puesto que no entendía lo que podría estar sucediendo para que tuviese aquel tono descontrolado.

—¿Has ideado con Pamela mandarle a Alexia la película?

—¡¿Qué?! ¿Es que te has vuelto loco? Jamás se me ocurriría hacer ese disparate, mucho menos sabiendo lo que Alexia significa para ti.

Las palabras de su amigo parecieron convencerle, colgó y le dejó con la palabra en la boca. Ella seguía en aquel estado catatónico nada dispuesta a reaccionar de ninguna de las maneras.

—¡Joder! —gritó fuera de sí tirando el móvil contra el suelo, estrellándolo de manera impotente.

El grito que pegó, junto con el golpe seco del teléfono, contra el suelo, logró lo que parecía imposible. Alexia pestañeó de nuevo y despertó del letargo, al tiempo que el dolor se iba profundizando por todo su cuerpo ante el engaño a la que la habían sometido.

—Alexia, amor mío, ¿estás bien? —preguntaba lleno de preocupación tratando de acercarse.

Al intentar tocarla ella se apartó a una velocidad de vértigo. Dejando bien claro que ya no confiaba en él.

—¡No me toques! —dijo asqueada recordando una y otra vez las escenas de sexo que le habían quedado grabadas en la retina.

Le habían vuelto a poner los cuernos, pero ahora habría una gran diferencia con respecto a la vez anterior.

¡La noticia saldría en las revistas y estaría en boca de todo el país! Y ni siquiera sabía si tendría las fuerzas suficientes para sobrellevar un nuevo descalabro amoroso.

Estaba tan cansada...

Bonita manera de pasar desapercibida, ¿no?

La reacción de una Alexia, superada, y derrotada, no se hizo esperar, tomó la determinación de actuar a tiempo y por mucho que doliera. Tenía que enfrentarse a la situación tan irreal en la que se encontraba y aprovechó para incorporarse y ponerse de pie, seguidamente avanzó en dirección a la puerta de salida. Una vez allí, la abrió de par en par, y se limitó a esperar en lo que se acababa de convertir en una firme invitación a que el hombre sin escrúpulos, y al que de repente parecía no conocer, se marchase de su casa y de su vida para siempre.

—¿Qué haces? —preguntó con el rostro desencajado—. ¿Acaso no has escuchado nada de lo que te he dicho? —el tono desesperado era evidente ya que las experiencias vividas le hacían saber que no le dejaría explicarse una vez más.

¡Y era algo que no lograba entender! Doliéndole demasiado.

—Vete —fue lo único que ella dijo.

—No lo voy a hacer —respondió enfadado al ver que no se había equivocado, ¿qué más tenía que demostrarle para que se diera cuenta de que volvía a cometer un error?—. No te dejaré sola creyendo lo que has leído y has visto. Debes escucharme, Alexia... —imploraba incrédulo por lo que volvía a hacer.

—Si no te vas ahora mismo llamaré a la policía.

La voz firme y segura no daba lugar a ningún tipo de equívoco.

—Esto no puede estar sucediendo —decía un Robert a punto de echarse a llorar debido a lo que aquello significaba.

Alexia no tuvo piedad.

—Hemos terminado, Robert.

—No. Alexia...

—¡Fuera!

La determinación en cada palabra dicha le hizo saber que no había vuelta atrás y que, por lo tanto, no le dejaría ni explicarse.

¡Por Dios bendito! ¡Otra vez, no!

—Está bien —cedió estupefacto, comprobando que en efecto hablaba en serio y cogía el teléfono para avisar a la policía—, pero, no sabes lo que te estás equivocando.

Entendió que allí acababa la relación tan intensa que habían vivido sin que tuviese una mínima oportunidad de que entrase en razón. Ella no daría su brazo a torcer.

Tenía razón. Alexia se mantuvo lo segura y firme, que podía, por la delicada situación y permaneció decidida a llamar a la policía. ¡Obligándole a que se marchara!

¿Para qué le iba a escuchar?

Robert no encontró ninguna opción que no fuese marcharse de aquel lugar. Lo obligó a dejarla en contra de su voluntad y en su interior se instaló un vacío enorme. Él seguía dispuesto a lo que fuera por ella y le dolía enormemente que lo terminara echando así.

¡A patadas!

—Estás cometiendo un grave error, Alexia —le dijo en tono contenido, dejando que su cara le dijera lo que pensaba—, y lo peor de todo es que lo estás volviendo a hacer. Si me dejaras decirte que...

—¡He dicho que te largues de mi casa! —gritó fuera de control odiándolo por lo que le había hecho.

—Está bien. Tú ganas. —Cruzó la puerta con gesto derrotado y, antes de marcharse, dijo—: Aquí se acaba todo.

Sin volverse atrás se marchó.

Y así fue cómo, una Alexia desconsolada, tras todos los acontecimientos, cerró la puerta y corrió para refugiarse en el interior de su dormitorio.

Allí se dejó caer sobre la cama en la que hacía unas horas lo habían pasado tan bien.

Después de lo acontecido no volvieron a verse. Ni siquiera la llamó en todo el fin de semana, lo que a todas luces significaba que lo había conseguido.

¡Se había librado de Robert para siempre!

«Debería de estar contenta, ¿no?», se dijo obligándose a ver que había hecho lo correcto.

Pero algo no iba bien... Todavía estaba reciente la traición de Jack y sabía en primera persona lo que era sentirse traicionada.

¿Por qué era tan distinto esta vez?

No tardó en entenderlo, la gran diferencia, con respecto a la anterior, era porque estaba locamente enamorada.

El vacío en su interior era tan grande que ni comía ni dormía. De una manera brusca se había convertido en un alma en pena que no hacía otra cosa que machacarse a sí misma por permitir tal locura, regañándose una y otra vez porque si tenía claro que los cuentos no existían, ¿por qué había terminado saliendo con la persona menos indicada? Las consecuencias estaban resultando tan amargas, y desesperadas, que hasta en cierta ocasión se le pasó por la cabeza tomarse una tableta entera de pastillas para lograr dormir, y con un poco de suerte, no volver a despertar.

Solo así podría aliviar el dolor que la estaba matando por dentro. Presentía que no conseguiría levantar la cabeza nunca más. No después de que el hombre de su vida se hubiese marchado de la peor forma posible.

Y en su nuevo revés ni siquiera permitió a Sofia que la consolara. No había suficiente consuelo para hacerse a la idea de que no lo volvería a ver.

No comía.

No bebía.

No dormía.

Y no hablaba con nadie.

El fin de semana se lo pasó recluida en su apartamento. De nuevo estaba al borde del precipicio y era consciente de ello.

Robert, en cambio, actuó de una manera inusual en él, volviendo a casa de sus padres con el objetivo de aclarar el caos en el que se había convertido su vida, desde aquel fatídico día en el que se empezó a derrumbar por entero.

La venganza de Pamela le había afectado mucho más de lo que nunca llegó a imaginar. No podía creerse que sus celos la hubiesen hecho llegar tan lejos... Y fue realista, reconociendo que para lo que desde luego no estaba preparado, era para la reacción de Alexia al ver cómo, una vez más, no le dejaba explicarse y sacaba sus propias conclusiones.

Aunque para ello le dejara a la altura del suelo.

¿Cómo pudo dar por sentado que aquellas escenas las había rodado cuando ya eran pareja? ¿Tan poco lo conocía después de abrirse a ella como nunca jamás lo había hecho con ninguna otra?

La rabia y la tristeza, que lo invadía, provocó que por primera vez en muchos años necesitase estar arropado. Olvidó cualquier tipo de rencor o reproche hacia su padre, y volvió a la tranquilidad de la casa familiar. Una tranquilidad que ni siquiera su padre rompió, considerando inoportuno hacer ningún tipo de comentario. Aceptó que su hijo no pasaba por sus

mejores momentos y le apoyó en lo que fuera necesario, dejando a un lado el tema tabú entre ellos. Un detalle que por supuesto Robert agradeció hasta límites insospechados, sintiéndose aliviado ahora que sabía que los necesitaba a ambos para recomponer una vida que se le volvía a antojar demasiado peligrosa, además de superficial.

E igual que ella volvía a estar delante del precipicio. No quería vivir sin la que se había convertido en la mujer de su vida. La única que le había hecho valorarse igual que una persona normal y no como un objeto al que todos, y todas, querían agarrarse.

Intuyó que, de volver hacia atrás, lo terminaría hundiendo en el fango. Justo en el otro lado de la fama y en el lugar en el que quedaban casi todos al final.

Dan, y Sofia (convertidos en damnificados), quedaron en verse una mañana en una céntrica cafetería. Se encontraron a la hora acordada y se saludaron con un beso distante, envueltos en una situación triste, en la que también se habían visto involucrados al tratarse de dos personas demasiado queridas para ambos.

Pidieron dos cafés, una vez servidos empezaron a hablar, consecuentes de que quizás ellos eran las únicas personas que podrían ayudarles. Tenían la seguridad de que harían lo que fuese necesario por ellos. Compartiendo confidencias de lo que sabían, cada uno por separado, con el único fin de que se arreglaran. La certeza de que si no lo hacían, se arrepentirían el resto de sus vidas después de saber lo mucho que significaban el uno para el otro, estaba bien latente.

Y así fue cómo, después de que se tomasen el café, y después de mucho debatirlo, Sofia se levantó y se dirigió a la cabina de teléfono tras haberse quedado sin batería en el móvil. Seguidamente marcó el número del apartamento, de su amiga, y esperó a que el tono llegase para limitarse a esperar con una sola idea en mente. Quizás sí que podría funcionar lo que habían estado hablando.

El contestador no tardó en saltar.

“Hola no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiiiiiiiiiiiiiii”.

—Hola, Alex, soy yo. Llevo dos días queriendo hablar contigo y nada. No creo que te esté pidiendo tanto. Solo necesito saber si estás bien.

Alexia estaba tirada sobre el sofá cuando comenzó a escuchar de fondo la voz de su amiga Sofia.

—Vamos, cariño, habla conmigo, tengo algo importantísimo que decirte. Algo relacionado con él que deberías saber.

Fue nombrarle y coger la manta que tenía a su lado para taparse, queriendo protegerse.

—¡Joder, Alex! Qué cabezota puedes llegar a ser —terminó exclamando perdiendo la poca paciencia que le quedaba—. ¡Está bien! ¡Se lo diré a ese horrible contestador automático que tienes y después haz lo que tengas que hacer! —Cogió aire y lo soltó bruscamente—: ¡Mira, Alex! Acabo de hablar con Dan y me ha dicho que Robert debe de estar tocado de verdad por atreverte a echarle de tu casa como lo hiciste, ¿y sabes qué más? Me ha dicho que está recluido en la casa familiar consintiendo dejar a un lado los problemas que tiene con su padre, dejándome bien claro que desde luego que ese detalle era algo impensable hacía unos días, antes de que pasara lo que ha pasado entre vosotros.

«Bueno, ahora que acababa de soltar parte de la información quizás tuviese el valor de cogerle el teléfono, ¿no?», pensaba una equivocada Sofia esperando una respuesta que no llegaba.

Al darse cuenta resopló a través de la línea, malhumorada, sin creerse lo cabezota que



podía llegar a ser.

—¿Es que no tienes sangre en las venas? ¡Coge el puto teléfono de una vez! —terminó gritando con impotencia con el mismo resultado, e imaginó a una Alexia que seguía impasible.

A menos era lo que parecía, sin que nadie pudiese ver que tenía la cara anegada en lágrimas.

Sofía, después de decirle aquello, no se podía creer que no le cogiera el teléfono. Soltó todo tipo de improperios y volvió a la carga.

—¿Quieres hacer el favor de dar la cara de una jodida vez? ¿O acaso vas a consentir que esa hija de puta consiga lo que verdaderamente quiere? Debes de estar ciega para no darte cuenta de lo que está pasando, Alex, y yo me siento con el deber de por lo menos abrirte los ojos. La hija de puta de Pamela se lo ha inventado todo, ¿cómo has podido creerte toda esa sarta de mentiras? Y para que lo sepas es lo que más le ha dolido a Robert, el que hayas salido huyendo en vez de dejar que él mismo y en primera persona te explicase que eres la mujer de su vida, y que por lo tanto nunca sería capaz de rodar ninguna película estando contigo. Y para que lo sepas, lo de echarle a patadas lo tiene cabreadísimo, así que... ¡Tú misma! ¡Si quieres joderte la vida hazlo, ya eres lo suficientemente mayorcita para saber lo que quieres y lo que no!

Y con un enfado, además de una frustración de mil demonios, terminó colgando el puto teléfono hecha una auténtica furia. Después volvió a la mesa en la que Dan la estaba esperando.

—Ni me ha contestado, ¿te lo puedes creer?

—Has hecho lo que has podido —dijo sacando varias monedas del bolsillo—. Anda, vámonos de aquí. Lo que podíamos hacer ya lo hemos hecho. Ahora depende de ella.

¡Tenía razón! La parte en la que podía ayudarla había finalizado, agotando todas las posibilidades para que consiguiera reaccionar... Si es que lo hacía.

Hubo reacción, pero desde luego no fue la esperada dejándolos a todos, a la mañana siguiente, completamente atónitos.

El lunes por la mañana, a primera hora, envió a través de un correo electrónico, dirigido al Señor Scot, su carta de despido voluntario. Dejó de prestar servicio en tan prestigiosa empresa de manera fulminante.

Cortando por lo sano cualquier tipo de relación con él, o cercana a él

Lo siguiente que hizo fue bajar a hablar con el casero y anunciarle que dejaba el apartamento, solicitando su ayuda para que le diese cajas de cartón vacías con el objetivo de empezar a empaquetar sus pertenencias. Estaba convencida de dar un giro a su vida de ciento ochenta grados para seguir sobreviviendo. Algo que no podría en un sitio en el que lo estaría recordando constantemente, aunque para llevarlo a cabo tuviese que sucumbir a vivir en casa de su madre.

Ese mismo día empezó a empaquetar sus pertenencias, solo que lo que le dijo Sofía a través del contestador no se le iba de la cabeza. Cada vez se sentía peor ante lo que aquello significaba.

Lo había vuelto a hacer al creer a alguien, que sabía que la odiaba, antes que a su novio y se imaginó lo duro que debió de ser para él. Tanto que hasta estuvo a punto de llamarle para pedirle perdón, pero, ¿de qué serviría? Probablemente el que no querría hablar sería precisamente él, yendo más allá porque después de ver aquellas imágenes era ella la que sobraba en aquel escenario.

«¿Cómo he sido tan imprudente de no haberlo sabido antes?», se preguntaba torturándose

ella misma.

Jamás iba a pedirle que dejara su trabajo. No era quién para hacerlo, y por lo tanto no tenía ningún futuro junto a él. Jamás podría adaptarse a un trabajo tan especial.

Se sorbió la nariz por milésima vez y dejó que las lágrimas cayeran sobre sus mejillas una vez más.

¡No había consuelo para una chica que debería salir huyendo!

Robert afrontó la conversación, que mantuvo con su padre, lo mejor que pudo cuando le informó de la carta de despido que le había llegado a su ordenador.

Fue consciente de que el adiós era definitivo y se hizo a la idea de que quería cortar, a toda costa, los lazos que podrían mantenerlo cerca de ella en el caso de que quisiera. Algo que como muy bien acababa de comprobar, no estaba dispuesta a consentir, afrontando que la mujer de su vida se le escapaba de las manos sin que pudiese hacer nada al respecto.

¿O sí?

Una idea descabellada pasó por su cabeza en décimas de segundo, aunque, si lo pensaba bien, de descabellada no tenía nada. Era el momento propicio para ello y, resultase bien, o no, lo llevaría a cabo.

¡Era ahora o nunca!

Se llevó la mano hasta el bolsillo y sacó el móvil. Después llamó a Dan.

La rueda de prensa no tardó en estar preparada, actuando según las directrices de, un Robert seguro de lo que se traía entre manos, contando con la ayuda inestimable de su amigo Dan.

Una vez que todo estuvo listo miraron el reloj de forma impaciente. En quince minutos se emitiría aquella rueda de prensa excepcional.

Robert, hecho un manojo de nervios por lo que ocurriría en aquel lugar, y sobre todo por las consecuencias que habría a continuación, bebió un trago de agua para aclararse la garganta mientras que veía el numeroso grupo de periodistas del corazón allí congregados.

¡Estaba dispuesto a jugar su última baza de cartas y es lo que haría!

La expectación en la sala era máxima, gracias a la urgencia y a la sorpresa inicial que se había levantado tras saber que se produciría aquella rueda de prensa. Permanecían expectantes debido a lo que tuviese que decir o anunciar.

Palpaban una gran exclusiva en el ambiente.

—¿Estás seguro de lo que vas a hacer? —preguntaba Dan igual de nervioso que él.

—Nunca lo estuve tanto.

Detrás de los informativos, en casi todas las televisiones de Nueva York encendidas, se pudo ver el encabezado en el que se explicaba lo que ocurriría a continuación. Acaparando la atención de un sinfín de neoyorkinos.

Y de forma sorprendente las líneas estuvieron a punto de bloquearse porque todo el mundo quería llamar al resto para que no se perdieran lo que debía de ser una noticia, importante, en la vida del famoso Robert Brown.

Antes de entrar en directo los niveles de audiencia subieran como la espuma. Nadie se lo quería perder.

—3, 2, 1, ¡dentro! —gritó uno de los cámaras que había congregados, dando paso a un primer plano.

Alexia estaba rendida y no había hecho más que empezar a empaquetar. Dejó la caja, en la que acababa de guardar la vajilla que heredó de su abuela, abierta, y arrastró los pies hasta el sofá, dejándose caer. Cogió el mando de la tele y en el último momento se lo pensó mejor. Lo dejó sobre la mesa sin encenderla.

¡Necesitaba serenarse consigo misma! Aunque no lo consiguió pues no tardó en escuchar el sonido del teléfono que, otra vez, empezaba a sonar.

Se levantó cabreada con la intención de desenchufarlo para que la dejaran en paz... Antes de hacerlo el contestador automático comenzó a hablar.

“Hola no estoy en casa, ya sabes, si quieres decir algo no lo hagas hasta después del piiiiiiiiiii”

Alexia se apresuró. Ni siquiera quería saber quién era el que la llamaba.

¡Deseaba tomarse el descanso que bien se merecía!

Cogió el enchufe, con la convicción de tirar del cable cuanto antes para desconectarlo de la luz, a la vez que imploraba un poco de tranquilidad.

—¡Alexia!

Iba a dar el tirón cuando escuchó a Sofia llamarla por su nombre completo. Se extrañó por ello y por el tono exaltado.

¿Habría sucedido algo?

Aun así no cogió el teléfono.

—¡Alexia! —gritó histérica de manera insistente—. Pon la televisión en el canal 23. ¡Inmediatamente!

«¿Qué? ¿Que ponga la televisión? ¿Es que se ha vuelto loca?»

—¡Alexia! ¿Me estás oyendo? —continuaba exaltada peleándose con el contestador automático.

«Como para no hacerlo...», y se dirigió a la mesa con desgana.

Alargó la mano, cogió el mando a distancia y pulsó el botón de encendido. La curiosidad pudo con ella.

¿Qué sería eso tan importante que quería que viera y que, al parecer, la exaltaba tanto?

No tuvo que esperar para comprobarlo... antes de que abriera los ojos como platos. Se acababa de quedar helada, viendo la cara de Robert, en directo, rodeado de un montón de micrófonos de todas las cadenas a su alrededor.

—Alexia —Su amiga seguía hablando y hablando, se escuchaba la voz histérica de fondo hasta que terminó chillando—: ¿Me estás oyendo? ¡¡¡Te juro que si no lo ves te vas a arrepentir el resto de tu vida!!!

Alexia por supuesto que no la estaba escuchando. Lo único que ella podía hacer, ahora, no era otra cosa que mirar con perplejidad a la persona que salía en la televisión, y que parecía mirarla sólo a ella.

El corazón se le encogió al percatarse de la tristeza que transmitían aquellos ojos tan bonitos, imaginando el motivo...

¿Quizás ella?

Apartó esa idea descabellada por lo absurdo de la situación, y permaneció atenta a lo que estuviese a punto de ocurrir en aquellos estudios. Sobre todo a lo que tuviese que decir en directo.

Volvió a dejarse caer sobre el sillón y no apartó los ojos de la pantalla, hecha un mar de dudas, pero dispuesta a escucharle al fin y al cabo.

—Buenas tardes a todos. Siento no haberos avisado con más antelación, pero me ha resultado totalmente imposible. Os tengo que comunicar una decisión que he tomado esta misma mañana, y que ha sido la causante de que no haya habido tiempo para la preparación de la rueda de prensa.

Bebió un poco de agua y siguió:

—Bien, como algunos ya sabéis, la segunda parte de la película que se acaba de estrenar hace poco se iba a empezar a rodar en breve. Creo que es justo que sea yo quien anuncie que no seré el protagonista de la nueva película.

La cara de asombro de los allí congregados no pudo ser mayor y se levantó un gran revuelo. Comenzaron a formular preguntas como locos. Hablaban unos por encima de los otros porque querían tener respuestas a sus preguntas.

Robert no entendía a ninguno de ellos y se dispuso a calmar a los reporteros incansables.

—Por favor —dijo alzando la voz para apoderarse del control—, después de decirlo lo que quiero habrá un turno de preguntas. No os preocupéis. Responderé a todas y cada una de las que me hagáis, ¿entendido?

Como escucharon lo que querían se callaron y le dejaron continuar.

—Como os iba diciendo, no seré el protagonista de la nueva película debido a una razón de considerable peso. —Con deliberación dejó de prestar atención a los periodistas y se dirigió a la cámara. Mirándola a través de aquellos espectaculares ojos con la clara intención de hablarle a ella, únicamente a ella si es que lo estaba viendo, y fue cuando anunció—: El motivo por el que no rodaré la película es porque...

Un silencio absoluto invadía la sala antes de que escucharan por su boca:

—¡Dejo la profesión!

—¿Qué? —preguntaron los periodistas otra vez al mismo tiempo. Levantándose un gran revuelo.

Alexia no daba crédito a lo que estaba sucediendo, ¿de verdad era cierto lo que acababa de escuchar? Consciente de que el mensaje iba dirigido única y exclusivamente a ella.

¿Que dejaba qué...?

—¡Oh, Dios mío! ¡No puede ser! —habló en voz alta.

El teléfono de casa y el móvil no tardaron en sonar de manera incansable. A lo que ella se limitó a dar más volumen, centrada en lo que estaba viendo y escuchando.

Sobre todo escuchando sin percatarse de lo que en realidad estaba sucediendo en directo.

—Chicos, por favor, todavía no he acabado y debo daros otra noticia antes de dar paso al turno de las preguntas —dijo un Robert paciente para reconducir la rueda de prensa.

¿Que había algo más...?

A esas alturas Alexia pensó que todo era posible, digiriendo todavía la impactante noticia y volviendo a oír su voz.

—A partir de mañana tomo la dirección de Scot Consulting —asumió con una entereza única, dejando a un lado lo que conllevaba dicha responsabilidad.

¡Más de uno se quedó con la boca abierta!

Y Alexia, de haber permanecido de pie, se habría caído de la impresión. Abrió los ojos de manera desorbitada, mientras permanecía incrédula.

¡Oh Dios! De verdad estaba renunciando a todo por... ¡¿Ella?!

Y empezó a entenderlo todo.

Aquella rueda de prensa se había convertido en una tapadera. Una tapadera urdida y planeada con el objetivo de hacer llegar un mensaje a la persona más cabezota e insegura del planeta.

¡¡Ella!!

Supo con exactitud lo que haría a continuación.

Pegó un salto y se dirigió a su habitación. Una vez allí abrió el armario y cogió lo primero

que pilló, no había ni un minuto que perder. Aquello era una declaración de amor en toda regla y ella no iba a quedarse allí plantada. Iría en su busca, por primera vez, y dejaría las huidas para siempre. Era lo menos que podía hacer por él después de lo que estaba haciendo.

¡Amándolo más que a su propia vida!

Una vez que estuvo lista salió del edificio, a toda prisa, y casi fue atropellada por un taxi. Dándole el alto sobre el carril, sin ningún miramiento, con la imperiosa urgencia de llegar a la sala de prensa en la que se estaba desarrollando el principio de su vida...

Y debía hacerlo, ¡ya!

Le dio las señas que Dan le acababa de dar por teléfono, y el hombre, reconociéndola al saber lo que estaba ocurriendo (después de que su mujer se lo acabara de decir por el móvil), aceleró a toda prisa dispuesto a ayudar a la pareja que últimamente salía en las revistas, aportando su granito de arena.

El taxista frenó en seco en cuanto llegó a su destino y no se molestó ni en aparcar para no perder tiempo.

—¿Cuánto le debo?

—Nada, encanto. Cortesía de la casa. ¡Suerte!

—Gracias.

—De nada, preciosa.

Salió a toda prisa y se internó a la carrera dentro de las instalaciones de televisión, donde un vigilante le dio el alto siguiendo las indicaciones de que nadie sin acreditación podía pasar... hasta que la reconoció.

Hizo la vista gorda y abrió el torno.

—Llegas a tiempo. La segunda puerta a la izquierda.

Alexia contestó:

—Gracias.

Y le sonrió comenzando a correr. Llegó a la puerta que le había indicado y la abrió sin más.

Nadie se percató de que ella estaba allí, lo que aprovechó a su favor quedándose apoyada contra la pared, un rato, para recuperar el control y dejar que la respiración volviese a su ritmo normal, mientras fijó la vista en el hombre que se había convertido en todo para ella, observando cómo contestaba a las preguntas de los periodistas congregados cerca de él.

—Esta decisión supongo que no ha sido fácil. ¿Podrías decirme si es debida a alguna persona en particular? —preguntaba en ese instante un reportero.

Alexia esperó la contestación creyendo que le daría un infarto.

—Te equivocas en una cosa. La decisión ha sido mucho más fácil de lo que yo pensaba, y sí. Por supuesto que es por una persona en particular.

—¿Quién? ¿Puedes decir el nombre?

—Por supuesto. La decisión que he tomado no ha sido por otro motivo que por la señorita Alexia Jammes Stuart.

«Oh Dios mío»

Los flashes de las cámaras enloquecieron, junto con el resto de los allí presentes, al tener el privilegio de escuchar declaración de amor tan inusual.

A continuación se escuchó una nueva pregunta:

—¿Y dónde está la chica afortunada de la que hablas? ¿Sabía lo de tu decisión?

—No, no lo sabía. Espero que lo esté viendo por la televisión.

—Entonces, ¿se está enterando ahora mismo? —preguntó otro reportero sorprendido de la suerte que estaban teniendo.

—Quiero creer que sí. Como ya sabéis esta es una profesión complicada para tener una relación estable, más si cabe si lo que grabas son escenas porno. Por ello he decidido lo que quiero y lo que me compensa. Y puedo aseguraros que lo único que deseo es estar al lado de la única mujer que ha conseguido sacar lo mejor de mí y sin la que no puedo vivir.

La multitud de personas congregadas, en torno a la televisión, lloraba a moco tendido debido a tan bonita declaración de amor. Desde pequeños a mayores... desde hombres a mujeres...

—¿Me disculpas? —intervino una Alexia emocionada después de digerir aquellas palabras.

Ya había escuchado bastante y desde luego no se iba a quedar allí parada. Se moría de ganas de ver su cara cuando se diera cuenta de dónde estaba.

Uno de los reporteros se hizo a un lado, de mala gana, para dejarla pasar, y la reconoció. Sonrió con alegría, aquello iba a terminar de la mejor de las maneras y dio un codazo a otro reportero que tenía delante para que a su vez se apartara. Y así sucesivamente.

¡Todos permanecían entusiasmados ante la magnitud de la inesperada visita!

Robert, en cambio, seguía ajeno a lo que estaba sucediendo delante de él y se limitaba a contestar pregunta tras pregunta, sin que tuviese una mínima idea de lo que realmente estaba pasando... Hasta que escuchó una voz de fondo que conocía demasiado bien. Una voz que sonó nerviosa a la vez que esperanzada y que decía así:

—Yo tengo una pregunta —habló por primera vez en voz alta, lo suficientemente claro para que se la escuchara en toda la sala. Dispuesta a dar lo que no había hecho hasta ahora y obviando que posiblemente se estuviese equivocando.

Él estaría en su derecho de darle una negativa, pero, ¿qué más daba?

¡Se lo debía después de todo por lo que le había hecho pasar!

Robert, nada más escuchar aquella voz que llevaba tan dentro, pensó esperanzado:

«No. No puede ser», se dijo levantando la mirada de los micrófonos allí congregados, alzándola hacia el lugar exacto en el que creía haberla escuchado.

¡Se la encontró a escasos metros de él!

El tiempo pareció detenerse y, una Alexia histérica, por el posible acontecimiento de aquella escena, que parecía sacada de una película romántica, se limitó a observarle con los nervios a flor de piel disculpándose a través de una mirada que le decía lo mucho que lo quería.

Deseaba sentirse abrazada por aquellos brazos que tanto le habían dado, pero no tenía una mínima idea de cuál podría ser su reacción.

Rápidamente se vio recompensada, quitándose un gran peso de encima, en cuanto se percató de la sonrisa de placer de un Robert que lo decía todo con aquellos espectaculares ojazos y aquella sonrisa que le cruzaba la cara. Dejaba ver lo feliz que estaba a la vez que quería que todos fueran testigos de la sorpresa tan grata que se acababa de llevar.

—¿Puedo hacerla? —insistió llegando a su deseado objetivo. Entonces se puso de puntillas y se alzó para besarle en los labios.

Robert cerró los ojos, sintiéndose en casa, y mientras lo hacía disfrutaba del verdadero placer que se le otorgaba.

Le pasó las manos por la cintura para estrecharla contra su cuerpo sin que le importara el hecho de que estuvieran en directo.

¡La dicha de tenerla era tan grande que nada importaba!

Segundos después, Alexia se separó un poco con la idea de hacer la pregunta que tenía en

mente, y que por encima de cualquier otra cosa necesitaba que le respondiera, eso sí, en ningún momento dejó de abrazarlo. No después del sufrimiento que habían pasado en aquellos largos y agónicos días en los que pensaron que todo se había acabado.

—No se os oye, por favor coge el micrófono —le decía un chico ansioso alargando el suyo.

Alexia no se lo pensó. Cogió el micrófono, ante la atenta mirada de su chico, y esperó obediente a que le diese permiso.

Mientras esperaba se miraron mutuamente diciéndose lo mucho que se amaban a través de sus ojos.

—Dispara —le susurró en tono travieso convencido de que no la dejaría alejarse de él nunca más.

Una Alexia, con los nervios a flor de piel, le empezó a costar respirar al darse cuenta de la magnitud de todo, aun así se acercó el micrófono a la boca y se centró en lo que a buen seguro sería la pregunta más importante que nadie le había hecho hasta el día de hoy... y menos en directo.

Le sostuvo la mirada, como buenamente pudo, y le transmitió lo que sentía por él a medida que eran envueltos entre un silencio atronador ante la evidencia de que nadie hacía el menor ruido para no perderse lo que suponían algo verdaderamente importante. Siguiendo en directo con la retransmisión tan poco inusual que estaba batiendo todos los records de audiencia y que tenía a todos los espectadores en vilo.

Finalmente se escuchó la pregunta que le quería hacer, atreviéndose a pronunciarla en voz alta.

—Robert, hace un tiempo me dijiste algo que nunca olvidaré, y es justo que también te diga que por supuesto yo también TE QUIERO EN MI VIDA. La pregunta es... ¿Quieres casarte conmigo?



—¿Quieres casarte conmigo?

El eco de aquella pregunta, suspendida en el aire, seguía sonando en multitud de ocasiones dentro de su mente. Un eco que la situaba ante la encrucijada de sentirse vacía, porque desde luego nada terminó como ella esperaba.

Nada en absoluto.

E incompresiblemente allí estaba Alexia, subida en un avión con destino a Denver (Colorado), con la única compañía de sus auriculares, su teléfono móvil, una pequeña maleta, y la sensación de que su vida no tenía sentido después de lo sucedido entre ellos. Viéndose engullida por la melancolía, además de la tristeza, notando el peso de cada una de ellas como una auténtica losa dentro de su maltrecho y herido corazón.

¿El motivo?

Muy fácil, la imposición de un Robert implacable, que no consintió en dar su brazo a torcer, de ninguna de las maneras, desde el segundo que escuchó aquella pregunta que lo había desestabilizado del todo. Tanto fue así que, sin prestar atención a las cámaras y a los flases que abarrotaban la sala, la terminó agarrando con determinación para, seguidamente tirar de ella con la intención de dejarle un par de cosas claras.

Algo que por supuesto hizo... ¡Y de qué manera además!

Miró las nubes a través de la ventanilla, del avión, mientras sus lágrimas comenzaban a brotar nuevamente de sus bonitos ojos, entonces subió el volumen de la música para intentar distraerse, siendo incapaz de conseguirlo para en cambio echar la vista atrás recordando, escena a escena, lo sucedido hacía apenas unas horas entre ellos, dentro de aquel cuarto en el que la obligó a entrar...

¡Le dolió el alma por el simple hecho de recordar!

El rostro de Robert, a consecuencia de las palabras que acababan de salir por su boca, era un auténtico enigma, y ni siquiera ella sabía lo que se le estaba pasando por la cabeza en esos momentos. La urgencia repentina que de pronto tenía, después de los acontecimientos desencadenados por aquella particular rueda de prensa, a Alexia le hicieron presuponer que lo que buscaba era un cuarto apartado donde pudieran tener un poco de intimidad (igual que la primera vez en la discoteca en la que se conocieron), querría estar a solas con ella tras los innumerables días que estuvieron separados por su falta de confianza.

El hecho de saber que lo volvería a tener, entero para ella, la hizo desfallecer. El deseo que la engullía por cada poro de su piel era tan grande que, cómo no, le volvía a costar respirar con normalidad, sonriendo de oreja a oreja, mientras que su cuerpo daba palmas ante la evidencia de que otra y excitante lección sexual la estaba esperando.

¡No sabía lo equivocada que estaba!

Llegaron a un pasillo alargado, lleno de puertas cerradas, y Robert abrió una de ellas para entrar.

La soltó en cuanto lo hicieron y cerró la puerta a su espalda.

—Definitivamente debes de haberte vuelto loca —fueron sus primeras palabras a solas. Sin la compañía de nadie más.

Alexia malinterpretó sus palabras y dejó escapar un suave gemido, lanzándole una mirada que lo decía todo.

¡Rindiéndose a sus pies!

—Si loca es hacerte una proposición de matrimonio, en toda regla, entonces es que lo estoy — afirmó abriendo su corazón—. Nunca antes había estado tan segura de lo que quiero.

La cara seria, de Robert, daba a entender algo que ella no supo interpretar y se dejó llevar únicamente por las sensaciones que su cuerpo anhelaba. Estaba obnubilada por su presencia.

Y escuchó de pronto:

—¿Te estás oyendo? —preguntó mirándola con el ceño fruncido y una mueca socarrona que evidenciaba el disparate de la situación.

La situación, a Alexia, no le pudo pasar inadvertida durante mucho más tiempo al darse cuenta del rictus serio que tenía alojado en su rostro, y lo que era más inquietante... Empezó a hacerse preguntas que al parecer no tenían las respuestas que ella tanto habría deseado.

¿Por qué no se había abalanzado sobre ella, como estaba segura que terminaría haciendo, en cuanto estuvieron solos? Es más...

¿Por qué ni siquiera había hecho el intento de besarla?

No tuvo otra opción que percatarse de la real situación en la que, después de la proposición que le hizo, delante de los periodistas, él se había limitado a permanecer distante. El por qué era algo que no lograba entender. Todo iba como la seda antes de formular aquella pregunta.

¿Quizás se había equivocado haciéndola?

Las dudas la empezaron a asaltar, dándose cuenta de que se empeñaba en mantener las distancias y, lo que era todavía peor, que la seguía mirando con cara de pocos amigos.

¿Qué estaba sucediendo?

—¿Robert? —susurró analizándolo para tratar de entender aquella actitud comedida, a la que por supuesto no estaba nada acostumbrada, avanzando un paso hacia él un tanto perdida—. ¿Sucedé algo?

—¿Y tú eres la que me lo pregunta? —soltó serio, taladrándola con una intensa mirada que la volvía a dejar sin aliento.

La cuestión era que él seguía manteniendo las distancias, y no solo no se acercaba, sino que, además, la impresión que le daba era la de que ni siquiera la iba a tocar. Algo que su cuerpo había dado por hecho, resultándole una auténtica tortura a la que seguía sin estar nada acostumbrada.

Puso un mohín y lo miró sin entender nada de nada. ¡Esperaba cualquier tipo de explicación!

—No te entiendo, ¿qué es lo que pasa?

Robert avanzó un paso y se situó a su misma altura.

—Pasa que me has hecho pasar un infierno desde que te conocí. Pasa que he intentado por todos los medios entenderte. Pasa que he decidido renunciar a mi actual vida por ti. Y pasa que la que lo sigues poniendo cada vez más difícil eres tú. ¿Te parece poco?

Alexia sintió dentro de su corazón un inmenso dolor.

¡¡¿Qué era exactamente lo que le estaba diciendo?!!

Y a pesar de la cercanía, en la que casi se rozaban, ella intuyó que le tenía más lejos que nunca.

—No logro entenderte, Robert, de veras que no —susurró al borde de las lágrimas.

Tuvo que morderse el labio inferior para concentrarse en no hacerlo.

—Alexia, me sigues volviendo loco y eso no es nada bueno, créeme.

—Pero...

Robert dejó escapar el aire y no pudo evitar llevar su mano hasta la mejilla de ella. Bajó poco a poco y acarició el labio inferior que no paraba de temblar. Era tan vulnerable...

—Mi pequeña Alexia. ¿Sabes la magnitud de lo que acaba de pasar ahí dentro? Porque la impresión que me ha dado es la de que estabas completamente segura de lo que estabas haciendo.

—Lo estaba y lo sigo estando, Robert.

—Entonces tenemos un gran problema —afirmó dejando escapar el aire mientras bajaba la mano con el gesto contrariado— ¿sabes por qué?

Alexia negó con la cabeza.

—Te lo diré. —Se pasó la mano por el pelo, nervioso, y dijo—: Antes de decir, lo que has dicho, al menos deberías haberte hecho la pregunta de si crees que yo estoy preparado para lo que has insinuado, siquiera. —Se calló, la miró y, sin apartar los ojos de los de ella continuó—: Mira, Alexia, te voy a ser todo lo sincero que puedo...

Después de escucharle, ella no estaba segura de querer saber lo que a su novio se le pasaba por la cabeza en esos momentos.

Y se quedó plantada, allí en medio, mirándole con el corazón en un puño.

¡Tenía la certeza de que no le iba a gustar lo que iba a suceder a continuación!

No se equivocó.

—No quiero herirte —comenzó comedido, midiendo sus palabras pero con la claridad de que estaba haciendo lo que debía antes de que la situación se le terminara escapando de las manos. Algo que no podía permitirse—. Mira Alexia, no sé cómo te vas a tomar lo que voy a decirte pero, ¿sabes qué? Debo hacerlo por el bien de los dos.

—Me estás asustando.

—No lo pretendo, aunque sí voy a decirte lo que pienso aun sabiendo que posiblemente no vaya a gustarte —le dijo para a continuación quedarse en silencio unos segundos. Debatendo en su interior lo que quería decirle, sin mayor dilación, gracias a la gravedad del asunto que se traían entre manos— ¿Preparada?

—Creo que no —Alexia bajó la mirada y permaneció cada vez más indecisa, con la corazonada de que le iba a hacer daño.

¡Una vez más no se equivocó! Esperando una respuesta que sabía le iba a dar, aunque ella no lo quisiera.

A Robert no le gustó verla en aquel estado de nerviosismo, aun así estaba en la obligación de sincerarse. Tomó aire, llevó la mano, esta vez hasta la barbilla de ella, y la levantó hacia arriba con el objetivo de que le mirase.

¡Dispuesto a acaparar su atención!

—Ya sabes el tipo de vida que he llevado hasta ahora —comenzó a decir—. También sabes, mejor que nadie, que nunca he sido un hombre de novias. Nunca las he tenido hasta que llegaste tú. ¿Hasta aquí todo de acuerdo?

Ella asintió. Lo único que pudo hacer sin poder evitar que el corazón lo tuviese encogido y expectante.

¡Completamente expectante! Limitándose a seguir escuchando.

¿Acaso tenía otra alternativa?

Y continuó en un estado de alerta absoluto sin entender qué era lo que le trataba de decir... hasta que de pronto le escuchó:

—¿Y entonces me puedes explicar cómo has sido capaz de proponerme matrimonio, y encima delante de las cámaras? De verdad que no lo entiendo por más que quiera hacerlo.

Alexia no tardó en venirse abajo. Era si como le diera una puñalada en el estómago.

¿Cómo había sido tan tonta al creer que todo saldría de maravilla?

¿En qué coño estaba pensando?

El rubor en las mejillas de una mujer, superada por las circunstancias, no se hizo esperar. Estaba en un estado de vulnerabilidad total e implacable y se moría de la vergüenza ante el mal trago de verse rechazada por el que era el hombre de su vida. ¡Estaba convencida de ello!

Por aquel motivo, precisamente, se le hacía tan cuesta arriba todo...

—¿No tienes nada que decirme?

Alexia sacó fuerzas de donde no las había y habló.

¡Vaya si lo hizo!

—No voy a pedirte perdón por decir lo que siento, quizás tengas razón y me he precipitado, pero hasta ahí. Claro que sé que no eres un hombre de novias, claro que sé el tipo de vida que llevabas pero, ¿sabes qué? Yo estaba sentada frente a la televisión viéndote, y entonces lo supe. Supe que lo que estabas haciendo era una prueba de amor hacia mí y me creí con el deber de recompensarte, por eso vine corriendo. Y para que te quede claro en ningún momento se me pasó por la cabeza preguntarte lo que te pregunté, pero entonces, cuando me tenías entre tus brazos, la locura se apoderó de mí y lo supe. Supe que no iba a querer a ningún hombre como te quiero a ti. Supe que eres lo más grande que tengo... y también supe que quiero pasar el resto de mi vida junto a ti. Únicamente por eso me dejé llevar, y lo volvería a hacer una y mil veces. Puedes estar seguro de ello.

Desde luego que más alto lo podía decir pero no más claro, abriéndose en canal y sacando lo que llevaba dentro sin pararse a pensar en las consecuencias. Unas consecuencias que no tardaron en aparecer a través de la boca de un Robert que, ahora sí, estaba enfadado, realmente enfadado ante la magnitud de lo que para él era un auténtico disparate, y cortó aquel tema que le abrasaba las entrañas de solo pensarlo.

¿Boda?

¿Acaso había perdido el norte por completo?

¡Él no tenía la necesidad de pensar en esas bobadas!

—¿Ah sí? —contraatacó cabreado—. ¿Igual que volverías a creerte a cualquier mujer dispuesta a separarnos antes que a mí? ¿Igual que volverías a echarme a patadas de tu casa sin dejar que me explicara? ¿Entonces actuarías igual? Porque no me creo que de un minuto para otro vayas a cambiar de manera tan fulminante, de veras que no. —Afirmó con rotundidad antes de volver a la carga, haciendo oídos sordos a lo que su sentido común le quería hacer ver, empecinado en que ella había metido la pata hasta el fondo por el atrevimiento de hablar de una palabra (BODA), que le daba auténtico pavor y mal rollo, seguro de ponerla en su sitio para así reconducir la relación entre ellos—. ¿Cómo puedes hablar de matrimonio cuando no eres lo suficientemente madura para aceptar los nuevos entuertos que seguirán viniendo? Porque la verdad no es solo que yo no quiera saber nada de ese tema, sino que a ti no te veo capaz de ser la novia tolerante y sensata que necesito.

¡Oh, oh! La conversación entre ambos se les estaba empezando a escapar de las manos. Algo impensable cuando la vio aparecer frente a sí, delante de las cámaras de televisión, hacía una hora escasa.

—¿Cómo puedes ser tan cruel? —le reprochó Alexia también furiosa—. ¿Cómo puedes ser tan insensible después de lo que te acabo de decir?

¡No se lo podía creer!

Y más que nunca quiso tragarse las lágrimas que no estaba dispuesta a derramar delante de él.

No después de lo que acababa de decir, así que se armó de unas fuerzas tremendas para ponerse a su misma altura.

No le resultó nada difícil.

—Mira, Robert, a lo mejor lo que pasa es que yo nunca voy a ser esa novia tolerante y sensata. A lo mejor tampoco te necesito tanto y sí que puedo adaptarme a vivir sin ti. Y a lo mejor estás desperdiciando la oportunidad de seguir con la única novia que has tenido, y que como dijiste un

día, lograba calmarte.

Robert frunció el ceño.

—Alexia, para.

Pero ella no estaba dispuesta a hacerlo, y claro, los sentimientos, a flor de piel, le terminaron pasando factura y las primeras lágrimas empezaron a caer por sus bonitas mejillas. Se las limpió con el dorso de la mano, como pudo, a la vez que un pesimismo absoluto se apoderaba de su ser.

—Me siento ridícula por haber tenido la valentía de presentarme aquí y abrirte mi corazón para a cambio recibir, ¿qué? Ya ni siquiera me creo que lo que has dicho en la rueda de prensa sea verdad.

—Alexia.

El tono empleado al pronunciar su nombre era tenso. Un detalle que le dio igual a una mujer que estaba convencida de seguir hablando.

¡Qué fue lo que hizo!

—Estoy dispuesta a reconocer mi equivocación, Robert. Debí de suponer que un hombre tan inalcanzable como lo eres tú nunca aceptaría una petición así. Me dejé llevar y...

—He dicho que pares —volvió a repetir un Robert que se había quedado descolocado tras escuchar, por boca de ella, aquello que no era de su agrado, sufriendo al verla así.

Pero una Alexia empecinada, y cabezota, no le hizo ni caso y continuó con el discurso que le dolía dentro de su alma:

—Jamás pensé que me iba a encontrar con este panorama cuando decidí dar un paso hacia adelante viniendo aquí. De verdad que no. —Volvió a pasarse el dorso de la mano por las mejillas, anegadas de lágrimas, y continuó—: Y no me voy a marchar sin antes decirte que tampoco era tan complicado tener un poco de tacto, ¿tan difícil es de entender?

¡A esas alturas Robert no pudo más!

—¡Para Alexia!! —Gritó asustándola. Solo así consiguió hacerla callar, que era lo que pretendía, porque no podía seguir escuchándola—. Si de verdad has llegado a pensar que lo que te estoy diciendo es para hacerte daño, estás muy equivocada. ¿Cuánto más debo hacer para que entiendas que me importas demasiado? Todo lo que te estoy diciendo es para que abras los ojos de una vez y sepas enfrentarte a tus problemas. O mejor dicho, nuestros problemas.

La rabia interior de Alexia no le permitía aceptar nada de lo que él decía.

Nada de nada.

—¿Qué problemas? —Estalló fuera de sí—. Porque lo que me estás dando a entender es que no quieres saber nada de mí.

—Jamás vuelvas a decir algo así, ¿me oyes? ¡Jamás! —alzó la voz confundido.

Y tan confundido estaba que dio un paso hacia delante, de manera desesperada, con el deseo de estrecharla entre unos brazos hambrientos de ella. ¡Solo de ella!

Alexia se apartó en el instante en que se acercó. No estaba dispuesta a sucumbir a ninguno de sus encantos por mucho que los necesitase. ¡No y no! Aunque eso significase luchar con uñas y dientes contra sí misma. Empeñada en no olvidarse de ninguna palabra, ni de ningún detalle, desde que estuvieran a solas los dos.

¡Y dolían tanto!

—¿Me puedes decir por qué demonios te apartas? —preguntó un hombre que echaba chispas por los ojos y que no estaba acostumbrado a ese tipo de negativa por parte de cualquier fêmea.

Aunque claro, como muy bien sabía, el pedazo de mujer que tenía delante no era igual a ninguna otra que hubiese pasado por su vida sin pena ni gloria y, precisamente, aquel detalle, le llegó al alma, viéndose rechazado.

—¿Y qué te esperabas?

—Vamos, nena, no permitas que un discurso diferente al tuyo nos agüe la fiesta. Lo que pretendo es hacerte ver lo difícil que me está resultando adaptarme a las nuevas situaciones, y que lo estoy haciendo por ti. Solo por ti. No puedes pretender el todo o nada. Sabes que conmigo no funcionará.

Alexia mantuvo aquella mirada llena de intenciones como pudo. Le resultó mucho más difícil de lo que parecía, a simple vista, y se odió por no tener el criterio de tragarse esas malditas lágrimas que no podía evitar.

Se aventuró a decir:

—¿Y qué es lo que funcionará contigo, Robert? No puedes querer que sea una novia eterna, sabes que necesito más, así que no seas tú el que permita que me aleje de ti, porque es lo que estás consiguiendo.

Robert soltó un bufido y volvió a cabrearse.

—¡De verdad que me estás haciendo perder la paciencia! —Exclamó atónito pensando que, cuando ya creía que lo había escuchado todo, iba y soltaba otra perla—. ¿Acaso no lo ves?

Alexia fue incapaz de saber a qué se estaba refiriendo con exactitud.

—¿Qué es según tú lo que debería ver y no hago? —preguntó levantando la voz igual que él.

¡Poniéndose a la misma altura!

—A ver, Alexia... —Si hasta aquel momento se había limitado a mirarla analizando la situación, ahora, un Robert nervioso, se pasó la mano por el pelo sopesando, muy seriamente, las palabras que quería decir en un deseo férreo de acabar con aquellas pamplinas.

Porque era lo que eran, ¿no?

—Lo que parece que no llegas a comprender es la magnitud de todo —añadió—. ¿Te has parado a pensar lo que en verdad significa lo que acabo de anunciar a los periodistas?

Antes de que ella pudiera responder volvió a tomar la palabra, diciendo:

—Acabo de renunciar a mi profesión... POR TI. Acabo de asumir la responsabilidad de aceptar el puesto de directivo que siempre me ha ofrecido mi padre... POR TI. ¿Y de verdad crees que lo que pretendo es que te alejes de mí? ¿Acaso nos hemos vuelto locos, Alexia? Porque te juro que no logro entender el por qué te permites el lujo de enfadarte conmigo.

—Pues para que lo sepas, el que parece no entender nada eres tú —contraatacó una Alexia furiosa—. Por supuesto que no soy tan idiota como para no darme cuenta de la “magnitud” como tú dices de lo que acabas de anunciar, y entiendo que lo haces por mí, ¿debo darte las gracias por ello? —preguntó con un timbre socarrón.

Algo que por supuesto no gustó, nada, a la otra parte.

—No quiero que me des las gracias —susurró cansado—, lo único que pretendo es poner las cosas en su sitio, y sobre todo que no me niegues tener acceso a ti y a tu cuerpo. Algo que acabas de hacer y sabes que me duele terriblemente.

—Más me ha dolido a mí tu rechazo.

Robert abrió los ojos sorprendido.

—¡¿Cómo?!

—Es lo que has hecho desde que te he preguntado si te querías casar conmigo —aseguró la chica mediante un mohín.

¡Y claro, como era obvio, a Robert se le terminó acabando la poca paciencia de la que disponía!

—¡Se acabó! Por lo que más quieras... —rugió superado por las circunstancias tras oír aquel disparate, alzando de nuevo la voz—: ¿Quieres decirme cuánto tiempo llevamos saliendo juntos?

Alexia no tardó en contestarle al verle tan cabreado.

—Dos meses.

—¡Dos meses! ¡Tú misma lo estás diciendo! —Gritó como un loco—. Y en estos dos meses, ¿cuántas veces has salido huyendo sin dejarme darte una explicación? ¿Cuántas veces has puesto impedimentos para seguir avanzando en nuestra relación? ¡Vamos! ¡Contéstame!

Alexia se quedó callada.

—Pues ahí tienes el por qué, ni en el caso de que me hubiese vuelto loco de repente, que no es el caso, se me ocurriría que pudiese pasarme por la cabeza el disparate de casarme contigo. —Sentenció antes de aclarar—: En primer lugar no soy un hombre de compromisos y por lo tanto no creo en las bodas. En segundo lugar dos meses no son suficientes para conocernos del todo. Y en tercer lugar, hasta que no aceptes lo que he sido, con todas las consecuencias, nos va a resultar prácticamente imposible avanzar hacia adelante.

A ella no le quedó otro remedio que claudicar, en dos de los puntos que acababa de exponer tenía toda la razón. Tuvo que armarse de valor para comprender que, en efecto, lo que decía acerca del poco tiempo de relación que llevaban, le otorgaba el derecho a decir lo que acababa de hacer. Al igual que debía reconocer que ella debería de poner mucho de su parte para que no le afectara lo que él había sido.

Algo difícil y duro de digerir como ya había sido el caso.

¡En su interior admitió que la conocía casi a la perfección!

—Bien, ¿tienes alguna idea en mente que pueda ayudarme? —se rindió y trató de olvidarse de la parte más dolorosa en la que reconocía que él no era un hombre de compromisos. Ciñéndose a la verdadera realidad de la situación.

—Sí. La tengo.

—¿Y?

—Pues que no me gusta nada —confesó serio—, porque lo que creo que nos ayudaría es estar apartados unos días para que puedas pensar con claridad.

«¿De verdad me está diciendo que me vaya de su lado?!», pensó una Alexia decepcionada y triste.

Muy, muy triste.

—¿Estás hablando en serio?

—Sí —afirmó mirándola con una expresión en los ojos que hablaban por sí solos.

Quería hacerla entender que le estaba costando una barbaridad decir lo que estaba diciendo.

—Muy bien —dijo Alexia tragándose el dolor que sentía en esos agónicos instantes. Y se centró, únicamente, en parecer que no le importaba lo más mínimo desaparecer de su vida después de las ilusiones que se había creado ella solita. Hasta fue capaz de mantenerle la mirada para responder como si nada—: Tengo un billete de avión para mañana a primera hora y, visto lo visto, lo mejor que puedo hacer es ir al aeropuerto y cambiarlo para hoy.

A Robert no le gustó, ni aquella noticia, ni por supuesto el tono que estaba empleando. Y luchó (igual que ella antes) contra sí mismo, para no empujarla contra la pared y simplemente hacerle el amor allí mismo. La deseaba tanto que empezaba a perder la noción de lo que estaba pasando a su alrededor, e incluso llegó a pensar, en una décima de segundo, en claudicar y hacer lo que a ella le viniese en gana.

Pero, ¿hasta casarse?

«¿Qué cojones me sigue haciendo ésta condenada mujer? No puede ser que tenga tanto poder sobre mí, ¿cuándo he dejado que ocurriese?», se regañaba un Robert bastante alarmado y asustado.

Quiso mantener la calma y preguntó:

—¿Por qué tienes un billete de avión? —Terminó diciendo no de muy buenas maneras.

—¿He de recordarte que ya no tengo nada que hacer en esta ciudad? —Le aclaró—. Como ya sabrás he renunciado al trabajo, y no solo he hecho eso. También le he dicho a mi casero que me mudaba y justo mañana termina mi estancia en el apartamento en el que he vivido estos últimos años. Adiós, Nueva York.

—Cuando te he dicho que necesitas unos días apartada de mí, nunca he dado a entender que fuera estando lejos. ¿A dónde pretendías irte?

—Ahí te equivocas. No pretendo nada, simplemente voy a hacerlo.

Robert tensó la mandíbula a consecuencia de aquella respuesta y dejó ver una expresión que a cualquier otra persona le hubiese dado miedo.

A cualquier otra persona menos a ella, claro.

—No vas a irte de la ciudad —aseguró Robert implacable.

La rotundidad de la frase, a Alexia, le importó una mierda.

—Haré lo que me dé la gana. ¿No dices que me vendrá bien un poco de soledad para aclararme? Pues cogeré ese billete y me iré unos días. ¿No es lo que querías, Robert? Pues mira, al final vas a salirte con la tuya.

Él la fulminó con la mirada.

—Alexia, estoy hablando completamente en serio.

—Y yo.

Sabía lo cabezota y testaruda que podía llegar a ser así que cambió de táctica ante el evidente cambio de planes. Estaba alarmado por ello y precisaba de la mayor información, antes de que terminara cometiendo una locura.

Quiso saberlo todo

—¿Para dónde es el billete?

Alexia vio a través de sus ojos lo mucho que a él le molestaba que, su todavía novia, no le hiciese caso, y aprovechó el momento para cambiar las tornas y ser ella la que ahora lo pusiera en un aprieto.

Podía hacerlo y se dejó llevar por su intuición femenina, la cual le decía que le terminaría pidiendo que se quedase en su exclusivo apartamento.

¡Nuevamente se equivocó!

—No voy a decírtelo, Robert. Cuando esté preparada para volver te lo haré saber. No antes. ¿Me esperarás? —le preguntó con un nudo en el estómago.

—Nena, —se volvió a acercar y consiguió pillarla desprevenida, cogiéndola de la cintura— ¿No ves que no hace falta nada de esto? No hace falta que te alejes. Seguro que puedes quedarte en el apartamento de Sofía unos días, después arreglaremos lo de tu puesto de trabajo.

El detalle de que él, en ningún momento, le ofreciera quedarse en su casa, a Alexia la destrozó por completo.

Así que hablaba en serio con lo de poner un poco de distancia, ¿eh? Pues lo haría. Ahora más que nunca estaba dispuesta a marcharse, y ya se verían los resultados.

—No necesito tu caridad, Robert. Me buscaré un trabajo nuevo.

—Pero...

—No, Robert —lo enfrentó decepcionada e interpuso el brazo sobre su pecho para apartarle—. En primer lugar asumiré mi decisión de dejar la empresa, y en segundo lugar, y como veo que sigues convencido en tu idea de que también asuma quién has sido, te haré caso. Pondré tierra de por medio y veremos qué sale de todo esto.



—Cariño —susurró impidiéndole que se apartara, bajando poco a poco hasta sus labios—, si no estuviese convencido de que es lo mejor, de veras que no te lo habría propuesto. Es más, la idea de no saber ni siquiera dónde estarás me enfurece. ¿Por qué no eres buena y me lo dices?

—Has sido tú el que me ha obligado a hacerlo, así que ahora soy yo la que te haré sufrir a ti no revelándote mi destino.

Robert la miró con unos ojos helados, taladrándola por el descaro de atreverse a desafiarle.

Y así estuvieron durante varios segundos, en los cuales se limitaron a mirarse mutuamente enfrentados.

—Está bien —dijo serio.

«Lo sabía», pensó una eufórica y confundida Alexia, intuyendo lo que desde luego no era. «Ahora es cuando mi querido novio me ofrece su apartamento antes de que pueda hablar con mi casero y...»

Todos sus planes se vinieron abajo justo en el momento en el que, un Robert completamente decidido, le terminó dando un beso frío en los labios antes de alejarse de ella, preguntándole como si nada:

—¿Te llevo al aeropuerto? Yo me encargaré de llevar tus cosas a un guardamuebles.

En ese punto Alexia volvió a sentir que se le abría el corazón.

¡Se acababa de quedar de piedra!

¡¿Qué es lo que acaba de decir?!

Se repuso de la impresión que se acababa de llevar, como pudo, y respondió con orgullo:

—No. Cogeré un taxi.

—Como quieras. Te llamaré —fue la única contestación que recibió.

Él seguía frío y distante.

Dicho lo cual, y sin mirar atrás, abrió la puerta y se marchó de allí con un enfado de mil demonios.

Y así fue cómo, una Alexia desbordada, se sentó sobre el suelo y se echó a llorar mientras se hacía a la idea de que el final del cuento no existía.

¡Ni cuento!

¡Ni final feliz!

¡Ni nada de nada!

La llegada a Denver no la reconfortó lo que ella en un principio habría esperado. Ni siquiera el hecho de encontrarse, en el lugar en el que se había criado, la hizo alegrarse ni un poco. Mucho menos tras la fatídica conversación que mantuvieron, Robert y ella. Una conversación en la que, una vez más, parecía empeñada en poner las cosas difíciles para variar, continuando alejándose de él cuando lo que quería era precisamente lo contrario.

Había obviado que lo que él trataba, de hacerla entender, era el disparate que había cometido y que por el bien de ambos debían mantener las distancias durante unos días para que, (sobre todo ella) se sincerase consigo misma y lograra saber si estaba dispuesta a seguir con aquella relación tan atípica en la que se habían terminado involucrando.

Nada de bodas. Eso sí, en la cercanía del apartamento de su amiga Sofía, y no a miles de kilómetros como habían terminado por su terquedad y por su orgullo.

Aceptó que todo habría sido mucho más fácil si ella se hubiese parado a pensar con honestidad, y no limitarse a dejarse llevar.

¿El resultado?

Aquella maldita distancia impuesta a la fuerza por su poca cabeza.

¿Se podía ser más estúpida?

Bufffffff... Una vez más él volvía a tener toda la razón y en cambio ella se limitaba a pensar como una niña pequeña. ¿Qué pruebas añadidas necesitaba para comprender que todo cuanto le dijo era por su auténtico bien?

Al pensar en el acto que había tenido, de generosidad absoluta, hizo que terminase sintiéndose ridícula y avergonzada, acordándose, una a una, de las palabras que le dedicó a través de la pantalla y después en persona.

¿Qué más pretendía pedirle a un hombre como Robert Brown?

¿Acaso era incapaz de darse cuenta de lo afortunada que era?

El malestar que notaba en su interior, por la evidencia de que sería siempre un hombre inalcanzable, la superaba por momentos.

Logró apartar a un lado los pensamientos y vio a una de las azafatas abriendo la puerta del avión. Cogió la bolsa minúscula de equipaje y, antes de bajarse, se dio cuenta de que estaba siendo analizada por la mirada envidiosa de otra de las azafatas, (la cual había sido la encargada de la zona vip en la que había terminado viajando debido al revuelo que se produjo en cuanto los pasajeros la reconocieron, cambiándola de lugar por el evidente entusiasmo que se produjo de pronto en todo el avión).

En fin. Detalles como aquel iban de la mano por ser novia de quien era, y ella ya lo sabía. Apuntándose un punto a su favor porque en esta ocasión no se molestó como otras veces...

Bajó siguiendo las indicaciones y se dirigió hacia la salida. En todo momento permaneció con la cabeza baja, inmersa en sus pensamientos.

¡Cómo no, relacionados con él, y solo con él!

Respiró con pesadez para tratar de no echarse a llorar, mientras que se afanaba en no ser reconocida con las gafas de sol extra gigantes y un gorro que le cubría parte del rostro, porque lo que menos le apetecía era que se pusieran a preguntarle por su vida privada.

¡Desde luego que no estaba de humor!

Un vuelco la sacudió, dentro del estómago, en cuanto se percató de que el teléfono móvil lo había apagado en el instante en que se subió al avión con destino a Denver.

¿Cómo podía haberlo olvidado?

Y se preguntó, esperanzada, si la habría llamado a la vez que temblando como un flan le entraba la duda de si encenderlo, o dejarlo apagado unos segundos más.

¿Qué hacer?

Y claro, la tentación de saber pudo finalmente con ella, por lo que abrió el bolso, cogió el móvil, lo encendió, y esperó lo indecible a que de una vez estuviese operativo, mirando en todo ese tiempo la pantalla mientras que los latidos de su corazón se descontrolaban... hasta descubrir que la única llamada perdida era la de su amiga Sofía.

—¡Joder!

Y con la sensación de que peor no podía estar, avanzó con pasos cortos hacia donde todos se dirigían. Limitándose a seguir los pasos de la multitud que había bajado del mismo avión que ella.

—Alexia, Alexia cariño —se escuchó a no mucha distancia del lugar en el que ella estaba.

Levantó la mirada distraída y se encontró de frente con su madre, (que la estaba esperando) sonriendo de oreja a oreja.

Se vino abajo en cuanto vio la figura familiar y echó a correr a su encuentro. La necesitaba de forma abrumadora y se abrazó a ella en cuanto la tuvo a su alcance.

Rompió a llorar sin consuelo.

—¡Ey, cariño! ¿Qué te ocurre? —le preguntó una madre que supo que algo andaba mal.

—¡Todo, mamá! —Logró decir con un nudo en la garganta agarrándose a ella desesperada—. Soy tan desgraciada.

Su madre, sin necesidad de palabras, supo cuál era el problema. No tenía la menor duda.

—Es por él, ¿verdad?

—Sí, mamá. Es por él, ¿por quién iba a ser? —reconoció llorando todavía más fuerte, sabiendo a la perfección que a continuación vendría el: “te lo dije”.

Pero, por primera vez en toda su vida, su madre la dejó absolutamente perpleja, limitándose a abrazarla y a consolarla sin hacerle ningún tipo de pregunta.

El dolor que su querida hija llevaba dentro era demasiado grande como para que ella hiciese o dijese algo que la terminara molestando, así que sufrió con ella mientras que su pequeña del alma temblaba entre sus brazos de manera inconsolable.

¡Aquel gesto, Alexia, se lo agradeció infinitamente!

Varios minutos después, cogidas de la mano, emprendieron el camino y abandonaron el aeropuerto con dirección a casa.

A la misma hora, pero en la otra punta del país, una difícil y tensa conversación telefónica se estaba produciendo entre un padre y un hijo, los cuales iban subiendo el tono a cada palabra que se decían, desgastando la relación apacible que parecían haber conseguido tras muchos años de distancias y sufrimientos.

—Me da igual, papá —gritaba Robert enfadado y fuera de sí—, olvídame de lo que acabas de ver por la televisión. Necesito un poco de tiempo.

La presión por los últimos acontecimientos vividos, tenían a Robert en un estado de estrés tremendo. Un estrés sumado a un manifiesto cabreo, que iba en aumento, y que eran los causantes de que ni siquiera pudiese pensar con claridad.

¡Menudo lío tenía!

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué? —le preguntaba su padre a través del teléfono móvil—. Me

prometiste que te harías cargo de la empresa y el contrato de director está sobre la mesa para que lo firmes mañana mismo. La reunión con los accionistas más importantes ya está programada y no se puede suspender. Se trata de algo serio Robert. Muy, muy serio, como para que andes a estas alturas con tantas tonterías.

—Voy a hacerlo, papá, pero no ahora —le avisó con rotundidad, seguro de lo que se hacía.

—Te oigo y de verdad que no doy crédito a lo que escucho, ¿acaso crees que todo es un juego? Para dirigir mi empresa es necesario ser una persona íntegra y dispuesta a sacrificarlo todo por ella, no es cuestión de tomárselo a broma y soltar de pronto la barbaridad que estás diciendo. —E incapaz de medir lo que su hijo le estaba pidiendo terminó soltando—: Este disparate es a causa de ella, ¿verdad?

A Robert no le gustó el tono que acababa de emplear.

—¿Te molesta? Porque la impresión que me llevé en el hotel de California fue bien distinta. Estabas encantado por el encuentro que planeaste a nuestras espaldas.

—Un encuentro que funcionó —apostilló.

—Y una mierda. ¿Estás tratando de decirme que cuando tú quieres haces lo que te da la gana y ahora no vas a dar tu brazo a torcer? Ella, como la acabas de llamar, es lo que de verdad me importa y la promesa que te hice se puede ir a tomar por el culo, ¿me oyes? No puedes jugar con nosotros como te venga en gana porque no te lo voy a permitir —gritó como un energúmeno, cegado por una ira que iba creciendo y que de pronto estaba fuera de control. Incluso llegó más lejos y le avisó de manera amenazante—: Y no consentiré que la trates en tono despectivo ahora que te crees que te has salido con la tuya. Me conoces, papá, y sabes hasta donde puedo llegar.

La otra parte sopesó lo que acababa de escuchar y se quedó callado durante unos segundos.

—Lo sé, Robert. He de reconocer que somos igual de orgullosos y cabezotas, aunque también tengo que reconocer que no quiero que pase lo que las otras veces. —Y utilizando el punto débil de su hijo aprovechó para decir—: Piensa que las repercusiones que nos incumben a ambos también son para la persona que menos se lo merece, y tú bien lo sabes.

Robert se puso en estado de alerta de inmediato, pero, para su sorpresa, la reacción que tuvo a continuación no fue nada comparable a las veces anteriores (en las que simplemente le habría colgado el teléfono sin molestarse en volver a hablar con él).

¡Estaba convencido de ello!

Se alegró de que Alexia hubiese conseguido lo imposible. ¡Hacerlo un hombre paciente!

—Si tratas de amedrentarme utilizando a mamá no lo vas a conseguir —le respondió de forma calmada, mientras que hacía un verdadero esfuerzo para controlarse y no colgarle el teléfono móvil y mandarlo a la mierda.

¡Qué era lo que deseaba hacer con todas sus fuerzas! Añadiendo:

—Y eso tú también lo sabes, ¿verdad, papá?

Un silencio todavía mayor se escuchó a través de la línea, un silencio que hizo que ambos permanecieran en estado de alerta ante lo que podría suceder a continuación.

¡Todo era posible!

—Ya lo sé, hijo. Ya lo sé —afirmó un padre harto de ir a contracorriente contra el único hijo que tenía. Se daba cuenta de que estaba cansado de la guerra que habían mantenido, a lo largo de los años, por no estar dispuesto a aceptar el tipo de vida que Robert había elegido según su criterio, olvidándose de la responsabilidad que un padre terco como una mula le quiso imponer a la fuerza, con los peores resultados posibles. A la vista estaba. Y llegó a aceptar, por primera vez, que él también podía poner algo de su parte para calmar las aguas, sorprendiéndose a sí mismo preguntándole—: Alexia es muy importante para ti, ¿verdad?

—Lo es, papá —fue su única respuesta.

Al escuchar la sinceridad de su hijo, el Señor Scott supo que la oportunidad de empezar de cero se le estaba ofreciendo en bandeja y él no estaba dispuesto a dejarla pasar.

No esta vez.

Se atrevió a ponerse en el lugar de la otra persona y aprovechó la ocasión para darle un consejo, algo que dejó a Robert impactado por la impresión.

—Entonces lucha por ella, hijo —dijo un hombre que sabía muy bien la importancia de saberse respaldado y querido por la mujer adecuada—. Quizás sea un poco tarde y debería haber tenido esta conversación contigo mucho antes, pero la verdad es que nada de lo que tengo hubiese sido posible sin la ayuda de tu madre, hijo, y quiero que lo sepas.

—Papá, nunca es tarde. Además, lo que me estás diciendo ya lo sé.

Unas simples palabras y la brecha, entre padre e hijo, empezó a disminuir considerablemente. Ambos se alegraron, por separado, teniendo presente a la mujer que lo era todo para ellos dos.

¡Absolutamente todo!

—La imagen que he dado siempre ha sido la equivocada, —continuó sincerándose, era el momento oportuno de hacerlo y es que él no era un hombre dado a mostrar sus sentimientos delante de nadie—. Todos tienen la imagen de un hombre voraz y sin sentimientos en mí, y lo que no saben es que esa imagen es una absoluta pose. Se equivocan en la creencia de que solo me importan mis negocios. He sido un insensato dejando que hasta mi hijo lo creyera... porque no hay nada más lejos de la realidad. No soy nada, ni nadie, sin tu querida madre, Robert. Nada. Esa es la verdadera realidad y, estoy tan orgulloso, que lo único que deseo para ti es que tengas el mismo respaldo que tengo yo con ella. Eso sí que es lo verdaderamente importante en la vida, así que no te hagas caso de nadie y lucha por ella con uñas y dientes.

—Papá —susurró con un nudo en la garganta.

—Dime, hijo.

—Te quiero.

—Y yo a ti —respondió también con un nudo en la garganta, disfrutando de aquellas palabras tan sencillas y que significaban tanto—. Y ahora dime qué problema tienes para pedirme más tiempo antes de firmar el contrato.

—Alexia se ha ido y no me ha dicho dónde.

—¿Cómo que se ha ido? Pero si en la tele acabamos de ver...

—Olvídate de lo que has visto, papá —le volvió a repetir antes de pasar a relatarle lo sucedido entre ellos—, no sé si me he equivocado, pero creo que necesita pensar en lo que ha sucedido. Nunca voy a aceptar casarme y nada tiene que ver el que llevemos tan poco tiempo, es por eso que tiene que darse cuenta para saber si quiere seguir conmigo o no. No quiero engañarla y no voy a ofrecerle lo que no estoy dispuesto a dar. Significa mucho para mí.

Su padre se rio ante aquel arrebato de sinceridad.

—¿Quieres saber mi opinión sin que llegues a molestarte?

—Dime.

—No solo estás enamorado hasta las trancas de Alexia, sino que además vas a arrepentirte de tus palabras.

—¿Qué?

—Porque doy por hecho que le has dicho que nunca vas a casarte, ¿verdad?

—¡Claro!

—Pues mucho tengo que equivocarme, pero lo que yo veo es que finalmente serás tú quién vaya tras ella para pedirselo, y si no tiempo al tiempo.

—¡Joder, papá! Si lo sé no te digo nada —le contestó enfadado—, sabes que conmigo los compromisos y las tonterías no funcionan.

—Perdona que discrepe, hijo, pero no es verdad. El Robert de antes nunca hubiese tenido novia y en cambio ahí estás, sufriendo porque no sabes el paradero de una novia enfadada, y que además ha sido la que ha terminado dándote una lección.

—Mira, papá...

—¡Vale, vale! —Exclamó retirándose a tiempo—. Haz lo que tengas que hacer, pero hazlo ya. Estoy dispuesto a darte unos días de margen pero solo eso, unos días.

—Gracias, papá. Sabes que no te fallaré.

—Lo sé. Anda no pierdas el tiempo y averigua dónde está. Soluciona las cosas cuanto antes.

—Gracias, papá.

Antes de colgar le dijo:

—¡Ah! Y nunca digas nunca hijo. Ya aprenderás que en cuanto a mujeres se refiere es una palabra que se nos termina atragantando, ¿sabes por qué? Por la sencilla razón de que siempre son ellas las que deciden y eligen, y tú no vas a ser menos. Espero noticias tuyas, y si puedo ayudarte no lo dudes. Llámame.

Seguidamente el Señor Scott colgó con una sonrisa en los labios sin darle opción a réplica alguna, alegrándose de que al fin pudiera contar a su querida esposa las novedades surgidas, y no solo con respecto a ellos, sino también con respecto a la que por méritos propios se acababa de convertir en su segunda ex trabajadora favorita, después naturalmente de la Señora Jaksson, (la cual seguía a cargo de los cuidados de su esposo recién operado de corazón) al ser capaz de dejar a Robert en estado de alerta y sobre todo pensativo.

Mientras, la otra parte se afanaba a la idea de que por supuesto él no era como los demás y que por encima de todo tenía las cosas más que claras...

¿Compromiso?

¿Boda?

Definitivamente no eran definiciones que pudieran incorporarse o adaptarse a su ritmo de vida y a sus creencias. Convencido de que su padre no lo conocía en absoluto.

¡Vaya que no!

Dejó a un lado, lo que seguían siendo bobadas, y se centró en lo que de verdad era importante.

¡Encontrarla! ¡Era su prioridad absoluta!

Volvió a coger el móvil, que se había guardado dentro del bolsillo trasero de su jeans, y comenzó a idear un plan.

Era la hora de hacer alguna que otra llamada.

**Denver, 22:00 pm.**

Todo seguía tal y como lo había dejado, exactamente igual, y retrocedió en el tiempo...

La colcha de tulipanes rojos.

Los marcos de fotos de cuando eran pequeñas su hermana y ella.

La estantería con sus muñecas favoritas.

El escritorio en el que había pasado tantas horas estudiando.

Entonces, la nostalgia y la melancolía la sacudieron, envolviéndola en una espiral llena de emociones que la trasportaron a un mundo de pena y soledad, viniéndole a la cabeza los peores recuerdos de su vida...

La muerte de su querida hermana, de la que ya casi ni se acordaba, porque era muy pequeña cuando sucedió todo.

La separación de sus padres que la desestabilizó completamente.

La traición del primer hombre de su vida.

El malentendido con su amigo Mark.

Y Robert.

«¡Oh, Dios!»

Rompió a llorar y se acostó sobre la cama abrazada al oso con el que solía dormir cuando era pequeña, tratando de hacerse a la idea de la magnitud de todo.

«Quizás no ha sido buena idea venir a ver a mi madre», pensaba una Alexia abatida y dubitativa que no podía dejar de llorar, aceptando que estaba en sus horas más bajas.

Una madre preocupada, que escuchó sus sollozos a través de la puerta, se puso manos a la obra y bajó a la cocina para preparar un rico chocolate caliente.

Toda ayuda iba a ser poca y la noche iba a ser muy larga visto las condiciones en las que había regresado. Todavía le resultaba extraño que su hija se hubiese presentado casi sin avisar y en aquel estado de tristeza, analizando que había llegado la hora de averiguar unas cuantas cosas acerca del insensato que le estaba provocando tanto dolor a su pequeña. ¡Decidida a lo que fuera con tal de apartarlo de su vida!

Nadie hacía sufrir así a su niña.

Nadie.

Ni siquiera el actor, ése, por muy guapo que fuera.

¿Quién se creía que era?

Se acababa de ganar una enemiga dura de pelar y que continuaba empeñada en poner las cosas en su sitio. La primera, desde luego, hacerle ver a su hija que lo mejor sería olvidarse del, *chulo playboy*, con el que al parecer mantenía una relación que no le daría más que dolores de cabeza y mala vida. Aferrada a la idea de ponerle ella mismo en su sitio si llegaba la oportunidad.

¡No sabía con quién se había topado el mentecato aquel! Aunque, ya se enteraría...

¡Vaya si lo iba a hacer!

Y con toda la naturalidad que una madre podía, dadas las circunstancias, sacó el bote de cacao del armario, echó varias cucharadas en un cazo y lo cubrió de leche. A continuación lo puso sobre el fuego y esperó a que comenzase a hervir, removiendo con constancia, para que no salieran grumos, sin olvidarse de la persona que lo significaba todo para ella, y que seguía en su cuarto llorando de manera desesperada como si el mundo se hubiese acabado para ella.

Cuando el chocolate estuvo hecho, y tras meditarlo durante bastante tiempo, se atrevió a hacer

algo impensable, olvidándose del dolor que había arrastrado, durante aquellos horribles años, siendo capaz de anteponer a su hija por delante de cualquier fantasma que todavía, a día de hoy, seguía rondando por su cabeza como si se tratase del primer día. Entonces, decidida como nunca lo había estado, cogió el teléfono con manos temblorosas e hizo una llamada.

*Nueva York, 22:15pm.*

—¡No me jodas, Sofia! —Chillaba Robert al teléfono móvil. Se le marcaba hasta la vena del cuello por la negativa rotunda que le acababa de dar sin contemplaciones—. Tienes que decírmelo.

—No puedo traicionarla, lo siento —se disculpaba una chica que estaba contra la espada y la pared—. Me ha hecho prometer que no te lo diría y no voy a hacerlo. No puedo, de verdad.

—¡Me cago en la puta! ¿No ves que lo que ha terminado haciendo es por pura cabezonería? No tenía la necesidad de marcharse a ninguna parte, le dije que se quedara contigo unos días.

—No hace falta que me lo cuentes. Ella me lo ha dicho todo —y recalcó bien el “todo”, dejando claro que tampoco estaba de acuerdo con ciertas cosas.

—¿Es una impresión o tratas de decirme algo?

—No lo sé, tú sabrás —le contestó en tono despectivo.

—¡Sofía! ¡Por el amor de Dios! ¿Qué es lo que sabes y yo no?

—¿Aparte de dónde está? —le hizo sufrir un poco.

—Mi paciencia tiene un límite y tú la estás acabando...

—Mira, Robert, te voy a ser sincera. La impresión que me dio cuando me dijo lo que había sucedido entre vosotros era la de que en ningún momento se esperaba que la fueras a mandar a mi casa. Y para que lo sepas estoy con ella.

—¿Te dijo eso? —preguntó bajando el tono, poniéndose en la situación de Alexia para quizás así entender la reacción desmesurada que había vuelto a tener.

Pero claro, por más que quiso le fue completamente imposible porque para él, la importancia de insinuarle que se fuera a casa de su amiga, simplemente no existía.

«¿Qué es lo que he hecho mal entonces?» pensó sin tener una mínima idea, con la certeza absoluta de que nunca, jamás, comprendería a las mujeres.

—No, no me lo dijo. No hizo falta, pero lo sé. Entre las mujeres hay unos códigos inquebrantables que todas sabemos leer entre líneas.

—¿Qué clase de respuesta es esa? ¡Joder! ¿Es que te gusta jugar conmigo? No entiendo nada.

—Hombres... —soltó Sofia mediante un bufido. ¿Cómo iba él a entender nada? ¡Todos eran iguales!—. Está bien, te voy a decir lo que creo, y para que lo sepas a mí me hubiese sentado igual de mal, en el caso de que alguno se hubiese atrevido a hacérmelo. —A continuación cogió aire y le preguntó algo molesta, acusándolo directamente—: ¿Por qué en vez de mandarla aquí no le ofreciste tu apartamento por unos días? No era tan complicado, ¿no?

Robert soltó una carcajada al escuchar aquella tontería.

—¿Estás diciéndome que lo que a ella le ha molestado es que no la invitara a mi casa? No me lo puedo creer.

—Pues créetelo.

—Pero, ¿te estás oyendo? —Preguntó luchando en una guerra sin cuartel, creyéndose ganador—. No puede ser cierto nada de lo que dices. Le he dado lo que nunca le he dado a nadie. No



puede pretender entrar en mi vida y de golpe pedirme matrimonio, enfadarse porque no le ofrezca venirse a vivir conmigo... ¡¡Pero qué disparate!!

A Sofía no le gustó lo que escuchó.

—Si realmente piensas lo que estás diciendo, ya puedes olvidarte de ella, cabrón.

—¿¡Cómo!?

—Ella no es como las demás y si la quieres de verdad tendrás que empezar a hacer cambios en tu tipo de vida, ¡capullo! —Le insultó cabreada, bajándole los humos y haciéndole ver que la guerra que creía ganada se le volvía en su contra de repente—. Puede que se haya precipitado, y también puede que haya metido la pata delante de todo el país, pero no se te olvide que lo ha hecho porque te quiere más que a nadie y que la única respuesta que ha recibido, por parte tuya, es una patada bien grande en el culo.

Robert se acababa de quedar en estado de *shock*.

¿De verdad era lo que pensaba?

Y si creía que ahí se acababa la reprimenda, de Sofía, estaba muy, pero que muy equivocado, ya que esta todavía no había terminado de decir lo que quería:

—Así que búscate la vida tú solito y olvídate, porque si antes no te iba a decir dónde estaba, ahora menos. ¡Ah! Y no lo intentes con Dan porque tampoco a él se lo he dicho. No me toméis por idiota. —Antes de colgar le aconsejó—: Piénsate muy bien lo que quieres antes de que se te ocurra hacerle más daño, Robert. Ella no se lo merece. Adiós.

Colgó y dejó a un hombre incrédulo, además de preocupado, al tiempo que renovaba la obsesión de dar con ella de la manera que fuera. Ahora, más que nunca, tenían una conversación pendiente en la que le aclararía, punto por punto, lo que estaba dispuesto a “ofrecer” y lo que no. Así no habría ningún tipo de equivocación de ahora en adelante.

¡A menos era lo que él creía!

### ***Denver, 4:15 am.***

Tal y como predijo, la noche estaba siendo muy larga. Dejó a su hija que se desahogara, sobre su hombro, mientras no paraba de llorar.

—Mamá, que ridículo he hecho.

—¡Shsssss! No has hecho ningún ridículo, cariño, simplemente le has mostrado tus sentimientos y a él se le ha quedado demasiado grande tu petición. Nunca te arrepientas por dejarte guiar por tu corazón, ¿me oyes? Nunca.

—¡Ay, mamá! Le quiero tanto... y ahora ni siquiera sé si la distancia que me ha aconsejado servirá para unirnos o por el contrario terminará separándonos, ¿qué voy a hacer sin él?

Más lágrimas acompañadas de temblores en todo el cuerpo. Odiaba verla así, y le dio que pensar en si haría bien poniéndolo en su contra para hacerle ver que un hombre como Robert no le convenía.

Los sentimientos tan profundos que tenía su hija le hicieron saber que si hablaba mal, de él, lo único para lo que le serviría sería para alejarla de ella y no estaba dispuesta a que sucediera. No después de haber cruzado todo el país buscando consuelo entre sus brazos.

No.

De ninguna de las maneras.

Le daría un poco de margen antes de decirle todo lo que pensaba acerca de aquel desgraciado

y...

El timbre, a continuación, las sacó a ambas de lo que cada una estaba pensando por separado.

—¿A quién se le ocurre venir a estas horas? —preguntó Alexia mientras se sonaba otra vez la nariz.

—A alguien que se preocupa tanto por ti como yo lo hago.

Dicho lo cual se levantó del sofá, olvidándose de su guerra interna, y se dirigió a la puerta dejando a Alexia con una expresión en la cara indescifrable.

Su madre abrió con el corazón encogido, miró al hombre que esperaba a ser invitado, a entrar, y le saludó con un susurro:

—Hola, James. Gracias por venir tan deprisa. Pasa por favor.

—Hola, Kate. Gracias por avisarme. —Y pasó al interior de una casa en la que había vivido durante tantos años.

¡Veintiocho para ser exactos!

La sorpresa de Alexia, en cuanto vio a su padre, no se hizo esperar. Se levantó de un salto y se refugió entre unos brazos fuertes y cálidos igual que cuando era una niña pequeña.

Ahora también lloraba de emoción, dándose cuenta del acto de valor que su madre acababa de tener hacia ella.

La quiso más si cable.

—¿Quieres un chocolate caliente, James?

Él asintió y la miró con gratitud por darle la oportunidad de estar con ellas ahora que Alexia los necesitaba a los dos.

—Bien. Voy a la cocina a calentarlo. Por favor, siéntate. Estás en tu casa.

—Gracias, Kate.

La mujer desapareció del salón con la excusa de calentar el chocolate, cuando su intención era la de dejarlos a solas. Respetando el dolor de su hija y también respetando el derecho de un padre que estaba donde debería estar.

¡Punto final!

La noche fue avanzando poco a poco mientras que los dos progenitores escuchaban a su pequeña. Finalmente, cuando el cansancio se apoderó de ella, terminó quedándose dormida sobre el sillón. Una madre atenta, y agotada, la tapó con mucho cariño.

—Lo mejor es que aprovechemos para descansar un poco. Si quieres puedes dormir en la habitación de Alexia.

—Sí. Me vendrá bien —dijo levantándose del sillón para acercarse hasta las escaleras—. Kate, gracias de nuevo.

—No me las des, si hubiese ido en tu busca habrías hecho lo mismo por mí, ¿no es cierto?

—Sabes que lo primero es lo primero, y el que tú y yo...

—Calla —le interrumpió porque no quería hablar del pasado. Era muy doloroso a pesar de los años que habían pasado y no se encontraba con las fuerzas suficientes para hacerlo. Total, ¿qué iban a adelantar? La evidencia del desgaste del matrimonio fue suficiente para que él le pidiese el divorcio. Se acabó. No había vuelta atrás y ella había aprendido a vivir sin él. Por fin lo había conseguido—, es mejor dejarlo así. Buenas noches, James.

—Buenas noches, Kate.

Cada cual se retiró a sus respectivas habitaciones.

*Nueva York, 5:00 am de esa misma madrugada.*

—¡Mierda!

Un Robert sobresaltado, y nervioso, se incorporó sudoroso sobre la cama y se quiso morir al acordarse de algo.

¿Cómo podía haberse olvidado de llamarla? Le había dicho que la llamaría, pero él, en su locura de intentar dar con ella, al precio que fuera, se había terminado olvidando de hacerlo.

Se levantó de un salto, hasta dar con sus pantalones tirados sobre el suelo, en busca de su teléfono móvil.

—¡Mierda! —volvió a exclamar al darse cuenta de que no tenía batería.

Se dirigió hasta el cajón de su mesita de noche y lo abrió, seguidamente rebuscó entre sus calzoncillos, desordenándolo todo, hasta que apareció el dichoso cargador, entonces lo enchufó.

Permaneció con el pensamiento optimista de que quizás ella sí que le habría llamado.

¡Error!

—¡Mierda!

Y sin importarle la hora que era pulsó el botón de llamada.

—El número de móvil al que llama no está disponible en estos momentos —escuchó la voz mecánica de la grabación dirigiéndose a él.

Y, cómo no, volvió a decir:

—¡Mierda!

Dios, necesitaba hablar con ella, lo necesitaba de verdad y ni siquiera sabía dónde estaba.

Buffffff.

Nervioso como un flan entró en la aplicación del wasap y empezó a teclear:

**Hola nena, sé buena y dime dónde estás, por favor. Sofía tampoco ha querido decírmelo y estoy muy preocupado por ti. Te echo de menos.**

Como el móvil no estaba operativo el mensaje llegó pero no fue leído. Algo que molestó, considerablemente, a un hombre que seguía empeñado en saber de su paradero sí o sí, aunque para hacerlo tuviese que recurrir a otro tipo de estrategia tras la negativa de su amiguita Sofía.

Sin importarle la hora que era, esta vez llamó a Dan.

—¡Joder, Robert! ¿Sabes qué hora es? —balbuceó un Dan desorientado y malhumorado que acababa de ser despertado.

—Necesito un favor —fue la contestación que le dio. Directo al grano.

—Debes de estar loco, tío.

—¿Alguna vez te ha mencionado Sofía dónde viven los padres de Alexia?

—¿¡Qué!?! —alzó la voz furioso, cosa de la que se arrepintió a la vez que miraba a Sofía. Menos mal que había tenido la suerte de no despertarla. Bajó el tono—. ¿Me llamas a las cinco y diez de la madrugada para preguntarme esto? No me lo puedo creer. Pues sí que te ha dado fuerte, sí.

—Limítate a contestarme, Dan, piensa por favor.

—Claro que nunca me lo ha mencionado, ¿tú te crees que ella y yo...?

Dan no pudo ni terminar de hacer la pregunta.

—¿Robert? ¡Joder, no me lo puedo creer! Ha colgado.

Un tanto desconcertado se giró para ver si Sofia continuaba durmiendo, alegrándose de que lo hiciera, porque no le hubiese gustado saber que su amigo no se había dado por vencido y que seguía haciendo indagaciones.

Observó cómo dormía mientras una sonrisa aparecía en su cara por la imagen que veía, dando las gracias por haberla conocido. Después se acostó a su lado con cuidado de no despertarla.

Segundos después dormía como un angelito.

### *Nueva York, apartamento de Robert, 5:20 am.*

—Muy bien —habló en voz alta y solo, pasándose la mano por el pelo nervioso—, no tengo otro remedio.

Volvió a coger el teléfono móvil y marcó otro número de teléfono.

¡El definitivo! El que sabía le proporcionaría las respuestas que buscaba. Si era lo correcto, o no, la verdad era que no le importaba una mierda.

La voz asustada de su madre contestó tras el quinto tono.

—¿Robert? ¿Estás bien?

—Sí, mamá, perdona por haberte asustado y por la hora pero necesito hablar con papá.

—Robert, cariño...

—De verdad, mamá, todo está bien, pásamelo y luego él te contará —la interrumpió para tranquilizarla.

—Me estás asustando, hijo, nunca has llamado a esta hora.

—Es por Alexia.

—¿Le ha sucedido algo a ella?

—Ni siquiera sé dónde está, mamá. Es por eso que quiero hablar con él. Tengo que pedirle un favor.

Su madre entonces lo entendió todo.

—¿Sabes lo que estás haciendo, hijo? Quizás te estés precipitando y a ella no le guste lo que vas a hacer.

—Me da igual, mamá, quiero saberlo y necesito verla.

La Señora Scott mostró una sonrisa encantada mientras escuchaba la urgencia de su hijo.

«Lo sabía, esa jovencita ha conseguido lo que parecía imposible».

—Te lo paso, cariño, suerte.

—Gracias, mamá.

Con una sonrisa le pasó el teléfono a su marido. Se quedó apoyada, sobre la almohada, intentando escuchar lo que decían.

Padre e hijo hablaron durante un minuto y cuarenta segundos, exactamente, y cuando eran las cinco y treinta de la madrugada, un correo electrónico le llegó a su móvil. Un correo electrónico muy esperado en el que le decía la dirección de cada uno de los padres de Alexia por separado.

No tardó en tomar la decisión de despertar, también, a su piloto. No había tiempo que perder, dispuesto a viajar a dos ciudades diferentes si era preciso para dar con su novia.

¡Le daba exactamente igual!

Se metió en el baño, se duchó y se vistió a toda prisa. Una vez que terminó cogió la cazadora,

las llaves del coche, la cartera y el móvil.

No necesitaba nada más.

Pocos segundos después, y seguro de lo que estaba haciendo, sacó su flamante porsche, del garaje, y tomó la salida que le conduciría hasta el aeropuerto, acelerando el caro vehículo hasta ponerlo a una velocidad que, de haberlo pillado algún policía, le hubiese costado un arresto.

Un detalle que por supuesto no le hubiese importado, apresurándose a llegar al aeropuerto.

¡El lugar en el que se encontraba su avión privado listo para despegar!

**Denver, 8:05 am.**

Por regla general, Robert no estaba acostumbrado a perder el control de la situación en cualquier ámbito de su vida, bien fuera a nivel de trabajo o a nivel personal pero, caprichos del destino, era lo que estaba haciendo en esos mismos instantes. Llegó incluso a olvidarse de quién era y actuó con una normalidad que había dejado muchos años atrás, debido a la angustia de saber si su corazonada actuaría a su favor o no.

¿Estaría en casa de su madre, o quizás habría decidido refugiarse en casa de su progenitor?

¡Elegió la primera opción!

Y claro, como no podía ser de otra manera, fue pisar dentro de las instalaciones del aeropuerto, de Denver, y un aluvión de personas (sobre todo mujeres), se abalanzaron sobre él sin dar crédito a lo que de verdad estaban viendo con sus propios ojos. Actuando cada una de ellas como lo que eran...

¡Unas fans enloquecidas y alucinadas!

—Mira, mira —decía una madre a su hija adolescente con el recuerdo todavía de la rueda de prensa que tuvieron el privilegio de seguir en directo no hacía ni dos días—, ahí está Robert Brown. ¡No me lo puedo creer!

—Si es todavía más guapo en persona —contestó la chica entusiasmada y suspirando embobada.

—Robert, Robert...

El eco de su nombre sonaba desde cualquier punto de la enorme sala, improvisando un círculo alrededor del ex actor, mientras que la noticia corría como la pólvora de boca en boca, agrandando el círculo y haciéndole imposible que pudiera moverse siquiera.

Un Robert, descolocado, se arrepintió de su insensatez, viéndose acorralado entre aquella maraña de gente que no solo le hablaba, sino que además se permitían el lujo de tocarle como si fuese un bicho raro.

¡Maldijo el error garrafal que acababa de cometer!

¿Cómo se le había ocurrido semejante disparate?

Porque la idea de alquilarse, él mismo, un vehículo, no había sido más que eso...

¡¡Un auténtico disparate!!

¿Acaso se había vuelto loco?

Antes de reconocer la verdad tuvo la urgencia de buscar una explicación, pues necesitaba señalar a un culpable. Analizando que, en su vida anterior, nunca se hubiese olvidado de la importancia de lo que significaba ser Robert Brown.

Canalizó su enfado en una mujer que no solo había entrado en su vida, sino que además lo había hecho permitiéndose el lujo de ponerla patas arriba. ¡Las pruebas eran evidentes!

La conversación que tenía pendiente debía de realizarse cuanto antes, añadiendo a la lista inquebrantable de “*los no ofrecimientos*” un nuevo punto que debería quedar bien claro y en el que no estaba dispuesto a ceder de ninguna de las maneras.

Ese punto en particular se refería a que:

¡No volvería a perder la cabeza, ni por ella, ni por nadie, y así se lo haría saber! Convenciéndose a sí mismo que desde luego era la última vez que salía en su busca, a la vez que pensaba que él no necesitaba hacerlo.

¡¡No él precisamente!! Un hombre que podía elegir a la mujer que se le terminara antojando, dónde... cómo... y cuándo... le diese la real gana. Obviando a la parte sensata y coherente de un Robert que se empezaba a guiar gracias a sus sentimientos (pero sin estar dispuesto a admitirlo), afanado en seguir con sus costumbres de siempre.

¡Nada de compromisos de ningún tipo!

Volvió a la realidad que lo rodeaba (y nunca mejor dicho) resultándole un infierno enfrentarse a aquellas mujeres histéricas cuando él todavía tenía tanto que hacer. Empeñado en alejarse para continuar con la tarea de encontrarla.

No lo consiguió.

Mientras ocurría la escena del aeropuerto, una Alexia, despreocupada, continuaba dormida sobre el sillón ajena a lo que sucedía a su alrededor. Se limitaba a descansar después del sofocón y las emociones vividas desde que llegara a la que era la casa familiar, y a consecuencia de ello, no fue consciente de lo que sus padres, casualmente, veían a través de la pantalla de la televisión, mirándose horrorizados al percatarse de la situación real a la que deberían enfrentarse. Quisieran o no.

¡Y no tardarían mucho en hacerlo, además!

Analizaron las imágenes del aeropuerto, en riguroso directo, retransmitidas en un programa de información variada en la que se podía ver a un Robert, escoltado y rodeado de varias fuerzas de seguridad que hacían lo imposible por alejarle del revuelo que tenían montado a su alrededor.

En aquel instante, una mujer decidida a luchar por el bienestar de su hija, vio oportuno intervenir.

¡Decidió actuar!

Robert se dejó guiar de varios hombres a la vez que corría, convirtiéndose en una carrera de fondo, improvisada, a medida que eran seguidos por una multitud de entregadas e enfervorecidas seguidoras que parecían incansables. Consiguieron, no sin dificultad, llevarlo hasta una zona restringida en la que finalmente se pudo ver a salvo.

—Gracias— fue lo único que pudo decir tras la impresión de lo que acababa de vivir.

Acababa de retroceder, años atrás, y recordó sus primeras salidas en televisión, las que le hicieron ver que la vida normal a la que estaba acostumbrado se había acabado de la noche al día cambiando sus rutinas diarias.

—No hay de qué. Es nuestro trabajo.

—¿Podrías hacerme un último favor?

El que parecía estar al mando asintió.

—Necesito alquilar un vehículo y como habéis podido ver yo no puedo hacerlo.—Y añadió a modo de explicación—. Estoy acostumbrado a que el que era mi representante lo hiciera todo por mí y ahora me veo atado de pies y manos.

—Nosotros nos encargaremos. No se preocupe. Espere aquí y en unos minutos estará listo.

—Gracias, de verdad.

Uno a uno fueron marchándose de la sala vips, al que lo habían llevado, y una vez solo aprovechó para sacarse unas monedas del bolsillo con la intención de meterlas en la máquina expendedora de bebidas calientes. Lo hizo y apretó el botón de café solo, después se sentó en el confortable sillón dispuesto a ingerir un poco de cafeína.

Su cuerpo la necesitaba de manera urgente.

Pocos segundos después el teléfono móvil vibraba dentro de su bolsillo. Alegrándose enormemente al descubrir quién era la que lo estaba llamando, llegando incluso a ponerse un poco nervioso debido a lo que podría suceder en aquella conversación... Y sin que tuviese una mínima idea de lo equivocado que estaba.

Jamás se hubiese podido imaginar quién era la persona que estaba al otro lado.

¡Jamás!

—Hola, amor —se escuchó decir con una voz suave y arrepentida, olvidándose de todo lo que quería aclarar y de sus inquebrantables “*no ofrecimientos*”. Ya tendría tiempo de hacerlo, pero no ahora. No era el momento porque lo que Robert deseaba era escucharla hablar y sobre todo, lo que Robert deseaba, y quería, por encima de todas las cosas, era verla, abrazarla, besarla, hacerle el amor. ¡Tenían tanto que hacer!— ¿Sabes lo mucho que te estoy echando de menos? Esta lejanía impuesta no me gusta nada.

La persona que le escuchaba supo que tenía la obligación de hacerle saber que no estaba hablando con quién él creía, aun así, y sabiendo que estaba mal, decidió mantenerse en silencio ante la evidencia de que lo hacía por el bien de su hija.

—Alexia, cariño —continuó sincerándose—, no quiero que te enfades conmigo, pero he venido a buscarte. Estoy en Denver y me quedaré el tiempo que sea necesario hasta que logre convencerte, y si no estás aquí iré a casa de tu padre. No me importa el tiempo que tarde en dar contigo, pero lo haré. —Miró hacia el futuro y añadió—: Arreglaremos lo del trabajo y podrás volver a alquilar tu apartamento. Volveremos a estar como antes en cuanto tú lo quieras. Solo tienes que decírmelo.

En ese punto se calló y esperó una contestación que no iba a llegar. No la que él esperaba, desde luego.

Se vio sorprendido con un largo silencio.

—¿Alexia? —preguntó extrañado—. ¿Es que me has llamado y ni siquiera vas a hablarme?

La voz desconocida, de una mujer le respondió, dejándolo completamente descolocado.

—No soy Alexia, soy su madre.

—¿¡Cómo!?

—He cogido su móvil en cuanto te he visto aparecer en la televisión —le aclaró cortante.

¡Aquello no podía ser cierto!

Y cabreado con aquella desconocida le dijo de malas maneras:

—Perdóneme, pero con la que tengo que hablar es con su hija no con usted, ¿me la puede pasar por favor? —terminó preguntando con un verdadero esfuerzo, conteniéndose para no mandar a la mierda directamente por el atrevimiento a dejarle pensar que era la persona equivocada.

¡Algo que desde luego no le convenía hacer! Alexia se enfadaría muchísimo, estaba convencido de ello.

La respuesta de una madre que estaba dispuesta a luchar contra viento y marea, si era necesario, no se hizo esperar y le aclaró sin morderse la lengua:

—Pues yo sí que tengo varias cosas que decirte, jovencito, y vas a escucharme... ¡Ah! Y olvídate de hablar con ella porque no pienso pasártela.

El cabreo de Robert fue en aumento tras escuchar a aquella mujer tan grosera, aun así optó por ser inteligente y se quedó callado para que la complicada situación no estuviese peor de lo que ya parecía estar, pudiendo, al menos, alegrarse de que hubiese acertado porque interpretó gracias a, “no pienso pasártela”, a que finalmente sabía de su paradero.

Y ya era algo.



—Mira, Robert, en primer lugar quiero que sepas que no sé las artimañas que habrás utilizado para conseguir saber dónde estaba, pero te diré algo, ¡ni se te ocurra venir a mi casa! No serás bien recibido, así que ya puedes estar dando media vuelta y largarte por el mismo camino que has venido.

—Señora... —quiso responder un Robert que se acababa de quedar con la boca abierta.

—Y en segundo lugar —contraatacó cortándole sin ningún miramiento—, no quiero que vuelvas a acercarte a ella, ¿lo oyes? No eres buena influencia y no se merece que la hagan daño. Bastante ha sufrido ya.

James, que estaba presente, la escuchaba y no la reconocía. ¿Desde cuándo su ex esposa era capaz de luchar así por alguien a quien quería?

Se mostró orgulloso y agradecido de poder verlo con sus propios ojos.

Mientras, un Robert impresionado, y sobre todo incrédulo, se armó de fuerzas para lograr decir:

—Si ha pensado que unas simples advertencias, van a impedir mis propósitos, está usted muy equivocada Señora... —trató Robert de decir.

¡Sin que le sirviera de nada!

—No son unas simples advertencias, jovencito, te estoy diciendo que te prohíbo no solo que vengas a mi casa, sino que además también te prohíbo que vuelvas a verla. Si de verdad te importa la dejarás tranquila. El tiempo lo cura todo y también curará los sentimientos que tiene por ti. Estoy convencida de ello, no le traerás más que problemas.

Pero bueno, aquello era el colmo. ¿Cómo se atrevía a hablarle así?

—Mire, Señora... —avanzó borde y serio.

Tampoco le sirvió de nada, puesto que la otra parte acababa de colgar el teléfono, dejándolo con la palabra en la boca y lo que era peor:

¡Con una furia en el interior inimaginable!

Se cabreó con aquella mujer a la vez que soltaba sapos y culebras por su boca.

—¡Me cago en la hostia! ¡Joder! ¡Hostia puta! ¿Pero, quién coño se cree esta? Pues no sabe con quién está hablando. De veras que no.

Terminó de beberse el café y se puso en pie. Después comenzó a caminar de un lado a otro como si fuese un león enjaulado, mientras esperaba a que el asunto sobre el coche estuviese solucionado lo antes posible.

¡Empeñado, ahora más que nunca, en ir a casa de aquella condenada mujer para hablar con la cabezota de su hija!

«Buffffff, menuda familia»

Diez minutos después, la puerta de la sala vips se terminó abriendo y entró el hombre uniformado de hacía un rato. Un hombre que en las manos llevaba unas llaves de un BMW deportivo que le estaba esperando no muy lejos de allí.

Alexia se despertó desorientada y miró a su alrededor, reconoció la familiar estampa del salón y se acordó del por qué estaba allí. Nuevamente notó el nudo que se alojaba en el interior de su estómago a causa de la angustia de estar lejos de él.

«¿La habría llamado cuando estaba dormida?», se preguntó esperanzada esperando que lo hubiera hecho.

Y con una energía renovada se levantó a toda prisa y buscó el móvil. Empeñada en averiguarlo de una vez.

«¡Qué raro! Juraría que lo dejé encima de la mesa», se dijo a sí misma, calzándose las zapatillas y dirigiéndose a la cocina todavía en estado de somnolencia.

Escuchó a sus padres hablar tras la puerta, y la escena que se encontró, en cuanto la abrió, hizo que volviera atrás en el tiempo, mirándolos sentados en torno a la mesa con sendas tazas de café, hablando con total normalidad.

Se le olvidaron los duros enfrentamientos, en ese mismo lugar, antes de que se separaran.

Ambos sonrieron al verla.

—Buenos días, cariño, ¿has dormido bien?

—Sí, mamá.

—¿Cómo te encuentras, pequeña? —El que preguntó ahora fue su padre, dirigiéndose a ella con el apelativo que utilizaba siempre.

—Mejor, papá. He de reconocer que lo mejor que he podido hacer es venir aquí. Necesitaba el cariño de los dos. —Y mirando a su madre le dijo—: Gracias, mamá, no sabes cuánto me ha ayudado lo que has hecho.

—No tienes que dárme las, hija, tu padre hubiese hecho lo mismo por mí. Ya sabes que eres lo más importante para cada uno de nosotros.

Se sentó junto a ellos, feliz de poder hacerlo, y seguidamente se sirvió un café y una tostada.

—Por cierto, mamá, ¿has visto mi móvil? Estoy convencida de que lo dejé encima de la mesa pero no está.

Ambos se miraron recelosos, ¿y ahora qué?

—Lo tengo yo —admitió su madre.

—Vale —le contestó sin darle importancia y cogió el cuchillo para untar de mantequilla la tostada que se acababa de servir—. ¿Me ha llamado alguien?

Kate y James se miraron durante unos segundos.

—No. Nadie te ha llamado —la encargada de hablar fue su madre, manteniendo la calma y hablando con total normalidad, mientras que se hacía a la idea de que no le estaba diciendo ninguna mentira.

¡La realidad era que él no había sido el que había efectuado la llamada! Omitiendo una parte que no convenía a ninguno de ellos.

Alexia sintió que un vacío se instalaba en su interior, inundándola de una pena infinita, porque por más que lo intentaba no podía llegar a entender el por qué no la había llamado todavía. Haciéndose la equivocada idea de que mientras estuviese fuera no iba a hacerlo.

Pero entonces... ¿Por qué se lo había dicho?

¡Mierda!

Y ella (aunque hubiese querido, que no era el caso), no podía estar durante más tiempo sin saber nada de él. Simplemente no podía.

Se dio cuenta de la penitencia que se había impuesto, ella misma, en el instante en que decidió

alejarse y se arrepintió debido a su mala cabeza cuando podría haberse ido a casa de su amiga. La lejanía se le antojaba un duro castigo que por lo que acababa de escuchar solo le afectaba a ella.

Parecía que Robert estuviese tan tranquilo, algo que dolía tanto...

—Bueno —susurró al borde de las lágrimas—, creo que ha llegado la hora de hacer una llamada. Si él no está dispuesto a preocuparse por mí, yo sí lo estoy.

—Quizás no sea una buena idea, pequeña —le aconsejó su padre para ganar tiempo. Empeñado en que no lo hiciera.

—Me da igual, dame mi móvil, mamá.

Kate no pudo alargar la situación, aunque hubiese querido, y abrió uno de los cajones de la cocina. Lo sacó y se lo entregó.

La cara de Alexia cambió en cuanto vio que tenía un wasap que él le había mandado a las 5:05 de la madrugada, aunque se extrañó de que hubiese sido leído cuando ella no lo había hecho.

—¿Por qué lo habéis leído sin mi permiso? —les preguntó a los dos en una acusación directa.

—He sido yo, cielo —admitió su madre—, no he podido evitarlo.

Alexia quiso quitarle importancia, y más después de lo que había hecho así que abrió la aplicación y leyó el mensaje.

**Hola nena, sé buena y dime dónde estás, por favor. Sofía tampoco ha querido decírmelo y estoy muy preocupado por ti. Te echo de menos.**

Una sonrisa apareció en el rostro de Alexia, la cual fue incapaz de dejar de leer el mensaje una y otra vez, dándose cuenta de que sí que estaba preocupado y de que además la echaba de menos.

Quizás lo mejor que había podido hacer era justo eso, cambió de parecer adaptándose encantada a las nuevas circunstancias, haciéndose a la idea de que marcar las distancias parecía haber logrado lo que ambos ya sabían. ¡Se necesitaban!

Alexia no tardó en olvidarse de la tristeza, consiguiendo elevarse hasta el mismo cielo de contenta que estaba.

—Hija...

—¿Sí, mamá?

—No te precipites, cariño, el mensaje que te ha dejado puede que te haga sentirte feliz, pero, ¿cuánto tardarás en recibir otro revés? No sé, hija, creo que ese chico no te conviene.

Alexia no le gustó lo que acababa de escuchar.

—¿Papá? ¿Piensas lo mismo?

—Sí, pequeña, no me ha gustado encontrarte como lo he hecho y tengo la seguridad de que no tardarás en volver a sufrir. Robert no es el tipo de hombre que, de un día para otro, pueda hacer el cambio de vida que ha anunciado de manera tan radical. Yo por lo menos no me lo creo.

Alexia no le volvió a gustar lo que acababa de escuchar, ahora, por la boca de su padre.

Se enfadó con ellos.

—¿Alguno de vosotros se ha molestado en saber cómo es mi novio antes de juzgarlo como lo estáis haciendo?

Ambos se quedaron callados.

—Por supuesto que no lo habéis hecho. Es más, por lo que veo ya lo habéis crucificado, ¿no es cierto?

Silencio.

—Pues para que lo sepáis yo le quiero y él me quiere a mí. Es cierto que no lo hemos tenido nada fácil, sobre todo debido a mis inseguridades, pero ¿sabéis qué? Estoy convencida de que es el hombre de mi vida y haré lo que tenga que hacer para estar con él.

¡Oh, Oh!

Pues si estaba enfadada, a consecuencia de decirle lo que pensaban, no sabían cómo podría llegar a reaccionar cuando se enterara de lo que habían llegado a hacer, arrepintiéndose tarde.

Muy, muy, tarde.

El inoportuno timbre de la puerta los interrumpió a continuación, se miraron entre sí antes de que Kate hablara.

—Yo abriré —dijo nerviosa su madre saliendo disparada hacia la puerta, rezando una plegaria interna pidiendo que por el amor de Dios no fuese él.

¡Sin saber lo que le esperaba al otro lado de la puerta!

En cuanto la abrió un gran revuelo la envolvió, viendo a su alrededor varios micrófonos que se avanzaban hacia ella, y a varias cámaras de la televisión que la enfocaban sin ningún tipo de escrúpulo.

—¿Es usted la madre de Alexia?

—¿Está en casa?

—¿Sabes que su posible yerno está en Denver?

—¿Qué le parece la relación que mantiene con su hija?

—Conteste, por favor.

Las preguntas interminables se alargaron y la pobre mujer se quedó ensimismada con la puerta entre abierta, mirando a aquella gente desconocida que estaba en el interior de su jardín.

—Kate, ¿quién es? —se escuchó a James acercándose para echarle una mano.

Con la certeza de que se trataría de Robert.

—Pero, ¿qué es esto?

—¿Es usted el padre de Alexia? —preguntaron en cuanto lo vieron. Volviendo a hacer las mismas preguntas, ahora dirigiéndose hacia él.

Y como ninguno de los dos volvía a la cocina, una Alexia extrañada decidió ir a averiguar qué era lo que estaba sucediendo.

¡Se quedó de piedra!

—No puede ser cierto, ¿cómo han averiguado dónde estoy?

Actuó todo lo rápido que pudo, metió a sus padres dentro y a continuación cerró la puerta de un portazo.

—¡A la mierda con todos! ¿Es que nunca se van a cansar?

La voz histérica, de Alexia, fue la causante de que su madre pudiera finalmente reaccionar, viendo a su hija cabreada, teniendo claro que debían de poner las cosas en su sitio antes de que lo hiciera aún más.

Comprendió que había cometido un error bastante grave.

—Hija, tenemos algo que decirte.

—¿Algo más? Pues no estoy segura de querer saberlo, después de todo —dijo enfadada mientras que bajaba las persianas lo más rápido que podía para que nadie desde fuera les pudiera hacer ninguna foto.

¡Dispuesta a proteger a su familia a toda costa!

—Cariño. Vamos a la cocina —le ofreció su madre una vez que hubo terminado de bajarlas todas. Aislándose de los periodistas congregados a las puertas de su casa. ¿Quién lo iba a decir? —, es el momento de prepararos un chocolate caliente.

Alexia la miró pensativa.

—¿Tan grave es?

—Tú misma lo juzgarás —dijo la pobre mujer mediante un susurro.

A continuación entró en la cocina seguida del que fue su marido.

Alexia entonces optó por respirar tranquila tratando de calmarse antes de seguirlos.

¿Qué era lo que habrían hecho?

Lo dejó en el aire y se acordó de lo que iba a hacer antes de que fueran interrumpidos por los malditos periodistas.

—Mientras haces el chocolate haré una llamada.

La voz desesperada, de su madre, no tardó en escucharse demasiado fuerte, evidenciando sus nervios.

—No. ¡Espera!

Pero ya era tarde. Demasiado tarde y se limitó a cruzar los dedos como si creyera que aquello les iba a ayudar.

—Pero, ¿qué...?

Ni siquiera a ella misma le dio tiempo a terminar la pregunta que estaba haciendo. Y es que Alexia acababa de pulsar dentro del contacto, de Robert, dándose cuenta de que hacía una hora, escasa, alguien había hablado con él desde su teléfono durante tres minutos y veintiocho segundos exactamente.

¡Se quedó de piedra por segunda vez!

—¿Alguien puede explicarme esto? —preguntó pensando en la mañanita repleta de sorpresas con la que había amanecido.

De nuevo, el inoportuno sonido, del timbre, los interrumpió. Algo que los padres interpretaron como una ventaja a su favor... cuando la verdad era que no podían estar nada más lejos de la realidad.

¡¡No tenían ni la mínima idea de quién era la persona que seguía pulsando el timbre de forma reiterada e insistente, una y otra vez!!

—¿Mamá? ¿Papá? ¿Alguno me puede explicar quién ha sido el que ha hablado con él?

—He sido yo —confesó su madre dando un paso hacia delante, dispuesta a aceptar cualquier tipo de responsabilidad a consecuencia de su metedura de pata, exculpando a James.

—Pero la decisión ha sido de ambos. —Salió en su defensa convencido de que hacía lo correcto.

Alexia en un principio contó hasta diez y los miró detenidamente, analizando la situación. Deseaba con fervor, y por encima de cualquier otro detalle, que su enfado disminuyera.

Algo que no sucedió y, como no podía ser de otra manera, preguntó, enfrentándose a ellos:

—¿Y me podéis decir con qué propósito lo habéis hecho?

Mientras les hacía, esa pregunta, el sonido insistente del timbre volvió a escucharse, provocando que la pobre chica no pudiera más.

«¿Es que se iban a pasar la mañana entera molestándoles? Aquello era el colmo y ella no iba a consentirlo. Desde luego que no». Se decía una Alexia saturada y decidida a enterarse primero de lo que sus queridos padres habían hecho. Después llamaría a la policía.

Si pensaba que los contratiempos terminaban, ahí, no pudo estar más equivocada, porque para terminar de ponerla atacada, y nerviosa, su teléfono móvil también empezó a sonar, haciéndolo a la vez que el sonido de la puerta, convenciéndose que lo que alguien quería era volverla loca o sacarla de sus casillas.

¡Lo que terminarían haciendo de un segundo a otro entre todos! Se llevó el condenado teléfono

hasta la oreja (sin molestarse en averiguar de quién se trataba), y contestó de malas maneras:

—¿Quién coño es?

—¿Cómo que quién coño soy? —gritó Robert alzando la voz para que pudiera escucharle, esforzándose en hacerlo debido a todo el revuelo que tenía montado a su alrededor.

—¿Robert?

—Claro que soy Robert —rugió con un enfado de mil demonios, exigiendo de pronto—: ¡¡¡Haz el favor de abrirme la puta puerta, o me liaré a dar puñetazos aquí fuera a diestro y siniestro!!!

—¿¡Cómo dices!?! —preguntó una Alexia sorprendida.

¡No!

¡No podía ser!

—Pues lo que estás oyendo, ¿quién te crees que es el que está fundiendo el timbre? ¿Acaso estáis sordos?

¡Oh, Dios!

¿Qué hacía él allí?

Y como no sabía si alegrarse, o enfadarse, corrió hacia la puerta y, simplemente, abrió.

—¡Joder! ¡Ya era hora! —exclamó un Robert furioso mientras entraba en el interior de la casa, cerrando tras de sí para que aquellos buitres no hiciesen ni una puta fotografía más.

Al darse la vuelta se encontró con la mirada incrédula de su chica y cambió el semblante a una velocidad de vértigo porque... ¡Todo el calvario que había pasado, hasta llegar a ella, se acababa de esfumar! Se olvidó de cualquier tipo de contratiempo sopesando que bien había valido la pena, mirándola con unos ojos azules, intensos, que le decían claramente lo mucho que se alegraban de verla.

Cómo no, Alexia tuvo que centrarse en respirar con normalidad, admirando lo guapo que estaba su chico, todavía incrédula, sin poder llegar a creerse que él estuviese allí mismo, en mitad del recibidor de la casa de su madre.

Lo había echado terriblemente de menos en aquellas veinticuatro horas escasas en las que estuvieron separados.

—Nena, por fin te he encontrado.

A Alexia la piel se le erizó. Tembló de emoción y se supo en sus manos.

¿De verdad era su novio?, le costaba creerlo y se hizo a la idea de lo afortunada que era. Convencida de que no se trataba de ningún sueño, sino que era todavía mejor, escuchándole, extasiada, mientras que un suave cosquilleo se instalaba en todo su cuerpo.

—Ven aquí, Alexia —le susurró desarmándola.

Se acercó ante la evidencia de que no podía estar separado de su adorada chica e, inmediatamente, después, Robert la estrechó entre sus brazos y bajó hasta sus labios, hambrientos de ellos, para olvidarse del lugar en el que se encontraban a medida que se hacía paso con la lengua a través de su boca. La besaba con una intensidad devastadora que exigía su rendición.

Devoró aquella boca, que tanto había echado en falta, y la llevó por inercia hasta que terminaron chocando contra la pared. Allí profundizó el beso y necesitó más, mucho más... incapaz de verse saciado de ninguna de las maneras.

—Ejemm... —carraspeó James, que acababa de salir de la cocina y se encontraba con aquella incómoda escena, viendo el beso tan escandaloso que ambos, se daban, antes de desviar la mirada hacia la mujer que tenía detrás.

Una mujer que veía la escena horrorizada.

«¡Joder!»

Robert se apresuró a dejarla en cuanto escuchó que no estaban solos, y lo hizo armándose de una contención que pensó no tenía.

Se limitó a dar un paso adelante para presentarse.

—Hola, yo soy Robert.

—Lo sé —le respondió desconfiado, aceptando la mano que le tendía—, yo soy James, el padre de Alexia.

—Encantado de conocerle.

Una Alexia a la que le seguían temblando las rodillas, por aquel embriagador beso, tuvo que sujetarse a la pared para mostrar una normalidad que distaba mucho de tener y analizó la cara de sus padres.

—Usted debe ser quien ha hablado conmigo por teléfono, ¿me equivoco? —le preguntó con un tono burlón, avisándola sin palabras de que nadie le iba a decir lo que tenía que hacer o no.

—No. No te equivocas. —Le respondió enfrentándose a su mirada, diciéndole sin morderse la lengua—: ¿No he hablado lo suficientemente claro cuando te dije que no serías bien recibido en

mi casa?

—¡¡Mamá!! —la regañó Alexia. Y se acercó a Robert para mostrarle su apoyo incondicional.

—Lo siento, hija, pero es que no entiendo que hace aquí cuando le he dejado las cosas bien claritas. No me gusta que esté cerca de ti, y por supuesto no me gusta que haya tenido los huevos de presentarse aquí cuando le dije que no lo hiciera.

—¡¡Kate!! —la avisó su ex marido para apaciguar la tensión que se podría cortar con un cuchillo. Tenía la certeza de que la actitud guerrera no obraría en favor de nadie, y menos si cabe de ellos, por ello intervino—, ¿qué te parece si nos tomamos un café tranquilos y aprovechamos para charlar un rato?

—¿Charlar? —Preguntó con desdén Robert—, ¿Y de que vamos a charlar? ¿De lo lejos que me quieren ver de su hija?

—¡¡Robert!! —le regañó ahora a él.

—Venga, tomémonos ese café —volvió a intervenir un James apaciguador—. Yo lo prepararé.

Alexia supo lo mucho que su padre se estaba esforzando porque la paz reinara entre, la que fue su mujer, y el que era el novio de su hija.

Consideró que tenía que echarle una mano.

—Es una buena idea, papá.

La mirada, asesina, que mientras se dedicaban el uno al otro, evidenció que nada de lo que estaban intentando saldría bien, y fue Kate la que de nuevo intervino aferrada a que no quería a alguien así en la vida de su hija.

—Pues mira, ahí has acertado de lleno. Y para que lo sepas la única forma de quedarme tranquila es sabiendo que te mudas a la otra punta del mundo. Por ejemplo al polo norte.

—Mamá. ¡¡Basta ya!!

La réplica, de la otra parte, desde luego que no se hizo esperar. Diciendo tan tranquilo:

—Ya se lo dije antes de que me colgara, Señora. No pienso hacer caso a sus simples advertencias.

—¿Podéis parar de una maldita vez? —rugió una Alexia que echaba humo por las orejas de lo enfadada que estaba.

Las partes enfrentadas parecieron entrar en razón y se quedaron calladas. Desde luego un verdadero logro.

—Mamá, le debes una disculpa a Robert, ¿no crees?

—No antes de que se disculpe él.

—¿¡Cómo!? Pero si ha sido usted la que...

—¡¡Por el amor de Dios!! ¡¡Parar de una puta vez!! —el que habló (bueno, más bien gritó), fue James, obrando el milagro de hacerlos callar. Instante que aprovechó para decir un par de cosas bien dichas—. Mira, Kate, es cierto que tenemos la misma opinión, pero también es cierto que con tu actitud lo único que estás consiguiendo es que se aparte de nosotros, ¿acaso estás ciega y no lo ves?

Kate supo que llevaba toda la razón.

—Y tú Robert —se dirigió a él—, debes ponerte en nuestra situación y comprender nuestro punto de vista. Nuestra querida hija vino ayer buscando consuelo y como comprenderás no nos gusta que la hagan daño. Algo que tú debes de haber hecho para venir en el estado en el que vino.

Robert se sintió culpable por ser el causante de aquel estado... Y sobre todo por no ser él al que recurriera.

Le dolió en lo más profundo del alma.

—Ahora, si no os importa, a Alexia y a mí nos importaría hablar de cómo vamos a solucionar



este embrollo, ¿creéis que podréis hacerlo, o vais a seguir comportándoos como chiquillos?  
Menudo tirón de orejas que les acababa de dar.

Diez minutos, después, estaban sentados alrededor de la mesa bebiendo café recién hecho. Eso sí, la pareja separada por una tozuda Kate que se puso en medio a posta. Decidida a que mientras estuviesen en su casa se haría lo que a ella le conviniera.

Estaba dispuesta a escucharle, solo que seguía empeñada en que mantuvieran las distancias. Empecinada en que no le hiciera un daño mayor.

¡Incapaz de ver lo que era demasiado simple!

El primero en tomar la palabra fue James:

—Bueno, chicos, los problemas que tengáis lo debéis resolver vosotros. ¿Podréis hacerlo?

Robert se movió inquieto sobre la silla, consideraba una intromisión directa que alguien se permitiera el lujo de preguntarle tal cosa.

—Papá —intervino Alexia leyendo su cara de enfado—. Claro que podremos hacerlo. Recuerda que somos adultos.

—No, no. Me habéis entendido mal, lo que trato de decir es cómo podréis hacerlo con la que hay liada ahí fuera.

Robert se relajó de inmediato.

—Es fácil —se aventuró a decir convencido—, tengo el coche en frente, nos subiremos a él y les perderé la vista. Alexia se viene conmigo.

Kate abrió la boca como un resorte para contestarle, pero no lo hizo. El pisotón de su ex no se lo permitió, quedándose callada y harta de no poder mandar a la mierda a aquel capullo.

¡Qué ganas tenía!

Y de repente la que los dejó a todos de piedra fue Alexia, diciendo:

—No voy a irme contigo, Robert.

—¿¡Cómo!? —preguntaron los tres a la vez.

—Lo que has oído —le respondió sin importarle que estuvieran sus padres presentes. Apartó de su mente el escalofriante beso que se acababan de dar y pensó con la mente fría—. La idea de que reflexionara sobre lo que has sido en tu vida anterior fue tuya, y yo, en la medida que fuera la acepté. Ahora para bien o para mal estoy aquí y voy a aprovechar la oportunidad que se me ha dado de tener a mis padres juntos. Me quedaré un par de días más y después regresaré a Nueva York. No antes.

La cara de Robert cambió tras escuchar aquella insensatez y se regañó porque por lo visto:

No le bastaba que hubiese ido a por ella...

Tampoco le bastaba que hubiese hecho el esfuerzo de ir hasta la casa de unos padres que bien claro le dijeron que no era bien recibido...

Y tampoco parecía bastarle que él hubiese dado por hecho que se iría de vuelta con él...

¿¿¿Qué coño quería más???

—¿Hablas en serio?

—Sí. Hablo en serio.

La incomodidad de los padres de ella fue en aumento. Reconocían el valor de aquel muchacho y la balanza, inexpresiblemente, empezaba a moverse hacia el lado contrario.

—Vale, como tú quieras.

Sin pronunciar ni una palabra más, se levantó de la silla con gesto serio y se dispuso a irse.

—Robert, ¿por qué no te quedas a comer?

¿De verdad su madre lo acababa de invitar a comer?

—Gracias, Kate, no puedo —se disculpó sin apartar los ojos fieros de una novia que parecía no darle importancia a nada de lo que debería.

—Bueno, si cambias de opinión ya sabes dónde estamos.

—Gracias de nuevo. Adiós.

—Adiós, Robert.

Alexia se levantó y lo acompañó hasta la puerta.

—¿Dónde te vas a alojar?

—¿Acaso te importa? —la acusó dolido—. Acabo de cruzar todo el país para encontrarte y parece no ser suficiente, limitándote a seguir con tu cabezonería.

—Pero si fuiste tú el que me dijo que me alejara unos días —replicó enfrentándolo.

—No tan lejos, ¿sabes lo que he tenido que hacer para encontrarte?

—¿Recurrir al todopoderoso Señor Scot?

Robert la fulminó con la mirada.

—Si para ti no significa nada lo que he hecho, entonces es que no me quieres lo suficiente, Alexia. ¿No llegas a darte cuenta lo que me ha costado venir a buscarte? Te estoy ofreciendo mi alma entera y en cambio tú te limitas a decirme que no vendrás conmigo. De veras que no te entiendo.

—Robert —susurró con los ojos húmedos—. Te pido por favor que nunca más vuelvas a decir que no te quiero lo suficiente. Sabes que no es cierto y me duele que lo insinúes siquiera.

—Pues vente conmigo, nena. Te necesito a mi lado y lo necesito ya. Tengo hambre de ti —le confesó devorándola con los ojos, haciéndola enmudecer.

Y entonces, una Alexia indecisa, que daría lo que fuera con tal de seguirle, cometió el error de recordar lo sucedido entre ellos en la rueda de prensa. Volvió hacia atrás, sin pretenderlo, y negó la parte en la que incluso le había dado la razón.

Quería más...

—¿Qué estás dispuesto a ofrecer en nuestra relación? Si has venido a buscarme significa que te importo y que no quieres que estemos separados, por lo tanto tengo el derecho a hacerte esta pregunta. Ya sabes que quiero más.

—¡Joder, Alexia! ¿Por qué siempre lo tienes que estropear? Te estoy pidiendo que te vengas conmigo a mi hotel, después ya veremos.

—Como te dije un día no me basta, y no me voy a limitar a acompañarte hasta tu habitación para que me folles y después vuelvas a Nueva York.

Robert estuvo a punto de estallar tras escuchar aquella barbaridad. Y como no quería perder el control, delante de ella, abrió la puerta y se olvidó de las personas que aguardaban fuera, gritando exaltado antes de marcharse:

—Nunca he dicho que regresaría solo, nunca. Adiós, Alexia. Te llamaré.

Emprendió la marcha hacia el BMW, que lo esperaba aparcado en la acera, y se hizo paso entre codazos como buenamente pudo.

James y Kate salieron de la cocina en cuanto escucharon la puerta cerrarse, para acercarse preocupados a su hija. Habían escuchado toda la conversación.

—¿Por qué no te has ido con él?

—A vosotros no hay quien os entienda. Primero decís que no lo queréis ver ni en pintura, y ahora vais, y os ponéis de su lado.

—Cariño... —habló su madre—, es cierto lo que dices, pero todo ha cambiado, ¿y sabes por qué?

—¿Por qué, mamá?

—Porque no me cabe la menor duda de que ese hombre te quiere por encima de todas las cosas. Me basta cuando he visto cómo te besaba, y si me quedaba alguna duda, me basta desde que me he dado cuenta del gesto tan generoso que ha tenido viniendo hasta aquí a buscarte cuando le he dicho toda clase de barbaridades por el teléfono móvil, hija.

—¿Me estáis diciendo que me tenía que haber ido con él?

—Lo que te estamos diciendo es que ya estás tardando en averiguar el hotel en el que se aloja. Encuéntralo y hazle ver lo mucho que le quieres tú también, cariño. No dejes que por un malentendido se termine cansando y no vuelva a por ti.

Alexia no quiso ni pensar que pudiese existir una mínima posibilidad de que eso pudiese llegar a pasar. Dispuesta a salir en su busca...

«¡Nada! ¡No había forma de dar con él!», pensó Alexia enfurruñada, limitándose a guardar el móvil, dentro del bolso, a medida que continuaba andando, recriminándose que le estaba bien empleado el que no quisiera hablar con ella después de la negativa a acompañarle.

¡Empeñada en buscarle!

La idea de que con toda seguridad se encontraría en el mejor hotel de la ciudad la iluminó de repente.

¿Dónde sino se iba a alojar?

Renovó sus energías y se internó dentro de la primera boca de metro que vio, tratando de permanecer ajena a las miradas curiosas, de decenas de personas con las que se iba cruzando, y que no entendían que fuera con las gafas de sol extra grandes y con un gorro que le tapaba también parte de la cara, en fin, con su camuflaje de siempre. Fue hasta las taquillas y compró un billete que la llevaría al centro de la ciudad. El lugar en el que se encontraban los mejores hoteles.

No habían transcurrido, ni diez minutos, cuando ya estaba sentada dentro de un vagón casi vacío, inmersa en sus pensamientos y camino del lugar en el que tenía la seguridad de que lo terminaría encontrando.

Robert bajó del coche y dejó las llaves puestas, dejando que el aparcacoches hiciera el trabajo restante, mientras que él entraba en el hotel en el que se había hospedado todavía con un cabreo demoledor.

Ni siquiera el paseo en el caro vehículo (saltándose todo tipo de señales y semáforos en rojo), le hicieron ser capaz de dejar de pensar en la única culpable de que se encontrara en aquel estado de furia y rabia.

¡Despertando el Robert agresivo y fuera de control que ya casi no se dejaba ver!

¿Cómo se había atrevido a tener las santas narices de no acompañarlo? Él, que lo había dejado absolutamente todo (otra vez) para ir en su busca sin importarle el detalle de no saber si quiera dónde se podría encontrar, y total...

¿De qué le había servido?

De absolutamente nada.

Y lo que era todavía peor:

«¿Es que no voy a aprender nunca?». Dejó a un lado sus pensamientos y cogió el móvil que empezaba a vibrar anunciando una llamada entrante.

Como no podía ser de otra manera, la cara no tardó en transformarse en una máscara de hielo en cuanto supo quién era la persona encargada de hacer esa llamada.

Soltó un taco, que no dejó indiferente a la recepcionista (que lo miraba ensimismada), mientras que estrelló el teléfono contra el suelo haciéndolo añicos.

El estado anímico en el que aquella condenada mujer, lo acababa de dejar, le hacía ver que por supuesto no estaba dispuesto a colaborar en nada referente o cercano a ella. No quería saber nada de la tozuda chica (que le había robado el corazón), en una buena temporada. Lo que quería decir que ya se podía ir olvidando de la idea de que le cogiese el teléfono, ni de por supuestísimo que fuera a verla en un futuro próximo...

¡Ni hablar!

Nada de nada, empeñado en mantener las distancias pues más que nunca era, ahora él, el que necesitaba tiempo para pensar, pero sobre todo, lo que necesitaba, era tiempo para hacerse a la idea de lo que realmente quería.

¿Seguir arrastrándose?

¿Permitir que lo continuase dejando a la altura del suelo?

Porque lo que estaba claro era que Alexia no había sabido interpretar ni uno solo de todos los sacrificios que había hecho por ella y aquello lo cabreaba hasta la ex tenuidad.

¡Vaya que lo cabreaba!

Y tuvo claro que la lista de los “*no ofrecimientos*” acababa de ampliarse, porque ni muerto aceptaría lo que ella le había insinuado.

¡Nunca!

¡Jamás!

Acordándose del dichoso “quiero más”.

Se acabó, él no iba a dar nada que no estaba dispuesto a dar. Y nadie podría obligarle a hacerlo. ¡Ni siquiera ella!, se dijo un Robert harto. Estaba convencidísimo de ello.

—Buenos días, Señor, ¿quiere algo? —logró decir la conmovida recepcionista que todavía no se había repuesto de la impresión de tenerlo allí mismo. Admirando lo guapo y espectacular que era.

—Sí, deme la tarjeta de mi habitación —le dijo con lo que parecía una voz amenazadora.

—Ahora mismo, Señor.

Después de recoger la dichosa tarjeta, que parecía tener vida propia, dos veces del suelo se la entregó.

—Aquí tiene, Señor.

—Gracias —se limitó a decir.

Fue hacia el ascensor con la idea de abandonar aquella condenada ciudad lo antes posible. Tenía en mente avisar a su piloto para que todo estuviese listo cuanto antes.

¡Dispuesto sí o sí a dejarla atrás!

Alexia entró en uno de los exclusivos hoteles, en los que creía poder encontrarle, y se dirigió hacia el mostrador. Allí fue recibida por la sonrisa de una educada recepcionista.

—Buenos días, ¿en qué puedo ayudarla?

—Me gustaría saber si está Robert Brownn alojado aquí.

—Lo siento, Señora, esa información no se la podemos facilitar.

—Por favor, solo es un sí o un no. No necesito más —le rogó implorante.

—De veras que lo siento, pero es información confidencial y yo no puedo ayudarla, Señora.

—Está bien —dijo Alexia quitándose las gafas y el gorro en un intento de ablandarla. Mostrándole su cara—. Seguro que me has visto en la tele o en alguna revista. Soy...

—Sé quién es, Señorita —afirmó mirándola con envidia—, y vuelvo a informarla de que aunque estuviera en mis manos no podría facilitarle el tipo de información que me está pidiendo.

—Por favor —le suplicó—, hemos tenido una pelea y necesito dar con él. No me coge el teléfono y mi única opción es buscarle.

La recepcionista no se movió un ápice de su postura, limitándose a escuchar a la que toda mujer envidiaba en esos instantes.

—De veras que no puedo.

Una Alexia desesperada continuó diciendo:

—Ha venido a buscarme desde Nueva York, y yo, como una idiota le he dicho que me quedaría un par de días aquí, con mis padres. He metido la pata hasta el fondo y como mujer que eres te suplico que me ayudes. Te prometo que esto no interferirá en tu trabajo. Te lo prometo, de verdad.

La mirada de ambas analizó a la otra, viéndose como, una de las partes, avanzaba más que la otra.

—Por favor, por favor...

—¿Sabes la suerte que tienes?

Ahí supo, que si sabía algo, se lo diría.

¡No se equivocó!

—Lo sé —asintió—, solo que cada dos por tres sigo metiendo la pata y cuando me quiero dar cuenta ya es tarde.

—Pues no lo dejes escapar —le aconsejó de mujer a mujer—, hombres así no hay muchos.

—Te haré caso, ¿está alojado aquí?

—No. Ya no.

—¿Cómo que ya no?

—Acaba de abandonar el hotel, si te das prisa y vas a...

No pudo terminar de decir, lo que estaba diciendo, y sonrió de manera natural mientras que la veía correr a toda prisa hacia la salida.

Robert subió a su coche, alquilado, y lo hizo con la mente a miles de kilómetros, consiguiendo apaciguar el estado de ánimo mientras que se hacía a la idea de la reunión que se llevaría a cabo en el despacho de su padre a la mañana siguiente.

Lo primero que haría, en cuanto subiese a su avión privado, sería llamarle para contarle las nuevas novedades... Tratando de conservar, al precio que fuera, aquel apaciguador estado de ánimo tras haberse quedado sin teléfono móvil a consecuencia de dejarse llevar por un arrebato de ira.

Empecinado en olvidarse de ella a toda costa.

Tan empecinado estaba, que a punto estuvo de no verla llegando casi a atropellarla.

—¡Me cago en la puta! —gritó asustado, volviendo a la realidad y viendo como el cuerpo de alguien se interponía en mitad del coche con los brazos en alto.

Le dio tiempo a llevar el pie hasta el freno y apretó con todas sus fuerzas siguiendo el consejo de sus reflejos.

—¡Pero qué coño...!

La cara de sobresalto le cambió, drásticamente a una cara de estupor y sorpresa, a la vez que veía a una Alexia asustada y pálida a punto de ser atropellada por él mismo. Quedándose allí en medio bloqueada y a merced de lo que Robert quisiera hacer con ella.

—¿¿¿Alexia??? —se preguntó Robert con los ojos como platos.

Su cuerpo entero temblaba debido a lo que podría haber sucedido si no hubiese sido por sus rápidos reflejos.

Como una exhalación se bajó del coche y empezó a proferir gritos, a diestro y siniestro, cegado por la ira.

—¡Me cago en la puta, Alexia!, ¿es que te has vuelto loca? ¡Hostias! ¡¡¡He estado a punto de atropellarte!!! —gritaba como un auténtico energúmeno.

A medida que hablaba iba acercándose hasta una chica que no era capaz de reaccionar, y que

continuaba pálida, inmersa en la locura que acababa de cometer y que bien le podría haber costado la vida.

¿En qué estaba pensando?

En cuanto le vio subido a aquel coche, alejándose, supo que solo dispondría de una oportunidad.

Fue por ello que no se paró a pensarlo y echó a correr con el férreo deseo de que no se marchara. Consiguiéndolo casi a costa de su vida... pero consiguiéndolo al fin y al cabo.

Y mientras, Robert se fue acercando con el corazón encogido a causa del miedo, alargando los pasos hasta tenerla al alcance de su mano y, todavía rabioso por lo que podría haber sucedido, se acercó, le pasó la mano alrededor de su cintura y la miró con sentimientos encontrados, queriendo:

Regañarla...

Gritarla...

Sacudirla...

Amenazarla...

¡Por todos los Santos!

Incluso se le pasó por la cabeza la disparatada idea de encerrarla. Convencido de que así se le acabarían los problemas de golpe, antes de que volviera a sorprenderse a sí mismo (por enésima vez consecutiva), porque en el momento en que la tuvo de frente, viéndola en aquel estado de vulnerabilidad, se le olvidó absolutamente todo lo que de verdad iba a decirle hace unos segundos.

E hizo todo lo contrario.

—¿Estás bien, cariño? —le preguntó mirándola con una preocupación que le traspasaba todos sus sentidos. Analizándola en profundidad.

—¿Qué?

Alexia seguía en estado de *shock* y por lo tanto no se daba cuenta de nada.

—Te he preguntado si estás bien —le susurró en un tono tranquilo para calmarla a la vez que le pasaba la mano por su cara a modo de caricia.

—Sí, ahora sí —fue la respuesta que le dio una Alexia que no tardó en perderse en aquellos ojos azules que tenían el poder de marearla. Disfrutó de poder hacerlo y se alegró de haber llegado a tiempo.

Sentía que era arropada por el hombre de su vida, a medida que reconocía que se había asustado un poco.

—Yo sí que me he asustado, nena, pensé que no podría frenar a tiempo —reconoció muerto de miedo estrechándola entre sus brazos.

La mirada preocupada, de él, hizo que Alexia volviera en sí, encontrándose entre el abrazo protector de su novio, a la vez que se escuchaban los primeros flases de las cámaras de los periodistas que, casualmente estaban de guardia en el hotel en el que se había alojado Robert.

Vaya casualidad.

¡Obteniendo fotografías que valdrían una auténtica fortuna dado a quiénes se referían!

—¡Ay, Alexia, Alexia! ¿Qué voy a hacer contigo? —La regañaba cariñosamente besando su adorable cabecita—. Porque parece que la idea que tienes es la de acabar conmigo, ¿verdad? —Y sin darle tiempo a que se recuperara, gracias a la compañía no deseada que tenían alrededor, ordenó—: Marchémonos de aquí, anda.

La cogió de la mano y despacio la acompañó hasta el asiento del copiloto, una vez sentada, y atada, dio la vuelta y ocupó el otro asiento, olvidándose de lo que había pensado hacía solo unos

instantes (antes de que su chica hiciese su particular acto de presencia), para pasar a pensar en ella y solamente en ella.

¡Lo único que de verdad le importaba!

Segundos después, el BMW salía a las calles transitadas de Denver, y lo hacía a toda leche, acelerando como un loco imprudente con el fin de despistar a los incansables paparazzi.

Qué pesados podían llegar a ser...

¿Es que nunca los iban a dejar tranquilos?

Por lo visto no.



—¡Joder! —exclamó Robert al parar en un semáforo, observando el revuelo que iban provocando. Eran señalados por las personas que iban dentro de los vehículos, y también de los que iban andando por la acera—. Necesitamos parar a comprar unas gafas y un gorro. Odio que todo el mundo me mire.

—Algún inconveniente tendrías que tener, ¿no, Señor Brown? —Rio Alexia—, porque la impresión que me diste cuando te conocí fue bien distinta, parecías encantado de que te admirasen.

—¿Eso crees? Pues he de decirte que estás muy equivocada. La parte en la que me creía, un gilipollas, hace mucho que pasó. Daría lo que tengo por ser uno más.

—Entonces tendrás que esperar muy poco, en cuanto seas el directivo de empresa, que quieres ser, dejarás de salir en las revistas y en la tele.

—¡Ojalá! Y entonces podremos caminar por la acera cogidos de la mano como cualquier pareja, estaría bien, ¿verdad?

—Me gusta la idea —susurró advirtiendo como iba al encuentro de su mano y la cogía para llevarla hasta sus labios, depositando un beso lleno de intenciones y promesas—. Robert, esperaré impaciente ese día siempre que tú así lo quieras, claro.

—No empieces con tus tonterías, Alexia, que te veo venir —la amenazó soltando su mano. Después aceleró y se alejó de los curiosos.

—¿Qué tonterías?

—En primer lugar esperaremos los dos impacientes ese día, y en segundo lugar no me voy a cansar de ti, así que ya puedes estar ahorrándote lo que acabas de insinuar. Siempre querré que sigas en mi vida, no lo olvides.

«¡Vaya!», pensó una Alexia que dejó de respirar haciéndose a la idea de lo que en verdad significaba lo que le acababa de decir.

Y se acurrucó a su lado sintiéndose tan afortunada que hasta dolía.

¿Qué importaba que fuera un hombre que no quería comprometerse? La respuesta que le acababa de dar era lo más parecido a lo que ella buscaba en un hombre tan particular, se decía a sí misma tratando de apaciguar las intensas inquietudes que no la dejaban disfrutar de lo que tenía a su alcance, y se preguntó el por qué seguía empeñada en quererlo absolutamente todo cuando los resultados, por pedir lo que no debía, no le traerían más que sufrimiento y desconfianza.

¡Algo que ya sabía!

Se odió porque no parecía ser suficiente...

—¿En qué piensas?

—En nada importante —le mintió desviando la mirada.

Robert supo que le estaba mintiendo y prefirió dejarlo ahí, a medida que pensaba en una nueva lección para su adorable novia.

¡Solo que esta vez tendría que esperar un poco hasta obtener la ansiada recompensa! Sufriendo internamente por las desmesuradas ganas de meterse en cualquier garaje para arrancarle la ropa interior y follársela de mil maneras.

—¡Joder!

—¿Qué pasa? —le preguntó volviendo la cara hacia él.

—¡Tú! Eso es lo que me pasa.

Y la miró con una mirada penetrante dejando de prestar atención a los vehículos que circulaban.

Tuvo que contener las ganas de poseerla allí mismo, en mitad de la carretera, mientras que sufría como un demonio ante las imágenes obscenas que le taladraban la mente, trastornada, a causa del deseo irrefrenable que sentía hacia ella y hacia aquel cuerpo que lo volvía loco.

¡Loco del todo!

—¿Preparada para una nueva lección?

Alexia se entusiasmó de inmediato y logró permanecer quieta a pesar del nerviosismo que de pronto le había entrado. Sonrojándose, considerablemente, mientras que un calor abrasador la inundaba.

—Alexia...

—Estoy preparada para otra lección, Robert —le cortó nerviosa—. Y también estoy ansiosa.

Robert se movió inquieto sobre el asiento.

—La lección que quiero mostrarte no se parece en nada a las anteriores. Debes saberlo.

—No te entiendo.

—Te lo explicaré... —Y cogió aire antes de decir—: Si queremos seguir avanzando, en lo que hay entre nosotros, debes de enfrentarte a algo que estoy convencido de que te hará daño, cielo. — A continuación tomó aire, la miró con dolor en sus ojos, y prosiguió—: si no estuviese seguro de lo que hago de ninguna manera podría pedírtelo, en cambio debo hacerlo porque seguro que nos terminará viniendo bien a ambos.

—¿Daño? ¿Y por qué iba a hacerme daño? —preguntó con un mohín en la cara ante la evidencia de que no iba a darle lo que ella tanto necesitaba.

¡Deseaba, con fervor, otra lección de sexo! Algo que por lo que oía y veía no iba a disfrutar. Al menos no ahora, escuchándole decir:

—Te dije que hasta que no aceptaras lo que he sido no podríamos avanzar en nuestra relación, ¿te acuerdas?

«Como para no hacerlo». Echó la vista atrás y se acordó, una a una de las palabras, a cual más amarga, que se habían quedado grabadas a fuego dentro de su cabeza en la rueda de prensa que parecía, (solo parecía) un cuento de hadas.

Se limitó a quedarse callada y le respondió con un asentimiento de cabeza.

—Siempre habrá alguien que se acerque a ti para intentar hacerte daño, algo que conseguirá si no te enfrentas a lo que voy a plantearte.

—Sigo sin entenderte, Robert.

—Si realmente quieres pasar página, y que no te afecte nada de lo que cualquier mujer con la que he estado pueda decirte, deberás hacer algo. Y tengo que avisarte de que va a resultar bastante duro. ¿Estás dispuesta a hacerlo?

La pregunta que quería hacerle no tardó en salir de su boca.

—¿Es por el bien de los dos?

—Sí, nena, es por nuestro bien.

—Entonces lo haré —afirmó con rotundidad, segura de sí misma aun cuando no sabía qué era lo que iba a pedirle—. Confío en ti.

Robert se sintió pleno ante aquella confianza ciega depositada en él, y empezó a imaginarse una vida diferente con la única persona que lo llenaba en todos los sentidos, teniendo claro que, para que eso sucediera, debían de afrontar un escalón enorme que siempre estaría ahí, y que terminaría por separarlos en el caso de que Alexia no comprendiese la importancia de aceptar lo que él había sido.

Depositó sobre su chica una fe ciega seguro de que serían capaces de lograrlo.

¡Y lo afrontarían juntos!

Entonces, con todo el dolor de su corazón, profirió a pasar a la acción diciéndole lo que quería que hiciese, obrando en todo momento con la mejor de las intenciones aun a sabiendas de que le haría daño por semejante petición.

¡No se equivocó! Su cara era el espejo del alma y le decía, con claridad, que se acababa de quedar consternada, además de horrorizada, tras escuchar sus palabras pero, estaba dispuesta, (más que nunca) a ser fuerte además de valiente.

¡No había marcha atrás!

Empezaba a anochecer cuando Robert paró enfrente de una tienda de ropa, allí le hizo el encargo de que le comprara un par de cosas, aprovechando que ella iba bien camuflada, mientras se tapaba con el brazo para que la gente no lo reconociera. Alegrándose de que los paparazzi no hubiesen sido capaces de seguirle.

Una vez que pudo enfundarse el gorro, y las gafas de sol, aparcó el coche en un garaje y salieron al exterior con la intención de comprarse un perrito caliente en cualquier puesto callejero. Actuaban con rapidez para que nadie pudiese mirarlos dos veces por lo poco acertado de sus indumentarias.

¡Empeñados en no llamar excesivamente la atención!

Con la comida en la mano ambos se acercaron a la taquilla del cine, en el que proyectaban la película de Robert, y este último compró dos entradas. Después empezó a comer y observó que Alexia ni probaba la comida, incapaz de hacerlo puesto que el apetito se le había borrado de un plumazo. Un nudo en el estómago le agarrotaba gran parte del cuerpo y hacía lo que podía para mantener la calma y los nervios a raya.

¡Aunque le resultara imposible!

—¿Estás bien?

Una Alexia dubitativa contestó:

—No lo sé.

—Puedes negarte a hacerlo —le dijo mirándola con gesto preocupado, dándole la opción a no entrar puesto que era conveniente que estuviese cien por cien convencida de lo que iba a hacer.

¡Era primordial!

—Si tú crees que es por mi bien lo haré, ya lo sabes.

—Si no lo creyera ni me habría atrevido a insinuártelo. Sé que es duro y que quizás no estés preparada.

—No importa —dijo convencida a medias—. Lo haré.

—¿Sabes que eres una mujer muy valiente? Significa mucho para mí lo que vas a hacer, te lo aseguro.

Alexia le mantuvo la mirada como buenamente pudo y, con unos ojos que empezaban a humedecerse, le contestó:

—Pero quiero que estés a mi lado —le pidió con voz temblorosa.

—Lo estaré cariño. No lo dudes —Y la abrazó sintiendo un escalofrío al darse cuenta de que su valiente chica estaba temblando.

¡Volvió a odiarse por ser el causante de que estuviese sufriendo!

Veinte minutos, después, entraron cogidos de la mano en el interior de la sala X destinada a las películas para mayores de dieciocho años.

La lección que le dio su adorada Alexia no se le olvidaría en toda su vida, aceptando verla sufrir, a su lado, mientras que ella lloraba y lloraba en cada escena en la que se le veía practicando sexo explícito con cualquiera de las chicas que salían, en cualquier tipo de escenario.

Mantuvo el tipo como pudo pero, haciéndolo al fin y al cabo, convirtiendo su dolor en un acto de amor absoluto hacia él... Y aunque hubo momentos en los que le llegó a odiar, por hacerle ver aquella atrocidad, también supo el significado de lo que en realidad quería hacerla ver.

Interpretar la necesidad de hacerse a la idea de lo que su novio había sido. Y que mejor forma que viéndolo en pleno apogeo, aunque su corazón sangrara, herido de muerte, advirtiéndolo a continuación una nueva escena (en la que practicaba un trío con dos rubias despampanantes), haciendo un esfuerzo sobrehumano para levantar la vista cuando creía que no sería capaz de ver ninguna imagen más.

Logró permanecer sentada cuando lo único que quería era salir de la maldita sala de cine y empezar a correr y a correr hasta no parar. Poco a poco se desmontaba la idea de que podría ser feliz a su lado y se convencía de que, continuar con él, solo le serviría para seguir sufriendo una y otra vez.

Pero no salió corriendo.

Ni siquiera lo intentó.

Continuó llorando, durante lo que duró la película, a medida que sentía el tacto de su piel, agarrada a su mano, para hacerle saber que podía contar con él y que allí estaría para lo que fuese necesario, manteniendo la distancia, que ella parecía querer, al tiempo que admiraba la entereza y el valor de una pobre chica que se veía nuevamente superada por las circunstancias y que no dejaba de temblar, aunque, esta vez, no había salido huyendo. Algo que a Robert, le hizo saber, que no se había equivocado pidiéndole aquel esfuerzo tan grande.

Los créditos finales, de la película, empezaron a aparecer dando por finalizada la sesión nocturna de cine, abandonando la sala poco a poco mientras que alguna pareja rezagada se quedaban besuqueándose y acariciándose entre las miradas de complicidad de los que se iban marchando, y sin que ninguno de los presentes se pudiese imaginar, si quiera, que el protagonista de la peli que acababan de ver se encontraba entre ellos camuflado como si fuese uno más.

¡Eso sí, sufriendo como un cosaco!

El hecho de que continuara llorando, incluso después de terminada la película, hizo que se replanteara si la idea no habría servido para alejarla de él, al ser rechazado porque prefería llorar sola, buscando su espacio, en vez de recurrir a sus brazos que ansiaban por tenerla.

Obtuvo el castigo que tanto había temido que llegara.

—Cielo —le susurró analizándola con una mirada de tristeza y preocupación para averiguar su estado emocional—. ¿Estás bien?

Alexia no contestó.

—Debemos irnos, ¿crees que tendrás fuerzas para hacerlo?

Su única respuesta fue levantar el mentón y permitir que él viera el estado en el que la habían dejado las imágenes tan terribles a las que se tuvo que enfrentar. Un estado lleno de melancolía, tristeza, y sobre todo dolor.

¡Mucho dolor!

—Está bien —le volvió a susurrar más cerca del oído, replanteándose la difícil situación que tenía por delante empeñado en afrontarla.

¡Se lo debía!

En aquel momento, exacto, supo lo que tenía que hacer y se armó de valor porque para bien o para mal lo que acababan de ver les uniría (como él estaba convencido), o por el contrario los separaría, abriendo una brecha muy difícil de cerrar.

Actuó en consecuencia ante la evidencia de que no podía consentir que su chica dejase de confiar en él.

—Vámonos, cariño, yo me ocuparé de ti.

Ella se dejó hacer, en todo momento, notando como era elevada del asiento para cogerla entre unos brazos fuertes y seguros, optando por refugiarse, contra su pecho, mientras que le pasaba los brazos alrededor del cuello. A continuación, y cansada hasta la ex tenuidad, se limitó a cerrar los ojos. Quería borrar las imágenes que se le habían grabado dentro de su atormentada cabeza y luchaba contra unas lágrimas que no dejaban de salir. Su lucha era en vano.

Se veía vencida por todas las mujeres que habían salido durante una hora y media a través de la pantalla.

—¡Schssss! Vamos, amor, cálmate, ya ha pasado. Estás conmigo.

Ni una de las palabras que le dedicó pudo hacerla sentir mejor. Solo el aire fresco que le dio en la cara, una vez que salieron al exterior, la alivió un poco, a medida que continuaba con aquel llanto desgarrador que a Robert lo tenía muy preocupado.

Y con ella en brazos, ya que no estaba dispuesto a bajarla, de ninguna de las maneras, caminó en dirección al garaje en el que había dejado el BMW, llegando, poco después, y haciendo un verdadero esfuerzo para abrir la puerta del copiloto sin soltarla. Una vez conseguido, con todo el cuidado del mundo, la dejó suavemente sobre el asiento para ponerle el cinturón.

Ella se dio por vencida y se hizo un ovillo, cogiéndose a sus rodillas, permaneciendo con la vista perdida incapaz de mostrar ningún tipo de emoción.

¡Ni enfado, ni rabia, nada de nada...!

—¡Me cago en la puta! —terminó exclamando Robert cuando cerró la puerta—. ¿Qué coño he hecho?

Con un dolor, que le atravesaba las entrañas, se subió al coche y aceleró bruscamente, tomando la dirección del hotel en el que había estado alojado hacía apenas unas horas.

¡Alexia mientras ni se inmutó!

El recorrido hasta que llegaron al hotel a Robert se le hizo interminable. Mantenía los ojos pegados a ella, en vez de a la carretera, porque no podía dejar de mirarla, lo que estuvo a punto de producir un choque con otro vehículo que ni vio. Pegó un volantazo, que los terminó salvando a tiempo, mientras que Alexia continuaba inmersa en un mundo de pena y sufrimiento ajena a cualquier tipo de sensación o sentimiento.

¡Algo que a Robert le seguía quemando las entrañas!

Y si por un minuto creyó, que lo peor había pasado, no sabía lo equivocado que estaba pues a continuación, después del frenazo, él quiso tranquilizarla llevando la mano hasta su espalda (ya que continuaba hecha un ovillo mirando hacia la ventana) para acariciarla, cuando se quedó helado tras comprobar, que ella se apartaba para que no la tocara.

Aquel gesto lo destrozó emocionalmente y, dejó al guapo y sexy, Robert Brownn, marcado por aquella distancia impuesta que le iba a resultar muy difícil de derribar, al tiempo que se hacía a la

idea de que no estaba preparado para ser rechazado por la única mujer que le importaba.

¡Nunca lo estaría!

Ahí se olvidó de los estúpidos ofrecimientos, que no estaba dispuesto a dar, puesto que se habían quedado tan lejos de repente...

«¿Qué se supone que tengo que hacer ahora?», se preguntó un hombre que le estaba costando una barbaridad pensar con algo de normalidad, templando unos nervios que lo estaban matando, mientras se centraba en lo que era realmente difícil...

¡Conseguir que volviera a confiar en él, o no sabía las consecuencias que le podrían traer! Y, no tan seguro de lo que seguía haciendo, continuó con el plan marcado desde que se le ocurrió la idea de llevarla a ver la puta película de la discordia. Tenía que quemar el último cartucho, que le quedaba, dispuesto a continuar. Ahora, más que nunca, era todo o nada.

Llegaron a su destino diez minutos después y se vio obligado a dejar el vehículo, frente a la puerta de entrada para facilitarles el acceso, una vez que vio lo que les estaba esperando.

Se bajó del coche, con un rostro inescrutable, entre una maraña de periodistas intrépidos que seguían apostados a las afueras del hotel, (aunque un chivatazo extraoficial les informó que él lo había abandonado, dándoles hasta la hora exacta).

¡Se frotaban las manos por el golpe de suerte que acababan de tener!

—Robert, Robert, ¿estáis en la ciudad para conocer a la familia de Alexia? —preguntaba uno de ellos.

—Robert, después de lo visto parece que la relación va muy en serio, ¿no es así? Robert, contesta por favor.

—¿Cuál fue tu respuesta a la pregunta que te hizo? —quiso saber otro.

Preguntas y más preguntas, haciéndose el sordo puesto que, únicamente se preocupaba por lo que de verdad importaba.

¡Ella!

Sin inmutarse comenzó a caminar y bordeó el vehículo para conseguir su objetivo, seguido en todo momento de los innumerables e incansables reporteros.

No les hizo ni caso, empeñado en llevarla a un lugar tranquilo en el menor tiempo posible para que tuviesen la intimidad que necesitaban, y sin que tuviese una mínima idea de lo que iba a suceder a continuación, al escuchar cómo alguien, a su espalda, preguntaba en un tono mordaz y socarrón antes de que abriera la puerta del copiloto:

—Robert, ¿Qué piensa Pamela acerca de que la hayas abandonado por una mujer cualquiera?

¡Pretendió sacarlo de sus casillas!

Robert reaccionó de inmediato, apretó la mandíbula, furioso, consciente de que no le hacía falta ver a aquel bastardo para saber de quién se trataba.

Se dio la vuelta y se enfrentó, a la mirada burlona que el fotógrafo (el mismo al que le terminó partiendo la cara en la fiesta del hotel de California), le estaba dedicando.

La tragedia se mascó de nuevo.

Y claro, como ya debéis de suponeros, Robert no pudo morderse la lengua, preguntando en el mismo tono:

—¿Y tu puta madre que piensa de tener a un hijo tan capullo? —dijo con una sonrisa maliciosa y perversa, puesto que no estaba dispuesto a contener la ira debido al desprecio en sus palabras.

Terminó dándole otro puñetazo, en plena cara, incapaz de contenerse de ninguna de las maneras, a la vez que se abalanzaba sobre él.

¡Se lió a lo grande!

—Cabron, no se te ocurra volver a hablar así de ella, ¿me oyes? —le gritaba cegado por la ira a medida que hacía lo imposible por asestarle un nuevo golpe.

Los compañeros del fotógrafo no le dejaron, decidiendo dejar las cámaras, a un lado, e intervenir por la complicada y tensa situación, separándolos a ambos.

—Está bien, Robert, déjalo ya.

—¡Soltadme! —gritaba como un energúmeno intentando zafarse de los brazos que lo sujetaban.

—¡Joder, Robert! —Exclamó uno de los que se afanaba por sujetarle, siendo casi imposible—. ¿No ves que está sangrando?

Pero Robert estaba en un estado, tan exaltado, que terminó olvidándose de todo, perdiendo el control de la situación tras verse vencido por lo que había sufrido aquella maldita noche. Perdió el rumbo y quiso olvidarse de la mirada triste que lo hacía sentirse tan culpable, él solo imploraba agarrarse a cualquier contratiempo y así tratar de distraer una mente atormentada que lo estaba volviendo loco, tirando con fuerza, de los que le sujetaban, con la intención de asestarle otro golpe a costa de lo que fuera.

Y como tampoco podía ser de otra manera, finalmente tuvo que intervenir hasta el equipo de seguridad del hotel, apartándolo de su objetivo mientras que el fotógrafo hacía también lo imposible por devolverle el golpe. Algo que le resultó imposible.

¡Y ya iban dos!

Mientras sucedía, aquel revuelo, una Alexia inerte continuó hecha un ovillo dentro del vehículo sin percatarse de nada de lo que estaba sucediendo a su alrededor. Ella se limitaba a seguir gimoteando (ya sin lágrimas que derramar), a la vez que seguía sintiendo un dolor desolador sobre su pecho y su alma. Tanto era así que ni siquiera había palabras para describirlo.

Media hora después (cuando la calma apareció de la mano de los guardias de seguridad), un Robert un poco más sereno se acercó, abrió la puerta del copiloto, y le dijo suavemente:

—Vamos, nena, te llevaré a un lugar seguro.

La volvió a coger en brazos, entre un público enfervorecido, que tuvo el lujo de ver al irresistible Robert Brownn en su faceta más tierna y desconocida adentrándose en el hotel con pasos rápidos, a la vez que los flashes de las cámaras fotográficas no daban abasto.

¡Otra vez!

La escena que se encontró, la misma recepcionista que había atendido a ambos hacía un rato (minutos después de la gran movida), la hizo creer que sí que existían los cuentos de príncipes y princesas. Viendo acercándose al guapísimo e irresistible actor, que llevaba en brazos a Alexia.

Se le escapó un suspiro de envidia sin que se diera ni cuenta.

—Buenas noches, Señor, ¿en qué puedo ayudarle?

—Quiero la mejor suite.

—Enseguida, Señor.

«Vaya, por lo visto el cuento va a durar toda la noche», pensó una emocionada recepcionista teniendo ojos solo para él.

¡Dios, qué guapo era!

Empezó a teclear sobre el teclado del ordenador y fue generosa, abriendo la reserva de hacía unas horas para que no se tuviese que molestar en darle su documento de identificación.

—Aquí tiene, Señor. Que pasen una buena noche.

Robert cogió como pudo la tarjeta y se dio la vuelta en busca de los ascensores, mientras lo hacía, las miradas curiosas de la gente lo siguieron allá donde iba, sintiéndose un mono de feria y consiguiendo adentrarse en el primero que llegó. Le dijo al botones el número de la suite que le acababan de asignar.

¡En todo el trayecto no dejó de temblar!



La maravillosa suite, que tenían ante sí, era una auténtica maravilla. Una suite que no hubiese dejado a Alexia indiferente en el caso de que se hubiese encontrado en un estado normal.

Solo que no era el caso...

—Nena, hemos llegado —la informó Robert con paciencia—. Espero que te guste la habitación que he pedido para ti.

Alexia ni se molestó en mirarla, se quedó callada y le quitó los brazos que tenía alrededor de su cuello ante la necesidad de que la bajara de una vez.

No soportaba que la siguiera tocando, y si lo había consentido era porque no le había quedado otro remedio, ya que ni siquiera tenía las fuerzas necesarias para mantenerse en pie.

Así es como se había quedado tras ver lo que nunca debería de haber visto.

¿Cómo pudo ser tan tonta y claudicar haciéndole caso?

¿Acaso no se acordaba de lo que le pasó la última vez cuando Pamela le mandó un fragmento de la película que habían rodado juntos?

Qué patética era.

¡Le estaba bien empleado!

Un Robert ajeno a lo que se le pasaba por la cabeza, en esos instantes, entró con ella, todavía en brazos, y la dejó sobre un enorme y caro sillón blanco lleno de cojines morados.

—¿Aquí estarás bien?

Alexia se limitó a asentir sin mirarle a la cara.

—¿Alexia?

Y entonces fue cuando una decidida Alexia, cogiendo fuerzas de no sabía dónde, habló dejando clara su postura.

—En cualquier sitio estaré bien siempre y cuando no vuelvas a ponerme las manos encima.

¡¡¡¿Cómo??!!!

¡¡¡¿Qué era lo que acababa de decir??!!!

¡¡¡No, no podía ser!!!

La cara de Robert se transformó en un rostro surcado de arrugas profundas a consecuencia del dolor que le acababan de provocar sus palabras.

Oh, Dios, ¿aquel era el acercamiento que creía posible entre ellos una vez visto lo que él quería que viese? Oh, oh, aquello no pintaba nada, pero que nada bien.

—Por lo que más quieras, Alexia, no me hagas esto —le suplicó mediante lo que parecía una plegaria.

—¿Hacerte qué, Robert? —Y las lágrimas volvieron a brotar de sus bonitos ojos, diciendo con la pena dibujada en su cara—: Has sido tú el que ha consentido lo que ves. ¿Estás contento?

Robert estuvo a punto de volverse loco ante aquella insinuación.

—¿Estás loca? —Le preguntó poniéndose de rodillas para estar a su misma altura—, ¿cómo puedes insinuarlo siquiera? Yo te quiero, Alexia, y lo que menos hubiese deseado es verte así, te lo aseguro.

—¡Mientes! —terminó gritando con las pocas fuerzas que le quedaban, cogiendo un cojín y llevandoselo a la cara para ahogar sus sollozos.

—Alexia, por favor... —suplicó Robert implorando un poco de ayuda, manteniendo el tipo como podía, cuando le estaba resultando un auténtico martirio lo que veía con sus propios ojos. En ese instante hubiese vendido su alma al mismísimo diablo si con ello conseguía que su chica

volviera a confiar en él. Y volvió a suplicar—: por lo que más quieras. ¡Mírame!

Alexia no pudo hacerle caso aunque hubiese querido, le faltaba el aire y era engullida por una ansiedad que no la dejaba pensar más allá de lo que había visto y oído.

¡Volvió a escuchar los jadeos de Robert en su dolorida cabeza! Y ella ya no podía más.

¡De veras que no!

—Alexia —volvió a repetir tratando de llamar su atención.

Y como no le hacía caso, decidió intervenir, quitándole el cojín de la cara a la fuerza. Actuando de manera diferente para hacerla entrar en razón antes de que fuese demasiado tarde.

¡No podía permitirse ese lujo!

—Cariño, hablemos de lo que ha pasado, dime lo que sea pero, por favor, háblame, te lo suplico.

Ella no estaba por la labor de hacerlo.

—¡Déjame! —volvió a gritar levantándose del sillón apresurada, dejándole arrodillado, sin la menor compasión, a medida que hacía verdaderos esfuerzos para olvidarse del temblor que la sacudía dificultándole el simple hecho de moverse—, quiero volver a mi casa.

—Alexia, por favor —volvió a susurrar un hombre desbordado siguiéndola con la mirada. Se levantó del suelo y se acercó a su querida novia todo lo despacio que pudo, en un intento desesperado de no asustarla más de lo que ya parecía estar, y añadió—: Alexia, mírame.

—No quiero mirarte —le contestó volviéndole la espalda antes de soltar convencida—: Lo que quiero es irme a mi casa. ¡Y quiero hacerlo ya! —Se mantuvo terca sin querer dar su brazo a torcer.

¡Convencida de que no se merecía nada de lo que le estaba sucediendo!

A lo que un Robert, con una paciencia infinita, actuó tratando de hacerle llegar su mensaje. Un mensaje que ella todavía no había sido capaz de ver, y que podría ser el causante de que su parecer cambiase como él quería que sucediese.

De ahí el motivo que lo llevó a pensar que lo mejor sería que se enfrentase a la realidad viendo aquella película.

¡Continuaba convencido de que había hecho lo correcto!

—No. No quieres irte a ningún sitio. Quieres quedarte y quieres que te cuide —le dijo inmiscuyéndose en sus pensamientos, sincerándose consigo mismo y aceptando que acataría la decisión que ella tomara bien fuera para bien o para mal. Sabía, certeramente, que la respetaría porque, ¡se lo seguía debiendo!— Y yo lo único que deseo es hacerlo. Permíteme cuidarte, cariño, te lo pediría de rodillas si así consigo que te quedes. Si te vas ahora nada será igual entre nosotros. Lo sabes, ¿verdad?

Ella no pudo contestarle, clavada en el suelo, con los ojos cerrados sin saber a ciencia cierta qué era realmente lo que quería...

Lo que Robert interpretó como un gesto de debilidad, aprovechando la indecisión de ella para dar un paso más. Se atrevió a levantar los brazos y le puso, finalmente, las manos sobre los hombros.

La reacción de Alexia no se hizo esperar y empezó a sacudirse para librarse de aquellas manos, que tanto placer le habían dado, a la vez que se daba la vuelta con la intención de enfrentarlo cara a cara. Luchaba contra él, igual que una gata salvaje, mientras le gritaba todo tipo de insultos y le daba todo tipo de golpes. Empeñada en hacerle daño, a costa de lo que fuera, en un clamoroso deseo de vengarse y de desahogarse.

Lo necesitaba tanto...

—¡Cabrón! —sollozaba sin control, hablando con una voz desgarradora que a la otra parte le

dolía como nunca antes al verla en aquel estado de descontrol absoluto.

¿Se podía ser peor persona? Por supuesto que no, y se quedó a su lado, sin que en ningún momento tratara de evitar los golpes que le daba, hecha una verdadera furia. Y Robert no lo hacía porque estaba convencido de que se merecía cada uno de aquellos golpes, aunque debía de reconocer, que lo que en verdad, le dolía, era lo que le seguía diciendo, escuchándola escupir la ira y el odio que llevaba dentro:

—Eres un cabrón, hijo de puta, ¿me oyes?, ¿cómo has consentido que viera cómo te follabas a todas esas? ¡Te odio! ¡¡Te odioooooo!! ¿Te está quedando claro? Y nunca, jamás, te voy a perdonar. Nunca... —Y a medida que lo seguía insultando, las fuerzas se iban quedando en el camino. Desahogándose con total y plena libertad hasta quedarse sin ellas.

Dejó de luchar y, un Robert desesperado, y que todavía no había podido asimilar aquellas palabras tan duras, supo que era la ocasión de actuar. Entonces tiró de ella con firmeza, obligándola a acercarse, hasta terminar estrechándola contra su pecho. Dándole igual lo que le acababa de decir.

Necesitaba sentirla y calmarla.

¡Sobre todo calmarla!

—¡Schssss! Ya pasó, cielo, ya pasó. Tranquila —le susurraba despacio, besándole sus cabellos una y otra vez alegrándose de que la resistencia hubiese terminado de una vez y le permitiera aquel acercamiento después de la terrible tormenta—. Estoy aquí, nena, y aquí estaré el tiempo que tú lo quieras. ¿Me crees?

Silencio.

—Alexia, por favor, dime si me crees. Para mí es muy importante que me contestes, amor.

La cercanía de su cuerpo contra el suyo, y las palabras de él, a Alexia la hicieron dudar.

—No me agobies, ahora no puedo contestarte —le respondió un poco más calmada, pudiendo ser sincera tras soltar todo lo que llevaba dentro—. Necesito un poco de tiempo para aclararme.

A Robert no le bastó su respuesta.

—Nada ha cambiado. No permitas que eso suceda. —Y con seguridad avanzó otro poquito, estrechando el cerco y bajando poco a poco hasta conseguir besarla en la mejilla derecha.

¡Toda una auténtica proeza!

—Cariño, ¿confías en mí?

—No. Ahora no —susurró viéndole acercarse hasta depositar otro beso, esta vez, en la comisura de sus labios.

—¿Estás segura? —Le preguntó empleando un tono irresistible que normalmente era infalible, dejando que el lado seductor saliera a la luz, insistiendo—: Vamos, cariño, contéstame solo a esta pregunta. ¿Confías en mí?

No pudo contestarle, consciente de que estaba consiguiendo derribar parte del muro que había levantado contra él. Mostrándose confusa porque las sensaciones que le transmitía eran positivas, y ella no quería ni creer en él, ni por supuesto confiar en él.

¡No, no quería!

«¿Por qué demonios dudo entonces?»

—No quiero confiar en ti, Robert.

—Estás mintiendo —contraatacó bajando esta vez hasta el interior de su cuello pasándole la punta de la nariz provocativamente de abajo a arriba. Respirando el dulce aroma de su perfume, que tanto le gustaba, y que lo volvía loco, preguntando con voz suave y sensual—: ¿Confías en mí?

—No me hagas esto, Robert —gimió enfadándose con ella misma.

—Todavía no te he hecho nada —fue la respuesta que le dio su chico y que iba acompañada de

una ligera sonrisa además de lo que era toda una proeza... Dándose cuenta de que la respuesta también iba cargada de multitud de intenciones y de promesas.

¡Intuyó que la hora de una nueva lección estaba allí, al alcance de su mano! Mientras que seguía convencido de que había hecho lo correcto en todo momento y que, después de aquella noche, su adorable Alexia vería las cosas desde un punto de vista completamente diferente.

Se hizo cargo de ella, sabía lo que haría con su irresistible y única novia... Y un placer desconocido, hasta el día de hoy, emanó por todo su ser. Llenándolo de una sensación indescriptible, que lo hizo sentirse muy afortunado, ante lo bien que sonaba aquella palabra que en otro tiempo hubiese llegado a odiar.

¡Su novia!

—Vamos, nena, ¡dímelo! —le continuó implorando con la misma voz ronca y sensual debilitando a la otra parte, rompiendo las últimas barreras.

¡Algo impensable hacía dos minutos!

Y como no podía ser de otra manera, ella terminó rindiéndose ante sus pies.

¿Qué otra cosa podía hacer refiriéndose a aquel hombre que le continuaba quitando el sentido, y que hasta conseguía que dejara de respirar “otra vez”?

Tomó aire para decir convencida:

—Confío en ti, Robert.

—Así me gusta, niña buena —se alegró un hombre que estuvo en un tris de perderlo todo, queriendo recompensarla ya que era evidente que la hora de hacerlo había llegado. Consiguió dejar atrás lo que no quería volver a recordar nunca— Y ahora déjame recompensarte por todo el sufrimiento que te he hecho pasar, ¿me dejas?

Alexia supo que si su mente se lo permitía le dejaría hacer cuanto le viniera en gana, claudicando y dejándose llevar, aunque un Robert ansioso no la dejó ni que le contestara, diciendo feliz:

—Ven, ven conmigo —la cogió de la mano y la llevó hasta el sillón—. ¿Tienes que llamar a tus padres?

—¿Qué? —preguntó sin entender a que venía esa pregunta.

—Quizás estén preocupados —le aclaró.

—¡Ahhh! No te preocupes. Han sido ellos los que me han aconsejado que viniera a buscarte.

Robert sonrió.

—Muy bien, entonces, si no te espera nadie, estás en mis manos. ¿Tienes hambre?

—No.

—Vale, siéntate y déjame hacer a mí —le susurró besando la punta de su nariz, después se alejó—. Te prepararé el baño.

¡Qué bien sonaba!

Se sentó mientras que él se internaba dentro del baño, abría el grifo de la enorme bañera, que estaba situada en el centro, y la llenaba de agua caliente y espuma que tenía un olor delicioso.

Anhelaba disfrutar de cada momento que iba a dedicarle, en exclusiva, sin prisas de ningún tipo.

—El baño está listo.

La voz de Robert la sobresaltó momentáneamente e hizo que regresara del infierno en el que estaba gracias a las imágenes que le venían a la mente, volviendo a notar cómo los ojos se le llenaban de lágrimas.

Robert se dio cuenta en cuanto la vio y supo estar a la altura.

—Tranquila, estoy aquí.

Se acercó con cuidado y la cogió del sillón, levantándola entre sus brazos, a medida que entraba en el inmenso cuarto de baño.

—¿Qué vas a hacerme? —le preguntó una triste Alexia sin poder apartar lo que tanto le dolía.

—Primero voy a desnudarte, después voy a bañarte y a lavarte el pelo —le dijo dejándola sobre el suelo para a continuación llevar las manos hasta el jersey, empezando a desnudarla—, y más tarde voy a secarte.

—¿Tú no te bañas?

—No. Únicamente voy a encargarme de ti y de que estés bien. Vas a dejarme hacerlo, ¿verdad? Alexia asintió.

—Muy bien, cariño —Llevó las manos hasta el botón de sus vaqueros y los desabrochó.

Terminaron junto al resto de sus ropas.

—Eres preciosa, nena —le decía mirando su cuerpo con el sujetador y el tanga como única prenda de vestir.

Tuvo que hacer un esfuerzo para contenerse y continuar con la laboriosa tarea que se había impuesto.

¡Segurísimo de lo que estaba haciendo!

La desnudó por completo y dejó para lo último los calcetines y las zapatillas deportivas.

—¿Lista para disfrutar?

—No lo sé —contestó triste y pensativa.

—Lo harás, cariño, tú solo déjate llevar.

La volvió a coger en brazos y la depositó con suavidad sobre el agua caliente. Sonriendo relajado tras escucharla soltar un gemido de placer.

—¿Te gusta que te cuide?

—Me encanta —admitió cerrando los ojos notando como él la empezaba a enjabonar. Se encontraba en el mismo cielo por la relajación de todos sus músculos entumecidos y apartó cualquier tipo de pensamiento negativo.

—Pues disfrútalo, amor. Te lo has ganado.

Continuó enjabonando su cuerpo con un amor infinito, viéndose recompensado con creces ante la confianza que seguía depositando en él, y solo en él.

¡Qué mujer tan extraordinaria!

Una vez que acabó se dispuso a lavarle el pelo, haciéndolo con verdadera devoción y disfrutando de hacerlo por primera vez, mirándola ensimismado y permaneciendo callado para saborear:

Cada minuto...

Cada segundo...

—¿Todo bien? —preguntó acabando de aclararla.

—Sí.

—Incorpórate, por favor, es la hora de secarte.

Alexia volvió a obedecer. Se levantó y dejó que viese su cuerpo desnudo a excepción de algunas zonas que tenían espuma. La envolvió en un albornoz que ya tenía preparado.

—¿Ahora me dejarás dormir? —preguntó una somnolienta Alexia que estaba en una nube gracias al delicioso baño.

Su cuerpo estaba realmente cansado después del día tan intenso que había tenido.

¡No se esperó la respuesta que le iba a dar!

—No, nena. Ahora no vas a dormir.

Ella le miró con la sospecha dibujada en su cara.

—Robert, yo... —trató de decir en tono receptivo.

Pero Robert no la dejó continuar.

—Schssss, calla. —Y le puso el dedo índice sobre sus labios para que no hablara—. Ni tú ni yo vamos a dormir, Alexia. Al menos no ahora.

Antes de que pudiera protestar, la volvió a coger en brazos y volvió a la suite, se acercó a la cama y a ella se le volvieron a tensar todos y cada uno de sus músculos. Algo que Robert supo interpretar, de inmediato, pasando a la acción sin tregua alguna.

—Y no vamos a dormir porque por último voy a hacerte el amor, cielo. Ha llegado el momento.

—Robert —imploró nerviosa y asustada—. Yo no sé si voy a poder...

—¡Schsss! Tranquila, nena, tú no tienes que hacer nada.

—Sí, pero...

—Has dicho que confiabas en mí.

Alexia lo miró con unos ojos asustados y escurridizos.

—Quizás no he sido todo lo sincera que debería haber sido. Robert... —susurró inundándosele los ojos nuevamente—, puede que resulte extraño, pero sé que no voy a poder hacer el amor contigo. Las imágenes de aquellas...

—¡Calla! —exclamó interrumpiéndola—. Como ya te he dicho antes tú no tendrás que hacer nada, cariño, olvídate de lo que viste y disfruta de lo que tenemos aquí y ahora.

—No puedo —sollozó.

—Sí que puedes, además, seré yo quien te haga el amor. Tú única misión hoy es disfrutar, nena. Nada más.

Con sumo cuidado la dejó encima de la enorme cama, guiando sus pasos con suavidad, en un intento de no asustarla más de lo que ya en sí estaba.

¡Divisó a una mujer muy, muy asustada! Solo que Robert tenía en sus manos la manera de actuar para que ella dejara de estarlo, diciendo con franqueza:

—Te quiero, Alexia, te quiero como nunca he querido a nadie, y para demostrártelo voy a hacerte el amor, cariño. Solo así sabrás mis verdaderos sentimientos, y solo así sabrás lo que quiero que veas en realidad pero, he de pedirte una cosa, nena, ahora más que nunca debes confiar en mí. ¿Serás capaz de hacerlo?

A Alexia le temblaba el cuerpo entero.

—No lo sé —fue capaz de decir.

—Yo te ayudaré a estarlo. Te lo aseguro.

A continuación se quitó él mismo el jersey, los zapatos, los calcetines y por último los pantalones.

Se quedó únicamente con el bóxer acudiendo a su encuentro.

—¿Preparada?

—No.

—Lo estarás, pequeña —Y con cuidado de no aplastarla dejó caer el peso sobre sus brazos mientras se colocaba encima, escrutándola con una mirada dulce, y permitiéndole que se quedara con el albornoz puesto.

¡De momento!

—No sabes lo que he esperado durante todo el día para poder tenerte así. De verdad que no te puedes hacer a la idea.

Bajó hasta sus labios y comenzó a besarlos con delicadeza y ternura, consiguiendo que ella le

correspondiera poco a poco.

—Me encanta besarte —le dijo sin dejar de mirarla, advirtiendo el rubor sobre sus mejillas y volviendo a unos labios que lo recibieron con besos suaves y cada vez un poco más receptivos.

Convirtiéndose poco a poco en unos besos que iban cobrando en intensidad.

—¿Sigue todo bien? —le preguntó atento. Preocupándose por cada detalle y por cada gesto.

Alexia asintió algo aturdida, saboreando aquellos besos que eran tan distintos a cualquiera de los que se hubiesen dado con anterioridad, disfrutando de lo que su novio le estaba ofreciendo de manera tan diferente a las anteriores veces.

¡Gustándole infinitamente porque la estaba haciendo sentir muy especial! Precisamente lo que necesitaba.

—Tenemos toda la noche para nosotros, amor —le susurró sobre su oído, provocando que a ella se le pusiese la carne de gallina—. Y vamos a provecharla de la mejor forma posible.

—¡Oh, Robert!

—¿Qué ocurre, preciosa? —Y según terminó de hacerle la pregunta le pasó la lengua por el lóbulo de la oreja en un claro gesto provocador que a ella le encantó.

—Me vuelves loca.

—Lo sé, cariño. Pero no tanto como tú a mí.

—¿Hablas en serio?

—Nunca lo he hecho tan en serio, amor. Lo eres todo para mí, Alexia. ¡Todo! Y has de convencerte de una vez por todas. ¿Crees que podrás?

—Te amo, Robert Brownn. Te amo como nunca imaginé que se pudiera llegar a amar.

—También lo sé, amor —le susurró al oído. Y harto de no poder tener acceso a su cuerpo, como él quería, no le importó precipitarse, terminando haciéndole una pregunta evidenciando unos nervios que nunca antes había tenido el placer de tener—: ¿Puedo quitarte el albornoz?

Alexia sonrió encantada tras escucharle hablar así.

—¿Desde cuándo me pides permiso para desnudarme? No pareces el Robert de siempre, ¿te han cambiado?

—Sí —admitió volviendo a robarle otro beso seductor, pasándole la lengua por el labio superior para provocarla, degustando el placentero sabor de sus labios—. Tú me has cambiado, ¿no lo ves?

—¿Y te gusta?

—Sí, Alexia, me gusta mucho —admitió cegado por lo que estaba sintiendo junto a su particular chica.

—¡Vaya! —exclamó con incredulidad al tiempo que pensaba que para un hombre como él no debía de ser fácil admitirlo.

Apuntándose otro punto a su favor...

¡Y ya iban muchos!

—No has contestado a mi pregunta —le recordó Robert con gesto travieso y sonrisa maliciosa.

—Y no voy a hacerlo, ¿sabes por qué?

—¿Por qué?

—Porque tú no necesitas pedirme permiso para desnudarme. Sabes que soy tuya y que por lo tanto te pertenezco.

—¡Oh, nena! No sabes cuánto necesitaba escucharte decir algo así. De veras. —Y nervioso le desató el nudo (tardando más de lo esperado), apartando la tela a un lado y dejando el cuerpo desnudo a su entera disposición. Actuando loco de deseo y bajando de su boca hasta sus pechos, comenzando a besarlos con calma y transmitiendo que seguía teniendo el control de la situación.

—¿Sigue todo bien? —volvió a preguntar, parando un segundo.

—Sí —logró decir a través de un jadeo suave que escapó de su garganta. Agarrándose a las sábanas de raso porque él ahora le pasaba la lengua alrededor de los pezones sin previo aviso, empeñado en ofrecer placer. Reconociendo al incansable y hambriento hombre que ella bien conocía.

¡Despertó el deseo irrefrenable que sentía por todas las partes de su cuerpo! Y quiso más...

Siempre más...

Robert supo que la contención que estaba teniendo iba a durar bien poco, se llevó las manos hasta el bóxer y se lo quitó de un tirón dejando que su miembro erecto quedara liberado de ataduras.

—Nena, voy a entrar dentro de ti, ¿vale? —la avisó pacientemente a la vez que hacía un movimiento para empujar todo lo despacio que podía, convirtiéndose en un placentero sufrimiento al que no estaba acostumbrado. Estaba empeñado en marcar un ritmo lento porque todavía no estaba seguro de la reacción que ella podría tener en el caso de que le viniese cualquier imagen equivocada a la cabeza.

¡Como fue el caso! Y es que al profundizar un poco más, mientras le seguía haciendo el amor, con sumo cuidado, el gesto en su cara de pronto cambió. Viéndola luchar contra ella misma sin conseguirlo.

—¡Para! ¡Para! —empezó a decir levantando la voz presa de una desgarradora impotencia, viniéndose abajo y comenzando a llorar de manera desconsolada ante la idea de que la estaba follando igual que a las demás mujeres de la horrible película que acababa de ver.

Sin amor de ningún tipo...

Sin sentimientos...

Sin nada de nada...

¡Se quedó absolutamente bloqueada!

Robert, en un principio también se quedó bloqueado y paró en el mismo instante en que ella se lo pidió, aunque permaneció en su interior con una contención terrible. La miró con temor porque no podía apartarse de ella y actuar como si nada estuviese pasando entre ellos...

¡No ahora!

—Alexia, ¡mírame! —le dijo levantando la voz.

Ella no lo hizo, permaneció inmóvil, con los ojos cerrados, y llorando desconsoladamente viendo las caras de los tres en el trío practicando sexo como si fueran máquinas.

¡Y ella no era así!

—Apártate de mí, no quiero que me trates como a ellas —exigió en un intento de zafarse de su cuerpo, luchando contra él.

Robert mantuvo su posición, mostrando una paciencia infinita y manteniendo el tipo. No estaba dispuesto a retirarse.

—Nunca sería capaz de hacerlo, cariño, me importas demasiado. —Y como continuaba con los ojos cerrados le volvió a decir—. ¡Mírame!

La importancia de que lo hiciera se acababa de convertir en un detalle primordial, sin el cual todo podría ser posible. Se estaba jugando, que la relación tan especial, que tenían, pudiese terminar volando por los aires.

—¡¡Joder, Alexia!! —exclamó un Robert obcecado en conseguir su propósito. Era de vital importancia—. ¡¡¡He dicho que me mires!!!

Alexia entonces abrió los ojos...

Lo miró...



Y...

¡¡¡Todo cambió!!!

—Cariño, cariño, mírame. No soy el que has visto en la película, nunca volveré a serlo gracias a ti. —Y a medida que hablaba volvió a empujar con suavidad dentro de su interior, muriéndose ante la evidencia y las ganas de hacerla suya pero no a costa de cualquier precio. Sabía que debería hacer el enorme esfuerzo de seguir conteniéndose, haciéndolo sin dudar, porque estaba dispuesto a mantenerse inquebrantable... mientras que el sentimiento que despertaba, aquella gran mujer, sobre él, de repente le hizo saber la necesidad absoluta de abrir un corazón pletórico por el momento único que estaban viviendo. Admitiendo sin contemplaciones —: Soy tuyo. Solo tuyo, ¿acaso no lo ves?

Alexia no pudo evitar continuar sollozando, pero esta vez de manera diferente, convirtiéndose en sollozos de dicha a medida que le pasaba los brazos alrededor de su espalda para abrazarlo, consiguiendo darse cuenta de lo que Robert se había propuesto desde que le aconsejó ir al cine.

¡Por fin!

Descubrió lo que él había querido transmitirle durante toda la noche, y se hizo a la idea de lo que un hombre, como aquel, había sido capaz para que se diese cuenta de lo mucho que había cambiado, y ante todo de lo mucho que la amaba.

¡Tembló de emoción!

—Ahora lo sé, amor mío —fue la contestación de una Alexia entregada y que acudió a su encuentro mientras que las lágrimas no dejaban de caer.

El momento fue inolvidable.

Robert cogió sus manos y las unió a las suyas, continuando haciéndole el amor, dejándose llevar y sin que en ningún momento pudiesen dejar de mirarse diciéndose tantas cosas con una simple mirada...

El placer los engulló a los dos a la vez, transportándolos a un lugar, idílico, consecuentes de que su relación acababa de sortear aquel escalón tan difícil. Temblando de emoción y alegrándose de que así fuera.

Poco después vio, cómo Robert, la seguía cuidando y abría el lado de la otra parte de la cama, a continuación la cogió en brazos y la dejó allí. Acostándose a su lado y tapándola con la delicada sábana.

—Ahora sí te dejaré dormir, pequeña. Buenas noches.

Una extenuada Alexia sonrió con la seguridad de que en esos instantes no podía ser más feliz, cerró los ojos, de puro agotamiento, y no tardó en quedarse dormida abrazada a su chico.

Robert en cambio tardó bastante en hacerlo, mirándola embobado, a la vez que pensaba que el día que habían pasado, posiblemente hubiese sido el peor de su vida. Alegrándose de que terminara como lo había hecho.

—Te quiero, nena.

Cuando se cansó de mirarla, casi una hora después, cerró los ojos y consiguió quedarse dormido envuelto en la misma sensación de paz y de felicidad que la de su amada Alexia.

¿Se podía pedir más?

Los rayos de sol entraban por el ventanal de la magnífica suite, y daba paso a lo que parecía un día soleado. Quería estar a la misma altura que el estado anímico que los ocupantes de dicha habitación tenían, llenando de luz natural todo lo que se encontraba en el camino...Y una Alexia descansada se despertó gracias a aquella luz que entraba a raudales, abrió con pereza los ojos y se extrañó de lo que veía.

¿Dónde estaba?

Se incorporó sobre uno de sus codos y, con la otra mano, buscó la presencia de su amado Robert en el otro lado de la cama.

¡Estaba vacía!

La emoción que sintió, al acordarse de lo sucedido la noche anterior, la llenó en todos los sentidos, capaz de quedarse con la parte positiva.

¡Lo único que de verdad importaba!

Echó la sábana a un lado, se levantó completamente desnuda, y con una sonrisa bobalicona se maravilló de cuanto la rodeaba.

La suite debía de medir lo mismo que la primera planta del adosado de su madre y tenía una decoración moderna que la hacía única, estaba encantada de lo que le ofrecían las maravillosas vistas, recorriéndola de arriba abajo mientras que los deliciosos instantes compartidos, en aquella cama, le venían a la mente.

En ese instante se preguntó dónde estaría su príncipe azul...

«Ha pensado en todo», se dijo a si misma viendo sobre la mesa una enorme bandeja, fue hasta allí y quitó la tapa.

La boca se le hizo agua al observar las delicias que había, beicon, huevos revueltos, tostadas, bollería, y una tetera con café recién hecho y zumo recién exprimido.

Su estómago vacío rugió hambriento después de llevar tantas horas sin llevarse nada a la boca.

—Qué hambre tengo —se oyó decir en voz alta.

Justo, en ese momento, la puerta del baño se abrió y se encontró con un Robert espectacular, que acababa de salir de la ducha, y que tenía el pelo todavía mojado.

No pudo evitar sonrojarse al darse cuenta de lo sexy que estaba con aquella toalla atada a la cintura, mostrando el pecho duro y fuerte que tanto le costaba mantener. Se mostraba como lo que él era:

¡El hombre irresistible que no dejaba a ninguna mujer indiferente!

Soñó despierta puesto que aquel hombre era... ¡¡¡¡Su novio!!!!

—Buenos días, amor —la saludó con una sonrisa traviesa admirando su cuerpo desnudo—. ¿Has dormido bien?

Se acercó hasta ella y depositó un beso sobre la comisura de sus labios a la vez que la estrechaba entre sus brazos.

—He dormido mejor que bien. —Y se puso de puntillas para darle un beso en la boca antes de pasarle los brazos alrededor de su cuello.

Él reaccionó a su cariñoso saludo.

—Estás muy sexy, Señor Brown.

—No tanto como usted, Señorita Jammes —le susurró sobre sus labios para terminar mordiéndoselos con cariño, e introdujo los dedos en la suavidad de sus cabellos acercándola más si cabe—. ¿Acabo de escuchar que tienes hambre?

—Mucha —le contestó mirándolo con ojos hambrientos.

De pronto se había olvidado del desayuno.

—Yo también estoy hambriento, amor, muy, muy, hambriento —le susurró sobre sus labios comprobando lo rápido que su adorada chica se adaptaba a él.

Los besó con devoción y prisa.

Un grito salió de la boca de una Alexia, sorprendida, al notar cómo la alzaba sin esfuerzo y la arrastrada hasta dar con la espalda contra la pared, mientras que Robert la seguía besando, introduciendo la lengua, en su boca, con la intención de profundizar el acto que estaba dispuesto a llevar a cabo.

La toalla se cayó al suelo.

—¡Oh, cariño! Me vuelves tan loco. —La dejó de besar y la miró con un fuego abrasador—  
¿Dispuesta a otra lección, nena?

—Contigo siempre. Ya lo deberías saber —Y cegada por la pasión le tiró del pelo hacia atrás, despertando el instinto animal de un hombre que se sentía profundamente afortunado.

—Eres una chica mala, y no sabes lo que me gusta.

Sin previo aviso la penetró con una fuerza demoledora, sin contención de ningún tipo, estampándola contra la pared. Ella volvió a gritar, esta vez de placer.

¡Cómo le gustaba escucharla!

—¿Te gusta esto, Alexia?

—Sí... sí —jadeaba envuelta en un fuego abrasador que le quemaba las entrañas, siendo alzada entre sacudidas cada vez más fuertes y salvajes.

Limitándose a dejarse llevar.

La mañana se la pasaron entre risas, bromas, sexo y más sexo. Desayunaron en abundancia, después de las energías gastadas, y terminaron comiéndose, el uno, al otro, en el interior de la ducha, pasando, a continuación, a hacerlo sobre el suelo... encima de la mesa... otra vez en la cama...

¡En fin!

Terminaron agotados por el esfuerzo físico, pero con un brillo en los ojos que los delataba.

Sobre las cuatro de la tarde, después de “otra lección de sexo”, dormitaban sobre la cama entre una maraña de piernas y brazos en un deseo de recuperarse de tanto ejercicio físico cuando, el inoportuno móvil, de Alexia, comenzó a sonar de manera incansable.

Consiguió despertarlos.

—¡Joder! —se quejó Robert, dándose la vuelta agotado antes de esconder la cabeza debajo de la almohada en busca del descanso que necesitaba después del maratón de sexo que se habían marcado.

En cambio a Alexia no le quedó otro remedio que incorporarse en busca de su móvil, lo cogió, distraída, y se lo llevó a la oreja.

—¿Sí? —preguntó con un tono somnoliento.

—Holaaaaaaaaa —se escuchó a una mujer cargada de energía al otro lado de la línea arrancando una sonrisa en una Alexia que se alegraba de escucharla—. ¿Va todo bien por ahí?

—Mejor que bien, Sofia —le contestó mirando al bombón que tenía a su lado.

—¿Ah, sí? Por lo que veo él te ha encontrado, ¿verdad?

—Sí. Lo ha hecho.

—¿Y?

—No te lo vas a creer, estoy en la suite del mejor hotel de aquí, es como si estuviese en un cuento.

—¡Vaya! Debo reconocer que ese hombre sabe hacer bien las cosas... Y dime, ¿te está entreteniendo lo suficiente? —bromeó risueña.

—¡Sofía!

—Vale, vale, no me des los detalles. Ya me los imagino yo solita.

—No tienes remedio —afirmó poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, ya sabes cómo soy...

—Lo sé —rió divertida.

—En fin, quería hablar contigo porque estaba preocupada, aunque por lo que escucho no es necesario, así qué pasaré a contarte algo de lo que me he enterado por casualidad y que quizás pueda interesarte.

—Dime.

—¿Sigues con la idea de no volver a tu antiguo puesto de trabajo?

—Sí, Sofía —reflexionó sincera—, cuando firmé la renuncia voluntaria fue con todas las consecuencias.

Robert se quitó la almohada al escuchar aquello.

—Pues en ese caso puede que tenga un puesto de trabajo para ti, escucha, ¿te vendría bien uno de recepcionista en una empresa de modelos?

—¡Claro que me vendría bien, Sofía! —Se entusiasmó de inmediato ante la evidencia de que podría volver a alquilarse un apartamento y volver a la ciudad que tanto le gustaba—. ¿Me estás hablando en serio?

—Por supuesto, Alex, te echo terriblemente de menos y eso que no llevas más de dos días fuera.

—Qué buena amiga eres.

—Lo sé —rió con ganas—. Bueno, pues que sepas que tienes concertada una entrevista para pasado mañana a las diez. ¿Te viene bien?

—Me viene estupendamente, cómo te quiero.

—Y yo a ti. Anda sigue disfrutando del maromo que tienes a tu lado. Te dejo tranquila. ¡Ah! —Y añadió antes de colgar—: en cuanto vuelvas tienes las puertas de mi casa abiertas, ¿vale? Ya nos ocuparemos de encontrar otro apartamento chulo. Chaoooooo.

Y colgó.

—¿Por qué sigues empeñada en no volver a la empresa de mi padre?

Alexia dejó el móvil sobre la mesilla de noche y se volvió para mirarle.

—Robert, no voy a volver —contestó convencida—, y menos ahora que tú serías mi jefe.

—¿Por qué? No lo entiendo.

—Además —le cortó cambiando de tema—, posiblemente tenga un trabajo pronto, la que me ha llamado era Sofía para decirme que tengo una entrevista para un puesto de recepcionista pasado mañana. ¿No es estupendo?

Viendo la aptitud de él pensó que de estupendo no tenía nada. ¡Al menos no para él!

—No tienes por qué trabajar en otro sitio, ya lo sabes.

—Te equivocas. No nos haría ningún bien trabajar juntos, Robert. Estoy convencida que terminaría interfiriendo en nuestra vida personal.

—No estoy de acuerdo, además, ¿sabes lo excitante que sería follarte sobre mi mesa cada vez

que se me antojara? Solo tendría que levantar el teléfono y decirle a mi secretaria personal que necesitaba sus servicios para mostrarle una nueva lección...

—Estás enfermo, ¿lo sabías? —le dijo riéndose, cogió la almohada y se la tiró encima.

—Pero, estaría bien, ¿a que sí?

—¡Ummmm! —Hizo como que se lo pensaba—. Puede que te haga una visita para averiguarlo.

—¿Y yo soy el enfermo? Eres una depravada.

A lo que ella le contesto:

—Tengo un buen profesor.

—Anda, vuelve a la cama.

Alexia obedeció sin rechistar.

Cuando se despertaron eran casi las seis de la tarde y empezaba a anochecer, estaban muertos de hambre porque lo único que habían comido, en todo el día, había sido el desayuno.

Y ya habían pasado más de ocho horas, así que llevó la mano hasta el teléfono y pidió un poco de todo mientras veía a Alexia meterse dentro del cuarto de baño.

En ese momento, el móvil de ella, empezó a sonar otra vez.

—Alexia —gritó para hacerse oír—, tu móvil está sonando.

Alexia no debió de escucharle puesto que no le contestó e imaginó que estaría debajo de la ducha.

—Alexia... —la volvió a llamar. Lo cogió y le echó un vistazo. El nombre de Mark reflejaba la pantalla.

«¿Quién sería Mark?», pensó distraído. Él nunca había escuchado ese nombre por boca de ella.

A continuación, como seguía sin contestarle, se levantó y se internó dentro del baño con el móvil, todavía sonando, cogido de la mano.

—Cariño. Un tal Mark te está llamando.

Alexia cambió de cara en cuanto escuchó ese nombre, recordando el malentendido que tuvo con él, y la manera en la que habían terminado.

La cara de sorpresa a Robert no se le pudo pasar por alto y se puso en estado de alerta.

—¿No lo coges?

—No. Ya lo llamaré en otro momento —le quitó importancia, preguntándose lo raro de que la estuviese llamando después de que le dijera que no quería volver a saber nada de ella.

«¿Quizás me ha perdonado?», se preguntó, duchándose como si nada y alegrándose del detalle de que se hubiera acordado de ella. «Bueno, ya le llamaré en el transcurso de la tarde».

Lo que Robert interpretó fue que no le quería hablar de él y tuvo la certeza de que, hasta que no conociera la historia de ese tal Mark, en la vida de su chica, no iba a parar.

La llamada, al final, no se hizo. ¿Por qué? Pues porque se le olvidó por completo gracias al poder que Robert tenía sobre ella... y sobre su cuerpo, permaneciendo ajena a la sorpresa que se iba a llevar ante lo que parecía aquel insignificante olvido.

Una persona del hotel, después de que dieran buena cuenta de los manjares que les subieron, fue el encargado de llevarles, por petición expresa de Robert, ropa recién comprada en una cara y exclusiva boutique a cada uno de ellos, además de un teléfono móvil, nuevo, ya que el suyo había quedado inservible a raíz de estrellarlo contra el suelo. Cambió la tarjeta al actual y a continuación lo encendió esperando a saber si tenía alguna llamada.

El móvil comenzó a sonar una y otra vez evidenciando que tenía varias llamadas y varios mensajes. Le dio a las teclas pertinentes, y se hizo a la idea de que su padre quería ponerse en contacto con él pues tenía cinco llamadas perdidas suyas.

En ese momento el móvil de Alexia sonó, escuchó como ella lo cogía y decía en voz alta:

—Hola, ¿quién eres? —Y es que el número que la llamaba no le sonaba de absolutamente nada.

La sorpresa que se llevó, al reconocer quién era, fue mayúscula.

—Buenas tardes, Señor Scot —contestó nerviosa. Le cambió hasta el semblante—, sí, Robert está aquí, conmigo.

Él la miró sorprendido.

—Sí, se lo paso, adiós.

Le tendió el teléfono a la vez que le decía:

—Es tu padre, lleva intentando hablar contigo desde hace una hora.

Robert lo cogió y empezó a hablar mientras que Alexia no le quitaba ojo, ¿habría sucedido algo?

—Vale, papá, estaré allí cuanto antes, no te preocupes, te dije que podías confiar en mí y voy a demostrártelo.

A continuación colgó.

—¿Pasa algo?

—He de volver a Nueva York cuanto antes.

—¿Y eso?

—La reunión que me dará los derechos de director general no se puede aplazar por más tiempo y se celebrará mañana a primera hora. Debo prepararla a conciencia, me encuentro en un terreno completamente desconocido y no quiero fallarle. No ahora que parece que vamos por el buen camino.

Alexia lo entendió y se hizo a la idea de que el cuento que había vivido, en aquel fascinante hotel, llegaba a su fin pero, con la claridad de que el cuento la seguía esperando ahí afuera de la mano de él.

¡Ahora lo tenía clarísimo!

Fuera dudas y sobre todo fuera malinterpretaciones. Era lo que había aprendido después de tanto sufrimiento.

¡No quería retroceder hacia atrás! ¡No, de ninguna manera! Y tan convencida estaba, de los nuevos cambios producidos en su vida, que hasta ella misma fue la primera en darse cuenta y aceptar que era un hombre que no estaba dispuesto a ninguna atadura seria, entendiéndolo y cambiando el chip con respecto a su relación tan particular con el hombre que lo era absolutamente todo para ella. Dispuesta a no pedir lo que no debía y en cambio disfrutar de lo que tenía al alcance de su mano.

¡Fin de la historia!

—Te dejaré en casa de tu madre —dijo Robert con prisa tras meditar durante un segundo lo que quería hacer, pensando, únicamente, en su adorada chica.

Quién lo iba a decir de un hombre como aquel, ¿verdad?

Alexia dejó los pensamientos a un lado y aceptó lo que le decía sin pedir ningún tipo de explicación, algo que a Robert le sorprendió.

—¿No tienes nada que decirme?

—No —negó Alexia.

—¿Ni siquiera vas a preguntarme el por qué no te ofrezco que te vengas conmigo? He venido a buscarte y lo normal sería que te vinieras, ¿no?

Alexia lo miró con sinceridad antes de decirle:

—Mira, Robert, entre tú y yo no hay nada normal, ¿estás de acuerdo?

Él asintió.

—Lo que anoche sufrí me ha servido para darme cuenta de muchas cosas, y la primera de ellas es que voy a vivir lo que tenemos juntos con naturalidad. Eres lo que eres y yo al fin lo he aceptado —reconoció humildemente—. Y por supuesto que no me importa que no me pidas que me vaya contigo. De verdad que no.

—Ese Robert, del que hablas, ya no existe, cariño.

Ella no estaba tan convenida porque, a lo que se estaba refiriendo no era a su tipo de vida hasta que decidió dejarla atrás, sino a su manera de querer vivirla en un estado de independencia total.

Se quedó callada.

—Y para que lo sepas sí que te debería de importar que no te lo haya ofrecido —le dijo.

—Ya ves, las cosas han cambiado.

Robert se acercó y le pasó la mano por su mejilla, acariciándola.

—Pues te lo voy a explicar quieras o no —le susurró muy cerca de su boca—, me encantaría llevarte conmigo, nena, pero no lo voy a hacer, ¿sabes el motivo?

—No tienes por qué decírmelo.

—Eso es lo que tú te crees pero estás muy equivocada. Por supuesto que tengo que decírtelo. —Y añadió—: No quiero que te hagas una idea de lo que no es pensando que lo que no quiero es llevarte a mi apartamento, cielo.

—Robert, de verdad, no es necesario...

—Únicamente lo hago por ti, te mereces estar un día completo al lado de tus padres. Te lo debo después de todo lo que me demostraste ayer.

¡Guauuuu!

¡Aquel hombre era un amor!

—Te enviaré mañana por la tarde el avión privado para que te lleve de vuelta, ¿estás de acuerdo?

—No es necesario, Robert.

—Lo es, y no voy a discutir contigo por esto —sentenció con una voz que a ella le hizo saber que no lo iba a hacer, ordenándolo simplemente.

—Vale —asintió encantada por el detalle—, llamaré a Sofia para decirle que tendrá una inquilina en su casa, unos días, hasta que consiga un nuevo sitio en el que vivir. Si todo va bien y me cogen en la entrevista volveré a la normalidad rápidamente.

Robert se puso serio de repente.

—No tienes por qué ir a ninguna entrevista, ya lo sabes.

—No empecemos, ¿eh? No voy a volver y ya está. No hay vuelta atrás y tendrás que respetar mi decisión.

A Robert le costó hablar.

—Lo harás, Robert, respetarás mis decisiones aunque me equivoque, ¿estamos? —Le preguntó sería.

—Está bien. Lo intentaré al menos.

—Así me gusta —rio agradeciendo el sacrificio que estaba haciendo un hombre acostumbrado a hacer siempre lo que le daba la real gana, y lo que era todavía peor, siendo un hombre acostumbrado a que el mundo a su alrededor le obedeciera sin rechistar.

Le dio un beso en la boca a modo de recompensa.

—Me encantan tus besos, nena —susurró sobre sus labios antes de volver a centrarse, diciendo a continuación—: Y con respecto a lo de tu nueva casa...

La anterior Alexia no hubiese tardado, nada, en ponerse eufórica creyendo que le iba a pedir que fuera a la suya hasta que la encontrara. Pero la nueva Alexia no lo hizo, sabía que había dado un paso más y que por lo tanto no se haría unas ilusiones que no la llevarían a ninguna parte, empecinada en no querer algo que era completamente imposible.

Bien claro se lo dejó ver el día en que tuvieron la monumental bronca a consecuencia de aquella estúpida petición delante de las cámaras de televisión, se recordó para no caer en una tentación que ahora sabía no existiría nunca.

¡Y ella no iba a cometer otro error de esas características! ¡Vaya que no!

Escuchando de pronto y de sopetón:

—Si lo prefieres puedes quedarte en mi apartamento.

¡¡¡¿¿¿Cómo???!!!

¡¡¡¿¿¿Qué es lo que le acababa de decir???!!!

¡¡¡No. No podía ser!!!

Seguro que lo hacía por pura cordialidad, con la obligación de hacerlo. Por lo que añadió tan tranquila:

—No te preocupes, en casa de Sofía estaré bien, total, serán unos días nada más. Gracias de todas las maneras.

La cara de Robert, después de atreverse a decir, lo que acababa de soltar a través de su boca, fue todo un poema.

«Me está bien empleado. Por imbécil», pensó cabreado ante la negativa de su novia a compartir por unos días su intimidad más absoluta, incapaz de dejar de pensar en que le estaba molestando muchísimo más de lo que debería... mientras que trataba de convencerse de que, lo que acababa de plantear, en realidad había sido a consecuencia de verse en la obligación de hacerlo.

¿O no?

«Mierda. Esto no tiene ni pies ni cabeza», seguía pensando consecuente de algo verídico y demasiado real porque:

¡¡¡¡Definitivamente no había quien entendiera a las mujeres!!!!

Media hora después, salían del hotel por una salida subterránea a la que no tenían acceso los periodistas, perdiéndoles la pista y tomando el camino en dirección a la casa de su madre.

Una vez allí se vieron obligados a despedirse con un beso breve, debido a la tenacidad de los incansables fotógrafos que seguían apostados cerca de la casa familiar, creyendo que antes o después se dejarían ver como acababa de ser el caso, y entonces, un Robert con demasiadas prisas, ante la tarea que tenía por delante, terminó marchándose hacia el aeropuerto a una gran



velocidad.

¡El lugar en el que su avión estaba dispuesto para despegar otra vez!

Y así fue como se separaron, esta vez de mutuo acuerdo, sabiendo que solo lo estarían durante veinticuatro horas, y eso significaba que podía centrarse en la increíble oportunidad de disfrutar de sus padres, juntos, siendo consciente del trato que se daban el uno al otro, encantada de lo que veía, ya que la evidencia le mostraba que algo parecía estar despertando entre ellos.

La felicidad la embargó por completo.

### *Dos días más tarde...*

Nueva York, 10:20 am.

Todo había ido como la seda en su entrevista programada sin que en ningún instante se preguntara el por qué, y se dirigió hacia el despacho destinado a recursos humanos, acompañada de la que ya era su jefa, para firmar el contrato de recepcionista tras la entrevista que le acababa de hacer. Se hizo con el puesto de una manera asombrosamente fácil. Tanto fue así que, tras la petición de que se quedara, si no tenía inconveniente, comenzó en ese mismo momento, sentándose, (una vez firmado el papeleo) junto a la chica que iba a dejar el puesto para aprender las nociones básicas de la centralita. La adrenalina en sus venas le dio entusiasmo debido a la novedad en su nueva vida.

Cuando fue la hora de desayunar bajó sola a la cafetería para ir familiarizándose con las instalaciones, se acercó a la barra y pidió un café con un croissant, decidiendo, mientras se lo servían, enviar un mensaje a su querido Robert, al cual no había tenido la ocasión de ver todavía.

Desbloqueó el móvil y comenzó a teclear:

**Buenos días, mi amor, ¿te acuerdas de mí? Debes de estar muy ocupado para no haberme enviado ningún wasap. ¿Todo bien en la reunión de ayer? La mía ha ido excelente... de hecho ya estoy trabajando.**

Seguidamente puso un montón de emoticonos, de labios, y pulsó la tecla de enviar mostrando una sonrisa embobada. Dejó el móvil sobre la mesa, para tomar el desayuno con tranquilidad, ajena a lo que iba a suceder a continuación, o más bien a quién se iba a encontrar puesto que escuchó, a alguien, llamándola por el nombre que utilizaban sus amigos de siempre.

—¿Alex?

Se dio la vuelta y abrió la boca con sorpresa. Allí delante estaba su ex amigo Mark.

—¿Mark? ¿Qué haces tú aquí?

Se arrepintió de no devolverle la llamada puesto que se le acabó olvidando.

—Estás muy guapa —le dijo el chico acercándose y dándole dos besos—, ¿Sofía no te ha dicho nada?

Alexia no entendió a lo que se estaba refiriendo.

—¿Qué es lo que me tenía que decir?

—¡Ah, ya veo! ¿No te ha dicho que trabajo esporádicamente aquí? Fui yo quien le dijo que estaban buscando a una recepcionista, cuando me informó que habías renunciado a tu puesto de trabajo, y que necesitabas encontrar otro.

—¿Cómo?!

La cara de sorpresa de Alex lo decía todo.

—Pero, por lo que veo, ha debido de preferir no contártelo, ¿no?

—Pues ya lo ves.

¿Cómo se le había ocurrido ocultarle aquel detalle? La iba a matar cuando la viera.

—Oye, Mark —cambió de tema tratando de disculparse—, perdona por no devolverte la llamada, se me olvidó por completo.

—Te llamé para evitar vernos así —contestó, lo que originó a que se sintiese culpable aunque quiso quitar hierro al asunto, añadiendo—: Supuse que estaría bien hablar antes y que supieras que no supondría ningún problema por mi parte encontrarnos aquí. Lo pasado es eso, pasado y ya está.

Alexia le mostró una sonrisa encantadora.

—¿Entonces me has perdonado? —Y lo miró con ojitos alegrándose de aquel encuentro.

—Claro que te he perdonado, Alex. La amistad que tenemos no se puede echar a perder por un simple malentendido, ¿no crees?

—Estoy de acuerdo, oye... —le dijo curiosa—, ¿qué ha pasado con el pub?

—Sigo con él, solo que ahora, además, me han contratado para hacer de modelo en una campaña publicitaria. Ya sabes, ingresos extras que me vienen de fábula.

—Qué bien, Mark, no sabes cuánto me alegro.

—Gracias, Alex, —le agradeció en serio— ¿y cómo te va a ti? He visto en las revistas y en la tele con quién estás saliendo. ¿Te hace feliz? —preguntó sin pararse a pensar que era una pregunta demasiado íntima, preocupándose por ella.

—Sí, Mark, me hace muy feliz y estoy muy enamorada de él —le contestó sincera, necesitando hacerlo ante la duda de que él continuase con algún tipo de sentimiento hacia ella. No quería que hubiese ningún otro malentendido entre ellos.

¡Bastante los había habido ya por su poca cabeza!

—Me alegro, te mereces a alguien que te haga feliz.

Ella se sintió un poco incómoda hablando de aquello.

—¿Y tú, Mark? ¿Tienes a alguien en tu vida o sigues de flor en flor? —rio cambiando de tema mientras que escuchaba el pitido del teléfono móvil señalando que tenía un mensaje entrante.

—Parece que estoy sentando la cabeza, ¿te lo puedes creer?

—Me alegro por ti. ¡Ya era hora! —terminó bromeando.

—Lo sé. Oye, ¿por qué no te acercas esta noche al pub y nos tomamos algo juntos? Desde que soy también modelo he contratado a un camarero y tengo más tiempo, ¿qué te parece? Así charlamos con tranquilidad.

La verdad era que la idea no le terminaba de convencer, quería celebrar lo de su nuevo puesto de trabajo con Robert, por eso, en un principio, se echó para atrás pero después, pensándolo bien, supo que no le podía hacer ese feo a su amigo. No cuando la había perdonado y él era un hombre que le importaba demasiado.

—Vale, me pasaré un rato.

—Muy bien, entonces te veo esta noche. Ahora tengo que dejarte, está a punto de empezar mi sesión fotográfica. Chao, Alex, me alegro de verte.

Le dio un beso en la mejilla y la dejó pensativa. Debía hacer una llamada a su querida Sofía.

¡Se iba a enterar!

Una vez que se quedó sola, miró la pantalla del móvil y descubrió, animada, que el Wasap que le había entrado era de él. Se olvidó de hacer esa llamada y lo abrió con un cosquilleo en el estómago.

El Wasap decía así:

**Hola, nena, te echo de menos y no he podido hablar contigo antes. Esto de ser un alto**

**ejecutivo me está matando y no he hecho más que empezar. ¿Qué te parece si te vienes esta noche a mi apartamento y me prepararas una buena recompensa para hacerme olvidar de los dichosos papeles? No acepto un no por respuesta. Estoy deseando verte AMOR.**

Alexia supo que debería quedar con él un poco más tarde para estar en los dos sitios, pero en ningún momento se le ocurrió decirle que había quedado con su amigo Mark.

Total, no tenía mucha importancia, ¿no? Ya se lo diría cuando estuviese en su casa.  
Y tecleó:

**Tengo en mente una recompensa que te va a gustar y que te hará olvidarte del dichoso papeleo jajajaja. ¿Te gustan las sorpresas?**

La respuesta no tardó ni diez segundos en llegar.

**De ti me gusta TODO nena, ya lo deberías saber. Te espero a las diez. Ya estoy ansioso.**

Alexia volvió a teclear:

**Mejor a las diez y media. Lo bueno se hace esperar..... y yo sí que estoy ansiosa por volver a verte. Te echo de menos a cada segundo. Te quiero.**

La contestación de vuelta fue:

**Y yo, nena. Hasta esta noche.**

Con un escalofrío en el cuerpo, debido a lo que prometía la velada en su apartamento, se levantó de la silla y se fue hacia la planta de arriba para ocupar su puesto. El día le iba a resultar dolorosamente largo... mientras se olvidaba de que Robert no hubiese hecho, ninguna referencia, a que se alegrara por no ser una desempleada más.

¡Tuvo claro que no se alegraba en absoluto!

—¿A ti te parece normal lo que me has hecho? —gritó Alexia al teléfono móvil con un cabreo de narices en cuanto se puso.

—Ya veo que te has encontrado con él —le dijo Sofia.

—¿Te puedes hacer una idea de la cara de boba que se me ha quedado cuando me lo ha dicho? De verdad que no te entiendo, tía.

—Es muy sencillo, Alex, —Y se dispuso a aclararle—: ¿Habrías ido a esa entrevista de haber sabido que era Mark quien te iba a recomendar directamente?

—¿Estás loca? Pues claro que no.

—Pues ahí tienes la respuesta del por qué decidí no decirte nada. Ahora tienes un trabajo y vuelves a tener la vida encarrilada, ¿qué más quieres? Si al final te he hecho el favor de tu vida —rio divertida.

Alexia supo que tenía razón, aun así seguía molesta con ella.

—Pero debiste de advertirme, joder. Hasta él quiso ponerse en contacto conmigo, solo que a mí se me olvidó devolverle la llamada.

—El bueno de Mark, ¿habéis hablado de lo vuestro?

—Está solucionado, Sofía. Vuelve a ser mi amigo y he quedado con él esta noche para ir al pub.

La voz exaltada de Sofía no se hizo esperar.

—¡Me apunto! —Exclamó como una loca deseando tomarse unas cervezas con sus amigos— ¿A qué hora? Llamaré a los chicos, hace tanto que no quedamos como antes...

—Yo solo me quedaré un rato —aclaró convencida—, he quedado después en ir al apartamento de Robert y no quiero que se me haga tarde.

—¿Y por qué no se viene él también? —preguntó como si nada.

—Porque si tengo yo problemas, para estar por ahí, imagínate él, no, no se lo voy a decir. Sería demasiado embarazoso para todos en cuanto lo vean.

—Vale —asintió, aquel era el precio de la fama y antes de que se olvidaran, de él, tendría que pasar un tiempo—, ¿a qué hora quedamos?

—A las nueve allí, ¿te parece bien?

—O.K. Perfecto.

—¿Se lo dirás a Dan?

—No, no —negó convencida—, si Robert no va él tampoco. Solo quedada de amigos, ¿vale?

—Me parece bien.

—Entonces está todo dicho. Hasta luegoooooo.

—Chao.

Y colgó.

### ***Pub de Mark 22:31 pm***

La quedada con amigos estaba resultando maravillosa después de tanto tiempo sin verse, y sobre todo después de todos los descabros que tuvieron por lo sucedido con Alex, dedicándose, entre trago y trago, a recordar cada detalle...

Primero sacaron el tema de la infidelidad de Jack, hartándose a reír porque a la vista estaba que ella había salido ganando con creces.

Segundo sacaron el tema de cuando se fue a vivir a casa de Sofía, hartándose nuevamente a reír por los comentarios de una Sofía bastante ebria y que recordaba los amargos momentos en los que creyó que la terminaría tirando por la ventana.

Tercero sacaron el tema del despido en el trabajo y el malentendido que tuvo con Mark,

desternillándose de risa gracias a la multitud de cervezas que llevaban encima. Dejando aparcada aquella discusión para siempre.

Y por último sacaron el tema que la involucraba directamente con el hombre más guapo y sexy de la ciudad, despertando las miradas de envidia de las chicas que estaban en otras mesas, y que no paraban de mirarla de forma hostil.

Pero claro, ¿qué culpa tenía ella de haberse echado un novio de aquellas características?

Continuaron con una nueva ronda de birras sin que en ningún momento se acordara de la cita que tenía con Robert. Se olvidó por completo.

### *Apartamento de Robert 22:32 pm.*

Era la tercera vez que la llamaba y nada, saltaba el buzón de voz, y aquel detalle lo estaba poniendo de muy mala leche. Solo llegaba con dos minutos de retraso y pensó que quizás se estaba pasando con sus paranoias al estar acostumbrado a no ser él el que tuviese que esperar en ninguna ocasión.

¿Dónde demonios estaría?

Y como no tenía la manera de averiguarlo, el hombre controlador que seguía siendo, por derecho, actuó sin pensar en ningún tipo de represalia e hizo una llamada que quizás le podría ayudar a saber dónde coño podría estar... quitándole importancia a que ella se pudiese molestar por esa acción, aunque fuese desmedida por el insignificante retraso de unos minutos.

La respuesta que le dieron le hizo saber que no estaba preparado para escuchar aquella información, se acababa de quedar de piedra y alarmado averiguando, en cuestión de segundos, que ni siquiera estaba de camino. Lo que lo cabreó hasta la es tenuidad averiguando, además, a través del mismo chivatazo, no solo el lugar en el que se encontraba, sino que además con quién y sobre todo cómo estaba.

Consiguió que lo endemoniaran...

Cogió la cazadora, las llaves del coche, y salió de su apartamento con una cara de enfado que daba miedo.

¡Realmente era lo que daba!

—¡Oh, oh! Parece que se avecinan problemas —dijo Sofía mediante una sonrisa, por el pedo que llevaba, al ver quién era el hombre que entraba en el pub seguido de un innumerable número de chicas a su alrededor.

—¿Qué tipo de problemas? —bromeó Peter mirando hacia el lugar en el que lo hacía Sofía.

Se dio cuenta del cabreo que tenía aquel hombre y de lo que su presencia estaba provocando en el local.

¡Revolucionándolo todo a su alrededor!

—Alex, creo que tu novio se dirige hacia aquí en estos momentos.

—¿Qué...? —empezó a preguntar alarmada.

No le dio tiempo a decir nada más, se dio la vuelta y se le bajó el alcohol, ingerido, de manera drástica en cuanto se dio cuenta de la cara de cabreo con la que la miraba. Seguidamente se percató de la hora que era.

¿Cómo habían avanzado las horas tan deprisa?

—¡Joder! —masculló haciéndose a la idea de que el tiempo se le había echado encima sin haberse dado ni cuenta.

—¿A qué hora decías que habías quedado con él? Porque por la cara que trae parece como si llevase media vida esperándote —rio Vero admirando aquel bombón que venía hacia ellos. Babeando encantada por lo que veía—. ¡Jodida, Alex! Qué suerte tienes, capulla.

—¿Tratas de ponerme celoso? —masculló un Peter dolido haciéndose a la idea de que no tenía nada que hacer si se comparaba con aquel Dios que avanzaba hacia ellos, y al que se le seguían sumando nuevas féminas.

—Lo siento, amor, pero es que es rematadamente guapo, joder.

Las conversaciones entre ellos se vieron interrumpidas en cuanto él llegó a la mesa que estaba buscando. Limitándose a mirarla con un enfado de mil demonios sin molestarse en saludar a ninguno de ellos.

¡Simplemente no le importaban!

—No me lo puedo creer, Alexia —fueron sus primera palabras obviando a cualquiera de los allí presentes.

—Buenas noches a ti también, Robert —soltó Sofía con una carcajada sarcástica en cuanto le escuchó.

Robert no la hizo ni caso y mantuvo la vista clavada en la única mujer que había conseguido sacarlo de quicio. Ella, mientras, no sabía dónde meterse.

Y actuó cegado por la ira, que lo consumía por dentro, preguntando de malas maneras ignorando que estuvieran rodeados de una multitud de personas:

—¿Se puede saber a qué estás jugando, Alexia?

La chica a la que iba dirigida la pregunta supo que debería hacer algo para dar normalidad a la situación, quiso levantarse pero, al hacerlo tuvo que sujetarse a su amigo Mark, (que era el que estaba más cerca) para no caer gracias a todas las cervezas que llevaba encima. Terminando de arreglar la ya de por sí complicada situación puesto que, este último, se levantó rápidamente de la silla para ayudarla en su propósito.

Un detalle que por supuesto no gustó, nada, a Robert, fulminándolo con la mirada al ver a aquel hombre poner las manos sobre su chica.

¡No tardó en explotar lleno de indignación y rabia!

—¿Y a ti quién cojones te ha dado permiso para tocar a mi novia? —soltó acaparando toda su atención en aquel hombre que no le gustaba nada.

¡Nada en absoluto!

Y claro, tras aquella pregunta, y aquel tono, un silencio sepulcral invadió el local como por arte de magia, interrumpido por los flases de las cámaras desde el instante en que vieron a Robert cruzar la puerta.

Gracias a lo sucedido en la cena benéfica en casa de su padre, los seguían tanto juntos como separados, con unos maravillosos resultados, por cierto...

La cara de Mark no tardó en transformarse en una máscara de hielo ante la chulería de aquel tipo que, no solo había llegado como una exhalación, sino que además lo hacía como si tuviera derecho a comportarse como un auténtico cavernícola, (que era lo que parecía).

Y él no se iba a dejar amilanar diciendo con una calma absoluta:

—No necesito permiso de nadie para ayudar a mi amiga.

—¿Tú amiga? —preguntó Robert irónicamente—. Ella nunca me ha hablado de ti, así que quita tus sucias manos de encima.

En un acto de posesión, la cogió del brazo y tiró de ella con fuerza, poniéndola a su lado mientras que Alexia no sabía cómo actuar de la vergüenza que le estaba dando la situación.

Terminó de bajársele el alcohol ingerido de un plumazo.

—Robert, se me ha echado el tiempo encima y ni siquiera me he dado cuenta —trató de explicarse—. Había quedado con mis amigos antes de ir a tu casa, y como hacía tanto tiempo que no nos veíamos...

Robert no la dejó ni terminar de hablar.

—¿Y por qué no me lo dijiste? —la acusó ante un innumerable número de testigos que no se perderían aquella escena por nada del mundo, permaneciendo expectantes.

Alexia decidió contestar, esforzándose en hacerlo, para mostrar una tranquilidad que desde luego no tenía.

¡Imposible tras verle de aquella manera tan exaltada!

—Porque no creí que fuese importante, pensé en decírtelo cuando estuviésemos juntos —dijo mirando a su alrededor tratando de hacer lo que estaba en sus manos para normalizar la situación y que su enfado no fuera a más. Lo mejor sería invitarle a sentarse junto a sus amigos y presentárselos—. Anda, siéntate y tómate algo con nosotros. ¿Quieres?

La respuesta que él le dio la dejó helada.

—¡Por supuesto que no quiero tomarme nada con nadie! —negó de malas maneras levantando la voz.

Algo que no gustó a Mark, el cual decidió actuar en defensa, de su amiga, porque no le gustaba lo que estaba viendo.

—Mira, tío, entiendo que estuvieses preocupado por ella, pero de ahí a venir aquí con estas formas...

Robert se rio en su cara.

—¿Y tú quién eres para meterte donde no te llaman?

—Soy Mark —informó avanzando un paso, retándose con las miradas.

Así que aquel era Mark, vaya, vaya, por fin lo conocía.

—Me importa una mierda quién seas, ¿vale? Aquí tú no pintas nada, esto es entre ella y yo —casi chilló admitiendo que el hecho de que Alexia no le hablara de él cuando tuvo la oportunidad lo tenía en vilo.

Martirizándose por dentro.



¿Habría sido quizás algún chico que le gustó en su día? Recordando que su novio no podía haber sido puesto que el cabrón de Jack y él habían sido los únicos.

Y mientras pensaba en eso Alexia tiró de su brazo mostrando unos nervios que la estaban consumiendo. Continuaba muriéndose de la vergüenza ante el espectáculo tan bochornoso que estaba montando para beneficio de los reporteros.

¿Cómo era posible que no se diera cuenta?

Una vez que su mente pudo procesar, lo que de verdad estaba sucediendo, decidió actuar acercándose a su oído para advertirle:

—Robert, creo que te estás pasando —le advirtió en voz baja para que nadie más la escuchara. Haría lo que fuese con tal de que él centrara su atención en ella, y solo en ella.

¡Resultaba de vital importancia!

O se olvidaba, de Mark, o se liaría una bien gorda, y ella estaba dispuesta, sí, o sí, a que entrara en razón. Esforzándose en no mirarles la cara, a ninguno de sus amigos, del pudor que le estaba dando aquella dantesca escena.

Una vez más se volvió a quedar helada, ya que el enfado de Robert se acentuó, multiplicándose por mil, ante el simple hecho de escuchar a través de su boca que se estaba pasando.

«¿Qué demonios quería decir con eso exactamente?», se preguntó a sí mismo devanándose los sesos porque la ira lo iba consumiendo cada vez un poco más. Empeñado en que su chica no había actuado correctamente y por lo tanto tendría que hacérselo ver.

¡Qué era lo que estaba haciendo! Cometiendo el error de dejarse llevar por aquella sensación de posesión que tenía con ella, antes de soltar como un energúmeno envenenado:

—¿Que me estoy pasando? —gritó fuera de control dirigiéndose a ella. ¿Cómo se atrevía a decirle algo así? Aquí la única que se había pasado era ella, y solo ella, desde el instante en que lo dejó plantado para simplemente quedar con sus amigos a tomarse unas copas. Y era lo que le iba a dejar claro porque no estaba dispuesto a morderse la lengua de ninguna de las maneras, siguiendo de malos modos—: Eres tú la que estás aquí, borracha, cuando ni siquiera te has molestado en decírmelo. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Quedarme en casa esperándote toda la noche? Pues si es lo que piensas estás muy equivocada.

La conversación se iba agravando y Sofía, (a pesar de las cervezas que llevaba encima) supo ver la seriedad del momento, al igual que supo que debería actuar antes de que fuese demasiado tarde. Cogió el teléfono y avisó a Dan para que fuese cuanto antes o aquellos dos terminarían dándose unos cuantos puñetazos.

¡Lo veía venir!

—Oye, ¡no la hables así! —intervino Mark apretando la mandíbula y conteniéndose para no meterle una hostia a aquel engreído.

¿Quién se creía para hablarle así?

Dudó de las palabras que le dijo su amiga cuando se encontraron en la agencia de modelos, ya que a esas alturas no estaba tan seguro de que la hiciera feliz, y se ganó un enemigo bien potente.

Robert se endemonió del todo en cuanto le escuchó pronunciar aquella frase en relación a que no la hablase de aquella manera, avanzando como un toro salvaje y llevándose a Alexia por delante, puesto que esta se había agarrado a su brazo de manera desesperada.

¡Empeñada en evitar lo que parecía inevitable!

—¿Quién coño te crees para darme lecciones? —profirió asesinándole con una mirada devastadora.

Y Alexia no pudo más.

—¡Basta, Robert! ¡Déjalo ya, por favor!—chilló como una loca con los ojos llenos de lágrimas

histéricas, chillando fuera de control debido a lo que veía.

Consiguió lo que a simple vista parecía imposible... pues volvió la atención hacia ella.

—¿Qué es eso de que lo deje? —Rugió cegado por la ira. Se paró en seco y gritó—: ¿Y a él no le dices que pare? Qué pasa, ¿qué es más que yo, o qué?

Alexia no podía dar crédito a lo que acababa de escuchar.

—Pero, ¿te estás oyendo? —preguntó una Alexia que no podía dejar de llorar sin consuelo de ningún tipo.

¿Por qué se estaba comportando de aquella manera tan posesiva? No tenía ningún derecho a hacer lo que estaba haciendo, ridiculizándola delante de sus amigos y de todos los que no perdían detalle de lo que estaba sucediendo.

Los fotógrafos seguían haciendo fotos y no podía soportarlo.

—Vamos, Alex, tranquilízate —dijo Mark avanzando un paso con la preocupación reflejada en su rostro, alarmado por lo que veía.

Y sin que tardara en pararse, en seco, ante la respuesta inmediata de un Robert cabreado hasta el infinito, dejándole bien claro que si volvía a acercarse a su chica le iba a meter una hostia.

¡Vaya que lo haría!

—Ni se te ocurra tocarla, estás avisado. —Si la complicada situación parecía, ya de por sí, insalvable, lo que dijo a continuación lo terminó de arreglar, escuchándose en un tono de macho alfa—: ¡Ella es mía!

¿Cómooooooooooooooooo?

¿Qué acababa de decirrrrrrrrrrr?

Mark no pudo evitar mirarle de manera socarrona, debido a lo que acababa de soltar, dejando ver una sonrisa sarcástica porque lo que le pasaba era que estaba celoso a rabiar y que lo que pretendía era dejar las cosas claras, aunque para que sucediese tuviesen que terminar partiéndose la cara mutuamente (porque desde luego que él no se iba a quedar cruzado de brazos).

Intercambiaron una mirada fría que se acababa de convertir en un desafío en toda regla. Un desafío que no podía acabar nada bien y aquello era algo que Alexia ya sabía, recordando la bronca con el fotógrafo y con quien fuera que a él le pareciera. No podía quedarse callada. La importancia de ponerlo en su sitio era clamorosa.

Afirmó con la voz rota de dolor:

—Yo no soy tuya, Robert —pronunció sin que casi se le entendiera de lo mucho que lloraba.

De seguido se soltó de su brazo, para salvaguardar su integridad física porque, si había algo que tenía claro, era que si su novio quería pelea ella no podría hacer nada para evitarlo y comenzó a alejarse de aquel hombre que le acababa de mostrar lo peor que llevaba dentro, dando pasos hacia atrás, mientras que se abrazaba ella misma en un gesto que a Robert le quemó las entrañas por el significado que tenía.

Dejó de prestar atención, a aquel tipo de inmediato, y la vio alejarse con aquella mirada esclarecedora que le hacía saber lo mucho que estaba sufriendo por el espectáculo que acababa de dar.

Y entonces, sin poder apartar la mirada de una chica, superada por las circunstancias, escuchó cómo le decía a través de una voz temblorosa y gélida:

—Y como sigas así nunca lo voy a ser. Me siento avergonzada de tu comportamiento y te juro que si continuas con esto no volverás a verme en la vida. Hablo completamente en serio.

Robert escuchó aquel ultimátum dirigido a él con el corazón encogido, sabía que estaba hablando en serio. Distinguía el sufrimiento de su chica a través de unos ojos tristes y llorosos, dándose cuenta del dolor que llevaba dentro para decir lo que acababa de decir.

Analizó el comportamiento que había tenido, desde el momento en que miró el reloj comprobando que ella se había retrasado dos minutos, para llegar a actuar como el ser posesivo que era, y entendió que se había equivocado en su manera de actuar.

¡Allí estaban las consecuencias! Se veía en la obligación de sufrir los lamentos de una mujer que lo era todo para él, y que eran consecuencia de su carácter inmaduro, egoísta y posesivo.

Incomprensiblemente dejó de lado a Mark, en esos instantes lo que de verdad le importaba eran los lamentos de su chica. Un detalle que hubiese resultado imposible, en su anterior vida, actuando de inmediato. Dio media vuelta para consolarla y le mostró a través de su mirada lo muy arrepentido que estaba, pero ya era tarde, su adorada Alexia lo miraba con un horror absoluto sin que todavía pudiese hacerse a la idea de lo que realmente acababa de presenciar... hasta terminar diciendo lo que dijo. Al final se vino abajo y actuó dolida y horrorizada.

¡Los presentes esperaban cualquier tipo de reacción! Una reacción que llegó, segundos después, y que los dejó a todos conteniendo la respiración, mientras que veían a una chica desbordada echar a correr como alma que lleva el diablo, huyendo de las malas vibraciones que Robert había conseguido que sintiera.

¡Imponía una distancia que necesitaba con desesperación! mientras eso sucedía, Robert miró la escena y se quedó paralizado durante unos segundos sin saber, a ciencia cierta, qué se suponía que tenía que hacer.

Soltó de pronto:

—Me cago en la hostia puta, ¿qué es lo que he hecho? —rugió enfadado consigo mismo, capaz de actuar tras unos segundos en los que se quedó bloqueado.

Echó a correr en su busca añorando estrecharla entre sus brazos para consolarla. Era lo único que él quería hacer...

¡No le salió bien! El caprichoso destino no se lo permitió, ya que en el instante en que puso el pie en la calle, vio cómo ella se subía a un taxi y se alejaba sin más.

—¡Joder! ¡Joderrrrrrrr!

Exclamó como un loco creyendo que iba a perder la cabeza.

¿Cómo había sido capaz de hacer tantísimo daño a la persona menos indicada y a la que menos se lo merecía?

¿Acaso había perdido los papeles?

Inmediatamente, después, cogió el móvil y la llamó. Le contestó el contestador indicándole que estaba apagado o fuera de cobertura.

¡Dejándole bien claro que no le iba a resultar nada fácil hablar con ella!

—¡Me cago en la hostia puta! —terminó gritando, y se echó las manos a la cabeza en un gesto de derrota.

De repente escuchó a su espalda:

—Acabas de meter la pata hasta el fondo ¡¡capullo!! —Le dijo una Sofia bastante cabreada que había salido a la carrera detrás de los dos—. Si de verdad la quieres ya puedes irte haciendo a la idea de que sus amigos somos muy importantes para ella y que no vas a poder impedir que sea así, ¿me oyes? —Y continuó escupiendo con toda su mala intención—: Ella no te pertenece, gilipollas, ¿quién coño te crees para venir hasta aquí con esos aires de matón? Solo se le ha hecho tarde porque se lo estaba pasando bien. ¿Sabes el tiempo que hacía que no nos reuníamos todos? Menudo numerito has montado tú solito. Ha sido patético.

Robert supo que tenía razones de sobra para decirle aquello, pero prefirió no decir nada, con la vista puesta en la calle, notando una pena arrolladora dentro de su cuerpo.

Escuchó de nuevo a su espalda:

—¡¡Capullo!!

Volvió a decirle Sofia como despedida. No perdería el tiempo con aquel hombre. Entró en el interior del pub y se olvidó de él como si nada, dejando a Robert con una sensación de malestar increíble.

¿Y ahora qué?

Entre una maraña de mujeres, que otra vez, lo empezaron a rodear, se dirigió hasta el coche que había dejado aparcado en la manzana de al lado. Se marchó quemando ruedas con destino a su apartamento, y lo hizo envuelto en una realidad apremiante.

¡Acababa de sobrepasar todos los límites y se había pasado de la raya!

¿Acaso se había vuelto loco comportándose así? Desde luego que debía de estarlo, no había explicación alguna desde el minuto en que se le ocurrió dejarse llevar por los sentimientos que aquella chica había conseguido despertar en, alguien como él, y que reaccionaba de aquella manera por eso. La obviedad de que no estaba acostumbrado a compartir nada, con nadie, lo acababa de dejar latente... y encima delante de las putas cámaras.

¿Cuándo iba a aprender?

Se quedó inmerso en sus pensamientos por la descabellada idea de que los celos eran los culpables de consentir la actitud atroz que se acababa de desarrollar, ante el hecho de olvidarse de la hora que era por tomarse unas cañas con sus amigos.

¡Tuvo claro que le iba a costar, bastante, que le perdonara!

¡No se equivocó!

Las consecuencias que hubo, tras aquel terrible espectáculo, no se hicieron esperar y fue obligado a no saber nada de ella, porque, simplemente: ¡Alexia se lo impidió!

No le cogió el teléfono en toda la noche ni al día siguiente, no leyó ninguno de sus mensajes y optó por pedirle, a su amigo, Mark, que la dejara quedarse en su casa un par de días.

¡Allí no la encontraría!

Lo que él necesitaba era un escarmiento por atreverse a controlarla de aquella manera. ¡Algo que no estaba dispuesta a consentir, jamás! Acordándose de las consecuencias que tuvo, cuando dejó a Jack que lo hiciera en su día, y ella ya no era la mujer que se dejaba llevar.

No, nada de eso.

El siguiente día se dedicó en exclusiva a trabajar y a buscar apartamento, en ese orden, y mientras se acopló en casa de su amigo, durmiendo sobre el sofá porque, a pesar de la insistencia de Mark no dio su brazo a torcer en cuanto a ocupar su habitación.

Bastante había hecho alojándola en su casa. Un detalle que le agradecería, siempre, y mucho más tras lo que sucedió entre ellos.

Poco a poco fueron transcurriendo las horas desde el espectáculo que montó, él solito, y en todo ese tiempo se mantuvo firme y no quiso saber nada de él.

¡Aunque le estaba costando la vida!

Nada de leer sus mensajes.

Y por supuesto nada de contestar a sus llamadas.

Se daba cuenta de que debería darle una lección, aunque ella misma lo estuviese sufriendo...

Llegó el jueves y lo primero que pensó, en cuanto se levantó, fue en el interminable día y medio que llevaba sin verlo. Lo añoraba hasta la ex tenuidad, pero decidió continuar con el castigo hasta el fin de semana (donde con un poco de suerte ya tendría un apartamento en el que vivir), añadiendo a su lista de quehaceres el hacerle otra visita a uno que le había gustado mucho y que se adaptaba a su situación económica, pidiendo a su amiga Sofia que la acompañara a la hora de comer.

Resultó que al final, algo, salía bien después de la bronca. Esa misma tarde firmó el contrato una vez que estuvo segura de lo que hacía. Manteniéndose ocupada para evitar que terminara claudicando ante la necesidad de hablar con él a cada segundo. La lejanía impuesta por ella la estaba matando, aunque ya se encargaba de recordarse, a cada instante en el que le flaqueaban las fuerzas, que por nada del mundo podía permitir que él pudiese comportarse como si se tratase de su amo y señor. Segura de que si querían seguir con la relación, que tenían, sería con las bases bien afianzadas en cuanto a respeto y confianza.

Era primordial que lo comprendiera.

### ***Esa misma noche, apartamento de Mark.***

Alexia entró en casa de su amigo y fue directamente a la ducha. Había sido un día muy largo y necesitaba relajarse antes de que su cabeza estallara a consecuencia de la dependencia que tenía de él.

Cada vez era más complicado permanecer alejada...y empezó a hacerse a la idea de que a la tarde siguiente se pondría manos a la obra con respecto a la limpieza y a la decoración de su casa, para con un poco de suerte mudarse esa misma noche.

Optó por despejar su mente y dejar de pensar en quien no debía, aunque no pudo hacerlo, entonces se le ocurrió la idea de que sería un perfecto día para invitarle a su nuevo apartamento, y así hablar tranquilamente sobre lo sucedido y arreglar las diferencias que existían entre ambos. Unas diferencias que habían quedado latentes y le habían dejado en evidencia.

Pensó que:

¡No habría mejor forma de empezar el fin de semana! Y con una energía renovada se duchó, a continuación se secó y se puso el pijama. Minutos después fue a la cocina donde se preparó un sándwich y un vaso de leche. Estaba de mucho mejor humor ante las perspectivas que tenía, y decidió que había llegado la hora de leer sus mensajes.

Tenía las fuerzas para hacerlo ahora que se encontraba menos cabreada.

Dejó la bandeja sobre la mesa y se sentó en el sofá de una plaza, a continuación desbloqueó la pantalla y empezó a leerlos.

El primero fue escrito minutos después de que ella se marchara, el martes por la noche, del pub de Mark.

Decía así:

**Alexia, cariño, he salido corriendo a por ti pero no he llegado a tiempo, tenemos que hablar, nena.**

Por un segundo pensó que era un amor, olvidándose momentáneamente del enfado que había tenido, y mirando el mensaje siguiente, (que había sido enviado tres minutos después que el otro).

**Nena, ¿quieres mirar los mensajes, por favor? Necesito hablar contigo.**

Cinco minutos después otro.

**Alexia, por favor, ya me estoy sintiendo lo suficientemente culpable como para que además no quieras ni hablar conmigo. Coge el teléfono por favor.**

«Pues sí que parecía desesperado», pensó Alexia mediante una sonrisa, leyendo el último de esa noche.

El mensaje decía así:

**¿Quieres dejar de ser tan cabezota? Te estoy reconociendo que me he pasado un montón, ¿qué más quieres? Vas a conseguir que me cabree, Alexia.**

Y Alexia procedió a leer los del miércoles. Extrañándole mucho que solo hubiese dos.

**¿Qué cojones significa que estás en casa de ese Mark? Al final has conseguido cabrearme, Alexia, no entiendo lo que estás haciendo y te estoy pidiendo una explicación. ¿Quieres hacer el puto favor de llamarme de una vez? Porque lo que no logro entender es que no te quisieras venir a mi casa y ahora te instales en la de ese así como así.**

Alexia se alegró de su cabreo, le estaba bien empleado. Y se dispuso a abrir el segundo.

**No te voy a enviar ningún otro mensaje, cuando se te pase el enfado piensa que a mí me va a dar igual. Ahora el que está cabreado soy yo. No me parece nada bien que estés en la casa de ese tío. Nada más.**

Así que esas teníamos, ¿no?

El cabreo que había bajado de grados se volvió a agrandar por aquellos mensajes que la acabaron por desbordar otra vez.

Tomó una decisión y decidió que había llegado la hora de hablarle alto y claro, enviándole un Wasap para informarle de las nuevas novedades.

**Robert, para tu consuelo he encontrado un apartamento y con un poco de suerte mañana me mudaré y no estaré en casa de “ese” como lo has definido. Haz el favor de no empeorar las cosas y piensa en el comportamiento que tuviste conmigo la otra noche. ¡Ah! Y no intentes desviar el tema porque has sido tú quién me ha obligado a actuar como lo he hecho. Sabía que irías a casa de Sofía a buscarme y precisamente, por ese motivo, le pedí a mi amigo Mark si me podía hacer un hueco en su casa... No quería que me encontraras. No estos días y ahora que me encuentro más calmada me veo con las fuerzas de hablar contigo porque desde luego que tenemos que hacerlo. La impresión que tengo acerca de esa posesión que tienes hacia mí no me gusta nada en absoluto y no estoy dispuesta a que continúes así, Robert. Me lo debo a mí misma, ¿lo entiendes? Mañana por la noche posiblemente te daré mi nueva dirección para que vengas y hablemos de lo sucedido. No antes.**

Seguidamente pulsó la tecla de enviar.  
El mensaje de vuelta no se hizo esperar.

**Por el amor de Dios, Alexia, ¿por qué sigues empeñada en no hablar conmigo? Sigues sin cogermelo el puto móvil ¿Por qué insistes en dejarme apartado? No puedo esperar a mañana para verte, ya lo he hecho durante estos interminables días. Entra en razón. Empecemos bien el fin de semana... Aunque sé que me va a resultar difícil perdonarte el que te hayas ido a casa de ¡¡otro!!**

Alexia no dio su brazo a torcer empeñada en hacerle ver que por ahí no iba nada, pero que nada bien.

¡Qué cabezota de tío!  
Y se puso a teclear.

**¿No crees estar confundiendo los términos? Aquí la única que tiene razones de sobra para estar enfadada soy yo, no tú, y podrás estar hasta mañana sin verme. Buenas noches, Robert.**

Robert leyó el mensaje con incredulidad y decidió que no enviaría ninguna respuesta después de aquel Wasap, para en cambio actuar otra vez según le dictaba su corazón.

¡Sin pararse a pensar si era lo correcto!

*23:45 pm apartamento de Mark.*

Mark y Alexia estaban sentados en el sillón, viendo una peli tranquilamente, cuando el timbre de la puerta sonó.

—Creo que te vas a llevar una sorpresa —le dijo Mark a la vez que se levantaba para abrir.

—¿Una sorpresa?

—Sí. Vas a conocer a la mujer que ha conseguido centrarme.

Abrió la puerta y se encontró con su novia, dándole un beso en los labios de bienvenida.

La cara de Alexia no pudo disimular la impresión que se acababa de llevar al ver, a la que era su actual jefa, allí.

—¿Y esto?

—Hola, Alexia —la saludó su jefa.

—No me lo puedo creer. ¿Cómo no me lo habíais dicho? —preguntó sorprendida, muy posiblemente la entrevista que le había hecho fue un simple paripé.

—No es lo que estás pensando —rio Mark tras ver la cara que tenía—. Si no fueras buena en tu trabajo a mí no se me hubiese ocurrido pedirle a Karen el favor de que te contratara.

—Pues me siento un poco incómoda, la verdad.

Karen decidió hablar.

—Alexia, soy una buena profesional y sé cómo trabajas, he estado pendiente en todo momento y eres buena en lo que haces, así que déjate de incomodidades y acéptame además como la novia de tu amigo. ¿Podrás hacerlo?

—Claro que podré, Karen. Gracias por todo.

—No me las des. Me ha dicho Mark —dijo cambiando de tema— que has encontrado un apartamento rapidísimamente. ¿Es cierto?

Alexia supo leer entre líneas que a ella no le hacía mucha gracia el que viviera con su novio.

Quiso dejar las cosas claras.

—Así es, Karen, mañana mismo me iré a mi nueva casa. No te preocupes que entre Mark, y yo, nunca ha sucedido nada, de haberlo hecho no se me habría ocurrido pedirle este favor tan grande.

—Me alegro —dijo sincera—. ¿Qué veis?

—Una peli, ¿quieres tomar algo, cariño?

—Ponme una copa.

Alexia allí no pintaba nada y quiso dejarles solos, preguntó a su amigo si podía dormir esa noche en su habitación para desaparecer, a lo que Mark accedió ante la evidencia de que ninguna de las dos estaría cómoda.

Le dio las gracias a su amiga a través de la mirada.

### ***Una hora más tarde, apartamento de Mark.***

Alexia dormitaba sobre la cama cuando lo que pareció el sonido del timbre la despertó.

¿Quién sería?

¿Quizás algún amigo?

Y se dio la vuelta intentando conciliar un sueño que le estaba costando una barbaridad encontrar por la evidencia de que Robert no se le iba de la cabeza.

Se volvió hacia el lado contrario y se extrañó de los ruidos que le llegaban a través de las paredes.



Escuchaba lo que parecían voces...

¿Qué estaba ocurriendo? Porque parecía escuchar dos tipos de voces diferentes y, además, pertenecientes a hombres.

Muerta de curiosidad se incorporó de la cama para averiguar qué era lo que estaba sucediendo, cuando de pronto la puerta de la habitación en la que ella se encontraba se abrió de un portazo.

¡Se encontró con una dantesca escena!

¡No, no podía ser cierto lo que estaba viendo!

Afrontó la realidad que se le venía encima y analizó la escena mientras que veía, por una parte a Robert entrando dentro de la habitación como un energúmeno, por otra parte a Mark tratando de agarrarlo del brazo soltando todo tipo de tacos e improperios, y en último lugar a su jefa tirando del brazo de su novio sin entender nada de lo que estaba ocurriendo.

¡Vamos, un caos absoluto!

Pestañeó varias veces ante la evidencia de que pudiera tratarse de un sueño...

¿No?

Pero la verdad era que de sueño no tenía nada.

¡Nada de nada!

Cogió aire para serenarse, dispuesta a aclarar las dudas que le estaban surgiendo ante el hecho de verle allí.

¿Cómo había descubierto el lugar en el que se había terminado alojando con la idea de que no la encontrara?

Aunque claro, la evidencia de que era una persona que contaba con una multitud de contactos, sumado a la disposición de los recursos que él mismo tenía, le habría simplificado el trabajo facilitándole el acceso sin ninguna dificultad añadida. Eso mismo ya le había ocurrido con anterioridad, cuando después de lo sucedido, entre ellos, se vio obligada a marcharse a casa de su madre en busca de consuelo.

¡No tardó en encontrarla!

—Alex, dime que no quieres verlo y... ¡¡¡lo sacaré de aquí a hostias!!!

La voz exaltada de Mark la volvió a la realidad al temerse lo peor.

—Tranquilo, Mark, no será necesario —respondió con una calma que le costaba tener, reaccionando a la mirada de súplica, que su novio le transmitía, para que intercediera a favor de él y no lo terminara echando de cualquier manera.

—¿Estás segura? Porque nada me gustaría más que partírle la cara a este cabrón. Si hubiese sabido que se trataba de él no habría abierto la puerta —sentenció cabreado como pocas veces lo había estado antes.

Robert se hizo el sordo porque lo que él deseaba era hablar con ella.

¡Exclusivamente con ella y con nadie más!

—¿Alex? —insistió su amigo dudando en dejarlos a solas mientras esperaba la respuesta que parecía tardar demasiado.

A lo que su novia intervino.

—¿No ves que lo que quiere evitar es que os peleéis? Anda dejémosles que hablen y no te metas en medio.

Mark no se movió del sitio ni siquiera cuando notó cómo lo agarraba del brazo y tiraba de él.

Y volvió a repetir:

—¿Alex? No me voy a mover de aquí hasta que me lo digas. No me fio nada de este gilipollas.

«Bueno, bueno, le había insultado un innumerable número de veces y él ni siquiera había reaccionado». Se alegraba Alexia al darse cuenta de lo mucho que debía de estar conteniéndose. Y supo que no lo lograría durante mucho más tiempo, recapacitando después de escuchar las sabias palabras de Karen.

Sabía lo que sucedería, entre los dos, si ella le decía que lo echara de su casa.

¡Algo que no podía consentir!

Además, ahora que se había permitido el atrevimiento a desafiarla, ante la evidencia de presentarse allí sin ser invitado, le daba nuevas fuerzas que con toda seguridad actuarían a su favor. Un detalle que iba a aprovechar para ponerlo en su sitio. Dispuesta a ser ella la que lo terminara echando.

¡Se lo había buscado él solito!

—No te preocupes, Mark. —Habló con voz tranquila—. Solo se quedará cinco minutos, ¿verdad, Robert?

El aviso, a través de la mirada diciéndole que solo estaba dispuesta a concederle cinco minutos, debió de ser evidente puesto que él se limitó a contestar:

—Lo que tú digas. Solo me quedará cinco minutos.

—Está bien —claudicó Mark no muy convencido—. Si me necesitas llámame.

—No será necesario. —Le dijo con el poder que le otorgaba saber que jugaba con ventaja. Se tomó la revancha y jugó deliberadamente con él, preguntándole—: ¿Verdad, Robert?

Robert la fulminó con aquella espectacular mirada que tenía, y que la volvía loca, decidiendo claudicar.

¡Aquella batalla la tenía perdida!

Sorprendió a los presentes tras oírle contestar como si se tratase de un corderito:

—Lo que tú digas, Alexia.

Mark consiguió relajarse, le gustaba el poder que ejercía su querida amiga sobre aquel tipo y, entonces sí, se dispuso a marcharse.

Robert cerró la puerta a su espalda y se acercó en busca de su adorada chica. A la que por cierto había echado terriblemente de menos.

—¡Quieto! —Fue lo primero que le dijo levantando una mano como si fuera una barrera.

Profirió una orden para que no se acercara más de lo que era necesario, convencida en mostrar sus cartas y, para que pudiera hacerlo, debía de mantener la mente despejada. Justo lo que no conseguiría si Robert continuaba acercándose. La ponía nerviosa y era un lujo que no se podía permitir.

¡Y él lo sabía! ¡Vaya si lo sabía!

No le convenía ningún tipo de acercamiento, lo conocía demasiado. Por ello se aferraba a mantener una distancia abismal entre los dos. Algo que Robert consintió, de momento.

—Alexia, he venido a hablar contigo, cariño —comenzó a decir. Parecía estar arrepentido—, si estoy aquí es porque no me has dejado otra alternativa —terminó diciendo en un gesto de justificarse.

Alexia le escuchó con atención, pero las palabras de su novio no le terminaron de convencer.

—¿Acaso no te has parado a pensar que yo no quiero hablar contigo? Te he dejado evidencias claras y precisas para que te hicieras a la idea, ¿no te parece?

Robert suavizó un poco su mirada.

—Alexia, el hecho de que no hayas contestado a ninguna de mis llamadas me tenía loco, por eso he venido. Como te he dicho en el mensaje, que te he enviado, no soportaba la idea de estar alejado de ti durante un minuto más.

—¿Ah, no? —Preguntó analizando su comportamiento—. Pues entonces haber pensado lo que terminaste haciendo en el pub de Mark. Fue un espectáculo lamentable. ¿Ya no te acuerdas? Porque la sensación que me das es la de un hombre que intenta a toda costa desviar el tema que de verdad es importante.

—Lo sé —reconoció dando un paso hacia ella—, sé reconocer mis errores; y, también sé, que

metí la pata hasta el fondo.

«Bueno, al menos es algo», pensó una Alexia esperanzada.

—Está bien que lo reconozcas, Robert, aunque no es suficiente.

—¿Cómo dices? —preguntó sin entenderla.

—Pues lo que estás oyendo, si de verdad piensas que has metido la pata hasta el fondo deberías pensar en mí y no presentarte de estas maneras.

—Pero...

Alexia no le dejó hablar.

—Te has precipitado viniendo hasta aquí porque quieres seguir controlándome, y no me gusta. No me gusta nada como ya te dije.

—Te equivocas...

—No. No lo hago. —Le volvió a cortar—, ¿por qué has venido si sabes perfectamente que lo que pretendo es no verte? Vamos contesta a la pregunta que te acabo de hacer y quizás así puedas convencerme.

—Ya te lo he dicho, quiero hablar contigo —se limitó a decir. No quería ahondar en las verdaderas razones del por qué se había molestado en saber de su paradero.

Y Alexia, después del tiempo que llevaban juntos, supo que no le estaba diciendo toda la verdad.

—No te creo —negó con la cabeza—. Si estás aquí, en este momento, es porque no aceptas que me haya venido a pasar unos días a casa de mi amigo, ¿me equivoco?

El silencio de él le dio la razón.

—Lo sabía.

A ella le bastó para saber qué es lo que quería hacer a continuación, avanzó decidida y pasó a su lado con la intención de abrir la puerta, invitándole a marcharse.

No pudo hacerlo, ya que antes de llegar a la puerta, si quiera, él no lo pensó y actuó apresurándose hacia ella, cogiéndola entre sus brazos.

—¿Qué haces? Ya te he dicho que te quedaras quieto —le dijo luchando contra sus brazos. Unos brazos que la hicieron sentir demasiado bien, centrándose en decir—: Esta conversación acaba de terminar.

—Amor —susurró sobre su oído debilitando sus sentidos.

¡Algo que hacía extraordinariamente bien!

Pero Alexia no estaba por la labor de dejarse llevar por ningún tipo de sentimiento. Si lo dejaba hacer actuaría a su favor y aquel detalle se terminaría convirtiendo en algo fundamental, y de vital importancia con respecto a la relación que ella quería y necesitaba. Afanada en no claudicar, aunque tuviese que luchar contra ella misma.

¡Qué débil era!

Como pudo se alejó de él dando un paso hacia atrás.

—¡No! —fue la contestación tajante de una chica que se moría por estar entre sus brazos.

—Vamos, nena —le suplicó con un mohín en un tono de voz irresistible y sexy.

Debilitó sus escasas defensas dificultándole el hecho de continuar negándose.

¡¡¡Lo que le estaba costando la vida!!!

—¡He dicho que no!

La cara de Robert no tardó en transformarse y dejó ver la evidencia de que se acababa de quedar sorprendido ante la negativa de ella por primera vez.

Notó su ego herido y se enfadó con ella.

—Alexia —pronunció con seriedad—, he venido hasta aquí a buscarte, ¿es que no lo ves?

Alexia le respondió alto y claro.

—Lo que veo, Robert, es la necesidad que sigues teniendo para controlarme siempre que a ti te apetezca hacerlo y no te lo voy a consentir. Ni ahora ni nunca.

—Pero... —comenzó a decir un hombre dubitativo.

—Pero nada, hasta que no recapacites, y me pidas perdón, las cosas entre tú y yo continuarán como hasta ahora.

—¿Y eso qué quiere decir? —preguntó un tanto perdido.

—Quiere decir que seguiremos manteniendo las distancias hasta que yo así lo decida, y quiere decir que por supuesto nada de sexo. Así que no pretendas venir aquí con la intención de camelarme porque no lo vas a conseguir. No pienso irme contigo a tu apartamento, y desde luego no pienso sucumbir a ninguno de tus encantos. No, Robert, ahora no, me has hecho mucho daño y quiero que recapacites sobre ello, hasta que no lo hagas me mantendré fría y distante contigo. Es lo que hay.

Las palabras las dijo en serio, aunque en el fondo se retorció de nervios ante la duda de que él no aceptase lo que le acababa de decir puesto que era un hombre que siempre había hecho lo que le daba la real gana, y que no había consentido que nunca, ninguna mujer antes, se hubiese permitido el lujo de contradecirle y encima ponerle en su sitio como acababa de ser el caso.

¡Dudó de si en verdad estaba haciendo lo correcto!

¿Y si se estaba equivocando?

¿Y si él decidía volver a su vida de antes?

¿Y si la dejaba?

Se martirizó con aquellos pensamientos mientras que Robert la miraba con cara de espanto.

—No me lo puedo creer.

Alexia no se dejó impresionar y continuó representando el papel que mejor le convenía.

Estaba convencida de ello.

—Pues créetelo, estoy hablando completamente en serio.

—¡Joder! —exclamó al darse cuenta de que no tenía nada que hacer—. ¿Es que no significa nada para ti el que haya venido? —volvió a preguntar como último recurso.

—Viendo tus intenciones, no.

—¿Ni siquiera cuando estoy pasando por alto el que te hayas venido a casa de ese?

¿Cómooooooooooooo?

¿Qué es lo que acababa de decirrrrrrrrrrr?

¿Cómo se atrevíaaaaaaaaaa?

¡¡¡Acababa de salir el premio gordo!!!

«Mira que lo veía venir...», se dijo Alexia mirándolo con unos ojos que estaban a punto de escupir fuego, dejando ver su estado lleno de nubarrones y turbulencias a la vez que continuaba con sus pensamientos. «Y no me había equivocado. ¡Vaya que no! Aquí está la evidencia y, la decisión de venir a buscarme, pasaba únicamente por alejarme de mi amigo Mark, y sobre todo de su casa».

Su enfado subió de grados, convirtiéndola en una loca.

—¡Mark! ¡¡¡Se llama Mark!!! —exclamó con un énfasis que daba miedo, corrigiéndole cabreada—, y si crees que voy a disculparme por ese motivo vas listo. Menuda forma de arreglar las cosas que tienes.

Se volvió a acercar hasta la puerta, avisándole para que ni se le ocurriera volver a acercarse, y la abrió de par en par.

—Los cinco minutos se acaban de terminar. Buenas noches, Robert.

—¿¿Qué?? —preguntó con una incredulidad absoluta.

¿Era cierto que lo estaba echando?

—Lo que has oído, vete a tu casa porque ni loca estaría dispuesta a irme contigo en estos momentos, ¿lo entiendes?

¡Como para no hacerlo!

Robert abrió la boca con el deseo de decir algo, pero pareció pensárselo mejor y prefirió callarse antes de liarla todavía más gorda, actuando con paciencia y consiguiendo un verdadero logro a esas alturas.

¡Dejando atrás al Robert de antes! Y del que casi ya no quedaba nada...

—Está bien —le dijo de malas maneras aceptando la invitación a que se marchara, ¿qué otra cosa podía hacer?—, como tú quieras.

Salió de la habitación y se limitó a decir:

—Buenas noches.

Fue hacia la puerta de salida y ni siquiera se despidió de los dos jóvenes que lo miraban desde el salón, dejando bien claro que el enfado iba también con ellos.

Con Alexia, con Mark, con Karen, vamos con el mundo entero... haciéndose a la idea de lo raro que se sentía ante la negativa que le acababan de dar.

Antes de marcharse cerró la puerta con un tremendo portazo, y Alexia, en cuanto escuchó la puerta cerrarse, fue cuando tuvo que echar mano de sus pensamientos negativos hacia él porque estuvo en un tris de salir corriendo a su encuentro.

¡No lo hizo!

Volvió sobre sus pasos, con un dolor que le atravesaba el corazón, y se refugió dentro de la habitación de su amigo Mark sin consuelo alguno.

¡Menudo acercamiento acababan de tener!

¡Qué desastre!

Llegó a pensar si le merecía la pena estar con un hombre que daba por hecho la necesidad de controlarla por muy Robert Brownn que fuese.

Entonces se hizo a la idea, a medida que lloraba y lloraba, de que:

¡¡¡No podía vivir sin él!!!

### *A la mañana siguiente...*

Alexia se levantó con unas ojeras considerables después de pasar una noche en la que no pudo dormir prácticamente nada. Se acordaba a cada instante de la conversación que habían mantenido y en la que, a pesar de reconocer su culpa, había continuado actuando como el ser controlador que era, sumiéndola en aquel estado de tristeza.

¿Cuándo se iba a dar cuenta de que necesitaba su espacio y que con su comportamiento lo único que estaba haciendo era asfixiarla?

Mantenia la condición absoluta de que ella no le pertenecía y por lo tanto tendría que darse cuenta, sí, o sí.

¡No le quedaba otra opción! Empeñada en permanecer alejada para que recapitara en torno a lo que estaba sucediendo entre ellos, aunque les resultase a ambos una prueba difícil de conseguir al no poder permanecer tanto tiempo alejados el uno del otro.

¡Era evidente!

Pero, ¿qué alternativa le quedaba? Convencida, una vez más, de que la única particularidad que a su novio le iba a servir, como lección, era precisamente esa... obligarle a que estuviese lejos de ella.

¡Y lo seguiría practicando de manera ferviente!

Dejó de lado sus pensamientos, avanzó hasta el cuarto de baño y se metió en la ducha con la glamurosa necesidad de despejarse, una vez que se duchó fue hasta la cocina y se preparó un café bien cargado. Después se vistió y recogió sus escasas pertenencias (metiéndolas en un bolso de mano), para llevarla consigo hasta su trabajo. Alegrándose de que por lo menos algo saliera bien ya que esa misma tarde podría disponer de su nuevo hogar.

Pensó distraída en la multitud de cosas que tendría que hacer esa misma tarde.

¡Un perfecto paréntesis para dejar de pensar en quien no debía!

Media hora después terminó lo que estaba haciendo y salió escopetada hacia el trabajo. Cómo no, sumida en una sensación de pesar que la acompañaba desde el maldito martes por la noche.

¡Empeñada en quedarse con ella!

### *Y llegó a su trabajo...*

Entró en el edificio con una normalidad absoluta y se dirigió hacia el ascensor. Una vez dentro se acopló como pudo y pulsó el botón, esperando a que la subiera hasta la quinta planta.

¡Sin que en ningún momento pudiera ni imaginarse la sorpresa que se iba a llevar!

En cuanto puso un pie sobre la moqueta, de la oficina, no le pudo pasar por alto el detalle de que parecía como si la observasen, e imaginó que se estaba volviendo loca a consecuencia de no estar en su sano juicio debido a su querido y sobre todo añorado Robert.

¡En fin!

Continuó andando y se percató de una realidad que desde luego distaba mucho de ser equivocada, alertándose porque en efecto:

¡¡¡Cada persona con la que se cruzaba, no solo la miraba, sino que además lo hacía con una sonrisa!!!

¿Qué estaba sucediendo?

¿Acaso tenía una mancha en la ropa o en la cara?

No entendía nada, agrandando su incomodidad con la certeza de que una multitud de ojos la observaban sin disimulo de ningún tipo.

¡Qué raro!

Llegó hasta ruborizarse y deseó llegar a su silla cuanto antes, apresurando el paso, para evitar el malestar que entre todos le estaban provocando. Miró al frente y divisó, al fondo, lo que parecía un jardín lleno de flores.

¿Quizás las habían comprado para una sesión fotográfica?

«Sí. Debe de ser eso», pensó distraída avanzando poco a poco, disimulando como podía la incomodidad de las personas que la seguían mirando con aquella estúpida sonrisa en la cara.

¿Sería porque allá donde iba la terminaban reconociendo?

Aunque para decir la verdad no estaba segura de que fuese nada bien encaminada. La agencia en la que trabajaban estaba llena de caras famosas a lo largo de todo el día, y eso quería decir que aquella gente estaba más que acostumbrada a lidiar con los famosos y los que salían en las revistas.

Entonces, ¿qué es lo que pasaba?

¡Oh, Dios mío!

De pronto abrió los ojos, como platos, y le empezó a faltar el aire, alarmándose, al darse cuenta de que...

¡¡¡¡Las flores estaban sobre su mesa!!!!

Miró embobada diez ramos diferentes de rosas, de todos los colores imaginables, invadiendo su espacio de trabajo. La cara le cambió en una décima de segundo y se emocionó por aquel detallazo tan bonito.

¡Qué amor de hombre!

Se giró en cuanto escuchó los pasos de alguien acercándose.

—Vaya, vaya, sí que la ha debido de cagar bien para que te compre tantas flores —le dijo su jefa guiñándole un ojo.

En ese momento comprendió el tipo de amigo que era Mark, puesto que aquel comentario le hizo saber que no le había contado, nada, de lo sucedido en su pub el martes por la noche.

Se alegró de contar con tan buenos amigos.

—¿Me crees si te digo que este es el mejor camino para que le perdone?

Ambas soltaron una carcajada.

—Bueno, te dejo —le dijo Karen—, por lo que veo has llegado antes de tiempo y tendrás que leer las tarjetas. —Señaló una a una todas las que había. Una por cada ramo de rosas—. Creo que te llevará su tiempo.

Y se alejó dejándola sola.

«Madre mía, que detalle tan bonito».

Se acercó hasta el ramo, que tenía más cerca, y cogió la tarjeta con manos temblorosas, la abrió y leyó:

***Como no sé el color de tus rosas favoritas he decidido apostar seguro.***

***¡¡¡Espero que te gusten!!!!***



Después de leída decidió coger las tarjetas de los demás ramos, en orden, y se sentó en su silla con una bobalicona sonrisa que evidenciaba su estado de ánimo.

¡Parecía que seguía dentro de una película romántica!

Y procedió a leer otra.

***Anoche me dijiste que te debía un perdón para que las cosas volvieran a ser como antes, así que allá va... LO SIENTO. HE SIDO UN VERDADERO EGOÍSTA Y TE PIDO PERDÓN.***

La emoción que la embargó hizo que no pudiera evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas.

¡Disfrutando de aquel momento tan maravilloso!

Y leyó la siguiente:

***¿Crees que es suficiente con ese perdón? Porque si tú así lo quieres estaré toda la semana enviándote rosas...***

¿Pero cómo había tenido la gran suerte de toparse con un hombre así? Estaba que no cabía en sí de felicidad.

Y cogió otra, aquel juego le resultaba maravilloso.

***TE QUIERO ALEXIA, TE QUIERO TANTO...***

Tuvo que coger un clínex para sonarse la nariz.

Seis, todavía quedaban seis tarjetas.

***Amor, ¿te parece que empecemos bien el fin de semana y te invite a cenar? Creo que nos lo merecemos después de estos días sin vernos lo que hubiésemos querido.***

***¿Aceptas?***

Decía la siguiente.

—Pues claro que acepto, tonto —se escuchó decir en voz alta.

Menos mal que no había nadie a la vista.

Y abrió otra con el corazón latiéndole a mil.

***Si me dices que sí AVISO habrá sexo. En cambio si dices que no SERÉ YO EL QUE NO TE PERDONE.***

Una carcajada salió de su boca por aquel comentario.

¡¡¡Pues claro que habría sexo!!!

¿Acaso lo dudaba?

E impaciente abrió una más.

***TE INVITARÉ A CENAR, VENDRÁS A MI CASA Y HAREMOS EL AMOR... DURANTE TODA LA NOCHE.***

***Uuuuuuuuuuu me estoy poniendo cachondo solo de pensarlo, ¿y tú?***

Alexia entonces trató de respirar con normalidad.

¡Aunque no pudo hacerlo!

«Le gusta jugar conmigo y a mí me encanta», pensó una acalorada Alexia, vislumbrando la noche mágica que les esperaba.

Temblando abrió la siguiente, únicamente le quedaba otra en la mano.

***¿A qué hora te recojo NENA? Te conozco muy bien y sé que tienes tantas ganas de verme como yo a ti. ¿A que no me equivoco?***

¡Claro que no se equivocaba! Qué bien la conocía...

Y con un poco de pena se decidió a leer la última, algo que no hubiese hecho de haber sabido lo que ponía, porque hizo que se olvidara del romanticismo de todas las demás.

Decía así:

***Cariño, no te olvides de traer algo de ropa por si el apartamento que has alquilado no está listo para que lo puedas utilizar hoy. No sabes lo que me está matando el que sigas en la casa de ese tipo...***

¿Cómooooooooooooo?

¿Había leído bien o sería un error?

«Por Dios, que no sea cierto lo que acabo de leer».

Y volvió a hacerlo, con el corazón en un puño, evidenciando la realidad de que de error nada de nada.

¡Continuaba empeñado en mostrarse controlador!

¿Es que no había escuchado nada de lo que le dijo la noche anterior?

¿Tan difícil era de entender lo que ella quería?

De verdad que le estaba suponiendo, un mundo, no ponerse a gritar de frustración ante las

evidencias de que su novio era duro de pelar, y, enfadada como nunca, rompió cada una de las tarjetas. Las tiró a la basura y después fue regalando cada ramo a cualquier mujer con la que se iba cruzando en el camino.

¡Iba listo si creía que iba a claudicar!

Como pudo se incorporó a su puesto de trabajo después de deshacerse de los regalos que ni muerta iba a aceptar.

Fue un día terriblemente largo en el que el móvil no paró de sonar hasta que tuvo que apagarlo...

¡Antes se moriría que coger una de sus llamadas! Decidiendo cortar por lo sano para que se diese cuenta de una puñetera vez que aquel juego al que él jugaba no le gustaba nada.

¡Nada en absoluto!

No se echaría para atrás y continuaría respetando lo que era una cuestión de principios.

¡Punto y final!

*Viernes, 20:50 pm.*

Alexia miró el resultado del trabajo, hecho a conciencia, y se sintió orgullosa de lo que habían conseguido en tan pocas horas. El minúsculo apartamento lucía bastante mono y apto para habitarlo, contando con la ayuda inestimable de sus amigos sin los que no habría sido posible en tan poco tiempo.

¡Eran un auténtico sol!

Lo primero que había hecho, en cuanto salió de la oficina, fue dirigirse al lugar en el que sus muebles estaban guardados para, con paciencia, hacerse cargo de ellos aunque fuese un trabajo demasiado duro. Allí se encontró con la grata sorpresa de que la esperaban Vero, Peter y Sofía, ayudándola a trasladar, sus escasas pertenencias en la furgoneta de trabajo de Mark, al que, según le contaron, le fue imposible ir a ayudarles porque a última hora había recibido una llamada que por lo visto lo dejó un poco descolocado, y que había sido la causante de que tuviese que quedar con esa persona en vez de ir con los demás.

Se olvidó en qué podía estar metido y se dedicó, a fondo, a la terrible tarea de limpiar, ordenar, colocar, supervisar...

Después de limpiar, y de que los muebles estuvieran en el sitio que ella creyó oportuno, las tres fueron hasta una tienda enorme que no estaba muy lejos de allí en la que vendían un poco de todo. Estaba bastante melancólica por el recuerdo obsesivo de su novio y fundió buena parte del saldo de su tarjeta, dejó atrás su sentido común y se compró bastantes más cosas de las que en un principio debería, pero sin que le importara mucho, la verdad. Entre ellas un cuadro gigante de unos tulipanes azules y amarillos, del que se encaprichó en cuanto lo vio, acompañado de una lámpara para la mesilla de noche a juego. Los cargaron, como pudieron, y siguieron ensimismadas con las compras.

Una hora después regresaban entre una multitud de bolsas y con un termo de café acompañado de dos cajas de donuts. Algo que Peter agradeció, tras tanto trabajo, después de poner el cuadro en mitad de la pared del dormitorio y la lámpara, dando un toque de color a la habitación, mientras que sus amigas y ella fregaban la loza y la colocaban en los armarios de la cocina relucientes. Dispuestas de buena gana a dar fe del café y los donuts una vez que terminaron de colocar los últimos objetos.

¡Se lo habían ganado!

Y allí estaba ahora, contemplando su nuevo apartamento mientras se hacía a la idea de que tenía que meterse bajo la ducha de inmediato o llegaría tarde a la cita con sus amigos.

¡Algo a lo que Alexia no estaba dispuesta! Olvidándose del continuo malestar que tenía dentro desde que tuvieron el altercado en el pub de Mark hacía tres días, después en casa de su amigo, y como colofón final aquella tarjeta que había dado al traste con cualquier tipo de acercamiento o de reconciliación. Actuando en consecuencia y dejándose guiar por unos pensamientos que la hacían ver que estaba haciendo lo correcto...

Y por supuesto sin contestar a sus llamadas.

¡Aunque doliera extremadamente!

Ya tendría tiempo de aclarar un par de puntos en la relación con su novio al día siguiente, y es que esperaba a darle su nueva dirección para atormentarle un poco. El sábado sería el perfecto día para hablarle abiertamente de lo que pensaba de él y de su comportamiento ancestral. No estaba por la labor de admitir ni ahora, ni nunca, lo que él debería de saber ya...

¡Las pruebas eran evidentes!

Se metió en el cuarto de baño y se dio su primera ducha con el pensamiento de que le encantaría tenerle a su lado para compartir sus nuevos logros, en fin.

No tardó en arreglarse y se terminó calzando unas botas planas de color negro, cogió la cazadora, el bolso, y echó a correr antes de escuchar el pitido de su teléfono móvil anunciando un wasap. Dudó en si verlo o no.

¿Y si era de sus amigos?

El mensaje no era de sus amigos, era de Robert, y ella no pudo controlar las ganas que tenía de saber de él, aunque continuara empeñada en no cogerle las llamadas.

Así que lo leyó.

**Por Dios, Alexia ¿quieres hacer el puto favor de coger el móvil cuando te llamo? Estoy al borde de que me dé un ataque. Vuelvo a asumir mi error y no sucederá más, te lo prometo, ¿por qué no vienes a mi casa?**

Se decidió a decirle lo que iba a hacer esa noche para que por lo menos no estuviese preocupado.

**No voy a hablar contigo, Robert, solo te envío esto para que te quedes tranquilo. Voy a quedar con mis amigos esta noche en un sitio diferente para celebrar que tengo nueva casa, así que por lo que más quieras, no se te ocurra buscarme. Haz el favor de no empeorar las cosas y piensa en lo que sigues haciendo, porque la impresión que me sigues dando es la de que continúas empeñado con esa posesión hacia mí y no me gusta en absoluto. No estoy dispuesta a que continúes así, Robert. Me lo debo a mí misma, ¿lo entiendes? Mañana te daré mi nueva dirección para que vengas y hablemos de lo sucedido. No antes.**

Dejándole claro (por si todavía no lo tenía), que iba a actuar con total normalidad y que no iba a apartarse de sus amigos ni ahora ni nunca.

Pulsó la tecla de enviar.

El pitido del móvil, con el mensaje de vuelta, no se hizo esperar.

**Alexia, me parece muy bien que quedes con tus amigos pero, ¿y yo? ¿Por qué insistes en dejarme apartado? No puedo esperar a mañana para verte, ¿no lo entiendes? Te estoy diciendo que reconozco mi error, ¿qué más quieres que haga? ¿Qué te diga que puedes quedarte en casa de Mark el tiempo que quieras con mi beneplácito? Si es eso lo tienes, nena,**

**intentaré comportarme de otra manera, es lo único que puedo decirte, ¿me crees? Anda, entra en razón y dame tu actual dirección. Empecemos bien el fin de semana.**

Alexia se sintió culpable en cuanto lo leyó, y lo hizo porque le entraron dudas acerca de qué sería lo mejor dadas las circunstancias... Aunque claro, la razón de dejarle fuera, de sus planes, él solito se lo había buscado. Era el causante de que se viese obligada a hacerlo.

Pudo, al menos, sacar algo positivo de aquel entuerto tras leer que llamaba a su amigo por su nombre, por fin, y no en tono despectivo.

Por lo menos era algo, ¿no? Y hecha un mar de dudas se hizo una pregunta que le estaba quemando por dentro.

¿No sería demasiado el escarmiento después de lo que acababa de leer? Porque le acababa de decir que estaba arrepentido y que no volvería a suceder ¡otra vez!

Como no podía ser, de otra manera, la respuesta fue que no. Nunca sería demasiado escarmiento después de que él se hubiese atrevido a hacer lo que había hecho.

Y se permitió ser mala enviándole otro mensaje.

En él le decía esto:

**Podrás esperar a verme, yo también lo estoy haciendo y sabes que es debido a tu última tarjeta. Eres demasiado impulsivo y deberías haberte pensado lo que ibas a escribir. Ah!! Y no te preocupes, no es necesario que me quede en casa de Mark durante ningún día más. Ya tengo todo listo en mi nuevo apartamento, ¿te quedas más tranquilo? Y por supuesto no pienso cambiar mis planes, necesito quedar con mis amigos. Lo necesito de verdad y es lo que voy a hacer. Ahora sí, buenas noches, Robert ¡qué descanses!**

Metió el móvil dentro de su bolso y salió pitando hacia la puerta.

¡No quería llegar tarde!

Robert leyó y releyó su último mensaje, incrédulo, y decidió no enviar ninguna respuesta después de aquel wasap.

Eso sí, sin poder estarse quietecito, ideando un plan...

¡Parecía empeñado en no aprender la lección! Aunque claro, ahora sería diferente después de aliarse con una persona que hubiese sido impensable hacía solo unas horas...

Quedaron los cinco (Alex, Sofia, Vero, Peter y Mark) a las nueve en un restaurante mexicano que a Alexia le encantaba, y como era la que iba a invitar, gracias a su nueva situación laboral, se decidió por aquel lugar que tanto le gustaba. Entraron entre risas y carcajadas, sentándose en la mesa que tenían reservada y pidiendo una ronda de margaritas antes de que la comida llegase. A continuación degustaron una exquisita cena a base de tacos, burritos, nachos, y salsas picantes con frijoles y guacamole. Todo acompañado de multitud de cervezas y distendida charla que se fue alargando hasta que dieron cuenta de los ricos manjares.

Compartían entre amigos una velada exquisita en la que el trato era no sacar el tema de lo sucedido, hacía tres noches, para hacerle más llevadero el calvario que debía de llevar dentro porque, aunque estaba haciendo lo imposible por divertirse, la cara ausente y la mirada triste evidenciaban que echaba terriblemente de menos a su novio. Ella estaría encantada de que Robert también estuviese allí celebrando las nuevas noticias, sin tener una mínima idea de la sorpresa que se iba a llevar...

Una sorpresa que estaba relacionada con la misteriosa cita que Mark mantuvo, esa misma tarde, en un sitio bastante exclusivo y que había sido la causante de que no hubiese podido ayudarles con la tarea de la mudanza.

Dos horas después, antes de marcharse, pidieron un par de rondas de chupitos de tequila para rematar la cena. Procediendo a chupar un trozo de limón, después chupar la sal que con anterioridad se habían echado en la mano, y ya por último tragarse el chupito entero. Cada uno de ellos se puso en situación y disfrutaron de lo que tenían por delante, manteniendo el tipo y sin que a ninguno se le ocurriera meter la pata puesto que, gracias a la información que Mark, les terminó dando, eran partícipes de lo que estaban haciendo.

Una vez que terminaron salieron entre un alboroto enorme por el alcohol que habían ingerido y con la sensación de que el estómago les ardía gracias a la mezcla del picante con el tequila, centrándose en coger dos taxis que los llevarían hasta la discoteca en la que terminarían la fiesta. Le desvelaron la sorpresa de que habían reservado una de las zonas vips para que pudiesen estar tranquilos.

¡Era el precio de la fama!

Un detalle que Alexia les agradeció, quería disfrutar de sus amigos sin contratiempos de ningún tipo, olvidándose de la incómoda situación que había vivido en el restaurante cuando entró y fue reconocida. Menos mal que para bien o para mal ya se iba acostumbrando y en cuestión de segundos pudo cambiar el chip para disfrutar de lo que era importante de verdad.

¡Nada más!

—¡Jo, chicos! Esto no era necesario, os habrá costado una fortuna —los regañó con un nudo en la garganta al ver la discoteca a la que la habían llevado. Una pena infinita la engulló por los recuerdos que le empezaron a venir a la mente de manera descontrolada.

«¿Por qué tiene que ser esta precisamente?», se preguntó extrañándole que Sofia no hubiese caído en la particularidad de aquel sitio en concreto.

¡Una particularidad que Sofia recordaba a base de bien! Disimulando a la perfección, e

interpretando el papel que se le había solicitado que hiciera, puesto que ella se limitó a no decir nada más.

—Tú te lo mereces todo, Alex —le dijo Vero entre risas, mirando a los demás con complicidad.

—Vamos, pidámonos una copa, ¿os parece? —preguntó Mark decidido.

—Eso está hecho.

—Sí, vamos.

Se dirigieron a la barra privada donde el camarero los recibió con una cálida bienvenida, haciéndose cargo de los abrigos para meterlos en el guarda ropa. Poco después volvió y tomó nota, a cada uno, del cóctel que quería para a continuación echar bebidas variadas dentro de la coctelera. Actuaba como el profesional que era, mientras que los presentes lo miraban entusiasmados.

—Por ti, Alex —dijo Peter alzando el brazo con el cóctel de la mano cuando estuvieron todos servidos, chocando las copas.

—Por Alex —se escuchó decir a todos.

—Gracias, chicos, de verdad que no se puede tener mejores amigos, cómo os quiero —les respondió agradecida pero con el corazón encogido debido a la nostalgia de encontrarse allí. Se llevó la bebida a la boca y la degustó con la intención de terminar de emborracharse antes de que se volviera loca—. ¡Joder! ¡Esto está de muerte!

Sus amigos rieron y siguieron sus pasos, bebieron un trago y dieron fe de lo que acababa de decir.

—Ya pueden estar buenos con lo caros que son —rio Vero—, después de esta noche habrá que pensarse seguir saliendo hasta que el bolsillo se recupere.

—Yo pagaré —se ofreció Alex—, es lo menos que puedo hacer después del detalle que habéis tenido conmigo.

—Cariño, solo estaba bromeando, ¿qué más da unos cuantos dólares más? Nuestro propósito es que te divirtieras, y creo que lo estamos consiguiendo... un poquito, ¿verdad?

Alex sonrió con una sonrisa forzada debido a las escenas que le venían a la cabeza, dejándola en un estado evidente de añoranza.

Y Sofía, que se estaba dando cuenta de todo, aprovechó la música que sonaba y no tardó en coger de la mano a su amiga para encaminarse hacia la pista de baile (que por supuesto había solo para ellas).

Comenzó a bailar, haciendo el tonto, para distraerla, y sonrió. Acababa de conseguir su propósito y ella la imitaba.

Terminaron bailando por completo desinhibidas, hasta se olvidó de su novio, durante un ratito para limitarse a disfrutar del bailecito que se estaban marcando.

Mientras ellos estaban en la discoteca, Robert y Dan acababan de cenar en el apartamento del primero, y para pasar el rato hablaban acerca de las responsabilidades que había adquirido en la empresa de su padre. Mirando impaciente la hora en su reloj como si estuviera esperando algo... como era el caso.

Cuando al fin escuchó el pitido de su móvil supo que había llegado el momento de actuar. Se puso en pie y le dijo a Dan que había llegado la hora, comenzando a teclear con la intención de enviar un wasap.

—Vámonos.



Dijo una vez que terminó lo que estaba haciendo.

—Espera, que cojo las llaves de mi coche.

Minutos después, salían de una de las plazas de garaje de Robert y tomaron la dirección que alguien les acababa de dar a través del teléfono móvil.

Las siguientes dos horas y media Alexia las dedicó a bailar como una loca y a probar los innumerables y deliciosos cócteles. Actuaba según le venía en gana porque por primera vez, en mucho tiempo, nadie que no la conocía la observaba, aunque, tuvo que reconocer que solo bebía para olvidarse de él. Lo echaba en falta demasiado.

Aprovechó un descanso entre baile y baile, para coger el móvil, e ir hasta el cuarto de baño. Entró en el interior y abrió el grifo para refrescarse la nuca.

—Mierda.

Terminó diciendo con un nudo en el estómago ante la evidencia de que no podía seguir sin verle.

¡Cómo lo echaba de menos!

«¿Y si le mando un mensaje invitándole a venir?», se preguntaba una chica a la que le estaba costando un suplicio permanecer alejada de él.

Hecha un lío, porque no podía pensar con claridad, se miró en el espejo y se preguntó en voz alta:

—¿Qué hago? ¡Oh, Dios! Lo que daría por estar con él.

Indecisa, y bastante nerviosa, cogió el móvil y desbloqueó la pantalla sin todavía saber qué hacer. Se encontró con la sorpresa de que tenía un mensaje que no había escuchado, porque lo tenía dentro del bolso, y se puso histérica de emoción.

Lo abrió y comenzó a leer.

**Eres una cabezota, Alexia, ¿cómo has podido pasar de lo que te he dicho y quedar con tus amigos sin mí? Pues para que lo sepas no me voy a quedar de brazos cruzados porque también yo voy a salir. Unos amigos me han invitado a una fiesta privada y como tú ni siquiera has consentido invitarme a la tuya me uniré a la de ellos, ¡Ah! Puede que mañana no nos podamos ver porque me pienso coger una moña de las que hacen historia, así que no te molestes en darme la dirección. Ya nos veremos. Siga divirtiéndose, Señorita Jammes.**

—¡Joder! —exclamó en voz alta. Lo que acababa de leer parecía una venganza en toda regla a lo que ella le había hecho. Dejándola de lado, ahora él a ella, doliéndole dentro del alma.

Se vino abajo completamente.

¿Y si se emborrachaba y le terminaba poniendo los cuernos como ya le pasara con Jack?

Desde luego que candidatas le iban a sobrar...

Tuvo que armarse de una paciencia, que no tenía, para contestarle y lo hizo con el corazón encogido, sufriendo por su ausencia.

**¿Tratas de ponerme celosa? La diferencia abismal es que tú sabes perfectamente con quién estoy, en cambio yo no. ¿No irás a cometer una locura, verdad, Robert? Si no te he invitado**

**ha sido para que entres en razón, me encantaría que estuvieses aquí, no sabes lo que te necesito a mi lado... pero creo que antes debes aprender una lección demasiado importante. A menos yo lo veo así.**

Y pulsó la flecha de enviar.

Robert iba subido en el coche de Dan cuando sintió como su móvil vibraba dentro del bolsillo de su pantalón, lo cogió y dejó escapar una sonrisa a medida que lo leía. Se lo estaba pasando muy, pero que muy bien con el juego que había comenzado.

¡Le gustó la idea de que estuviese celosa! Y una vez más volvió a escribir...

**Señorita Jammes, ¿le gusta dar lecciones? Pues creo que se ha equivocado de hombre, porque, para que lo sepa, a mí no me gusta nada recibirlas. Aténgase a las consecuencias.**

La cara de Alexia era un poema tras leer el último mensaje, ¿qué quería decir con que se atuviese a las consecuencias?

¡Aquello iba de mal en peor!

Decidió bajar el tono puesto que estaba consiguiendo asustarla.

**¿Me estás amenazando, Robert? Creo que no es necesario y si lo que pretendes es asustarme lo estás consiguiendo. Nunca he tratado de convertir mi enfado en una venganza contra ti, nunca. Y para que lo sepas también estás consiguiendo fastidiar mi gran noche en compañía de mis amigos, ¿sabes por qué? Porque no hago otra cosa que pensar que lo que pretendes decirme es que te terminarás tirando a cualquier chica que se te ponga a tiro, y eso me está matando, Robert.**

—¿Qué haces?

Alexia casi dejó caer el teléfono al verse sorprendida por Sofia, se dio la vuelta y se refrescó la cara tratando de ocultar a su amiga su cara anegada en lágrimas.

—¿Ocurre algo, Alex? —le preguntó, su intuición le decía que algo andaba mal.

Y Alex no pudo ocultarse durante más tiempo, dejando que su amiga viese que estaba llorando.

—Cariño, ¿qué pasa? —Se acercó con rapidez y la estrechó entre sus brazos.

—Es Robert —Lloriqueó como una niña pequeña sin consuelo alguno—. Dice que como yo no lo he invitado, él también va a salir con unos amigos y que no me moleste en decirle mi dirección mañana. Se va a emborrachar y no va a querer ni verme. ¡Oh, Sofia! Creo que me he pasado obligándole a estar alejado por lo que hizo y me estoy arrepintiendo ahora que posiblemente sea tarde. ¿Qué voy a hacer? ¿Y si decide enrollarse con cualquier otra por ahí?

Sofia trató de tranquilizarla.

—Cariño, ya sabes que él te quiere, te lo ha demostrado infinidad de veces y no va a liarse con nadie porque estéis peleados. Ya lo deberías saber, cielo.

—Sí, pero me acaba de advertir que me atenga a las consecuencias —susurró sin parar de llorar—, ¿y si me he pasado con él?

«¡Será capullo! ¿Cómo le podía decir eso cuando lo cierto era que no iba a salir con ningún desconocido?», pensó una Sofía enfadada.

Mantuvo la calma como pudo porque le estaba costando una barbaridad no decir lo que quería en esos instantes.

—Cariño, has hecho lo correcto, así que no se te ocurra dudarle, ¿estamos? Anda, lávate la cara otra vez y salgamos ahí fuera. Una ronda de margaritas nos está esperando y no voy a consentir que no disfrutes de lo que es una celebración muy importante para ti. ¿Vale?

—Sí, pero...

—Pero nada, Alex, olvídalo y punto. Pasémoslo bien

—Vale —consiguió decir no muy convencida.

—Además —añadió Sofía con intención—, ¿quién te dice a ti que la noche no pueda acabar de fábula?

Alex mostró una sonrisa obligada, sin entender aquel comentario que no venía a cuento, mientras que el móvil anunciaba, sobre el mármol del baño, que acababa de recibir otro mensaje que estaba listo para leer en cuanto ella lo quisiera.

—Te espero fuera, no tardes —le dijo su amiga para dejarla tranquila.

Y no pudo evitar sentirse un poquito traidora por saber algo de vital importancia y que debía de continuar ocultando.

¡Lo había prometido!

—Vale. Ahora voy.

En el momento en el que se quedó sola actuó con nerviosismo, abrió la aplicación y leyó la respuesta a su wasap, de antes, de manera ansiosa y preocupada.

**No pretendo ponerte celosa, además, ya te he dado razones para saber que puedes confiar en mí, pero eso no significa que mientras estás por ahí, pasándotelo bien, yo tenga que permanecer en mi casa encerrado, ¿verdad? Disfruta de la noche y sobre todo ¡¡qué descansas!!**

—Mierda, ¡qué capullo! —volvió a decir en voz alta cuando leyó el “que descansas”.

Justo las mismas palabras que ella le dijo para hacerlo sufrir.

¡Acababa de recibir, de vuelta, el dardo envenenado que ella había lanzado antes!

¿Cómo iba a descansar si no sabía ni dónde ni con quién estaba? Se arrepintió de todas y cada una de las decisiones que terminó tomando desde el martes por la noche.

«¡¡Buffffffff!! Menuda nohecita me espera», pensó triste y con la sensación de que estaba en el lugar menos indicado.

Incapaz de alegrarse de que hubiese tratado de tranquilizarla en el punto en el que se refería a las mujeres. ¡Un detalle que por supuesto no le sirvió de nada! Haciéndose a la idea de que lo único que quería era arreglar las cosas de una vez porque no podía vivir con aquella agonía.

Pasado un rato, considerable, terminó saliendo del baño y se volvió a reunir con sus amigos sin que pudiese evitar el sospechoso brillo que tenía en los ojos.

¡Algo que a ninguno le pudo pasar por alto! Continuando callados porque el desenlace a aquella agónica noche estaba cada vez más cerca...

Aunque claro, si era para bien, o para mal, eso ya era otro cantar que no estaba en manos de ellos.

—Venga, Alex, bailemos esta canción, ¿te parece?

Sin darle otra opción Sofía la volvió a agarrar de la mano y la llevó hasta el centro de la pista vacía, tratando de que se olvidara de la pena que llevaba escrita en su cara.

Dan le dio las llaves del vehículo al aparcacoches y se dirigieron a la entrada de la exclusiva discoteca. Lo hicieron por una puerta que muy poca gente conocía y allí fueron recibidos por el dueño del local. Entraron después de que se saludasen y no tardaron en subir, directamente, a uno de los mejores reservados en el que un grupo de gente les estaba esperando.

A continuación abrieron la puerta y se encontraron con una maravillosa sorpresa, (a escasos metros de ellos) por la que habrían llegado a pagar una fortuna en el caso de que hubiese sido necesario. Ambos se acababan de quedar con la boca abierta, embobados, por lo que veían en el interior de aquella sala, deleitándose con una sensual escena que les hacía volar hasta el paraíso... mientras que Robert se comía a través de los ojos la figura femenina que a día de hoy lo seguía volviendo loco del todo.

¡Aquella hipnótica visión le provocó una erección de dimensiones impresionantes!

Y ahí estaba Alex, dejándose llevar por la locura de Sofía, y de la cautivadora música de aquella canción, sin que pudiese tener una mínima idea de quiénes eran las personas que en esos instantes entraban en el reservado. Continuando absorta en el bailecito que se estaba marcando junto a su amiga del alma y que, de haber habido público desconocido, habría levantado un auténtico revuelo gracias a los sensuales y provocadores movimientos que ambas hacían...

—Somos hombres con mucha suerte, ¿eh? —le dijo Dan, admirando el cuerpo de Sofía.

—Desde luego que sí —afirmó un Robert que no podía dejar de mirarla, comiéndosela con los ojos.

¡En su mente apareció una nueva lección para su adorable chica!

Supo lo que tenía que hacer, lo supo desde el instante en que pisó el interior de la discoteca que había cambiado su vida. Rememorando aquella noche, inolvidable, que fue la causante de que se convirtiera en alguien totalmente irreconocible.

Avanzó poco a poco mientras ella continuaba de espaldas con aquel vaivén que lo estaba consumiendo de deseo.

Y fue como si el tiempo empezase a retroceder...

¿Quién le iba a decir a él, por aquel entonces, los cambios que se iban a producir en su vida? Era impensable en aquellos días en los que se dedicaba únicamente a follarse a quien le daba la gana, cuando le daba la gana y donde le daba la gana. Reconociendo, con una paz interior infinita, que no quería volver a aquella superficial vida sin sentido y sin sentimientos.

¡No ahora que la tenía a ella! A la mujer que lo llenaba en todos los sentidos y que con el distanciamiento impuesto, a la fuerza, tras sus meteduras de pata, le había vuelto a servir para echarla terriblemente de menos despertando en un hombre, como él, unos sentimientos que nunca antes había sentido y que dolían en exceso ante el hecho de no tenerla como quería. Convencido de que le estaría eternamente agradecido por darle la oportunidad de saber lo que era amar a otra

persona, a medida que se acercaba cada vez un poquito más con la intención de dar caza a la presa que tenía delante de sus narices.

Un mar de sensaciones despertaron en él:

Pasión...

Amor...

Dulzura...

Deseo...

Tranquilidad...

Felicidad...

¡Buffffff!

Se demostró a sí mismo que era un tipo con sentimientos verdaderos. ¿Quién lo hubiese llegado a decir?

### *Dos minutos después...*

Una acalorada Alexia, que lo seguía dando todo en la pista de baile, con tal de olvidarse de lo que debía y no podía, continuó bailando como si nada cuando de repente, y sin previo aviso, sintió como una especie de *dejaviu*. Notó la conocida presencia de un hombre (que se había instalado dentro de su corazón), como si estuviese cerca de su cuerpo. Lo sentía más que nunca, aunque fuese a base de estar volviéndose loca de tanto que lo necesitaba. Afanándose a la idea de retener aquella deliciosa sensación, actuando con desesperación, y, cerrando los ojos en un deseo irrefrenable de que sus sueños se cumplieran.

Desde luego que estaba como una cabra, sin lugar a dudas debía de dejar de beber y es que, el ansia de querer verlo, y sobre todo de sentirlo, era tanta que ya hasta creía ver lo que no era. Se dio por vencida porque no podía apartarlo de su cabeza.

¿A quién trataba de engañar?

En ese instante cambió de planes, quería marcharse a su casa para pasarse toda la noche llorando, era lo único que quería hacer. Permanecer sola para compadecerse de sí misma sin que nadie pudiese decirle nada.

Y le cambió la cara, dispuesta a dejar de fingir, a la vez que paraba de bailar antes de que, definitivamente el tiempo lograra pararse, viéndose interrumpida por la voz ronca de un hombre, que tenía a sus espaldas, y que le dijo cerca de su oído con una voz insinuante y sumamente sensual:

—¿Bailas?

A Alexia se le erizó el pelo de la nuca en el mismo instante en que reconoció, aquella maravillosa voz, que le hacía la misma pregunta que el día en el que se conocieron.

La misma discoteca y la misma pregunta...

¡Se derritió!

Sofía se retiró en busca de Dan y Robert le pasó con suavidad la mano alrededor de la cintura, de su adorada novia, y la apretó contra su cuerpo para que notara la erección que solo ella había conseguido despertar.

¡Igual que la otra vez!

—Se me da bien bailar, ¿sabes? —volvió a susurrar sobre su oído repitiendo la misma frase.

¡Parecía empeñado en retroceder hasta el día en que sus vidas cambiaron para siempre!

Entonces, una Alexia que debería de estar enfadada (comprendiendo que sus amigos habían ideado aquel plan invitándole a unirse a la fiesta), no tuvo las fuerzas necesarias para seguir haciéndolo. Dejó escapar un suspiro y se alegró de que él estuviese allí. Dejándose llevar por las sensuales manos que acariciaban, su cintura, y que tenían el poder de transportarla hasta el cielo por el vaivén de sus caderas contra las suyas siguiendo el ritmo de la música.

—¿Qué haces aquí? —le preguntó de espaldas.

—No podía soportar estar más tiempo sin verte, amor.

La palabra amor la volatilizó en todos los sentidos, comprendiendo la magnitud de lo que significaba aquella frase.

—Ni yo tampoco —admitió dándose la vuelta. Se olvidó del enfado, y de cualquier nimiedad ahora que lo tenía donde quería, y fue recibida por una boca que no tardó en posarse sobre la suya diciéndole lo mucho que la había echado de menos.

—¡Oh, Dios! Cuanto necesitaba esto, nena.

Volvió a besarla, de manera provocativa e intensa, para saciar el hambre que lo consumía pero sin conseguirlo.

¡Necesitaba mucho, pero que mucho más!

—¿Te acuerdas de la última vez que estuvimos aquí?

—Nunca podría olvidarlo —Y añadió mirándolo a los ojos con un amor infinito—: Has pensado en todos los detalles, ¿verdad?

—No te mereces menos, cariño.

Y la volvió a besar.

—Aunque hay un detalle que sigue consumiéndome, ¿sabes? —le dijo con voz juguetona, derritiéndola con aquella mirada escalofriante que despertó todos y cada uno de sus sentidos.

—¿Ah, sí? ¿Cuál?

—Es muy simple. —bajó hasta aquella deliciosa boca, que tenía el poder de dejarlo embobado, añadiendo sobre ellos—: La noche en que nos conocimos dejamos un tema pendiente, ¿te acuerdas?

Mientras le susurraba aquellas palabras, sobre sus labios, la acercó a su cuerpo y le sacó un gemido en el instante en que frotó sus caderas contra las de ella, continuando con el bailecito que los estaba volviendo locos de deseo. Haciéndola partícipe de lo mucho que la necesitaba y de lo que lograba despertar en él.

—Me acuerdo —le respondió con una pícaro sonrisa.

—¿Qué te parece si terminamos lo que empezamos aquella maravillosa noche? —le volvió a

susurrar sobre los labios de manera insinuante. Actuaba como solo él sabía, comportándose como el hombre irresistible que era, porque...

¡¡Simplemente no iba a aceptar un no por respuesta!!

Y claro, Alexia no tuvo nada que argumentar, sucumbiendo encantada, cegada por una pasión que la consumía debido a sus palabras. Despertó un deseo que se agrandaba a pasos agigantados llegando a convertirse en irrefrenable.

Algo que a él se le daba especialmente bien, aceptando el hecho de que su amado también la había cambiado a ella.

¡Necesitando más... pero que mucho, mucho, más!

Y recordó la noche, meses atrás, en la que la llevó casi a rastras hasta uno de los reservados de aquella discoteca, antes de que terminara abalanzándose sobre su cuerpo sin pedirle permiso de ningún tipo.

Un escalofrío de placer la desarmó y, una mujer decidida, y valiente, supo lo que quería, mirándolo con unos ojos llenos de deseo queriendo lo mismo que él.

—Parece que estás impaciente y que tienes una nueva lección que enseñarme, ¿me equivoco, Señor Brown?

—Usted nunca se equivoca, Señorita Jammes —Alojó un beso provocativo en la comisura de sus labios intencionadamente y la dejó con ganas de más—. ¿Preparada para llevarla a cabo?

Alexia sonrió y lo fulminó con una mirada sexy.

—Contigo, siempre.

Robert no pudo continuar esperando, cogió su mano y depositó un suave beso en la punta de su nariz, después la llevó hasta la puerta, con demasiadas prisas, a medida que decía:

—Chicos, me la llevo un rato, no os importa ¿verdad? Ahora venimos.

—Sí, sí. Llévatela, anda —rio Vero de manera cómplice—, a la vista está que necesitáis estar solos y has conseguido en un segundo lo que nosotros llevamos la noche entera queriendo hacer. Miradla, ahora sí que se la ve bien, ¿eh?

—Es lo que tiene el amor —dijo Sofía abrazándose a Dan—. Divertíos chicos, os lo habéis ganado.

Robert supo que tenían razón, y es que lo había pasado francamente mal los días que estuvo castigado por sus impulsos nada aconsejables.

¡Aprendiendo la lección que ella le terminó dando!

—Tomaros lo que queráis chicos, ya le dije a Mark que me haría cargo de los gastos de todo.

—¿Mark? —preguntó Alexia atónita pensando que se había perdido algo relevante en cuanto a la relación de aquellos dos.

«¿Qué es lo que ha pasado para llegar a tener lo que parece una buena sintonía?», reflexionó Alexia convencida de que sería algo bueno para todos.

Les vio reír, de buena gana ante la situación que se les ofrecía a la vez que seguían dando buena cuenta de los exquisitos cócteles. Estaban encantados del privilegio que pocos tenían pudiendo estar en un exclusivo reservado de la mejor discoteca de Nueva York, (y que debía de costar una auténtica fortuna) en compañía de toda la pandilla.

¡Vamos, un auténtico lujo!

—Ya te lo aclararé luego, cariño, ¿o quieres que perdamos el tiempo para explicártelo? —le preguntó guiñándole un ojo.

—Podré esperar.

—Entonces, vámonos, tengo algo importantísimo que mostrarte.

—Sí, vámonos.

Se la llevó de allí con demasiadas prisas gracias a la impaciencia que tenía, llevándola a través de un camino que a los dos les resultó demasiado conocido.

Entre risas se internaron dentro del reservado que ya ocuparan en su día.

—No sabes las ganas que tenía de que llegara este momento, nena. Llevo la noche entera soñando con tenerte como te tengo ahora.

—Eres un auténtico amor.

—¡Tú amor! No lo olvides nunca, ¿vale? —le dijo con una profundidad inmensa, derritiéndola otra vez.

—Anda, ven. Terminemos lo que empezamos aquí hace unos meses.

—Me parece una excelente idea, nena.

Alexia lo miró con una arrebatadora mirada que le hizo partícipe de lo que quería hacer.

—Esta vez seré yo la que empiece...

—Como usted diga, Señorita Jammes. Es un verdadero placer estar a sus órdenes.

Y fue ella la que empezó a besarlo en la boca, tomando la iniciativa mientras que él se dejaba llevar por todo lo que su amada chica quisiera hacer con él, y con su cuerpo terriblemente excitado.

¡Se produjeron un millar de explosiones y de sensaciones indescriptibles!



Eran cerca de las cuatro de la madrugada, cuando salían de la discoteca cogidos de la mano con una cara de satisfacción increíble. Ambos tenían la certeza de que la noche había acabado de la manera más positiva, y que entre ellos iba todo bien después del malentendido que tuvieron. Dejaron atrás los malos rollos y fueron capaces (después de entregarse el uno al otro apasionadamente), de dejar de lado las ganas de estar a solas para en cambio quedarse con la pandilla tomándose una última copa entre risas y bromas, de todo tipo, ante la evidencia de lo que habían estado haciendo. Allí logró enterarse de que la reunión de Mark, esa misma mañana, fue orquestada por su novio. El cual había sido el causante de quedar con él a base de mucha insistencia, además de perseverancia para explicarle, en primer lugar lo mucho que significaba ella en su vida, aclarándole, en segundo lugar, que precisamente por ese motivo los celos pudieron con él y tuvo aquel comportamiento dantesco y poco razonable. Reconoció, sin ningún tipo de soberbia, que por supuesto le debía una disculpa, que estaba dispuesto a pedir, ante la evidencia de que para Alexia su amigo era muy importante y por lo tanto también lo sería para él, aprendiendo con humildad a respetar a la otra parte, para terminar con una charla amena y distendida entre cervezas, en la que Mark se dio cuenta de lo equivocado que había estado y de lo mucho que la quería. Ambos idearon un plan porque estaba convencido de que su amiga no podría tener un hombre mejor en su vida.

Le mantuvo informado de los pasos que iban dando durante la velada mientras que a Robert los minutos le parecían horas por las ganas de verla, y sobre todo por las ganas de reconciliarse con ella...

¿Y qué mejor manera que hacerlo en la discoteca en la que se habían conocido?

Empezó a formarse en la cabeza el plan que tan buenos resultados había tenido y se lo agradeció a los amigos de Alexia, los cuales se olvidaron de sus desplantes hacia su amiga, entendiendo lo buenas personas que eran.

Y continuaron caminando hasta acercarse al coche.

—¿Qué te parece si te invito a mi casa? —le dijo de pronto Alexia.

La pregunta, a Robert, en un principio lo dejó un poco descolocado. No le pareció buena idea.

—¿Y qué te parece si te invito yo a la mía? Me apetece que vengas y que pases la noche conmigo.

La mirada de él la dejó desubicada, la impresión que le dio fue que le costaba decir aquello pero, haciéndolo al fin y al cabo.

A Alexia no le pudo pasar por alto el malentendido que tuvieron, cuando se pelearon y se marchó a Denver, debido a la cabezonería de un hombre que por nada del mundo estaba dispuesto a permitirle ocupar su casa, aunque se tratase de unos simples días.

Era una norma infranqueable que no estaba dispuesto a dejarla pasar por alto así como así.

«¿A qué viene este cambio repentino?», no pudo evitar preguntarse una chica dubitativa e indecisa.

Las veces en las que había estado, dentro de lo que parecía su más íntimo tesoro, se podían contar con los dedos de una sola mano. Actuó en consecuencia para hacerle algo más llevadero el mal trago que parecía estar soportando.

¡O eso creía!

—No te preocupes —comenzó a decir una vez que estuvieron dentro del vehículo—, en mi casa estaremos bien.

Robert se puso el cinturón

Arrancó...

Y se quedó quieto a medida que miraba hacia adelante pensando en si no se estaba volviendo loco.

¡Loco de remate! Analizando la idea que le acababa de pasar por la cabeza, a toda prisa, sin ser capaz de reconocerse.

¡Qué razón tenía su padre cuando le dijo que terminaría sucumbiendo!

A continuación supo que quería afrontar sus necesidades. O más bien la necesidad prioritaria que acababa de quedar latente delante de sus narices...

¡Y estaba preparado!

Puso el freno de mano, después se giró y siguió con la difícil tarea que se había impuesto él mismo.

¿Para qué tratar de ocultar lo que era evidente? Y es que, esa noche, más que nunca, necesitaba con un deseo irracional llevarla hasta su casa para que se quedase el fin de semana completo, sorprendiéndose a sí mismo porque nunca antes sintió aquella necesidad que le atenazaba el corazón.

¡Continuaba con el deseo de vivir aquellas nuevas y extrañas sensaciones con la maravillosa chica que tenía a su lado!

—Lo sé, pero... —contestó Robert a la afirmación de Alexia de que en su casa estarían bien. Callándose otra vez.

Alexia se quedó extrañada, no entendía qué era lo que sucedía y se preguntó el por qué le parecía nervioso.

No.

No podía ser.

¡Él nunca se ponía nervioso!

¿No?

—¿Te ocurre algo? —se atrevió preguntar preocupada sin quitarle los ojos de encima—. Me da la impresión de que no estás cómodo del todo con la invitación que me acabas de hacer, y ya sabes que yo he cambiado de parecer en cuanto a lo que pensaba antes acerca de querer más y todo eso, —le dijo ante la notoria necesidad de justificarse para que a él se le hiciera más llevadero aquel delicado asunto—. Por lo tanto no hace falta que me hagas una invitación que no te hace estar cómodo. De verdad. Ya deberías saberlo.

«Hala. Ya está. Finiquitado el asunto», pensó Alexia con la seguridad de que terminarían en cualquier sitio menos en su lugar infranqueable.

Ocultó las ganas de que rompiera con sus tabús de siempre, aunque tuviese que regañarse por aquellos pensamientos que desde luego no eran nada buenos para ella.

En fin...

¡Qué le iba a hacer!

La evidencia de lo enamorada que estaba saltaba a la vista.

Robert se quedó en silencio durante un considerable rato, seguidamente se limitó a mirarla, con más intensidad si cabe, y terminó provocando que fuera ella la que se pusiera nerviosa, a rabiar, ante la incertidumbre de no saber qué era lo que le estaba sucediendo en esos momentos.

—¿Quieres dejar de mirarme así? —lo regañó tragando saliva con dificultad de lo nerviosa que estaba.

—¿Así, cómo? —Jugeteó con una voz suave que a ella la desestabilizó.

—Como si quisieras meterte dentro de mi cabeza.

Robert le mostró una devastadora sonrisa que la puso más nerviosa todavía.

—Créeme, cielo, estaría encantado de poder hacerlo.

—Me estás poniendo muy nerviosa —admitió turbada a medida que su cara entera se llenaba de un ligero rubor.

Y aquello era algo que al diablo de Robert le encantaba.

¡Vaya si le encantaba!

—No era mi intención, cariño. —Se llevó su mano a la boca y depositó un suave beso sobre la palma de su mano. Adoraba jugar con ella mirándola con unos ojos llenos de intenciones.

¡A Alexia le dio una taquicardia de emociones!

Y como aun así, no arrancaba, volvió a decir atropelladamente:

—¿Qué te pasa, Robert? ¿Por qué no nos vamos? Ya debes de saber que mi apartamento no será ni parecido al tuyo pero...

Ahí fue cuando Robert decidió intervenir, interrumpiéndola de sopetón y por completo decidido.

—No vamos a ir a tu apartamento —sentenció.

—¿Ah, no?

—No.

—¿Y por qué no?

¿Qué demonios le pasaba? No entendía nada de nada.

No tuvo que esperar mucho para averiguarlo puesto que Robert, a continuación, simplemente respondió:

—Por la sencilla razón de que quiero pasar el fin de semana allí, contigo.

—¿Allí dónde?

Ella no estaba entendiendo bien lo que quería decirle.

—En mi casa, Alexia. —Soltó de pronto como si fuera una bomba—. Quiero pasar el fin de semana contigo, en mi casa, ¿Qué te parece la idea?

«¡¡¡Uauuuuuuuuuuuuu!!! ¿De verdad es cierto lo que me acaba de pedir?», se preguntó una Alexia incrédula. Haciéndose a la idea de que segundos antes, y cuando quiso que fuese capaz de cortar con los tabús de siempre... jamás, ni en sus mejores sueños hubiese podido imaginarse que fuera a ocurrir tan pronto.

¡Apuntándose otro magnífico tanto!

¿Cuántos iban ya?

Porque ni siquiera podía llevar la cuenta tras las innumerables ocasiones en las que le seguía demostrando lo mucho que seguían avanzando.

Se quedó callada durante unos segundos para reflexionar sobre lo que parecía estar sucediendo.

Y se hizo una pregunta trascendental:

¿Qué le estaba pasando por la cabeza a su adorable novio para llegar a pedirle lo que le estaba pidiendo?

La primera y única vez, que él la invitó a pasar un fin de semana juntos, en Aspen, dentro de una cabaña a la que acudía en contadas ocasiones (y que terminó con terribles resultados, por cierto), fue dado por el hecho de buscar un poco de paz después de que toda la prensa se hiciera eco de la relación que empezaban a tener a raíz de la foto sacada en las portadas de las revistas, el día de la cena benéfica organizada en casa del que era todavía su jefe, añadiendo el detalle de que por aquel entonces ni siquiera eran nada y que podría parecer que él lo único que buscaba era un poco de sexo con la chica que se le estaba resistiendo mucho más de lo que debería...

Tuvo que ser clara y reconocer, en su interior, que no le molestaba en absoluto que le pidiera que se fuera con él a su casa.

¡Toda una novedad!

Encantada le seguiría y se olvidó de que hace poco, muy poco, se hizo una promesa en cuanto a la idea de cruzar una línea que a ella le haría mucho daño, (como ya había sido el caso).

¿Por qué entonces no escuchaba a la parte que debería escuchar?

—Me parece bien pero, con una condición —se escuchó decir a sí misma sorprendiéndose por ello.

¡Definitivamente ella también había perdido el norte!

Aunque, ¿qué importaba?

Robert la miró con un gesto interrogante al escuchar semejante petición.

—¿Qué condición? —preguntó acordándose de la cena benéfica. Le dijo con exactitud las mismas palabras.

—Si en algún instante te ves agobiado quiero que me lo digas, ¿vale? No pasará nada si sucede y quiero que te quede claro. ¿Me lo dirás?

Él hizo una mueca burlona y respondió con una nueva pregunta:

—¿Sabes que empiezas a ser la novia transigente y paciente que te pedí que fueras antes de marcharte a Denver?

A lo que Alexia le contestó siguiéndole el juego:

—¿Y tú sabes que estás convirtiéndote en un novio realmente adorable?

Un Robert, impulsivo, no tardó en desabrocharse el cinturón de seguridad y se acercó a la mujer que lo era absolutamente todo para él.

—¿Estás segura de lo que estás diciendo?

—Completamente.

—Anda, ven aquí, acabas de ganarte un beso.

Sin darle opción a contestar la besó apasionadamente en los labios, dejándola sin aliento.

—¡Uauuuuuuu! Con besos como estos desde luego que me creo capaz de hacer todo cuanto me pidas, Señor Don Embaucador.

—Pues tengo muchos más —dijo sobre sus labios antes de prodigarse en darle otro beso alargado en el tiempo.

Superó al anterior y volvió a dejarla sin aliento.

—¿Lista?

Alexia abrió los ojos, todavía aturdida por aquel beso repleto de sensaciones magníficas.

Sonrió encantada y dijo convencida:

—Lista.

—Así me gusta, nena.

La idea de pasar el fin de semana, con él, la atraía bastante, entusiasmándose como no podía ser de otra manera, a medida que pensaba en algo tan básico como que necesitaba recoger alguna de sus pertenencias para hacerlo.

Le cambió el semblante. No sabía cómo decírselo porque quizás creyera lo que no era, teniendo claro que solo serían dos días.

¡Nada más!

—Robert...

—¿Sí?

—Antes de que me lleves a tu casa tengo que ir a por algo de ropa limpia —dijo con voz seria, analizando su conducta a raíz de aquella petición para advertir cualquier tipo de malestar que él

podiera mostrar—, ¿te parece bien?

A lo que Robert, con toda la naturalidad del mundo, le respondió:

—Me parece perfecto, cariño.

Alexia, después de escucharle, ni siquiera se dio cuenta de que dejó escapar un suspiro de verdadero alivio, acomodándose sobre el asiento.

Solo entonces Robert quitó el freno...

Y aceleró...

Y mientras tomaba la dirección que ella le dio, tuvo la convicción de que aquel fin de semana obraría un antes y un después en la relación que mantenían. Dando un importante paso hacia adelante por sí solo, demostrándose que el Robert Brown de antes, definitivamente había cambiado en aspectos que parecían imposibles hacía bien poco.

¡Se olvidó de los “*no ofrecimientos*” que en su día no estuvo dispuesto a permitir! dejándolos en el camino porque él lo único que deseaba, en esa etapa que estaba viviendo, era hacer feliz a la pareja que tenía a su lado y que lo completaba en todos y cada uno de los aspectos que necesitaba.

¡Y eso le bastaba!

Pasaron un fin de semana de cuento en el que estuvieron pendientes el uno del otro en todo momento. Se sintió aceptada desde el mismo instante en que puso el primer pie en el interior del exclusivo apartamento, viéndose gratamente sorprendida cuando él le hizo un hueco en su armario para que dejara la ropa que había llevado.

Aceptó con gusto todo cuanto él le estaba ofreciendo... viéndose en una espiral de positividad y felicidad que se agrandaba cada vez que Alexia entraba en el baño y veía su cepillo de dientes junto al de él. No cabía en sí de gozo, y eso que intentaba, por todos los medios, regañarse una y otra vez ante la evidencia de que se estaba haciendo unas ilusiones que no debería. Alimentando las ganas, (que permanecían en el olvido pero que ahí estaban) de dar un paso más en la relación a medida que se preguntaba si de verdad lo que veía a través de sus ojos era cierto.

Y es que lo que Robert le transmitía, a cada momento, era una inmensa naturalidad, como si realmente disfrutara de tenerla allí, actuando como el novio encantador y atento que cualquier mujer querría tener a su lado.

¡Y era suyo!

Estaba tan feliz que hasta a veces dolía.

Y pasó el sábado, en el que aprovecharon para visitar a Estefany y a su marido operado de corazón, alegrándose de la rápida recuperación.

También pasó el domingo, en el que, dejando atrás su nerviosismo una vez que la informó de adónde la quería llevar, terminó comiendo en la casa familiar, (la misma en la que estuvo la noche de la cena benéfica) junto a los padres de él. Oficializando un noviazgo que se iba afianzando poco a poco, compartiendo bromas y risas, mientras que Robert permanecía pendiente de ella en todo momento. Tanto que no la soltó de la mano en ningún instante, algo que a su madre la emocionó muchísimo. ¡Convencida del pedazo de mujer que era! La cual había obrado el gran milagro de llevar a su hijo por el buen camino.

¿Acaso podía pedir algo más?

No.

Por supuesto que no.

Se asomó a la ventana para despedirse, una vez que decidieron marcharse, y lo hizo con una sonrisa que reflejaba el optimismo que tenía. Al notar la presencia de su marido se giró y le vio en las mismas condiciones que ella.

¡Se alegraba de la buena sintonía que por fin había entre padre e hijo!

Una auténtica proeza.

Y ahí estaban, subidos en el coche recorriendo el camino de vuelta, mientras que ambos dejaron que el silencio se adueñara del instante mágico que estaban viviendo. Embaucándose por la suave música que salía de los altavoces y entrelazando sus dedos incapaces de dejar de tocarse.

Alexia aprovechó esa paz interior para hacer balance de aquel inolvidable fin de semana, que llegaba a su fin, con la nostalgia de que no quería que terminase nunca. Rememoró cada una de las cosas que habían hecho, convencida de que no se le olvidarían.

¡Ya se encargó Robert de que así fuera!

Cuando anochece, creyendo que el inolvidable fin de semana estaba llegando a su fin, de nuevo se quedó sorprendida cuando le escuchó hacerle una petición que estuvo a punto de volverla loca.

Todo empezó así:

Alexia estaba enjuagando los platos de la cena, (haciendo oídos sordos de que no era necesario) y los metió dentro del lavavajillas. Actuaba del mismo modo que si estuviese en casa, viéndose gratamente sorprendida por la cercanía de él, sintiéndolo aproximarse, a su cuerpo, para a continuación pasarle ambas manos alrededor de su cintura. Dejó escapar una sonrisa.

—¿Sabes lo que me gusta verte en pijama por aquí? —le susurró sobre la oreja provocando que se le erizaran los pelos de la nuca.

—¿Hablas en serio?

—Completamente, amor.

La ayudó a darse la vuelta y se quedaron a escasos centímetros de que sus labios pudieran tocarse.

—Nunca pensé que un día diría lo que estoy diciendo, pero la verdad es que me está resultando demasiado fácil verte aquí.

—¿Y crees que eso es bueno?

Robert bajó hasta sus labios y los besó con emoción, después dijo:

—Estoy convencido de ello, cariño. —Y la volvió a besar—. Verdaderamente convencido.

Antes si quiera de que pudiese decir nada le escuchó pedirle:

—Quédate también esta noche.

A Alexia se le humedecieron los ojos de la emoción.

—¿Estás seguro? Mañana hay que madrugar y...

—No me importa. Quiero que te quedes —Y acarició su mejilla pausadamente—. ¿Quieres tú?

Ella acercó la cara a su hombro y se refugió en su abrazo.

—Claro que quiero, pero... —titubeó.

—¿Pero? No hay peros, cariño —dijo estrechándola entre sus brazos, depositando un suave beso sobre su cabeza.

—¿Seguro?

—Más que nunca —le respondió abriendo su corazón. Algo que tampoco le costaba hacer con aquella adorable chiquilla que se había adueñado de él por entero—. En cambio a ti te veo con ciertas dudas. —Y le preguntó un poco nervioso—: ¿No estás convencida? Porque si es así ahora mismo te llevo a tu casa, amor. Sabes que haré lo que me pidas, y sabes que lo haré sin objeciones.

¡¡¡Pero qué amor de hombre!!!

—No me estás entendiendo, Robert —le aclaró—, estoy cien por cien convencida de que quiero quedarme aquí, contigo.

—¿Estás segura?

Ella asintió.

—¿Dónde iba a estar mejor? Mis dudas son acerca de lo que realmente piensas porque...

—No.

Alexia no le entendió.

—¿No qué?

—No te estoy pidiendo que te quedes por compromiso. Yo no actúo así y tú lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé.

—¿Entonces, por qué no me crees cuando te digo que quiero que te quedes? Sabes que aunque te hiciera daño te diría la verdad. Y la verdad es tan simple como que necesito que sigas quedándote.

¡Oh, oh! Ahora ni siquiera se estaba refiriendo a solamente esa noche...

¿¿¿Qué le estaba pidiendo exactamente???

¡Aceptó la petición encantada!

Fuera cual fuera.

¿Qué más daba un día, o unos días más? La realidad era que se encontraban tan a gusto que a ninguno de los dos se le ocurrió la idea de que posiblemente se estuvieran precipitando.

¿Qué importaba?

La conversación se quedó ahí, sin avanzar, puesto que Robert tenía otros planes inminentes. Cargó el cuerpo de su chica, sobre sus brazos, y entre risas la llevó hasta la planta de arriba.

¡Era la hora de una nueva lección!

A la mañana siguiente, como si se tratase de algo normal, Alexia fue hasta su trabajo desde la casa de su chico, después de que este le rogara que se quedara con él a dormir también el domingo por la noche...

Y el lunes...

Y el martes...

Y el miércoles...

Y cuando llegó el jueves no tuvo que pedirle que se quedara más...

¿El motivo?

Muy sencillo, puesto que para ese día, gran parte del armario, de Alexia, ya estaba perfectamente ordenado en el interior del de Robert. Pasando, sin que casi se dieran cuenta, a vivir juntos con una normalidad asombrosa.

¿Quién lo iba a decir?



## Dos semanas más tarde...

—¡No me jodas, Dan! No puedes estar hablando en serio —decía Robert con gesto de no creerse lo que acababa de escuchar por boca de su amigo, que estaba sentado en frente suya dentro del despacho que se había convertido casi en su casa de las horas que se pasaba allí dentro.

—Sabes que no te lo pediría si no fuese necesario —se limitó a justificarse.

—¿Y cómo se lo digo a Alexia? Ella sí que no lo va a entender, y menos después de lo que pasó.

—Lo sé.

—¿Y entonces? —le preguntó con expresión interrogante.

¡Qué raro! Su amigo y ex representante le estaba ocultando algo. Lo conocía demasiado bien.

—Tengo dos motivos para pedírtelo, Robert —terminó admitiendo.

Lo sabía.

—Dime.

—En primer lugar me han ofrecido que si te convengo me contratarían de representante para el nuevo personaje.

Robert lo miró y pensó en la petición que le acababa de pedir.

—Y en segundo lugar también me han ofrecido, que si aceptas, la prensa se olvidará de ti en un tiempo record. ¿No es lo que querías?

Su amigo lo miró con una sonrisa en la cara.

—Puedo vivir con la prensa aunque no lo creas, Dan, pero con lo que no puedo vivir es con la situación en la que estás por mi culpa.

—Robert, no hace falta que...

—Sí, Dan. Hace falta. Sabes perfectamente que no puedo negarme. No si es para ayudarte, y el hecho de que ya no necesite representante ha sido una putada para ti, tío.

Y se quedó callado antes de decir:

—Lo haré.

—Piénsalo bien, Robert. Sé que te estoy poniendo en un aprieto con Alexia y sé mejor que nadie que no os lo merecéis.

—Lo haré, Dan. No hay nada más que hablar. Ahora solo tengo que encontrar el momento oportuno para decírselo. ¿Cuándo has dicho que será el evento?

—Este lunes.

—Pues entonces se lo tendré que decir este fin de semana, ya veremos cómo lo hago.

—¡Pufffffff! Buena suerte, amigo. Si necesitas que hable con ella para darle una explicación no dudes que lo haré.

—No hará falta. ¡Ah! De esto nada a Sofía, ¿eh? No quiero que se entere por nadie que no sea yo mismo.

—Entendido. Gracias tío, me estás haciendo el favor de mi vida.

—Ya sabes que si no fueras tú ni muerto hubiese aceptado. Anda, ya que estás aquí te invito a comer, ¿puedes?

—Puedo.

Se levantó de la silla, acercándose hasta su amigo para darle un amistoso abrazo.

—Por cierto, no sé si Sofia ha metido la mata, pero la cuestión es que tu querida novia se ha enterado por ella de que mañana es tu cumpleaños.

—¡Hostias! Ni me había acordado.

—No me extraña, menudo lío tienes aquí montado —le dijo viendo la mesa abarrotada de papeles—. Anda, vayamos a comer. Creo que necesitas despejarte.

—Sí. Vámonos.

—Yo invito.

Esa noche ninguno de los dos se pronunció en cuanto a lo referente a su cumpleaños, advirtiéndole que el hecho de que ella no le dijera nada sería porque le tendría preparada alguna sorpresa.

¡Y él no la iba a estropear!

Vaya que no.

Olvidándose de lo que tenía que decirle porque simplemente...

Tendría que buscar el momento.

### *A la mañana siguiente:*

Robert llegó, aquel viernes, puntual a su trabajo como era norma en él y se dedicó a adelantar lo que tenía pendiente con la intención de terminar antes de tiempo.

Era su cumpleaños y lo que tenía en mente era pasar el mayor tiempo que pudiese con su querida Alexia. Haciéndose él mismo el regalo que mayor entusiasmo le iba a dar.

Estaba convencidísimo...

Y no era más que estar en su compañía, sin separarse de ella, durante todo el fin de semana.

Desde luego que era el mejor plan que pudiera ocurrírsele. Un plan excelente ideando, además, que la mejor forma de hacerlo sería en la cabaña de Aspen. Recordando los memorables recuerdos compartidos por primera vez en aquella discoteca, teniendo claro que al final la sorprendida sería Alexia.

¿Qué mejor lugar que el maravilloso sitio en el que tuvieron su primera relación sexual?

Trabajó con ahínco y con la necesidad de reconducir su calenturienta mente, una y otra vez, puesto que no hacía otra cosa que pensar en el idílico fin de semana que tendrían para ellos dos solos.

¡El tiempo se le hizo eterno!

De pronto, el sonido del interfono, le avisó de su nueva reunión dejando a un lado sus pensamientos.

—Señor Scot, acaba de llegar su siguiente visita.

—Hágale pasar, gracias.

Se levantó de su asiento y permaneció de pie para saludar al hombre trajeado que ya entraba por la puerta.

Se alegraba de que fuera la última reunión que tenía programada, haciéndose a la idea de que su avión privado ya debía de estar casi listo.

«¿Qué cara pondrá mi chica cuando le diga los planes que tengo para pasar el fin de semana?» se preguntó feliz, volviendo a sentarse sobre la silla una vez que recibió cordialmente un apretón

de manos de aquel cliente, intercambiando las primeras palabras.

Se olvidó, otra vez, de la ingrata tarea que le iba a resultar, encontrar el momento, para informarla de la decisión que había tenido que tomar por el favor que le debía a Dan.

Y allí estaba, reunido ese viernes por la mañana, con un cliente verdaderamente importante, cuando escuchó el pitido del teléfono que estaba situado sobre su impresionante mesa de roble en color oscuro, y que le informaba que su secretaria tenía algo que decirle.

Se molestó. La evidencia de que la reunión era sumamente delicada le hacía que no entendiera a qué venía esa interrupción.

—Disculpa un momento.

—No te preocupes.

Pulsó el botón y dejó entrever algo del estado tenso en el que estaba, a la vez que decía en un tono nada amigable:

—¿Se puede saber a qué viene esta interrupción?

A la pobre secretaria se le hizo un nudo en la garganta al escuchar la voz seria de su jefe. Levantó la vista y maldijo a la mujer que estaba tan tranquila en el otro lado de su mesa.

—Lo siento, Señor Scot, tiene una visita.

La cara de Robert se endureció tras aquella respuesta.

¡No se lo podía creer!

¿Cómo que tenía una visita?

¿Acaso no sabía que bajo ningún concepto podía ser molestado?

—Pues sea quién sea hágala esperar —sentenció con una voz que dio miedo—. O mejor, dígame que concierte una cita antes de presentarse aquí sin avisar.

—Lo siento, Señor Scot, pero... —trató de decir una joven que veía en riesgo su puesto de trabajo. Volviendo a mirar a la persona que seguía allí como si le diese igual que fuese despedida.

¿Cómo era capaz de ponerla en ese aprieto?

¡Precisamente ella!

Y Alexia, viendo lo que aquella pobre secretaria estaba pasando, decidió intervenir en su defensa. Cogió el teléfono ella misma y dijo:

—¿Estás seguro de que quieres que concierte una cita antes de venir a verte, cariño? —le dijo Alexia ya que lo había oído todo gracias a que su secretaria dejó el altavoz puesto.

La expresión en la cara de Robert, en cuanto la escuchó, cambió de una manera asombrosa.

—¿Qué haces aquí, cielo? —preguntó sin importarle que la persona que seguía reunida con él le escuchara en aquel tono tan privado.

¡Simplemente había dejado de importar!

—He venido a darte tu regalo de cumpleaños. ¿Acaso has creído que se me iba a pasar por alto?

Robert sonrió con malicia.

—Dame cinco minutos, nena, ¿podrás esperar?

—Por ti siempre, ya lo sabes.

La secretaria no sabía ni dónde meterse después de que fuera partícipe de aquella conversación.

¡Guauuuu!

—Creo que el Señor Scot no va a necesitarte durante un rato —le dijo Alexia de pronto con las mejores intenciones—. No te preocupes por él, yo me hago cargo.

Y guiñándole un ojo añadió:

—Si quieres puedes irte a comer.

—Yo...

—Jamás se me ocurriría jugar con el trabajo de nadie si no estuviese segura de lo que hago, de verdad, puedes estar tranquila.

—Vale, confío en ti.

Le dijo la secretaria, después cerró el ordenador, ordenó su mesa, y a continuación se marchó. Alexia mientras se sentó en su antigua silla.

Exactamente, cuatro minutos después, la puerta del despacho se abrió y de ella salió un hombre acompañado de Robert.

Este último, en cuanto la vio, solo tuvo ojos para ella.

—Siento la intromisión —dijo mirando al hombre mostrando una encantadora sonrisa—. No sabía que estabas reunido y he venido para desearte un feliz cumpleaños, cariño.

El cliente le contestó también con una sonrisa y pasó a felicitarle. Una vez hecho, y sin molestarse por la interrupción, se marchó por donde había venido porque la evidencia le decía que él allí no tenía nada que hacer.

¡Bendita juventud!

Aprovechando que estaban solos Alexia se acercó insinuante hasta el hombre de su vida y volvió a decirle sobre sus labios:

—Feliz cumpleaños, cariño.

—Gracias, amor, sin duda esta felicitación es la que más me ha gustado hasta ahora. No te esperaba.

—Lo sé, además —añadió como si nada—, he traído tu regalo.

—¿Ah sí? —Y al verla sin ninguna bolsa añadió—: ¿y dónde se supone que tengo mi regalo de cumpleaños?

Alexia le contestó con una sonrisa sexy.

—Lo llevo puesto.

Robert abrió la gabardina, que llevaba puesta, y se quedó sin palabras al verla sin nada debajo aparte de un conjunto de lencería espectacular.

—¡Oh, nena! Te puedo asegurar que este es el mejor regalo de cumpleaños que he tenido en toda mi vida.

Se dejó llevar por la pasión, la cogió de la mano y la llevó hasta el interior del despacho. Una vez allí la acercó hasta la mesa de roble y apartó los papeles de cualquier manera antes de sentarla encima.

—¿Preparada para otra lección, amor?

La respuesta de ella lo hizo enmudecer.

—¿Y tú?

La poca contención, que tenía, se perdió al escucharla. A continuación se abalanzó sobre ella y le hizo ver lo preparado que estaba para dar rienda suelta a la fantasía sexual en la que había pensado en un sinfín, además de innumerables veces, mirándola embobado y casi desnuda sobre la mesa.

Superando sus expectativas, ¡y de qué manera, además!

Las sorpresas de aquel día no quedaron entre las cuatro paredes de la oficina, y es que finalmente la sorprendida también fue ella al descubrir los planes que tenía para el fin de semana.

¡Llevarla a Aspen!

Disfrutaron cada instante de los días que tenían para ellos dos solos, continuando con la tarea de afianzar la relación que tenían, siguiendo dando pasos hacia adelante con una naturalidad realmente asombrosa.

¡Se convirtieron en una pareja inseparable!

El viernes, a las seis de la tarde, llegaron a la cabaña y durante el fin de semana no hicieron otra cosa más que dejarse llevar por lo que les apetecía en cada momento.

Esquiaron...

Dieron largos paseos...

Rieron...

Hablaron...

Se bañaron en la inmensa bañera redonda...

Y se amaron...

Se amaron mucho, mucho, mucho...

Alexia sonrió, recordando la primera vez que estuvo allí, en la que pensó que no sería la última mujer que pasaría por aquel paraje encantador, cuando supuso que se olvidaría de ella con rapidez. Alegrándose de que no hubiese sido así porque, la felicidad que los embargaba, era tal, que sabía que no podrían vivir el uno sin el otro.

¡¡¡Estaba absolutamente convencida!!!

El fin de semana resultó espectacular...

### ***Domingo, apartamento de Robert 22:00 pm.***

Alexia salió de la ducha envuelta en un albornoz y fue hasta la cocina con el claro propósito de preparar una ensalada para dos. Al hacerlo vio a Robert sentado frente a la televisión con lo que parecía un gesto preocupado.

Dejó de lado lo que quería hacer y se acercó hasta él.

—¿Sucede algo, cariño?

Robert alzó la mirada e hizo el amago de sonreír, pero no lo consiguió.

Ahí, Alexia, supo que sí que pasaba algo.

—Ven, siéntate aquí conmigo —le dijo Robert. Y es que no podía seguir retrasando lo que tenía que decirle. El fantástico fin de semana había terminado y la odiosa reunión que tenía que afrontar, en referencia a su anterior vida, era a la mañana siguiente.

¡Y él no iba a hacer nada sin consultárselo primero!

Alexia supo por su tono empleado que no iba a gustarle lo que iba a decir a continuación.

¡Sin equivocarse un ápice de lo que pensó!

—El otro día Dan habló conmigo y me pidió un favor. Un favor que le debo pero que no te va a gustar.

Alexia frunció el ceño un tanto extrañada.

—¿Qué favor? —preguntó sin percatarse de lo que realmente iba a decirle.

—Verás... —Y la miró durante unos segundos, quedándose callado antes de seguir hablando de forma un tanto dubitativa—: Mañana hay una especie de evento con los protagonistas de la nueva película erótica... —Y antes de echarse atrás soltó rápidamente—: Dan me ha pedido que esté presente.

¿Cómooooooooooooo?

¿Qué es lo que acababa de decirrrrrrrrrrrrrrr?

No podía ser verdad lo que le estaba insinuando, ¿no?

La idea de que su novio estuviese en el mismo lugar, que la asquerosa de Pamela, a Alexia la espantó después del daño que aquella mujer había hecho en su relación, inventándose lo que no era con el objetivo simple de hacer daño a costa de lo que fuera, provocando que ella le dejara sin pensarlo tras ver el vídeo y la nota que le mandó.

—Supongo que le habrás dicho que no, ¿verdad? —Le terminó preguntando con un nudo en la garganta al ver que él no lo negaba.

La contestación que terminó dándole la dejó helada.

—No he podido negarme, Alexia, debo hacerlo.

La chica se levantó como un escopetazo del sillón. No se podía creer lo que acababa de escuchar.

Sencillamente no entendía nada de nada.

—¿Cómo que no has podido negarte? ¿De verdad me estás hablando en serio? —preguntaba atónita levantando la voz.

—Por favor, escucha lo que tengo que decirte, entiendo que te enfades, pero...

—¿Cómo que entiendes que me enfade? —Le cortó sin ningún miramiento—. ¿Acaso para ti no significó nada el daño que nos hizo esa mujer? No me puedo creer que tengas el valor de decirme que no has podido negarte, además, ¿quién se cree Dan para pedirte algo así? Él mejor que nadie sabe lo que sucedió.

Robert se levantó del sillón y fue tras sus pasos.

—Alexia, ¿quieres dejarme explicar el motivo del por qué no he podido negarme? Sabes que lo último que me gustaría es verla.

—No. No quiero saber ningún motivo que te haga creer que no puedes negarte a hacer esa barbaridad —negó como una loca sin dar su brazo a torcer. No. No lo haría. De ninguna de las maneras—, lo único que quiero saber de esa es que no la vas a volver a ver en la vida y que no existe para ninguno de nosotros. Punto y final. Eso es lo único que quiero saber, ¿y sabes por qué? Por la sencilla razón de que nadie nunca me ha hecho tanto daño como esa miserable, ¿me oyes? Así que de verdad, hazme un favor y no vuelvas a hablar de ella en mi presencia.

«Pues sí que se lo ha tomado mal, sí» pensó un Robert que no sabía cómo convencerla.

—Alexia...

Quiso tocarla pero, ella se apartó enfrentándose a él con una mirada de enfado que hablaba por sí sola.

—No y no Robert. No me pidas algo que no estoy dispuesta a consentir.

—Alexia...

—¡He dicho que no quiero saber nada más!

La rotundidad en sus palabras dejaba a la vista la realidad del daño que todavía llevaba dentro.

Robert volvió a intentarlo:

—¿Vas a dejar que te dé una explicación, Señorita testaruda? —añadió queriendo suavizar la situación.

Algo que desde luego no consiguió.

—No. —Fue su única respuesta.

—Anda, ven aquí...

—He dicho que no, y no vas a convencerme por mucho que lo repitas, así que déjalo estar, ¿quieres? Hagamos como que no hemos tenido esta conversación. —Quiso zanjar el asunto.

—¿Qué conversación? —Preguntó Robert un poco enfadado—. Porque no me estás dejando hablar y no quiero hacer nada que pueda herirte... y menos a escondidas.

Alexia lo miró con una incredulidad absoluta.

—Entonces, ¿es que vas a ir?

—Alexia...

Ella volvió a apartarse. No quería ningún tipo de acercamiento ni roce con él. El enfado que tenía era tal que ni siquiera podía pensar con algo de claridad, dejando ver a una mujer un tanto superada por las circunstancias, pero que en esta ocasión no salía huyendo como había sido el caso en cada una de sus anteriores desavenencias.

¡Siendo ella la que ahora daba otro paso hacia adelante!

—No insistas, Robert, de verdad que no quiero escuchar lo que tengas que decirme —volvió a insistir.

—Pues lo harás —sentenció convencido.

Y se volvió a acercar quedándose de frente.

—¿Te has parado a pensar que Dan tiene que tener una razón de considerable peso para pedirme lo que te estoy diciendo?

—Me da igual.

—Estás comportándote como una niña pequeña, Alexia, ¿no lo ves?

—Me da igual —volvió a decir enfurruñada.

Robert supo que la paciencia tenía un límite, y desde luego que la de él estaba llegando a su fin.

—Cariño...

—No me llares cariño cuando sigues empeñado en hacerme daño.

—No sabes lo que dices, ¿no ves que con tu actitud lo único que consigues es que nos hagamos daño? —Preguntó sin creerse que lo estuviera haciendo otra vez—. Solo déjame explicarte lo mismo que me explicó Dan, ¿quieres? Te lo pido por favor.

Alexia levantó la mirada del suelo y lo miró, enfrentándose a lo que para él era importante, dejando a la Alexia insegura atrás.

—Está bien. Te escucho.

—¿Sabes que te quiero? —Y se acercó para plantarle un suave beso en los labios diciendo después—: Verás, el hecho de que yo haya cambiado de vida tan drásticamente ha supuesto para Dan el quedarse sin trabajo.

Alexia siguió escuchando sin interrumpirle en ningún momento.

—Es por ello que me ha pedido que asista a esa reunión, por lo visto le han ofrecido que sea el representante del hombre que va a sustituirme en la nueva película si conseguía convencerme, ¿entiendes ahora el por qué no puedo negarme? Dan es como mi hermano y no puedo dejarle en la

estacada, además, me ha dicho que en el caso de que lo quisieras hablaría contigo.

Esperó a que volviese a decirle que no aceptaría que fuese, ni a esa, ni a otra reunión en la que estuviera aquella mujer, y se quedó sorprendido, a más no poder, al escucharla decir:

—Lo entiendo —pronunció convencida.

—¿Cómo has dicho? —preguntó ante la evidencia de que podría ser que no hubiese escuchado bien.

—He dicho que lo entiendo, Robert. ¿Cómo no iba a hacerlo después de lo que me acabas de decir?

Robert sonrió complacido.

—Sabía que lo harías, cariño. —Y la estrechó amorosamente entre sus brazos—. También le han prometido que si aceptaba la prensa se olvidará de nosotros en un tiempo considerablemente rápido.

—Eso me importa menos, pero sí que entiendo que debas ayudar a Dan, yo haría lo mismo.

Robert la miró con expresión divertida y preguntó:

—¿Qué ha pasado con la Alexia escurridiza y que huía en cuanto tenía la menor oportunidad?

—Esa Alexia ha desaparecido gracias a ti.

Después de aquella importante confesión, ambos se fundieron en un cálido abrazo que obró el poder de terminar con el mal rollo de hacía unos segundos.

—Bueno, ¿preparamos la cena?

—Hecho, cielo.

Y se olvidaron de aquel tema en concreto, centrándose en lo que de verdad importaba.

¡Ellos!

Desafortunadamente, y sin que tuvieran una mínima idea de lo que terminaría sucediendo, a raíz de aquella reunión, absolutamente nada salió como habían pensado.

¡Ni muchísimo menos!



Las consecuencias de la nefasta reunión no se dejaron ver hasta pasados dos días, convirtiéndose en la comidilla de absolutamente todas las personas que compraron la revista del miércoles, en las cuales el titular decía así:

### *¿Una nueva oportunidad?*

Refiriéndose a la foto de portada en la que se veía a Robert besando apasionadamente a Pamela el día que se suponía, tuvieron la reunión que iba a finiquitar cualquier tema relacionado con la vida que iba a quedar atrás para siempre.

¡O eso es lo que creía Robert!

—Señor Scot, tiene una llamada personal.

—¿De quién se trata?

—Es Dan y dice que es muy urgente.

—Está bien. Pásemela —le dijo a su secretaria.

A continuación escuchó la voz de su amigo.

—¿Robert? ¿Ya te has enterado?

—¿Enterarme de qué? —preguntó sorprendido dejando a un lado los papeles que estaba leyendo.

—Siento ser yo el que te lo diga, pero que sepas que vuelves a salir en la portada de las revistas.

—Ni que eso fuera una novedad —bromeó como si nada—, ¿y salgo solo o lo hago con Alexia?

Dan no respondió.

—Dan, ¿qué ocurre? —y se preocupó al ser consciente de que su voz denotaba cierta seriedad.

¿Habría sucedido algo?

—Sales en la portada con Pamela.

—Podré superarlo, Dan, nos hicieron muchas fotos y estaba claro que pondrían una de todo el equipo junto a mí.

—No. No lo entiendes, Robert.

—¿Entender el qué?

¿Qué demonios estaba sucediendo?

—La cuestión es que sales en la portada junto a Pamela sin nadie más. Solos los dos.

Aquella afirmación no le gustó nada.

¡Nada en absoluto!

—¿Cómo?! —Preguntó con perplejidad—. La idea era la de sacar varias fotos con el nuevo protagonista, no conmigo, y menos como portada de ninguna revista. ¿Qué coño ha pasado?

—No lo sé, pero es que eso no es todo.

Robert quiso serenarse porque la intuición de que aquello iba a empeorar iba en aumento.

—¿Cómo que eso no es todo? ¿Qué es lo que estás tratando de decirme?

Mientras hablaban, buscó en el navegador de internet las últimas noticias que tuvieran que ver con el tema que estaban tratando.

—¡¡¡Me cago en la hostia puta!!! ¿Qué mierda es esta? —Soltó por la boca en cuanto fue consciente de la foto y de lo que se dejaba intuir—. Ya hablaré contigo, Dan, voy a colgarte antes de que Alexia oiga o vea algo de esta putada que nos acaban de hacer. ¡Joderrrrr!

—Lo siento Robert, jamás creí que se atreverían a hacer algo así. Te lo juro.

—Ya lo sé. Luego hablo contigo, Dan

Y colgó con el objetivo de hablar con su novia antes de que se creyera lo que no era.

¡Demonios!

¿Por qué tenían que seguir ahondando en un tema que estaba más que muerto?

El primer sobresalto se lo llevó en cuanto la llamó y no se lo cogió...

¡Por Dios bendito, otra vez no!

¿Y si hacía lo que la última vez?

La idea de que había cambiado estaba muy presente, pero sabía con certeza que esta vez le iba a costar convencerla, y es que los muy cabrones habían amañado las fotos dejándole con la misma ropa de vestir que llevó el día aquel.

¡Qué hijos de puta!

Pretendían dar una veracidad, que desde luego no existía, a base de trucar una foto que pertenecía al pasado.

¿Cómo eran capaces de ser tan ruines?

Sin tiempo que perder dejó lo que estaba haciendo y se apresuró a salir a su encuentro. Iría a buscarla a su trabajo si era preciso, porque lo que estaba claro, era que la iba a encontrar para explicarse. Él solo tenía ojos para ella como muy bien se lo había demostrado, y lo que nunca se le ocurriría sería besarse con ninguna otra mujer, menos que con la que se había convertido por méritos propios en la enemiga número uno de ambos.

—Me voy —anunció a toda prisa a su secretaria—, cancele las reuniones de hoy. Hay algo que debo hacer urgentemente.

—Sí, Señor Scot.

Sin mirar atrás se internó dentro del ascensor, pretendiendo llegar hasta su chica lo antes posible.

¡Era su única prioridad!

No la encontró en el trabajo...

Tampoco en casa de su amiga Sofía...

Y por supuesto en casa de ninguno de sus amigos...

No había señales de Alexia de ningún tipo, y encima seguía sin cogerle el teléfono.

Era como si hubiese desaparecido de la tierra y aquello tenía a Robert preocupado hasta la extenuación, llegando a temer que le hubiera sucedido algo.

*Apartamento de Robert 19:28 pm.*

«Joder, ¿dónde demonios se ha metido?» pensó un preocupadísimo Robert, entrando en su apartamento y barajando la idea de llamar a los padres de ella. Quizás ellos si supiesen el lugar en el que se encontraba, ¿no?

Entró en el interior con un disgusto de un par de narices, encendió las luces y se percató de que tenía compañía.

¡Ella estaba allí!

—¡Por el amor de Dios, cariño! Te he buscado por todas partes —dijo aliviado al verla.

Se acercó de forma apresurada hasta el sillón. El lugar en el que una Alexia con los ojos rojos permanecía sentada esperándole.

—Cariño, ¿estás bien?

Alexia lo miró con dolor contenido antes de que pudiese decir:

—No. No lo estoy —susurró con una voz que apenas si se dejó escuchar.

Robert se acercó y se arrodilló junto a ella, sobre la alfombra.

—¿Has visto las revistas?

—No he podido. Me lo han contado.

—¿No creerás que...?

Alexia lo interrumpió.

—Al principio he dudado, pero después por supuesto que no me he creído esa patraña, ni siquiera cuando me han especificado la ropa que llevabas. Sé que nunca serías capaz de hacerme algo así, Robert.

Este suspiró aliviado.

—Pero si sabes que todo es mentira, ¿a qué viene esa cara de tristeza?

Alexia se sinceró:

—Pues viene a que he llegado a dudar en un principio de ti y eso no me ha gustado nada. Viene a que pienso que nunca nos van a dejar vivir en paz, y sobre todo viene a consecuencia de creer que no sé si merece la pena vivir con esta angustia continua, Robert. No puedo más.

Su novio la miró conteniendo la respiración.

—¿Qué es lo que tratas de decirme, cielo?

—Lo siento, Robert, necesito un par de días para aclararme y superar este nuevo escalón. No estoy enfadada contigo, eres tan víctima como yo..., pero quiero alejarme.

Bueno, debía reconocer que al menos no había salido huyendo sin explicarse, y ya era algo.

—¿Estás segura?

—No. No lo estoy, solo que ahora mismo estoy superada por las circunstancias. He hablado con mi jefa y me ha dicho que me da el resto de la semana libre.

—¿Quieres que te acompañe?

—No, Robert. Quiero estar sola y reflexionar acerca del tipo de vida que voy a llevar contigo.

¿Y eso qué quería decir exactamente?

—Alexia, cariño, no te alejes de mí. Ahora no —suplicó incapaz de dejarla marchar. Ni siquiera cuando se trataría de unos días.

A lo que una mujer decidida contestó, haciendo oídos sordos a lo que su corazón le decía:

—Lo siento, Robert, debo hacerlo. Tengo que saber lo que quiero y lo que no quiero, y para ello debo distanciarme de ti un par de días.

—¿Estás segura?

—Por supuesto que no lo estoy, solo que ahora mismo necesito un poco de espacio y quiero marcharme. ¿Puedes entenderme?

—Claro que puedo entenderte, aunque lo que no quiero es que te vayas de mi lado, nena, te

necesito.

—Robert, no me hagas esto, por favor —susurró con los ojos anegados en lágrimas.

Y Robert, leyendo en sus ojos el sufrimiento que estaba pasando, fue capaz de reflexionar acerca de sus necesidades. Aceptando de mala gana, (pero sin que se le llegara a notar) lo que a ciencia cierta parecía otro escalón difícil de superar, siendo consciente de que la relación que llevaban podía dar un giro inesperado a raíz de aquellas malditas fotografías.

—Haz lo que tengas que hacer, mi vida, yo estaré aquí, esperándote.

Alexia lo escuchó con la emoción de saber que, sin ninguna duda, aquel hombre era el único y verdadero amor de su vida.

—Eres un amor de hombre, de verdad. —Y dejó que sus emociones salieran dispersadas a través de aquellas lágrimas que no paraban de brotar, diciendo entre hipo—: Te quiero, cariño. Te quiero tanto...

—Lo sé, amor, lo sé. Lo único que te pido es que pienses bien lo que vas a hacer; y, si todavía así quieres estar sola unos días, hazlo.

—Quizás me esté equivocando pero sigo sin saber si estoy preparada para este tipo de vida. Nunca voy a estar acostumbrada a que digan mentiras acerca de nuestra relación, y eso me está matando de pena por dentro. Además, desde que tomaste la decisión de cambiar de profesión, pensé que la parte oscura y la cual no me gusta nada se esfumaría a toda velocidad, y en cambio no ha sido así. A la vista está con esas malditas fotos. Por eso voy a alejarme de tu lado unos días, ¿vale? Pero en ningún momento quiero que te sientas culpable por nada. Tú no tienes la culpa, fui yo la que acepté ser tu novia, y te puedo asegurar que ha sido la decisión más importante de mi vida, ¿me crees, verdad?

—Pues claro que te creo, cielo. Anda, ven aquí, pequeña.

La abrazó envolviéndola en unos brazos que conseguían calmarla hasta en los peores momentos. Permaneciendo abrazados durante un tiempo enriquecedor para ambos.

—¿De verdad quieres irte? —preguntó creyendo encontrar una pequeña esperanza a la que agarrarse para que no lo hiciera.

Solo que Alexia esta vez necesitaba salir del entorno de la vida de aquel hombre, y lo necesitaba para pensar con claridad y desde la lejanía, siendo honesta consigo misma y sobre todo con él.

Tenía claro que no huiría, si no que se enfrentaría al nuevo problema que se les presentaba.

¡No huiría nunca más del hombre que la amaba por encima de todas las cosas!

¡Vaya que no!

—Solo serán un par de días, te lo prometo.

El miedo irracional de él, a que lo terminara dejando, no lo dejaba pensar tal y como debería hacerlo.

—No te irás a olvidar de mí, ¿verdad, nena?

—Nunca sería capaz de hacerlo, Robert.

—Pero...

—Pero necesito estar sola y pensar, nada más.

—Está bien. —Se separó un poco, convencido de que a pesar de que no estaba de acuerdo, la dejaría marchar aun con aquel terrible dolor que sentía en el pecho. Confiando en que lo mejor para ambos sería que aclarase esas dudas que al parecer tenía, respetando lo que le acababa de pedir—. Supongo que quizás no quieras hablar conmigo estos días, ¿no?

—Robert...

—¡No! Tranquila, si quieres hacerlo llámame en cualquier momento, no importa la hora que

sea, ¿de acuerdo? Yo en cambio te dejaré ese espacio que me estás pidiendo y no lo haré. Te lo prometo.

Alexia lo miró con un amor infinito.

—¿Sabes que te voy a echar terriblemente de menos? Eres lo que toda mujer desearía tener a su lado, pero debo dar este paso, Robert. Debo reconsiderar nuestra situación y debo hacerlo sola. No puedo decirte nada más. Lo siento.

—Como ya te he dicho antes aquí estaré para lo que necesites. Solo tienes que llamarme y dejaré lo que esté haciendo para ir a buscarte, ¿vale?

—Vale.

Alexia a continuación, y con un gran esfuerzo, se levantó del sillón, cogió una pequeña maleta que ya estaba hecha, y se volvió para mirarle una última vez antes de marcharse.

—Te quiero, Robert. Eres el hombre de mi vida y espero que lo sigas siendo.

—Yo también te quiero, cuídate mucho, ¿vale? —Le dijo convencido como nunca antes lo había estado, terminando diciendo—: Y ya sabes, ante la menor eventualidad llámame. Estaré aquí o donde tú me digas para lo que quieras, ¿entendido?

Ella asintió, y después de un último abrazo, Alexia se marchó de allí convencida de que hacía lo correcto.

¿O no?

Esperaba que no estuviese cometiendo un grave error.

Así quedaron las cosas entre una pareja, que hiciera lo que hiciera, parecía que no terminarían nunca de encontrar trabas y más trabas, para tener la relación amorosa que ambos querían y necesitaban a partes iguales.

¡En fin!

Y así fue cómo se quedó solo. Dejó a un lado lo que él necesitaba para en cambio darle a ella la oportunidad de aclararse, aunque ello conllevara el que lo terminara dejando, porque siempre estaba la posibilidad de que pudiera hacerlo, ¿no?

Se devanó los sesos, capaz de respetar su decisión hasta el punto de no molestarse en saber de su paradero. Respetándola cien por cien porque estaba seguro de que solo serían dos días.

Dos interminables días, con sus interminables horas, y sus interminables minutos...

¡Aquello se iba a convertir en una auténtica tortura!

La primera noche que durmió sin ella, se le hizo eterna, despertándose un montón de veces, sobresaltado, a la vez que echaba la mano hacia el lugar donde su amada novia dormía desde hacía casi un mes, y lo hizo con desesperación en busca de su calor, hallando el vacío sobre el colchón, lo que ocasionó uno mayor dentro de su alma.

Era consciente de que:

¡No podría estar mucho tiempo alejado de ella! ¡La echaba terriblemente de menos!

Terminó cambiándose de lado para acostarse en el de ella. Cerró los ojos y tuvo la certeza de que iba a ser una noche muy, pero que muy larga...

¡Como fue el caso!

Mientras Robert daba vueltas, y más vueltas, a muchos kilómetros de allí, una Alexia preocupada y triste se sinceraba con las personas que la recibieron con los brazos abiertos y con un interrogante en los ojos. Se preguntaban qué hacer con aquella escena a la que se estaban enfrentando y que no les estaba gustando nada.

¡Tomaron una decisión que iba a ser trascendental! Tenían la seguridad de que estaban haciendo lo mejor para que ella se diese cuenta de lo que le convenía, y de lo que obviamente obraría a su favor.

¡Estaban convencidos de ello!

### ***Despacho de Robert 10:28 am.***

Estaban en esas, apartados el uno del otro cuando lo que necesitaban era justo lo contrario, cuando, sorprendentemente, Robert recibió una llamada crucial e inesperada. Una llamada que iba a ser la causante de que todo volviese a cambiar entre ellos.

Volvía a ser ahora o nunca. ¡Decidido, por primera vez en su vida, a dar el paso definitivo!

Todo empezó así:

—Señor Scot, tiene una llamada.

—¿De quién se trata? —preguntó de malos modos. Desde que Alexia se marchó, el día

anterior, estaba hecho una furia con el mundo entero sin que le pareciera importar si era justo o no.

¡Le daba exactamente igual! Ajeno al vuelco que se iba a producir en su vida, otra vez.

Un tanto apurada, por el tono de su jefe, la secretaria pasó a informarle del nombre de la mujer que estaba esperando una respuesta y, entonces, la cara de Robert cambió, de forma asombrosa, en el instante en que supo quién era la que estaba al otro lado de la línea telefónica y que daba un giro, inesperado, a la historia que le estaba tocando vivir debido a terceras personas.

La pena que llevaba dentro, sumado a que ni siquiera sabía el lugar en el que podría estar, de repente se quedaba atrás gracias a la intervención de aquella maravillosa y sorprendente llamada telefónica.

¡Dio gracias al cielo por hacerlo posible!

La conversación telefónica duró unos escasos minutos. Tiempo suficiente para averiguar detalles que le tranquilizaron, empezando por saber dónde estaba, y terminando por saber una verdad que era reveladora:

¡Que lo echaba de menos tanto como lo hacía él!

Supo, exactamente, lo que tenía que hacer y empezó por olvidarse de la mala noche que había pasado, expresando, a través del cambio en sus gestos, y en su cara, lo muy contento que estaba.

Le dijo a su secretaria que cancelara todas las reuniones previstas para ese día.

¡Un asunto urgente requería su presencia!

Antes de marcharse, a toda prisa, avisó a su piloto para que preparase el avión privado, después cogió su cartera (puesto que la iba a necesitar), y salió cagando leches.

¡No había tiempo que perder!

Y así fue cómo, se terminó marchando de su despacho, al día siguiente de su marcha, decidido al cien por cien de lo que iba a hacer. Mientras lo hacía se acordó, una a una, de manera exacta, de cada una de las palabras que hacía muy poco su padre le había dicho y de las que un día hasta se rio.

¡Cómo habían cambiado las cosas en tan poco tiempo!

Vaya que sí...

Con aquellos pensamientos salió del impresionante edificio, miró desesperado la maraña de coches, que se dirigían a cualquier lado, y buscó un taxi libre. Una vez que lo consiguió le dio la dirección exacta de la tienda exclusiva a la que quería ir antes de dirigirse hasta el aeropuerto. Debía de ir de comprar y después emprendería el vuelo para llegar a su destino final.

Sonrió, no le gustaban nada las compras, pero la ocasión así lo requería. Se le antojó un verdadero placer al saber lo que realmente quería.

A las 12:08 exactamente, un Robert feliz y convencido de lo que iba a hacer tomaba asiento en el cómodo sillón de su avión mientras que esperaba ansioso a que este despegara. Empezando el vuelo hacia una única dirección con la única compañía de su piloto.

Y por enésima vez tocó, cada vez más nervioso, el objeto que llevaba cuidadosamente guardado dentro del bolsillo de la chaqueta, ni siquiera consideró cambiarse de ropa ante el

empeño de no perder ni un solo minuto de tiempo.



*Denver 14:48 pm*

Alexia permanecía tirada sobre el sillón, de cualquier manera, y una vez más se preguntó qué hacía allí cuando debería estar con él, y solo con él. La decisión que había tomado había sido la equivocada, y eso que ni siquiera habían pasado ni 24 horas desde que llegase un tanto aturdida y desesperada. Consciente de que no había que deliberar mucho para saber que lo que en realidad quería era estar a su lado, olvidándose de la parte que menos le gustaba de un mundo al que todavía él pertenecía.

¡Quisiera o no quisiera!

La distancia le había hecho darse cuenta de que todos y cada uno de los contratiempos, vividos, merecían la pena, a menos es lo que sentía siempre que él estuviese a su lado. ¡Claro! Un detalle que se había convertido en imprescindible.

¡¡Convencida de que superarían este nuevo revés!!

¿Por qué entonces había decidido separarse de él?

Le dio vueltas y más vueltas, a la ya de por sí saturada cabeza, mientras que veía a sus padres mirarla con cara de compadecerla.

—No me miréis así, ¿queréis?

—Hija, quizás te venga bien salir a dar una vuelta, ¿no crees? —La intentó convencer su madre.

Alexia no tardó en saltar:

—¿Salir? ¿Salir para qué, mamá? ¿Para que los paparazzi me hagan fotos con este careto que tengo? Ni hablar, no voy a darles la oportunidad de inventarse más historias. No voy a darles ese gusto —protestó con un mohín.

—No puedes estar aquí encerrada todo el día.

Protestó su padre.

—Claro que puedo.

—Cariño —le decía ahora su madre—, estoy encantada de que hayas venido a vernos, pero ahora que sabes lo que realmente quieres, ¿por qué no llamas a Robert y le dices lo que has decidido?

—Lo haré, mamá, solo necesito un poco de tiempo.

—¿Tiempo? ¿Tiempo para qué, cariño? —preguntó sin entenderla.

—Pues para hacerme a la idea de que posiblemente sea él el que quiere distancia. ¿Cómo he podido ser tan idiota de dejarle solo cuando me suplicó que no lo hiciera? ¿Y si está enfadado conmigo?

Su padre se acercó a ella.

—Hija, estás olvidándote de lo más importante. —Al ver a su hija llorar dijo de seguido—: ¿Acaso no sabes lo mucho que te quiere? Te puedo asegurar que por supuesto él no va a estar enfadado contigo, es más, lo que ha sido es muy generoso dejándote marchar estos días de su lado.

—¿Tú crees, papá?

—Estoy convencido de lo que estoy diciendo. Vi cómo te miraba, hija. Ese hombre está terriblemente enamorado de ti, Alexia, y tú lo sabes.

Alexia dejó ver un amago de sonrisa, las palabras de sus progenitores la consolaron como necesitaba.

—No seas cabezota y llámale, cariño —intervenía su madre, convencida de lo que le estaba pidiendo—, estoy segura que Robert está esperando esa llamada con entusiasmo, al igual que estoy convencida de que tu lugar está junto a ese hombre.

—¡Vaya! —Exclamó Alexia mirando a su madre con una sonrisa en la cara después de aquel comentario— ¿También has sucumbido a sus encantos?

—Sabes que sí, hija, lo hice desde el momento en que vi lo que vio tu padre. Robert te quiere y a mí eso me basta.

Los tres se miraron con el convencimiento de que decían la verdad.

—Está bien, haré esa llamada, pero antes quiero preguntaros una cosa.

—Dinos.

Los miró entusiasmada antes de decir:

—¿Sois conscientes de lo feliz que soy al veros otra vez juntos? —Y se levantó del sillón para terminar abrazándose a ellos entre risas y lágrimas.

—Lo somos, cariño.

—Y todo gracias a ti.

Alexia se apartó un poco.

—¿Gracias a mí?

—Si no hubieses venido buscando refugio, después de la rueda de prensa, tu madre jamás me habría llamado, ahora en cambio míranos —Y ante la alegría de la hija vio cómo su padre se acercaba hasta su madre y le plantaba un beso en la boca—. Desde ese día no hemos podido separarnos.

—Cuanto me alegra escuchar eso, papá. Os quiero tanto...

E igual que la otra vez, el inoportuno sonido del timbre terminó interrumpiéndolos, dejándolos con la palabra en la boca a media que Alexia no pudo evitar que una cara de enfado la invadiera.

Soltó enfadadísima:

—¡No me lo puedo creer! ¿Otra vez permitiéndose el lujo de molestar? ¿Acaso no saben que esto es una propiedad privada?

Los padres se miraron con una complicidad absoluta y se quedaron callados, uniendo sus manos en un gesto de amor que decía mucho del momento que estaban viviendo. Y es que, precisamente ellos, no iban a ser los que descubrirían la maravillosa sorpresa que su hija se iba a llevar en cuanto abriera la puerta.

¡¡¡Convencidos de que iba a dejar a Alexia con la boca abierta!!!

El timbre volvió a sonar, esta vez con mayor insistencia, lo que originó a que Alexia perdiera el control sobre sus nervios a flor de piel.

—¡Malditos capullos! —exclamó llena de rabia.

—¿Por qué no abres y los pones en su sitio, hija? Con lo mucho que has cambiado te veo perfectamente cualificada para ello.

Alexia sonrió, con cara de traviesa, y sin más se dirigió hacia la puerta de entrada, dispuesta a hacerlo.

Llevó la mano hasta la manecilla de la puerta...

Empleó toda su fuerza en empujarla hacia abajo...

Y con un enfado monumental, mientras hablaba, la terminó abriendo de par en par...

—¡Joder! —Empezó a gritar como una energúmena—, ahora mismo llamaré a la policía y...

Justo ahí se quedó con la boca abierta, tal y como auguraron sus padres.

—Hola, amor. He venido a buscarte.

Como no podía ser de otra manera, con esta especial y particular pareja, los flases de las

cámaras, allí congregadas, empezaron a hacerles fotos a diestro y siniestro. Inmortalizando la escena tan, tan, romántica.

—¿Robert? —Fue capaz de decir una vez superada la impresión de verle delante de la puerta de la casa en la que vivían sus padres—. ¿Qué haces tú aquí?

Ninguno de los dos se movió del sitio, así que tanto Kate como James se acercaron a la puerta donde la pareja seguía mirándose con intensidad.

—Tu madre me ha llamado por teléfono diciéndome lo mucho que me echabas de menos, cariño, y aquí estoy. Te dije que estaría dispuesto a lo que tú quisieras y es lo que sigo haciendo.

Por el amor de Diosssssssssss, ¡qué pedazo de hombre! Si es que lo tenía absolutamente todo. Se rindió a sus pies.

—Robert Scot Brownn, eres el hombre más maravilloso que existe en este mundo y te quiero con todo mi corazón.

Se abalanzó sobre él y lo abrazó, notando cómo él lo hacía, a su vez, con una ternura infinita. Después se besaron largamente en lo que se convirtió en un beso arrebatador y sin que en ningún momento les molestara el hecho de que los fotógrafos siguieran allí, arremolinados en torno a ellos, y relamiéndose de gusto ante el dineral que iban a sacar por aquellas fabulosas instantáneas.

—Será mejor que paséis dentro, jovencitos —les interrumpió Kate con los ojos llenos de lágrimas debido a la felicidad que la embargaba—. El espectáculo debe acabar y podéis seguir en el interior, ¿no os parece?

Robert miró, a la mujer que lo había llamado, y le agradeció con la mirada que lo hubiese hecho, después habló.

—No. Todavía no. Hay algo que quiero hacer antes.

—¿Y tiene que ser ahí fuera? —preguntó James sonriendo.

—Sí —asintió Robert encantado—, tiene que ser igual que la última vez, pero con una gran diferencia...

Alexia lo miró sin entender nada de lo que estaba diciendo.

¿Acaso se había vuelto loco?

—Robert, ¿qué estás...

No pudo terminar de hacer la pregunta puesto que él la interrumpió a continuación.

—¡Schssssss! Ahora lo entenderás.

Sin decir más, se inclinó y clavó la rodilla derecha sobre el suelo sin dejar de mirarla con aquellos espectaculares ojos que debilitarían hasta a su peor enemigo, convirtiéndose por mérito propio, con cada uno de sus actos, en una acción que parecía hablar por sí sola.

¡Vaya si lo hacía!

—¡Dios mío, James! —exclamó Kate con la mano en la boca al darse cuenta de la importancia de lo que estaban presenciando. Y se agarró al que seguía siendo su ex marido, de momento.

Alexia, mientras, lo único que pudo hacer fue abrir los ojos como platos. De sus labios no podía salir ninguna palabra.

Se había quedado anonadada y le vio sacar lo que parecía una cajita del bolsillo interior de la chaqueta, preguntándose con lágrimas en los ojos y llena de una emoción indescriptible:

«¿Qué es lo que está haciendo?!»

¡¡¡No!!!

¡¡¡No podía ser!!!!

Desde luego que no estaba preparada para lo que a continuación escuchó:

—Cariño, en el tiempo que llevamos juntos me has demostrado lo mucho que vales y lo mucho que te necesito a mi lado. Tú solita y sin hacer casi ruido te has encargado de hacerte

imprescindible en mi día a día, y quiero que sepas que he pasado la peor noche de mi vida, ¿sabes por qué? Pues porque no estabas al otro lado de nuestra cama.

«¿¿Nuestra cama??»

«¿¿Pero es que hablaba hasta en plural refiriéndose a sus cosas??»

—Cielo —continuó Robert olvidándose de la multitud de personas que los rodeaban. Aparte de sus padres, y aparte de los fotógrafos, un sinfín de vecinos y curiosos también se habían acercado ante el revuelo que estaban provocando. A él le dio igual y continuó—: Por primera vez, gracias a ti, sé a lo que no estoy dispuesto a pasar nunca más, y ten la seguridad que es a no tenerte cerca. Debes saber que te quiero a mi lado siempre, ¿lo oyes? SIEMPRE, así que, ¿qué mejor que dar el paso definitivo para que nuestra relación se afiance del todo?

Alexia seguía callada. Observando la escena sin creerse lo que estaba sucediendo, porque simplemente...

¡¡¡Parecía imposible!!!

¿Cuántas y cuántas veces había imaginado en su subconsciente aquel instante?

¿Cuántas?

Desde luego estaba superando todas sus expectativas.

¡¡¡Completamente todas!!!

Y si por un instante creyó, que ahí se acababan las palabras llenas de emoción, y ternura, nuevamente se equivocó, puesto que la frase que Robert iba a decir a continuación la iba a alzar hasta el mismo cielo.

—Alexia —susurró con el corazón en la mano dispuesto a entregárselo entero, continuando arrodillado junto a la mujer que había cambiado al hombre frío y distante que fue en su día, amándola hasta la extenuación precisamente por ello—, una vez te dije que te quiero en mi vida, pero esa frase ya no me vale. ¿Sabes por qué?

Ella se limitó a negar con la cabeza. Lo único que podía seguir haciendo.

—Porque para que lo sepas, la única frase con la que me identifico, y con la que me identificaré siempre a partir de ahora, contigo, no es otra que TE QUIERO EN MI VIDA AYER, HOY Y SIEMPRE. ¿Estás de acuerdo?

Ella volvió a asentir, mostrando, como podía, que sí que estaba de acuerdo con aquella maravillosa frase con la cual se sentía igual de identificada que él.

No podía ser de otra manera.

—Entonces, cielo, ¿qué me dices? —Robert supo que era el momento exacto de actuar, así que abrió la cajita que llevaba y le mostró el anillo de compromiso más bonito que ella hubiese visto en toda su vida. Ni siquiera en ninguna película romántica de esas que le encantaban, y escuchó la frase que la volvió loca de amor—: Alexia, ¿quieres casarte conmigo?

Alexia no pudo más y se abalanzó sobre él, hasta hacerlo caer, mientras que decía con una felicidad arrolladora.

—Sí. Sí quiero.

## *Dos meses después...*

Era una tarde apacible, en la que el viento fresco del otoño acompañaba a los viandantes que caminaban por la calle, cuando Alexia salía de su trabajo acompañada de Mark y de varias compañeras entre risas y bromas. Al alzar la mirada una sonrisa de felicidad la invadió al darse cuenta de quién era la persona que la estaba esperando apoyada contra un coche con lo que parecía una normalidad absoluta.

¿Qué quién era esa persona?

Pues esa persona no era otra que... ¡¡¡Su marido!!!

E inconscientemente se tocó la alianza de casada, algo que hacía con mucha habitualidad ante la necesidad de recordarse que en efecto se había convertido en una mujer casada, y es que todavía no se hacía a la idea de ser la Señora Scot, aunque ya estaba su adorado esposo para recordárselo a cada momento.

—Hija, que suerte tienes —le decía una de sus compañeras entre risas—. Es imposible superar a un marido así.

—Y encima viene a buscarla para ponernos los dientes largos a todas.

Las chicas se rieron a carcajadas.

—Bueno, chicas, hasta mañana —fue la única contestación de Alexia ante la necesidad de acercarse al hombre que lo era todo para ella.

¡Absolutamente todo!

Antes de marcharse le dio un beso a Mark en la mejilla.

—Ya nos veremos.

—Hemos quedado el viernes en el pub, pasaros por allí ¿vale?

—Eso haremos.

Y Mark, después de saludar con la mano, al que ya se había convertido en su amigo, también, se marchó junto con las demás.

Solo entonces Alexia se acercó hasta el coche donde seguía apoyado y lo saludó como se merecía. Dándole un beso apasionado.

—Hola, Señora Scot.

—Hola, Señor Scot. ¿A qué viene esta visita inesperada?

—Pues viene a que he pensado en darte una sorpresa, y aquí estoy.

—¿Sabes qué? —Y se dejó abrazar por aquellos brazos que la volvían loca—. Me encanta que hayas venido a buscarme, cariño.

—Otra primera vez para apuntar en nuestra lista. —Susurró acomodándola sobre su cuerpo, volviendo a besarla—. ¿Sabes lo que me ha pasado?

—Cuéntamelo.

—Estaba en el despacho cuando me he dado cuenta de un detalle muy especial que por supuesto quería compartir contigo, nena, entonces me he visto en la obligación de anular la cita que tenía. Ya no te podía apartar de mi cabeza.

—¡Oh, oh! ¿No podías apartarme de tu cabeza?

Robert la volvió a besar.

—Nunca puedo apartarte de mi cabeza, cielo.

—¿Y eso es bueno o malo? —bromeó jugueteando con su corbata.

—Para —susurró mirándola con unos ojos llenos de intenciones.

—¿Qué insinúas? No hago nada.

—Sí, sí que lo haces, me estás provocando y ya sabes muy bien cómo me las gasto, no me obligues a entrar en tu trabajo aunque sea para encerrarnos en un cuarto de baño.

Alexia sonrió con malicia.

—Sería una buena lección, ¿no te parece?

Robert, poniendo la cordura necesaria, contestó:

—¡Eres muy mala! Pero no te vas a salir con la tuya, no ahora.

—¿Estás seguro? —Y le pasó las manos alrededor del cuello mientras que se pegaba a él todo lo que podía, terminando apoyados los dos sobre el coche.

—Completamente, hay algo que quiero mostrarte antes de que terminemos en cualquier parte como si fuésemos unos chiquillos, ¿sabes que te estás convirtiendo en una mujer muy desbocada?

—¿Sabes quién me ha enseñado a serlo?

—¿Tu marido? ¡Oh, cielo! Deja de rozarme así, te prometo que lo que quiero enseñarte va a gustarte mucho, es algo que llevamos demasiado tiempo esperando. Después podrás hacer conmigo lo que te apetezca.

Alexia se apartó un poco.

—¿De qué se trata? —preguntó con curiosidad.

—Ahora lo verás, aunque ya deberías haberte dado cuenta.

—¿Cuenta de qué?

—Anda, no hagas preguntas y dame la mano, demos un paseo.

Alexia obedeció encantada, le dio la mano y sin más empezaron a pasear hasta llegar a Central Park. Pasearon con tranquilidad mientras que hablaban de todo un poco.

—¿Y bien? —preguntó una Alexia que no podía ocultar durante más tiempo su estado impaciente.

—¿Todavía no te has dado cuenta?

—¡Robert! —lo regañó.

—Está bien, mira lo que te rodea y dime qué ves.

Alexia frunció el ceño y contestó:

—¿Cómo que qué veo? Pues lo mismo que tú.

—No. Te aseguro que no lo haces, cielo.

Alexia pensó que le estaba tomando el pelo.

—Robert, ¿quieres hacer el favor de decirme lo que tú si ves y yo no? De verdad que no entiendo nada.

—Está bien. Lo haré.

Sin soltarla se puso detrás de ella y la abrazó, solo entonces le susurró al oído.

—Veo gente por todas partes, veo normalidad absoluta, y sobre todo no veo lo que nos ha estado persiguiendo todos estos meses.

—¿Es una adivinanza?

—No, cielo. No es ninguna adivinanza.

Alexia entonces supo a lo que se estaba refiriendo.

—¡Es verdad! —Exclamó apoyando la cabeza contra su pecho—. Ha sucedido.

—¿Te acuerdas cuando dijimos lo mucho que nos gustaría pasear tranquilos y poder disfrutar sin contratiempos?

—Me acuerdo.

—Pues es lo que estamos haciendo, nena. Se acabaron las persecuciones, se acabaron las revistas, y sobre todo se acabaron los fotógrafos. Estaba loco por mostrártelo. Finalmente ha

llegado el gran día. Ya no somos noticia.

—Gracias, Robert, gracias por este momento.

—No me las des y disfruta de lo que ves, cielo, nuestra vida ahora solo nos pertenece a nosotros.

—Robert...

—¿Sí, cielo?

—Te quiero en mi vida ayer, hoy y siempre.

—Yo también, cielo, yo también.

Y allí se quedaron, mirando el paisaje, y la gente que los rodeaba como una pareja más, disfrutando como niños porque al final lo habían conseguido...

**FIN**

## OTROS TÍTULOS

### *Bilología*



En la búsqueda de una vida mejor, Jenny se embarca en un viaje que la llevará a pocas millas de Kansas. El lugar en el que termina trabajando (en una cantina), y el lugar en el que conoce al hombre de sus sueños. Un hombre atento, amable y atractivo pero, también un hombre completamente inalcanzable. ¿El motivo? Está casado. Es por ello que cuando su esposa muere, en circunstancias extrañas, el carácter afable del *cowboy* se torna diferente, convirtiéndose en un hombre huraño, tosco y frío. Un detalle que a Jenny no parece importarle el día que Jim acude a ella para proponer que se case con él, convencida de que será feliz y cometiendo el grave error de olvidarse de las condiciones que su futuro esposo impone, topándose con una realidad que empezará a manifestarse desde la noche de bodas, y que será la consecuencia de que, una muchacha, con las ilusiones rotas, se haga a la idea de que su esposo está dispuesto a mantenerse firme aunque ello suponga alejarse irremediamente el uno del otro...

¿Podrá Jenny derribar las barreras que su esposo se empeña en agrandar entre ellos y rescatar al antiguo Jimmy? ¿Cuál es ese misterioso secreto que planea sobre sus vidas? Y lo que es más importante. ¿Qué sucederá cuando Jenny sepa la espantosa realidad que le ha ocultado?

Si quieres saber las respuestas, búscalas en el interior de esta apasionante historia ambientada en el oeste americano.





Si te gustó **EL PASADO SIEMPRE VUELVE** aquí tienes el final de esta apasionante historia de amor... Jenny regresa a su hogar, después de la traición del que creyó su esposo, y lo hace con la seguridad de que es el lugar al que pertenece. El tiempo ha conseguido que las heridas del alma empiecen a cicatrizar, y ambos están dispuestos a enterrar los fantasmas del pasado. Convencidos de que el amor que se tienen bastará para recuperar la felicidad que se merecen... y sin ser conscientes del peligro que acecha sus vidas. ¿El motivo? **LA VENGANZA** planeada por una persona macabra, y cuya única obsesión es destruirles cueste lo que cueste... Si te apasionan las lecturas llenas de misterio, pasión, venganza, y amor, esta es tu novela. ¿Te atreves a leerla?

## ***NOVELAS INDEPENDIENTES***

**Érika, vive recluida en su apartamento de Dublín, a causa de una agresión que la ha convertido en una joven sin ganas de vivir y con un miedo atroz**

**Hugo, un rompecorazones cuyo lema en la vida es: su moto y no esperar por ninguna mujer más de cinco minutos. Vive en la sierra de Madrid.**

**Una oferta de trabajo, inesperada, que llevará a Érika a reencontrarse consigo misma, pero también con lo que quiere olvidar...**

**Y una apuesta, que empezó como un juego, y que será la artífice de que todo pueda cambiar... ¿O no?**

**Sumérgete entre las líneas de esta apasionante historia y déjate llevar a un mundo lleno de sensaciones en las que, la ternura, el enfado, la intriga, la pasión, y sobre todo el amor, te llegarán al corazón.**

**¿Te atreves con LA APUESTA?**



**Lady Catherine cuenta la historia entre una dama, que es obligada a contraer matrimonio, y Jasón, un criador de caballos que no es lo que parece ser.**

**Un secuestro entre medias...**

**Un amor inesperado...**

**Y un gran secreto que envolverá a los protagonistas en una historia llena de pasión, intriga y amor.**

**¡¡ATRÉVETE A LEERLA!!**



**¿Qué sucede cuando decides ROMPER CON LA RUTINA de siete años y coges un camino diferente para llegar a tu puesto de trabajo?**

**Así empieza la historia de Patrick, un hombre metódico y organizado que verá cómo su vida se vuelve del revés.**

**Un atropello...**

**Una casualidad entre un millón...**

**La idea descabellada de actuar como un buen samaritano...**

**Y la persecución, a contrarreloj, con una mujer que esconde un sorprendente enigma...**

**Acción, pasión, intriga, sorpresas y amor te están esperando.**

**¿Te atreves a ROMPER CON LA RUTINA?**

## NOTA DE LA AUTORA

Bueno, pues aquí termina la apasionante historia de Alexia y Robert, una historia creada con mucho amor, con mucha dedicación, y con muchas horas de satisfacción absoluta y a la que hay que poner, (con todo el dolor de mi corazón) punto y final.

Nunca os olvidaré queridos personajes, y aunque me siento bastante triste tengo que reconocer que debo mirar hacia adelante y pensar en nuevos proyectos...

Espero que no os haya defraudado y que hayáis disfrutado con su lectura, aunque sea un poquito, ese es el único propósito que tengo. Hacer que alguien lea mis escritos y que pase un rato ameno y divertido.

¡¡¡Ojalá se haya cumplido en algún caso!!!

Nuevamente agradeceros el apoyo constante que recibo, deciros que me siento muy agradecida y, aunque suene repetitivo, volver a decir que NUNCA, JAMÁS, CREÍ QUE UN DÍA ESTE SUEÑO SE FUERA A CUMPLIR. Mil gracias a todos los que lo seguís haciendo posible, de verdad, mil gracias.

Y ya por último agradecer vuestros comentarios acerca de lo que sentisteis con TE QUIERO EN MI VIDA, con ella empecé esta apasionante aventura y, quién sabe, ojalá pueda seguir disfrutándola con nuevos escritos... o no tan nuevos... y es que mientras sepa que alguien quiere leer cualquier novela mía, me bastará para intentar escribir como lo he hecho durante toda mi vida: DESDE EL CORAZÓN

Gracias a mi familia, por estar a mi lado siempre.

Gracias a mis amigos, por quererme tanto.

Gracias a los que han confiado en mí y siguen haciéndolo.

Gracias a mi hermano por tener la paciencia de leer TE QUIERO EN MI VIDA y encima saber que le ha gustado. (Ya sabes, ahora a por TE QUIERO EN MI VIDA AYER, HOY Y SIEMPRE)

Gracias a todos los que estáis en mí día a día y también a los que no lo estáis, porque os siento igual de cerca.

Gracias, gracias, y gracias.

Ojalá sigáis teniendo noticias mías, eso significará que sigo haciendo una de las cosas que más me gusta hacer: ¡¡¡ESCRIBIR!!!